HISTORIA DE LA COMUNA DE PARIS

Historia de la Comuna de Paris

H. Prosper-Olivier Lissagraray

Edición: Editorial Estela, Barcelona 1971.
Lengua: Castellano.
Digitalización: Koba.
Distribución: http://bolchetvo.blogspot.com/

Índice

PRIMERA PARTE. EL DESASTRE. 1
Capítulo I. Prologo del combate. El derrumbamiento del segundo imperio. Francia antes de la guerra. 1
Capítulo II. Cómo los prusianos se apoderaron de París y los rurales de Francia. 18
Capítulo III. Primeros ataques de la coalición contra París. Los batallones de de la guardia nacional se federan y se incautan los cañones. Los prusianos entran en París. 35
Capítulo IV. Los monárquicos abren el fuego contra París. Se constituye el Comité Central. Thiers ordena el asalto. 39
SEGUNDA PARTE. LA COMUNA. 42
Capitulo V. El 18 de marzo. 42
Capítulo VI. El Comité Central convoca a los electores. Los alcaldes de París y los diputados del Sena se alzan contra aquél. 46
Capítulo VII. El Comité Central se proclama, reorganiza los servicios y se adueña de París. 50
Capítulo VIII. Los alcaldes, los diputados, los periodistas y la Asamblea se lanzan contra París. La reacción se enfrenta a los federados. 53
Capítulo IX. El Comité Central vence todos los obstáculos y obliga a los alcaldes a capitular. 56
Capitulo X. Proclamación de la Comuna. 59
Capítulo XI. La Comuna en Lyon, en Saint-Etienne, en Le Creussot. 61
Capítulo XII. La Comuna de Marsella, Toulouse y Narbone. 65
Capítulo XIII. Primeras sesiones de la Comuna. Deserción de los alcaldes y adjuntos. 68
Capítulo XIV. Salida del 3 de abril. Los parisienses son rechazados en todas partes. Flourens y Duval asesinados. Los versalleses asesinan a los prisioneros. 72
Capítulo XV. La Comuna vencida en Marsella y en Narbona. 76
Capítulo XVI. Los grandes recursos de la Comuna. Las debilidades de su Consejo. El Comité Central. Decreto sobre los rehenes. La Banca. 79
Capítulo XVII. Los primeros combates de Neuilly y de Asníeres. Organización y derrota de los conciliadores. 82
Capítulo XVIII. El manifiesto de la Comuna. Las elecciones complementarias del 16 de abril hacen que surja una minoría. Primeras disputas. Gérmenes de derrota. 85
Capítulo XIX. Las parisienses. Suspensión de hostilidades para la evacuación de Neutlly. El ejército de Versalles y el de París. 87
Capítulo XX. Los servicios públicos: Hacienda, Guerra, Policía, Relaciones Exteriores, Justicia, Enseñanza, Trabajo y Cambio. 91
Capítulo XXI. Los francmasones se unen a la Comuna. Primera evacuación del fuerte de Issy. Creación del comité de salud pública. 99
Capítulo XXII. Rossel sustituye a Cluseret. Estallan las rivalidades. Rencillas en la comuna. Rossel continúa la obra de Cluseret. La defensa del fuerte de Issy. 104
Capítulo XXIII. París bombardeado. El fuerte de Issy sucumbe. La Comuna renueva su comité de salud pública. Rossel huye. 107
Capítulo XXIV. Las conspiraciones contra la Comuna. 111
Capítulo XXV. La política de Thiers con las provincias. La traición de la izquierda. 113
Capítulo XXVI. Impotencia del segundo Comité de Salud Pública. Son evacuados el fuerte de Vanves y el pueblo de Issy. El manifiesto de la minoría. La explosión de la Avenida Rapp. Cae derribada la columna Vendôme. 117
Capítulo XXVII. París en vísperas de la muerte. Versalles. 120
TERCERA PARTE. LUCHA A VIDA O MUERTE. 125
Capítulo XXVIII. Los versalleses entran el domingo 21, a las tres de la tarde. Se disuelve la asamblea de la Comuna. 125
Capítulo XXIX. El lunes, 22. Los versalleses invaden los barrios del este. París se alza. 128
Capítulo XXX. Martes, 23. Torna de Montmartre. Las primeras matanzas en bloque. Arde París. La última noche del Hôtel-de-Víllе. 133
Capítulo XXXI. Miércoles, 24. Los miembros de la Comuna evacúan el Hôtel-de-Víllе. Toma del Panteón. Los versalleses fusilan a los parisienses en masa. Los federados fusilan a seis rehenes. La noche del cañón. 138
Capítulo XXXII. Jueves, 25. Toda la orilla izquierda en manos de las tropas. Muerte de Delescluze. Los brassardiers activan la matanza. La alcaldía del XI, abandonada. 143
Capítulo XXXIII. La resistencia se concentra en Belleville. El viernes, 26, son fusilados 48 rehenes en la calle Haxo. El sábado, 27, es invadido todo el distrito XX. Toma del Père-Lachaíse. El domingo, 28, termina la batalla a las once de la mañana. El lunes, 29, se rinde el fuerte de Vincennes. 148
CUARTA PARTE. LA VENGANZA. 154
Capitulo XXXIV. La furia versallesa. Los mataderos. Los tribunales prebostales. Muerte de Varlin. La peste. Los enterramientos. 154
Capítulo XXXV. Los convoyes de prisioneros. El invernadero Satory. Las detenciones. Los delatores. La prensa. La extrema izquierda maldice a los vencidos. Manifestaciones en el extranjero. 158
Capitulo XXXVI. Los pontones. Los primeros procesos. 164
Capítulo XXXVII. Los consejos de guerra. Los suplicios. Balance de las condenas. 170
Capítulo XXXVIII. Nueva Caledonia. El destierro. 178
Capitulo XXXIX. La asamblea de la desgracia. El mac-mahonado. Los indultos. El gran regreso. 185

PRIMERA PARTE. EL DESASTRE.

Capítulo I. Prologo del combate. El derrumbamiento del segundo imperio. Francia antes de la guerra.

El Imperio es la paz.
Luis Napoleón Bonaparte. (Octubre de 1891.)

Nueve de agosto de 1870. En tres días, el Imperio ha perdido tres batallas. Douay, Frossard, Mac-Mahon se han dejado sorprender, aplastar. Alsacia está perdida, el Mosela al descubierto, Emile Ollivier ha convocado al Cuerpo Legislativo. Desde las once de la mañana, París se ha echado a la calle, llena la plaza de la Concordia, los muelles, la calle Bourgogne, rodea el Palais-Bourbon.

París espera la consigna de los diputados de la izquierda. Son, desde la derrota, la única autoridad moral. Burgueses, obreros, todos se les unen. Los talleres han vomitado un verdadero ejército a la calle; capitaneando los grupos, se ven hombres de probada energía.

El Imperio cruje; está a punto de derrumbarse. Las tropas, formadas delante del Cuerpo Legislativo, están emocionadas, dispuestas a pasarse al pueblo, a pesar del viejo mariscal Baraguey-d'Hilliers, gruñón y cubierto de entorchados. Gritos: "¡A la frontera!" Los oficiales murmuran: "¡Nuestro puesto no está aquí!"

En la sala de Pas-Perdus, republicanos que han forzado la consigna, apostrofan a los diputados adictos al Imperio y claman por la República. Los mamelucos, pálidos, se escabullen por entre los grupos. Thiers llega, asustado; le acosan y responde: "¡Implantadla, pues, vuestra República!" Pasa el presidente Schneider hacia el sillón presidencial. Gritos: "¡Abdicación! ¡Abdicación!"

Los diputados de la izquierda, a quienes acosan los delegados de los que aguardan fuera, acuden aturdidos: "¿A qué esperáis? ¡Está todo preparado! ¡Presentaos en lo alto de la escalinata o en la verja!" "¿Hay bastante gente? ¿No sería mejor dejarlo para mañana?" No hay, en efecto, más que cien mil hombres. Alguien viene a decir a Gambetta: "En la plaza Bourbon aguardaremos varios millares". Otro, el que escribe, apremia: "Haceos cargo del poder, que aún es tiempo; mañana os veréis obligados a afrontar la situación, cuando sea ya desesperada". De aquellos cerebros embotados no brota una idea; de las bocas abiertas no sale una palabra.

Se abre la sesión. Jules Favre invita a la asamblea del desastre a que tome en sus manos el gobierno. Los mamelucos, furiosos, amenazan, y, en la sala de Pas-Perdus, se presenta, desgreñado, Jules Simon: "Quieren fusilarnos": yo me presenté en medio del recinto con los brazos cruzados y les dije: "¡Fusiladnos si queréis!" Una voz le grita: "¡Acabad de una vez!" "¡Sí -dice- es preciso acabar!", y vuelve a sentarse, con gesto trágico.

Se acabaron las contemplaciones. Los mamelucos, que conocen bien a la gente de la izquierda, recobran el aplomo, y, quitándose de encima a Emile Ollivier, imponen por la fuerza un ministerio encabezado por Palikao, el saqueador del Palacio de Verano. Schneider levanta la sesión precipitadamente. El pueblo, suavemente rechazado por las tropas, vuelve a apelotonarse a la entrada de los puentes, corre detrás de los que salen de la Cámara, a cada instante cree proclamada la República. Jules Simon, ya lejos de las bayonetas, le cita para el día siguiente en la plaza de la Concordia. Al día siguiente, la policía ocupa todas las bocacalles.

La izquierda dejaba en manos de Napoleón III los dos últimos ejércitos de Francia. El 9 de agosto, hubiera bastado un empujón para barrer aquel despojo de Imperio; Pietri, el prefecto de policía, lo ha reconocido. Guiado por su instinto, el pueblo brinda sus brazos. Pero la izquierda rechaza la revuelta liberadora, y abandona al Imperio el cuidado de salvar a Francia. Hasta los turcos tuvieron en 1876 más inteligencia y más ímpetu.

Francia pasa tres semanas enteras rodando al abismo, ante la impasibilidad de los imperialistas y los apóstrofes declamatorios de la izquierda.

En Burdeos, meses más tarde, una asamblea aúlla contra el Imperio, y en Versalles se alza un clamor entusiasta cuando un gran señor declama: "¡Varus, devuélvenos nuestras legiones!" ¿Quién increpa y quién aplaude de esta suerte? La misma alta burguesía que se pasó dieciocho años muda, besando el polvo y entregando a Varus sus legiones.

Aceptó el segundo Imperio por miedo al socialismo, como sus padres se habían entregado al primero para clausurar la revolución. Napoleón I le prestó dos grandes servicios, que no se pagan con la apoteosis, por grande que ésta sea. Impuso a Francia una centralización y mandó a la tumba a cien mil miserables, que caldeados aún por el vendaval revolucionario, podían alzarse el día menos pensado,

reclamando la parte que les correspondía en los bienes nacionales. A cambio de esto, la dejó aparejada para los amos de mañana. Al arribar al régimen parlamentario, adonde Mirabeau quería exaltarla de un salto, estaba absolutamente incapacitada para gobernar. Su motín de 1830, transformado en revolución por el pueblo, fue una irrupción de estómagos glotones. La alta burguesía de 1830 no tenía más que una aspiración, como la del 89; atracarse de privilegios, artillar la fortaleza que defendía sus dominios, subyugar y explotar al nuevo proletariado. Con tal de engordar, el porvenir del país le importa poco. Para dirigir a Francia y embarcarla en sus aventuras, el rey orleanista tiene carta blanca, como el César. Cuando en el 48 un nuevo arranque del pueblo le entrega el timón, no acierta a empuñarlo más de tres años en su mano gotosa, a pesar de todas las proscripciones y matanzas, y el primer advenedizo se alza insensiblemente con él.

Del 51 al 69 reanuda sus orgías de Brumario. Jubilosa de ver salvados sus privilegios, deja que Napoleón III desangre el país, lo enfeude a Roma, lo deshonre en Méjico, lo aísle en Europa, lo entregue al prusiano. Lo puede todo, por sus influencias, por su riqueza, y no protesta ni con un voto ni con un murmullo. En el año 69, otro empujón del pueblo la enfrenta con el poder; no tiene más que veleidades de eunuco: se lanza a besar la bola del tirano, y pone lecho de rosas al plebiscito que rebautiza la dinastía.

¡Pobre Francia! ¿Quién pugna por salvarte de la invasión? El humilde, el trabajador, el que, desde hace tantos años, lucha por rescatarte al Imperio.

Al llegar aquí, tenemos que detenernos un momento. ¿A quién se debe esta jornada del 9 de agosto de 1870, esta guerra, esta invasión, estos hombres, estos partidos? Viene obligado un prólogo en las tragedias que van a reseñarse. Lo menos árido posible, pero el lector que quiera enterarse deberá estar atento a él.

Ojeada retrospectiva.

Seis años después de 1852, el Imperio industrial soñado por los saint-simonianos estaba flamante todavía. Muy rezagado respecto a sus más humildes vecinos, el país seguía siendo un gran taller, alimentado por la fuente hasta entonces misteriosa del ahorro. Enriquecida por nuevos mercados, la provincia se había olvidado de los siete u ocho mil deportados y proscritos, hábilmente seleccionados por el terror.

El clero, tan crecido por la instauración del sufragio universal, acogía con los brazos abiertos a aquel emperador "salido de la legalidad para reintegrarse al derecho", como había dicho de él el obispo Darboy, comparándole con Carlomagno y con Constantino. La alta y la media burguesía, brindábanse solícitas para todos los servicios que placiese al amo encomendarles. El Cuerpo Legislativo, galoneado como un lacayo, humillado y sin derechos, se hubiera aterrado de tenerlos. Una vasta red de policía, hábil y alerta, vigilaba los menores movimientos. Estaban suprimidos los periódicos de oposición, salvo cinco o seis atraillados, suspendido el derecho de reunión y asociación; el libro y el teatro, castrados; con tal de asegurarse la paz, el Imperio cerraba herméticamente todas las válvulas.

De tarde en tarde, en París una estrofa de la *Marsellesa,* un grito de libertad en el entierro de Lamennais o en el de David d'Angers; una silba en la Sorbona, durante las palinodias de Nisard; algún que otro manifiesto clandestino de los proscritos de Londres o de Jersey, a que apenas se prestaba oído; un destello de los *Castigos,* de Victor Hugo; ni un ligero estremecimiento de la masa; la vida animal lo absorbía todo. Napoleón III, ridículo fantoche cesáreo, podía decir en el 56 a las víctimas de la inundación del Ródano: "Las inundaciones son como la revolución, y a una y a otras hay que volverlas a su cauce para que no se salgan nunca más de él". Sus prodigiosas empresas, su riqueza multiplicada, las fanfarrias de la guerra de Crimea, con la que Napoleón III pagó su deuda a los ingleses, todo en el mundo hablaba de Francia, excepto la propia Francia.

Los obreros de París se rehacían, no del golpe de Estado del 51, que apenas les había salpicado, sino de la matanza de junio del 48, que ametralló sus barrios y fusiló y deportó a millares de trabajadores. Ganaban el pan, sin creer debérselo al Imperio, osando, incluso, manifestarse contra él a las veces. En las elecciones del 57, salieron elegidos por París cinco candidatos hostiles, entre ellos Darimon, discípulo de Proudhon, y Emile Ollivier, porque, hijo de un proscrito, había pronunciado estas palabras: "Yo seré el espectro del 2 de diciembre". Al año siguiente, otros dos candidatos de la oposición: Ernest Picard, abogado de lengua acerada, y Jules Favre, celebridad del foro, defensor de los insurrectos bajo Luis-Felipe, ex constituyente del 48, que acababa de cobrar nuevo prestigio con su defensa de Orsini.

Este italiano tuvo la fortuna de vencer con su derrota. Las bombas de enero de 1858 respetaron la única víctima que buscaban. Napoleón III, de cuyo yugo quería Orsini liberar a Italia, fue precisamente su libertador. Siguió en seguida una reacción que arrojó a las prisiones y al destierro una nueva hornada de republicanos; pero, a los pocos meses de morir ejecutado Orsini, el ejército francés marchaba sobre Austria. Esta guerra de liberación encontró el calor de la opinión francesa; el arrabal de Saint-Antoine aclamaba al emperador, y cada victoria obtenida era una fiesta en nuestros hogares. Y cuando Napoleón III volvió al país sin acabar la campaña de liberación de Italia, el alma francesa se llenó, como la italiana, de amargura.

Creyó aplacar los ánimos de la nación con una amnistía general que no benefició a casi nadie, pues la mayoría de los vencidos de diciembre gozaban ya de libertad desde hacía tiempo. Apenas quedaban unos centenares de víctimas en Argelia, en Francia, y los desterrados más ilustres o más conocidos: Victor Hugo, Raspail, Ledru-Rollin, Louis Blanc, Pierre Leroux, Edgard Ouinet, Bancel, Félix Pyat, Schoelcher, Clément Thomas, Edmond Adam, Etienne Arago, etc. Unos pocos, los más famosos, se aferraban al pedestal del destierro, que les daba fama y quietud. De todos modos, su actuación política hubiera sido estéril; no era la hora de los hombres de acción. A Blanqui volvieron a meterle en la cárcel apenas ponerle en libertad y le condenaron a cinco años[1] de prisión, acusado de conspirar contra el régimen.

Se tramaban verdaderas conspiraciones contra el Imperio, se preparaban acontecimientos. Al año de sellarse la falsa paz con Austria, Garibaldi reanuda la campaña de emancipación de Italia, desembarca en Sicilia con mil hombres, franquea el estrecho, marcha sobre Nápoles, y el 9 de noviembre de 1860, pone en manos de Víctor Manuel un nuevo reino. Napoleón III, que quiere cubrir la retirada del rey de Nápoles, se ve obligado a retirar su flota. Pronto le dará orden de que zarpe rumbo a Méjico.

Méjico.

España e Inglaterra tenían créditos que liquidar. También los tenía Jecker, un suizo, aventurero de grandes vuelos y acreedor usurario del gobierno clerical de Miramon, que había huido ante el gobierno legal de Juárez. Jecker púsose de acuerdo con Morny, hermano del emperador y presidente del Cuerpo Legislativo, elegante empresario del 2 de diciembre, príncipe de los grandes agiotistas enriquecidos en las innúmeras empresas de los últimos años. Convinieron el precio, y el segundo hijo de Hortensia se encargó de poner al cobro los créditos del suizo con una expedición del ejército francés. Ya antes había sido éste mancillado con la expedición a China, en la que el general Cousin-Montauban le condujo al saqueo, reservando un collar ofrendado a la emperatriz, la cual le premió ridículamente con el título de duque de Palikao.

Esta mujer -que no era francesa, como no lo fue ninguna de las soberanas que se distinguieron en nuestros desastres-, hábilmente influida por Morny, por el arzobispo de Méjico, por Almonte y Miramon, solicitada por el clero y los realistas mejicanos, fue ganada en seguida para la idea de la expedición. Su marido, un soñador, sonrió ante la perspectiva de conquistar a Méjico para el Imperio, aprovechándose de la guerra de secesión que dividía a los Estados Unidos. En enero del 62, las fuerzas francesas e inglesas desembarcaban en Veracruz, donde los españoles las habían precedido. Inglaterra y España se dan cuenta en seguida de que no van allí más que a gestionar los intereses de Jecker y de una dinastía cualquiera, y se retiran, dejando solas a las tropas francesas, mandadas por Lorencey. Corren rumores de que Almonte negocia la corona de Méjico con Maximiliano, hermano del emperador de Austria, de acuerdo con las Tullerías. El ministro Billault niega descaradamente; un mes después, Lorencey se pronuncia por Almonte y declara la guerra a la República mejicana. El general Forey acude a Méjico con refuerzos; la opinión se alarma. La izquierda, Emile Ollivier, Picard, Jules Favre, hablan en nombre de Francia. Billault les contesta con un ditirambo.

Las elecciones del 63.

El pueblo da señales de vida. Las válvulas empiezan a funcionar, el niño del golpe de Estado iba haciéndose hombre. París se agitaba, en el Barrio Latino brotaban a cada paso periódicos panfletarios; manifestaciones de estudiantes y obreros protestaban contra las matanzas de Polonia, que se levantaba heroicamente contra Rusia. El gallinero estaba más que alborotado; en las elecciones parisienses de mayo del 63 salieron derrotados todos los candidatos oficiales y triunfó la coalición de izquierdas, con los nombres de los diputados salientes a la cabeza: Jules Favre, Emile Ollivier, Picard, Darimon; tras ellos, Eugene Pelletan, lamartíniano rezagado; Jures Simon, filósofo ecléctico, que en el 51 se había negado a prestar juramento y lo prestó en el 63; Guéroult, cesarista liberal; Havín, burgués volterianizante, y Thiers, antiguo ministro de Luis-Felipe, jefe de los coaligados contra la República del 48, que se dejó engañar por Luis Bonaparte, y a quien ahora se elegía por el daño que podía hacer al Imperio.

Blanc, obrero tipógrafo, presentó su candidatura contra la de Havin, director de "Le Siècle", alegando que también los obreros tenían derechos. Su actitud fue muy mal vista; varios talleres se declararon en contra de él. Todavía los obreros no veían más allá de la política. ¡Con tal de que sea un proyectil de oposición, tanto me da uno como otro!, decía un obrero ante el cual se discutían los méritos de Pelletan. Pero quería que el proyectil fuese conocido.

Los Sesenta.

Meses después, en febrero del 64, se reproduce la afirmación obrera, esta vez con mayor precisión. Se trataba de sustituir en París a dos diputados, Jules Favre y Havin, elegidos también por provincias. Sesenta obreros publicaron un manifiesto redactado por Tolain, un obrero cincelador. Ultramoderado en la forma, era, por su espíritu, categóricamente revolucionario:

Señores de la oposición -dice el manifiesto-, *en*

[1] A cuatro (el 14 de junio de 1861). *(N. del ed.)*

política estamos de acuerdo con ustedes, pero ¿lo estamos también en lo que toca a la economía social? Se ha repetido hasta la saciedad que desde 1789 *no hay clases, que todos los franceses son iguales ante la ley. ¿Cómo hemos de creer en la verdad de eso, nosotros que no tenemos más bienes de fortuna que nuestros brazos, que sufrimos todos los días las imposiciones del capital, que vivimos sujetos a leyes de excepción? Nosotros, que vemos como la infancia de nuestros hijos se asfixia en la atmósfera desmoralizadora y malsana de las fábricas y del aprendizaje; que tenemos que contemplar como nuestras mujeres desertan forzosamente del hogar en busca de un trabajo con el que no pueden, afirmamos que la igualdad proclamada por la leyes letra muerta. Pero, se nos dirá, los diputados que elegís pueden abogar tan bien como vosotros, mejor que vosotros por las reformas que anheléis. ¡No!, contestamos. A nosotros no nos representa nadie, pues en una reciente sesión del Cuerpo Legislativo no hubo ni una sola voz que se levantase a formular, tal como nosotros los sentimos, nuestros anhelos, nuestras aspiraciones, nuestros derechos; no, nosotros, que nos resistimos a creer que la miseria sea una institución de origen divino, no estamos representadas en el Parlamento; no estamos representadas, porque nadie ha dicho que en la clase obrera se atenúe diariamente el espíritu antagónico. Proclamamos que doce años de paciencia han sido bastante, que el momento propicio ha llegado... En* 1848, *la elección de diputados obreros consagró de hecho la igualdad política: en* 1864 *consagrará la igualdad social.*

¡Qué lejos estamos del Parlamento de 1848, en que la clase obrera volvía contra la burguesía sus propias máximas! En 1863 se estatuía su propio principio sobre una base absolutamente nueva: el derecho económico. Era ya una inmensa revolución.

Los Sesenta tenían razón al decir que para los obreros no regía la ley. Un año antes, habían sido condenados por delito de coalición los tipógrafos huelguistas de varias imprentas de París. Mas no por ello dejó de ser malísimamente recibido el manifiesto. Contra estos obreros que se jactaban de ser una clase, no solamente se alzó el clamor de la prensa, sino que apareció un nuevo manifiesto firmado por ochenta obreros que reprochaban a sus camaradas aquel llamamiento tan inoportuno a la cuestión social, que venía a sembrar la discordia y a restablecer las distinciones de casta. Los Sesenta presentaron como candidato a Tolain, cuya profesión de fe apoyó Delescluze, antiguo comisario general de la República, dos veces proscrito, en el 52 y en el 58. La candidatura obrera no logró más que 424 votos contra 14.807 que obtuvo Garnier-Pages, lamentable despojo del gobierno provisional de 1848.

Pero el grito de los Sesenta no se lo llevó el aire. Los diputados de la izquierda pidieron que se derogase la ley sobre coaliciones. El Imperio se avino a modificarla, y Emile Ollivier, poco inclinado a desempeñar el papel de espectro infecundo, se prestó a hacer suyo el proyecto. Este era lo bastante pérfido para autorizar las huelgas, pero sin reconocer el derecho de asociación. A pesar de todo, los obreros consiguieron que se redujese algo la jornada de trabajo y se constituyeron algunas sociedades obreras: las de los broncistas, joyeros, hojalateros, ebanistas, estampadores de telas, etc.

La Internacional.

El 28 de setiembre del 64 se echó a volar por todo el mundo, más fuerte que el de los Sesenta, este magnífico grito: *La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos.* Salió del Saint-Martin's Hall, de Londres, de una asamblea de delegados obreros en que estaban representados varios países de Europa. Aunque se venía gestando desde hacía varios años la idea de unión, no tomó cuerpo hasta el año 62, en que la Exposición Universal, celebrada en Londres, puso en contacto a los delegados obreros de Francia con las Trade's Unions inglesas. Fue entonces cuando se pronunció este brindis: *¡Por la futura alianza de todos los obreros del mundo!* En el año 63, en un motín pro Polonia, surgió en Saint-James la idea de una reunión internacional. Tolain, Perrachon, Limousin, por Francia, y los ingleses por su país, pusiéronse a organizar las convocatorias. Y en el año 64 Europa presenció, por primera vez, un congreso de los Estados Unidos del Trabajo. Ningún político asistió a esta sesión extraordinaria, ninguno cooperó a la fundación de la gran obra. Karl Marx, el genial investigador, desterrado de Alemania y de Francia, que aplicó a la ciencia social el método de Spinoza, fue el que ofreció la admirable fórmula. Se decidió dar a la asociación el nombre de "Internacional", se nombró un comité encargado de redactar los estatutos y se acordó que el consejo general residiese en Londres, único asilo seguro, y se convocó una segunda asamblea para el año siguiente. Un mes más tarde, aparecían los estatutos de la nueva organización, y los delegados franceses, entre los que estaban Tolain y Limousin, abrían la oficina francesa de la Internacional en esa calle de Gravilliers de tan fuerte tradición revolucionaria.

Proudhon moría a principios del año 65, después de comprender y describir este mundo nuevo; los obreros hicieron una gran manifestación de duelo a su cadáver. Un mes después, viendo desfilar por los bulevares el fastuoso entierro de Morny, el hermano del emperador, que se había muerto dejando muy preocupado a su socio y compinche Jecker, el público gritaba: ¡Que se repita!

La idea más grande del reino.

Las tropas del general Forey entraron en Méjico el

3 de junio del 63. Doscientos notables, escogidos por Almonte, llamaban a Maximiliano de Austria a ocupar el trono mejicano. La maniobra era clarísima. La izquierda interpela, demuestra que la expedición cuesta a Francia 14 millones mensuales, y retiene lejos del país a 40.000 hombres. El archiduque no se ha marchado aún; todavía es tiempo de tratar con la República mejicana. El ministro que había reemplazado a Dillault, Rouher, ardiente republicano en el 48 y ahora acérrimo imperialista, exclama con tono patético: "La historia proclamará genio al que tuvo el valor de abrir nuevas fuentes de riqueza y de progreso a la nación por él gobernada". Y por una mayoría abrumadora, el Parlamento, tan servil en el 64 como en el 63, integrado en gran parte por los mismos, vota por aclamación que continúe la guerra. Maximiliano, tranquilizado por la votación, cede a las instancias del emperador, y, provisto de un buen tratado, que articula Napoleón III, acepta la corona y entra en Méjico, escoltado por el general Bazaine, el sucesor de Forey. Los patriotas mejicanos vuelven a alzarse contra el sobrino de Napoleón, repitiendo la guerra de España de 1808, atacan, aíslan a las tropas francesas. Bazaine organiza contraguerrillas de bandidos y, en nombre de Francia y del nuevo Imperio, saquea ciudades, confisca bienes de propiedad privada y comunica a sus jefes de cuerpo: "No admito que se hagan prisioneros; todo rebelde, cualquiera que sea, debe ser inmediatamente fusilado". Sus atrocidades indignan al gobierno de Washington, desmoralizando a sus propias tropas. Nos lo dice un alto jefe, un hombre nada gazmoño por cierto, un antiguo juerguista arruinado, que, protegido por las actrices, se refugia en el ejército a la sombra de un matrimonio ventajoso: el marqués de Galliffet. Pero Méjico no suministraba, por el momento, más que cadáveres. Maximiliano solicita de Francia un empréstito de 250 millones. Los diputados de la izquierda describen el trágico desarrollo de aquella desdichada aventura. Rouher, el ministro, los cubre de desdén y de profecías: "La expedición de Méjico es la idea más grande del reino; Francia ha conquistado a un gran país para la colonización". Los mamelucos aplauden. El empréstito mejicano, moralmente garantizado, es cubierto por banqueros avispados. Y el presupuesto de la expedición -no se atreven a llamarla guerra- queda en pie: 330 millones para pagas y mantenimiento de las tropas. La extrema izquierda, que aún se atreve a protestar, es abucheada.

La opinión despierta.

Fuera, les aplaudían. En abril, una manifestación de mil quinientos estudiantes acude ante la embajada de los Estados Unidos, sin que la policía logre contenerla, a rendir un homenaje al presidente Lincoln, asesinado por los esclavistas. En junio, estallan en París numerosas huelgas. En las elecciones municipales de julio, las provincias, hasta entonces fieles al Imperio, parecen desertar. "¡Derrumbemos el ídolo!", dice el Comité de Descentralización de Nancy, en el que figuran, como iconoclastas, al lado de los ciudadanos Jules Simon y Eugene Pelletan, los señores de Falloux, de Broglie, Guizot. En septiembre, "Le Siècle" entona un himno extraño: "Algo grande acaba de levantarse en el mundo. Nos constaba que este frío de muerte que sopla por la superficie de nuestra sociedad no había ganado la entraña del pueblo, ni helado el alma popular, que las fuentes de vida no estaban cegadas. Nuestro oído no estaba acostumbrado a palabras tales, que nos han hecho estremecer de júbilo hasta el fondo del corazón". El que así vaticina es Henri Martin, el de la Historia de Francia clásica y coronada. He aquí unas líneas sacadas del Manifiesto de la Internacional, reunidas en Londres: *"Considerando que la emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos; que los esfuerzos de los trabajadores deben tender a conseguir para todos derechos y deberes iguales y a vencer el predominio de toda clase... que, no siendo la emancipación de los obreros un problema local ni nacional, sino social, interesa por igual a todos los países... esta Asociación internacional, al igual que todas las sociedades e individuos adheridos a ella, declaran que no reconocen más base de conducta hacia los hombres en general que la Verdad, la Justicia y la Moral, sin distinción de color, de nacionalidad, ni de credo, y consideran como un deber reclamar para todos por igual los derechos del hombre y del ciudadano".* Los grandes diarios de Europa se expresan en los mismos términos que Henri Martin. A través de ellos, la Internacional entra solemnemente en la escena del mundo como potencia reconocida y eclipsa al congreso de estudiantes de todos los países celebrado poco después en Lieja. El congreso de Lieja no logra conmover más que al Barrio Latino, representado por Albert Regnard, Germain Casse, Jaclard y otros. Los delegados franceses se presentan tremolando una bandera negra, la única -dicen- que cumple a Francia, de duelo por la pérdida de sus libertades. Al regresar, les expulsaron de la Academia de París. El Barrio Latino no olvidó esto, y, cuando el emperador fue al Odeón una noche de marzo del 66, organizó una manifestación de protesta, vengándose a la vez de quien le había mutilado el jardín de Luxembourg.

Hacia esta época, se oyó un gemido en el Palais-Bourbon. A pesar de las urnas mixtificadas, unos cuantos, muy pocos, muy ricos o de vieja influencia provincial, lograron atravesar las mallas administrativas y llegar al Cuerpo Legislativo. Si es cierto que votan por las Tullerías, se inquietan un poco por el gerente del inmueble y cuarenta y cinco de ellos piden unas briznas de libertad. Rouher se enfada y los cuarenta y cinco, cuya enmienda obtuvo

sesenta y tres votos, retroceden y votan el mensaje que el Cuerpo Legislativo depositó a los pies del emperador.

El clero y el Imperio.

Uno solo de los poderes del Estado, el *inmutable,* no había abdicado. *Do ut des:* tal es la divisa clerical. El clero tendió los brazos a Luis Napoleón a cambio de que éste le doblase la pitanza. El presidente hubo de pagar la expedición de Roma -1849- con la ley Falloux sobre enseñanza, y con una serie de favores dispensados a las congregaciones, las asociaciones religiosas y los jesuitas. El emperador abrazó las doctrinas ultramontanas, dejó que en su suelo brotasen vírgenes milagrosas, se allanó al dogma de la Inmaculada Concepción y sobre todo a este quasidogma: Roma, soberana del universo católico. La guerra de Italia, la expedición de Garibaldi, la derrota de las tropas pontificias, la anexión de Nápoles, pusieron furioso al papa. Se desató contra Napoleón III una rabiosa campaña pontificia y episcopal. El emperador ya no era Constantino, sino "Judas". Napoleón III cobra miedo, no se atreve a seguir adelante; además, está su mujer. Y si él padece a los curas como aliados, ella los ama con el amor galante de la convertida. El papa ha apadrinado a un hijo suyo y le ha ofrendado la rosa de oro, reservada a las soberanas virtuosas. El *convenio* celebrado con el reino de Italia, acordando retirar de la zona, dentro del plazo estipulado, el ejército francés de ocupación, puso frenético al clero. El hombre blanco de Roma contestó con una encíclica seguida del *Syllabus.* Los obispos no hicieron caso del gobierno, anatematizando el espíritu y la vida modernos y publicaron el *Syllabus,* lleno de insultos. Esto les valió los plácemes de Su Santidad. Su actitud era tan retadora, que en marzo del 65, el propio ministro que, cediendo a presiones del clero y la emperatriz, había expulsado a Renan de su cátedra por llamar a Jesucristo un *hombre incomparable,* pronunció en el Senado una violenta diatriba contra el *Syllabus,* Un senador dio a conocer una estadística según la cual, en 1856, las asociaciones religiosas reconocidas agrupaban a 65.000 personas, con una fortuna inmueble de 260 millones de francos, habiendo razones para suponer que la de las asociaciones no reconocidas no bajaba tampoco de esa cifra. ¡Imagínese lo que esta fortuna habría crecido en los últimos diez años! El cardenal Bonnechose no se dignó disfrazar apenas el pensamiento del *Syllabus,* y sostuvo que las congregaciones religiosas sólo tenían deudas. Rouher hízose el desentendido, temiendo a este clero que, a pesar de las cortesanías de forma, se alzaba en bloque frente al Imperio, dispuesto a todas las luchas por la dominación.

La amenaza prusiana.

Es el punto muerto del régimen. El Imperio no dio a Francia ningún principio nuevo; las condiciones económicas que le alentaron han desaparecido. Perdió su razón de ser; exteriormente, no es ya más que una expresión militar sujeta a todas las rivalidades. Los cientos de discordia sembrados en Italia empiezan a brotar por todas partes. Alemania ansiaba, como la península, la unidad. Dos potencias se la brindaban. Austria, aunque demasiado vieja ya para hacer de Fausto, se adelantó, y mientras Napoleón III se hundía en Méjico, ella convocaba en Fráncfort, el año 63, a los príncipes confederados. Prusia, su rival, que presumía de liberalismo, no acudió, pero de las intrigas de la Dieta brotó una voz alemana que permitió a Prusia y a Austria reivindicar unos derechos cualesquiera sobre los ducados sometidos a la soberanía de Dinamarca: Sleswig y Holstein. Los mandatarios de la Dieta desmiembran el territorio dinamarqués, cocinan la Confederación, y, en el año 6, Austria ocupa Holstein, Prusia Sleswig. A los periódicos franceses que protestan, les contestan brutalmente los periódicos de Berlín: "Francia teme que Alemania se transforme en la primera potencia del mundo. La misión de Prusia es implantar la unidad alemana". Prusia no oculta esta misión cuando Bismarck acude a Biarritz a pedir a Napoleón III la neutralidad de Francia en una guerra contra Austria. La obtiene, hace inevitable el conflicto desde el año 66, denuncia en marzo los planes militares de Austria y en abril firma un tratado de alianza con Italia, que el emperador aprueba. La víspera de las hostilidades, el 11 de junio, Napoleón III informa al Cuerpo Legislativo de esta política mortal. El Cuerpo Legislativo la hace suya por 239 votos contra 11. El punto muerto está franqueado; el Imperio va a precipitarse por la otra pendiente.

El 3 de julio del 66, Austria es aplastada en Sadowa. Su victoria en Italia no cambia la situación. Cede Venecia y abandona Alemania para dejar sitio a una Prusia rica y poderosa, dictador militar, jefe de la gran familia. Napoleón III intenta hablar de compensaciones territoriales. Bismarck le contesta con una Alemania presta a alzarse como un solo hombre; el otro le cree, se le dice que el ejército francés no está preparado contra aquella Prusia abrumada por sus victorias y lo escucha sin replicar. Cuatro años más tarde, no vacilará en lanzar a este mismo ejército francés contra una Prusia alemana con fuerzas decuplicadas.

Sin periódicos que la instruyan, simpatizando siempre con Italia, hostil a la Austria absolutista, fiada en el liberalismo de Prusia, la masa francesa no advierte el peligro. Fue en vano que unos cuantos hombres de estudio lo demostrasen claramente en el Cuerpo Legislativo. Los serviles no quisieron oír, y 219 votos contra 45 declararon que, lejos de sentirse amenazada, Francia debía confiar. Celebraron como una victoria la neutralización de Luxemburgo. El público no vio en esto más que una guerra que se

evitaba. Al manifiesto de los estudiantes de Alsacia-Lorena protestando contra los odios y las guerras nacionalistas, los estudiantes de Berlín respondieron que ellos protestaban contra la neutralización. He ahí el tono de la joven burguesía prusiana. El gobierno de Prusia prohibía a sus súbditos afiliarse a la Internacional.

Internacionalistas y blanquistas.

La Internacional, apartada del estruendo de las armas, celebraba en Ginebra, algunas semanas después de Sadowa, el 3 de septiembre del 66, su primer Congreso general. Sesenta delegados, provistos de mandatos en forma, representaban a varios cientos de miles de adheridos. "El pueblo no quiere seguir combatiendo locamente para dar gusto a los tiranos -dice el informe de los delegados franceses-. El trabajo quiere conquistar el puesto que le corresponde en el mundo por su sola influencia, al margen de todas las que ha venido padeciendo siempre, e incluso buscado". En la fiesta que siguió a los trabajos del Congreso, la bandera de la Internacional, enarbolada por encima de las banderas de todas las naciones, ondea su divisa en letras blancas: *No más derechos sin deberes, no más deberes sin derechos.* Los delegados ingleses fueron registrados a su paso por Francia; los de Francia habían tomado precauciones. Apenas regresar, reanudaron su propaganda. Se ofrecen -febrero del 67- a la huelga de los broncistas contra sus patronos. El cincelador Theisz y algunos otros del Comité de Huelga se adhieren a la Internacional; otros permanecen ajenos a ella, e incluso hostiles. El Comité en pleno se dirige a Londres, donde las Trade's Unions le entregan 2.500 francos; el efecto moral de esto es tan grande, que los patronos capitulan. El prefecto de policía felicita al Comité por el buen comportamiento de los huelguistas durante la crisis. Les había dejado celebrar grandes reuniones. El gobierno quería dar una lección a los burgueses de la oposición y acentuar la diferencia entre la Internacional y la joven burguesía revolucionaria.

Ésta veía con muy malos ojos aquellas organizaciones de trabajadores, cerradas a todo el que no fuera obrero, recelaba de su apartamiento de la política, las acusaba de fortalecer el Imperio. Algunos de estos jóvenes, educados en las tradiciones de Blanqui y de los agitadores de antaño, que creían la miseria generadora de la liberación, fogosos, no sin valor, como Protot, el abogado, y Trídon, el rico estudiante, casi célebre por sus *Hébertistes,* habían acudido al Congreso de Ginebra a censurar a estos delegados obreros, traidores, según ellos, a la revolución. Los delegados, que no veían en estos hijos de burgueses más que la reencarnación juvenil de sus padres, les reprocharon su absoluta ignorancia del mundo obrero y los maltrataron. Equivocadamente. Esta generación era mejor, y ahora, sus órganos, los periódicos del Barrio Latino – "La Libre Pensée", de Eudes Flourens, el hijo del fisiólogo, que había luchado por la independencia de Creta; "La Rive Gauche", donde Longuet publicaba su *Dinastie des Lapalisse* y Rogeard sus *Propos de Labienus*- no se aislaban del proletariado, en su cuerpo a cuerpo con el Imperio. La policía hacía incursiones frecuentes en aquellos locales, perseguía las menores reuniones, urdía "complots" tomando como pretexto la simple lectura en el café de la Renaissance de una proclama en la que Félix Pyat, revolucionario honorario, incitaba desde Londres a los estudiantes a las barricadas: "Es necesario obrar; vuestros padres no iban a Lieja, acampaban en Saint-Merry."

Vejeces que suenan a hueco, sobre todo en vísperas de la Exposición Universal, en la que París se echa a la calle, a disfrutar de la alegría y del espectáculo de los soberanos extranjeros. Bismarck, pudo tomar las últimas medidas de los hombres y de las cosas del Imperio. Moltke, el vencedor de Austria, visitó tranquilamente nuestras fortificaciones. Sus oficiales brindaron ¡por la toma de París! París, casa de Europa, como decía la princesa de Metternich, divirtió prodigiosamente a todos los príncipes. Sólo silbaron una bala polaca disparada contra el zar por un refugiado, Berezowski, y el viento huracanado de Méjico.

Abandonado desde el 66 por su imperial expedidor, dócil a los Estados Unidos, el emperador Maximiliano fue preso y fusilado el 19 de junio del 67. "La más bella idea del reino" se resumía en millares de cadáveres franceses, en el odio de Méjico saqueado, en el desprecio de los Estados Unidos, en la pérdida escueta de mil millones. Bazaine, que regresó de la campaña cubierto de oprobio, no tardó en florecer de nuevo entre los generales más en boga.

La Exposición Universal fue el último cohete del esplendor imperial. No dejó más que el olor a pólvora. La burguesía republicana, inquieta ante los puntos negros que se cernían en el horizonte, se dedicó a copiar a la Internacional, imaginó la alianza de los pueblos y encontró bastantes adhesiones para celebrar un gran congreso en Ginebra el 8 de setiembre del 67. Lo presidió Garibaldi. La Internacional celebraba en este momento, en Lausana, su segundo Congreso, y los obreros alemanes, al contrario de los estudiantes de Berlín, enviaron una calurosa proclama contra la guerra. El Congreso de Ginebra convocó al de Lausana; llega, habla de un nuevo orden que arrancaría al pueblo de la explotación del capital, y acapara hasta tal punto la discusión, que algunos republicanos, delegados de París en el congreso de alianza -entre ellos Chaudey, uno de los ejecutores testamentarios de Proudhon- brindaron a los obreros el apoyo de la burguesía liberal para la emancipación común. Éstos aceptaron,

y el congreso terminó con la fundación de una Liga de la Paz.

Republicanos y *socialistas*

Dos meses después, habla el cañón a las puertas de Roma. Garibaldi se ha lanzado sobre los Estados Pontificios y se estrella en Mentana contra las tropas francesas enviadas por la emperatriz y por Rouher. El general De Faílly, que las mandaba, supo atizar el odio de los patriotas italianos, telegrafiando a las Tullerías: "Nuestros fusiles nuevo modelo han hecho maravillas". Pero si Napoleón III pudo hacer una vez más de Francia el soldado del papa, la democracia francesa sigue siendo la reivindicadora de la idea como en el 49. Cinco días antes del encuentro de Mentana resuenan gritos de "¡Viva Italia! ¡Viva Garibaldi!" ante Napoleón III y el emperador de Austria, que salen de un banquete en el Hôtel-de-Ville. El 2 de noviembre, la multitud, agolpada en el cementerio de Montmartre, rodea la tumba de Manin, el gran defensor de Venecia. Por primera vez, los obreros llenan los bulevares. Pocas horas después de la ocupación de Roma, una delegación conducida por el internacionalista Tolain exige a los diputados de la izquierda que dimitan en masa. Jules Pavre la recibe, protesta contra la forma y contesta a los obreros que le dicen: "Si el proletariado se levanta por la República, ¿puede contar con el apoyo de la burguesía liberal, como fue convenido hace dos meses en Ginebra?": "Señores obreros, ustedes solos hicieron el Imperio, a ustedes toca ahora deshacerlo". Jules Favre aparentaba olvidar que el Imperio había sido engendrado por la Asamblea del 48, de la que él fuera mandatario. En los hombres del 48 persistía aún la aversión contra los obreros revolucionarios. Sus herederos eran también de corazón cerrado: "El socialismo no existe, o por lo menos, nosotros no queremos contar con él", había dicho Ernest Picardo

"Le Courrier Français", único periódico socialista de la época, muestra muy bien la línea trazada. Un joven escritor, Vermorel, conocido ya por "La Jeune France" y por sus excelentes estudios sobre Mirabeau, le daba vida con su pluma y su dinero. Este periódico reveló la historia de los hombres del 48, su política mezquina, antisocialista, que había hecho inevitable el 2 de diciembre. Los obreros, los republicanos de vanguardia, lo leían, pero los viejos y muchos de los nuevos republicanos se indignaban de que se tocase a sus glorias. En vano las condenas, los anónimos más amenazadores, todos los duelistas del Imperio cayeron sobre Vermorel; las gentes del 48 clamaron que estaba sobornado, que era un agente de Rouher. Y el periódico le fue arrebatado. Otros muchos habían de seguirle.

Napoleón III, cacoquimio de cincuenta y siete años, pretende rejuvenecerse con una posición liberal. El espectral Emile Ollivier, ascendido al rango de consejero, alienta la experiencia con la esperanza de gobernar al impotente. Con ayuda de grandes recursos financieros, será posible lanzar un periódico y celebrar reuniones políticas, bajo el riesgo de incurrir en graves penas. Rouher gime, Persigny escribe: "El Imperio parece hundirse por todas partes". Pero el Imperio se obstina, fiado en sus magistrados y en su policía. Para el ramillete de mayo del 68, contaba con ""La Lanterne"", folleto semanal. *Les Propos de Labienus,* las impertinencias académicas del "Courrier du Dimanche", las crudezas acerbas del "Courrier Français" no sacudieron la risa contagiosa. ""La Lanterne"" de Rochefort lo hizo, aplicando a la política los procedimientos y los despropósitos del vodevilismo. Y todos los partidos pudieron regodearse con los dioses y diosas de las Tullerías, transformados en héroes de la *Belle Hélène.* La burla no plació al príncipe ni a su esposa. Dos meses después, Rochefort, condenado a prisión, se refugiaba en Bruselas, pero los revoltosos brotaban por todas partes. En París, ""Le Rappel"", inspirado desde Jersey por Víctor Rugo, a quien un alejandrino retenía en la orilla del mar; "Le "Réveil"" de Delescluze, áspero jacobino hostil a los charlatanes; en Toulouse, Agen, Auch, Marsella, Lille, Nantes, Lyon, Arras, en el Mediodía, en el Norte, en el Centro, en el Este, en el Oeste, cien periódicos encendían hogueras de libertad. Surgía una muchedumbre de jóvenes, desafiando las prisiones, las multas, los encuentros con la policía y agarrando al Imperio y a sus ministros, a sus funcionarios por el cuello, detallando los crímenes de diciembre, diciendo: "¡Hay que contar con nosotros; la generación que levantó el Imperio ha muerto!" Folletos, publicaciones populares, pequeñas bibliotecas, historias ilustradas de la Revolución, bastaban apenas para satisfacer el ansia de saber que se despertaba. La joven generación obrera, que no había disfrutado el fuerte alimento de la que hizo el 48, lo engullía todo a grandes bocados.

Las reuniones públicas, extraordinariamente concurridas, atizaban estas llamaradas de ideas. Hacía veinte años que París no veía una palabra libre florecer en los labios. A pesar de que el comisario estaba dispuesto a disolver las reuniones a la menor palabra malsonante, muchos exaltados venían a volcar su fuego sobre un público insospechado, sobre todo en los barrios populares, donde dominaban los provincianos, atraídos desde hacía quince años por las grandes obras de París. Estos, más nuevos que los parisienses de pura sangre, mezclan su robustez a sus nerviosa prontitud, reclaman discusiones bien nutridas.

La Internacional en el correccional.

La policía pudo entrever entonces que la Internacional no era el instigador, como estúpidamente creía desde la manifestación de

Mentana. Ordenó persecuciones de las que la calle Gravilliers se aprovechó para desplegar su bandera, desconocida hasta entonces de las multitudes. El fiscal de S. M. Imperial estuvo atentísimo con aquellos honrados -¡oh, ya lo creo!- trabajadores, cuya asociación no estaba -¡desgraciadamente!- autorizada.

El instigador, Tolaín, hizo la defensa colectiva: *"Desde* 1862, *nuestra consigna es que los trabajadores no deben buscar su emancipación más que por sí mismos. No teníamos más que un medio de salir de la falsa situación que nos creaba la ley; violarla para que se viese que era mala; pero no la hemos violado, pues el gobierno, la policía, la magistratura han podido* o *han sabido tolerarlo todo".* El juez, tan amable como el propio fiscal, impuso a los detenidos cien francos de multa y declaró disuelta la Asociación Internacional domiciliada en París. Sin pérdida de momento, constituyóse un nuevo *bureau:* Malon, Landrin, Combault, Varlin, un encuadernador, que en unos cuanto días reunió diez mil francos para los huelguistas de Ginebra. Nuevas persecuciones. Varlin asume la defensa; esta vez, el tono sube: *"Una clase oprimida en todas las épocas y bajo todos los reinos, la clase del trabajo, pretende aportar un elemento de regeneración. Solamente un viento de absoluta libertad conseguirá limpiar esta atmósfera cargada de iniquidades. Cuando una clase ha perdido la superioridad moral que la hacía predominante, debe desvanecerse si no quiere ser cruel, porque la crueldad es el único recurso de los poderes que caen".* Tres meses de prisión rezaba la sentencia, "por haber afirmado la existencia, la vitalidad y la acción de la Asociación Internacional, interviniendo en la reciente huelga de los obreros de Ginebra, moralmente o alentando la lucha entre patronos y obreros", y nueva disolución del *bureau* de París.

No por eso dejó la Asociación de estar representada en septiembre, en Bruselas, en el III Congreso de la Internacional, que invitó a todos los trabajadores a oponerse a una guerra entre Francia y Alemania. La mayoría votó, a pesar de Tolain, por la propiedad colectiva; y el gobierno imperial se aprovechó de esto para asustar a algunos republicanos que empezaban a inquietarle seriamente.

Gambetta.

El 2 de noviembre del 68, día de difuntos, descubren en el cementerio de Montmartre, bajo una piedra enmohecida, la tumba del representante Baudin, asesinado el 2 de diciembre del 51 en Saint-Antoine. Quentin, redactor de "Le "Réveil"", increpa al Imperio. De la multitud gritan ¡Viva la República! Uno que se titula "Pueblo y Juventud" habla de venganza y la promete para pronto. "Le "Réveil"" de Delescluze, "L'Avenir National" de Peyrat, "La Revue Politique" de Challemel-Lacour y otros periódicos conquistados por el ejemplo, abren una suscripción para erigir a Bandín una tumba que perpetúe su memoria. Hasta Berryer se suscribe. El Imperio lleva a los tribunales a los periodistas y a los oradores del 2 de diciembre. Un abogado joven defiende a Delescluze. Totalmente desconocido del público, se destaca desde hace algunos años entre la juventud estudiantil y la del foro, donde sorprendió a los maestros en un extraño proceso llamado de los 54. No se entretiene alabando a Baudin. Ya de entrada, Gambetta ataca al Imperio, evoca con trazos de Corneille el 2 de diciembre, encarna el dolor, la cólera, la esperanza de los republicanos; con su voz torrencial, sumerge al fiscal de S. M. Imperial y, con los cabellos flotando al viento, desabrochado, aparece durante una hora como el profeta del castigo. La nueva Francia viose sacudida como por el alumbramiento de una conciencia. El proceso de Baudin marcó el límite fatal del Imperio. Cometió éste la tontería de creer que el 2 de diciembre habría manifestaciones y puso en pie un ejército, dirigido por un pequeño ministro del Interior, Pinard, París, suficientemente vengado, se contentó con reír. El Imperio, ridiculizado, agobió a los periodistas con multas y meses de prisión, clausuró las reuniones públicas y tendió todos sus tentáculos administrativos. Esto ocurría en vísperas de unas elecciones generales.

La misión de los serviles del 63 había terminado. Siguieron a Napoleón III hasta el crimen de lesa patria. Bastante más culpables que en el 57, dieron a luz la hegemonía prusiana, lanzaron a Italia en brazos de Prusia, continuaron financiando la guerra de Méjico, aclamaron a la segunda expedición romana y a Rouher con su: "Jamás, jamás dejará Francia que Italia tenga a Roma por capital."

No hay disculpas para estas bajezas, para estas traiciones. Todos estos diputados oficiales eran altos burgueses, grandes industriales, financieros, emparentados con la administración, el ejército, la magistratura, el clero. Contra su opinión nada podía prevalecer. Preferían seguir viviendo a sabiendas de que, a fin de cuentas, el trabajo lo paga todo. En las elecciones del 69 no tuvieron otro programa que el del emperador, no buscaron otro elector que el ministro. Fue el pueblo quien, una vez más, hubo de salvar las apariencias.

Las elecciones del 69.

París no quiere más periódicos dictadores de elecciones. Encuentra él mismo candidatos y frecuentemente contra los diputados del 63, a quienes los mejores oradores de las reuniones públicas, Lefrançais, Bríosne, Langlois, Tolain, Longuet, etc., desafían en vano a controversias públicas. Frente al viejo Carnot, Belleville alza al joven tribuno

Gambetta, que acepta las reivindicaciones de los electores y enarbola la bandera "intransigente"; frente a Jules Favre, a Rochefort. Contra Garnier-Pages, afrontando la competencia de Raspail, los obreros presentan a Briosne, uno de los suyos, con el fin de afirmar "el derecho de las minorías, la soberanía del trabajo". Guéroult será combatido por el abogado Jules Ferry, autor de un bonito juego de palabras sobre el prefecto Haussmann. Jules Simon, Pelletan, tendrán también contrincante. Emile Ollivier, que ha acumulado los odios, quiere medirse en una reunión pública del Châtelet con Bancel, joven diputado del 52 que vuelve del destierro rejuvenecido. ¡Viva la libertad, gritan al renegado. La policía desenvaina y persigue a los republicanos, que suben a la Bastilla cantando la *Marsellesa.*

El 24 de mayo salen elegidos Gambetta, Bancel, Pelletan, Picard y Jules Simon. En el segundo turno, los señores Thiers, Garnier-Pages y Jules Favre. Este último nombre arranca gritos de *¡Viva "La Lanterne"!,* y comienzan en el bulevar las manifestaciones, que ganan Belleville y Saint-Antoíne. La policía desliza en ellas bandas de chulos disfrazados de blusas blancas, que derriban los quioscos, rompen los cristales de los escaparates y provocan detenciones en masa. Los redactores de ""Le Rappel"" y de "Le "Réveil"" y los oradores de los mítines son detenidos. Las prisiones y los fuertes de Bicêtre albergan a mil quinientos presos. Un habitual de las Tullerías, Jules Amigues, escribe: "Hay que descapitalizar París".

El material electoral de provincias dio al Imperio, reconciliado con los obispos después de lo de Mentana, bajo la presión de la tuerca administrativa, una gran mayoría. Sin embargo, los orleanistas se habían infiltrado. Formaban la oposición izquierdista una cuarentena. De 280 diputados, Napoleón III disponía de las dos terceras partes, bastantes para responder ásperamente a los poco perspicaces que hablaban de reformas y para escribir que no cedería "a los movimientos populares". El tiroteo de La Ricamarie subraya estas frases. El 17 de junio, la tropa dispara sobre los mineros huelguistas, mata a once hombres y a dos mujeres, y tiende en tierra a numerosos heridos, entre ellos a una muchacha a la que Palikao impidió que se enviasen socorros. Era el primer éxito en Francia de aquella maravilla de fusil Chassepot. Un senador, general de la gendarmería, propuso una especie de fusilamiento en bloque y que se llegase a una inteligencia con los demás gobiernos para suprimir todas las asociaciones y ligas obreras.

El Imperio y los obreros.

Aquel bellaco no era tonto más que a medias; las sociedades obreras no auguraban nada bueno a este gobierno sin principios que jugaba con dos barajas, tolerando la huelga de los broncistas y condenando la de los sastres, suprimiendo *el bureau* de la Internacional y alentando las reuniones del pasaje Raoul, tan pronto autorizando a los delegados de las cámaras sindicales a reunirse, como persiguiéndolos. Estas cámaras sindicales, formadas desde hacía algún tiempo en muchas industrias, querían constituirse en federación. Sus delegados, Theisz, Avrial, Langevin, Varlin, Dereure, Pindy, que erraban de local en local, acabaron, en el verano del 69, por encontrar uno grandísimo en la calle de La Corderie, que más tarde había de hacerse célebre. La Federación subarrendó una parte del local a diferentes círculos y sociedades: las del bronce, los carpinteros, el círculo mutualista, integrado en gran parte por el primer *bureau* de la Internacional: D'Alton-Shee, Langlois, etcétera, el círculo de estudios sociales, que había reorganizado la Internacional después del primer proceso. La comunidad de local hizo creer en la identidad de la Asociación Internacional y la Federación de Cámaras Sindicales. Era un error. Varios de los delegados de la Federación sólo formaban parte de la Internacional personalmente; las sociedades que representaban no querían comprometer su existencia ligándose a la Internacional, algunos de cuyos miembros, por esta razón, no eran muy partidarios de estas sociedades.

El público no tomaba muy en serio estas agrupaciones sindicales; le sugestionaba más aquella misteriosa Internacional que contaba, según se decía -y el *bureau* de París lo dejaba decir-, por millones sus afiliados y sus fondos. En setiembre del 69, celebró en Basilea su cuarto congreso. Entre los delegados franceses figuraban Tolain, Langlois, Varlin, Pindy, Longuet, Murat, Aubry de Rouen. Se discutió sobre colectivismo, individualismo, abolición del derecho de herencia, etc.: pero se proclamó la misión militante del socialismo, pues le había salido una rival: la Alianza Internacional de la Democracia Socialista, fundada el año anterior por el anarquista Bakunin. Un delegado alemán, Liebknecht, felicitó a los obreros de París: "Sabemos que habéis estado y seguiréis estando en la vanguardia del ejército revolucionario". Como sede del próximo congreso se proclamó el *París libre.*

Hubiérase dicho, en efecto, que lo era, a juzgar por sus periódicos y por lo que se hablaba en las reuniones. El Cuerpo Legislativo se clausuró sin fijar fecha de apertura, después de una carta del emperador concediendo algunos menudos derechos a los diputados, y esto hacía que las voces de la calle se oyesen mucho más. En la calle dábase al hombre de las Tullerías por moralmente acabado y físicamente quebrantado. "Le "Réveil"", analizando su enfermedad, no le concedía más que tres años de vida; la emperatriz, la corte, los funcionarios, eran acribillados por flechazos mucho más agudos que los de "La Lanterne" de otro tiempo; los mítines se orientaban hacia la política; en Belleville los hubo que fueron disueltos a sablazos. En las vallas de los nuevos edificios de las Tullerías, donde el contratista

había mandado escribir: "Aquí no entra el público", una mano escribió: "Sí, algunas veces".

Los tribunales de justicia no funcionaban. Y como Rouher había sido mandado al Senado y los nuevos ministros eran desconocidos, se creyó en un nuevo régimen. Se aprovechaba cualquier ocasión para atacar. El emperador convocó al Cuerpo Legislativo para el 29 de noviembre. Un diputado de la izquierda, Kératry, se permite decir que debe serlo para el 26 de octubre, que se viola la Constitución, que es preciso que los diputados vayan el 26 a la plaza de la Concordia, a reconquistar, aunque sea a la fuerza, su sitio en el Palais-Bourbon. "La Réforme" se apodera de la idea. Gambetta escribe desde Suiza: "¡Allí estaré!" Raspail y Bancel lo mismo. Jules Ferry declara que responderá "al insolente decreto".

El tiroteo de Aubin habla también; el 8 de octubre, son muertos por las tropas catorce obreros huelguistas y heridos cincuenta más. París se caldea. El 26 puede convertirse en una jornada memorable; la izquierda se asusta y firma, un manifiesto fuertemente razonado para cubrir su retirada. Los hombres de vanguardia van a increparla para que explique esta doble actitud. Jules Simon, Emest Picard, Pelletan, Jules Ferry, Bancel se dirigen a la convocatoria recusada por Jules Favre, Garnier-Pages y otros que pretenden no depender más que de su conciencia. En la sala hay apenas doscientos militantes, jóvenes y viejos, escritores, oradores de reuniones públicas, obreros, socialistas conocidos. La presidencia recae en Milliere, recientemente despedido por una gran compañía que no admite empleados socialistas. Los diputados dan un espectáculo lamentable, excepto Bancel, envuelto en su fraseología del 48, y Jules Simon, que conserva toda su sangre fría. Este último disculpa la ausencia de Gambetta, al que califica de "reserva para el porvenir", expone las razones estratégicas que hacen de la plaza de la Concordia un lugar peligroso, fustiga al Imperio, que finge ignorar que allí están todos para entablar su proceso. Les interrumpen, les recuerdan lo ocurrido en junio. Los diputados salieron llenos de un resentimiento que tenían que tragarse. No volvió a hablarse del 26 de octubre; pero el gobierno hizo formidables preparativos de los que se burló París como en el año anterior.

Dos o *posiciones.*

Desde este momento, hay ya dos oposiciones: la de los parlamentarios de izquierda y la de los socialistas, a los que se adhiere un gran contingente de obreros, de empleados, de la pequeña burguesía. Éstos dicen: "Los más hermosos discursos no han impedido nada, nada nos han dado; es menester hacer algo, sacudir el Imperio hasta descuajarlo". Se presenta ocasión para ello. El 21 de noviembre, París tiene que sustituir a cuatro diputados: Gambetta, Jules Favre, Picard y Bancel, que han optado por las provincias. Belleville pasa de manos de Gambetta a manos de Rochefort. El autor de "La Lanterne" acepta los votos de Gambetta, llega de Bélgica y provoca en las reuniones un entusiasmo descabellado. Sus competidores, salvo Carnot, se retiran, Para abofetear al emperador, se admite que Rochefort preste el juramento obligatorio; en todos los demás sitios, el partido de acción exige no juramentados, designa a Ledru-Rollin, Barbes, Félix Pyat. El viejo tribuno se niega a ir, el segundo muere en La Haya, Félix Pyat no tiene el menor deseo de dedicarse a resolver rompecabezas. Sólo Rochefort es elegido: en las otras tres circunscripciones triunfan los hombres del pasado, dos del 48, Emmanuel Arago, el atravesado Crémieux, y un viejo y gárrulo republicano, Glais-Bizoin,

Los tres se unieron a la izquierda, que acaba de fustigar en un manifiesto el mandato imperativo: "La libertad de discusión -decían estos señores-, el poder de la verdad, son las armas a que piensan recurrir los abajo firmantes; no emplearán otras, salvo en el caso de que la fuerza trate de ahogar sus voces". Tuvieron que oír lo suyo. "La izquierda no ha sido formada para reivindicar las libertades que el tercer partido obtendrá más fácilmente. Al aislarse del pueblo, se incapacita uno de antemano para tomar otras armas, deja de cooperar al advenimiento de la República y se convierte en conservador del Imperio".

Esto era leer en el alma de muchos. Se dibujaban dos izquierdas, una llamada cerrada, bajo la presidencia del dragón Jules Grévy, custodia de los principios puros; la otra, abierta a un tercer partido, conglomerado de híbridos, liberales, orleanistas, imperialistas incluso, amasada por el amigo de Emile Ollivier, Ernest Picard, víctima de la comezón ministerial.

El Ministerio Emile Ollivier.

Como la lesión imperial se hacía cada vez mayor, Emile Ollivier suplicó a Napoleón III que releyese cierto capítulo de Maquiavelo, en que se habla de la necesidad de adaptar nuevos ministros a cada nueva situación. Napoleón III lo leyó, y encargó de constituir ministerio a este maquiavélico Ollivier, que se comprometía, aun garantizando la libertad, a luchar "cuerpo a cuerpo con la Revolución". "¡Del orden, respondo yo!", había dicho el emperador al Cuerpo Legislativo. El año 1870 se abrió bajo la doble constelación de estas potencias. Emile Ollivier, presidente del Consejo de Ministros; en Hacienda, un reaccionario del 48, Buffet; el general Le Boeuf, en Guerra; un cualquiera, en el Interior, donde, según el general Fleury, perro viejo del 2 de diciembre, hacía falta una mano de hierro.

Después de la elección de Belleville, el partido de acción no se detuvo. Las reuniones públicas no eran más que fiebre, hasta el punto de inquietar a Delescluze, que constataba la existencia de una

avalancha de exaltados desconocidos. Su "Réveil" y "Le Rappel" se quedaban bastante más atrás que """"La Marseillaise"""", fundada en diciembre por Rochefort, ametralladora que disparaba sin descanso, y cuya redacción, por la que desfilaba desde la mañana hasta la noche la multitud, parecía algo así como un campamento. Los redactores están dispuestos a todo. Un primo del emperador, el príncipe Pierre Bonaparte, fiera encerrada en Auteuil, atacó violentamente, en "L'Avenir de la Corse", al periódico corso "La Revanchel", cuyo corresponsal parisiense, Paschal Grousset, respondió en ""La Marseillaise"". El príncipe provoca a Rochefort, pero Paschal Grousset se ha anticipado y ha enviado a Auteuil a dos de sus colaboradores, UIric de Fonvielle y Victor Noir, buen mozo de veinte años, valiente en extremo. Pierre Bonaparte responde brutalmente que se batirá con Rochefort, no con dos instrumentos. Habla de carroñas. Un disparo. Víctor Noir va a caer al patio con el corazón atravesado de un balazo. París en pleno recibe el tiro. Aquel joven muerto, aquel Bonaparte asesino, conmueven todos los hogares, despiertan la piedad de la mujer y la pasión del marido. Cuando, al día siguiente, ""La Marseillaise"" grita: "Pueblo francés, ¿no crees que decididamente esto es ya demasiado?", el motín fue cosa fuera de duda, y hubiera estallado, de no haber retenido la policía el cadáver en Auteuil.

El 12 de enero del 70, doscientos mil parisienses suben por los Campos Elíseos para hacer a su hijo grandes funerales. El ejército, reforzado con las guarniciones vecinas, ocupa todos los puntos estratégicos, y el mariscal Canrobert, olfateando el tufo de diciembre, promete el tiroteo. En Auteuil, Delescluze y Rochefort, que ven inminente la matanza, obtienen la promesa de que se llevará el ataúd al cementerio, en contra de Flourens y de los revolucionarios, que quieren llevarlo a París. No hubiesen franqueado la barrera, que dejó pasar apenas a Rochefort y al frente de una columna, rápidamente rechazada a la altura de los Campos Elíseos. Los mamelucos se quejaron de que no se hubiera aprovechado la ocasión para hacer la sangría que estimaban indispensable.

El primer acto del liberal Emile Ollivier fue pedir que se persiguiese a Rochefort. Obtiene el voto afirmativo el 17, a pesar, preciso es decirlo, de la oposición de la extrema izquierda. La multitud que rodeaba el Palais-Bourbon, rechazada a golpes, gritó: ¡Viva la República!, ante la terraza de las Tullerías por donde se paseaba el emperador.

El segundo acto liberal del ponente de la ley sobre las coaliciones fue dirigir al ejército contra los obreros de Creusot, que pedían administrar por sí mismos su caja de retiro, alimentada con su propio dinero.

El presidente del Cuerpo Legislativo, Schneider, jefe de este coto feudal, había expulsado a los miembros del comité obrero, que llevaban a Assi a la cabeza. Schneider abandonó el sillón presidencial, acudió a su baronía con tres mil soldados y dos generales, volvió a toda su gente a las canteras y envió un gran número de sus obreros al Tribunal de Autun.

El *bureau* de la Internacional, formado de nuevo con otro nombre, protestó contra "la pretensión de los capitalistas que, no contentos con detentar todas las fuerzas económicas, quieren además disponer, y disponen, de hecho, de todas las fuerzas sociales, ejército, policía, tribunales, para el mantenimiento de sus inicuos privilegios". El rumor de la huelga fue ahogado por la marea ascendente de París.

Rochefort, condenado a seis meses de cárcel, es entregado por los diputados. La noche del 7 de febrero lo detienen ante la redacción de ""La Marseillaise"". Flourens grita: "¡A las armas!", echa la zarpa al comisario y, seguido por un centenar de manifestantes, se dirige a Belleville y levanta una barricada en el Temple. La tropa llega, Rochefort se ve abandonado y encuentra a duras penas un refugio. Al día siguiente, París se entera de la detención de Rochefort, así como de todos los redactores de ""La Marseillaise"" y de numerosos militantes. Se agitan las masas en los barrios. En la calle Saint-Maur se levanta una barricada que es defendida. Va a presentarse ocasión para la sangría, cuando aparece un manifiesto firmado por obreros, muchos de los cuales pertenecen al *bureau* de la Internacional: Malon, Pindy, Combault, Johannard, Landrin, etc.: *"Por primera vez, desde hace diecinueve años se han levantado barricadas; la ruina, la bajera, la vergüenza, van a acabar de una vez.... La Revolución adelanta a grandes pasos; no obstruyamos su camino con una impaciencia que podría resultar desastrosa. En nombre de la República social que todos queremos, invitamos a nuestros amigos a no comprometer semejante situación."*

Estos trabajadores fueron escuchados por el pueblo; pero las detenciones continuaron. Un obrero mecánico, Mégy, detenido antes de la hora legal, mata al policía que fuerza su puerta. Delescluze sostiene que Mégy estaba en su derecho. Se le condena a trece meses de prisión. El abogado de Mégy, Protot, es apaleado, amordazado. El día 14 hay cuatrocientas cincuenta personas encerradas, acusadas de haber participado en el "complot de febrero", como lo llamaba esta magistratura, a quien su actual jefe, Emile Ollivier, trataba en el 59 de "podredumbre".

Como tal se manifestó el 21 de febrero, en Tours, en el proceso del asesino de Victor Noir. La Constitución imperial concedía a los Bonaparte el privilegio de un Tribunal Supremo, compuesto de funcionarios del Imperio. La fiera de Auteil rugió. Seguro de sus jueces, dijo que Victor Noir le había abofeteado. El profesor Tardieu, médico oficial, lo

confirmó, y el procurador general, un vulgar criado, arrancó la absolución. Tardieu, abucheado por los estudiantes de París, hizo suspender sus cursos. La juventud de las escuelas se tomó el desquite en un banquete ofrecido a Gambetta. "Nuestra generación -dijo éste- tiene por misión terminar, completar la Revolución Francesa; no debe llegar el centenario de 1789 sin que Francia haya hecho algo por la justicia social". Fustigó el culto a Napoleón I, que había llevado a la restauración del Imperio, y dijo: *"Es un monstruo en lo moral, como los monstruos lo son en lo físico."*

El plebiscito.

En la discusión sobre el plebiscito, Gambetta igualó a Mirabeau. Napoleón III, hipnotizado siempre por la sombra de su falso tío, se había resuelto a adoptar el gran remedio que intentara Napoleón I cien días antes de Waterloo. El 19 de julio del 69, rechazaba todavía la idea de un plebiscito; el 4 de abril del 70 lo pedía con esta fórmula: "¿El pueblo francés aprueba las reformas operadas en la Constitución desde 1860?" Gambetta puso al descubierto la trampa, probó que el Imperio no podía soportar la más mínima dosis de libertad, y habló en favor de la República. El plebiscito fue servilmente votado.

"Daremos pruebas de una actividad devoradora", había dicho Emile Ollivier, que continuaba su serie de frases inauditas. Los primeros devorados fueron los obreros de Anzin, en seguida los de Creusot, condenados el 6 de abril. La Internacional los encomendó a los trabajadores. *"Cuando se absuelve a los príncipes que matan y se condena a los obreros que no piden más que vivir de su trabajo, nos corresponde salir al paso de esta nueva iniquidad, con la adopción de las viudas y los huérfanos"*. Todos los periódicos de vanguardia, respondiendo a este llamamiento, abrieron suscripciones.

El 8 de mayo era la fecha señalada para la comedia. Durante un mes, los poderes públicos, la administración, los magistrados, el clero, los funcionarios de todas clases, no vivieron más que para el plebiscito. Se fundó un comité bonapartista, dotado con un millón por el Crédit Foncier. Para espantar al burgués, un redactor de "Le Figaro" llenó un volumen con las estupideces que se escaparon en algunas reuniones públicas. Su periódico lanzó contra los republicanos la Sociedad de los garrotes reunidos. El bergante del "Lampion", inventor, en el 48, de los guardias nacionales aserrados entre dos planchas, del vitriolo lanzado con bombas, de las mujeres que vendían a los soldados aguardiente envenenado, del municipal empalado, de los bonos por tres damas de Saint-Germain, etc.; bajo este Imperio que hizo brotar todas las pústulas, Villemessant había creado el periódico-tipo de la prensa regocijante, ""Le Figaro"". Una escuadra de graciosuelos, más o menos plumíferos, iban a la corte, a la ciudad, al teatro, a la caza del chisme, del escándalo del día, de la anécdota incitante, escuchando detrás de las puertas, olisqueando los cubos del agua sucia, registrando los bolsillos, cobrando a veces la pieza, y recibiendo a menudo un puntapié. Liviano, conservador, religioso, ""Le Figaro"" era órgano y publicista del trabajo de dignatarios, bolsistas y golfas que se alzaban con los escudos tan picarescamente como alzaban las piernas. La gente de letras lo había adoptado, hallando en él a un tiempo cebo y tablado. El gobierno lo utilizaba para insultar a la oposición, ridiculizar a los republicanos, calumniar las reuniones públicas, dar fe de los falsos complots que podían empujar a los tímidos hacia el Imperio. Su éxito creó rivales. En el año 70, esta prensa aretinesca, rica, con clientela pingüe, daba de comer a una nube de proxenetas literarios, que hubiesen desnudado a su propia madre en público con tal de colocar sus artículos. Se les lanzó a la lucha plebiscitaria, y muchos de ellos fueron a provincias a reforzar la prensa local obligada a cierta moderación.

Los republicanos, los de la oposición, escasos de periódicos, andaban aún peor de organización. En casa del viejo Crémieux, que se las daba de Néstor, celebraron una reunión en que tres diputados, entre ellos Jules Simon, y siete periodistas, se encargaron de hablar al pueblo y al ejército. Redactaron dos artículos. Los diecisiete diputados del grupo Picard rehusaron adherirse, por no querer hacer "ninguna revolución"; ""La Marseillaise"" y "Le Rappel" se negaron a insertar los dos artículos porque en ellos no se hablaba más que de República y no llevaban firmas de obreros. Estos, afortunadamente, sabían pasar sin portavoces. El 24 de abril, la Corderie envió este manifiesto a los trabajadores de las ciudades y de los campos: *"Insensato será quien crea que la Constitución de 1870 ha de permitirle más cosas que la de 1852... No... El despotismo no puede engendrar más que despotismo. Si deseáis acabar de una vez con las máculas del pasado, el mejor medio, a nuestro juicio, es que os abstengáis o que depositéis en la urna una candidatura no constitucional."*

Más vibrante que el de la izquierda fue el llamamiento de Garibaldi al ejército francés: *"Yo quisiera no ver en vosotros más que a los descendientes de Fleurus y Jemrnapes; entonces, aunque inválido, saludaría vuestra soberbia bandera de la República y marcharía aún a vuestro lado."*

Por su parte, los periodistas republicanos, las reuniones públicas, suplieron la pobreza del manifiesto, hicieron la verdadera campaña, jugándose la libertad con una abnegación a la que eran totalmente ajenos los republicanos de relieve, los más ricos de los cuales daban un escudo, ni más ni menos. El único generoso fue Cernuschi, el antiguo miembro de la Constituyente romana, que

envió doscientos mil francos.

Esto no era nada contra este Imperio que tenía en sus manos los Bancos públicos y el terror. El 30 de abril enviaba a Mazas a los redactores del manifiesto de la Corderie y a los agitadores obreros Avrial, Malon, Theísz, Héligon, Assi, etc. El 17 de mayo amañó un complot. Su policía acababa de detener en una casa pública a un antiguo soldado, Beaury, provisto de dinero y de una carta de Flourens, refugiado en Londres, que le mandaba a Francia para que asesinase al emperador. La Internacional anda mezclada en el asunto, juran "Le Figaro" y el mundo oficial. De nada sirve que las sociedades de la Corderie protesten, ni que la Internacional escriba: *"Sabemos de sobra que los sufrimientos de todas clases que padece el proletariado obedecen más al estado económico que al despotismo accidental de unos cuantos fabricantes* de *golpes de Estado, y no hemos de perder el tiempo en soñar con la supresión de uno de ellos"*. El gobierno secuestra el manifiesto, se incauta de los periódicos. Emile Ollivier ve la mano de la Internacional por todas partes, telegrafía a todos los tribunales para que se detenga a los afiliados que residan en sus respectivas demarcaciones. Las detenciones con orden en blanco caen sobre todos los techos. Del 1 al 8 de mayo, ningún republicano está seguro. Los diputados de la izquierda no duermen en sus casas. Delescluze y varios periodistas se ven obligados a refugiarse en Bélgica.

El plebiscito arrojó siete millones doscientos diez mil votos a favor y un millón quinientos treinta mil en contra. Desde 1852, el régimen imperial había reunido, por tres veces, más de siete millones de sufragios, favorables, pero nunca tantos votos hostiles. Las grandes ciudades estaban conquistadas, las poblaciones pequeñas y el campo seguían al lado del poder establecido. Resultado previsto. Sabiamente contenidas por una administración de innumerables tentáculos, las poblaciones de los campos, a quienes asusta el pillaje, se dejaron llevar a las urnas a depositar en ellas un "sí", que aseguraban, según les decían, la paz. El Imperio tomó estos millones de súbditos pasivos por militantes; el millón quinientos mil de activos, por una expresión desdeñable. Los mamelucos pidieron que se hiciesen cortes siniestros. Emile Ollivier les organizó un proceso en el Tribunal Supremo, donde se juzgaría, confundidos, al famoso *Beaury* y a setenta y dos revolucionarios de nombres más o menos famosos, Cournet, Razoua, de Le "Réveil": Mégy, Tony-Moilin, Fontaine, Sapia, Ferré, de las reuniones públicas.

Tercer proceso de la Internacional

Mientras tanto, los obreros del manifiesto antiplebiscitario fueron entregados a los tribunales correccionales, confundidos con acusados a quienes no conocían. El procurador había inventado dos categorías: los jefes y los miembros de una sociedad secreta. Desde ahora -dice a los obreros- os perseguiremos sin tregua ni descanso, y leyó su requisitoria, publicada la víspera por "Le Figaro", requisitoria en que el pobre hombre atribuía la Internacional a Blanqui. Chalain habló por sus amigos del primer grupo, demostró que la Internacional era la asociación más conocida y discutida del mundo. *"Hija de la necesidad, ha surgido para organizar la Liga internacional del trabajo esclavizado, en París, en Londres, en Viena, en Berlín, en Dresde, en Venecia, en los departamentos franceses... Sí, somos culpables por no aceptar las fórmulas de unos economistas tan ignorantes que califican de leyes naturales los fenómenos industriales resultantes de un estado transitorio y son lo bastante duros de corazón para glorificar un régimen apoyado en la explotación y el sufrimiento... Sí, los proletarios están hartos de resignarse... A pesar de la nueva ley sobre coaliciones, la fuerza armada está a disposición de los fabricantes. Los trabajadores que se libraron de los fusiles han padecido largos meses de prisión, han recibido de los magistrados los epítetos de bandidos, de salvajes... ¿Qué podrá obtener con impedirnos que estudiemos las reformas que tienden a asegurar una renovación social? Con eso, sólo se logrará hacer la crisis cada vez más profunda, el remedio cada vez más radical...* Theisz habló por las Cámaras sindicales y probó que su organización era distinta de la Internacional; y, remontándose a la verdadera causa del debate, dijo: *Todas vuestras constituciones afirman y pretenden garantizar la libertad, la igualdad y la fraternidad. Ahora bien. Cada vez que un pueblo acepta una fórmula filosófica abstracta, política* o *religiosa, no se concede a sí mismo tregua ni reposo hasta que no hace pasar este ideal al terreno de los hechos. Es preciso que la conciencia del pueblo sea harto generosa para que, afligido sin cesar por la penuria y el paro, no os haya pedido aún cuenta de vuestras riquezas. Todo el que vive de su trabajo, obreros, pequeños industriales, pequeños negociantes, languidece, vegeta, y la fortuna pública pertenece a los usureros, a los negociantes, a los agiotistas"*. Léo Frankel, representante de los extranjeros afiliados residentes en Francia, dice: *"La unión de los proletarios de todos los países se ha realizado; ninguna fuerza podrá ya dividirlos"*. Otros detenidos defendieron su causa. Duval recordó la frase de los patronos durante la huelga de los fundidores de hierro: Los obreros volverán al trabajo cuando tengan hambre.

Desde la primera audiencia, los abogados, los profesionales del Foro asistían a las sesiones, encadenados por la novedad de opiniones, por la claridad y la elocuencia de aquel mundo obrero que no sospechaban. "No hay nada que decir, después de

oírles", nos confesaba un joven abogado, Clément Laurier, no inferior a Gambetta en el proceso Baudin. Elocuencia de corazón, tanto como de razón. Al principio de una de las audiencias, el tribunal despacha los delitos de derecho común. Comparece un pequeño a quien sus padres abandonan: "¡Dádnoslo!, exclamaron los obreros; lo adoptaremos, le daremos medios de vida y un oficio". El presidente encontró esta fórmula improcedente. Los acusados, Avrial, Theisz, Malon, Varlin, Pindy, Chalain, Frankel, Johannard, Germaín, Casse, Combault, Passedouet, etc., fueron condenados de dos meses a un año de cárcel. Solamente dos fueron absueltos: Assi, a quien fue imposible, a pesar de "Le Figaro", descubrir relaciones con la Internacional, y Landeck, que renegó.

La candidatura de Hohenzollern.

La paz de diciembre ha vuelto. Paz en la calle, agitadores detenidos o en el destierro, periódicos suprimidos, como "La Marseíllaise", o aterrorizados. Paz en el Cuerpo Legislativo, donde la extrema izquierda está aterrada, la oposición de los Picard dinástica. De repente, a principios de julio, por todas partes rumores de guerra. Un príncipe prusiano, un Hohenzollern, se presenta como candidato al trono de España, vacante desde la expulsión de Isabel, y esto constituye, al parecer, un insulto a Francia. Un aturdido, Cochery, interpela al ministro de Asuntos Extranjeros, el duque de Gramont, un fatuo a quien Bismarck llamaba "el hombre más necio de Europa". El duque acude el 5 de julio, puesto en jarras, y declara que Francia no puede dejar que una potencia extranjera "ponga a uno de sus príncipes en el trono de Carlos V". La izquierda exige explicaciones, documentos diplomáticos. "¡Huelgan los documentos!", aúlla un soldado de caballería salido de un bosque de Gers, llamado Cassagnac, deportado en 1852, rey de los bribones en tiempos de Guizot, jefe de los mamelucos con Napoleón III, que se desvivía desde hacía veinte años por llenar sus bolsillos sin fondo. ¡Bravo!, exclaman con él los familiares de las Tullerías. Toda ocasión es buena contra esa Prusia que se ha burlado de Napoleón III.

Su hijo no reinaría, había dicho la emperatriz, si no tomaba venganza de Sadowa. Ésta era también la opinión del marido. Este criollo sentimental, cruzado de flemático holandés, peloteado siempre entre dos contrarios, que había ayudado a renacer a Italia y a Alemania, llegó a soñar con ahogar el principio de las nacionalidades, que con tanto calor había proclamado y del que había sido el único en no comprender nada. Prusia, que seguía esta evolución, se armaba desde hacía tres años sin descanso, sentíase preparada, deseaba la agresión. La extranjera, enardecida por su loca camarilla de bailarines de cotillón, de oficiales de salón tan bravos como ignaros, de neo-decembristas que querían refrescar su 52; empujada por un clero que presentaba como aliados a los católicos de Alemania, Eugenia de Montijo, hizo franquear a su débil marido el umbral del sueño a la realidad, le puso en las manos la bandera de la guerra "suya", de ella, como decía la camarilla. El 7, "el hombre más necio" pidió al rey de Prusia que retirase la candidatura de Hohenzollern; el Senado creyó que convenía esperar, y el 9, declara el emperador "puede conducir a Francia donde él quiera, que sólo él debe ser quien pueda declarar la guerra". El 9, el rey responde que aprobará la renuncia del Hohenzollern; el 10, Gramont exige una respuesta del príncipe, y, por su parte, añade: "Tomo mis precauciones para no ser sorprendido". El 12, el príncipe ha retirado su candidatura. "Es la paz -dice Napoleón III-; lo siento porque la ocasión era buena".

La camarilla, consternada, cada vez más loca por la guerra, rodea, acucia al emperador, logra, sin gran trabajo, encender de nuevo la antorcha. La renuncia de Hohenzollern no basta; es preciso que el propio rey Guillermo firme una orden. Los mamelucos lo exigen, van a interrogar al gabinete sobre sus "irrisorias lentitudes", Bismarck no esperaba tener tan buena suerte. Seguro de vencer, quería aparecer como atacado. El 13, Guillermo aprueba sin reservas la renuncia del príncipe. No importa; en las Tullerías quieren la guerra a toda costa. Por la noche, nuestro embajador Benedetti recibe orden de pedir al viejo rey que se humille hasta prohibir al prusiano que se vuelva atrás de su renuncia. Guillermo responde que es inútil una nueva audiencia, que se atiene a sus declaraciones, y, al encontrarse en la estación de Ems con nuestro embajador, le repite sus palabras. Un telegrama pacífico anuncia a Bismarck esta entrevista, que ha sido muy cortés. El canciller consulta a Moltke y al ministro de la Guerra: "¿Estáis dispuestos?" Ellos prometen la victoria. Bismarck amaña el telegrama, le hace decir que el rey de Prusia ha despachado, sin más, al embajador de Francia, lo publica como suplemento en la "Gaceta de Colonia", y lo envía a los agentes de Prusia en el extranjero.

La guerra.

La emperatriz y los mamelucos están mucho más entusiasmados aún que Bismarck. Ya tienen su guerra: "¡Prusia nos insulta!", estampa inmediatamente "Le Constitutíonnel". "¡Crucemos el Rin! ¡Los soldados de Iéna están listos!" La noche del 14, bandas encuadradas por la policía recorren los bulevares vociferando: "¡Abajo Prusia! ¡A Berlín!" Benedetti llega al día siguiente. Puede aclararlo todo con una palabra. No le oyen, se hunden cada vez más en la trampa. Gramont y Le Boeuf leen en el Senado una declaración de guerra en que se considera al suplemento de la "Gaceta de Colonia" como un documento oficial. El Senado se alza en una sola

aclamación. Un ultra quiere hacer una observación: le atajan: "¡Nada de discursos! ¡Hechos!" En el Cuerpo Legislativo, los serviles se indignan cuando la oposición exige que se exhiba ese despacho "oficialmente comunicado a todos los gabinetes de Europa". Emile Ollivier, que no puede enseñarlo, invoca comunicaciones verbales, lee telegramas de los que se desprende que el rey de Prusia ha aprobado la renuncia. "Con eso, no se puede ir a la guerra", dice la izquierda, y Thiers: "Rompéis por una cuestión de forma... Yo pido que se nos muestren los despachos que han motivado la declaración de guerra". Se le injuria. "¿Dónde está la prueba -dice Jules Favre- de que el honor de Francia se halla comprometido?" Los mamelucos patalean, 159 votos contra 84 rechazan toda investigación. Emile Ollivier exclama, radiante: "Desde hoy comienza, para mis colegas y para mí, una gran responsabilidad. La aceptamos de todo corazón".

Inmediatamente, una comisión finge estudiar los proyectos de ley que van a alimentar la guerra. Llama a Gramont, no exige el despacho que se supone dirigido a los gabinetes -y que no existe-, le hace leer lo que quiere, y vuelve a decir al Cuerpo Legislativo: "Guerra y Marina se encuentran en condiciones de hacer frente, con notable prontitud, a las necesidades de la situación". Gambetta pide explicaciones. Emile Ollivier tartamudea de cólera; la comisión concluye: "¡Con nuestra palabra basta!" Los proyectos de ley se votan casi por unanimidad; sólo diez diputados votan en contra. Ése es todo el valor de la izquierda.

Ésta había combatido la guerra, desde luego, pero toda su vitalidad se había refugiado en la lengua. Nadie entró de lleno en el problema. Ni un llamamiento al pueblo, ni una frase dantoniana. Entre todos aquellos jóvenes y viejos, hombres del 48, tribunos irreconciliables, no hubo ni una sola gota de la pura sangre revolucionaria que tantas veces, no hacía mucho, había corrido a torrentes en las épocas heroicas.

El único que se levantó, de toda esta alta burguesía descontenta, su verdadero jefe, Thiers, se había limitado a hacer una demostración. Él, tan veterano en los secretos de Estado, sabía que nuestra ruina era segura, pues conocía bien nuestra espantosa inferioridad en todos los órdenes. Hubiera podido congregar a la izquierda, al tercer partido, a los periodistas, hacer palpar la locura del ataque y, apoyándose en sus colegas, conquistada la opinión, decir a la tribuna, a las Tullerías: "Combatiremos vuestra guerra como una traición". Pero no quiso más que descartar su responsabilidad, dejar limpia "su memoria", como él decía. No pronunció las palabras que realmente contenían la verdad: "No podéis absolutamente nada". Y aquellos opulentos burgueses, que no hubieran expuesto ni una migaja de su fortuna sin formidables garantías, se jugaron las cien mil existencias y los millones de franceses sobre la palabra de un Gramont y las bravatas de un Le Boeuf.

El ministro de la Guerra dijo cien veces a los diputados, a los periodistas, en los pasillos, en los salones, en las Tullerías: "¡Nosotros estamos preparados, Prusia no lo está!" Jamás los Loriquets pudieron atribuir a los generales populares de la Revolución, los Rossignol, los Carteaux, enormidades como las que este tambor mayor, de feroces mostachos, prodiga a todo el que quiere oírle: "¡Niego el ejército prusiano!" "¡Aquí tienen ustedes el mejor mapa militar!", y enseñaba su espalda; "¡No me falta ni un mal botón de polaina!", "¡Le llevo quince días de ventaja a Prusia!" El plebiscito había revelado a Prusia el número exacto de nuestros soldados en filas: trescientos treinta mil; de ellos, sólo unos doscientos sesenta mil a lo sumo -cifra transmitida desde hacía tiempo por las embajadas extranjeras-, podían oponerse al enemigo. En las Tullerías se almacenaban informes sobre el crecimiento militar de aquella Prusia que podía, en el 66, concentrar doscientos quince mil hombres en Sadowa, y que disponía ahora de medio millón. Sólo nuestros gobernantes se negaban a ver y a leer. El 15 de julio, Rouher, seguido de un tropel de senadores, fue a decir a Napoleón III: "Desde hace cuatro años, el emperador ha elevado al máximo poder la organización de nuestras fuerzas militares. ¡Gracias a Vuestra Majestad, Francia está preparada, Señor!"

Las blusas blancas hicieron de jaleadores, fueron, con la policía, a manifestarse, embadurnaron con basura la puerta de la embajada alemana. El burgués, ganado por las mentiras oficiales, cerrado a los periódicos extranjeros, creyendo en el ejército desde hacía tantos años invencible, se dejó arrastrar, después de haber ansiado tanto la *Italia una,* contra la Alemania que buscaba su unidad. La Opera se sintió patriota, reclamó la *Marsellesa,* a petición de un viejo escéptico, Girardin, senador designado, que desde las columnas de su periódico arrojaba a Alemania al otro lado del Rin.

A esto era a lo que Napoleón III llamaba el ímpetu irresistible de Francia.

Resistencia obrera.

Para honra del pueblo francés, había otra Francia harto distinta. Los trabajadores parisienses quisieron cortar el paso a esta guerra criminal, a esta hez patriotera que agita sus fangosas oleadas. El 15, en el momento en que Emile Ollivier hincha su ligero corazón, algunos grupos que se han formado en la Corderie bajan a los bulevares. En la plaza Château-d'Eau[2] se les une mucha gente; la columna, grita: "¡Viva la paz!", canta el estribillo del 48:

Para nosotros, los pueblos son hermanos
Y los tiranos enemigos

[2] Hoy plaza de la República.

Desde Château-d'Eau hasta la puerta de Saint-Denis, barrios populares, se alzan ruidosamente los aplausos. La gente silba en los bulevares Bonne-Nouvelle y Montmartre, donde se producen riñas con bandas heterogéneas. La columna llega hasta la calle Paix, a la plaza Vendôme, donde es abucheado Emile Ollivier, a la calle Rivoli y al Hôtel-de-Ville. Al día siguiente, se encuentran grupos mucho más numerosos todavía en la Bastilla, y vuelve a empezar la pugna. Ranvier, pintor de porcelanas, muy popular en Belleville, marcha a la cabeza con una bandera. En el bulevar Bonne-Nouvelle cargan sobre ellos los gendarmes y los dispersan.

Impotentes para sublevar a la burguesía, los trabajadores franceses se vuelven hacia los de Alemania: *"Hermanos, protestamos contra la guerra; queremos paz, trabajo y libertad. Hermanos, no escuchéis las voces a sueldo que tratan de engañaros respecto al verdadero espíritu de Francia"*. Su noble llamamiento recibió su recompensa. Los trabajadores de Berlín, respondieron: *"También nosotros queremos paz, trabajo y libertad. Sabemos que a un lado y otro del Rin viven hermanos con los cuales estamos dispuestos a morir por la República universal"*. Grandes y proféticas palabras, escritas en el libro de oro del porvenir de los trabajadores.

Desde hace tres años, como se ha visto, no ha estado realmente en la brecha nadie más que un proletariado de espíritu moderno, y con él los jóvenes que de la burguesía se pasaron al pueblo. Sólo ellos mostraron algún valor político; ellos son, asimismo, los únicos que, en la parálisis general de julio de 1870, encuentran algún nervio para intentar la salvación. El odio del Imperio no los olvidará nunca, ni aun en lo más encarnizado de la guerra. En esos momentos, los tribunales de Blois juzgan a setenta y dos acusados, a unos del complot urdido contra el plebiscito, a otros de toda clase de crímenes políticos. La mayor parte de ellos no se conocían. Sólo treinta y siete serán absueltos; entre ellos, Cournet, Razoua, Ferré. Mégy irá a presidio.

La bestia de la guerra está suelta, los pulmones resuenan en París, que se ilusiona con victorias, y los periodistas bien informados entran en Berlín dentro de un mes; lo malo es que en la frontera faltan víveres, cañones, fusiles, municiones, mapas, zapatos. Un general telegrafía al ministro: "No sé dónde están mis regimientos". No hay nada para equipar y armar a los guardias móviles, ejército de segunda fila. Toda ilusión de alianza es imposible. Austria está inmovilizada por Rusia; Italia, por la negativa de Napoleón III a ceder Roma a los italianos.

Napoleón sale de Saint-Cloud el 28, en el ferrocarril de circunvalación, sin atreverse a cruzar por París, a pesar del "ímpetu irresistible"; él, que durante tanto tiempo hizo piafar en la capital a sus *cien guardias*. Jamás volverá a entrar en sus muros. Su único consuelo será, algunos meses más tarde, ver a sus oficiales, a su servil burguesía, superar cien veces sus matanzas.

El principio del fin.

Su caída será fulminante. Su primer parte a Francia es la noticia de que su hijo ha ganado un balazo en el campo de batalla de Sarrebruck, escaramuza insignificante transformada en victoria. Apenas llegado a Metz, se derrumba; sus lugartenientes no obedecen sus órdenes y se hacen derrotar a su antojo. Aquel ejército prusiano que "negaba" el jefe de Estado Mayor Le Boeuf, opone desde fines de julio cuatrocientos cincuenta mil hombres a los doscientos cuarenta mil franceses, penosamente desperdigados por nuestra frontera. Ésta es invadida por el enemigo, que nos ataca el 4 de agosto, destroza en Wissembourg la división Abel Douay; el 6, en Spickeren-Forbach, a Frossard, el preceptor del joven héroe de Sarrebruck; el mismo día, en Worth-Frreschwiller, derrota a todo el cuerpo de Mac-Mahon, cuyos restos huyen atropellándose. El águila de hojalata dorada ha caído de la bandera. Napoleón III telegrafía a su mujer: "Todo está perdido, tratad de sosteneros en París".

Toda la guerra ofrece una buena presa a la Bolsa. La de Crimea tuvo el canard tártaro; esta otra tuvo, el día 6, el canard mac-mahoniano: veinticinco mil enemigos y el príncipe Carlos, prisioneros. París se engalana, la gente se abraza, canta la *Marsellesa;* a última hora, se acuerda de comprobar la noticia. Era falsa; el Ministerio lo anuncia así a las seis de la tarde, dice que sabe -mentira- quién ha sido el falsario y que lo persigue. La verdadera victoria fue una jugada de Bolsa.

El 7, ya no hubo más remedio que confesar los desastres. Por mucho que Emile Ollivier amañe los partes, por más que la española declame a lo María Teresa: "¡Seré la primera en el peligro!", lo único que ve París es la invasión. La República, el gran recurso de las horas trágicas, la que expulsó a los prusianos de Valmy, acude a todos los labios. Emile Ollivier proclama el estado de sitio, lanza a los gendarmes contra los grupos, no quiere convocar al Cuerpo Legislativo. Sus colegas le obligan a ello; entonces hace anunciar que toda manifestación será considerada como signo de connivencia con el enemigo, y que en el bolsillo de un espía prusiano se ha encontrado este parte: "¡Valor! ¡París se subleva, el ejército francés será cogido entre dos fuegos!" Algunos diputados de la izquierda y varios periódicos han pedido que se arme inmediatamente a todos los ciudadanos. Emile Ollivier amenaza a los periódicos con la ley marcial. Vana amenaza; desde que la patria está en peligro, renacen las energías. El 9, en la apertura del Cuerpo Legislativo, parece lucir, por un momento, la esperanza de salvación.

No fue más que un relámpago, ya lo hemos dicho. La izquierda siguió siendo la izquierda, desconfiando de un pueblo que, por su parte, se muestra refractario a tomar la iniciativa. Rechazó el 10 de agosto que se le ofrecía, y dejó que la espada prusiana entrara hasta la empuñadura.

Capítulo II. Cómo los prusianos se apoderaron de París y los rurales de Francia.

-¡Atrevámonos! Esta palabra encierra toda la política del momento.

Informe de Saint-Just a la Convención.

El día 12 ya no cabe negar la evidencia, cerrar los ojos a las mentiras de Rouher, de Le Boeuf -destituido a la fuerza-, ni a la estupidez del mando general confiado por el emperador a Bazaine, entre el júbilo del público que no ha cesado de decir: "¡Lo que nos hace falta es un Bazaine!" El 13, algunos diputados piden que se nombre un comité de defensa. ¿Para qué? "El país se ha tranquilizado", dice Barthélemy-Saint-Hilaire, hombre sagacísimo, *alter ego* de Thiers.

Los encarnizados del día 9, que se hallan muy lejos de estar tranquilos, recurren a tantas calamidades para agitar los ánimos. En "Le Rappel" se encuentran los hombres de acción que escaparon de Sainte-Pélagie; los diputados de izquierda son citados en casa de Nestor. Estos señores, tan atolondrados como el día 9, parecen mucho más preocupados ante la idea de un golpe de Estado que ante las victorias prusianas. Crémieux exclama sencillamente: "Esperemos algún nuevo desastre; la toma de Estrasburgo, por ejemplo".

El asunto de La Villette.

No había más remedio que esperar. Sin estos fantasmas no se podía hacer nada. La pequeña burguesía parisiense creía en la extrema izquierda, ni más ni menos que había creído antes en los ejércitos de Le Boeuf. Los que quisieron ir más allá se estrellaron. El 14, domingo, el reducido grupo blanquista, que nunca había querido, bajo el Imperio, mezclarse a los grupos obreros y no creía más que en los golpes de mano, intenta una sublevación. Contra el parecer de Blanqui, a quien se consultó, Eudes, Brideau y sus amigos, atacan en La Villette el puesto de zapadores bomberos, en que se guardan algunas armas, hieren al centinela y matan a uno de los gendarmes que acuden al lugar del asalto. Dueños del terreno, los blanquistas recorren el bulevar exterior, hasta Belleville, gritando: "¡Viva la República! ¡Mueran los prusianos!" Lejos de constituir un reguero de pólvora, hacen el vacío en torno suyo. La multitud los mira de lejos, asombrada, inmóvil, inducida a la sospecha por los policías que la desviaban del verdadero enemigo: el Imperio. Gambetta, pésimamente informado acerca de los medios revolucionarios, pidió que se juzgase a las personas detenidas. El consejo de guerra solicitó seis penas de muerte. Para impedir estos suplicios, algunos hombres de corazón fueron a visitar a George Sand y a Míchelet, que les dio una carta conmovedora. El Imperio no tuvo tiempo de llevar a cabo las ejecuciones.

El general Trochu escribió también unas líneas: "Pido a los hombres de todos los partidos que hagan justicia con sus propias manos a esos hombres que no ven en las desgracias públicas más que una ocasión para satisfacer detestables apetitos". Napoleón III acababa de nombrarle gobernador de París y comandante en jefe de las fuerzas reunidas para su defensa. Este militar, cuya única gloria consistía en unos cuantos folletos, era el ídolo de los liberales por haber criticado un poco al Imperio. A los parisienses les cayó en gracia porque tenía buen tipo, hablaba bien y no había fusilado a nadie en los bulevares. Con Trochu en París y Bazaine fuera, todo podía esperarse.

El día 20, Palikao anuncia desde la tribuna que Bazaine ha rechazado a tres cuerpos de ejército en Jaumont el día 18. Se trataba de la batalla de Gravelotte, cuyo último resultado fue dejar incomunicado a Bazaine con París y arrojarle hacia Metz. Pronto se abre camino la verdad: Bazaine está bloqueado. El Cuerpo Legislativo no dice una palabra. Aún queda un ejército libre, el de Mac-Mahon, mezcla de soldados vencidos y de tropas bisoñas; poco más de cien mil hombres. Ocupa Châlons, puede resguardar a París. El propio Mac-Mahon se ha dado cuenta de ello, según dicen, y quiere retroceder. Palikao, la emperatriz y Rouher se lo prohíben y telegrafían al emperador: "Si abandonáis a Bazaine, estalla la revolución en París". El temor a la revolución es para las Tullerías una obsesión mayor que el miedo a Prusia. Tanto es así, que mandan a Beauvais, en vagón celular, a casi todos los presos políticos de Sainte-Pélagie.

Sedan.

Mac-Mahon obedece; por contener la revolución, deja en descubierto a Francia. El 15 llegan al Cuerpo Legislativo las noticias de esta marcha insensata que lleva al ejército deshecho por entre doscientos mil alemanes victoriosos. Thiers, que vuelve a estar en candelero después de los desastres, dice, demuestra en los pasillos que eso es una locura. Nadie sube a la tribuna. Todos esperan estúpidamente lo inevitable. La emperatriz sigue mandando sus equipajes al extranjero.

El 30 por la mañana somos sorprendidos, aplastados en Beaumont, y durante la noche Mac-Mahon empuja al ejército desbandado a la hondonada de Sedan. El 1 de setiembre por la mañana, se ve sitiado por doscientos mil alemanes y

setecientos cañones que rodean todas las alturas. Napoleón III sólo acierta a desenvainar su espada para entregársela al rey de Prusia. El día 2, todo el ejército cae prisionero. Europa entera lo sabe aquella misma noche. Los diputados no se movieron. En la jornada del 3, algunos hombres enérgicos trataron de sublevar los bulevares; fueron rechazados por los gendarmes. Por la noche, una inmensa multitud se apiñaba ante las verjas de la Cámara de Diputados. Hasta media noche, la izquierda no se decide. Jules Favre pide que se constituya una comisión de defensa, la destitución de Napoleón III, pero no la de los diputados. Fuera, grita la gente: "¡Viva la República!" Gambetta corre a las verjas y dice: "No tenéis razón. Es menester seguir unidos y no andar con revoluciones". Jules Favre, rodeado por el pueblo al salir de la Cámara, se esfuerza por calmar al público.

El 4 de setiembre.

De haber dado oídos París a la izquierda, Francia hubiera capitulado. El 7 de agosto -lo confesaron más tarde-, Jules Favre, Jules Simon y Pelletan, habían ido a decir al presidente Schneider: "Ya no podemos resistir; no hay más remedio que entrar en tratos cuanto antes";[3] pero el 4 por la mañana París leyó esta engañosa proclama: "No han sido hechos prisioneros más que cuarenta mil hombres; dentro de poco, tendremos dos nuevos ejércitos; el emperador ha caído prisionero *durante la lucha"*. Paris acude como un solo hombre. Los burgueses, recordando que son guardias nacionales, se endosan el uniforme, toman el fusil y quieren forzar el puente de la Concordia. Los gendarmes, asombrados al ver a una gente tan distinguida, dejan el paso libre; tras ellos, la multitud sigue adelante e invade el Palais-Bourbon. A la una, no obstante los desesperados esfuerzos de la izquierda, el pueblo obstruye las tribunas. Ya es hora. Los diputados, en funciones de ministerio, tratan del gobierno. La izquierda secunda con todas sus fuerzas esta combinación, y se indigna de que haya quien se atreva a hablar de República. Estallan gritos en la tribuna. Gambetta hace esfuerzos inauditos, conjura al pueblo a que aguarde el resultado de las deliberaciones, Este resultado se sabe de antemano. Es una comisión de gobierno nombrada por la asamblea; es la paz solicitada, aceptada a toda costa; es, para colmo de vergüenzas, la monarquía más o menos parlamentaria. Una nueva ola echa abajo las puertas, llena la sala, expulsa o anega a los diputados. Gambetta, lanzado a la tribuna, tiene que pronunciar la destitución. El pueblo quiere aún más: ¡la República!, y se apodera de los diputados de la izquierda para ir a proclamarla al Hôtel-de-Ville.

Éste pertenecía ya al pueblo. En el patio de honor se disputaban el campo la bandera tricolor y la bandera roja, aplaudidas por unos, silbadas por otros. En la sala del Trono, numerosos diputados arengaban a la muchedumbre. Llegan, entre aclamaciones, Gambetta, Jules Favre y otros diputados de la izquierda. Milliere cede su sitio a Jules Favre, diciendo: "Hoy por hoy, lo que urge es una cosa: expulsar a los prusianos". Jules Favre, Jules Simon, Jules Ferry, Gambetta, Crémieux, Emmanuel Arago, Glaís-Bizoin, Pelletan, Garníer-Pages y Picard se constituyeron en gobierno y leyeron sus nombres a la multitud. Hubo muchas reclamaciones. Les gritaron nombres revolucionarios: Delescluze, Ledru-Rollin, Blanqui. Gambetta, muy aplaudido, demostró que sólo los diputados de París eran aptos para gobernar. Esta teoría hizo entrar en el gobierno a Rochefort, ex recluso de Sainte-Pélagie, que volvía cubierto de popularidad.

Enviaron a buscar al general Trochu, para suplicarle que dirigiese la defensa. El general había prometido, bajo su palabra de bretón, católico y soldado, "hacerse matar en las escaleras de las Tullerías en defensa de la dinastía". Como las Tullerías no fueron atacadas -el pueblo las desdeñó-, Trochu, libre de su triple juramento, subió las escaleras del Hôtel-de-Ville. Exigió que se le garantizase a Dios, y pidió la presidencia. Se le concedió ésta, y lo demás.

Doce ciudadanos entraron así en posesión de Francia. Se declararon legitimados por aclamación popular. Tomaron el pomposo nombre de Gobierno de Defensa Nacional. Cinco de estos doce hombres eran de los que habían perdido a la República del 48.

Francia era completamente suya. Al primer murmullo levantado en la Concordia, la emperatriz se recogió las faldas, escurriéndose por una escalera de servicio. El belicoso Senado, con Rouher a la cabeza, se había despedido a la francesa. Como pareciera que algunos diputados iban a reunirse en el Palais-Bourbon, bastó enviar a su encuentro un comisario provisto de sellos. Los grandes dignatarios, los empingorotados funcionarios, los feroces mamelucos, los imperiosos ministros, los solemnes chambelanes, los bigotudos generales: todos se escabulleron miserablemente el 4 de setiembre, como una pandilla de cómicos de la legua abucheados.

Los delegados de las Cámaras sindicales y de la Internacional se presentaron aquella misma noche en el Hôtel-de-Ville. Durante el día, la Internacional había enviado una nueva proclama a los trabajadores de Alemania, conjurándoles a que se negasen a intervenir en la lucha fratricida. Una vez cumplido su deber de fraternidad, los trabajadores franceses no pensaron más que en la defensa, y pidieron un gobierno que la organizase. Gambetta los recibió muy bien y respondió a todas sus preguntas. El 7, en el primer número de su periódico "La Patrie en Danger", Blanqui y sus amigos, puestos en libertad como todos los detenidos políticos, fueron a ofrecer

[3] *Encuesta parlamentaria sobre el* 4 *de setiembre:* Jules Favre.

al gobierno su apoyo más enérgico y absoluto.

La confianza de París.

París entero se entregó a estos diputados de la izquierda, olvidó sus últimos desfallecimientos, los engrandeció con las proporciones del peligro. Asumir, acaparar el poder en semejante momento, pareció uno de esos golpes de audacia de que sólo el genio es capaz. Este París, hambriento desde hacía ochenta años de libertades municipales, se dejó imponer como alcalde al antiguo empleado de Correos del 48, Etienne Arago, hermano de Emmanuel, que lloriqueaba frente a cualquier audacia revolucionaria: él nombró en los veinte distritos los alcaldes que quiso, los cuales, a su vez, eligieron los adjuntos que les plugo. Pero Arago anunciaba elecciones para pronto, y hablaba de hacer revivir los grandes días del 92; en cambio, Jules Favre, orgulloso como un Danton, gritaba a Prusia, a Europa: "No cederemos ni una pulgada de nuestro territorio, ni una piedra de nuestras fortalezas". Y París aceptaba, entusiasmado, esta dictadura de heroica facundia. El 14, cuando Trochu pasaba revista a la guardia nacional, trescientos mil hombres escalonados en los bulevares, la plaza de la Concordia y los Campos Elíseos, prorrumpieron en una aclamación inmensa, llevando a cabo un acto de fe análogo al de sus padres en la mañana de Valmy.

Sí, París se entregó sin reservas a esta izquierda, a la que había tenido que violentar para la revolución. Su impulso de voluntad no duró arriba de una hora. Una vez por tierra el Imperio, creyó que todo había terminado y volvió a abdicar. Fue en vano que lúcidos patriotas trataran de mantenerle en pie. Inútilmente escribía Blanqui: "París es tan inexpugnable como invencibles éramos"; París, engañado por la prensa fanfarrona, ignora lo grande del peligro; París abusa de la confianza. París se entregó a sus nuevos amos, cerró obstinadamente los ojos. Sin embargo, cada día traía un síntoma nuevo. La sombra del sitio se aproximaba, y la defensa, lejos de alejar las bocas inútiles, llenaba la ciudad con doscientos mil habitantes del extrarradio. Los trabajos exteriores no avanzaban. En lugar de hacer que todo París empuñase las palas y, con los clarines a la cabeza, banderas al viento, conducir fuera del casco de la ciudad, en columnas de a cien mil hombres, a los nietos de los desniveladores del Campo de Marte, Trochu confiaba los trabajos a los contratistas ordinarios que, según decían, no encontraban brazos. Apenas se ha estudiado la altura de Châtillon, clave de nuestros fuertes del Sur, cuando, el 19, se presenta el enemigo, y barre del llano una tropa enloquecida de zuavos y soldados que no quisieron batirse. Y al día siguiente, aquel París que los periódicos declaraban imposible de cercar, es envuelto por el ejército alemán, queda aislado de las provincias.

Esta falta de pericia alarmó rápidamente a los hombres de vanguardia. Éstos habían prometido su apoyo, no una fe ciega. El 5 de setiembre, queriendo centralizar para la defensa y el mantenimiento de la República las fuerzas del partido de acción, habían invitado a las reuniones públicas a que nombrasen en cada distrito un comité de vigilancia encargado de fiscalizar la actualización de los alcaldes y de recibir las reclamaciones. Cada comité debía nombrar cuatro delegados; el conjunto de éstos constituiría un comité central de los veinte distritos. Esta forma de elección tumultuaria dio como resultado un comité de obreros, de empleados, de escritores conocidos en los movimientos revolucionarios y en las reuniones de los últimos años. El comité estaba instalado en la sala de la calle de la Corderie, cedida por la Internacional y por la Federación de Cámaras Sindicales.

Primeros desacuerdos.

La Internacional y la Federación de Cámaras Sindicales habían suspendido sus trabajos, ya que la guerra y el servicio de la guardia nacional absorbían todas las actividades. Algunos de los miembros de los Sindicatos y de los internacionalistas se hallaban en los comités de vigilancia y en el Comité Central de los veinte distritos, lo que hizo que se atribuyera equivocadamente este comité a la Internacional. El 15, el comité fijó un manifiesto pidiendo: la elección de las municipales; que se pusiese la policía en manos del comité; la elección y la responsabilidad de todos los magistrados; la libertad absoluta de prensa, de reunión, de asociación; la expropiación de todos los productos de primera necesidad; el racionamiento; que se armase a todos los ciudadanos; envío de comisarios para conseguir el levantamiento de las provincias. En todo ello, no había nada que no fuera perfectamente legítimo. Pero París empezaba apenas a gastar su provisión de confianza, y los periódicos burgueses gritaban: "¡Al prusiano!", el gran recurso del que no quería razonar. Sin embargo, los nombres de algunos firmantes eran conocidos de la prensa: Germain Casse, Ch. L. Chassin, Lanjalley, Lefrançais, Longuet, Leverdays, Milliere, Malón, Pindy, Ranvier, Vaillant, Jules Vallès.

El 20, Jules Favre vuelve a Ferrieres, donde ha perdido a Bismarck que indique sus condiciones de paz. Había ido a Ferrieres como simple *amateur,* sin que lo supieran sus colegas, según dice en el informe de su entrevista, entrecortada por las lágrimas. Si hemos de dar crédito al secretario de Bismarck, "no derramó ni una sola, aun cuando se esforzase por llorar". Inmediatamente, el comité de los veinte distritos se reunió en masa y mandó a pedir al Hôtel-de-Ville que se procediese a la lucha a todo trance y a la elección municipal, ordenada por decreto cuatro días antes. "Tenernos necesidad -había escrito el ministro del Interior, Gambetta- de ser apoyados y secundados por asambleas directamente nacidas del

sufragio universal". Jules Ferry recibió a la delegación, dio su palabra de honor de que el gobierno no negociaría en modo alguno, y anunció las elecciones municipales para fines de mes. Tres días más tarde, un decreto las aplazaba indefinidamente.

Así, este poder, apenas instalado, reniega de sus compromisos, rechaza el consejo que él mismo ha solicitado. ¿Tiene, tal vez, el secreto de la victoria? Trochu acaba de decir: "La resistencia es una locura heroica". Picard: "Nos defenderemos porque no padezca el honor; pero es quimérica toda esperanza". El elegante Crémieux: "Los prusianos entrarán en París como un cuchillo en la manteca".[4] El jefe del Estado Mayor de Trochu: "No podemos defendernos; estamos decididos a no defendernos", y, en lugar de advertir lealmente de ello a París, en lugar de decirle: "Capitula inmediatamente o dirige tú mismo tu lucha", estos hombres, que declaraban imposible la defensa, reclaman la dirección exclusiva de ésta.

¿Qué se proponen, entonces? Lo que se proponen es pactar. No llevan otra mira, desde las primeras derrotas. Los reveses, que exaltaban a sus padres, habían puesto a los hombres de la izquierda al nivel de los diputados imperiales. Transformados en gobierno, tocan la misma tocata, mandan a Thiers a que recorra toda Europa postulando la paz, y a Jules Favre a que se vea con Bismarck. Cuando todo París les grita: "¡Defendednos! ¡Expulsemos al enemigo!", aplauden, aceptan, y dicen por lo bajo: "Tú, anda a tratar". No hay en la historia una traición más vil. Los hombres del Cuatro de Setiembre, ¿han falseado o no la misión que se les había encomendado? "Si", dirá el veredicto de los siglos.

El mandato que habían recibido era tácito, ciertamente, pero de tal modo formal, que todo París se estremeció ante el relato de lo de Ferrieres. La simple idea de capitular conmovía a los tenderos más tranquilos; París, de un extremo a otro, había abrazado el partido de la lucha a todo trance. Los defensores tuvieron que avenirse a demorar las cosas, ceder a lo que llamaron la "locura del sitio", considerándose los únicos de París que no habían perdido la cabeza. Se lucharía, puesto que los parisienses no querían cejar; pero se lucharía solamente para que perdiesen su petulancia. El 14, cuando Trochu volvió de ver "lo que jamás, dijo, no tuvo ante sus ojos a ningún general de ejército: trescientos batallones organizados, armados, rodeados por toda la población que aplaudía la defensa de París", dicen que se emocionó y anunció que podría sostener los fuertes.[5] Hasta ahí llegó el colmo de su entusiasmo. Sostenerse, no abrir las puertas. En cuanto a instruir a fondo a aquellos trescientos mil guardias nacionales, unirlos a los doscientos cuarenta mil soldados móviles y marinos amontonados en París y hacer con todas estas fuerzas un poderoso torrente con el que se expulsaría, hasta el Rin al enemigo, en semejante cosa nunca pensó. Tampoco se les pasó por las mientes a sus colegas, que sólo discutieron con él acerca del juego que había que hacer con los generales prusianos.

La comedia de *la defensa.*

Trochu era partidario de los procedimientos suaves, como beato poco amigo de escándalos inútiles. Puesto que, conforme a todos los manuales militares, la gran ciudad tenía que caer, ya se encargaría él de que su caída fuese lo menos sangrienta posible. Así, dejando que el enemigo se instalase con toda comodidad en torno a París, Trochu organizó, con miras a la galería, algunas escaramuzas. Sólo en Chevilly tuvo lugar, el día 30, un encuentro serio, donde, después de conseguir alguna ventaja, retrocedimos, abandonando una batería falta de refuerzos y de servicios.

El público creyó en un éxito, engañado siempre por aquella prensa que había gritado: "¡A Berlín!" Pero en esto suenan dos toques de rebato: Toul y Estrasburgo han capitulado. Flourens, popularísimo en Belleville, da el empujón. Sin escuchar más que a su propia fiebre, llama a los batallones del barrio y el 5 de octubre desciende al Hôtel-de-Ville, exige la leva en masa, que se haga una salida, las elecciones municipales, el racionamiento. Trochu que, por distraerle, le había colgado el título de jefe de las fortificaciones, le coloca un hermoso discurso y consigue desembarazarse de él. Como afluían delegaciones pidiendo que París tuviese voz y voto en la defensa, que nombrase su consejo, su comuna, el gobierno acabó por decir que su dignidad le prohibía acceder a tales peticiones. Este malestar produjo el movimiento del 8. El comité de los veinte distritos protestó por medio de un enérgico bando. Setecientas u ochocientas personas se estacionaron bajo las ventanas del Hôtel-de-Víllе gritando: "¡Viva la Comuna!" La masa no había llegado todavía a perder la fe. Acudió un gran número de batallones. El gobierno los revistó y declaró imposibles las elecciones, teniendo en cuenta la razón irrefutable de que todo el mundo tenía que estar en las murallas.

El gran público se tragaba ávidamente estos bulos. El 16, Trochu había escrito al compadre Etienne:[6] "Seguiré hasta el final el plan que me he trazado"; los papanatas volvieron a repetir el estribillo de agosto, cuando lo de Bazaine: "Dejémosle hacer, tiene su plan". Los agitadores fueron acusados de prusianos, y la acusación no encontró el menor obstáculo, ya que Trochu, como buen jesuita, no había dejado de hablar -repitiendo su proclama inaugural- de "un pequeño número de hombres cuyas opiniones

[4] *Encuesta parlamentaria sobre el* 4 *de setiembre:* Petetin, de Lareinty.

[5] *Encuesta sobre el* 4 *de setiembre:* Garnier-Pages.

[6] Etienne Arago, *(N. del E.)*

culpables cooperan a los proyectos del enemigo". París se dejó mecer todo el mes de octubre por un rumor de expediciones que empezaban con triunfos y acababan en retiradas. El 13 tomamos Bagneux, y un ataque un poco vivo nos hubiera devuelto Châtillon: pero Trochu no tiene reservas. El 21, una cuña por encima de la Malmaison traspasa de parte a parte la debilidad del bloqueo, lleva el pánico hasta Versalles; pero, en lugar de empujar a fondo; el general Ducrot no utiliza más que seis mil hombres, y los prusianos lo reducen de nuevo, tomándole dos cañones. El gobierno transformaba estos retrocesos en reconocimientos afortunados, embriagaba a París con la magnífica defensa de Châteaudun, explotaba los despachos de Gambetta, a quien habían enviado a provincias el día 8, porque, en París, como creía en la defensa, les molestaba.

Los alcaldes alentaban esta dulce confianza. Tenían su sede en el Hôtel-de-Ville con sus adjuntos, a dos pasos del gobierno, y estos sesenta y cuatro hombres no tenían más que abrir los ojos para ver claro. Pero pertenecían, en su mayor parte, al número de los liberales y republicanos doctrinarios tan bien representados por la izquierda.[7] A veces, arañaban la puerta de los defensores, les dirigían tímidas preguntas, recibían vagas seguridades, no creían en ellas, y querían que París creyese. "Puestos -dijo Corbon, uno de los más importantes- frente a una población ansiosa que nos preguntaba qué pensaba el gobierno, nos veíamos obligados a respaldar a éste, a decir que se consagraba por entero a la defensa, que los jefes del ejército estaban llenos de abnegación y trabajaban con ardor. Decíamos todo esto sin saberlo, sin creerlo; porque la verdad es que nosotros no sabíamos nada".[8]

En la Corderie, en los clubs, en el periódico de Blanqui, en Le "Réveil" de Delescluze, en "Le Combat" de Félix Pyat, se da publicidad al plan del Hôtel-de-Ville. ¿Qué significan estas salidas parciales, nunca sostenidas? ¿Por qué se deja a la guardia nacional mal armada, desorganizada, fuera de toda acción militar? ¿Cómo va la fundición de cañones? Seis semanas de charlatanería, de ociosidad, no dejan lugar a dudas respecto a la incapacidad, ya que no respecto a la mala intención de la defensa. El mismo pensamiento apunta en todos los cerebros. ¡Que los convencidos sustituyan a los escépticos! ¡Que se rehaga París! ¡Que la casa común del 92 salve otra vez a la ciudad y a Francia entera! Cada día que pasa hunde más profundamente esta resolución en las almas viriles. "Le Combat", que predicaba la Comuna en apóstrofes hinchados, cuyos oropeles atraían más que la nerviosa dialéctica de Blanqui, lanzó el 27 una bomba espantosa: "Bazaine va a entregar Metz, a negociar la paz en nombre de Napoleón III; su edecán está en Versalles". El Hôtel-de-Ville desmiente esta noticia, "tan infame -dice- como falsa. Bazaine, el glorioso soldado, no ha cesado de hostigar al ejército sitiado con brillantes salidas". El gobierno pide para el periodista "el castigo de la opinión pública". La opinión pública respondió a esta petición con un diluvio de abucheadores, quemó el periódico, y hubiera acuchillado al periodista, si éste no llega a huir. Al día siguiente, "Le Combat" declaró haber recibido la noticia de Flourens, al cual había llegado por mediación de Rochefort, que se hallaba en inmejorables relaciones con su colega Trochu.

Este mismo día, un golpe de mano afortunado nos entregaba Le Bourget, al noroeste de París, y el Estado Mayor cacareó un triunfo el día 29. Durante todo este día, dejó a nuestros soldados sin víveres, sin refuerzos, bajo el fuego de los prusianos, que volvieron el 30 con quince mil hombres y arrebataron de nuevo el pueblo a sus seiscientos defensores. El 31 de octubre, París recibió, al despertar, tres golpes en mitad del pecho: la pérdida de Le Bourget, la capitulación de Metz y de todo el ejército del "glorioso soldado Bazaine", y la llegada de Thiers, que venía a negociar un armisticio.

Jornada del 31 de octubre.

Los defensores, convencidísimos de que París iría a la paz; hicieron pegar en las paredes, uno junto a otro, el armisticio esperado y la capitulación indudable, "una noticia buena y otra mala".[9]

París dio un respingo, ni más ni menos que a la misma hora Marsella, Toulouse y Saint-Etienne. Una hora después de haber sido pegados los carteles bajo la lluvia, la multitud grita delante del Hôtel-de-Ville: "¡Nada de armisticios!", y, a pesar de la resistencia de los guardias móviles, invade el vestíbulo. Etienne Arago, sus adjuntos Floquet y Henri Brison, acuden, juran que el gobierno se desvive por la salvación de la patria. La primera oleada de gente se retira; otra llama a la puerta. A mediodía, Trochu aparece en la escalera, cree poner fin al conflicto con una arenga. Le responden: "¡Muera Trochu!" y Jules Simon le releva y llega hasta la plaza, a detallar las ventajas del armisticio. Le gritan: "¡Nada de armisticios!" No consigue salir del paso sino pidiendo a la multitud que designe diez delegados que le acompañasen al Hôtel-de-Ville. Trochu, Jules Favre, Jules Ferry y Picard los reciben en la sala del Trono. Trochu demuestra, con una oratoria ciceroniana, que Le Bourget no tiene ningún valor, y asegura que acaba de tener noticia de la capitulación de Metz. Una voz: ¡Mentira! La voz sale de una diputación del comité de los veinte distritos y de los comités de vigilancia,

[7] Tenaille-Saligny, Tirard, Bonvalet, Greppo, Bertillon, Hérisson, Ríbeacourt, Carnot, Ranc, O'Reilly, Mottu, Grivot, Pernolet, Asseline, Corbon, Henri Martin, F. Favre, Clernenceau, Richard, Braleret.

[8] *Encuesta sobre el 4 de setiembre.*

[9] *Encuesta sobre el 4 de setiembre:* Jules Ferry.

que acaba de entrar en la sala. Otros, para acabar de una vez con Trochu, quieren que continúe; de pronto suena en la plaza un tiro que interrumpe el monólogo y hace que el orador desaparezca. Le sustituye Jules Favre, que reanuda el hilo de su demostración.

Mientras perora Jules Favre, los alcaldes deliberan en la sala del Consejo Municipal. Para calmar la agitación, proponen la elección de las municipalidades, la formación de los batallones de la guardia nacional, y su unión al ejército. El lacrimoso Etienne va a llevar estos paños calientes al gobierno.

Son las dos y media; una multitud enorme, contenida de mala manera por los guardias móviles, invade la plaza y grita: "¡Muera Trochu! ¡Viva la Comuna!", tremolando banderas con el letrero: "¡Nada de armisticio!" Las delegaciones que han entrado en el Hôtel-de-Ville no acaban de salir, a la muchedumbre se le agota la paciencia, atropella a los móviles, lanza a la sala de los alcaldes a Félix Pyat, que había ido allí de curioso. Pyat se agita, protesta de que aquello es contrario a las normas, de que él quiere entrar allí "por elección, no por irrupción". Los alcaldes le apoyan lo mejor que pueden, anuncian que han pedido las elecciones de las municipalidades, que el decreto está puesto a la firma. La multitud sigue empujando, sube hasta la sala del Trono, donde pone fin a la oración de Jules Favre, que va a reunirse con sus colegas. Éstos votan la proposición de los alcaldes, en principio, salvo en lo que se refiere a fijar la fecha de las elecciones.

A eso de las cuatro, la gente invade el salón. Rochefort promete las elecciones municipales. La multitud lo asimila a los demás defensores. Uno de los delegados de los veinte distritos se sube a la mesa, proclama la destitución del gobierno, pide que se encargue a una comisión de hacer las elecciones en un plazo de cuarenta y ocho horas. Los nombres de Dorian, el único ministro que tomó en serio la defensa, de Louis Blanc, Ledru-Rollin, Victor Hugo, Raspail, Delescluze, Blanqui, Félix Pyat, Milliere, son aclamados.

Si esta comisión hubiera podido hacer evacuar y guardar el Hôtel-de-Ville, fijar una proclama, la jornada hubiera terminado bien. Pero Doriat se negó, Louis Blanc, Victor Hugo, Ledru-Rollin, Raspail, Félix Pyat se callaron o volvieron la espalda. Flourens tiene tiempo de acudir. Irrumpe en el local con sus tiradores de Belleville; sube a la mesa en torno a la cual se hallan los miembros del gobierno, los declara prisioneros, y propone la formación de un comité de salud pública. Unos aplauden, otros protestan, declarando que no se trata de sustituir una dictadura por otra. Flourens gana la partida, lee los nombres, el suyo el primero, seguido de los de Blanqui, Delescluze, Milliere, Ranvier, Félix Pyat, Mottu. Se entablan discusiones interminables. Los hombres del Cuatro de Setiembre se sienten salvados a pesar de los guardias nacionales que les tienen presos, y sonríen a estos vencedores que dejan que se les escape de las manos la victoria.

A partir de este momento, todos se pierden en un dédalo de embrollos. Cada sala tiene su gobierno, sus oradores, sus tarántulas. Tan negra es la tormenta, que, hacia los ocho, algunos guardias nacionales reaccionarios pueden, en las mismas narices de Flourens, liberar a Trochu y a Ferry. Otros se llevan a Blanqui, que es libertado por los francotiradores. En la sala del alcalde, Etienne Arago y sus adjuntos convocan para el día siguiente a los electores, bajo la presidencia de Dorian y de Schoelcher. Hacia las diez, se fija su proclama en todo París.

Durante toda la jornada, París se mantuvo en actitud expectante. "El 31 de octubre por la mañana -ha dicho Jules Ferry-, la población parisiense era, de lo más alto a lo más bajo de la escala, absolutamente hostil a nosotros.[10] Todo el mundo decía que merecíamos ser destituidos". Uno de los mejores batallones, -llevado a apoyar al gobierno por el general Tamisier, comandante supremo de la guardia nacional, alza las culatas de sus fusiles al llegar a la plaza. Todo cambió en cuanto se supo que el gobierno había sido hecho prisionero; sobre todo, al conocer los nombres de los que le sustituían. La lección pareció demasiado fuerte. Unos, que hubieran admitido a Ledru-Rollin o a Victor Hugo, no podían tragar a Blanqui ni a Flourens. La llamada había resonado inútilmente todo el día. Por la noche, la generala dio resultado. Los batallones, refractarios por la mañana, llegaron a la plaza Vendôme: verdad es que la mayor parte de ellos fueron creyendo las elecciones cosa concedida. Una asamblea de oficiales reunidos en la Bolsa no consintió en esperar el voto regular hasta que no vio el pasquín Dorian-Schcelder. Trochu y los evadidos del Hôtel-de-Ville volvieron a encontrar a sus fieles. El Hôtel-de-Ville, en cambio, quedaba desamparado.

La mayor parte de los batallones que estaban en favor de la Comuna, creyendo las elecciones decretadas, se habían vuelto a sus cuarteles. Quedaban apenas un millar de hombres sin armas, y los ingobernables tiradores de Flourens que vagaban en aquel caos. Blanqui firmaba, firmaba. Delescluze trató de salvar algún resto de este movimiento. Buscó a Dorian, recibió la seguridad formal de que las elecciones de la Comuna se celebrarían al día siguiente, las del gobierno provisional al otro día, registró estas promesas en una nota en que el poder insurreccional declaraba esperar a las elecciones y la hizo firmar por Milliere, Blanqui y Flourens. Milliere y Dorian fueron a dar cuenta de este documento a los miembros de la defensa. Milliere les proponía que saliesen juntos del Hôtel-de-Ville, dejando a Dorian y a Schoelcher proceder a las elecciones, con la condición expresa de que no se ejercería ninguna

[10] *Encuesta sobre el* 4 *de setiembre:* Jules Ferry.

persecución. Los miembros de la defensa aceptaron y Milliere les dijo: "Señores, quedan ustedes en libertad", cuando los guardias nacionales pidieron que los primeros se comprometiesen por escrito. Los prisioneros se indignaron de que se dudase de su palabra. Milliere y Flourens no pudieron hacer comprender a los guardias la inutilidad de las firmas.

De pronto, Jules Ferry ataca la puerta de la plaza Lobau. Se ha aprovechado de su libertad, ha reunido algunos batallones, uno, sobre todo, de móviles bretones que apenas entienden el francés. Delescluze y Dorian marchan delante, anuncian el arreglo que creen concluido, deciden a Ferry a que espere. A las tres de la mañana, como persistiese la modorra, baten en la plaza los tambores de Trochu; el batallón bretón penetra en el Hôtel-de-Ville por el subterráneo del cuartel Napoleón, y sorprende y desarma a muchos tiradores; Jules Ferry invade la sala del gobierno. Los indisciplinables no opusieron resistencia. Jules Favre y sus colegas fueron libertados. El general Tamisier recordó a los bretones, que amenazaban, los acuerdos debatidos durante la noche y, como prenda de un olvido recíproco, sale del Hôtel-de-Ville entre Blanqui y Flourens. Trochu recorre las calles y los muelles rodeado de una apoteosis de batallones.

Plebiscito y *elecciones.*

Así se desvanecía en humo esta jornada que hubiera podido dar nueva vida a la defensa. La incoherencia de los hombres de vanguardia rehízo al gobierno su maltrecha virginidad setembrina. El gobierno explotó aquella misma noche lo ocurrido, arrancó los pasquines de Dorian-Schoelcher, concedió las elecciones municipales para el 5, pero las hizo pagar con un plebiscito, planteando la cuestión imperialmente: "Los que quieran sostener al gobierno votarán que *si*". De nada sirvió que el comité de los veinte distritos lanzase un manifiesto, ni que Le "Réveil", "La Patrie en Danger", y "Le Combar" expusieran las mil razones porque había de votar que *no.* París, por miedo a dos o tres hombres, abrió un nuevo crédito a este gobierno que acumulaba inepcias sobre insolencias, y le dijo "te quiero" 322.900 veces. El ejército, los móviles, dieron 237.000 *síes.* No hubo más que 54.000 civiles y 9.000 militares que dijeran que *no.*

¿Cómo es que estos sesenta mil hombres lúcidos, tan rápidos, tan enérgicos, no supieron gobernar nunca a la opinión? Porque se fraccionaron en cien corrientes. La fiebre del sitio no era como para disciplinar al partido revolucionario, tan dividido algunas semanas antes, y nadie trataba de imponer esa disciplina. Delescluze y Blanqui vivían encerrados en su círculo de amigos o de partidarios. Félix Pyat, que ofrecía un fusil de honor a quien matase al rey de Prusia o patrocinaba la hoguera en que debía asarse al ejército alemán, no se convertía en hombre práctico más que cuando se trataba de salvar la propia pelleja. Los demás, Ledru-Rollin, Louis Blanc, Schoelcher, etc., la esperanza de los republicanos bajo el Imperio, habían vuelto del destierro asmáticos, comidos de vanidad y de egoísmo, irritados contra la nueva generación socialista que ya no hacía caso de sus sistemas. Los radicales, inquietos por su porvenir, no iban a comprometerse en el comité de los veinte distritos. Por eso la sección de los Gravilliers de 1870-71 no pudo ser nunca más que un foco de impresiones, y no un centro director, y todo lo arreglaba con manifestaciones, como la de 1793.

Mas allí, por lo menos, había vida, una lámpara, aunque humosa, siempre vigilante. ¿Qué dan los pequeños burgueses? ¿Dónde están sus jacobinos, sus *cordeliers?* En la Corderie veo perfectamente a los hijos perdidos de la pequeña burguesía que esgrimen la pluma o toman la palabra, pero, ¿dónde está el grueso de su ejército?

Todo calla. Fuera de los *faubourgs,* París es la alcoba de un enfermo, donde nadie se atreve a levantar la voz. Esta abdicación moral es el verdadero fenómeno psicológico del sitio, fenómeno tanto más extraordinario, cuanto que coexiste con un admirable ardor de resistencia. Unos hombres que dicen: "Preferimos poner fuego a nuestras casas antes que rendirlas al enemigo", se indignan de que haya quien se atreva a disputar el poder a los miedosos del Hôtel-de-Ville. Si temen a los aturdidos, a los febriles, a las colaboraciones comprometedoras, ¿por qué no asumen ellos la dirección del movimiento? Y se limitan a gritar: "¡Nada de motines ante el enemigo! ¡Nada de exaltados!", como si valiese más una capitulación que un motín, como si el 10 de agosto, el 31 de mayo, no hubiesen sido otros tantos motines ante el enemigo, como si no hubiese una solución entre la abdicación y el delirio.

El 5 y el 7 repitieron su voto plebiscitario, nombrando entre los veinte alcaldes a doce criaturas de Etienne Arago. Cuatro de los nuevos, Dubail, Vautrain, Desmarest y Vacherot, demócrata intransigente bajo el Imperio, eran unos burgueses intratables. La mayor parte de los adjuntos, de tipo liberal; apenas algunos internacionalistas muy moderados: Tolain, Murat, Héligan, y unos cuantos militantes: Malon, Jaclard, Dereure, Oudet y Léo Meillet.

Los barrios, fieles, eligieron a Delescluze por el XIX y, por el XX, a Ranvier, Milliere, Flourens, que no pudieron asistir, ya que la gente del Hôtel-de-Ville, violando la convención Dorian-Tamisier, habían cursado órdenes de detención contra los manifestantes del 31 de octubre.[11] Les acusaron,

[11] Jaclard, Vermorel, G. Lefrançais, Félix Pyat, Eudes, Levrault, Tridon, Ranvier, Razoua, Tibaldi, Goupil, Vésinier, Regere, Maurice Joly, Blanqui, Milliere, Flourens. Estos tres últimos pudieron escapar. Félix. Pyat se salvó gracias a una payasada, escribiendo a Emmanuel

naturalmente, de haber sido agentes a sueldo de la policía imperial, dijeron que acababan de descubrirse sus expedientes en la Prefectura. En la Alcaldía central, Jules Ferry sustituye a Etíenne Arago, demasiado comprometido el 31 de octubre, y ponen al mando de la guardia nacional a Clément Thomas, el que cargó contra los proletarios en junio del 48, en vista de que Tamisier, indignado por la violación de los acuerdos, había dimitido.

A principios de noviembre, no había nada perdido. El ejército, los móviles, los marinos, daban, según el plebiscito, 246.000 hombres y 7.500 oficiales. Se podían entresacar cómodamente, en París, 125.000 guardias nacionales capaces de hacer la campaña, y dejar otros tantos para la defensa interior. Las transformaciones de armas, los cañones, debían procurarse en algunas semanas; los cañones sobre todo, dando cada cual lo que podía para dotar al batallón de magníficas piezas de artillería, orgullo tradicional de los parisienses. ¿Dónde encontrar mil artilleros?, decía Trochu. En cada mecánico de París hay madera de artillero, cosa que la Comuna puso bien de relieve. Y en todos los órdenes la misma superabundancia. París hormigueaba de ingenieros, de contramaestres, dé jefes de taller, de equipos con los que podían formarse todos los cuadros. Había, esparcidos por el suelo, todos los materiales necesarios para una victoria.

París, engañado.

Los pedantes del ejército regular no veían en todo esto más que barbarie. Aquel París para el que ni Hoche, ni Marceau, ni Kléber hubiesen sido demasiado jóvenes, ni demasiado creyentes, ni demasiado puros, tenía como generales a los peores guiñapos del Imperio y del orleanisrno: al Vinoy de Diciembre, a Ducrot, a Suzanne, a Lefló. Un fósil presuntuoso como Chabaud-Latour mandaba como genial jefe. En su amable intimidad, les divertía mucho esta defensa, pero encontraban la broma demasiado larga. El 31 de octubre les exasperó contra la guardia nacional, y hasta última hora se negaron a utilizarla.

En lugar de coordinar las fuerzas de París, de dar a todos los mismos cuadros, la misma enseña, el hermoso nombre de guardia nacional, Trochu dejó en pie las tres divisiones: ejército, móviles, civiles. Esto era consecuencia natural de su opinión acerca de la defensa. El ejército, amotinado por los estados mayores, aborrecía a aquel París que le imponía, según decían, fatigas inútiles, Los móviles de provincias, empujados por sus oficiales, flor y nata de hidalgüelos, se agriaron también. Todo el mundo, al ver despreciados a los guardias nacionales, los despreciaban, los llamaban los "a todo trance", los "treinta sueldos". (Desde el comienzo del sitio, los parisienses recibían un franco cincuenta céntimos - treinta sueldos o *sous*- de indemnización.) Todos los días se temían colisiones.

El 31 de octubre no trajo ningún cambio en cuanto al fondo de las cosas. El gobierno rompió las negociaciones que no hubiera podido, a pesar de su victoria, llevar adelante sin sucumbir, decretó la creación de la fundición de cañones; pero no por eso creyó más en la defensa, y siguió navegando con la proa puesta a la paz. Su gran preocupación, como él mismo ha escrito, era el motín. No era solamente de la locura del sitio de lo que quería salvar a París, sino, ante todo, de los revolucionarios. Los grandes burgueses atizaron este magnífico celo. Antes del cuatro de setiembre habían declarado, dice Jules Simon, "que si se armaba a la clase obrera y ésta tenía alguna probabilidad de imponerse, no se batirían de ningún modo", y la noche del cuatro de setiembre, Jules Favre y Jules Simon fueron al Cuerpo Legislativo a tranquilizarlos, a decirles que los defensores no estropearían la casa. La fuerza irresistible de los acontecimientos había armado a los obreros; era preciso, al menos, inmovilizar sus fusiles; desde hacía dos meses, la gran burguesía acechaba el momento oportuno. El plebiscito le dijo que ese momento había llegado ya. Trochu tenía en sus manos a París, y la burguesía, por medio del clero, tenía en sus manos a Trochu, tanto más cuanto que éste creía no depender más que de su conciencia. Curiosa conciencia de infinitos fosos, con más artilugios que los de un teatro. Trochu creía en los milagros, mas no en los prodigios; en las Santas Genovevas, pero no en las Juanas de Arco; en las legiones del más allá, pero de ningún modo en los ejércitos que brotan de la tierra. Por eso, desde el cuatro de setiembre consideraba como un deber engañar a París. Pensaba: "Voy a rendirte, pero es por tu bien". Después del 31 de octubre creyó su misión doblada, vio en sí mismo al arcángel, al San Miguel de la sociedad amenazada. Este es el segundo período de la defensa, que se sostiene tal vez en un gabinete de las calles Postes, porque los jefes del clero vieron, con más claridad que nadie, el peligro de un advenimiento de los trabajadores. Sus manejos fueron muy hábiles. Una especie de obispo a lo Turpín, calzado, barbudo, jovial, gran vaciador de botellas y trenzador de cotillones, de mano ancha y lengua expedita, Bauer, no se separaba de Trochu y atizaba sus recelos en contra de la guardia nacional. Supieron poner en todas partes el grano de arena en el punto vital, penetrando en los estados mayores, en las ambulancias, en las alcaldías. Como el pescador que forcejea con un pez demasiado grande, ahogaron a París en su fluido, le extrajeron su savia a tirones. El 28 de noviembre dio Trochu el primero de estos tirones: una salida de gran espectáculo. El general Ducrot, que mandaba las fuerzas, se anunció cual un nuevo Leónidas: "Lo juro ante vosotros, ante la

---

Arago: ¡Qué lástima que sea prisionero tuyo; hubieras sido mi abogado!

nación entera: no volveré a París si no es muerto o victorioso. Podréis verme caer, pero no me veréis retroceder". Esta proclama exaltó a todo París. Se creyó en vísperas de Jernmapes, cuando los voluntarios parisienses escalaban las crestas guarnecidas de artillería, porque esta vez la guardia nacional iba a entrar en fuego.

Hubiéramos debido abrirnos paso por el Marne para unirnos a los ejércitos de provincias y pasar el río Nogent. El ingeniero Ducrot había tomado mal las medidas; los puentes no estaban en condiciones. Hubo que esperar hasta el día siguiente. El enemigo, en lugar de ser sorprendido, pudo ponerse a la defensiva. El 30, con un magnífico impulso, ganamos Champigny. Al día siguiente, Ducrot permaneció inactivo, mientras el enemigo, desguarneciendo Versalles, acumulaba sus fuerzas sobre Champigny. El 2, reconquistó una parte del pueblo. La lucha fue ruda durante toda la jornada. Los miembros del gobierno, a quienes su grandeza retenía en el Hôtel-de-Ville, se hicieron representar en el campo de batalla por una carta de "su muy querido presidente". Por la noche acampamos en nuestras posiciones, pero helados. El "querido presidente" tenía dada orden de que se dejasen las mantas en París, y habíamos partido sin tiendas ni ambulancias. Al día siguiente, Ducrot declaró que debíamos retirarnos, y ante París, ante la nación entera, este bravucón deshonrado se volvió a la capital a reculones. Volvíamos con ocho mil bajas, entre muertos y heridos, de cien mil hombres, de los cuales habían entrado en combate cincuenta mil.

Trochu descansó veinte días sobre estos laureles. De este ocio se aprovechó Clément Thomas para disolver y difamar al batallón de tiradores de Belleville, poco disciplinado, sin duda, pero que había tenido muertos y heridos. Basándose en el simple informe del general que mandaba en Vincennes, difamaba igualmente al 200º batallón. Echaban el guante a Flourens. El 21 de diciembre, estos encarnizados depuradores dignáronse, por fin, preocuparse un poco de los prusianos. Los móviles del Sena fueron lanzados, sin cañones, contra las murallas de Stains, y al ataque contra Le Bourget. El enemigo los recibió con una artillería aplastante. La ventaja conseguida por la derecha en Ville-Evrard no fue aprovechada. Los soldados regresaron desmoralizados. Algunos gritaron: "¡Viva la paz!" Cada nueva empresa acusaba al plan Trochu, fatigaba a las tropas, pero no podía nada contra el valor de los guardias nacionales. Éstos, durante dos días, en la explanada de Avron, casi al descubierto, sostuvieron el fuego de sesenta piezas. Cuando los muertos eran ya muchos, Trochu descubrió que la posición no tenía ninguna importancia, y mandó evacuarla.

La confianza se quebranta.

Estos fracasos empezaron a gastar la credulidad parisina. El hambre picaba cada vez más. La carne de caballo era ya una gollería. La gente devoraba perros, ratas y ratones. Las mujeres, con un frío de 17 grados bajo cero, o entre el barro del deshielo, esperaban horas enteras una ración de náufrago. En vez de pan, una masa negra que retorcía las tripas. Las criaturitas se morían sobre el seno exhausto. La leña valía a peso de oro. El pobre no tenía para calentarse más que los despachos de Gambetta anunciando los éxitos conseguidos en provincias. A fines de diciembre, se encendieron los ojos, agrandados por las privaciones. ¿Iban a sucumbir con las armas intactas?

Los alcaldes seguían sin moverse, se acantonaban en su papel de despenseros, vedándose a sí mismos toda pregunta indiscreta, evitaban abrir procesos verbales para evitar hasta la apariencia de una municipalidad.[12] Jules Favre les ofrecía pequeñas reuniones semanales, en las que se charlaba amistosamente acerca de las interioridades del sitio. Sólo hubo uno que cumpliese con su deber: Delescluze. Había adquirido una gran autoridad por sus implacables artículos contra la defensa, publicados en Le "Réveil". El 30 de diciembre interpeló a Jules Favre, dijo a los alcaldes y adjuntos: "Vosotros sois los responsables" y pidió que se agregase el consejo a la defensa. La mayor parte de sus colegas protestaron, sobre todo Dubail y Vacherot. El 4 de enero, Delescluze volvió a la carga presentando una proposición radical: dimisión de Trochu y de Clément Thomas; movilización de la guardia nacional; institución de un consejo de defensa; renovación de los comités de guerra. Tampoco fue escuchado.

El comité de los veinte distritos apoyó a Delescluze, hizo aparecer el 6 un cartel rojo, redactado por Tridon y por Jules Vallès: *"¿Ha cumplido con su misión el gobierno que se ha encargado de la defensa nacional?... No... Con su lentitud, su inercia; su indecisión, los que nos gobiernan nos han conducido al borde del abismo... No han sabido ni administrar ni combatir... La gente se muere de frío, ya casi de hambre... Salidas sin objeto, mortales luchas sin resultado, fracasos repetidos... El gobierno ha dado la medida de su capacidad, nos mata. La perpetuación de este régimen es la capitulación... La política, la estrategia, la administración del 4 de setiembre, continuación del Imperio, están juzgadas. ¡Paso al pueblo! ¡Paso a la Comuna!"* Por impotente que el comité fuese para la acción, su pensamiento era justo, y él siguió siendo, hasta el fin del sitio, el mentor sagaz de París.

La masa, que quería nombres ilustres, se apartó de los carteles. Algunos de los firmantes fueron detenidos. Trochu, sin embargo, se sintió lastimado, y aquella misma noche hizo escribir en todos los

[12] *Encuesta sobre el* 4 *de setiembre:* Jules Ferry.

muros: "El gobernador de París no capitulará".

Cuatro meses después del 4 de setiembre, París volvió a aplaudir. Pareció muy extraño que, a pesar de la declaración de Trochu, dimitieran Delescluze y sus adjuntos.

Era preciso, sin embargo, taparse los ojos para no ver el nuevo Sedan hacia el que la defensa conducía a París. Los prusianos bombardeaban las casas por encima de los fuertes de Issy y de Vanves, sus obuses jalonaron de cadáveres algunas calles. El 30 de diciembre, Trochu declaraba imposible toda nueva acción, invocaba la opinión de todos los generales, y acababa pidiendo ser sustituido. Los días 2, 3 y 4 de enero del 71, los defensores discutieron la elección de la asamblea que habría de sobrevivir a la catástrofe. París no duraría ni hasta el 15, a no ser por la indignación de los patriotas.

Los barrios no llamaban ya a los hombres de la defensa más que la banda de Judas. Los grandes lamas democráticos que se habían retirado el 31 de octubre, volvían a la Comuna. La Alianza Republicana, en la que el antiguo Ledru-Rollin oficiaba ante una media docena de turiferarios, la Unión Republicana y las demás capillas se volvían a ella, pidiendo enérgicamente una asamblea, parisiense que organizase la defensa. El gobierno se sintió sobremanera acuciado. Si la pequeña burguesía y la clase media se unían al pueblo, era imposible capitular sin una protesta formidable. Aquella población, que lanzaba hurras bajo los obuses, no se dejaría entregar como un rebaño. Antes, había que mortificarla, que curarla de su "enfatuamiento", según la frase de Jules Ferry, había que purgarla de su fiebre. La guardia nacional no estará satisfecha, sino cuando haya tumbados en tierra diez mil guardias nacionales, decían en el Hôtel-de-Ville. Acosados por Jules Favre, y Picard, de un lado, y de otro, por los sencillos Emmanuel Arago, Garnier-Pages, Pelletan, el emoliente Trochu se decidió a dar una última representación.

Buzenval.

Se resolvió como una farsa, preparada paralelamente a la capitulación. En la noche del 18 al 19 de enero, los defensores reconocían que un nuevo fracaso traería consigo la catástrofe. Trochu quiso asociar así a los alcaldes para lo referente a la capitulación y al aprovisionamiento. Jules Simon, Garníer-Pages se avienen a que se rinda París, sólo oponen reservas en lo que concierne a Francia. Garnier-Pages propone que se nombren en unas elecciones especiales los mandatarios encargados de capitular. Tal fue su vela de armas.[13]

El 18 ponen a París en pie y a los prusianos alerta, con gran estruendo de trompetas y tambores. Para este esfuerzo supremo, Trochu no ha sabido reunir arriba de 84.000 hombres, entre ellos 19 regimientos de la guardia nacional, a los que hace pasar la noche, fría y lluviosa, en los barrizales de los campos del monte Valérien,

El ataque iba contra las defensas que cubren Versalles por la parte de La Bergerie. El 19, a las diez de la mañana, con un arranque de tropas veteranas -así lo confesó Trochu en la tribuna versallesa-, los guardias nacionales y los móviles que formaban la mayoría del ala izquierda y del centro ganaron el reducto de Montretout, el parque de Buzenval, una parte de Saint-Cloud, llegaron hasta Garches; ocuparon, en una palabra, todas las posiciones que les fueran señaladas. El general Ducrot, que mandaba el ala izquierda, llegó con dos horas de retraso, y por más que su ejército estuviese integrado principalmente por tropas de línea, no avanzaba.

Habíamos conquistado algunas alturas capitales. Los generales no las artillaron. Los prusianos pudieron barrer a sus anchas dichas crestas. A las cuatro, lanzaron sus columnas de asalto. Al principio, los nuestros flaquearon, pero después se rehicieron y detuvieron el movimiento del enemigo. A eso de las seis disminuyó el fuego de éste; Trochu ordenó la retirada. Quedaban intactos, sin embargo, cuarenta mil hombres de la reserva entre el monte Valérien y Buzenval. De ciento cuarenta piezas de artillería, treinta, a lo sumo, hablaron. Los generales, que apenas se habían dignado comunicar con la guardia nacional, declararon que no soportarían una segunda noche, y Trochu hizo evacuar Montretout y todas las posiciones conquistadas. A la vuelta, algunos batallones lloraban de rabia. Todos comprendieron que se les había hecho salir para sacrificarlos.[14]

París, que había creído en la victoria, se despertó al toque de difuntos de Trochu. El general pedía un armisticio de dos días para recoger los heridos, enterrar a los muertos y, además, "tiempo, carruajes y muchos camilleros". Entre muertos y heridos, las bajas no pasaban de 3.000 hombres.

Esta vez, por fin, París vio el abismo. Los defensores, dejando de disimular por más tiempo, reunieron a los alcaldes y les dijeron que toda resistencia era imposible. Trochu añadió, para consolarles, que "desde el cuatro de setiembre por la noche había declarado que sería una locura intentar sostener un sitio contra el ejército prusiano".[15] Pronto la siniestra noticia corrió por la ciudad.

Durante cuatro meses de sitio, París lo había aceptado todo por anticipado, el hambre, la peste, el asalto, todo menos la *capitulación:* En este punto, seguía siendo, el 20 de enero del 71, a pesar de su

[13] Véanse las actas de la Defensa, arregladas por el abogado Dréo, yerno de Garnier-Pages.

[14] "Vamos, pues, a hacer *escaldarse* un poco a la guardia nacional, ya que ella lo quiere", decía un coronel de infantería, molesto por este asunto. - *Encuesta sobre el* 4 *de setiembre:* coronel Chaper.

[15] *Encuesta sobre el* 4 *de setiembre:* Corbon (1. 4, p. 389).

credulidad, de su debilidad, el París de setiembre del 70. Cuando estalló esta palabra, hubo primero una estupefacción enorme, como ante los crímenes monstruosos, contra natura. Las llagas de los cuatro meses se avivaron clamando venganza. El frío, el hambre, el bombardeo, las largas noches en las trincheras, los niños que morían a millares, los muertos sembrados en las salidas, ¡todo esto para caer en la vergüenza, para dar escolta a Bazaine, para convertirse en un segundo Metz! París creía oír la burla prusiana. En algunos, la estupefacción se transformó en furor. Los mismos que suspiraban por la rendición adoptaron actitudes encrespadas. El pálido rebaño de alcaldes se encabritó. El 21 por la noche les recibió de nuevo Trochu y les dijo que todos los generales consultados, e incluso los oficiales de menos graduación, habían convenido aquella misma mañana en la imposibilidad de una nueva salida. En pie, de espaldas al fuego, con apuestos ademanes, les demostró matemáticamente la absoluta necesidad de entablar negociaciones con el enemigo, declaró que por su parte no quería intervenir en ellas, y, con aquella lengua suya de incontables revoluciones, insinuó a los alcaldes que capitulasen por él. Los alcaldes hicieron algunos gestos, llegaron hasta a protestar, imaginándose que no eran responsables de la solución.

Al salir de allí, los defensores deliberaron. Jules Favre pidió a Trochu que dimitiera. El apóstol pretendía que se le destituyese, queriendo aparecer incapitulable ante la historia, ofreciéndoles, por lo demás, una frase digna de Escobar: "Detenerse ante el hambre es morir, no capitular".[16] Los defensores se caldearon un poco cuando, a las tres de la mañana, se anunció que la prisión de Mazas acababa de ser forzada. Flourens y otros detenidos políticos han sido libertados por una tropa de guardias nacionales. Nuestros defensores, que olfateaban un 31 de octubre, precipitan sus resoluciones y reemplazan a Trochu por el general Vinoy. El bonapartista se hizo rogar. Jules Favre y Lefló, ministro de la Guerra, le hicieron ver al pueblo en pie, la inminente insurrección, y el prefecto de policía que presentaba su dimisión. Los hombres del cuatro de setiembre del 70 estaban suplicando a los del dos de diciembre del 51. Vinoy se dignó ceder. Empezó, como buen bonapartista, por armarse contra París, desguarneció sus líneas frente a los prusianos, llamó a las tropas de Suresnes, Gentilly, Les Lilas, puso en pie a la caballería y a la gendarmería. Un batallón de móviles de Finistere se hizo fuerte en el Hôtel-de-Ville, mandado por un coronel de la guardia nacional, Vabre, cruelísimo reaccionario. Clément Thomas, en una furibunda proclama, "Los facciosos se unen al enemigo", conjuró a la guardia nacional a "levantarse como un solo hombre para destrozarlos". No la había alzado como un solo hombre contra los prusianos.

El 22 *de enero.*

Flotaban en el aire signos de cólera, pero no de una jornada seria. Muchos revolucionarios, entre ellos Blanqui, sintiendo que las cosas estaban llegando ya al fin, no admitían un movimiento que, de resultar victorioso, hubiera salvado a los hombres de la defensa y ocupado el lugar de éstos para capitular. Otros, cuya razón no iluminaba al patriotismo, enardecidos aún por los ardores de Buzenval, creían en la salida en masa y decían: "hay que salvar el honor". Algunas reuniones votaron, la víspera, que se opondrían con las armas a la capitulación, y se dieron cita delante del Hôtel-de-Ville.

Al mediodía, el tambor redobla en Batignolles. A la una y media, aparecen algunos grupos armados en la plaza del Hôtel-de-Ville. La multitud se apelotona. El adjunto del alcalde, G. Chaudey, recibe a una diputación; desde el 31 de octubre el gobierno moraba en el Louvre. El orador expone las quejas de París, pide que se implante la Comuna. Chaudey afirma que la idea de la Comuna es una idea falsa, que él la ha combatido y la combatirá enérgicamente. Era hombre de naturaleza muy violenta y terriblemente ergotista. Llega en esto una nueva diputación más fogosa. Chaudey se enfada, insulta, incluso. La emoción crece; el 101, que llegaba de la orilla izquierda, grita: "¡Mueran los traidores!" El 207, de Batignolles, que ha recorrido los bulevares, desemboca en la plaza por la calle del Temple y se alinea delante del Hôtel-de-Ville, cuyas salidas están todas cerradas.

Suenan disparos; las ventanas del Hôtel-de-Ville se envuelven en humo. Resguardados detrás de los faroles y de los montículos de arena, algunos guardias nacionales, mandados por Sapia y Raoul Rigault, hacen frente al fuego de los móviles. Otros disparan contra las casas de la avenida Victoria. El tiroteo sonaba desde hacía muchas horas, cuando aparecieron los gendarmes por la esquina de la avenida. Detrás iba Vinoy. Los insurrectos se baten en retirada. Fueron aprehendidos una docena de ellos y conducidos al Hôtel-de-Ville, donde Vinoy quería fusilarlos. Jules Ferry los hizo reservar para los consejos de guerra. Los manifestantes, la multitud inofensiva, tuvo treinta bajas entre muertos y heridos; las del Hôtel-de-Ville no pasaron de un muerto y dos heridos.

El gobierno cerró los clubs y lanzó numerosas órdenes de detención. Ochenta y tres personas, inocentes en su mayor parte, según ha dicho el general Soumain, fueron detenidas. Se aprovechó esta ocasión para enviar a Delescluze, a pesar de sus sesenta y cinco años y de la bronquitis aguda que le minaba, a reunirse en Vincennes con los detenidos del 31 de octubre, arrojados, en revuelta confusión, a

[16] Jules Simon: *Recuerdos del* 4 de *setiembre.*

la húmeda fortaleza. Le "Réveil" y "Le Combat" fueron suprimidos.

Una indignada proclama denunció a los insurrectos como "partidarios del extranjero", único recurso de los hombres del cuatro de setiembre en sus vergonzosas crisis. Sólo en esto fueron jacobinos. ¿Quién servía al extranjero, el gobierno, dispuesto en todo momento a capitular, o los prisioneros, siempre encarnizados en la resistencia? La historia dirá que en Metz un numeroso ejército, debidamente dotado de oficialidad, instruido, con soldados veteranos, se dejó entregar sin que un mariscal, un jefe de cuerpo, se levantase para salvarle de Bazaine, mientras que los parisienses, sin guías, sin organización, ante doscientos cuarenta mil soldados y guardias móviles ganados para la paz, hicieron retrasar tres meses, con su sangre, la capitulación y la venganza.

Esta indignación de traidores hizo perder alientos a la gente. Ninguno de los batallones antes adictos a Trochu respondió a la llamada de Clément Thomas. Este gobierno, defendido mientras se le creyó gobierno de defensa, aprestaba a todos a la capitulación. El mismo día de la refriega, hizo su última jesuitada. Jules Simon reunió a los alcaldes y a una docena de altos oficiales, y ofreció el mando supremo al militar que propusiera un plan.

Los hombres del cuatro de setiembre abandonaron a otros, en cuanto lo dejaron exangüe, el París que habían recibido exuberante de vida. Ninguno de los asistentes echó de ver la ironía. Se limitaron a repudiar aquella herencia desesperada. Allí les esperaba Jules Simon. Alguien -el general Leconte- dijo: "Hay que capitular". Los alcaldes comprendieron, por fin, para qué se les había convocado, y algunos se enjugaron una lágrima.

París, entregado.

Desde entonces, París vivió como el enfermo que espera la amputación. Los fuertes seguían tronando, continuaban llegando muertos y heridos; pero se sabía que Jules Favre estaba en Versalles. El 27, a media noche, enmudeció el cañón. Bismarck y Jules Favre se habían entendido "por su honor". París estaba entregado.

Al día siguiente, la defensa dio a conocer las bases de las negociaciones: armisticio de quince días, reunión inmediata de una asamblea; ocupación de los fuertes; todos los soldados y guardias móviles, menos una división, desarmados. La ciudad quedó sumida en lúgubre tristeza. Las largas jornadas de emoción habían aquietado la cólera. Solamente algunos chispazos cruzaron París. Un batallón de la guardia nacional fue a gritar ante el Hôtel-de-Ville: "¡Abajo los traidores!" Por la noche, cuatrocientos oficiales firmaron un pacto de resistencia, eligieron por jefe al comandante del 107°, Brunel, ex oficial expulsado del ejército en tiempos del Imperio por sus opiniones republicanas, y resolvieron marchar sobre los fuertes del Este, mandados por el almirante Saisset, a quien los periódicos atribuían una reputación de heroísmo. A media noche, la llamada y el rebato sonaron en los distritos X, XIII y XX. Pero la noche era glacial, y la guardia nacional estaba demasiado fatigada para intentar un golpe desesperado. Solamente dos o tres batallones acudieron a la cita. Dos días después, Brunel fue detenido.

El 29 de enero del 71, la bandera alemana ondeaba sobre los fuertes. El pacto estaba firmado desde la víspera. Cuatrocientos mil hombres armados de fusiles, de cañones, capitulaban ante doscientos mil. Los fuertes, las defensas, fueron desarmados. Todo el ejército -doscientos cuarenta mil soldados, marinos y móviles- quedaba prisionero. París debía pagar doscientos millones en quince días. El gobierno se jactaba de haber dejado las armas a la guardia nacional; pero todos sabían que hubiera sido preciso saquear París para arrebatárselas. En fin, no contento con entregar la capital, el gobierno de la defensa nacional entregaba al enemigo Francia entera.

El armisticio se aplicaba a todos los ejércitos de provincias, excepción hecha del de Bourbaki, cercado casi por completo, el único a quien realmente hubiera beneficiado el armisticio. Cuando llegó un poco de aire fresco de provincias, se supo que Bourbaki, empujado por los alemanes, había tenido que· lanzar su ejército a Suiza, después de una comedia de suicidio.

Las elecciones.

La fiebre electoral sustituyó a la fiebre del sitio. El 8 de febrero debía enriquecer a Francia con una nueva Asamblea Nacional, y París se preparó para ello. De los hombres de la defensa, Gambetta fue el único inscrito en la mayor parte de las listas, por no haber desesperado de la patria, sobre todo cuando fue esparcida la proclama en que fustigaba la vergonzosa paz y su explosión de decretos radicales.

Algunos periódicos ensalzaban a Jules Favre y a Picardo que habían tenido suficiente maña para hacerse pasar por los elementos más extremistas del gobierno; nadie se atrevió a llegar hasta Trochu, Jules Simon, Jules Ferry. El partido de vanguardia multiplicó las listas que explicaban su impotencia durante el sitio. La gente del 48, negóse a admitir a Blanqui; pero aceptó, con el fin de aparentar lo que no eran, a varios miembros de la Internacional, y su abigarrada lista de neojacobinos y de socialistas tomó el título de los Cuatro Comités. Los clubs y los grupos obreros hicieron listas cerradas: en una de ellas figuraba el socialista alemán Liebknecht. La más definida vino de la Corderie.

La Internacional y la Cámara Federal de Sociedades Obreras, mudas durante el sitio, volvieron a alzar su programa: "Es necesario que figuren trabajadores entre las gentes del poder". Se

entendieron con el comité de los veinte distritos, y los tres grupos publicaron un manifiesto común. *"Esta es la lista* -decía- *de los candidatos presentados en nombre de un mundo nuevo por el partido de los desheredados. Francia va a reconstituirse nuevamente: los trabajadores tienen derecho a hallar y ocupar su puesto en el orden que se prepara. Las candidaturas socialistas revolucionarias significan: denegación a quienquiera que sea, de poner a discusión la República; afirmación de la necesidad del advenimiento político de los trabajadores; caída de la oligarquía gubernamental y del feudalismo industrial".* Aparte de algunos nombres familiares al público, como Blanqui, Gambon, Garibaldi, Félix Pyat, Ranvier, Tridon, Malon, Lefrancais, Vallès, Tolain, los candidatos socialistas no eran conocidos fuera de los medios populares: empleados, mecánicos, zapateros, obreros siderúrgicos, sastres, carpinteros, cocineros, ebanistas, cinceladores. Los pasquines fueron escasos. Disponían de muy pocos periódicos para hacer competencia a las trompetas burguesas. Ya les llegará el momento dentro de unas semanas, cuando se elijan los dos tercios de la Comuna. Hoy sólo los aceptados por los periódicos burgueses obtendrán un acta. En total, cinco - Garibaldi, Gambon, Félix Pyat, Tolain y Malon.

La lista que salió el 8 de febrero fue un arlequín de todos los matices republicanos y de todas las fantasías. Louis Blanc, que había sido una buena comadre durante el sitio, y a quien presentaban todos los comités, salvo la Corderie, abrió la marcha con 216.000 votos, seguido de Victor Hugo, Gambetta y Garibaldi. Delescluze, al que hubiera sido preciso aliarse antes, reunió 154.000 sufragios. Después venían un baratillo de jacobinos, radicales, oficiales, alcaldes, periodistas, excéntricos. Uno fue elegido por haber inventado una cañonera; otro, por místico. Un solo miembro del gobierno se escurrió entre ellos, Jules Favre, al que Milliere acababa de denunciar, con pruebas auténticas en la mano, de falsificación, de bigamia, de suplantación de estado. Milliere, es cierto, fue elegido. Por una cruel injusticia, el vigilante centinela que durante todo el sitio había demostrado tan gran sagacidad, Blanqui, no obtuvo más que 52.000 votos -aproximadamente los de los opositores del plebiscito- mientras que Félix Pyat sacó 145.000 por sus cantinelas de "Le Combat".

Este escrutinio confuso, descabellado, daba testimonio, por lo menos, de la idea republicana. París, derrumbado por el Imperio y los liberales, se aferraba a la República, que volvería a abrirle el camino del porvenir. Pero he aquí que, aun antes de haber visto proclamar su voto, oyó salir de las urnas de provincias un salvaje grito de reacción. Antes de que uno solo de sus elegidos hubiese abandonado la ciudad, vio encaminarse hacia Burdeos una tropa de campesinos, de Pourceaugnacs,[17] de sombríos clericales, espectros de 1815, de 1830, 1849, que llegaban pavoneándose, furiosos, a tomar posesión de Francia, por medio del sufragio universal. ¿Qué era esta siniestra mascarada? ¿Cómo había podido subir, cual subterránea vegetación, a la superficie y desplegarse en la cumbre del país?

Fue preciso que París y las provincias fuesen aplastados, que el Shylock prusiano se llevara nuestros millones y cortase dos jirones en nuestros flancos, que el estado de sitio se abatiese durante cuatro años sobre cuarenta y dos departamentos, que cien mil franceses fuesen borrados de la vida o del suelo natal, que las cucarachas echasen a la calle sus procesiones en toda Francia, para que se reconociese la existencia de aquella gran maquinación reaccionaria que desde el primer momento hasta la explosión final los republicanos de París y de provincias, infatigables, denunciaron a los poderes traidores o languidecientes.

La defensa en provincias.

En provincias, en el campo, la táctica no fue la misma. En lugar de ser en el propio gobierno, la conspiración fue en torno de él. Durante todo el mes de setiembre, los reaccionarios se agazaparon en sus madrigueras. Las gentes del Hôtel-de-Ville, creyéndose seguras de negociar la paz, no enviaron a provincias más que a un general cualquiera, para el papeleo administrativo. Pero las provincias tomaban la defensa, como la República, en serio. Lyon comprendió incluso su deber antes que París, proclamó la República el cuatro de setiembre por la mañana, y nombró un Comité de Salud Pública. Marsella y Toulouse organizaron comisiones regionales. Los defensores, seriamente alarmados por esta fiebre patriótica que contrariaba sus planes, dijeron que Francia se dislocaba, delegaron, para rehacerla, en los dos hombres más gotosos de su tropa, Crémieux y Glais-Bizoin, más un antiguo gobernador de Cayena, bárbaro para con los deportados del 52, el almirante bonapartista Fourichon.

Los tres llegaron a Tours el 18 de setiembre, con las oficinas de los Ministerios, todo lo que se llamó después la Delegación. Los patriotas acudieron. En el Oeste y en el Mediodía habían organizado ligas de unión para agrupar a los departamentos contra el enemigo y suplir la falta de impulso central. Rodearon a los delegados de París, pidieron la consigna, medidas vigorosas, el envío de comisarios, y prometieron un apoyo absoluto. Los gotosos respondieron: "Estamos entre gente de confianza; digamos la verdad; no tenemos ejército. Toda resistencia es imposible. Si resistimos, es sólo para obtener mejores condiciones". El que lo cuenta lo

[17] Grotesco patán, personaje de Moliere. *(N. del T.)*

oyó. No hubo más que una reacción de asco: ¿Cómo? ¿Y ésa es vuestra respuesta, cuando millares de franceses os ofrecen sus brazos y su fortuna?

El movimiento de Lyon.

El 28 estallaron los lyoneses. Cuatro departamentos les separaban apenas del enemigo, que podía de un momento a otro ocupar la ciudad, y desde el 4 de setiembre estaban pidiendo armas. La municipalidad elegida el 16, en sustitución del Comité de Salud Pública, no hacía más que disputar con el prefecto Challemel. Lacour, jacobino muy quisquilloso. El 27, por toda defensa, el consejo redujo en 50 céntimos el jornal de los obreros empleados en las fortificaciones, y nombró a un tal Cluseret general de un ejército de voluntarios que aún estaba por crear.

Este general *in partibus* era un antiguo oficial a quien Cavaignac había condecorado por su comportamiento en las jornadas de junio. Fracasado en el ejército, pidió su separación del mismo, se hizo periodista en la guerra americana de Secesión y se engalanó con el título de general. Incomprendido por la burguesía de los dos mundos, volvió a la política por el otro extremo, se ofreció a los fenianos de Irlanda, desembarcó en ese país, indujo a los fenianos a la sublevación, y una noche los abandonó. La naciente Internacional le vio acudir a ella. Escribió mucho, dijo a los hijos de los mismos a quienes había fusilado en junio: "¡Nosotros o la Nada!", y pretendió ser la espada del socialismo. Como el gobierno del 4 de setiembre se negase a confiarle un ejército, trató a Gambetta de prusiano, y se hizo nombrar delegado de la Corderie -donde le había introducido Varlin, al que engañó mucho tiempo- en Lyon. Este cobarde zascandil persuadió al Consejo de Lyon de que él organizaría un ejército. Todo andaba de mala manera, cuando los comités republicanos de Brotteaux, Guillotiere, Croix-Rousse y el Comité Central de la guardia nacional decidieron, el 28, llevar al Hôtel-de-Ville un enérgico programa de defensa. Los obreros de las fortificaciones, capitaneados por Saigne, apoyaron esta actitud con una manifestación, llenaron la plaza Terreaux y, con la ayuda de los discursos y la emoción, invadieron el Hôtel-de-Ville, Saigne propuso que se nombrase una comisión revolucionaria y, como viese entre el público a Cluseret, muy preocupado por sus futuras estrellas, sólo salió al balcón para exponer su plan y recomendar calma. Constituida la comisión, no se atrevió a resistir, y partió en busca de sus tropas. En la puerta, el alcalde Hénon y el prefecto le agarraron del cuello: habían entrado en el Hôtel-de-Ville por la plaza de la Comédie. Saigne se lanzó al balcón, gritó la noticia a la multitud, que, cayendo de nuevo sobre el Hôtel-de-Ville, libertó a Cluseret y detuvo a su vez al alcalde y al prefecto.

Los batallones burgueses llegaron a la plaza Terreaux. Poco después desembocaron los de Croix-Rousse y Guillotiere. Grandes desgracias podían seguir al primer disparo. Se parlamentó. La comisión desapareció. Cluseret tomó el tren de Ginebra.

Era una advertencia. En varias ciudades aparecieron otros síntomas. Los prefectos presidían las Ligas, se convocaban entre sí. A principios de octubre, el almirante de Cayena no había logrado reunir, acá y allá, más que algunos millares de hombres de los depósitos. De Tours no llegaba ninguna consigna.

De delegación de Tours.

El jefe del triumfamulato, el israelita Crémieux, residía en el arzobispado, donde Guibert, papa de los ultramontanos franceses, le daba casa y comida a cambio de toda clase de servicios reclamados por el clero. Crémieux estuvo un día a punto de ser puesto de patitas en la calle. Garibaldi, burlando la vigilancia de Italia, tullido, deformadas las manos por los reumatismos, llegó a Tours a poner al servicio de la República lo que de él queda, el corazón y el nombre. Guibert creyó ver llegar al diablo, se enfadó con Crémieux, que confinó a Garibaldi en la prefectura y le expidió tan rápidamente como pudo a provincias.

Desesperando de poder salir de apuros, los delegados convocaron a los electores. Fue éste su único pensamiento honrado. El 16 de octubre, Francia va a nombrar sus representantes, cuando, el 9, una racha de viento trae a Tours a Gambetta, a quien había llamado Clément Laurier.

Los hombres del Hôtel-de-Ville le vieron partir con alegría, tan seguros de que chocaría con lo imposible, que "nadie del gobierno, ni el general Trochu, ni el general Lefló, había movido la lengua para hablar de una operación militar cualquiera".[18] También él tenía su plan: no creer muerta a la nación. Desesperó un instante, al encontrarse con una provincia sin soldados, sin oficiales, sin armas, sin municiones, sin equipos, sin intendencia, sin tesoro; pero se recobró, entrevió inmensos recursos, hombres innumerables: Bourges, Brest, Lorient, Rochefort, Talan, como arsenales; los talleres de Lille, Nantes, Burdeos, Toulouse, Marsella, Lyon; los mares libres; cien veces más que en el 93, cuando había que luchar a la vez contra el extranjero y contra los vendeanos. Una magnífica llama en las poblaciones; consejos municipales, consejos generales que se imponían, votaban empréstitos, campañas sin un *chuán,* A su admirable llamamiento respondió Francia con el mismo entusiasmo que París el 14 de setiembre. Los reaccionarios se volvieron a sus madrigueras. Gambetta tuvo de su parte el alma del país, lo pudo todo.

---

[18] *Encuesta sobre el* 4 *de setiembre:* Gambetta. (T. 1, p. 561.)

Hasta aplazar las elecciones, como quería un decreto del Hôtel-de-Ville. Se anunciaban republicanas, belicosas. Bismarck le había dicho a Jules Favre que él no quería una asamblea, porque esta asamblea votaría la guerra. Razón de más para quererla. Enérgicas circulares, algunas medidas contra los intrigantes, instrucciones precisas, hubieran libertado y atizado victoriosa esta llama de resistencia. Una asamblea fortalecida por todas las energías republicanas y que tuviera su asiento en una ciudad populosa, podía centuplicar la energía nacional, exigirlo todo del país, la sangre y el oro. Proclamaría la República y, en caso de desgracia, si se veía obligada a negociar, la salvaba del naufragio, nos resguardaba de la reacción. Pero las instrucciones de Gambetta eran formales: "Unas elecciones en París llevarían a unas jornadas de junio". "Prescindiremos de París", se le contestaba. Todo fue inútil, incluso la insistencia de sus íntimos menos revolucionarios, como Laurier. Como varios prefectos, incapaces de levantar el nivel del medio en que se ejercían sus funciones, hacían presentir que las elecciones serían dudosas, Gambetta se apoyó en su timidez, y, por falta de audacia, asumió la dictadura.

Él mismo expuso su lema: "Mantener el orden y la libertad y empujar a la guerra". Nadie perturbaba el orden, y todos los patriotas querían ir a la lucha. Las Ligas contenían excelentes elementos, capaces de dar cuerpos militares, y cada departamento poseía grupos de republicanos probados, a los que se podía confiar la administración y la defensa, bajo la dirección de los comisarios. Desgraciadamente, aquel joven, tan gran agitador, creía en las viejas formas. Las Ligas en cuestión le parecieron gérmenes de secesionismo. Ató de pies y manos a los raros comisarios que designó, entregó todo el poder a los prefectos -astillas del 48, en su mayoría- o a sus colegas de la conferencia de Molé, blandos, tímidos, preocupados por no malgastar nada, algunos por prepararse un colegio electoral. En algunas prefecturas conservaron en sus puestos a los mismos empleados que habían formado las listas de proscripción del 2 de diciembre. ¿No había llamado Crémieux a los bonapartistas "republicanos"? En Hacienda, baluarte de los reaccionarios, en Instrucción Pública, repleta de bonapartistas, se prohibió destituir a ningún titular, y llegó a ser casi imposible trasladarle. Fue observada la consigna de los gotosos: conservar. Salvo algunos jueces de paz y un pequeño número de magistrados, no hubo más cambio que el del alto personal político.

Hasta en Guerra se toleró la presencia de adversarios. Las oficinas, que estuvieron mucho tiempo bajo la dirección del bonapartista Loverdo, minaron sordamente el terreno a la delegación. El almirante Fourichon pudo disputar al gobierno las tropas de marina; las compañías de ferrocarriles hiciéronse dueñas de los transportes. Se llegó incluso a suplicar al representante del Banco de Francia, que no dio sino lo que quiso. Algunos departamentos votaron un empréstito forzoso, y en proporciones en que era posible cubrirlo de sobra. Gambetta se negó a confirmar sus decisiones. Francia pasó por la humillación de tener que ir a Londres a conseguir un empréstito de guerra.

La defensa emprendió su marcha en provincias apoyándose en dos muletas: un personal sin nervio, la deprimente conciliación. A pesar de todo, surgían los batallones. A la voz de aquel convencido, bajo el activo impulso de Freycinet, su delegado técnico, reuníanse restos de tropas, los depósitos vaciaban sus reservas, acudían los móviles. Hacia fines de octubre, estaba en formación un verdadero ejército en Salbris, no lejos de Vierzon, provisto de buenas armas y bajo el mando, ¡ay!, del general D'Aurelles de Paladine, ex senador y beato, que pasaba por ser un buen caudillo.

A fines de octubre, si en París no había nada perdido, en provincias se ofrecía la victoria. Para organizar el bloqueo de París, los alemanes habían empleado todas sus tropas, salvo tres divisiones, treinta mil hombres de infantería, y la mayor parte de su caballería. No les quedaba ninguna reserva. Estas tres divisiones estaban inmovilizadas, en Orleans y Châteaudun, por nuestras fuerzas del Loira. Al Oeste, al Norte, al Este, la caballería -1º y 2.° bávaros, 22.° prusiano-, aun recorriendo y vigilando una gran extensión de terreno, era incapaz de sostener ese terreno contra la infantería. A fines de octubre, la línea alemana que cercaba a París, excelentemente fortificada por la parte de la ciudad, estaba a descubierto por el lado de la provincia. La aparición de cincuenta mil hombres, aun cuando se tratase de tropas bisoñas como las que mandaba D'Aurelles de Paladine, hubiera bastado para romper el cerco.

Liberar a París de éste, aunque sólo fuera momentáneamente, podía significar la presión de Europa y una paz honrosa; no cabía duda de que habría sido de un efecto moral inmenso, consiguiendo que París fuese aprovisionado por los ferrocarriles del Mediodía y del Oeste, y que se ganaría tiempo para la organización de los ejércitos de provincias.

El ejercito del Loire.

Nuestro ejército del Loire -el 15º cuerpo, en Salbris; el 16°, en Blois-, contaba con 70.000 hombres. El 26 de octubre, D'Aurelles de Paladine recibió orden de ir a tomar Orleans a los bávaros. El 28 entra en Blois con 40.000 hombres, por lo menos. Por la noche, a las nueve, el comandante de las tropas alemanas le manda decir que Metz ha capitulado. Pasa Thiers, que se dirige a París, y le aconseja que espere. D'Aurelles telegrafía inmediatamente a Tours que aplaza el movimiento.

Un general de mediana vista, en cambio, lo hubiera precipitado todo. Puesto que el ejército alemán de Metz iba a quedar libre para operar y dirigirle hacia el centro de Francia, no había momento que perder para adelantarle. Cada hora que pasaba empeoraba las cosas. Fue el momento crítico de la guerra.

La delegación de Tours, en lugar de destituir a D'Aurelles, se contentó con decirle que concentrase todas sus fuerzas. Esta concentración estaba terminada el 3 de noviembre, y D'Aurelles disponía de 70.000 hombres repartidos entre Mer y Marchenoir. Los acontecimientos le ayudaban. Ese mismo día, la caballería prusiana -una brigada- se vio obligada a abandonar Mantes y a replegarse sobre Vert, intimidada por las poderosas bandas de francotiradores; al mismo tiempo, se había señalado la presencia de considerables fuerzas francesas, compuestas de todas las armas, y que desde Courville se dirigían a Chartres. Si el ejército del Loíra hubiese atacado el día 4, arrojando a los bávaros a Orleans y a la 22º división prusiana a Châteaudun, derrotando uno tras otro a los alemanes gracias a su aplastante superioridad numérica, la ruta de París habría quedado libre, y es casi indudable que la capital hubiera sido libertada.

Moltke estaba lejos de ignorar el peligro. Estaba decidido a obrar en caso de necesidad, como Bonaparte ante Mantua, y levantar el bloqueo, sacrificar el parque de asedio que se estaba formando en Villacoublay, concentrar su ejército para la acción en campo raso, y no volver a formar el sitio hasta después de la victoria: es decir, después de la llegada del ejército de Metz. Los bagajes del cuartel general de Versalles estaban ya en los coches; no quedaba más que "enganchar los caballos", ha dicho un testigo ocular, el coronel suizo D'Erlach.

D'Aurelles no se movió. La delegación, tan paralítica como él, se contentó con cambiar cartas de delegado a ministro: "Señor ministro -escribe el 4 de noviembre Freycinet-: desde hace algunos días, el ejército y yo mismo ignoramos si el gobierno quiere la paz o la guerra... En el momento en que nos disponemos a ejecutar proyectos laboriosamente preparados, rumores de armisticio turban el ánimo de nuestros generales; yo mismo, si trato de levantar su moral y de empujar, los hacia adelante, ignoro si habré de verme desautorizado mañana". Gambetta responde: "Señor delegado: me doy cuenta como usted de la detestable influencia de las vacilaciones políticas del gobierno... Hay que detener desde hoy nuestra marcha hacia adelante". El 7, D'Aurelles sigue aún inmóvil. El 8 se mueve y recorre como cosa de quince kilómetros; por la noche habla de detenerse. Sus fuerzas reunidas pasan de cien mil hombres. El día 9, se decide a atacar a los bávaros en Coulmiers. Los bávaros evacúan inmediatamente Orleans y se retiran hacia Toury. Lejos de perseguirlos, D'Aurelles anuncia que va a hacerse fuerte delante de la ciudad. La delegación le deja hacer, y Gambetta, que viene al cuartel general, aprueba el plan. Mientras tanto, dos divisiones prusianas (la 3ª y 4ª) expedidas de Metz por ferrocarril, habían llegado al pie de París, circunstancia que permitió a Moltke dirigir la 17ª división prusiana contra Toury, adonde llegó el 12. Además, tres cuerpos del ejército de Metz se aproximaban al Sena a marchas forzadas. Gracias a la voluntaria inacción de D'Aurelles y a la debilidad de la delegación, el ejército del Loira dejó de inquietar a los alemanes.

Hubiera sido necesario destituir al tal D'Aurelles, pero se había dejado pasar la ocasión única para ello; el ejército del Loira, cortado en dos, luchó con Chanzy sólo por defender el honor. La delegación tuvo que trasladarse a Burdeos.

A fines de noviembre, era evidente que se estaba perdiendo el tiempo. Los prefectos, encargados de organizar a los móviles y a los movilizados, de hacer la leva en los campos, estaban en lucha perpetua con los generales y no sabían por dónde andaban en lo referente al armamento. Los pobres generales del antiguo ejército, que no sabían sacar el menor partido de estos contingentes faltos de toda instrucción militar, no actuaban, como ha dicho Gamberra, "más que cuando no les quedaba otro remedio".

Debilidad de la delegación.

La debilidad de la delegación daba alas a la mala voluntad de estos mismos generales. Gambetta preguntaba a algunos de ellos si se avendrían a servir a las órdenes de Garibaldi: admitía que se negasen, hacía libertar a un cura que desde su púlpito ponía a precio la cabeza del general, condescendía en dar explicaciones a los oficiales de Charette, y permitía a los zuavos pontificios que enarbolaran otra bandera que la de Francia. Confió el ejército del Este a Bourbaki, completamente extenuado y que acababa de llevar a la emperatriz una carta de Bazainc.

¿Le faltaba autoridad? Sus colegas de la delegación no se atrevían siquiera a levantar los ojos, los prefectos no conocían a nadie más que a él, los generales adoptaban en presencia suya maneras de colegiales. El país obedecía, lo daba todo con ciega pasividad. Los contingentes se reclutaban sin dificultad alguna. Las campañas no encontraban ningún refractario, a pesar de hallarse en el ejército todos los gendarmes. Las Ligas más ardorosas cedieron a la primera observación. No estalló movimiento alguno hasta el 31 de octubre. Los revolucionarios marselleses, indignados por la debilidad del Consejo Municipal, proclamaron la Comuna. Cluscret, que desde Ginebra había pedido al "prusiano" Gambetta el mando de un cuerpo de ejército, apareció en Marsella, se hizo nombrar general, desapareció de nuevo y volvió a Suiza,

porque su dignidad le impedía servir como simple soldado. En Toulouse, la población expulsó al general, un sanguinario de junio del 48. En Saint-Etienne, la Comuna duró una hora. En todas partes bastaba una palabra para poner la autoridad en manos de la delegación; hasta tal punto se temía en todas partes crearle la menor dificultad.

Esta abnegación sirvió exclusivamente a los reaccionarios. Los jesuitas pudieron urdir sus intrigas, parapetándose detrás de Gambetta que los había vuelto a Marsella, de donde los había expulsado la indignación del pueblo: el clero se encontró en condiciones de seguir negando a las tropas sus edificios, sus seminarios, etcétera; los antiguos jueces de las comisiones mixtas pudieron seguir insultando a los republicanos -el prefecto de Haute-Garonne fue destituido un momento por haber suspendido en el ejercicio de sus funciones a uno de esos honorables magistrados-. Los periódicos podían publicar proclamas de pretendientes. Hubo consejos municipales que, olvidándose de todo patriotismo, votaron la sumisión a los prusianos. Por todo castigo, Gambetta los abrumó con un sermón.

Los bonapartistas se reunían descaradamente. El prefecto de Burdeos, republicano ultramoderno, pidió autorización para detener a algunos de estos agitadores. Gambetta respondió: "esas son prácticas del Imperio, no de la República".

Alzóse, en vista de esto, la Vendée conservadora. Monárquicos, clericales, especuladores, esperaban su hora, agazapados en los castillos, en los seminarios intactos, en las magistraturas, en los consejos generales, que la delegación se negó durante mucho tiempo a disolver en masa. Eran lo bastante hábiles como para hacerse representar, por poco que fuera, en los campos de batalla, con el fin de conservar las apariencias del patriotismo. En unas semanas calaron perfectamente a Gambetta, descubriendo detrás del tribuno grandilocuente al hombre irresoluto.

Thiers.

Su campaña fue trazada y dirigida desde su origen por los únicos tácticos de alguna importancia que había en Francia, los jesuitas, dueños y señores del clero. Thiers fue el jefe político.

Los hombres del 4 de setiembre habían hecho de él, como es sabido, su embajador. Francia, escasa en diplomáticos desde Talleyrand, no ha tenido otro más fácil de manejar que este hombrecillo. Había ido a Londres, a San Petersburgo, a Viena, a Italia, de la que fue enemigo encarnizado, a buscar, para la Francia vencida, alianzas que se le habían negado. Consiguió que se burlaran de él en todas partes, no obtuvo más que ser recibido por Bismarck, y negoció el armisticio rechazado el 31 de octubre. Cuando llegó a Tours, en los primeros días de noviembre, sabía que la lucha, desde aquel momento, había de ser a vida o muerte. En lugar de abrazarla valerosamente, de poner su experiencia al servicio de la delegación, no tuvo más que un objetivo: enterrar la defensa.

No podía ésta tener un enemigo más temible. La suerte que alcanzó este hombre, sin principios de gobierno, sin visión de progreso, sin valor, no hubiera podido alcanzarla en parte alguna más que entre la burguesía francesa. Pero estuvo siempre en todas partes donde hizo falta un liberal para ametrallar al pueblo, y raras veces se vio un artista más maravilloso en intrigas parlamentarias. Nadie supo, como él, atacar, aislar un gobierno, agrupar los prejuicios, los odios los intereses, disfrazar su intriga con una careta de patriotismo y de buen sentido. La campaña de 1870-71 será, indudablemente, su obra maestra. Se había resuelto para su gobierno la cuestión de los prusianos, y no se preocupaba de ellos más que si hubiesen vuelto a pasar el Mosela. El enemigo, para él, era el defensor. Cuando nuestros pobres "móviles" se agitaban de un lado para otro con un frío de veinte grados, Thiers triunfaba con sus desastres. Mientras que en Bruselas y en Londres los mamelucos, fieles a las tradiciones de Coblenza, los Cassagnac, los Amigues, trabajaban por desacreditar a Francia, por hacer fracasar sus empréstitos, enviaban a los prisioneros de Alemania insultos contra la República y llamamientos en pro de una restauración imperial, Thiers agrupaba en Burdeos, en contra de la República y de la defensa, a todas las reacciones de provincias.

La prensa conservadora había denigrado desde el primer momento a la delegación. Después de la llegada de Thiers, hizo una guerra descarada contra aquélla, sin cansarse de hostigarla, de acusar, de calumniar. Gambetta es un "loco furioso": la frase procede de Thiers. Conclusión: la lucha es una locura, la desobediencia, legítima. En el mes de diciembre, esta consigna, repetida por todos los periódicos del partido, se extendió por los campos.

Por primera vez, los terratenientes hallaron oídos en los campesinos. Después de los "móviles", la guerra iba a llevarse a los movilizados; los campos de batalla se aprestaban a recibirlos. Alemania tenía en su poder 260.000 franceses; París, el Loire, el ejército del Este más de 350.000; 30.000 habían muerto, y los hospitales albergaban a millares de heridos. Desde el mes de agosto, Francia había rendido 700.000 hombres, por lo menos. ¿Dónde iban a detenerse las cosas? Este grito fue lanzado en todas las chozas: ¡Es la República la que quiere la guerra! ¡París está en manos de los secesionistas! ¿Qué sabía entonces el campesino francés, y cuántos podían decir dónde se encontraba Alsacia? A él, sobre todo, era a quien apuntaba la burguesía, hostil a la instrucción obligatoria. ¿No consagró esa burguesía todos sus esfuerzos, por espacio de cuarenta años, en transformar en un *cootie* al nieto de los voluntarios del 92?

Un aliento de rebeldía pasó por los "móviles", mandados con excesiva frecuencia por reaccionarios de nota. Unos decían al ejército del Loire: "No queremos batirnos por el señor Gambetta". Oficiales hubo que se vanagloriaron de no haber expuesto nunca la vida de sus hombres.

A principios de 1871, las provincias estaban totalmente deshechas. A cada paso se reunían consejos generales disueltos. La delegación seguía el avance del enemigo interior, maldecía a Thiers y se guardaba muy mucho de detenerle. Los hombres de vanguardia que vinieron a decir hasta dónde llegaba el torrente fueron despedidos más que aprisa. Gambetta, cansado, desalentado, vería tristemente cómo se deshacía la defensa. A sus reproches, la gente del Hôtel-de-Ville, respondía enviándole palomas con mensajes declamatorios. En enero, sus despachos llegaban a la invectiva. La capitulación, Vinoy, la entrega del ejército del Este, la convocatoria de una asamblea, fueron el golpe final. Gambetta, fuera de sí, pensó en no autorizar las elecciones, y ante lo inevitable, proclamó inelegibles a los grandes funcionarios y diputados oficiales del Imperio, disolvió los consejos generales, y destituyó algunos magistrados de las comisiones mixtas. Bismarck protestó. La gente del Hôtel-de-Ville se asustó. Jules Simon corrió a Burdeos. Gambetta le recibió con la punta del pie, y ante un grupo de republicanos, le escupió su desprecio por las gentes de la defensa. El jesuita, bajo estas imprecaciones, dobló la espalda, perdió el dominio de su lengua, no pudo responder más que: "¡Tomad mi cabeza!" "¿Qué quiere usted que haga yo con ella? -le gritó Gambetta-, ¿un dije?" Expulsado de la prefectura, el defensor se refugió en casa de Thiers, llamó a los periodistas reaccionarios y les dictó una protesta colectiva. Gambetta tuvo por un momento la idea de hacerlo detener; pero, viendo el callejón sin salida en que iba a meterse, se retiró.

Al sonar el silbato de las elecciones, la decoración tan laboriosamente preparada apareció por entero, dejando ver a los conservadores preparados, en pie, con sus listas en la mano. ¡Qué lejos estaba el mes de octubre, en que en muchos departamentos no se habían atrevido a presentar candidatos! El decreto sobre los inelegibles no alcanzó más que a algunos náufragos. La coalición no tenía ninguna necesidad de los carcamales del Imperio, ya que había formado cuidadosamente un personal de nobles de cola, grandes boyeros y lobos cervales de la industria. El clero, con extraordinaria habilidad, había unido en sus listas a legitimistas y orleanistas, echando los cimientos de la fusión. Los votos se recogieron como si se tratase de un plebiscito. Los republicanos trataron de hablar de una paz honrosa; el campesino no tuvo oídos más que para la paz a toda costa. Las ciudades apenas se defendieron; a lo sumo, eligieron diputados liberales. Sólo algunos puntos sobrenadaron en el océano de la reacción. La Asamblea albergó, entre 750 miembros, 450 monárquicos de nacimiento. El jefe aparente de la campaña, el rey de los liberales, Thiers, salió elegido en veintitrés departamentos.

La conciliación a todo trance podía hombrearse con Trochu. Uno había desprestigiado a París; la otra, a la República.

Capítulo III. Primeros ataques de la coalición contra París. Los batallones de de la guardia nacional se federan y se incautan los cañones. Los prusianos entran en París.

Ni el Jefe del Poder ejecutivo, ni la Asamblea Nacional, apoyándose el uno en la otra y fortaleciéndose mutuamente, provocaron en modo alguno la Insurrección parisense.

Discurso de Dufaure contra la amnistía. (Mayo del 76.)

¡Qué dolor! Después de la invasión, la Cámara inencontrable. ¡Haber soñado con una Francia regenerada que con poderoso vuelo se lanzara hacia la luz, y sentirse retroceder medio siglo, bajo el yugo del jesuita, del terrateniente brutal, en plena congregación! Hombres hubo cuyo corazón estalló. Muchos hablaban de expatriarse. Algunos zascandiles decían: "Esta Cámara es cosa de una hora; lo único que se le ha encomendado es la paz o la guerra". Los que habían seguido la conspiración, al ver a estos devotos de sotanas de color violeta comprendieron que semejantes hombres no dejarían a Francia antes de haberla hecho pasar bajo su rodillo.

El odio a París.

Cuando los escapados de París, todavía estremecidos de patriotismo, con los ojos hundidos pero brillantes de fe republicana, llegaron al Gran Teatro de Burdeos donde se reunía la Asamblea, se encontraron delante de cuarenta años de odios hambrientos. Notoriedades de villorrio, castellanos obtusos, mosqueteros de cabeza de chorlito, *dandies* clericales, reducidos, para expresar ideas de 1815, a los terceros papeles de 1849, todo un mundo cuya existencia no sospechaban las ciudades, alineado en orden de batalla contra el París ateo, contra el París revolucionario que había hecho tres Repúblicas y arrollado tantos dioses. Desde la primera sesión reventó su hiel. Al fondo de la sala, un viejo, solo en su banco, se levantó y pidió la palabra. Bajo su amplia capa, flamea una camisa roja. Es Garibaldi. Ha querido responder al oír su nombre; ha querido decir, en una palabra, que rehúsa el acta con que París le ha honrado. Los aullidos cubren su voz. Sigue de pie, alza su mano reseca que ha tomado una bandera a los prusianos; arrecian las injurias. El castigo cae de las tribunas. "¡Mayoría rural!

¡Vergüenza de Francia!", grita una voz sonora: Gastan Crémieux, de Marsella. Los diputados se vuelven, amenazan. Los bravos y los desafíos siguen cayendo de las tribunas. Al salir de la sesión, la multitud aplaude a Garibaldi. La guardia nacional le presenta armas, a pesar de Thiers, que apostrofa al oficial que la manda. El pueblo vuelve al día siguiente, forma fila delante del teatro y obliga a los diputados reaccionarios a aguantar sus aclamaciones republicanas. Pero ellos conocen su fuerza y atacan desde el momento en que se abre la sesión. Un rural, apuntando a los representantes de París, exclama: "¡Están manchados por la sangre de la guerra civil!" Uno de los elegidos de París grita: "¡Viva la República!" Los rurales responden: "¡Vosotros no sois más que una fracción del país!" Al día siguiente, el teatro fue rodeado de tropas que rechazaron a distancia a los manifestantes.

Al mismo tiempo, los periódicos conservadores unían sus silbidos contra París, y negaban hasta sus sufrimientos. La guardia nacional había huido ante los prusianos; sus únicos hechos de armas eran el 31 de octubre y el 2 de enero; nadie más que ella tenía la culpa de la derrota, ya que hizo fracasar con la sedición los magníficos planes de Trochu y de Ducrot. Estas ideas fructificaban en una provincia que desde hacía mucho tiempo era terreno abonado para ellas. Hasta tal punto llegaba su ignorancia de los sucesos del sitio, que había elegido, y a algunos varias veces, a Trochu, Ducrot, Jules Ferry, Pelletan, Garnier-Pages y Emmanuel Arago, a quienes no había concedido París la limosna del voto.

Correspondía a los representantes de París hablar del sitio, de las responsabilidades, de la significación del voto parisiense, alzar contra la coalición monárquico-clerical la bandera de la Francia republicana. Se callaron, o se limitaron a celebrar reuniones pueriles de las que Delescluze salía lastimado, como cuando abandonó la reunión de los alcaldes. Los Epiménides del 48 respondían con banalidades al estruendo de armas del enemigo; la respuesta de los menos viejos fue que había que ver cómo se presentaban las cosas.

Estas elecciones, estas amenazas, los insultos a Garibaldi, a sus representantes, todos estos golpes sucesivos cayeron sobre un París febril, mal abastecido, al que llegaba mal la harina. (El 13 de febrero, Belleville había recibido solamente 325 sacos, en lugar de 800.) Ésta era, pues, la recompensa de cinco meses de dolor y de tenacidad. Las provincias, a que París había apelado durante todo el sitio y hacia las cuales tendía los brazos, le gritaban: "¡cobarde!", lanzándole de Bismarck al rey. Pues bien, si era preciso, París defendería él solo la República contra aquella Asamblea rural. El peligro inminente, la dura experiencia de las divisiones del sitio, concentraron las voluntades, forjaron de nuevo a la gran ciudad un alma colectiva. La guardia nacional empezó a cerrar filas.

Orígenes del Comité Central.

Hacia fines de enero, algunos republicanos y varios intrigantes que corrían tras un mandato, intentaron agrupar a los guardias nacionales con un fin electoral. Celebróse una reunión magna en el Circo de Invierno, bajo la presidencia de un negociante del tercer distrito, Courty. En ella se preparó una lista bastante heterogénea, se decidió celebrar una nueva reunión para acordar lo que había de hacerse en caso de elecciones dobles, y se encargó a un *bureau* que convocase regularmente a todas las compañías.

Esta segunda reunión tuvo lugar el 15 de febrero, en la sala de Wauxhall, en la calle de la Douane, Pero, ¿quién pensaba entonces en elecciones? Un solo pensamiento ocupaba todos los corazones: la unión de todas las fuerzas republicanas parisienses contra los rurales triunfantes. La guardia nacional era tanto como el París viril en su totalidad. La idea clara, simple, esencialmente francesa, de federar los batallones, vivía desde hacía tiempo en el espíritu de todo el mundo. Brotó de la reunión, y se decidió que los batallones se agruparían en torno a un Comité Central.

Se encargó a una comisión que redactase los estatutos. Cada distrito representado en la sala -dieciocho de veinte- nombró inmediatamente un comisario. ¿Quiénes son? ¿Los agitadores del sitio, los socialistas de la Corderie, los escritores de fama? Nada de eso. No hay entre los elegidos ningún hombre que tenga una notoriedad cualquiera. Los comisarios son pequeños burgueses, tenderos, empleados, ajenos a todos los grupitos, incluso a la misma política, en su mayor parte. Se llamaban Génotel, Alavoine, Manet, Frontier, Badois, Morterol, Mayer, Arnold, Piconel, Audoynaud, Soncial, Dacosta, Masson, PP., Weber, Trouillet, Lagarde, Bouit. Su presidente, Courty, no es conocido más que por la reunión del Circo; es republicano, pero moderado. La idea de la federación apareció desde el primer día como lo que realmente era: republicana, no sectaria, y, por lo mismo, irresistible. Clément Thomas lo comprendió así, dijo al gobierno que no respondía de la guardia nacional y presentó su dimisión. Se le sustituyó provisionalmente por el firmante de la capitulación, Vinoy.

El 24, en Wauxhall, ante dos mil delegados de compañías y guardias nacionales, la comisión leyó su proyecto de estatutos e instó a los delegados a que procedieran inmediatamente a la elección de un Comité Central.

Ese día, la reunión era tumultuosa, inquieta, nada capacitada para un escrutinio. Cada uno de los ocho últimos días había traído de Burdeos nuevas amenazas: Thiers, el enterrador de la República del

48, nombrado jefe del poder ejecutivo, que tenía por ministros a Dufaure, a De Larcy, a Pouyer-Ouertier, la reacción burguesa, legitimista, imperialista; Jules Favre, Jules Simon, Picard, los que habían entregado París; el salario todavía indispensable hasta que se abriesen los talleres, transformado en limosna,[19] y, sobre todo, la terrible humillación inminente. El armisticio, prorrogado por ocho días, expiraba el 26, y los periódicos anunciaban para el 27 la entrada de los prusianos en París. Desde hacía una semana, una pesadilla velaba en los lechos de toda la ciudad. De ahí que la reunión tratase en seguida las cuestiones más candentes. Un delegado propuso: "La guardia nacional no reconoce por jefes más que a sus elegidos". Esto equivalía a emanciparla de la plaza Vendôme. Otro: "La guardia nacional protesta contra todo intento de desarme, y declara que se resistirá a ello, incluso por la fuerza de las armas". Votado por unanimidad. Y ahora, ¿va a sufrir París la visita del prusiano, a dejarle que se pasee por los bulevares, como en 1815? No hay discusión posible. La Asamblea, caldeada, lanza un grito de guerra. Algunas observaciones de prudencia son ahogadas. Sí, ¡se opondrán por las armas a la entrada de los prusianos! Esta proposición será sometida por los delegados a su círculo de compañía. Y, aplazándose hasta el 3 de marzo, la reunión se dirige en masa a la Bastilla, arrastrando consigo a un gran número de "móviles" y de soldados.

París, ansioso de libertad, se apiñaba desde por la mañana en torno a su columna revolucionaria, de igual suerte que había rodeado la estatua de Estrasburgo cuando temía por la patria. Los batallones desfilaban, con tambores y banderas a la cabeza, cubriendo la verja y el pedestal de coronas de siemprevivas. A veces, un delegado subía al zócalo y arengaba al pueblo, que respondía: "¡Viva la República!" Una bandera roja hiende la multitud, se sume en el monumento, vuelve a aparecer en la balaustrada. Un gran clamor la saluda, seguido de un largo silencio. Un hombre, escalando la cima del Genio. Y, en medio de las frenéticas aclamaciones del pueblo, se ve, por vez primera desde el 48, la bandera de la Igualdad sombrear esta plaza más roja que ella, teñida por la sangre de mil mártires.

El gobierno hizo tocar alarma en los barrios burgueses; ningún batallón respondió. Al día siguiente continuaron las peregrinaciones de guardias nacionales, de "móviles", de soldados, conducidos por sus furrieles; cuando aparecieron llevando grandes coronas de siemprevivas, los clarines, en pie en las cuatro esquinas del pedestal, dieron el toque de carga. Siguió el ejército. Desfiló un batallón de cazadores de a pie. Mujeres vestidas de negro colgaron una bandera tricolor: "¡A los mártires, las mujeres republicanas!" Banderas y estandartes se enrollaron a la columna, la envolvieron, colgaron de la balaustrada, y, por la noche, la columna revolucionaria, revestida de siemprevivas, de flores y de oriflamas, apareció triunfante y sombría, duelo del pasado, esperanza del porvenir, hito y mayo gigantesco.

Fiebre patriótica.

El 26 redoblaron las manifestaciones. Un agente de policía, sorprendido por los soldados cuando les tomaba el número de sus regimientos, fue aprehendido y arrojado al canal, que le arrastró al Sena, hasta donde le siguieron algunos furiosos. Veinticinco batallones desfilaron en esta jornada, preñada de angustia. Los periódicos anunciaban para el día siguiente la entrada del ejército alemán por los Campos Elíseos. El gobierno replegaba sus tropas sobre la orilla izquierda y abandonaba el Palais de l'Industrie. No olvidaba más que los cuatrocientos cañones de la guardia nacional acampados en la plaza Wagram y en Passy. Ya la incuria de los capituladores -Vinoy lo ha escrito- había entregado doce mil fusiles de más a los prusianos. ¿Quién sabe si no iba también a extender sus garras aguileñas hasta estas hermosas piezas de artillería salpicadas con la sangre y la carne de los parisienses, marcadas con la cifra de los batallones? Todo el mundo pensó en ello espontáneamente. Los primeros en partir fueron los batallones del orden de Passy y de Auteuil. De acuerdo con la municipalidad, arrastraron al parque Monceau las piezas del Ranelagh. Los demás batallones de París vinieron a buscar sus cañones al parque Wagram y los condujeron a la ciudad, a Montmartre, a La Villette, a Belleville, a la plaza Vosges, a la calle Basfroí, Barriere d'Italie, etc.

Por la noche, París recobró su fisonomía del sitio. La llamada, el somatén, los clarines, lanzaron millares de hombres armados a la Bastilla, a Château-d'Eau, a la calle Rivoli. Las tropas enviadas por Vinoy para sofocar las manifestaciones de la Bastilla fraternizaban con el pueblo. La prisión de Sainte-Pélagie fue forzada, Brunel puesto en libertad. A las dos de la mañana, cuarenta mil hombres subían por los Campos Elíseos y la avenida de la Grande-Année al encuentro de los prusianos. Los esperaron hasta el día. Los batallones de Montmartre se engancharon a los cañones, a su paso, y los llevaron hasta dejarlos enfrente de la alcaldía del distrito XVIII y en el bulevar Omano.

A este impulso caballeresco, respondió Vinoy con una insultante orden del día. Este gobierno que injuriaba a París le pedía que, encima, inmolase a Francia. Thiers había firmado la víspera, con lágrimas en los ojos también, los preliminares de paz, dando a Bismarck, a cambio de Belfort, libre acceso a París.

El 27, por medio de un bando, seco como un acta,

[19] Para obtener un jornal, era preciso pedirlo por escrito, y probar que no se podía conseguir trabajo. (Jules Simon, *El gobierno de Thiers.)*

Picard anunció que el 1 de marzo treinta mil alemanes ocuparían los Campos Elíseos.

El 28, a las dos, la comisión encargada de redactar los estatutos del Comité Central se reunió en la alcaldía del distrito III. Convocó en la calle Rosiers a los jefes de batallones y a los delegados de los diferentes comités, militares que se habían creado espontáneamente en París, como el de Montmartre. La sesión, presidida por Bergeret, de Montmartre, fue terrible. La mayoría no hablaba más que de batallas, exhibía manda los imperativos, recordaba la reunión de Wauxhall. Casi por unanimidad, se resolvió tomar las armas contra los prusianos. El alcalde, Bonvalet, muy inquieto por sus huéspedes, hizo rodear la alcaldía y, mitad de grado, mitad a la fuerza, consiguió desembarazarse de ellos.[20]

Durante toda la jornada se armaron los barrios, se apoderaron de las municiones. Algunas piezas de sitio fueron montadas en sus afustes. Los móviles, olvidando que eran prisioneros de guerra, volvieron a tomar las armas en los sectores. Por la noche invadieron el cuartel de la Pepiniere, ocupado por los marinos, y llevaron a éstos en manifestación a la Bastilla.

La catástrofe hubiera sido indudable sin el valor de algunos hombres que se atrevieron a ir contra la corriente. Toda la Corderie -Comité Central de los veinte distritos, Internacional, Federación de las Cámaras Sindicales- observaba con suspicaz reserva aquel embrión de comité compuesto de desconocidos, al que no se había visto en ningún movimiento revolucionario. Al salir de la alcaldía del tercer distrito, algunos de los delegados de batallones, que pertenecían asimismo a los grupos de la Corderie, fueron a ésta a contar la sesión y la resolución desesperada que en ella se había adoptado. Se esforzaron en disuadirles, y se enviaron oradores a Wauxhall, donde se celebraba una gran reunión. Los oradores consiguieron hacerse oír. Muchos ciudadanos hicieron también grandes esfuerzos por llevar a la concurrencia a razones. El 28 por la mañana, los tres grupos de la Corderie publicaron un manifiesto conjurado a los trabajadores a que se abstuvieran. *"Todo ataque* -decían- *servirá para exponer al pueblo a los golpes de los enemigos de la Revolución, que ahogarían las reivindicaciones en un torrente de sangre. Recordemos las lúgubres jornadas de junio".*

Esto no era más que una voz, y de poco timbre. Desde las elecciones generales, el comité de los veinte distritos se reducía a una docena de miembros; la Internacional y las cámaras sindicales no contaban. Los elegidos del Wauxhall, por el contrario, representaban la masa armada. Que un obús partiese de Montmartre contra los prusianos, y se entablaría el horrible combate. Así lo supieron comprender, y el 28 fijaron una proclama, enmarcada en negro, imperativa: *"Ciudadanos, toda agresión equivaldría al derrumbamiento de la República.* Se *establecerá, alrededor de los barrios que debe ocupar el enemigo, una serie de barricadas, adecuadas para aislar completamente esta parte de la ciudad. La guardia nacional, de acuerdo con el ejército, vigilará para que el enemigo no pueda comunicarse con las zonas atrincheradas de Paris".* Seguían veintinueve nombres.[21] Estos veintinueve capaces de calmar a la guardia nacional fueron aprendidos, incluso por la burguesía, que no pareció extrañarse de tal poder.

Los prusianos en París.

Los prusianos pudieron entrar el día primero de marzo. El París que el pueblo había reconquistado no era ya el París de los nobles y de los grandes burgueses del 30 de marzo de 1815. La bandera negra que colgaba en las casas, las calles desiertas, las tiendas cerradas, las fuentes cegadas, las estatuas de la Concordia veladas, el gas negándose a alumbrar por las noches, hablaban de una ciudad indómita. Así debió de entregarse Moscú al Gran Ejército. Acampados entre el Sena y el Louvre, que tenía las salidas cerradas, y un cordón de barricadas bordeando el barrio Saint-Honoré, los alemanes parecían cogidos en una trampa. Algunas mujeres públicas que se atrevieron a franquear el límite, fueron tratadas a latigazos. Un café de los Campos Elíseos que se había abierto para ellos, fue saqueado. Solamente en Saint-Germain se encontró un gran señor que ofreció su techo a los prusianos.

París estaba todavía pálido por la afrenta, cuando una avalancha de nuevas injurias le llegó de Burdeos. La Asamblea no sólo no había encontrado una frase para asistirle en esta crisis dolorosa, sino que todos sus periódicos, con "L'Officiel" a la cabeza, se indignaban de que hubiera pensado siquiera en manifestarse contra los prusianos. En las oficinas se firmaba una proposición para fijar la residencia de la Asamblea fuera de París. El proyecto de ley sobre los

[20] Un cura, Vidieu, autor de una *Historia de la Comuna,* pretende haber descubierto el objeto de este movimiento. "Había, evidentemente, una consigna. Al primer disparo acudiría el enemigo, el monte Valérien incendiaria los más bellos barrios de París, las demás fuerzas pondrían fuego a la ciudad y, mientras tanto, se pescaría libremente en río revuelto".

[21] Alavoine, Bouit, Fronrier, Boursier, David-Brísson, Barroud, Gritz, Tessier, Ramel, Badois, Arnold, Piconel, Audoynaud, Masson, Weber, Lagarde, Laroque, Bergereí, Pouchain, Lavalette, Fleury, Maljournal, Chouteau, Cadaze, Castioni, Dutil, Matté, Ostyn. Sólo diez de la comisión elegida el 15 figuran en esta lista; algunos, como Dacosta, se habían retirado creyendo que se iba demasiado lejos; otros no asistían a la sesión en la que se firmó el cartel. Delegaciones, juntas revolucionarias, habían presentado a los diecinueve restantes, tan desconocidos como los demás. Varios nombres figuraban deformados.

vencimientos y los alquileres retrasados se anunciaba, preñado de quiebras. La paz acaba de ser aceptada, votada a marchas forzadas. Alsacia, la mayor parte de Lorena, un millón seiscientos veinte mil franceses arrancados a la patria, cinco mil millones, los fuertes del Este de París ocupados hasta la entrega de los primeros quinientos millones, y los departamentos del Este hasta el pago final; tal era el precio con que Bismarck nos traspasaba la Cámara inencontrable.

Para consolar a París de tantas vergüenzas, Thiers nombraba general de la guardia nacional al evacuador de Orleans, el brutal comandante del ejército del Loire, destituido por Gambetta, el mismo que, en una carta al emperador publicada recientemente, aún se lamentaba de no haber podido venir a París el 2 de diciembre del 51, para aplastar a los parisienses: D'Aurelles de Paladine. Dos senadores bonapartistas, los fusiladores, a la cabeza del París republicano; en París soplaban vientos de golpe de Estado.

El 3 de marzo enviaron sus delegados al Wauxhall doscientos batallones. El proyecto de estatutos redactado por el Comité Central provisional comenzaba por afirmar la República *"como único gobierno de derecho y de justicia, superior al sufragio universal, que es obra suya. Los delegados* -decía el artículo- *deberán prevenir todo intento que tenga por fin el derrumbamiento de la República".* El Comité Central debía estar formado por tres delegados por distrito, elegidos sin distinción de grado por las compañías, las legiones y el jefe de legión. Estos estatutos fueron aprobados. Mientras llegaban las elecciones regulares, la reunión nombró una comisión ejecutiva. Formaban parte de ella: Varolin, Pindy, Jacques Durand, delegados por sus batallones. Se votó por unanimidad la reelección de todos los grados. Se presentó esta moción: *"El departamento del Sena* se *constituirá en República independiente, caso de que la Asamblea descapitalizara Paris".* Moción mal concebida, mal presentada, que parecía aislar a París del resto de Francia; idea antirrevolucionaria, antiparisiense, que se volvió cruelmente contra la Comuna. ¿Y quién te alimentará, París, si no es la provincia? ¿Y quién te salvará, hermano de los campos, sino París? Pero París vivía solo desde hacía seis meses; sólo él había querido la lucha hasta el fin; sólo él había protestado contra la Asamblea realista. Y el abandono, los votos de la provincia, la mayoría rural, hicieron creer a unos hombres prestos a morir por la República universal, que podían encerrar la República en París.

Capítulo IV. Los monárquicos abren el fuego contra París. Se constituye el Comité Central. Thiers ordena el asalto.

Abrigábamos un gran respeto hacia esta gran ciudad, honor de Francia, que acababa de soportar cinco meses de sitio.

Discurso de Dufaure contra la amnistía. (Mayo del 76.)

La guardia nacional respondió al plebiscito rural con la federación; a las amenazas de los monárquicos, con las manifestaciones de la Bastilla; al proyecto de descapitalización, al bofetón de D'Aurelles, con las resoluciones del 3 de marzo. Lo que no pudieron hacer los peligros del sitio, lo hizo la Asamblea: la unión de la pequeña burguesía con el proletariado. La burguesía media se sublevó; el alejamiento de la Asamblea lastimaba su orgullo, la alarmaba en cuanto a la marcha de sus asuntos. La inmensa mayoría de París vio sin pena cómo se organizaba una defensa parisiense. El 3 de marzo, el ministro del Interior, Picard, denunció al Comité Central como anónimo y llamó "a todos los buenos ciudadanos a ahogar sus culpables manifestaciones". Nadie se conmovió. La acusación, además, era ridícula. El Comité se manifestaba visiblemente, enviaba informes a los periódicos y actuó exclusivamente para salvar a París de una catástrofe. Al día siguiente de ser acusado, respondió: *"El Comité no es anónimo; es la reunión de los mandatarios de unos hombres libres que quieren la solidaridad entre todos los miembros de la guardia nacional. Sus actas han sido siempre firmadas. Rechaza con desprecio las calumnias que le acusan de excitación al pillaje y a la guerra civil.* Firmado: *Los elegidos de la ciudad en el Wauxhall".*[22]

El mismo día, D'Aurelles, recién llegado a París, convocaba a los jefes de batallón. De doscientas sesenta respondieron una treintena. Él venía, según les dijo, a purgar a la guardia nacional de sus malos elementos, y dio una orden del día digna de un gendarme. Por toda respuesta, el Comité, por medio de un pasquín, invitó a todos los ciudadanos a organizar círculos de batallón, consejos de legión, y a que nombrasen sus delegados para el comité definitivo.

Los jefes de la coalición realista vieron perfectamente adónde se iba; tanto más cuanto que la comisión que acompañó a Thiers en sus negociaciones de paz en Versalles les expuso cuadros espantosos de París. La ciudad de la República aumentaba todos los días su arsenal de fusiles, de cañones. Un poco más, y el armamento seria completo, si no se daba rápidamente un golpe.

Lo que no acabaron de ver fue la talla de su enemigo. Creyeron en los cuentos de sus gacetas, en la cobardía de los guardias nacionales, en las

[22] Arnold, J. Bergeret, Bourt, Castioni, Chauviere, Chouteau, Courty, Dutilh, Fleury, Frontier, H. Fortuné, Lacord. Lagarde, Lavalerte, Maljoumal. Malté, Ostyn, Piconel, Pindy, Prudhomme, Varlin, H. Verlet, Viard. Cinco solamente de los electos del 15 de febrero.

fanfarronadas de Ducrot, que juraba en las oficinas de la Asamblea odio eterno a los demagogos, sin los cuales hubiera vencido, a lo que decía. Los capitanes de la reacción se hincharon hasta creer que se tragarían a París.

Toda la reacción contra París.

La operación fue llevada a cabo con habilidad, constancia y disciplina clericales. Legitimistas, orleanistas, bonapartistas, divididos en la cuestión del nombre del monarca, aceptaron un compromiso imaginado por Thiers: partes iguales en el poder, lo que se llamó el pacto de Burdeos. Además, tratándose de ir contra Parás, no podía haber división.

Desde los primeros días de marzo, sus periódicos de provincias anunciaron incendios y saqueos en París. El 4 de marzo no hubo más que un rumor en las oficinas de la Asamblea: acaba de estallar una insurrección, las comunicaciones telegráficas están cortadas, el general Vinoy se ha retirado a la orilla izquierda. Thiers, que dejaba propalar estos rumores, destacó a París cuatro diputados alcaldes: Arnaud de l'Ariege, Clemenceau, Tirard y Henri Martin. Los emisarios encontraron a París "absolutamente tranquilo", y se lo dijeron al ministro del Interior. Picard respondió: "Esa tranquilidad no es más que aparente, es preciso obrar"; y el alcalde del cuarto distrito, Vautrain, dijo: "Hay que coger al toro por los cuernos y detener al Comité Central".

La coalición no dejó pasar un día sin picar al toro. Cayeron sobre París y sus representantes risas, provocaciones, injurias. Algunos. Malon, Ranc, Rochefort, Tridon, se retiraron ante el voto que venía a mutilar a la patria, como lo habían hecho Gambetta y los de Alsacia y Lorena. Se le gritó: ¡Buen viaje! El 8, Hugo es maltratado al defender a Garibaldi. Dimite. Abuchean a Delcscluze, que pide que se entable acusación contra los defensores. El 10, cuatrocientos veintisiete rurales se niegan a residir en París. Quieren más: la descapitalización definitiva, Bourges o Fontainebleau. Thiers los halaga. "Jamás Asamblea alguna recibió poderes más extensos -no tenía ni siquiera archivos-, Podrían ustedes hacer, si quisieran, hasta una Constitución". Obtuvo, con gran trabajo, el traslado a Versalles, más fácil de defender. Esto era llamar a la Comuna, porque París no podía vivir sin gobierno y sin municipalidad.

Fijado así el campo de batalla, se formó un ejército de la desesperación. Los efectos comerciales vencidos, del 13 de agosto al 13 de noviembre del 70, se hicieron exigibles siete meses después, fecha por fecha, con sus intereses. Así, dentro de tres días, el 13 de marzo, era preciso pagar las letras vencidas el 13 de agosto. Decreto imposible, ya que los negocios estaban en suspenso desde hacía siete meses y no había modo de encontrar crédito; el Banco no había vuelto a abrir sus sucursales. Algunos diputados de París visitaron a Dufaure, que había vivido la vida del sitio. Se mostró irreductible; seguía siendo el verdadero Dufaure del 48. Quedaba en pie la cuestión de los alquileres retrasados, temible para todo París. Milliere conjuró a la Asamblea a que la resolviese equitativamente. No obtuvo respuesta. Trescientos mil obreros, comerciantes, artesanos, pequeños fabricantes y tenderos, que habían gastado su peculio durante el sitio y no ganaban nada todavía, quedaron a merced del casero y de la quiebra. Del 13 al 17 de marzo, hubo ciento cincuenta mil protestos. Las grandes ciudades industriales reclamaron. Nada.

Cargada así la mina, la Asamblea se aplazó hasta el 20 de marzo, después de haber obligado a Thiers a afirmar que podría deliberar en Versalles "sin miedo a los adoquines del motín". El hombrecillo tenía también su vencimiento.

París no retrocedía ante todas estas amenazas. Picard, con la intención de amedrentarle, llamó a Courty y le dijo "que los miembros del Comité Central se jugaban la cabeza", Courty hizo casi la promesa de devolver los cañones. El Comité lo desautorizó.

Desde el día 6 el Comité residía en la Corderie, absolutamente independiente de los tres simulacros de grupos. Dio pruebas de habilidad política, burló las intrigas de cierto Raoul du Bisson, ex oficial de ejércitos exóticos, cargado de dudosas aventuras, que había presidido la reunión del 24 en Wauxhall y trabajaba por constituir un Comité Central de arriba, con los jefes de batallón. El Comité despachó tres delegados a este grupo, que ofrecía una resistencia muy viva. Un jefe de batallón, Barberet, se mostró particularmente intratable; otro, Faltot, arrastró a la reunión: "¡Yo estoy con el pueblo!" La fusión se llevó definitivamente a cabo el 10, día de asamblea general de delegados. El Comité presentó su informe, exponiendo la historia de la semana, el nombramiento de D'Aurelles, el incidente de Courty: *"Lo que somos, los acontecimientos lo han dicho; los ataques reiterados de una prensa hostil a la democracia nos lo han enseñado, y los amigos del gobierno han venido a confirmarlo. Somos la barrera inexorable levantada contra todo intento de derrumbar la República".* Los delegados fueron invitados a apresurar las elecciones del Comité Central. Se redactó en seguida un llamamiento dirigido al ejército.

Desde hacía varios días, el gobierno enviaba a provincias los 220.00 hombres desarmados por la capitulación, móviles o desmilitarizables en su mayoría, y los reemplazaba por soldados de los ejércitos del Loire y del Norte. París se inquietaba con estas tropas que los periódicos reaccionarios excitaban contra él. El llamamiento de la reunión decía: *"Soldados, hijos del pueblo, unámonos para salvar a la República. Los reyes y los emperadores nos han hecho demasiado daño".* Al día siguiente, los soldados defendían este pasquín contra la policía.

La jornada del 11 fue pésima para París. Supo a un mismo tiempo su descapitalización y su ruina. Vinoy suprimía seis periódicos republicanos, cuatro de los cuales, "Le Cri du Peuple", "Le Mot d'Ordre", "Le Pere Duchéne" y "Le Vengeur" tiraban doscientos mil ejemplares. El consejo de guerra que juzgaba a los acusados del 31 de octubre condenaba a muerte a varios de ellos, entre otros a Flourens y a Blanqui. Triple detonación que asustaba a todo el mundo, a burgueses, republicanos y revolucionarios. Aquella Asamblea de Burdeos, tan mortífera en París, de un corazón, de un espíritu, de una lengua tan contrarios a París, se mostró como un gobierno de extranjeros. Desaparecieron las últimas vacilaciones. El diputado-alcalde del distrito XVIII, Clemenceau, trabajaba desde hacía varios días para conseguir la entrega de los cañones de Montmartre, y encontró oficiales bastante bien dispuestos a ello. El comité de la calle Rosiers se opuso; era el comité más importante de todos, por su situación, por el número de sus cañones, y trataba en un pie de igualdad con el Comité Central, al que no envió delegados hasta muy tarde. Cuando D'Aurelles expidió los tiros de caballos a Montmartre, los guardias nacionales negaron las piezas y las transportaron a las colinas, donde el comandante Poulizac, que había de morir en las filas del ejército versallés, construía una especie de parapeto. El comité de la calle Rosiers proporcionó los centinelas, las piezas afluyeron, y llegaron a reunirse ciento setenta.

Se constituye el Comité Central.

La Revolución, que no tenía ya periódicos, hablaba ahora por medio de pasquines de todos los colores, de todas las ideas. Flourens y Blanqui, condenados en rebeldía, fijaban protestas en las paredes. Los grupos moderados protestaban también contra los decretos sobre vencimientos. Se organizaban comités en los barrios populares. El del distrito XVIII tenía por jefe al fundidor Duval, hombre de energía fría y dominadora. Todos estos comités anulaban las órdenes de D'Aurelles. Disponían, en realidad, de la guardia nacional.

Vinoy decía, como Vautrain: "Detengamos al Comité Central" y nada parecía más fácil, ya que todos sus miembros inscribían sus señas en los pasquines. El propio Picard respondía: "Yo no tengo policía, deténgalos usted mismo". Vinoy replicaba: "Eso no es de mi incumbencia". Se le dio al general Valentin, hombre de mano de hierro. El Comité Central, tranquilamente, se presentó el 15 en la tercera asamblea general de Wauxhall. Se hallaban representados doscientos quince batallones. Garibaldi fue proclamado general en jefe de la guardia nacional. Un orador -Lullier, ex oficial de marina-, arrebató a la asamblea, pues tenía cierta apariencia de instrucción militar, y, cuando no estaba aturdido por el alcohol, algunos momentos de lucidez que despertaban grandes ilusiones. Se hizo nombrar comandante de artillería. A continuación, fueron proclamados los nombres de los elegidos para el Comité Central, unos treinta aproximadamente; varios distritos no habían votado aún. Era el Comité Central regular, el que habría de entrar en el Hôtel-de-Ville. Muchos de los elegidos pertenecían a la anterior comisión. Los demás, de todas las capas del pueblo, conocidos solamente en los consejos de familia o en su batallón. Los hombres de más relieve no intrigaron para obtener sufragios. La Corderie, los mismos blanquistas, no querían admitir que esa Federación, ese Comité, esos desconocidos fuesen una fuerza.

Verdad es que no les guiaba ningún programa concreto. El Comité Central no es la cabeza de columna de un partido, no tiene un ideal que realizar. Sólo ha podido agrupar a tantos batallones una idea sencillísima: defenderse de la monarquía. La guardia nacional se constituye en compañía de seguros contra un golpe de Estado; el Comité Central es el centinela. A eso se reduce todo.

El aire es pesado, nadie sabe a dónde se va. El pequeño grupo de la Internacional convoca ingenuamente a los diputados socialistas, para que le expliquen la situación. Nadie piensa en el ataque. El Comité Central ha declarado, por otra parte, que el pueblo no abrirá jamás el fuego, que solamente se defenderá en caso de agresión.

He aquí el agresor.

El agresor llegó el 15: el señor Thiers. Había esperado apoderarse de nuevo insensiblemente de la ciudad con soldados bien escogidos, a los que se había mantenido aislados de los parisienses; pero faltaba tiempo para ello, la fatídica fecha del 20 se echaba encima. Apenas llegó, Thiers fue asaltado, se le acució para que obrase. Los bolsistas andaban en el ajo. Los mismos que habían precipitado la guerra para echar una laña a sus chanchullos, le decían: "No logrará usted hacer operaciones financieras si antes no acaba con estos malvados".[23] ¡Acabar con ellos! La siniestra palabra de junio del 48, monstruosa en marzo del 71.

¡Cómo! Ante los ojos de los prusianos, cuando Francia palpita apenas, cuando sólo el trabajo puede reconstruirla, ¿va a correr el gobierno de esa misma Francia el riesgo de una guerra civil, va a aventurar tantas vidas de trabajadores? ¿Está seguro, por lo menos, de que acabará con ellos? Por espacio de tres días, casi sin armas, los insurgentes de junio del 48

[23] "Algunos especuladores de Bolsa, creyendo que bastaría con una campaña de seis semanas para devolver el impulso a las .especulaciones de que vivían, decían: Es un mal momento por el que pasar, unos cincuent2a mil hombres que habrá que sacrificar, después de lo cual el horizonte se aclarará, y los negocios volverán a marchar"." *(Encuesta sobre el 4 de setiembre:* Thiers.)

hicieron frente a los mejores generales de África. En el 71, contra este haz de batallones provistos de buenos fusiles, de cañones que ocupaban las alturas, el gobierno no tiene más que a un Vinoy, la división tolerada por los prusianos, tres mil, y los gendarmes, quince mil hombres y harto estropeados. Los siete u ocho mil que han sido traídos del Loire y del Norte, han estado a punto de amotinarse en la primera revista. Mal alimentados, mal abrigados, vagan por los bulevares exteriores. Las parisienses les llevan sopa, mantas, a las barracas donde se hielan.

¿Cómo desarmar a cien mil hombres con esta tropa, de mala muerte? Porque para llevarse los cañones, había que empezar por desarmar a la guardia nacional. Los coaligados se burlaban de los atrincheramientos de Montmartre, de los veinticinco hombres de la calle Rosiers, consideraban cosa de elemental facilidad recobrar los cañones. Éstos se hallaban, en efecto, muy poco guardados, porque cincuenta adoquines por el aire bastaban para detener todo intento de apoderarse de ellos. Que hubiera quien los tocase, y París entero acudiría. No bien hubo llegado a París, recibió Thiers una lección a este respecto. Vautrain había prometido los cañones de la plaza Vosges; los guardias nacionales desclavaron las piezas, y los pequeños burgueses de la calle Toumelles se lanzaron a desempedrar las calles.

Era una insensatez atacar. Thiers no vio nada, ni la desafección de todas las clases sociales, ni la irritación de los barrios. Contemporizar, desarmar a París con concesiones, neutralizar a los rurales con la gran ciudad eran expedientes que estaban muy por encima de su política. Su desprecio al pueblo hizo lo demás. Espoleado por el vencimiento del 20, se lanzó a la aventura, celebró consejo el 17, y, sin consultar a los alcaldes, como Picard había prometido, sin dar oídos a los jefes de los batallones burgueses, que aquella misma noche afirmaban que no podían contar con sus hombres, ese gobierno, incapaz de detener a los veinticinco miembros del Comité Central, dio orden de requisar los doscientos cincuenta cañones guardados por todo París.

SEGUNDA PARTE. LA COMUNA.
Capitulo V. El 18 de marzo.

Hicimos, pues, lo que debíamos hacer; nadie provocó la insurrección de París.

Dufaure (mayo del 76).

La ejecución de la orden fue tan descabellada como la idea.

El 18 de marzo, a las tres de la mañana, las tropas de choque, sin víveres, sin mochilas, se desperdigaron en todas direcciones, por el cerro de Chaumont, por Belleville, por el Temple, por la Bastilla, por el Hôtel-de-Ville, por la plaza Saint-Michel, por el Luxembourg, por el distrito XIII, por los Inválidos. El general Susbielle, que se dirige a Montmartre, manda dos brigadas -seis mil hombres, aproximadamente-. El barrio duerme. La brigada de Paturel ocupa, sin disparar un tiro, el Moulin de la Galette. La brigada de Lecomte se apodera de la torre de Solferino y no encuentra en ella más que un faccioso, a Turpin. Éste cala la bayoneta, los gendarmes lo tienden por tierra, corren al puesto de la calle Rosiers, se apoderan de todos los guardias y los echan a los sótanos de la torre. En las alturas de Chaumont, en Belleville, los cañones son sorprendidos de la misma suerte. El gobierno triunfa en toda la línea: D'Aurelles envía a los periódicos una proclama de vencedor, que se publica en algunas hojas de la tarde.

No faltaban más que caballos y tiempo para hacer la mudanza de esta victoria. Vinoy casi lo había olvidado. Hasta las ocho no empezaron a enganchar algunas piezas de artillería; muchas de ellas estaban desmontadas, faltas de los armones.

Mientras tanto, los barrios despiertan. Se abren las tiendas matinales. Alrededor de las lecherías, ante las bodegas, se habla en voz baja; las gentes se señalan unos a otros, los soldados, las ametralladoras enfiladas contra las vías populosas; en las paredes, un pasquín todavía húmedo, firmado por Thiers y sus ministros. Hablan del comercio paralizado, de los pedidos suspendidos, del capital aterrado: *"Habitantes de París, en interés vuestro, el gobierno está resuelto a obrar. Que los buenos ciudadanos se separen de los malos, que ayuden a la fuerza pública. Con eso, prestarán un servicio a la propia República",* dicen los señores Pouyer-Ouertier, de Larcy, Dufaure y otros republicanos. El final es una frase de diciembre del 51: *"Los culpables serán entregados a la justicia. Es preciso, a toda costa, que renazca el orden, íntegro, inmediato, inalterable..."* Se hablaba de orden, iba a correr la sangre.

Las primeras que se lanzaron fueron las mujeres, lo mismo que en las jornadas de la Revolución. Las del 18 de marzo, curtidas por el sitio -les había correspondido doble ración de miseria-, no esperaron a sus hombres. Rodean las ametralladoras, increpan a los jefes de pieza: "¡Es indigno! ¿Qué hacéis aquí?" Los soldados se callan. A veces, un suboficial dice: "Vamos, buenas mujeres, váyanse de aquí". La voz no es adusta; las mujeres se quedan. De pronto, suena un toque de atención. Algunos guardias nacionales han descubierto dos tambores en el puesto de la calle Doudeauville y recorren el distrito XVIII. A las ocho, son trescientos, entre guardias y oficiales, los que suben por el bulevar Ornano. Un puesto de soldados del 88º sale. La gente les grita: "¡Viva la República!" Los soldados siguen. El puesto de la calle Dejean se les une y, con la culata al aire, soldados y guardias confundidos, trepan por la calle Muller, que conduce a las colinas, guardadas de este lado por los soldados

del 88º estos al ver a sus camaradas mezclados con los guardias, hacen signo de que se acerquen, que les abrirán paso. El general Lecomte se da cuenta de su movimiento, los hace sustituir por los agentes urbanos, y los lanza a la torre SoIferino, añadiendo: "¡Ya arreglaremos cuentas!" Los que les sustituyen apenas tienen tiempo de hacer algunos disparos. Guardias y soldados franquean el parapeto; gran número de otros guardias, con la culata al aire, mujeres y niños, desembocan por el flanco opuesto, por la calle Rosiers. Lecomte, situado, da por tres veces orden de hacer fuego. Sus hombres permanecen con el arma al pie. La multitud se une a ellos, fraterniza con ellos, detiene a Lecomte y sus oficiales.

Los soldados a quienes Lecomte acaba de encerrar en la torre quieren fusilarle. Los guardias nacionales consiguen arrancárselo de sus manos y con grandes dificultades -la multitud le toma por Vinoy- le llevan, con sus oficiales, al Château-Rouge, cuartel general de los batallones de Montmartre. Allí se le pide que haga evacuar las alturas. Él firma la orden sin vacilar, como lo hizo en el 48 el general Bréa.[24] La orden es llevada a los oficiales y soldados que ocupan todavía la calle Rosiers. Los gendarmes rinden sus fusiles y gritan: "¡Viva la República!" Tres salvas de cañón anuncian a París la toma de las alturas.

A la izquierda de Lecomte, el general Paturel intentó en vano hacer descender por la calle Lepic algunos de los cañones del Moulin de la Galette. La multitud detiene los caballos, corta los tiros, se mezcla con los soldados y, vuelve a conducir los cañones a los cerros. Los soldados que guardan la parte baja de la calle, la plaza Blanche, han alzado al aire las culatas. En la plaza Pigalle, el general Susbielle da orden de cargar sobre la multitud que se apiña en la calle Houdon. Intimidados por los gritos de las mujeres, los cazadores hacen retroceder a sus caballos a reculones, y dan que reír al gentío. Un capitán se lanza, sable en mano, hiere a un guardia y cae acribillado a balazos. Los gendarmes que abren el fuego detrás de las barracas del bulevar son desalojados de éstas. El general Susbielle desaparece. Vinoy, apostado en la plaza Clichy, vuelve grupas. Unos sesenta gendarmes prisioneros son conducidos a la alcaldía de Montmartre.[25]

En el cerro de Chaumont, en Belleville, en el Luxembourg, el pueblo había detenido también y recobrado sus cañones. En la Bastilla, donde el general Lefló está a punto de ser hecho prisionero, la guardia nacional fraterniza con los soldados. Hay en la plaza un momento de gran silencio. Detrás de un ataúd que viene de la estación de Orleans, un viejo, con la cabeza destocada, al que sigue un largo cortejo: Victor Hugo conduce al Pere Lachaise el cuerpo de su hijo Charles. Los federales presentan armas y entreabren las barricadas para dejar pasar a la gloria y a la muerte.

La agresión rechazada.

A las once, el pueblo ha dominado la agresión en todos los puntos, ha conservado casi todos sus cañones -de los tiros de caballos no se han llevado más que diez-, se han adueñado de millares de fusiles. Los batallones federados están en pie; en los barrios la gente arranca los adoquines.

Desde las seis de la mañana, D'Aurelles de Paladine tocaba inútilmente a rebato en los barrios del centro. Batallones en otro tiempo archirreaccionarios, no enviaban ni veinte hombres a la cita. Todo París, al leer los carteles, había dicho: "Esto es el golpe de Estado". A mediodía, D'Aurelles y Picard hacen repicar la campana mayor: *"El gobierno os llama a defender vuestros hogares, vuestras familias, vuestras propiedades. Algunos hombres obcecados, que sólo obedecen a unos cuantos jefes ocultos, dirigen contra París cañones que habían sido* sustraídos *a los prusianos"*. Como esta acusación de indelicadeza respecto de los prusianos no subleva a nadie, el ministerio entero acude en su auxilio: *"Circula el absurdo rumor de que el gobierno prepara un golpe de Estado. Lo que ha querido y quiere es acabar con un Comité insurrecto cuyos miembros no representan más que las doctrinas comunistas y que llevarán a París al saqueo y a Francia a la tumba"*. Estas evocaciones de junio dieron lástima. Los batallones del orden hubieran podido alinear un serio contingente; no acudieron arriba de quinientos a seiscientos hombres.

Thiers y su gobierno se habían refugiado en el Ministerio de Negocios Extranjeros. Cuando supo la desbandada de las tropas, dio orden de hacerlas replegarse en dirección al Campo de Marte. Abandonado por los batallones burgueses, habló de evacuar París, de ir a rehacer un ejército a Versalles; antigua idea girondina, propuesta a Carlos X por Marmont, a Luis Felipe, a la Asamblea del 48 que tan bien le había resultado al general austríaco Windischgroetz. Algunos ministros protestaron, querían que se conservasen algunos puntos, el Hôtel-de-Ville, sus cuarteles ocupados por la brigada de Derroja, la Escuela Militar, y que se tomasen posiciones en el Trocadero. El hombrecillo no quiso oír más que a un partido extremo, y decidió que se evacuase toda la ciudad, incluso los fuertes del Sur, devueltos por los prusianos quince días antes. A eso de las tres, los batallones populares del Gros-Caíllou desfilaron por delante del Hôtel-de-Ville, con clarines y tambores a la cabeza. Los ministros se

[24] Esta orden, pidiendo a la tropa que desfilara en medio de los guardias nacionales, fue redactada a lápiz por un capitán. Lecomte la transcribió a pluma sin cambiar ni una sola palabra. El consejo de guerra lo negó, para no desprestigiar a este general, que murió oscuramente.

[25] Entonces situada en la plaza Abesses.

creyeron perdidos.[26] Thiers huyó por una escalera secreta y partió para Versalles, tan fuera de sí que, al llegar al puente de Sevres, dio por escrito, orden de evacuar el monte Valérien.

A la hora en que él huía, los batallones federados no habían intentado nada contra nadie. La agresión de la mañana sorprendió al Comité Central como a todo París. La víspera, por la noche, el Comité se había separado, como de costumbre, dándose cita para el 18, a las once de la noche, detrás de la Bastilla, en la escuela de la calle Basfroi, toda vez que la Corderie, especialmente vigilada por la policía, había dejado de ser lugar seguro. Desde el 15 de marzo, nuevas elecciones habían aportado algunos colegas al Comité Central, que había nombrado otro de Defensa. Al recibir la noticia del ataque, unos volaron hacia la calle Basfroi, otros se dedicaron a poner en pie de guerra a los batallones de sus barrios. Hacia las diez, se encontraron reunidos una docena de miembros, asaltados por un sin fin de peticiones, de reclamaciones, abrumados de prisioneros que les llevaban de todas partes. No llegaron informes precisos hasta las dos de la tarde. Varlin se ocupaba de Batignolles; Bergeret, de Montmartre; Duval, del Panteón; Pindy, en el III; Faltot, en la calle Sevres: Ranvier y Brunel, sin pertenecer al Comité, agitaban a Belleville y al distrito X. Entonces, pudo trazarse algo que se pareciese a un plan para hacer converger los batallones en el Hôtel-de-Ville, y los miembros del Comité Central se dispersaron en todos los sentidos.

Los batallones estaban, desde luego, en pie, pero no se movían. Los barrios revolucionarios, que temían una contraofensiva, que ignoraban la extensión total de la victoria, se atrincheraban rigurosamente, manteniéndose estacionarios. Nadie salía de Montmartre, inmenso hormiguero de guardias que venían a buscar noticias, y de soldados a la desbandada, para los que se hacían colectas, porque no habían probado bocado desde la mañana. Hacia las tres y media, alguien fue a decir al comité de vigilancia establecido en la calle Cignancourt que el general Lecomte se hallaba en gran peligro. Un tropel de soldados rodeaba al Château-Rouge y exigía la ejecución inmediata del general. Los miembros de este comité: Ferré, Bergeret, Jaclard, enviaron inmediatamente al comandante del Château-Rouge orden de velar por el prisionero. Cuando llegó esta orden, acababan de llevárselo.

Ejecución de los generales.

Lecomte pedía insistentemente ser conducido a presencia del Comité Central. Los jefes de puesto, que, desconcertados por los gritos, querían eludir toda responsabilidad y no conocían más comité que el de la calle Rosiers, decidieron trasladar a él al general y a sus oficiales. Llegaron a eso de las cuatro, cruzando por entre una multitud terriblemente irritada. Nadie les maltrata, sin embargo. El general queda custodiado en una reducida habitación del entresuelo; a los oficiales los dejan en el primer piso, donde encuentran a varios de sus camaradas, igualmente prisioneros. Reprodúcense las escenas del Château-Rouge. Los soldados, frenéticos, gritan: "¡Muera!" Los oficiales de la guardia nacional se esfuerzan por contenerlos, atrancan la puerta, les dicen: "¡Esperad al Comité!"

¿A cuál? El Comité Central está en el otro extremo de París. El comité de la calle Rosiers se halla materialmente dispersado: algunos de los miembros están en el Comité de vigilancia de la Chaussée Clignancourt; otros, en la alcaldía, donde el comandante Dardelles, Raoul Rigault y Paschal Grousset discuten con el alcalde Clemenceau, muy descontento de todo lo que ocurre, se consigue poner centinelas y aplacar un poco la cólera general.

A eso de las cuatro y media, un rumor llena la calle, y, como lanzado por una tromba, un hombre de barba blanca es lanzado contra una casa. Es Clément Thomas, el hombre de junio del 48, el que había injuriado a los batallones populares, el que hizo aún más que Ducrot por deshonrar a la guardia nacional. Reconocido, detenido en la calle Martyrs, donde inspeccionaba la barricada, ha subido el cerro en medio de una espantosa grita. ¡Irónico azar de las revoluciones, que deja huir al tiburón y entrega a la rana a la venganza!

Su llegada lo decide todo. No se oye más que un grito: "¡Muera!" Algunos oficiales de la guardia quieren luchar; un capitán garibaldino, un hércules, Herpin-Lacroix, se agarra a las paredes del pasillo. La gente lo maltrata, fuerza la entrada. Clément Thomas es precipitado hacia el jardín que se extiende a espaldas de la casa. Las balas le siguen, cae de bruces a tierra. Aún no ha muerto, y ya los soldados del 88º hacen saltar las ventanas de la habitación en que está el general Lecomte, arrastran a éste hasta el jardín, donde las balas lo matan. Inmediatamente el furor se aplaca. Aún quedan diez oficiales; nadie los amenaza. Al llegar la noche, son conducidos al Château-Rouge, donde Jaclard los pone en libertad.

En la estación de Orleans, a la misma hora, la multitud detenía a un general con uniforme de gala. La gente creía haber echado mano a D'Aurelles. Era Chanzy. La equivocación podía ser mortal. Algunos oficiales federados, un adjunto del distrito XIV, Léo Meillet, se interponen, lo protegen, le ponen en seguridad en la prisión del sector, donde se encuentra

[26] Thiers, en la Encuesta, dice primero: "Se les dejó desfilar"...; después, veinte líneas más abajo: "e les rechazó"... El general Lefló no ha ocultado el miedo del Consejo: "El momento me pareció crítico, y dije: *Creo que estamos perdidos; se nos van a llevar...* Y, en efecto, los batallones no tenían más que haber entrado en el Palacio, y hubieran apresado hasta el último de nosotros. Pero los tres batallones pasaron de largo sin decir nada".

con el general Langourian, también detenido. No había modo de libertar sin grave riesgo a los generales; pero el diputado Turquet, que acompañaba a Chanzy, fue puesto en libertad.

Poco a poco, los batallones federados toman la ofensiva. Brunel rodea el cuartel Prince-Eugene,[27] ocupado por el 120 de línea, dispuesto a fraternizar. Las puertas se dejaron forzar. El comandante, rodeado de oficiales, quería aún permitirse ciertas ínfulas. Brunel hace encerrar a toda aquella gente. De allí baja por la calle Temple, al Hôtel-de-Ville. Pindy se encaminaba hacia el mismo lugar por la calle Vieille-du-Temple, y Ranvier por los muelles.

La imprenta nacional queda tomada a las cinco. A las seis, la multitud asalta las puertas del cuartel Napoleón. Del cuartel parte una descarga que derriba a tres personas. Los soldados gritan desde las ventanas: "¡Viva la República! ¡Son los gendarmes los que han disparado!" Después, abren las puertas y entregan sus fusiles.[28]

A las siete y media, la gente rodea el Hôtel-de-Ville. Los gendarmes que lo ocupan huyen por el subterráneo del cuartel Lobau. Hacia las ocho y media, Jules Ferry y Vabre, totalmente abandonados por sus hombres y por el gobierno, que les ha dejado sin órdenes, se retiran a su vez. Poco después desemboca en la plaza la columna Brunel y toma posesión del Ayuntamiento, negro y desierto. Brunel hace encender el alumbrado de gas e izar la bandera roja en la torre.

No cesan de afluir batallones. Brunel empezó a levantar barricadas en la calle Rivoli, en los muelles, guarneció las cercanías, distribuyó los puestos y organizó numerosas patrullas. Una de ellas, mientras sitiaba la alcaldía del Louvre, donde deliberaban los alcaldes, estuvo a punto de prender a Jules Ferry, que saltó por la ventana.

Gestión de los alcaldes.

Los alcaldes y muchos adjuntos se habían reunido ya durante toda la jornada en la alcaldía de la Bolsa. Aturdidos por lo repentino del ataque, esperaban informes e instrucciones. A eso de las cuatro nombraron una delegación que se pusiese al habla con el gobierno. Thiers había desaparecido; Picard no les hizo caso; D'Aurelles se lavó las manos en todo este asunto y dijo que los abogados eran quienes lo habían querido. Por la noche, no había más remedio que encontrar alguna solución. Los batallones federados rodeaban el Hôtel-de-Ville, ocupaban la plaza Vendôme, adonde Varlin, Arnold y Bergeret habían llevado los batallones de Batignolles y de Montmartre. Vacherot, Vautrain y algunos reaccionarios furibundos hablaban de resistir a todo trance, como si dispusieran de un ejército. Otros, más sensatos, buscaban una salida. Creyeron que podrían arreglarlo todo haciendo nombrar prefecto de policía a Edmond Adam -que se había distinguido contra los sublevados de julio-, y general de la guardia nacional al coronel Langloís, internacionalista en otro tiempo, que había estado al lado del movimiento el 31 de octubre por la mañana y en contra de él por la tarde, diputado gracias a una contusión recibida en Buzenval, burgués empedernido con aires de exaltado. Hacia las siete, Tirard, Méline, Tolain, Hérisson, Vacherot, Peyrat y Milliere fueron a llevar estas soluciones a Jules Favre. Éste les hizo esperar, se sobresaltó al ver a Milliere, y les interrumpió a la primera frase: "¿Es cierto que han fusilado a los generales?". En cuanto oyó que así era, exclamó: "¡Con asesinos, no trato!" Vacherot y Vautrin quedaron encantados ante esta firmeza, y así se lo dijeron. Llega una estafeta: Acaba de ser evacuado el Hôtel-de-Ville. Jules Favre despidió a los alcaldes, que se fueron a la alcaldía del Louvre, donde el secretario general de la alcaldía central les pidió que fuesen a ocupar el Hôtel-de-Ville. En esto, llegó la patrulla de federados. Los alcaldes no pudieron hacer más que replegarse hacia la alcaldía de la Bolsa, que se transformó en su cuartel general.

Lo que quedaba del gobierno, Dufaure, Jules Simon, Pothuau, Picard, Lefló, se había reunido secretamente en la calle Abbatucci, donde Jules Favre les dio cuenta de la gestión de los alcaldes. Depusieron a D'Aurelles, mandaron a llamar a Langlois, cuya gesticulación les tranquilizaba, y le nombraron general en jefe de la guardia nacional. Langlois aceptó, fue a media noche a llevar esta buena noticia a la alcaldía de la Bolsa, prometió que el gobierno elevaría a Dorian a la alcaldía central, sorprendería a la Asamblea con una ley municipal y, acompañado de los diputados Lockroy y Cournet, el nuevo Lafayette partió para el Hôtel-de-Ville, diciendo: "¡Voy al martirio!"

La plaza bullía como en pleno día. Por las ventanas del Hôtel-de-Ville se veía circular la vida, pero nada que se pareciese a los pasados tumultos. Los centinelas no dejaban pasar más que a los oficiales o a los miembros del Comité Central. Estos habían ido llegando uno a uno desde las once, y se encontraban reunidos, ansiosos y vacilantes, en número de una veintena, en el mismo salón donde había conferenciado Trochu. Ninguno de ellos había soñado con este poder que caía tan pesadamente sobre sus hombros. Muchos no querían quedarse en el Hôtel-de-Ville y repetían sin cesar: "No tenemos mandato para ser gobierno". La discusión surgía de nuevo con cada recién llegado. Un joven, Edouard Moreau, puso orden en las ideas. Se convino en que no era posible abandonar el puesto conquistado, pero que no se quedarían allí más que para hacer las elecciones, dos o tres días a lo sumo. De momento,

[27] Hoy cuartel de Château-d'Eau. *(N. del E.)*

[28] Vinoy, embustero como la Gaceta, dice en *El Armisticio* y *la Comuna:* "El general agrupó a sus hombres y, espada en mano, se puso bravamente a la cabeza de sus soldados".

había que hacer frente a los posibles ataques. Allí estaba Lullier, en uno de sus momentos más graves, respondiendo de todo, invocando asimismo el voto del Wauxhall. Los del Comité cayeron en la imprudencia de nombrarle comandante de la guardia nacional, mientras que Brunel, que tanto había hecho, era instalado en el Hôtel-de-Ville.

Langlois en el Hôtel-de-Ville.

A las dos de la mañana se hace anunciar Langlois. Había enviado su proclama a "L'Officiel". "¿Quién es usted?", preguntan los centinelas. General de la guardia nacional, responde el bravo coronel. El Comité Central accede a recibirle. "¿Quién le ha nombrado?" "¡La Asamblea! Mi nombre es prenda de concordia". Pero Edouard Moreau dice: "La guardia nacional quiere nombrar por sí mismo a su jefe; su investidura, recibida de una asamblea que acababa de atacar a París no es, en modo alguno, prenda de concordia". Langlois jura que no ha aceptado más que para acabar de una vez con el equívoco. "Comprendido -dice el Comité-, pero nosotros pretendemos nombrar nuestros jefes, hacer elecciones municipales, tomar garantías contra los monárquicos. Si está usted con nosotros, sométase a la elección popular". Langlois y Lockroy sostienen que no hay más que un solo poder legítimo, la Asamblea; que ésta no concederá nada a un Comité que ha nacido de la insurrección. Este alegato en favor de los rurales agota la paciencia de todos. "¿Reconoce usted, sí o no, al Comité Central?" "No", dijo Langlois, y huyó en pos de su proclama.

La noche fue tranquila, de una tranquilidad mortal para la libertad. Vinoy llevaba a Versalles, por las puertas del Sur, regimientos, artillería, bagajes. Los soldados se dejaban arrastrar, insultaban a los gendarmes. El Estado Mayor, fiel a sus tradiciones, había perdido la cabeza, se dejaba olvidados en París tres regimientos, seis baterías, todas las cañoneras que hubiera bastado abandonar a la corriente del río. La menor demostración de los federados hubiera detenido aquel éxodo. Lejos de cerrar las puertas, el nuevo comandante de la guardia nacional. Lullier, dejó libres al ejército todas las salidas y aún se vanaglorió de ello ante el consejo de guerra.

Capítulo VI. El Comité Central convoca a los electores. Los alcaldes de París y los diputados del Sena se alzan contra aquél.

Nuestros corazones destrozados, llaman a los vuestros.

(Los alcaldes y *adjuntos de París* y *los diputados del Sena a la guarda nacional* y *a todos los ciudadanos.)*

París no se enteró de su victoria hasta el 19 por la mañana. ¡Qué cambio de decoración, incluso después de las decoraciones innumerables de estos tres meses de drama! La bandera roja en el Hôtel-de-Ville. Con las brumas de la mañana, el ejército, el gobierno y la Administración se han evaporado. Desde las profundidades de Saint-Antoine, desde la oscura calle Basfroi, el Comité Central se ha proyectado a la cabeza de París, a pleno sol del mundo. Así se desvaneció el Imperio el 4 de setiembre; así recogieron el poder abandonado los diputados de la izquierda.

El honor, la salvación del Comité estuvieron en no tener más que un pensamiento: devolver el poder a París. De haber sido sectario, incubador de secretos, el movimiento hubiera retrocedido al 31 de octubre. Afortunadamente, se componía de recién llegados, sin pasado ni pretensiones políticas, poco preocupados de sistemas, inquietos ante todo por la salvación de la República. En esta altura vertiginosa no les sostuvo más que una idea, pero la idea lógica, parisiense por excelencia: asegurar a París su municipalidad.

Éste era, bajo el Imperio, el tema favorito de la izquierda, con el que Jules Ferry y Picard habían ganado a la burguesía parisiense, humillada por su minoría de ochenta años, escandalizada por los chanchullos de Haussmann. Para el pueblo, el Consejo Municipal era la Comuna, la madre de antaño, ayuda de los oprimidos, garantía contra la miseria.

El Comité Central delibera.

A las ocho y media, el Comité Central está reunido en sesión. Preside Edouard Moreau, completamente desconocido, pequeño comisionista que tan a menudo fue el pensamiento y el verbo elocuente del Comité. "Yo no era de opinión -dijo- de atacar el Hôtel-de-Ville, pero puesto que nos encontramos en él, tenemos que normalizar rápidamente la situación, decir a París lo que queremos: hacer las elecciones en el más breve plazo, atender los servicios públicos, defender a la ciudad contra una sorpresa".

Otros: "Hay que atacar Versalles, dispersar la Asamblea y llamar a Francia entera a que se pronuncie". "No -dijo el autor de la proposición del Wauxhall-; no tenemos atribuciones más que para asegurar los derechos de París. Si las provincias piensan como nosotros, que nos imiten".

Algunos quieren liquidar la Revolución antes de recurrir a los electores. Otros combaten esta fórmula tan vaga. El Comité decide proceder inmediatamente a las elecciones, y recomienda a Moreau la redacción de un manifiesto. Mientras se firma éste, llega Duval: "Ciudadanos, vienen a decirnos que la mayor parte de los miembros del gobierno está todavía en París; en los distritos primero *y* segundo se organiza la resistencia; los soldados salen camino de Versalles. Hay que adoptar medidas rápidas; es menester

apoderarse de los ministros, dispersar los batallones hostiles, impedir al enemigo que salga".

En efecto, acababan de dejar París, Jules Favre y Picard, mientras que Jules Simón. Jules Ferry, Dufaure, Leila y Pothuau habían huido aprovechando la noche. Los ministerios emprendían la mudanza manifiestamente; interminables bandas de militares se escurrían aún por las puertas de la orilla izquierda. El Comité siguió firmando, olvidó tomar esta precaución clásica: cerrar las puertas, y se acantonó en las elecciones. No vio -la vieron muy pocos- a la muerte rondar entre París y Versalles.

El Comité, repartiéndose el trabajo, envió delegados que se apoderaron de los ministerios y de los diferentes servicios. Varios de estos delegados fueron elegidos de fuera del Comité, entre los hombres de acción que conocían de los sublevados: Varlin y Jourde fueron a Hacienda; Eudes, a Guerra; Duval y Raoul Rigault a Prefectura de Policía; Bergeret, a la Plaza; a Edouard Moreau se le encomendó la vigilancia de "L'Officiel" y de la Imprenta; a Assi, el gobierno del Hôtel-de-Ville. Como alguien del Comité hablase de un suplemento de sueldo, sus colegas protestaron: "Cuando actúa uno sin freno y sin tener quien fiscalice sus actos -dijo Moreau- es inmoral concederse un sueldo cualquiera. Hasta ahora, hemos vivido con nuestros treinta *sous,* y con ellos seguiremos". Se constituyó una comisión permanente, y se suspendió a la una el trabajo del Comité.

Fuera se oía un alegre zumbido. Un sol de primavera sonreía a los parisienses. Era, desde hacía ocho meses, el primer día de esperanza. Los curiosos hormigueaban delante de las barricadas del Hôtel-de-Ville, en el cerro de Montmartre, por todos los bulevares. ¿Quién hablaba, pues, de guerra civil? Sólo "L'Officiel", que relataba los acontecimientos a su manera: *"El gobierno había agotado todas las vías de conciliación* y, haciendo un llamamiento desesperado a la guardia nacional, seguía: *Un Comité que se da el nombre de Comité Central ha asesinado a sangre fría a los generales Clément Thomas y Lecomte. ¿Quiénes son los miembros de ese Comité? ¿Son comunistas, bonapartistas o prusianos? ¿Queréis asumir la responsabilidad de esos asesinatos?"*

Estas lamentaciones de desertores no impresionaron más que a algunas compañías del centro. Sin embargo, grave síntoma, los jóvenes burgueses de la Escuela Politécnica acudieron a agruparse a la alcaldía del segundo distrito, y se vio pronunciarse contra el Comité Central a los estudiantes de las Escuelas, vanguardia hasta entonces de todas las revoluciones.

Pero ésta es obra de proletarios. ¿Quiénes son? ¿Qué quieren? A las dos, el pueblo rodea los pasquines del Comité, que acaban de salir de la Imprenta nacional: *"Ciudadanos, el pueblo de París, tranquilo, impasible en su fuerza, ha esperado sin temor y sin provocación a los locos desvergonzados que querían tocar a la República. Que París y Francia juntas pongan las bases para una República aclamada con todas sus consecuencias, el único gobierno que cerrará para siempre la era de las invasiones y de las guerras civiles. Queda convocado el pueblo de París en sus secciones para hacer las elecciones comunales.* Y la guardia nacional: *Nos habéis encargado de organizar la defensa* de *París y de vuestros derechos. En estos momentos ha expirado el plazo de nuestras atribuciones, y os devolvemos vuestro mandato. Preparaos, pues, y haced inmediatamente vuestras elecciones municipales. Nosotros, mientras tanto, conservamos, en nombre del pueblo, el Hôtel-de-Ville".* Siguen a continuación veinte nombres,[29] que, salvo tres o cuatro -Assi, Varlin, Lullier-, eran conocidos únicamente por los pasquines de los últimos días. Desde la mañana del 10 de agosto de 1792, no había visto París tal advenimiento de hombres oscuros.

Y sin embargo, sus pasquines son respetados, sus batallones circulan libremente, ocupan sin resistencia todos los puestos; a la una, los ministerios de Hacienda y del Interior; a las dos, los de Marina y Guerra, Telégrafos, "L'Officiel", la Prefectura de Policía. Es que la primera nota es justa. ¿Qué decir contra este poder que apenas nacido habla de desaparecer?

En torno a él se apiñan los haces de bayonetas. Veinte mil hombres acampan en la plaza del Hôtel-de-Ville, con el pan en la punta del fusil. Cincuenta bocas de fuego, cañones y ametralladoras, alineadas a lo largo de la fachada, sirven de friso a la Casa del Pueblo. Los patios, las escaleras están llenas de guardias que consumen allí mismo su comida. La gran sala del Trono está repleta de oficiales, de guardias, de civiles. Cesa el ruido en la sala de la izquierda, donde está el Estado Mayor. La habitación que da al Sena es la antecámara del Comité. Una cincuentena de hombres escriben en una larga mesa. Aquí, disciplina, silencio. De cuando en cuando, la puerta, custodiada por dos centinelas, deja paso a un miembro del Comité que lleva una orden o hace un llamamiento.

La sesión ha vuelto a empezar. Babick pide que el Comité proteste contra las ejecuciones de Clément Thomas y de Lecomte, a las cuales es completamente ajeno. "Importa -dice- que el Comité ponga a salvo su responsabilidad. A esto le responden: Guárdese de desautorizar al pueblo, o tema que él, a su vez, le

[29] Assi, Billioray, Babick, Ferrat, Edouard Moreau, C. Dupont, Varlin, Boursier, Mortier, Gouhier, Lavalette, F. Jourde, Rousseau, C. Lullier, Blanchet, J. Grollard, Barroud, H. Geresme, Fabre, Fougeret: los miembros presentes en la sesión de la mañana y que habían firmado. El Comité decidió más tarde que sus publicaciones llevarían el nombre de todos los miembros, presentes o no.

desautorice". Rousseau: "El "Journal Officiel" declara que las ejecuciones se han hecho ante nuestra vista. Debemos poner dique a esas calumnias. El pueblo y la burguesía se han dado la mano en esta Revolución. Es preciso que esa unión persista. Necesitáis que todo el mundo tome parte en el escrutinio". "Bueno, pues abandonad al pueblo por conservar la burguesía; el pueblo se retirará, y ya veréis si se hacen las revoluciones con burgueses".[30]

El Comité decide que se inserte en "L'Officiel" una nota que ponga en su lugar la verdad. Moreau propone y lee un manifiesto, que es aprobado.

El Comité discute la fecha y la forma de las elecciones, cuando le anuncian una gran reunión de jefes de batallón, alcaldes y diputados del Sena en la alcaldía del tercer distrito. Asegúrase al Comité que los que celebran esa reunión están dispuestos a convocar a los electores.

"Si es así -dice Moreau- hay que entenderse con ellos para normalizar la situación". Otros, acordándose del sitio, quieren, sencillamente, que un batallón rodee la alcaldía y detenga a los reunidos en ella. Grélier busca modo de llegar a un acuerdo. Babick: "Si queremos arrastrar con nosotros a Francia, no hay que asustarla. Pensemos qué efecto produciría la detención de los diputados y de los alcaldes, y cuál su adhesión". Arnold: "Es necesario reunir un número imponente de sufragios. Todo París acudirá a las urnas si los representantes y los alcaldes se unen a nosotros". "Decid más bien -exclama un exaltado- que no estáis cortados a la medida de vuestro papel; que vuestra única preocupación es la de volveros atrás". En resumen, se delega en Arnold para que vaya a la alcaldía. Por la mañana, Thiers había encomendado a los alcaldes la administración provisional de París, y varios diputados de la ciudad se habían unido a ellos. Langlois, furioso por su perdido generalato, aullaba contra los "asesinos"; Schoelcher excomulgaba al Hôtel-de-Ville; Henri Brisson declaraba que la Asamblea sabría mantener el orden. El cincelador Tolain se encogía de hombros cuando le hablaban de este Comité de obreros. Algunos, menos amargados, temían la intervención de los prusianos y, tras ella, el Imperio; varios socialistas abnegados, Milliere, Malon y otros que luego formaron parte de la Comuna, temían que los proletarios fuesen aplastados.

Los diputados y los alcaldes contra el Comité.

En la alcaldía del tercer distrito, adonde se habían dirigido muchos jefes de batallones abandonados por sus hombres -hostiles, por tanto, al Comité Central-, fue muy mal recibido Arnold. Los más estrepitosos no querían ni oír hablar siquiera del Comité. Por fin se decidieron a enviar delegados al Hôtel-de-Ville, ya que, quisiéranlo o no, allí estaba la fuerza.

El Comité Central, mientras tanto, había convocado elecciones para el miércoles 23 de marzo, decretando la suspensión del estado de sitio, la abolición de los consejos de guerra, la amnistía para todos los crímenes y delitos políticos. A las ocho de la noche celebró una tercera sesión para recibir a los delegados del tercer distrito. Eran éstos los diputados Milliere, Clemenceau, Tolain, Cournet, Lockroy; los alcaldes Bonvalet y Mottu; los adjuntos Malón, Murat, Jaclard y Léo Meillet.

Habló primeramente Clemenceau. El joven alcalde de Montmartre comprendía los complejos sentimientos de sus colegas y los resumió vigorosamente. El Comité Central está en una posición muy falsa, la insurrección se ha producido por un motivo ilegítimo; los cañones pertenecían al Estado. Recuerda sus numerosas gestiones cerca del Comité de la calle Rosiers, deplora que no se hayan seguido sus consejos, y habla de la opinión sublevada por el fusilamiento de los generales. Tirándose a fondo, afirma que el Comité Central no tiene de ningún modo a París en sus manos, que en tomo a los alcaldes y diputados se agrupan numerosos batallones. El Comité, sigue diciendo, se pondrá muy pronto en ridículo, y sus decretos serán despreciados. Admite la legitimidad de las reivindicaciones de la capital, lamenta que el gobierno haya desencadenado la cólera popular, pero niega a París el derecho a alzarse en rebeldía contra Francia; París está obligado a reconocer los derechos de la Asamblea. Al Comité no le queda más que un medio de salir del atolladero: ceder el sitio a la reunión de los diputados y de los alcaldes que están decididos a obtener de la Asamblea las satisfacciones reclamadas por París.

Algunas voces del Comité le interrumpieron de vez en cuando. ¿Cómo? ¿Se atreven a hablar de insurrección? ¿Quién desencadenó la guerra civil, quién atacó? ¿Qué hizo la guardia nacional más que responder a una agresión nocturna y recuperar los cañones pagados por ella? ¿Qué hizo el Comité Central más que seguir al pueblo, ocupar un Hôtel-de-Ville abandonado?

Un miembro del Comité: "El Comité Central ha recibido un mandato regular, imperativo. Este mandato le prohíbe dejar que el Gobierno o la Asamblea toquen a las libertades, a la República. Ahora bien, la Asamblea no ha dejado ni un solo día

[30] El Comité Central no levantó nunca acta de sus sesiones; pero uno de sus más asiduos miembros ha reconstituido las principales. De estas notas, revisadas por la mayor parte de los colegas de su autor, tomamos los presentes datos. Las informaciones del "Paris Journal" que han nutrido a los historiadores reaccionarios, son incompletas e inexactas, y han sido redactadas tomando como base torpes indiscreciones, frecuentemente fantásticas. Hacen presidir a Assi todas las sesiones y le atribuyen un papel capital, todo porque durante el Imperio dirigió la huelga de Creusot. Ahora bien, el presidente cambiaba en cada sesión, y Assi jamás tuvo influencia en el Comité, como tampoco sobre la Comuna, que lo mandó detener.

de poner en tela de juicio a la República. Ha puesto a nuestro frente a un general deshonrado, ha descapitalizado París, ha tratado de arruinar su comercio. Se ha burlado de nuestros dolores; ha negado la abnegación, el valor que París demostró durante el sitio, ha atropellado a nuestros delegados más queridos: Garibaldi, Hugo. La conjura contra la República es evidente. El atentado empezó con la mordaza de la prensa; esperaban rematarlo con el desarme de nuestros batallones. Nos hallábamos ante un caso de legítima defensa. Si hubiéramos bajado la cabeza ante esta nueva afrenta, la República se habría terminado. Venís a hablarnos de la Asamblea, de Francia. El mandato de la Asamblea ha expirado. En cuanto a Francia, no pretendemos dictarle leyes -demasiado hemos gemido bajo las suyas-, pero no queremos tampoco sufrir sus plebiscitos rurales. Ya lo ven ustedes, no se trata de ver cuál de nuestros mandatos es el más regular. Nosotros decimos: la Revolución está hecha, pero no somos usurpadores. Queremos llamar a París para que nombre su representación. ¿Quieren ustedes ayudarnos, hacer que se proceda a las elecciones? Nosotros aceptamos de buena voluntad su concurso".

Como hablase de Comuna autónoma, de federación de las comunas, Milliere interviene. Este, perseguido por el Imperio y por la Defensa, frío, mesurado, exclusivo, un hombre de semblante triste, en el que se enciende a veces un resplandor de entusiasmo, tiene en su haber campañas socialistas. "Tened cuidado -dice-; si desplegáis esa bandera, el gobierno lanzará a toda Francia contra París, y preveo para el porvenir otras fatales jornadas de junio. La hora de la revolución social aún no ha sonado. Tenéis que renunciar a ella o perecer, arrastrando en vuestra caída a todos los proletarios. El progreso se obtiene con una marcha más lenta. Descended de las alturas en que os colocáis. Victoriosa hoy, vuestra insurrección puede ser vencida mañana. Sacad de ella el mejor partido posible y no vaciléis en conformaros con poco. Una concesión es un arma que abre camino a otra. Yo os conjuro a que dejéis libre el campo a la reunión de diputados y alcaldes: vuestra confianza no será defraudada".

Boursier: "Puesto que por primera vez se acaba de hablar de revolución social, declaro que nuestro mandato no llega hasta ahí. (Voces del Comité: ¡Sí! ¡Sí! ¡No! ¡No!) Se ha hablado de federación, de París convertido en ciudad libre. Nuestra misión es más sencilla; se limita a convocar las elecciones. El pueblo decidirá el camino que ha de seguir. En cuanto a ceder el puesto a los alcaldes y diputados, es imposible. Son impopulares y no tienen ninguna autoridad en la Asamblea. Las elecciones se celebrarán con su concurso o sin él. ¿Qué quieren ayudarnos? Nosotros les tendemos los brazos. Si no, prescindiremos de ellos, y, si intentan estorbarnos, sabremos reducirlos a la impotencia".

Los delegados sienten escalofríos. La discusión se torna encrespada. "Pero, en fin -dice Clemenceau-, ¿cuáles son concretamente vuestras pretensiones? ¿Limitáis vuestro mandato a pedir a la Asamblea un Consejo Municipal?"

Muchos del Comité: "¡No! ¡No!" "Querernos -dice Varlin- no sólo que se elija el Consejo Municipal, sino que se implanten libertades municipales serias, la supresión de la prefectura de policía, que se reconozca a la guardia nacional el derecho a nombrar sus jefes y a reorganizarse, la proclamación de la República como gobierno legal, la rebaja pura y simple de los alquileres en suspenso, una ley equitativa sobre los vencimientos, que se prohíba al ejército la estancia en territorio parisiense".

Malon intenta un último esfuerzo: "Yo comparto, no lo dudéis, todas vuestras aspiraciones, pero la situación es peligrosísima. Es evidente que la Asamblea no querrá oír nada mientras el Comité Central sea dueño de París. En cambio, si París se entrega a sus representantes legales, éstos podrán conseguir el Consejo Municipal por elección, el mismo régimen para la guardia nacional, e incluso que se retire la ley sobre vencimientos. En lo que se refiere al ejército, por ejemplo, no hay ninguna esperanza de que obtengamos satisfacción a nuestras demandas".

"¡Eso es, para llevarnos a un 31 de octubre!" La discusión se prolongó hasta las diez y media, defendiendo el Comité su derecho a hacer las elecciones, y los delegados su pretensión de sustituirla. Por fin, el Comité se avino a enviar a cuatro de sus miembros: Varlin, Moreau, Jourde y Arnold, a la alcaldía del segundo distrito.

Allí encontraron reunido a todo el estado mayor del liberalismo y del radicalismo: diputados, alcaldes y adjuntos, Louis Blanc, Schoelcher, Carnot, Floquet, Tirard, Desmarest, Vautrain, Dubail -unos sesenta, aproximadamente-. La causa del pueblo tenía allí algunos partidarios sinceros, pero profundamente asustados ante lo desconocido. Presidía el alcalde del segundo distrito, Tirard, altivo liberal, uno de los que habían inmovilizado París, poniéndolo en manos de Trochu. Ante la comisión rural, truncó luego, disfrazó esta sesión en la que la burguesía puso al descubierto sus vergonzosas entrañas. He aquí la verdad escueta.

Los delegados: "El Comité Central no pide otra cosa que entenderse con las municipalidades, si éstas quieren hacer las elecciones".

Schoelcher, Ttrard, Peyrat, Louis Blanc, todos los radicales y liberales, a curo: "Las municipalidades no tratarán con el Comité Central. No hay más que un poder regular: la reunión de los alcaldes investidos con la delegación del gobierno".

Los delegados: "No discutamos eso. El Comité

Central existe. Hemos sido nombrados por la guardia nacional. Tenemos en nuestro poder el Hôtel-de-Ville. ¿Queréis hacer las elecciones?"

"Pero ¿cuál es vuestro programa?"

Varlin lo expone. Le atacan por todas partes. Los cuatro tienen que hacer frente a veinte asaltantes. El supremo argumento de los antiguos rebeldes de 1830, del 48 y del 70, es que París no puede convocarse a sí mismo, que debe esperar a que la Asamblea tenga a bien hararlo.

Los delegados: "El pueblo tiene derecho a convocarse a sí mismo. Es un derecho innegable, del que ha hecho uso varias veces en nuestra historia, en los días de gran peligro. Estamos en uno de esos movimientos, ya que la Asamblea de Versalles corre hacia la monarquía".

Llueven las recriminaciones: "Estáis frente a una fuerza -dicen los delegados-. Guardaos de desencadenar con vuestra resistencia la guerra civil". "Vosotros sois quienes queréis la guerra civil", responden los liberales. A media noche, Moreau y Arnold, descorazonados, se retiran. Sus colegas van a seguirles, cuando los adjuntos les suplican que se queden, que agoten todos los medios de conciliación.

"Prometernos -dicen algunos alcaldes y diputados- hacer todos los esfuerzos posibles para conseguir del gobierno las elecciones municipales en breve plazo". "Muy bien -responden los delegados-; pero nosotros conservamos nuestras posiciones, necesitamos garantías". Diputados y alcaldes se encarnizan, pretenden que París se entregue en sus manos a discreción. Jourde va a retirarse, algunos adjuntos le retienen. Por un instante, pareció que se entendían; el Comité entregará los servicios administrativos a los alcaldes, que ocuparán una parte del Hôtel-de-Ville: mientras él seguirá residiendo en el mismo Hôtel-de-Ville, conservará la dirección exclusiva de la guardia nacional y velará por la seguridad de la ciudad. No queda ya más que afirmar el acuerdo por medio de un pasquín común, cuando la discusión vuelve a encenderse más violenta, al tratar de la fórmula de acuerdo. Los delegados quieren que se haga constar: "los diputados, alcaldes y adjuntos, de acuerdo con el Comité Central". Estos caballeros, por el contrario, pretenden seguir enmascarados. Tirard, Schoelcher declaman contra los delegados. Hubo un intermedio cómico. Súbitamente, como un cuco que sale de un reloj, Louis Blanc, que hasta entonces había estado metido en sí, se empinó sobre sus pequeños tacones, agitó los brazos, volvió a encontrar sus ínfulas del 16 de marzo del 48 y empezó a vociferar maldiciones: "¡Son ustedes unos insubordinados contra la Asamblea más libremente elegida! -la frase era de Thiers-. ¡Nosotros, mandatarios regulares, no podemos confesar una transacción con gentes facciosas! Queremos evitar la guerra civil, pero no aparecer a los ojos de Francia como cómplices vuestros". Jourde respondió al homúnculo que para que el pueblo de París aceptase la transacción, ellos tenían que dar francamente su consentimiento, y, desesperando de conseguir semejante cosa, se retiró de la reunión.

De aquella espuma de la burguesía liberal, de antiguos proscritos, abogados, escritores revolucionarios, no se alzó ni una voz indignada para exclamar: "Pongamos fin a estas crueles disputas. Vosotros, los del Comité Central, que habláis a París, nosotros, a quienes escucha la Francia republicana, vamos a señalar, a deslindar el campo preciso de nuestras reivindicaciones. Vosotros traéis la fuerza, la materia; nosotros os daremos la experiencia de las realidades inexorables. Presentaremos a la Asamblea una carta práctica, tan respetuosa para con los derechos de la nación como para con los de la ciudad. Y cuando Francia vea a París en pie, bien equilibrado de pensamiento y de fuerza, uniendo a los nombres viejos que Francia busca, los nuevos, vigorosos, seguro escudo contra los monárquicos y los clericales, su voz sabrá hablar a Versalles, y su aliento sabrá hacer que Versalles se doblegue".

Pero ¿qué se podía esperar de aquellos castrados que no habían podido reunir el valor suficiente para disputarle París a Trochu? Varlin, que se quedó solo, aguardó el ataque de toda la tropa. Agotado, extenuado -la lucha duró cinco horas- acabó por ceder, con todo género de reservas. Una vez al aire libre, recobró su inteligente serenidad, y, de vuelta en el Hôtel-de-Ville, dijo a sus colegas que ahora veía la trampa, y les aconsejaba que rechazasen la pretensión de los alcaldes y los diputados.

Capítulo VII. El Comité Central se proclama, reorganiza los servicios y se adueña de París.

Yo creía que los insurrectos de París no podrían timonear su barca.

(Jules Favre: Encuesta sobre el 18 de marzo.)

No hubo, pues, convenio. De los cuatro delegados, sólo uno había flaqueado un instante, con la fatiga. Por eso, el 20 por la mañana, cuando el alcalde Bonvalet y los dos adjuntos fueron a tomar posesión del Hôtel-de-Ville, los miembros del Comité exclamaron unánimemente: "No hemos llegado a ningún acuerdo". Bonvalet: "Los diputados van a pedir hoy las franquicias municipales; los alcaldes les apoyan. Sus negociaciones no pueden llegar a buen término como la administración de París no se encomiende a los alcaldes. So pena de matar unos esfuerzos que van a salvaros, debéis hacer honor al compromiso de vuestros delegados".

El Comité: "Nuestros delegados no han recibido atribuciones para comprometernos. No pedimos que se nos salve".

Uno que entra: "Vengo de la Corderie. El Comité

de los veinte distritos y la Internacional conjuran al Comité Central a que permanezca en su puesto hasta las elecciones".

Otro: "Si el Comité abandona su puesto, la Revolución será desarmada. Seguiremos donde estamos, pero yo protesto contra la intervención de la Corderie. Nosotros sólo recibimos órdenes de la guardia nacional. Si la Internacional está hoy a nuestro lado no siempre ha sido así".

Van a empezar de nuevo los discursos. Bonvalet declara que él a lo que ha venido es a tomar posesión del Hôtel-de-Ville, no a discutir, y se retira. Esta rigidez confirma los recelos. El Comité ve acechar detrás de los alcaldes a la implacable reacción. Esta gente quieren entregarnos, pensaron los mismos que habían transigido la víspera. De cualquier modo, pedir al comité que devolviese el Hôtel-de-Ville, era pedirle la vida. Para remate, toda salida se había cerrado.

Proclama a la población.

Al venir a manos del pueblo por vez primera "L'Officiel", los pasquines habían hablado: *"Las elecciones del Consejo Municipal se celebrarán el miércoles próximo* 22 *de marzo,* anunciaba el Comité Central. Y en el manifiesto: *Hijo de la República que escribe en su divisa la magna palabra Fraternidad ¡el Comité Central!, perdona a sus detractores, pero quiere persuadir a las gentes honradas que han aceptado la calumnia por ignorancia... El Comité no ha estado oculto, sus miembros han estampado sus nombres en todas las proclamas. No ha sido desconocido, ya que era la libre expresión de los sufragios de doscientos quince batallones. No ha sido provocador de desórdenes, ya que la guardia nacional no ha cometido ningún exceso...* Y *sin embargo, no le han faltado provocaciones. El gobierno ha* calumniado *a París y ha amotinado contra él a las provincias, ha querido imponernos un general, ha intentado desarmarnos, ha dicho a París: Acabas de mostrarle heroico, te tenemos miedo, y, por consiguiente, le arrancamos la corona de capital. ¿Qué ha hecho el Comité Central para responder a estos ataques? Fundar la Federación, predicar la moderación, la generosidad. Uno de los más grandes motivos de cólera que abrigan contra nosotros es la oscuridad de nuestros nombres. Hartos nombres conocidos, demasiado conocidos, ha habido ya, cuya notoriedad nos ha sido fatal. La fama se obtiene a poca costa: bastan para ello algunas frases hueras y un poco de cobardía; un reciente pasado lo demuestra. Desde el momento en que, por nuestra parte, vemos que hemos llegado al fin, decimos al pueblo que nos ha estimado lo bastante para escuchar nuestras opiniones, aun cuando a menudo hayan contrariado su impaciencia: Aquí tienes los poderes que nos has confiado; donde empezaría nuestro interés personal acaba nuestro deber; haz tu voluntad. Señor nuestro, te has hecho libre. Oscuros hace algunos días, nos volveremos oscuramente a tus filas, demostrando a los gobernantes que es posible bajar con la frente muy alta las escaleras de tu Hôtel-de-Ville, con la seguridad de encontrar al pie de ellas el apretón de tu leal y robusta mano".*

Junto a esta proclama, de una vibración tan nueva, los representantes y los alcaldes fijaron algunas líneas secas y pálidas, en que se comprometían a pedir a la Asamblea que todos los mandos de la guardia nacional fuesen electivos y que se crease un consejo municipal.

En Versalles.

En Versalles se encontraron con una ciudad de locos. Los funcionarios llegados de París, aterrorizados, propagaban el terror. Se anunciaban cinco o seis insurrecciones en provincias. La coalición estaba consternada. París, vencedor, el gobierno en fuga; no era esto, ni mucho menos, lo que se había prometido. Y estos conspiradores, lanzados por la mina que ellos mismos habían preparado y encendido, gritaban: "¡Conspiración!", y hablaban de refugiarse en Bourges. Picard había telegrafiado a provincias: "El ejército, en número de cuarenta mil hombres, se ha refugiado en Versalles". En lugar de tal ejército, no se veían más que hordas -palabras de Jules Simon- que no saludaban a los oficiales y los miraban con expresión amenazadora; los soldados declaraban en plena calle que no se batirían contra sus hermanos de París.[31] Vinoy consiguió a duras penas instalar algunos puestos en las rutas de Chatillon y de Sevres.

La sesión se abrió en la sala del Teatro, porque esta Asamblea, hecha a base de trucos de ópera, se movía siempre en las tablas. El presidente, Grévy, muy estimado de los reaccionarios -el 4 de septiembre por la noche había intentado reconstituir el Cuerpo Legislativo contra el Hôtel-de-Ville y combatió a la delegación durante toda la guerra civil-, comenzó por fustigar aquella insurrección "que ningún pretexto podría atenuar". Los diputados de París, en lugar de un manifiesto colectivo, presentaron una serie de proposiciones fragmentarias, sin ilación, sin visión de conjunto, sin preámbulo que las explicase, un proyecto de ley convocando en breve plazo a los electores de París, otro que concedía a la guardia nacional la elección de sus jefes. Sólo Milliere se preocupó de los vencimientos, y propuso que se aplazasen por seis meses.

Salvo las exclamaciones, las injurias medio masticadas, no hubo una requisitoria formal contra París. En la sesión de la tarde surgió Trochu, ¡Oh, escena de Shakespeare! Se oyó al hombre negro que había ido empujando lentamente a la gran ciudad

[31] Jules Favre: *Encuesta parlamentaria.*

hacia las manos de Guillermo, hacer recaer su traición sobre los revolucionarios, acusarles de haber estado diez veces a punto de llevar a los prusianos a París. La asamblea, reconocida, le cubrió de bravos. Un ex procurador imperial, Turquet, detenido una hora la víspera, contó la detención de los generales Chanzy y Langourian. "Espero, dijo el hipócrita, que no serán asesinados".[32]

En aquella hora crítica, los conservadores, abandonando por un momento su sueño, compitieron en celeridad para ver de salvarse de la Revolución. Rodeando a Thiers, rehicieron la coalición de 1848-49, tan bien definida por Berryer: "Somos hombres monárquicos que esperamos nuestra hora, pero lo que importa es que nos unamos primero para constituir un vigoroso ejército que resista al socialismo". Así, apenas habían salido de la escaldadura, Thiers y sus ministros cayeron en la jactancia. ¿Es que, además, no iban a levantarse las provincias como en junio del 49? ¿Es que aquellos proletarios sin educación política, sin administración, sin dinero, sabrían "timonear su barca"?

En 1831, los proletarios, dueños de Lyon durante diez días, no habían sabido administrar la ciudad. ¡Cuánto mayores eran las dificultades, tratándose de París! Todos los poderes nuevos habían recibido la máquina administrativa intacta, dispuesta a funcionar en provecho del vencedor. El Comité Central no encontraba más que engranajes dislocados. A una seña de Versalles, la mayor parte de los funcionarios habían desertado de sus puestos. Arbitrios, inspección de calles, alumbrado, mercados, asistencia pública, telégrafos, todos los aparatos digestivos y respiratorios de esta ciudad de un millón seiscientos mil habitantes tenían que ser reorganizados. Algunos alcaldes se llevaron los sellos, los registros y las cajas de sus alcaldías. La Intendencia militar abandonaba, sin dejar un céntimo, a seis mil enfermos en los hospitales y ambulancias. ¡Ni el servicio de los cementerios respetó el señor Thiers!

¡Pobre hombre, que no supo jamás una palabra de París, de su inagotable corazón, de su maravilloso empuje! De todas partes acudían al Comité Central. Los comités de distrito proporcionaron personal a las alcaldías; la pequeña burguesía prestó el concurso de su experiencia. En un abrir y cerrar de ojos, los principales servicios fueron puestos de nuevo en marcha por hombres dotados de buen sentido y de aplicación. Se demostró que esto valía más que la rutina. Los empleados que se quedaron en sus puestos para desviar los fondos a Versalles no tardaron en ser descubiertos.

París se organiza.

El Comité Central venció una dificultad mucho más temible. Trescientas mil personas sin trabajo, sin recursos de ninguna clase, esperaban los treinta sueldos diarios de que se vivía desde hacía siete meses. El 19, los delegados Varlin y Jourde se dirigieron al Ministerio de Hacienda. Las arcas contenían, según el estado de cuentas que se entregó a los delegados, cuatro millones seiscientos mil francos; pero las llaves estaban en Versalles. En vista de las negociaciones entabladas con los alcaldes, los delegados no quisieron forzar las cerraduras, y pidieron a Rothschild la apertura de un crédito en el Banco; éste les anunció que les adelantaría quinientos mil francos. El Comité Central, abordando la cuestión más francamente, envió al Banco tres delegados. Les respondieron que tenían un millón a disposición de Varlin y Jourde. Los dos delegados fueron recibidos por el gobernador y a las seis de la tarde. "Esperaba su visita -dijo el señor Rouland-. El Banco, al día siguiente de cualquier cambio de régimen, debe acudir en ayuda del poder nuevo. Yo no tengo por qué enjuiciar los acontecimientos. El Banco de Francia no hace política. Ustedes son un gobierno de hecho. El Banco les da, por hoy, un millón. Tengan la bondad, únicamente, de mencionar en su recibo que esta suma ha sido requisada por cuenta de la ciudad". Los delegados se llevaron un millón en billetes de banco. Faltaba distribuirlos, pero los empleados del Ministerio de Hacienda habían desaparecido; gracias a algunos abnegados se consiguió repartir bastante rápidamente la suma entre los oficiales-pagadores. A las diez, Varlin y Jourde anunciaban al Comité Central que estaba distribuyéndose el sueldo en todos los distritos.[33]

El Banco procedió hábilmente; el Comité Central tenía plenamente en sus manos, bien agarrado, a París. Los alcaldes y los diputados no habían conseguido reunir más que trescientos o cuatrocientos hombres. El Comité estaba lo bastante seguro de su fuerza para hacer demoler las barricadas. Todo el mundo se ponía de su lado; la guarnición de Vincennes se ofrecía espontáneamente, con la plaza. Todos estos triunfos llegaban incluso a ser peligrosos, ya que obligaban al Comité a desperdigar sus tropas, para tomar posesión de los fuertes del Sur, que habían sido abandonados. Lullier, encargado de esta misión, mandó ocupar, entre el 19 y el 20, los fuertes de Ivry, Bicétre, Montrouge, Vanves, Issy. El último al que envió la guardia nacional fue la llave de París, y, entonces, de

[32] Los dos generales depusieron en la encuesta parlamentaria, haciendo constar la extrema consideración que con ellos se había tenido. Ante la promesa escrita que hizo Chanzy de no servir contra París, el Comité Central les devolvió la libertad.

[33] La izquierda vio en esto una maniobra bonapartista, escribió, dijo en la tribuna: "El director bonapartista del Banco de Francia ha salvado al Comité Central; sin el millón del lunes, el Comité hubiera capitulado". Dos hechos responden: El 19, el Comité podía tomar de Hacienda 4.600.000 francos, y la Caja municipal contenía 1.200.000; el 21 los arbitrios proporcionaban 500.000.

Versalles: el monte Valérien.

Por espacio de treinta y seis horas quedó vacía la inexpugnable fortaleza. El 18 por la noche, después de la orden de evacuación enviada por Thiers, no contaba más que con veinte fusiles y los cazadores de Vincennes internados en la fortaleza por haber tomado parte en la manifestación de la Bastilla. Aquella misma noche, rompieron las cerraduras de las poternas y entraron en París.

Diputados y generales suplicaban a Thiers que volviese a ocupar el monte Valérien. Él se negaba obstinadamente, sosteniendo que el fuerte no tenía ningún valor estratégico. Toda la jornada del 19 fracasaron en este punto. Por fin, Vinoy, hostigado por los diputados, consiguió arrancar a Thiers una orden, el día 20 a la una de la mañana. Envióse una columna, y el 21, a mediodía, un millar de soldados ocupaban la fortaleza mandada por el general Noél, que sin duda había prometido cambiar su método de tiro.[34] Hasta las ocho de la noche no se presentaron unos batallones de Termes. El gobernador parlamentó, dijo que él no tenía orden alguna de atacar, y despidió a los oficiales. Lullier, al dar al Comité Central cuenta de su misión, indicó los batallones que, a juicio suyo, debían ocupar el monte Valérien.

Capítulo VIII. Los alcaldes, los diputados, los periodistas y la Asamblea se lanzan contra París. La reacción se enfrenta a los federados.

La idea de presenciar una matanza me llenaba de dolor.

Jules Favre (Encuesta sobre el 4 *de septiembre.)*

El 21, la situación se dibujó con toda claridad.

En París, el Comité Central. Con él todos los obreros, todos los hombres generosos y perspicaces de la pequeña burguesía. El Comité había dicho: "No tengo más que un objetivo: las elecciones. Acepto todos los apoyos, pero no abandonaré el Hôtel-de-Ville antes de que esas elecciones se hayan celebrado".

En Versalles, la Asamblea. Todos los monárquicos, toda la gran burguesía, todos los esclavistas. Todos gritan: París no es más que un rebelde, el Comité Central un hatajo de bandidos.

Entre París y Versalles, algunos diputados, alcaldes, adjuntos. Agrupan a los burgueses, a los liberales a la banda de asustados que hace todas las Revoluciones y deja hacer todos los Imperios. Desdeñados por la Asamblea, sospechosos para el pueblo, gritan al Comité Central: "¡Usurpadores!", a la Asamblea: "¡Vais a destrozarlo todo!"

La jornada del 21 es memorable. En ella se oyeron todas estas voces.

El Comité Central: "*París no abriga ni la más remota intención de separarse de Francia; lejos de eso, ha padecido por ella al Imperio, al Gobierno de la Defensa Nacional, ha pasado por todas sus traiciones y cobardías. Todo esto no es, evidentemente, como para que la abandone hoy, sino solamente para que le diga en calidad de hermano mayor: sostente tú misma, como yo me he sostenido, oponte a la opresión como yo me he opuesto".*

Y en "L'Officiel", en el primero de los hermosos artículos en que Moreau, Rogeard y Longuet comentaban la nueva Revolución: *"Los proletarios de la capital, en medio de los desfallecimientos y de las traiciones de las clases gobernantes, han comprendido que había llegado para ellos la hora de salvar la situación, tomando en sus manos la dirección de los asuntos públicos. Apenas llegados al poder se han apresurado a convocar los comicios del pueblo de París. No hay en la historia ejemplo de un gobierno provisional que se haya dado más prisa a deponer su mandato. Frente a esta conducta tan desinteresada, se pregunta uno cómo puede encontrarse una prensa bastante injusta para lanzar la calumnia, la injuria y el ultraje sobre estos ciudadanos. Los trabajadores, los que lo producen todo y no disfrutan de nada, ¿habrán de ser eternamente víctimas del ultraje? ¿No les será permitido jamás trabajar por su emancipación sin levantar en contra suya un concierto de maldiciones? La burguesía, su hermana mayor, que realizó su emancipación hace más de tres cuartos de siglo, ¿no comprende que hoy le ha llegado la hora de la emancipación al proletariado? ¿Por qué persiste, pues, en negar al proletariado su parte legitima?"*

Era la primera nota socialista de esta revolución, profundamente justa, conmovedora y política. El movimiento, al principio de defensa republicana puramente, cobró después color social pura y simplemente porque los trabajadores lo dirigían.

El mismo día, el Comité suspendía la venta de objetos empeñados en el Monte de Piedad, prorrogaba por un mes los vencimientos, prohibía a los propietarios despedir a sus inquilinos hasta nueva orden. En tres líneas hacía justicia, vencía a Versalles, ganaba a París.

Se hace el cuadro contra París.

Frente a este pueblo que se pone en marcha y se define, los representantes y los alcaldes dicen: nada de elecciones, todo va perfectamente. *"Nosotros queríamos* -dicen en un pasquín- *el mantenimiento de la guardia nacional, y lo tendremos; queríamos que París conquistase su libertad municipal, y la tendremos. Vuestros deseos han sido llevados a la Asamblea, y ella garantiza las elecciones municipales. En espera de estas elecciones, las*

[34] Alude a que el Comité Central encontró en las oficinas de Guerra documentos que probaban que el general Noél hacía disparar los cañones al aire. *(N. del T.)*

únicas legales, nosotros declaramos que permaneceremos ajenos a las elecciones anunciadas para mañana, y protestamos contra su ilegalidad".

Proclama tres veces mentirosa. La Asamblea no había dicho una palabra de la guardia nacional. No había prometido ninguna libertad municipal. Muchas de sus firmas eran supuestas.

Siguió la prensa burguesa. Desde el 19, en las hojas figaristas, en las gacetas liberales, por medio de las cuales Trochu había empujado a París a la capitulación, los plumíferos de todos los regímenes, coaligados, como en junio del 48, contra los trabajadores, no dejaban de despotricar contra la guardia nacional. Fueron ellos quienes propalaron la bárbara leyenda de la ejecución de los liberales, de una multitud despojando los cadáveres y pisoteándolos. Hablaban de las cajas públicas y de las propiedades saqueadas; del oro prusiano que corría a raudales por los suburbios; de los miembros del Comité Central que aniquilaban a sus cajeros judiciales. Algunos periódicos republicanos se indignaban asimismo ante la muerte de los generales, olvidando que el 14 de julio el gobernador de la Bastilla y el preboste de los comerciantes fueron muertos por los burgueses en idénticas condiciones. También ellos descubrían el oro que andaba en el movimiento, pero oro bonapartista, y los mejores, convencidos de que la República pertenecía a sus patronos, decían: "¡Esta gentuza nos deshonra!" El Comité Central dejaba decir, y protegía inclusive a los que le insultaban. Habiendo invadido una multitud indignada el día 19 las redacciones de "Le Gauloís" y de "Le Figaro", el Comité Central declaró en "L'Officiel" que haría respetar la libertad de prensa, esperando que los periódicos tomarían corno un deber el respeto a la República, a la verdad y a la justicia. Creciéndose con esta tolerancia, exaltados por la resistencia de los alcaldes y de los diputados, los reaccionarías se conjuraron para la revuelta, y el 21, mediante una declaración colectiva, redactada en casa de un amigo del príncipe Napoleón, invitaron a los electores a considerar como no decretada la convocatoria ilegal del Hôtel-de-Ville.

¡La ilegalidad! Así era como planteaban la cuestión los legitimistas dos veces exaltados al poder sobre las bayonetas, los orleanistas surgidos de las barricadas, los bandidos de diciembre, los proscritos libertados por la insurrección. ¿Cómo? Cuando los grandes que hacen todas las leyes proceden siempre fuera de ellas, ¿cómo ha de proceder el trabajador, contra el cual todas las leyes se hacen?

Estos dos ataques, el de los alcaldes y los diputados y el de los periódicos, dieron nuevos bríos a los fierabrás de la reacción. Desde hacía dos días, la turba de estos franco-fugitivos[35] que durante el sitio infestaron los cafés de Bruselas y las aceras de Haymarket, gesticulaban en los bulevares elegantes pidiendo "orden y trabajo". El 21, hacia la una, en la plaza de la Bolsa, como un centenar de *trabajadores* de estos, con banderas a la cabeza, formaron la procesión del arca santa, desembocaron en el bulevar a los gritos de ¡Viva la Asamblea!, y llegaron a la plaza Vendôme, gritando ante el Estado Mayor: "¡Abajo el Comité!" El comandante de la plaza, Bergeret, trató de convencerles: "¡Enviadnos delegados!" "¡No, no! ¡Nada de delegados! ¡Los asesinaríais!" Los federados, perdiendo la paciencia, hicieron evacuar la plaza. Los bolsistas se dieron cita para el día siguiente ante la nueva ópera.

La Asamblea versallesa, a la misma hora, hacía su manifestación. Su Officiel afirmaba que "se había encontrado la prueba indudable de las estrechas relaciones de los facciosos con los más detestables agentes del Imperio, así como de las intrigas enemigas". Picard leyó una proclama dirigida al pueblo y al ejército, llena de falsedades y de injurias contra París. Milhere se permite decir que la proclama contiene frases desacertadas. Le abuchean. Langlois y sus amigos aceptarían la proclama si los demás asambleístas se aviniesen a suscribir el ¡Viva la República! La inmensa mayoría se niega. Clemenceau, Brisson y el propio Louis Blanc conjuran a la Asamblea a que delibere inmediatamente sobre el proyecto de la ley municipal, que ponga el veto a las elecciones que se anuncian para mañana. "Dejadnos tiempo para estudiar la cuestión -responde agriamente Thiers-. París no puede ser gobernado como una ciudad de tres mil almas". "¡Tiempo! -exclama Clemenceau-; ¡eso es lo que nos falta a todos!" "Entonces -continúa Thiers-, ¿de qué servirían las concesiones? ¿Qué autoridad tenían en París? ¿Quién les escuchaba en el Hôtel-de-Ville? ¿Es que se figuraban que la adopción de un proyecto de ley desarmaría al partido del bandidaje, al partido de los asesinos?" Después, muy hábilmente, en lo que se refería a las provincias, encargó a Jules Favre la solemne orquestación. Durante hora y media, el amargo discípulo de Guadet, retorciendo alrededor de París sus sabios períodos, lo inundó con su baba. Creíase vuelto, sin duda, al 31 de octubre, torturador recuerdo para aquel alma orgullosa, de rencores inextinguibles. Empezó por leer la declaración de la prensa, "valerosamente trazada bajo el cuchillo de los asesinos". Mostró a París "en manos de un puñado de malvados que ponían por encima de los derechos de la Asamblea no se sabe qué ideal sangriento y rapaz". Y halagando a la vez a monárquicos, católicos y republicanos: "lo que se quiere, lo que se está realizando, es un intento de esa funesta doctrina, que

[35] *Francs-fileurs,* en el original. Juego de palabras basado en el parangón irónico que sugiere el autor entre los *francs-tireurs,* o francotiradores -tropas que, sin pertenecer al ejército regular, defendieron enérgicamente en Francia, en aquella época, la causa de la libertad-, y los cobardes reaccionarios, que huían. *(N. del T.)*

en filosofía puede llamarse individualismo y materialismo, y que en política se llama la República colocada por encima del sufragio universal". Ante esta necia logomaquia, la Asamblea gruñe de alegría. "Estos nuevos doctores -continúa- pregonan la pretensión de separar a París de Francia. Mas que no lo olviden los alborotadores: si hemos abandonado a París, ha sido con el propósito de regresar para dar resueltamente la batalla al desorden". (*¡Bravo! ¡Bravo!)* Y atizando el pánico de estos rurales que creían ver desembocar a cada instante los batallones federados, sigue: "Si algunos de vosotros cayerais en manos de esos hombres que han usurpado el poder gracias tan sólo a la violencia, al asesinato y al robo, vuestra suerte sería la misma que han corrido las desventuradas víctimas de su ferocidad". Por último, jugando sucio, explotando mañosamente una torpe nota de "L'Officiel" sobre la ejecución de los generales, dice: "¡Nada de contemporizaciones! Yo he combatido tres días la exigencia del vencedor que quería desarmar a la guardia nacional. ¡Pido perdón por ello a Dios y a los hombres!" Cada nueva injuria, cada banderilla clavada en la carne de París, arrancaba a la Asamblea rugidos de guerra. El almirante Saisset brincaba ante ciertas frases. Jules Favre, aguijoneado por los aplausos, se alzaba cada vez a mayor altura en la invectiva. París no había recibido una imprecación semejante desde la Gironda, desde Isnard. El propio Langlois, sin poder contenerse, exclamó: "¡Oh, es espantoso, es atroz, oír estas cosas!" Cuando Jules Favre, implacable, impasible, con un poco de espuma en la comisura de los labios, acabó diciendo: "Francia no caerá hasta el sangriento nivel de los miserables que oprimen a la capital", toda la Asamblea, delirante, se puso en pie: "¡Llamemos a las provincias!" y Saisset: "¡Sí, llamemos a las provincias y marchemos contra París!" Fue inútil que uno de los diputados-alcaldes suplicara a la Asamblea que no se les dejase volver a París con las manos vacías. Aquella gran burguesía que acababa de entregar al prusiano el pudor, la fortuna y el suelo de Francia, temblaba de furor a la sola idea de ceder algo a París.

Al día siguiente de esta horrible sesión, los representantes radicales no pudieron publicar más que un lacrimoso pasquín, invitando a París a que tuviera paciencia. Las elecciones anunciadas para ese día, por el Comité Central eran imposibles. El Comité las aplazó para el día siguiente, 23 de marzo, pero advirtió a los periódicos que las incitaciones a la rebelión serían severamente reprimidas.

La manifestación de la plaza Vendôme.

Los potentados reaccionarios, caldeados al rojo vivo por los discursos de Jules Favre, se rieron de la advertencia. A mediodía hormigueaban en la plaza de la Ópera. A la una, un millar de gomosos, bolsistas, periodistas, antiguos familiares del Imperio, bajaban por la calle de la Paix al grito de "¡Viva el orden!" Su plan era forzar la plaza Vendôme, con la apariencia de una manifestación pacífica, y expulsar de ella a los federados. Desde allí, dueños de la alcaldía del Louvre, de la mitad del segundo distrito, de Passy, cortarían a París en dos e intimidarían al Hôtel-de-Ville. El almirante Saisset les seguía.

Ante la calle Neuve-Saint-Augustin,[36] estos pacíficos manifestantes desarman y maltratan a dos guardias nacionales destacados de centinela. Los federados de la plaza Vendôme empuñan sus fusiles y acuden en formación a la altura de la calle Neuve-des-Petits-Champs. No son más que doscientos, toda la guarnición de la plaza. A pesar de la advertencia de la víspera, Bergeret no había tomado ninguna precaución; los dos cañones que apuntan a la calle de la Paix carecen de municiones.

Los reaccionarios tropiezan con las primeras filas y gritan frente a la guardia: "¡Abajo el Comité! ¡Abajo los asesinos!" Agitan una bandera, pañuelos, y algunos echan mano a los fusiles de los federados. Bergeret y Maljournal, del Comité, que acuden a los primeros puestos, instan a los amotinados a que se retiren. Furiosos clamores ahogan su voz: "¡Cobardes! ¡Bandidos!", y se alzan los bastones. Bergeret hace una seña a los tambores. Se repiten diez veces las intimaciones. Por espacio de cinco minutos no se oyen más que los redobles y, en los intervalos, los silbidos. Las segundas filas de la manifestación empujan a las primeras, tratan de abrirse paso por entre los federados, pero, impotentes para desbordarlos, sacan los revólveres.[37] Caen muertos dos guardias, otros siete son heridos.

Los fusiles de los federados disparan instintivamente. Una descarga, gritos, silencio. La calle de la Paix se despeja en cinco segundos. Una decena de cuerpos, revólveres, bastones de estoque, sombreros, cubren la calzada desierta, cegadora de sol. Si los federados hubiesen apuntado, solamente con que hubieran disparado a la altura de un hombre, hubiera habido doscientas víctimas; todos los tiros habrían hecho blanco en aquella masa compacta. El motín mató a uno de los suyos, el vizconde Molinet, que cayó en primera fila, de cara a la plaza, con una bala en el occipucio; sobre su cuerpo se encontró un puñal sujeto a la cintura por una cadenita. Una bala irónica alcanzó en el ano al redactor jefe del "Paris-Journal", el bonapartista de Pene, uno de los más soeces en el insulto de cuantos formaban en el movimiento.

Los fugitivos gritaban: "¡Al asesino!" En los

[36] La calle Neuve-Sairu-Augustin y la Neuve-des-Petits-Champs llevan hoy los nombres de calle Saint-Augustin y Petits-Champs, respectivamente. *(N. del E.)*

[37] La agresión fue de tal modo evidente, que ninguno de los veintiséis consejos de guerra que registraron hasta los menores recovecos de la Revolución del 18 de marzo se atrevió a sacar a relucir la cuestión de la plaza Vendôme.

bulevares se cerraron las tiendas; en la plaza de la Bolsa se forman grupos furibundos. A las cuatro aparecen compañías del orden, resueltas, fusil al hombro, y ocupan todo el barrio de la Bolsa.

En Versalles, la Asamblea acababa de rechazar el proyecto de Louis Blanc, y Picard leía otro negando toda justicia a París, cuando llegó la noticia de lo ocurrido. La Asamblea levantó precipitadamente la sesión; los ministros estaban consternados.

Sus silbidos de la víspera no eran más que para asustar a París, galvanizar a los hombres de orden, provocar un golpe de mano. El incidente se había producido; el Comité Central triunfaba. Por primera vez empezaba a creer Thiers que aquellos revoltosos que sabían reprimir un motín podrían ser acaso un gobierno.

Las noticias de la noche fueron más dulces para él. Los hombres de orden acudían a la plaza de la Bolsa. Un gran número de oficiales, de regreso de Alemania, acababan de ofrecerse para mandarlos. Las compañías reaccionarias se atrincheran sólidamente en la alcaldía del noveno distrito, vuelven a ocupar la del sexto, desalojan a los federados de la estación Saint-Lazare, guardan todos los puntos de acceso a los barrios ocupados, detienen a la fuerza a los transeúntes. Había otra ciudad dentro de la ciudad. Los alcaldes se constituyeron en sesión permanente en la alcaldía del distrito II. Su resistencia contaba con un ejército.

Capítulo IX. El Comité Central vence todos los obstáculos y obliga a los alcaldes a capitular.

El Comité Central estuvo a la altura de las circunstancias. Sus proclamas, los artículos socialistas de L'Orficiel, el encarnizamiento de los alcaldes y de los diputados, habían atraído a su lado a los grupos revolucionarios hasta entonces al margen. Uniéronse a él, asimismo, algunos hombres como Ranvier y Eudes, más conocidos de la masa. Por orden suya, la plaza Vendôme se protegió con barricadas, se reforzaron los batallones del Hôtel-de-Ville, nutridas patrullas subieron por los bulevares Montmartre e Italiens, conteniendo a los puestos reaccionarios de las calles Vivienne y Drouot. Gracias a estas precauciones, la noche transcurrió tranquila.

Tampoco al día siguiente, 23, que era la fecha señalada, iba a ser posible celebrar las elecciones. El Comité decidió que se celebrarían el domingo 26, y así se lo anunció a París: *"La reacción, sublevada por vuestros alcaldes y vuestros diputados, nos declara la guerra. Debemos aceptar la lucha y quebrantar la resistencia. Ciudadano, París no quiere reinar, pero quiere ser libre; no ambiciona otra dictadura que la del ejemplo, no pretende ni imponer ni abdicar su voluntad; no aspira a lanzar decretos, mas tampoco a soportar plebiscitos; demuestra el movimiento andando, y prepara la libertad de los demás fundando la suya propia. No empuja a nadie violentamente por la vía de la República; se contenta con entrar en ella el primero".* Siguen las firmas.[38] Al mismo tiempo, el Comité declaraba que denunciaría ante sí a los que insultaban al pueblo, y enviaba a un batallón de Belleville a reconquistar la alcaldía del distrito IV; sus delegados sustituían a los alcaldes y adjuntos de los distritos III, X, XII y XVIII; ocupaba la vía del ferrocarril de Batignolles, anulando así la ocupación de la estación Saint-Lazarc, y obraba enérgicamente respecto del Banco.

La reacción contaba con el hambre para hacer capitular al Hôtel-de-Ville. El millón del lunes había sido devorado. El 22, el Banco prometía otro millón y entregaba un anticipo de 300.000 francos. Varlin y Jourde fueron a buscar el dinero; los mandaron a paseo. Escribieron: "Señor gobernador: acosar a París por hambre es el arma de un partido que se dice honrado. El hambre no desarmará a nadie; no hará más que impulsar a las masas a la devastación. Recogemos el guante que se nos ha lanzado". Y sin dignarse ver a los capitanes de la Bolsa, el Comité envió a dos batallones para que se estacionaran ante el Banco, el cual no tuvo más remedio que entregar la suma.

El Comité no perdonaba medio alguno para tranquilizar a París. Muchos criminales andaban sueltos por las calles. El Comité los denunció a la vigilancia de los guardias nacionales, y escribió sobre las puertas del Hôtel-de-Víllе: "Todo individuo sorprendido en flagrante delito de robo será fusilado". La policía de Picard no había podido acabar con el juego, que, desde el final del sitio, invadía la vía pública. Duval lo consiguió con un simple bando. Los soldados que quedaron en París fueron asimilados a la guardia nacional. El espantajo máximo de los reaccionarios eran los prusianos, cuya próxima intervención anunciaba Jules Favre. El comandante de Compiegne escribió al Comité: "Las tropas alemanas permanecerán pasivas, en tanto que París no adopte una actitud hostil". El Comité respondió: "La revolución realizada en París tiene un carácter esencialmente municipal. Nosotros no

[38] He aquí los nombres de los que firmaron las proclamas, convocatorias y avisos del Comité Central. Reconstituimos lo mejor posible su verdadera ortografía, frecuentemente alterada, incluso en "L'Officiel" de la Comuna, hasta el punto de dar nombres ficticios. A pesar de las decisiones del Comité, no figuran en las publicaciones oficiales los nombres de todos sus miembros: Audoynaud, A. Arnaud, G. Arnold, Andignoux, Assi, Avoine (hijo), Babick, Barroud, Bergeret, Billioray, Bouit, Boursler, Blanchet, Castioni, Chouteau, C. Dupont, Duval, Eudes, Fabre, Ferrat, Fleury, H. Fortuné, Fougeret, Gaudier, Geresrne, Gouhier, Grélier, J. Grollard, Josselin, Jourde, Lavalette, Lisbonne, Lullier, Maljournal, E. Moreau, Mortier, Píndy, Prudhomme, Ranvier, Rousseau, Varlin, Viard. Solamente dos o tres pertenecían a la Internacional.

tenemos categoría para discutir los preliminares de paz". Y publicó los despachos.[39] Por este lado, París no tenía nada que temer.

La agitación de los alcaldes.

La única agitación procedía de los alcaldes. El 23, autorizados por Thiers, nombraban comandante de la guardia nacional al frenético de la sesión del 21, almirante Saisset, agregando a él a Langlois y Schoelcher, que se esforzaban por atraer gente a la plaza de la Bolsa, donde estaba, según decían, la única caja legal. Acudieron unos cuantos centenares de hombres de mucho orden, a cobrar, no a luchar. Los propios jefes comenzaban a dividirse. Algunos furiosos -Vautrain, Dubail, Denorrnandie, Degouve-Denuncques, Héligon, antiguo miembro de la Internacional, admitido desde el 4 de setiembre en las cocinas burguesas y furioso del orden como todos los renegados- hablaban de arrasarlo todo. La mayoría inclinábase a una conciliación, sobre todo desde que varios diputados y adjuntos, Milliere, Malon, Dereure, Jaclard, etc., al separarse de la reunión, habían acusado su perfil reaccionario. A algunos alcaldes se les metió en la cabeza preparar a los rurales con una escena enternecedora.

El 23 fueron a Versalles, en el momento en que la Asamblea, recobrando valor, hacía un llamamiento a las provincias para marchar sobre París. Solemnemente, aparecieron en la tribuna presidencial, cruzadas al pecho las bandas. La izquierda aplaude, grita: "¡Viva la República!" Los alcaldes recalcan más aún su actitud. La derecha y el centro: "¡Orden! ¡Viva Francia!", y amenazan con el puño a los diputados de la izquierda, que responden: "¡Insultáis a París!" Los rurales: "¡Vosotros insultáis a Francia!" Su amigo Grévy se cubre, se levanta la sesión. Por la tarde, un diputado-alcalde, Arnaud de l'Ariege, lee en la tribuna la declaración que sus colegas habían traído, y termina: "Estamos en vísperas de una espantosa guerra civil. No hay más que un medio de evitarla: que la elección del general en jefe de la guardia nacional se señale para el 28; la del Consejo Municipal, para el 3 de abril". Este deseo fue a enterrarse en las oficinas.

Los alcaldes volvieron a París indignadísimos. París estaba ya muy irritado por un despacho en el que Thiers anunciaba a las provincias que los ex ministros bonapartistas Rouher, Chevreau, Boitelle, detenidos por el pueblo de Boulogne, habían sido protegidos, y que el mariscal Canrobert, cómplice de Bazaine, acababa de llegar a Versalles a ofrecer sus servicios al gobierno. Hubo un súbito viraje en los periódicos de los burgueses republicanos. Aflojaron los ataques contra el Comité Central. Los moderados empezaron a temerlo todo de Versalles.

El Comité Central supo aprovechar esta corriente. Acababa de conocer la proclamación de la Comuna en Lyon, y el 24 habló sin ambages: *"Algunos batallones, extraviados por jefes reaccionarios, han creído que debían entorpecer nuestro movimiento. Alcaldes, diputados, olvidadizos de su mandato, han alentado esa resistencia. Nosotros contamos con vuestro valor para llegar hasta el fin.* Se *nos objeta que la Asamblea promete, para un plazo que no se determina, la elección comunal y la de nuestros jefes, y que, por tanto, nuestra resistencia no tiene por qué prolongarse. Hemos sido engañados demasiadas veces para no serlo ahora; la mano izquierda recogería lo que hubiera dado la mano derecha. Ved lo que ha hecho ya el gobierno. Acaba de lanzar en la Cámara, por boca de Jules Favre, el más espantoso llamamiento a la guerra civil, a la destrucción de Paris por las provincias, y vierte sobre nosotros las calumnias más abominables".*

Después de hablar, el Comité obró, nombró a tres generales: Brunel, Duval y Eudes. Había encerrado a Lullier, borracho perdido, que, asistido por un estado mayor de intrigantes, Du Bisson, Ganier d'Abin, había dejado salir de París, la víspera, con armas y bagajes, a todo un regimiento acampado en el Luxembourg. Faltó poco para que sirviese al Comité Central el general Crerner, brillante oficial del ejército de los Vosgos, que había llegado al Hôtel-de-Ville para reclamar la libertad del general Chanzy y fue aclamado por la multitud.[40]

Los generales se anunciaron vigorosamente: *"Ya no es tiempo de parlamentarismos... Es preciso obrar... París quiere ser libre. Todo el que no esté con nosotros está contra nosotros. La gran ciudad no permite que se turbe impunemente el orden público".*

Advertencia directa al campo de la Bolsa, que se desguarnecía considerablemente. Cada sesión de Versalles traía nuevas deserciones. Las mujeres iban a buscar a sus maridos y les decían: "Estáte en paz". Los oficiales bonapartistas, que estaban pasando ya de la raya, tenían fastidiada a la gente. El programa de los alcaldes -completa sumisión a Versalles- desalentaba a la burguesía media. El estado mayor de este ejército en desbandada fue estúpidamente alojado en el Grand-Hôtel. Allí residía el trío de chiflados: Saisset, Langlois, Schoelcher, que de la confianza extremada habían pasado a un gran desaliento. Al más chocho de ellos, Saisset, se le ocurrió anunciar que la Asamblea había concedido el reconocimiento completo de las franquicias municipales, la elección de todos los oficiales de la guardia nacional, incluso el general en jefe, la introducción de modificaciones en la ley sobre

[39] A esto es a lo que los *buenos autores* han llamado el pacto con los prusianos, las complacencias con los prusianos. Jules Claretie se indigna de que el Comité Central no lanzase a París contra los alemanes.

[40] Cremer exigía el mando de la guardia nacional. Se le negó. Se vengó de ello injuriando al Comité Central ante la Comisión investigadora, riñó después con Versalles y murió abandonado.

vencimientos, un proyecto de ley sobre alquileres, favorable a los inquilinos. Este infundio no podía engañar a nadie más que a Versalles.

Había que acabar de una vez. El Comité Central dio a Brunel encargo de apoderarse de las alcaldías de los distritos primero y segundo. Brunel, con seiscientos hombres de Belleville, dos piezas de artillería y acompañado de dos delegados del Comité, Lisbonne y Protot, se presentó a las tres en la alcaldía del Louvre. Las compañías del orden adoptan una actitud de resistencia; Brunel hace avanzar sus cañones. Le abren paso. Declara a los adjuntos Méline y Edmond Adam que el Comité desea celebrar las elecciones en el plazo más breve. Los adjuntos, intimidados, hacen pedir a la alcaldía del segundo licencia para entrar en tratos. Dubail responde que pueden prometerse las elecciones para el 3 de abril. Brunel exige la fecha del 30; los adjuntos ceden. Los guardias nacionales de los dos campos saludan este acuerdo con entusiasmo, y, mezclados unos con otros, se dirigen a la alcaldía del segundo distrito. A su paso se engalanan las ventanas, les acompañan los aplausos. En la calle Montmartre, algunas compañías de la Bolsa quieren cortarles el paso. La gente grita: ¡está hecha la paz! En la alcaldía del segundo distrito, Dubail, Vautrain, Schoelcher se niegan a ratificar la convención. Pero los miembros de la reunión la aceptan; un inmenso clamor de júbilo saluda la noticia. Los batallones populares, saludados por los batallones burgueses, desfilan por la calle Vivienne y por los bulevares, arrastrando sus cañones en que cabalgan los chicos de la calle, con ramas verdes en las manos.

El Comité Central no podía abandonarse a esta confianza. Había aplazado por dos veces las elecciones, y los batallones federados, en pie desde el 18, estaban realmente extenuados. Ranvier y Arnold fueron por la noche a la alcaldía del segundo distrito a ratificar la fecha del 26. Algunos alcaldes y adjuntos que no perseguían otro fin, como confesaron después, que dar tiempo a que Versalles se armase, alzaron el grito con la acusación de mala fe. "El ciudadano Brunel -les respondió Ranvier- no ha recibido más orden que la de ocupar las alcaldías". La discusión fue muy viva. Arnold y Ranvier se retiraron a las dos de la mañana, dejando a los más intransigentes que calculasen las probabilidades de una resistencia. El irreprimible Dubail redactó un llamamiento a las armas, lo mandó imprimir, pasó la noche con el fiel Héligon, transmitiendo órdenes a los jefes de batallones, y mandó meter las ametralladoras en el patio de la alcaldía.

Mientras sus amigos se obstinaban en la resistencia, los rurales creíanse traicionados. Cada vez más nerviosos, privados de sus comodidades, acampaban en los pasillos del Château, abiertos a los vientos y al pánico. Las idas y venidas de los alcaldes les irritaban; la proclama de Saisset les exasperó. Creyeron que Thiers coqueteaba con los revoltosos, que el *pequeño burgués,* como él mismo se llamaba hipócritamente, quería jugar con los monárquicos, con París; que, como él era la palanca, pretendía moverlos a su antojo. Hablaban de nombrar general en jefe a uno de los Orleans, Joinville o D'Aumale. El complot podía estallar en la sesión de la tarde, a la que debía llegar la proposición de los alcaldes. Thiers se adelantó a ellos, les suplicó que aplazasen toda discusión, dijo que una frase desacertada podía hacer correr torrentes de sangre. Grévy escamoteó la sesión en diez minutos; el rumor del complot no pudo ser ahogado.

La agitación quebrantada.

El sábado era el último día de la crisis. El Comité o los alcaldes tenían que ser destrozados. El Comité anunció aquella misma mañana: *"Hemos ofrecido lealmente a los que nos combatían una mano fraternal, pero el traslado de las ametralladoras de la alcaldía del distrito segundo nos obliga a mantener nuestra resolución. La votación se celebrará el domingo* 26 *de marzo".* París, que creía la paz definitivamente sellada y que por primera vez en cinco días había dormido tranquilo. Se disgustó sobremanera al ver que los alcaldes volvían a las andadas. La idea de las elecciones se había infiltrado en todos los medios; muchos periódicos se unían a ella, incluso los mismos que habían firmado la protesta del 21. Nadie comprendía que se batallase por una fecha. Una irresistible corriente de fraternidad arrastraba a la ciudad. El grupo de doscientos o trescientos bolsistas que habían permanecido fieles a Dubain, sufría continuas bajas, dejando al almirante Saisset que hiciese llamamiento desde el desierto del Grand-Hôtel. Los alcaldes no tenían ya ejército cuando Ranvier y Arnold volvieron, hacia las diez de la mañana, a recoger su última palabra. Schoelcher, siempre áspero, se mantenía firme. Llegan diputados que traen de Versalles el rumor del nombramiento del duque D'Aumale como teniente general. La mayoría ya no se contuvo y accedió a que se convocase a los electores para el domingo 26. Se redactó un pasquín que habían de firmar parte de los alcaldes y diputados y, por el Comité Central, sus delegados Ranvier y Arnold. El Comité Central quiso firmar en masa y, modificando ligeramente el preámbulo, hizo constar: *"El Comité Central, al que se han unido los diputados de París, los alcaldes y los adjuntos, convoca.."*. Con este motivo, algunos alcaldes se levantaron a protestar: "Eso no es lo convenido. Nosotros habíamos dicho: los diputados, los alcaldes, los adjuntos y los miembros del Comité Central". Y, exponiéndose a reavivar las cenizas, protestaron con una proclama. El Comité, sin embargo, podía decir: "al que se han unido", puesto que él no había cedido absolutamente en nada. Estas humaredas de discordia

fueron ahogadas en el abrazo de París. El almirante Saisset licenció a los cuatro hombres que le quedaban. Tirard invitó a los electores a votar. Thiers le había dado la consigna aquella misma mañana: "No prolonguéis una resistencia inútil; estoy reorganizando el ejército. Espero que antes de quince días o tres semanas tendremos suficientes fuerzas para libertar a París."

Solamente cinco diputados firmaron el pasquín: Lockroy, Floquet, Clemenceau, Tolain, Greppo. El grupo de Louis Blanc ya no salía de Versalles. Aquellas mujerzuelas que se habían pasado la vida cantando a la Revolución, en cuanto la vieron erguirse huyeron espantados, como el pescador árabe ante la aparición del Genio.

Junto a estos mandarines de la tribuna, de la historia, del periodismo, incapaces de encontrar una palabra, un gesto de vida, nos encontramos con los hijos de la masa, anónimos, rebosantes de voluntad, de savia, de elocuencia. Su proclama de despedida fue digna de su advenimiento: *"No perdáis de vista que los hombres que mejor os servirán, serán los que escojáis de entre vosotros mismos, los que vivan vuestra propia vida, los que sufran vuestros propios dolores. Desconfiad de los ambiciosos tanto como de los recién llegados. Desconfiad igualmente de los charlatanes. Evitad a aquellos a quienes ha favorecido la fortuna porque el favorito de la fortuna es difícil que esté dispuesto a mirar al trabajador como a un hermano. Conceder vuestras preferencias a los que no busquen vuestros sufragios. El verdadero mérito es modesto, y a los trabajadores corresponde conocer a sus hombres, y no a éstos presentarse".*

Podían bajar "con la frente alta por las escaleras del Hôtel-de-Ville", aquellos hombres anónimos que acababan de anclar en puerto la Revolución del 18 de marzo. Nombrados únicamente para defender la República, lanzados a la cabeza de una Revolución sin precedentes, habían sabido resistir a los impacientes, contener a los reaccionarios, restablecer los servicios públicos, alimentar a París, hacer fracasar todas las añagazas, aprovechar todos los errores de Versalles y de los alcaldes; y, acosados por todas partes, bordeando a cada minuto la guerra civil, negociar, obrar en el momento y en el lugar necesario. Habían sabido dar a luz la idea del día, limitar su programa a las reivindicaciones municipales, llevar a la población entera a las urnas. Habían implantado un lenguaje vigoroso, fraternal, desconocido de los poderes burgueses.

Y eran gente desconocida; casi todos ellos hombres de educación deficiente, algunos exaltados. Pero el pueblo pensó con ellos, les envió los alientos de inspiración que hicieron grande a la Comuna del 92 y 93. París fue la hoguera; el Hôtel-de-Ville, la llama. En aquel mismo Hôtel-de-Ville en que unos ilustres burgueses habían ido acumulando traiciones sobre derrotas, unos recién llegados encontraron la victoria por haber escuchado a París.

Que sus servicios les absuelvan de haber dejado salir al ejército, a los funcionarios, y ocupar de nuevo el monte Valérien. Se dice que hubieran debido marchar el 19 o el 20 sobre Versalles. La Asamblea, al primer grito de alerta, hubiera escapado a Fontainebleau con el ejército, con la administración, con la izquierda, con todo lo que hacía falta para embaucar, y gobernar a las provincias. La ocupación de Versalles no hubiera hecho más que cambiar de sitio al enemigo; no hubiese durado mucho; los batallones populares estaban demasiado mal preparados para dominar al mismo tiempo a París y a esta villa abierta.

En todo caso, el Comité Central dejaba tras de sí una sucesión franca y medios sobrados para desarmar al enemigo.

Capitulo X. Proclamación de la Comuna.

Una parte considerable de la población y de la guardia nacional de Paris solícita el concurso de los departamentos para el restablecimiento del orden.

Circular de Thiers a los prefectos (27 *de marzo del* 71).

Esta semana, iniciada con un golpe de fuerza contra París, terminaba con el triunfo de éste. Cada día le había hecho avanzar más en la posesión de su idea. París-Comuna recobraba su papel de capital, volvía a ser el iniciador nacional. Por décima vez desde el 89, los trabajadores volvían a poner a Francia en el camino recto.

La bayoneta prusiana acaba de sacar a luz a nuestro país tal como lo habían dejado ochenta años de dominación burguesa: un Gulliver a merced de unos enanos. Llegaba París, cortaba los millares de hilos que ataban al país al suelo, devolvía la circulación a sus miembros atrofiados, decía: "Que cada fragmento de la nación posea en germen la vida de la nación entera".

La unidad de la colmena. y no la del cuartel. La célula orgánica de la República francesa es el municipio, la comuna.

El Lázaro del Imperio, del sitio, resucitaba. Después de sacudir la nube de su cerebro, de arrancarse las trabas, iba a empezar una nueva existencia, a vivir con su cabeza, con sus pulmones, a tender una mano fraternal a todos los municipios franceses regenerados. Los desesperados del último mes estaban radiantes de entusiasmo. Las gentes se abordaban sin conocerse, hermanados por la misma voluntad, por la misma fe, por el mismo amor.

El domingo 26 de marzo es un verdadero retoñar. París respira como si saliese de las tinieblas o de un gran peligro. En Versalles, las calles presentan un aspecto lúgubre; los gendarmes tienen tomada la

estación, exigen brutalmente los papeles a los viajeros, confiscan los periódicos parisienses, detienen a la gente por la menor palabra de simpatía hacia la Ciudad. En París, la entrada es libre. Las calles hierven de vida, de bullicio los cafés; el mismo golfillo vocea el "Paris-Journal" y "La Commune". Los ataques contra el Hôtel-de-Ville, las protestas de algunos amargados osténtanse junto a los pasquines del Comité Central. El pueblo no está ya encolerizado, porque ya no tiene miedo. La papeleta de voto ha sustituido al fusil. El proyecto de Picard no concedía a París más que sesenta concejales, tres por distrito, cualquiera que fuese el censo de población; los ciento cincuenta mil habitantes del distrito once no tenían una representación numérica mayor que el dieciséis, que contaba con cuarenta y cinco mil habitantes. El Comité Central decretó que habría un concejal por cada veinte mil electores y por fracción de diez mil -noventa en total-. Las elecciones habrían de hacerse ateniéndose a los planos electorales de febrero del 71 y conforme al procedimiento ordinario; pero el Comité había expresado el deseo de que en lo porvenir se considerase el voto nominal como el más adecuado a los principios democráticos. Los suburbios lo comprendieron así, y votaron con papeleta abierta. Los electores del barrio de Saint-Antoine desfilaron por la plaza de la Bastilla en columna, con la papeleta en el sombrero, y fueron a las secciones en el mismo orden.

La adhesión, la convocatoria de los alcaldes hizo votar a los barrios burgueses. Las elecciones pasaban a ser legales, puesto que los apoderados del gobierno habían consentido en ellas. Votaron doscientos veintisiete mil, muchos más, relativamente, que en las elecciones de febrero. Y Thiers telegrafiaba: "Los ciudadanos amigos del orden se han abstenido de acudir a las elecciones". Escrutinio sincero de un pueblo libre. Ni policía, ni intrigas a la entrada de los colegios. "Las elecciones se harán hoy sin libertad", telegrafiaba, además, Thiers. La libertad fue hasta tal punto absoluta, que muchos de los adversarios del Comité Central salieron elegidos, y otros consiguieron minorías muy nutridas -Louis Blanc, 5.600 votos; Vautrain, 5.133, etc.-, sin que hubiera una sola protesta.

Los periódicos moderados elogiaban incluso el artículo de "L'Officiel", que exponía la misión de la futura Asamblea comunal: *"Ante todo, tendrá que definir sus poderes, que delimitar sus atribuciones... La primera obra habrá de ser la discusión y redacción de la Carta... Hecho esto, tendrá que ocuparse de los medios de hacer reconocer y garantizar por el poder central este estatuto de la autonomía municipal"*. Esta claridad, esta discreción, la moderación que caracterizaba los actos oficiales, acababan por ganarse la voluntad de los más refractarios. Únicamente Versalles no cejaba en sus imprecaciones. El 27, Thiers decía desde la tribuna: "No, Francia no dejará que triunfen en su seno los miserables que quieren bañarla en sangre".

"¡Viva la Comuna!"

Al día siguiente, doscientos mil miserables de éstos fueron al Hôtel-de-Ville a instalar en él a los hombres elegidos por ellos. Los batallones, a tambor batiente y con la bandera coronada por el gorro frigio, con una cinta roja en el fusil, engrosado su número por los soldados, artilleros y marinos fieles a París, bajaron por todas las calles hacia la plaza de Greve, como afluentes de un río gigantesco. En medio de la fachada del Hôtel-de-Ville, adosado a la puerta central, se había alzado un gran estrado. El busto de la República, terciada la bandera roja, resplandeciente de rojos haces, domina y protege a la muchedumbre. Inmensas banderolas, en el frontón y en la torre del edificio, restallan enviando su saludo a Francia. Cien batallones alinean delante del Hôtel-de-Ville sus bayonetas, a las que el sol arranca destellos. Los que no han podido entrar en la plaza se extienden hacia los muelles, por la calle Rivoli, por el bulevar Sebastopol. Las banderas apiñadas delante del estrado, rojas, en su mayor parte, algunas tricolores, todas con cintas rojas, simbolizan el advenimiento del pueblo. Mientras los batallones se alinean, estaban los cantos, la música entona la *Marsellesa,* el *Chant du Départ,* los clarines tocan a carga, en el muelle truena un cañón de la Comuna del 92.

Se interrumpe el barullo, la gente escucha. Los miembros del Comité Central y de la Comuna, con una banda roja colgando como un collar sobre el pecho, acaban de aparecer en el estrado. Ranvier: "El Comité Central entrega sus poderes a la Comuna. Ciudadanos, tengo el corazón demasiado henchido de alegría, para poder pronunciar discursos. Permitidme tan sólo que glorifique al pueblo de París por el gran ejemplo que acaba de dar al mundo". Un miembro del Comité Central, Boursier, hermano del muchacho muerto en la calle Tiquetonne el año 51 ("el niño recibió dos balas en la cabeza"), proclama a los concejales electos. Resuenan los tambores. Las músicas, doscientas mil voces entonan de nuevo la *Marsellesa,* no quieren más discurso que ése. Apenas si Ranvier, en un intervalo, puede exclamar: "¡Queda proclamada la Comuna en nombre del pueblo!"

Un solo grito, en el que se funde toda la vida de los doscientos mil pechos, responde: "¡Viva la Comuna!" Los kepis danzan en la punta de las bayonetas, las banderas azotan el aire. En las ventanas, en los tejados, millares de manos agitan pañuelos. Los precipitados disparos de los cañones, las músicas, los clarines, los tambores, se funden en formidable comunión. Los corazones saltan, en los ojos brillan las lágrimas. Nunca, desde la Federación de 1790, se vieron tan fuertemente sacudidas las

entrañas de París; los peores hombres de letras, al describir esta escena, experimentan un instante de fe.

El desfile fue hábilmente dirigido por Brunel, que supo hacer entrar los batallones de fuera, que ardían en deseos de aclamar a la Comuna. Ante el busto de la República, las banderas se inclinaban, los oficiales saludaban con el sable, los hombres levantaban sus fusiles. Las últimas filas no acabaron de pasar hasta las siete.

Los agentes de Thiers volvieron consternados: "¡Allí se congregaba lo que se dice todo París!" El Comité Central pudo exclamar con entusiasta gratitud: *"Hoy abría París por una página en blanco el libro de la historia, y escribía en esa página su nombre poderoso... Que los espías de Versalles que rondan en torno a nosotros vayan a decir a sus amos cuáles son las vibraciones que salen del pecho de toda una población. Que les lleven la imagen del espectáculo grandioso de un pueblo que recobra su soberanía".*

Este resplandor hubiera iluminado a los ciegos. Doscientos veintisiete mil votantes, doscientos mil hombres que no tenían más que un grito, no eran un Comité oculto, un puñado de facciosos y de bandidos, como se venía diciendo desde hacía diez días. Había allí una fuerza inmensa puesta al servicio de una idea perfectamente definida: la independencia comunal. Fuerza inapreciable en esta hora de anemia universal, hallazgo tan precioso como la brújula librada del naufragio, que salva a los supervivientes.

Hora única en esta historia. La unión de nuestra aurora renace. La misma llama caldea las almas, suelda la pequeña burguesía al proletariado, enternece a la clase media. En estos momentos, puede un pueblo refundirse.

Liberales, si habéis pedido la descentralización de buena fe; republicanos, si habéis comprendido por qué junio engendró a diciembre, si queréis que el pueblo sea dueño de sí mismo, oíd la nueva voz, orientad la vela hacia este viento de renacimiento.

¿Que amenaza el prusiano? ¡Qué importa! ¿No es más grande forjar el arma a la vista del enemigo? Burgueses, ¿no fue ante el enemigo donde vuestro antecesor, Etienne Marcel, quiso rehacer a Francia? Y la Convención, ¿no maniobró bajo el soplo de la tempestad?

¿Mas, qué es lo que responden? ¡Muera!

El rojo sol de las discordias civiles hace caer las máscaras y los afeites. Ahí están, unidos siempre corno en 1791, en 1794, en 1848, los monárquicos, los clericales, los liberales, con los puños tendidos contra el pueblo: el mismo ejército con uniformes diferentes. Su descentralización es la feudalidad rural y capitalista; su *selfgovernment,* la explotación del presupuesto por ellos, como todo el saber político de su estadista no es más que la matanza y el estado de sitio.

¿Qué poder en el mundo, después de tantos desastres, no hubiera incubado, no hubiera administrado avaramente este depósito de fuerzas inesperadas?

Ellos, al ver este París capaz de alumbrar un mundo nuevo, este corazón henchido de la mejor sangre de Francia, no tuvieron más que una idea: sangrar a París.

Capítulo XI. La Comuna en Lyon, en Saint-Etienne, en Le Creussot.

Todas las partes de Francia se han unido y agrupado alrededor de la Asamblea y del Gobierno.

Circular de Thiers a las provincias el 23 *de marzo del* 71 *por la noche.*

¿Qué hacían las provincias?

Vivieron primeramente fiándose de los embusteros boletines redactados por el propio Thiers,[41] privadas de periódicos parisienses. Acudieron luego a las firmas del Comité, y al no ver entre ellas a las gentes de la izquierda ni sus parrafadas democráticas, se dijeron, a su vez: ¿Quiénes son estos desconocidos? Los republicanos burgueses, ignorando la trampa, mañosamente aguijados por la prensa conservadora, fallaron gravemente -como sus padres decían "Pitt y Cobourg" cuando no comprendían los movimientos populares-: "Estos desconocidos no pueden ser más que bonapartistas". Sólo el pueblo, únicamente él, adivinó por instinto.

Lyon.

El primer eco partió de Lyon; repercusión necesaria. Desde el advenimiento de la Asamblea rural, los trabajadores sentíanse acechados. Los concejales, débiles y tímidos hasta la reacción algunos de ellos, habían retirado la bandera roja, con el pretexto de que "la orgullosa bandera de la resistencia a todo trance no sobreviviese a la humillación de Francia". Esta grosera treta no había engañado al pueblo que, en la Guillotiere, montaba la guardia en torno a su bandera. El nuevo prefecto

[41] El 19: "El ejército, en número de 40.000 hombres, se ha concentrado en buen orden en Versalles". Había 22.000 hombres (cifra dada por Thiers a la Comisión investigadora) en franca desbandada. El 20: "El gobierno no ha querido acometer una acción sangrienta, a pesar de verse provocado". El 21, el ejército ha subido a 45.000 hombres: "La insurrección es desautorizada por todo el mundo". El 22: "De todas partes se ofrecen al gobierno batallones de móviles para sostenerle contra la anarquía". El 27, mientras se realiza el escrutinio: "Una parte considerable de la población y de la guardia nacional de París solicita el concurso de los departamentos para el restablecimiento del orden". Todos estos boletines oficiales fueron escritos, según escribió Jules Simón, *desde el* 19 *de marzo hasta la toma de París, noche tras noche, de puño y letra de Thiers.*

Valentin, ex oficial vulgarote y brutal, una especie de Clément Thomas, indicaba de sobra a los trabajadores qué clase de República les estaban aderezando.

El 19 de marzo, al conocer las primeras noticias, los republicanos lyoneses se ponen en pie y no ocultan sus simpatías por París. Al día siguiente, Valentin redacta una proclama provocadora, secuestra los periódicos parisienses, se niega a dar cuenta de los partes recibidos. El 21, en el Consejo Municipal, varios se indignan, y uno dice: "Tengamos el valor de ser la Comuna de Lyon". El 22, a mediodía, ochocientos delegados de la guardia nacional se reúnen en el palacio Saint-Pierre. Un ciudadano que llega de París explica el movimiento. Muchos quieren declararse inmediatamente en contra de Versalles. La reunión acaba enviando al Hôtel-de-Ville a pedir la ampliación de las libertades municipales, al alcalde, jefe de la guardia nacional, que asume, además, las funciones de prefecto.

En el Ayuntamiento, el alcalde Hénon, uno de los Cinco bajo el Imperio, combate toda resistencia respecto de Versalles. El alcalde de la Guillotiere, Crestin, pedía que, por lo menos, se protestase. Hénon amenazaba con presentar la dimisión si seguían por ese camino, y proponía que se dirigiesen al prefecto, que en ese mismo momento convocaba a los batallones reaccionarios. Llegan, mientras tanto, los delegados del palacio Saint-Pierre. Hénon los recibe mal. Las diputaciones se suceden, síguense las negativas. Entretanto, los batallones de Brotteaux y de la Guillotiere se preparan; a las ocho, una densa multitud llena la plaza Terreaux y grita: "¡Viva la Comuna! ¡Abajo Versalles!" Los batallones reaccionarios no responden al llamamiento del prefecto.

Una parte del Ayuntamiento vuelve a reunirse en sesión a las nueve, mientras la otra, con Hénon, hace frente a los delegados. Ante una respuesta del alcalde, que no admite ya esperanzas, los delegados invaden la sala del Ayuntamiento. La multitud, advertida, irrumpe en el Hôtel-de-Ville. Los delegados se instalan en la mesa del Consejo y nombran alcalde de Lyon a Crestin. Éste se niega, hace ver que la dirección del movimiento corresponde a los que han tomado la iniciativa del mismo. Tras un largo tumulto, se nombra una comisión comunal, a la cabeza de la cual están cinco concejales: Crestin, Durand, Bouvatier, Perret y Velay. Los delegados hacen venir a Valentin y le preguntan si está a favor de Versalles. Responde que su proclama no deja lugar a dudas; queda detenido. Es la Comuna; disolución del Ayuntamiento, destitución del prefecto, del general de la guardia nacional, sustituido por Riccioti Garibaldi, indicado para este cargo por su nombre y por sus servicios en el ejércitos de los Vosgos. Estas resoluciones, anunciadas a la multitud, son aclamadas. La bandera roja vuelve a ondear en el balcón principal.

Desde las primeras horas del día 23, los cinco concejales nombrados la víspera se vuelven atrás, y los insurrectos tienen que presentarse solos en Lyon y en las ciudades vecinas: *"La Comuna* -dicen- *debe mantener para Lyon el derecho a establecer y percibir sus impuestos, a formar su policía y disponer de su guardia nacional, dueña de todos los puestos y de los fuertes"*. Este programa fue ligeramente desarrollado por los comités de la guardia nacional y de la Alianza Republicana. *"Con la Comuna se aliviarán los impuestos, no se derrochará el dinero público, se implantarán las instituciones sociales ansiadas por los trabajadores. No pocas miserias y sufrimientos serán aliviados hasta que hagamos desaparecer la odiosa plaga social del pauperismo"*. Proclamas insuficientes, sin conclusiones, mudas respecto al peligro que corría la República, acerca de la conspiración clerical, únicas palancas capaces de sublevar a la pequeña burguesía.

La comisión se encontró en seguida aislada. Había podido tomar el fuerte de Charpennes, acumular cartuchos, disponer cañones y ametralladoras en torno al Hôtel-de-Ville. Los batallones populares, con excepción de dos o tres, se habían retirado sin dejar un piquete, y la resistencia se iba organizando. El general Crouzat reclutaba en la estación a los soldados, marinos y movilizados diseminados por Lyon. Hénon nombraba general de la guardia nacional a Bouras, antiguo oficial del ejército de los Vosgos; los oficiales de los batallones del orden protestaban contra la Comuna y se ponían a las órdenes del Consejo Municipal constituido en el gabinete del alcalde, a dos pasos de la comisión,

Esta, en el colmo de la perplejidad, invitó al Consejo a que volviera a ocupar el Salón de sesiones. El Consejo llegó a las cuatro. La comisión le cedió el sitio, ocupando los guardias nacionales la parte reservada al público. De haber habido un poco de vigor en aquella clase media, alguna previsión de los furores conservadores, los concejales republicanos hubieran encabezado el impulso popular. Pero unos constituían esa aristocracia comercial que desprecia a los pobres; otros eran de esos orgullosos que pretenden administrar a los trabajadores, no emanciparlos. Mientras deliberaban sin atinar a resolver nada, los guardias nacionales les lanzaron algunos apóstrofes. Se ofendieron, y levantaron bruscamente la sesión para ir a redactar una proclama con Hénon.

Por la noche, Amouroux y dos delegados del Comité Central de París llegaron al Club de la calle Duguesclin. Fueron llevados al Hôtel-de-Ville, desde cuyo balcón principal arengaron a la multitud. Esta respondió: "¡Viva París! ¡Viva la Comuna!" El nombre de Riccioti fue también aclamado.

Los delegados, jóvenes sin ninguna experiencia de la política y de las provincias, no podían dar vida

a aquel movimiento. El 24 no quedaban en la plaza Terreaux más que algunos grupos de curiosos. Los cuatro grandes periódicos de Lyon "repudiaban enérgicamente toda connivencia con las insurrecciones parisienses, lyonesas o cualesquiera que fuesen". El general Crouzat propalaba el rumor de que los prusianos, acampados en Dijon, amenazaban con ocupar Lyon en veinticuatro horas si no se restablecía el orden. La comisión, cada vez más desconcertada, se volvió otra vez hacia el Consejo Municipal que residía en la Bolsa, y propuso abandonarle la administración. "¡No, dijo el alcalde, no aceptaremos jamás la Comuna!" Y, como estaban anunciados los guardias móviles de Belfort, el Consejo decidió hacerles un solemne recibimiento.

Las negociaciones habían durado toda la tarde y parte de la noche. Poco a poco, se desguarnecía el Hôtel-de-Ville. A las cuatro de la mañana no quedaban más que dos de los miembros de la comisión; se retiraron, relevando a los centinelas que guardaban al prefecto. Por la mañana, Lyon se encontró con que su Comuna se había desvanecido.

Saint-Etienne.

La misma noche en que se extingue en Lyon, el movimiento estalla en Saint-Etienne. Desde el 31 de octubre, en que faltó poco para proclamar oficialmente la Comuna, los socialistas no habían cesado de reclamarla, no obstante la resistencia y las amenazas del Consejo Municipal.

Había dos focos republicanos: el Comité de la Guardia Nacional, empujado por el club revolucionario de la calle de la Vierge, y la Alianza Republicana, que agrupaba a los republicanos avanzados. El Consejo Municipal estaba formado, con dos o tres excepciones, por esos republicanos que no saben resistir al pueblo más que para hacerse destrozar por la reacción. El Comité y la Alianza coincidían en pedir la renovación del Consejo.

El 18 de marzo entusiasmó a los obreros. El órgano radical, "L'Eclaireur" decía: "Si la Asamblea domina, se acabó la República; si, por otra parte, los delegados de París se separan del Comité Central, es que tienen muy buenas razones para ello". El pueblo se lanzó de frente. El 23, el Club de la calle de la Vierge envió sus delegados al Hôtel-de-Ville a pedir la implantación de la Comuna. El alcalde prometió exponer la cuestión a sus colegas. La Alianza pidió que se uniesen al Consejo cierto número de delegados.

El 24 volvieron las delegaciones. El Consejo anunció que presentaba la dimisión y que seguirla trabajando hasta que fuese sustituido por los electores, a quienes se convocaría en breve plazo. El mismo día, el prefecto interino, Morellet, conjuraba a la población a que no proclamase la Comuna, a que respetase la autoridad de la Asamblea. A las siete de la tarde, una compañía de guardias nacionales revelaba a la guardia a los gritos de "¡Viva la Comuna!" El Comité Central pidió a la Alianza que se le uniese para tomar el Hôtel-de-Ville. La Alianza se negó, dijo que bastaba la promesa del Consejo, que los movimientos de París y de Lyon no eran claros, que era preciso afirmar el orden y la tranquilidad públicos.

Durante estas negociaciones, el Club de la Vierge acusaba de debilidad a sus primeros delegados, decidía enviar otros, y los acompañaba para que no pudiesen flojear. A las diez, dos columnas de cuatrocientos hombres se presentan ante las verjas del Hôtel-de-Ville, cerrado por orden del nuevo prefecto, L'Espée, autócrata de fábrica, que llegaba muy decidido a reducir a los turbulentos. La multitud destroza la verja, hasta que entran los delegados, que piden la Comuna y, mientras tanto, el nombramiento de una comisión popular. El alcalde se niega. Morellet se empeña en demostrar que la Comuna es una invención prusiana. Desesperando de convertir a los delegados, va a avisar a L'Espée -la prefectura está en la alcaldía- y los dos, escurriéndose por el jardín, corren a unirse al general Lavoye, que manda la división.

A media noche, los delegados, que no habían conseguido nada, decidieron que nadie abandonase el Hôtel-de-Ville y fueron a decir a los manifestantes que les avisasen de cualquier novedad que hubiese. Unos fueron a buscar armas, otros penetraron en la sala de los sensatos munícipes, donde celebraron una reunión. Los delegados, que acababan de saber el fracaso de Lyon, vacilaban. El pueblo, quería que se tocase a llamada. El alcalde se negó. A las siete encontró una salida y prometió proponer un plebiscito sobre el establecimiento de la Comuna. Un delegado leyó esta declaración al pueblo, que abandonó inmediatamente el Hôtel-de-Ville.

En este mismo momento, L'Espée tuvo la feliz ocurrencia de hacer tocar la llamada que el pueblo reclamaba desde media noche. Reunió a algunos guardias nacionales del orden, entró en el Hôtel-de-Ville, completamente evacuado, y gritó victoria en una proclama. El Consejo Municipal acudió a comunicarle el acuerdo tomado por la mañana; L'Espée se negó a señalar fecha para las elecciones; el general le había prometido el apoyo de la guarnición.

A las once de la mañana, la llamada del prefecto reunió a los batallones populares. Algunos grupos gritan ante el Hôtel-de-Ville: "¡Viva la Comuna!" De l'Espée hace venir a su tropa; doscientos cincuenta soldados de infantería y dos escuadrones de húsares que llegan, haciéndose los remolones. La multitud los rodea, el Consejo Municipal protesta; el prefecto tiene que mandar a los soldados retirarse. No quedan frente a la multitud, en el Hôtel-de-Ville, más que una fila de bomberos y dos compañías, de las que sólo una es del orden.

A eso de mediodía, una delegación exige del Consejo Municipal que cumpla su promesa. Los consejeros presentes -muy pocos- consentirían en que se les uniesen dos delegados por compañía. De l'Espée rechaza toda concesión. A las cuatro, se presenta una delegación del comité de la guardia nacional, muy numerosa. El prefecto no quiere admitirla; habla de atrincherarse, de blindar las verjas. Los bomberos apuntan a tierra sus armas, dejan el paso libre a los que llegan, y De l'Espée se ve obligado a recibir algunos delegados.

Fuera, la multitud se irrita ante estas negociaciones. A las cuatro y media llegan los obreros de la manufactura de armas. De una de las casas de la plaza parte un disparo, y mata a un obrero de las pasamanerías, llamado Lyonnet. Responden cien disparos, redobla el tambor, suenan los clarines, los batallones se lanzan hacia el Hôtel-de-Ville, mientras se registra la casa de donde se cree que ha partido la agresión.

Al ruido de estos disparos, el prefecto rompe la conferencia y emprende de nuevo su fuga de la noche antes. Se equivoca de pasillo; le reconocen y le detienen, lo mismo que al sustituto del procurador de la República, en unión del cual lo llevan a la sala grande y lo sacan al balcón. La multitud le abuchea, convencida de que ha sido él quien ha ordenado disparar contra el pueblo. Un guardia nacional del orden. Ventavon, trata de salir de la alcaldía, la gente le toma por el matador de Lyonnet y lo pasean en las parihuelas que han servido para llevar el cadáver al hospital.

El prefecto y el sustituto se quedan en la sala grande, caldeada como un horno. Se acusa a L'Espée de haber mandado disparar el año antes contra los mineros de Aubin. Protesta; él no ha dirigido esas minas, sino las de Archambault. Se exige de él que proclame la Comuna o que dimita. De I'Espée se resiste, discute. Poco a poco, la multitud, cansada, se retira. A las ocho, sólo quedan en la sala una docena de guardias, y los presos toman algún alimento. El presidente de la comisión que se organiza en una sala vecina, viendo que todo está tranquilo, se retira. A las nueve vuelve la multitud. Renace la cólera. El pueblo le grita al prefecto: "¡La Comuna! ¡La Comuna! ¡Qué firme!" De l'Espée se ofrece a firmar, con tal de que se le deje añadir que ha sido obligado a ello. Estaba con el sustituto, en manos de dos exaltados, Victoire y Fillon: este último, antiguo proscrito, cerebro desequilibrado, tan pronto se volvía contra la multitud como contra los prisioneros. A las diez se produce una algarada; Filion se vuelve, hace dos disparos de revólver, al azar, mata a su amigo Victoire y hiere a un tambor. Instantáneamente, los guardias se echan los fusiles a la cara; Fillon y De I'Espée caen muertos. El sustituto, cubierto por el cuerpo de Filion, ha escapado a la descarga. Al día siguiente fue puesto en libertad, al igual que Ventavon.

Durante la noche, se constituyó una comisión -formada por oficiales de la guardia nacional y por los oradores del Club de la Viérge- que hizo ocupar la estación, se apoderó del telégrafo, de los cartuchos, del polvorín, y convocó a los electores para el día 29. *"La Comuna* -dijo- *no es ni el incendio, ni el robo, ni el saqueo, como muchos se complacen en repetir, sino la conquista de las libertades* y *de la independencia que nos habían arrebatado las legislaciones imperial y monárquica; es la verdadera base de la República"*. En aquella colmena obrera, al lado de los mineros de la Ricamarie y de Firrniny, no se dedicaba ni una sola palabra a la cuestión social. La comisión no supo más que tocar a llamada, que no dio resultado.

Al día siguiente, domingo, la tranquila ciudad leía los pasquines de la Comuna, pegados junto a los llamamientos del general y del procurador. El general pedía al Consejo Municipal que retirase su dimisión; fue a decir a los concejales refugiados en su cuartel: "Mis soldados no quieren batirse, pero yo tengo mil fusiles. Si quieren ustedes servirse de ellos, ¡adelante!" El Consejo no descubrió en sus miembros ninguna aptitud militar, y, al mismo tiempo, como en Lyon, se negó a enviar a nadie al Hôtel-de-Ville, "puesto que no se debe tratar más que con gentes honradas".

El 27, la Alianza y L'Eclaireur se separaron por completo. La comisión se dislocó. Por la noche, los pocos fieles que quedaban recibieron a dos jóvenes enviados de Lyon por Amouroux. Hablaron de resistencia, y el Hôtel-de-Ville quedó limpio de defensores. El 28, a las seis de la mañana, no había más que un centenar de hombres cuando el general Lavoye se presentó con los francotiradores de los Vosgos y algunas tropas que habían llegado de Montbrison. Se envió un parlamentario a los guardias nacionales, a los que conjuró a que depusiesen las armas, con el fin de evitar la efusión de sangre. Consintieron en evacuar la alcaldía.

Siguiéronse numerosas detenciones. Los conservadores contaron que entre los matadores del prefecto se habían visto caníbales. Su sucesor, Ducros, el autor de los puentes demasiado cortos del Marne, que fue más tarde el famoso prefecto del Orden moral, declaró en estos términos ante la comisión versallesa: "No se respetó su cadáver; le hicieron saltar la cabeza. Por la noche, cosa espantosa, uno de los hombres que tomó parte en el asesinato y que ha comparecido ante la justicia, fue a un café ofreciendo a los consumidores algunos trozos del cráneo de L'Espée, del que hacía crujir entre sus dientes algunos pedazos". Ducros precisaba: "Ese hombre había sido detenido, juzgado y absuelto". Horrible imaginación que han fustigado hasta los radicales de Saint-Etienne, bien poco simpatizantes con la Comuna, en la que "L'Eclaireur" veía un

movimiento bonapartista. Los trabajadores se dieron perfecta cuenta de que estaban vencidos, y en el solemne entierro de De l'Espée, se oyeron sordas protestas.

Le Creusot.

Igual derrota de los proletarios en Le Creusot, donde, sin embargo, los socialistas administraban la ciudad desde el 4 de septiembre. El alcalde era Dumay, antiguo obrero fabril. El 25 de marzo, ante las noticias de Lyon, se habló de proclamar la Comuna. El 26, los guardias nacionales, al ser revistados gritaron: "¡Viva la Comuna!" y la multitud les acompañó hasta la plaza del Ayuntamiento, ocupada por el coronel de coraceros Gerhardt, Este da orden de hacer fuego; la infantería se niega. Quiere hacer cargar a la caballería; los guardias calan las bayonetas e invaden la alcaldía. Dumay promulga la destitución de los versalleses y proclama la Comuna. Después, como en todas partes, se quedan cruzados de brazos. El comandante de Le Creusot vuelve al día siguiente con refuerzos, dispersa a la multitud que se estacionaba, curiosa y pasiva, en la plaza, y se apodera del Ayuntamiento.

En cuatro días, todos los focos revolucionarios del Este, Lyon, Saint-Etienne y Le Creusot, caen batidos. Bajemos por el Ródano y corrámonos al Mediodía.

Capítulo XII. La Comuna de Marsella, Toulouse y Narbone.

Desde las elecciones del 8 de febrero, Marsella había vuelto a experimentar la efervescencia de la guerra. El advenimiento de los reaccionarios, el nombramiento de Thiers, la vergonzosa paz hecha de cualquier manera, la monarquía entrevista, los desafíos y las derrotas, todo lo había sentido tan vivamente como París la valerosa ciudad. La noticia del 18 de marzo cayó en un polvorín. Sin embargo, se esperaban informes, cuando el 22 llegó el parte de Rouher-Canrobert,

Inmediatamente se llenaron los clubs, verdaderos focos de la férvida vida marsellesa. Los radicales, prudentes y metódicos, dominaban el Club de la Guardia Nacional. Las corrientes populares se manifestaban en el "Eldorado" donde se aplaudía a Gaston Crémieux, hombre de palabra elegante y femenina, con verdaderos aciertos, como lo demostró en Burdeos. Gambetta le debía su elección por Marsella en el 69. Acudió al Club de la Guardia Nacional, denunció a Versalles, dijo que no se podía dejar que pereciese la República, que había que hacer algo. El club, aunque muy indignado ante las noticias, no quiso precipitar los acontecimientos. Las proclamas del Comité Central no anunciaban, decía, una política francamente definida. Firmadas por desconocidos, tal vez fuesen obra bonapartista.

El argumento resultaba ridículo en Marsella, donde era el despacho de Thiers el que provocaba la indignación. ¿Quiénes olían a bonapartismo, aquellos desconocidos sublevados contra Versalles, o Thiers, que protegía a Rouher y a sus ministros y se jactaba de la oferta de Canrobert?

Después de un discurso del sustituto del procurador de la República, Bouchet, Gaston Crémieux volvió sobre su primer impulso y, acompañado de delegados del club, se trasladó al "Eldorado". Leyó, comentó "L'Officiel" de París y, arrastrado por sus propias palabras, acabó diciendo: "El gobierno de Versalles ha levantado su muleta contra lo que llama la insurrección de París; pero la muleta se ha destrozado en sus manos, y de ella ha surgido la Comuna. Juremos que estamos unidos para defender al gobierno de París, único que reconocernos".

La población se contenía aún. El prefecto la abofeteó con una estúpida provocación. El almirante Cosnier, marino distinguido, perfecta nulidad política, ajeno a aquel medio al que acababa de llegar, fue el instrumento de la reacción. Ésta había chocado ya varias veces, desde el 4 de setiembre, con la guardia nacional -los cívicos- que habían proclamado la Comuna y expulsado a los jesuitas. El padre Tissier, aunque ausente, continuaba dirigiéndola. La moderación de los clubs le pareció cobardía; se creyó bastante fuerte para un golpe estrepitoso.

Por la noche, el almirante celebró consejo con el alcalde Bories, que había arrastrado a las coaliciones clerical-liberales al procurador de la República Guibert, tímido y fluctuante, y al general Espivent de la Villeboisnet, una de esas sangrientas caricaturas que engendran las guerras civiles del Ecuador para abajo. Legitimista obtuso, devoto embrutecido, general de antecámara, antiguo miembro de comisiones mixtas, expulsado de Lille durante la guerra por el pueblo indignado ante su inepcia y sus antecedentes, aportó a la prefectura la consigna de los curas y de los traganiños reaccionarios: una manifestación de la guardia nacional en favor de Versalles. Más hubiera hecho, sin duda, de haber sido toda su guarnición algo más que unos cuantos desechos del ejército del Este y de los artilleros desbandados. El almirante-prefecto, totalmente engañado, aprobó la manifestación y dio orden al alcalde y al coronel de la guardia nacional para que se aprestasen a ella.

El 23 de marzo, a las siete de la mañana, suena el tambor y responden los batallones populares. A las diez, están alineados en Cours du Chapitre, mientras forma en Cours Saint-Louis la artillería de la guardia nacional. A mediodía, francotiradores, guardias nacionales, soldados de todas las armas, se mezclan y agrupan en Cours Belzunce. Los batallones de la Belle-de-Mai y de Endoume llegan gritando: "¡Viva París!" Los batallones del orden faltan a la cita.

El Consejo Municipal se asusta, desautoriza la

manifestación fija una proclama republicana. El Club de la Guardia Nacional se une al Consejo y pide que vuelva a París la Asamblea, que se incapacite para el desempeño de los cargos públicos a todos los cómplices del Imperio.

Los batallones no se mueven de su sitio, gritan: "¡Viva París!" Pasan frente a ellos oradores populares, los arengan. El club, que ve inminente la explosión, envía a Crérníeux, Bouchet y Frayssínet a pedir al prefecto que dé orden de romper filas y que dé cuenta de los partes recibidos de París. Los delegados discuten con Cosnier, cuando en la plaza se alza un inmenso clamor. La prefectura está sitiada.

Cansados por un plantón de seis horas, los batallones se habían puesto en conmoción, con sus tambores a la cabeza. Varios millares de hombres desembocan en la Canebiere y, bajando por la calle Saint-Ferréol, se presentan ante la prefectura. Los delegados del club parlamentan, suena un disparo. La multitud se arremolina, detiene al prefecto, a sus dos secretarios y al general Ollivier. Gastan Crémieux aparece en un balcón, habla de los derechos de París, recomienda que se mantenga el orden. La multitud aplaude y continúa invadiéndolo todo, busca, quiere armas. Crémieux organiza dos columnas y las envía a las forjas y a los astilleros de Menpenti, que entregaron sus fusiles.

La ciudad, del pueblo.

Se forma, en mitad del tumulto, una comisión de seis miembros: Crérnieux, Job, Etíenne, mozo de cuerda; Maviel, zapatero; Guillard, ajustador, y Allerini. Deliberan en medio de la multitud. Crémieux propone que se ponga en libertad al almirante y a los demás. El pueblo quiere que sigan presos como rehenes. Al almirante lo llevan a una habitación vecina, donde queda estrechamente custodiado. Le piden que dimita, singular manía de todos estos movimientos populares. Canier, completamente desorientado, firma, como un hombre honrado que quiere evitar la efusión de sangre. Meses más tarde, injuriado por los reaccionarios y temiendo que se interpretase la dimisión como una cobardía, se levantó la tapa de los sesos.

La comisión hizo saber que concentraba en sus manos todos los poderes, y, dándose perfecta cuenta de que debía ampliar su base, invitó al Consejo Municipal y al Club de la Guardia Nacional a que le enviasen cada uno tres delegados. El Consejo designó a David Bosc, Desservy y Sidore; el club, a Bouchet, Cartoux y Fulgéras. Al día siguiente publicaron una proclama moderada: "Marsella ha querido evitar la guerra civil provocada por las circulares de Versalles. Marsella apoyará al gobierno republicano regularmente constituido que resida en la capital. La comisión departamental, formada con el concurso de todos los grupos republicanos, velará por la República hasta que una nueva autoridad, emanada de un gobierno regular, que resida en París, venga a relevarla".

Los nombres del Consejo Municipal y del club tranquilizan a la clase media. Los reaccionarios continúan escondiendo la cabeza. El ejército había evacuado la ciudad durante la noche. Abandonando al prefecto en el hondón a que él mismo lo había arrojado, el cobarde Espivent había ido a ocultarse, al ser invadida la prefectura, en casa de la querida de un comandante de la guardia nacional, al que hizo condecorar más tarde por este servicio de orden moral. A media noche logró escabullirse, reuniéndose con las tropas que, sin que nadie las molestase, llegaron al pueblo de Aubagne, a 17 kilómetros de Marsella.

La ciudad quedaba por entero en manos del pueblo. Este completo triunfo hizo perder la cabeza a los más entusiastas. En esta ciudad del sol no hay matices. El cielo, el campo, los caracteres, tienen colores crudos, de batalla. El 24, los cívicos enarbolaron la bandera roja. La comisión, que se reunía bajo su dependencia, les pareció tibia. Sidore, Desservy, Fulgéras se abstenían de acudir a la prefectura. Cartoux había ido a informarse a París. Todo el peso descansaba sobre Bosc y Bouchet, que se esforzaban, con Gastan Crémieux, en encauzar el movimiento, consideraban peligrosa la bandera roja e inútil el conservar rehenes. No tardaron en hacerse sospechosos por esto, y fueron amenazados. El 24 por la noche, Bouchet, desalentado, presentó su dimisión; Gastan Crémieux fue a quejarse al Club de la Guardia Nacional, y Bouchet consintió en volver a su puesto.

Por la ciudad corría el rumor de estos desacuerdos. La comisión anunció el 25 que "la unía al Consejo Municipal la inteligencia más estrecha". El mismo día, el Consejo se declaraba único poder existente, y exhortaba a los guardias nacionales a que saliesen de su apatía. Comenzaba entre la reacción y el pueblo un juego miserable, copiado de los diputados de la izquierda, en los que se apoyaba Dufaure en sus despachos.

Espivent imitaba la táctica de Thiers. Desvalijó a Marsella de todas sus administraciones. Las cajas públicas, los servicios de la plaza habían huido a Aubagne. Mil quinientos garibaldinos del ejército de los Vosgos, que estaban esperando a ser repatriados, soldados que volvían a sus depósitos de África, sin pan, sin dinero, sin hoja de ruta, se hubieran quedado en medio del arroyo de no haber hecho Crémieux y Bouchet que el consejo nombrase un intendente provisional. Gracias a la comisión, los que habían derramado su sangre por Francia recibieron pan y abrigo. Crémieux les dijo en una proclama: "Cuando sea preciso, os acordaréis de la mano fraternal que os hemos tendido". ¡Apacible entusiasta que veía la revolución en forma de bucólica!

El día 26 se acentuó el aislamiento. Nadie se

armaba contra la comisión, pero nadie se unía tampoco a ella. Casi todos los alcaldes del departamento se negaban a hacer pegar en sitios públicos sus proclamas. En Arles fracasó una manifestación en favor de la bandera roja. Los huéspedes de la prefectura no hacían nada por explicar su bandera, y en esta calma chicha, ante Marsella curiosa, colgaba del campanil la bandera, in móvil y muda como un enigma.

Toulouse.

La capital del suroeste veía morir su movimiento. Toulouse se había estremecido ante el golpe del 18 de marzo. En Toulouse -en el barrio Saint-Cyprien- vibra una población obrera inteligente y valerosa. Formaba parte el núcleo de la guardia nacional y desde el día 19 se relevaban en los puestos al grito de "¡Viva París!" Fueron a pedirle al prefecto Duportal, antiguo proscrito del 51, que se pronunciase en pro o en contra de París. "L'Emancipation" que inspiraba Duportal, hacía campaña contra los rurales, y el prefecto había acentuado en una reunión pública la nota republicana. Los clubs le acuciaron, imponiendo a los oficiales de la guardia nacional el juramento de defender la República, pidiendo cartuchos. Thiers, al ver que Duportal seguiría fatalmente la pendiente, nombró en su lugar a Kératry, el antiguo prefecto de policía del 4 de setiembre. Llegó Kératry en la noche del 21 al 22, se enteró de que la guarnición no pasaba de 600 hombres desbandados, que toda la guardia nacional se declararía a favor de Duportal, y se batió en retirada hacia Agen.

El 22, la guardia nacional preparaba una manifestación para apoderarse del arsenal. Duportal y el alcalde acudieron al Capitolio, el Hôtel-de-Ville de Toulouse. El alcalde declaró que la revista no se celebraría. Duportal, que dimitiría antes que pronunciarse. Los generales, asustados ante el empuje del *faubourg,* se refugiaron en el arsenal. El alcalde y la comisión municipal escurrieron el bulto, y Duportal, en su prefectura, parecía tanto más destinado a las simpatías de la guardia nacional. Se esforzó por tranquilizar a los generales, les habló de su firme resolución de mantener el orden en nombre del gobierno de Versalles, único cuya legitimidad reconocía, y supo infundirles el convencimiento suficiente para que escribiesen a Thiers que le mantuviese en su puesto. Kératry, apoyándose en sus declaraciones, le pidió su apoyo para tomar posesión de la prefectura. Duporal le dio cita ante los oficiales de los móviles y de la guardia nacional, convocados para el siguiente día 24. El otro comprendió y se quedó en Agen.

En esta reunión debían recibirse los alistamientos para Versalles. De sesenta, sólo se ofrecieron cuatro oficiales de los móviles. Los de la guardia asistían en ese mismo momento a una manifestación que no podía ser más diferente, organizada contra Kératry. A la una, dos mil hombres salen de la plaza del Capitolio y se dirigen a la prefectura. Duportal recibe a los oficiales. Lejos de sostener a la Asamblea, están dispuestos, dicen, a ir contra ella. Si Thiers no quiere hacer la paz con París, ellos proclamarán la Comuna. De todos los rincones se alzan gritos de "¡Viva la Comuna! ¡Viva París!" Los oficiales se exaltan, deciden la prisión de Kératry, proclaman la Comuna, obligan a Duportal a ponerse al frente de ella. Él se niega y ofrece solamente consejos. Los oficiales le acusan de desmayar, le deciden a que vaya a la plaza de la prefectura, donde los guardias nacionales le aclaman. La manifestación vuelve al Capitolio.

Apenas han llegado a la sala grande, los directores del cotarro parecen en el colmo de la perplejidad. Ofrecen la presidencia al alcalde, a otros munícipes que hurtan el cuerpo, a Duportal, que sale del apuro redactando un manifiesto, al que se da lectura desde el balcón principal. La Comuna de Toulouse declara querer la República una e indivisible, conjura a los diputados de París a que hagan de intermediarios entre el gobierno y la gran ciudad, y a Thiers a que disuelva la Asamblea. La multitud aclama a esta Comuna, que creía en los diputados de la izquierda y en un Thiers oprimido.

Por la noche, los oficiales de la guardia nacional nombraron una comisión ejecutiva en la que no figuraban los principales directores del movimiento. La comisión se contentó con fijar el manifiesto, no se preocupó de adoptar las menores precauciones, ni siquiera la de tomar la estación. Los generales, con todo, no se atrevían a moverse del arsenal.

El día 26, el primer presidente y el procurador general fueron a unírseles, y lanzaron una proclama para agrupar en torno suyo la población. La guardia nacional quería responder apoderándose del arsenal, y el barrio Saint-Cyprien se dirigió inmediatamente a la plaza del Capitolio. La comisión ejecutiva prefirió negociar, mandó a decir al arsenal que se disolvería si el gobierno nombraba un prefecto republicano en lugar de Kératry, y abandonó por completo a Duportal, que no había hecho nada por ponerse en cabeza del movimiento. Las negociaciones duraron toda la noche. Los guardias nacionales se volvieron a casa, creyéndolo todo terminado.

Kératry, informado de estos desfallecimientos, llegó el 27 con tres escuadrones de caballería, se dirigió al arsenal, rompió todas las negociaciones y dio la orden de marcha. A la una, el ejército del orden sale con doscientos soldados desparejados. Un destacamento ocupa el puente de Saint-Cyprien para aislar a este barrio de la ciudad; otro se dirige a la prefectura; el tercero, con el general Nansouty, Kératry y los magistrados, marcha contra el Capitolio. Trescientos hombres guarnecen los patios, las ventanas, la terraza. Kératry despliega sus tropas, enfila seis piezas a sesenta metros del edificio, al alcance de los fusiles de los insurgentes. El primer

presidente y el procurador general avanzan para parlamentar; Kératry hace algunas intimaciones, que el griterío ahoga. Una sola descarga al aire hubiera dispersado a estos asaltantes, si los dirigentes no hubiesen huido del Capitolio. El arrojo de unos pocos hombres iba a hacer que se entablase la lucha, cuando la Asociación Republicana intervino y persuadió a los guardias nacionales de que debían retirarse. La toma de la prefectura fue menos difícil aún, y aquella misma noche Kératry durmió en el lecho de Duportal. Los miembros de la comisión ejecutiva publicaron al día siguiente un manifiesto que les aseguró la impunidad; uno de ellos se hizo nombrar alcalde por Kératry.

La generosa población obrera de Toulouse, sublevada al grito de "¡Viva París!", fue abandonada de esta suerte por los mismos que la habían insurreccionado. Desastroso fracaso para París, porque el suroeste hubiera seguido a Toulouse.

Narbona.

El hombre de cabeza y de acción que faltó en los movimientos del Mediodía se encontró en la insurrección de Narbona. La vieja ciudad, gala por el empuje, romana por la tenacidad, es el verdadero foco de la democracia en el Aude. En ninguna parte, durante la guerra, se protestó más vigorosamente contra las flaquezas de la Delegación. La guardia nacional de Narbona no tenía fusiles cuando la de Carcassona estaba armada desde hacía mucho tiempo. Al recibir la noticia del 18 de marzo, Narbona no vaciló, se puso al lado de París. Para proclamar la Comuna se pensó inmediatamente en Digeon, proscrito del Imperio, hombre de convicciones arraigadas y de carácter seguro. Digeon, tan modesto como resuelto, ofreció la dirección del movimiento a su camarada de destierro, Marcou, conocido jefe de la democracia en el Aude y uno de los más fogosos adversarios de Gambetta durante la guerra. Marcou, astuto abogado, por miedo a comprometerse y temiendo la energía de Digeon en la capital del distrito, le empujó hacia Narbona. Llegó el 23 y pensó primeramente en convenir el Consejo Municipal a la idea de la Comuna. El alcalde, Raynald, se negó a reunir el Consejo, y el pueblo invadió el Hôtel-de-Ville el 24 por la noche, se armó con los fusiles que la municipalidad tenía en su poder, e instaló en la casa consistorial a Digeon y a sus amigos. Digeon salió al balcón, proclamó la Comuna de Narbona unida a la de París y adoptó inmediatamente medidas defensivas.

Al día siguiente, el alcalde trató de reunir la guarnición, y algunas compañías aparecieron ante el Hôtel-de-Ville. El pueblo, sobre todo las mujeres, entusiastas de la Comuna, dignas de sus hermanas parisienses, desarmaron a los soldados. Un capitán y un teniente fueron detenidos como rehenes. El resto de la guarnición fue a encerrarse en el cuartel Saint-Bernard. Raynald, que persistía en animar la resistencia, fue detenido por la multitud el 26. Digeon puso a los tres rehenes a la cabeza de un destacamento de guardias nacionales, se apoderó de la prefectura, dejó algunos piquetes en la estación y en el telégrafo. Para armarse, forzó el arsenal, donde, a pesar del teniente que mandaba el fuego, los soldados entregaron sus fusiles. Ese mismo día llegaron los delegados de las Comunas vecinas, y Digeon se ocupó de generalizar el movimiento.

Se había dado perfecta cuenta de que las insurrecciones departamentales se derrumbarían inmediatamente si no estaban fuertemente unidas, y quería tender la mano a las sublevaciones de Tolouse y de Marsella. Ya Béziers, Perpiñán y Cette, habían hecho que les prometiera su apoyo. Se disponía a partir para Béziers, cuando, el 28, llegaron dos compañías de turcos, seguidas inmediatamente por otras tropas enviadas de Montpellier, Toulouse y Perpiñán. Digeon tuvo que encerrarse en la defensiva, hizo levantar barricadas, reforzó los puestos, recomendando a los sublevados que esperaran siempre a ser atacados y que apuntasen únicamente a los oficiales.

Hemos de volver sobre esto. París nos reclama. El resto de las agitaciones de provincias no pasaron de ser estremecimientos. El 28, en el momento en que París se absorbe en su júbilo, no hay en toda Francia más que dos Comunas en pie: Marsella y Narbona.

Capítulo XIII. Primeras sesiones de la Comuna. Deserción de los alcaldes y adjuntos.

La Revolución está en el pueblo, y no en la celebridad de unos cuantos personajes.

Saint-Just a la Convención. 31 de *mayo* de 1794.

Todavía vibraba la plaza, cuando unos sesenta de los concejales elegidos se congregaron en el Hôtel-de-Ville. Muchos de ellos no se habían visto nunca; la mayor parte se conocían, como amigos o como adversarios; liberales humillados por su última derrota, revolucionarios exuberantes con la victoria. El escrutinio había dado dieciséis alcaldes o adjuntos liberales, algunos irreconciliables, y sesenta y seis revolucionarios de todos los matices.[42]

[42] Ad, Adam, Méline, Rochard, Barré *(Louvre).* - Brelay, Loiseau-Pinson, Tirard, Chéron *(Bourse).* - Charles Murat *(Temple).* - Albert Le Roy, Robínet *(Luxembourg),* - Desmarets, E. Ferry, Nast *(Opéra).* -Marmottan, De Bouteiller *(Passy).*
Goupil *(Luxembourg),* - E. Lefevre *(Palais-Bourbon),* - A. Ranc, Ulysse Parent *(Opéra).*
Demay, Antoin Arnaud, Pindy, Dupont *(Temple).* - Arthur Arnould, Lefrançais, Clémence, E. Gérardin, Amouroux *(Hotel-de-Vil1e).* - Regere, Jourde, Iridon, Blanchet, Ledrot *(Panthéon).* Beslay, Varlin *(Luxembourg).* - Parizel, Urbain, Brunel *(Palais-Bourbon).* - Raoul Rigault, Vaillant, Arthur Arnould, Jules Alix *(Champs-Elysées).* -

Duraba aún el eco del fervor del sitio y de las últimas semanas. Por más que el Comité Central hubiese dicho el día 19: preparad vuestras elecciones comunales, y aunque "L'Officiel" había trazado algo así como un programa, ningún distrito, salvo dos o tres, había dispuesto sus preparativos. Por propio impulso, los barrios ricos habían elegido muchos alcaldes o adjuntos; los barrios populares, a algunos veteranos de la República: Delescluze, Gambon, Blanqui, detenido el 17 en provincias, Félix Pyat, Jules Miot, Ch. Beslay, uno de los militantes del Imperio y del sitio, Flourens, Tridon, Vermorel, Valles, Lefrançais, Vaillant, Raoul Rigault, Ferré, Cournet, Paschal Grousset, etc., revueltos con celebridades de mitin. El Comité Central no se había presentado a los electores; a pesar de ello, fueron elegidos algunos de sus miembros: Jourde, Mortier, Assi, Billioray, etc.

Veinticinco obreros, de los cuales sólo trece pertenecían a la Internacional, representaban el pensamiento, el esfuerzo; el honor del proletariado parisiense: Malon, Varlin, Duval, Theisz, Avrial, Ranvier, Pindy, Langevin, Amouroux, Frankel, Champy, etc. La inmensa mayoría revolucionaria estaba constituida, por tanto, por pequeños burgueses, empleados, contables, médicos, maestros, hombres de ley, publicistas (hubo hasta doce de éstos). De los inocentes de la política que fueron los del Comité Central, París, por una consecuencia inevitable, pasaba a los socialistas y a los políticos conocidos desde hacía tiempo en sus respectivos círculos. La mayor parte de los concejales elegidos eran sumamente jóvenes; algunos de ellos tenían, a lo sumo, veinticinco años.

La primera sesión.

El encuentro tuvo lugar a las nueve, en la sala de la antigua comisión municipal del Imperio, que da a la famosa escalera, de doble vuelta, del patio Luis XIV. Fue un encuentro ocasional; el Comité Central no había dejado ninguna orden de recepción.

La presidencia correspondía al "tío" Beslay. Con sus setenta y dos años,[43] flaco, de estatura más que regular, dotado de una huesuda armazón bretona, hijo de un diputado liberal, elegido en 1830 y en 1848, Beslay había ido pasando, en una marcha ascendente, del liberalismo a la República, y, dueño de industrias prósperas, al socialismo. Con ser uno de los fundadores de la Internacional, se negó a entrar en los consejos de ésta, diciendo a los obreros: "Arreglaos entre vosotros; no deis acogida a los capitalistas ni a los patronos". Después de la invasión, a los setenta y un años, corre a Metz, se encuentra con un hulano cerca de Saint-Privat, y lo tiende en tierra con su bastón de nudos. Logra volver a París, alienta a la gente a la defensa, firma los pasquines de la Corderie, hostiga a su compatriota Trochu, y se expone a ser detenido. Es un raro superviviente de una burguesía vigorosa; pero aún es más raro como ejemplo del agradecimiento del pueblo, que lo envió al Hôtel-de-Ville.

No es una sesión lo que preside, sino un choque confuso de mociones que corta a veces el rumor de los guardias nacionales acampados en el patio. Paschal Grousset y Mortier piden que sea Blanqui presidente honorario, y hubiera habido una discusión a cuenta de ello, de no haber presentado Lefrançais la siguiente moción previa: *"La Guardia Nacional y el Comité Central han contraído evidentes méritos respecto de París y de la República",* votada por aclamación. Lefrançais, Rane y Vallès quedan encargados de redactar una proclama, de acuerdo -pide J. B. Clément- con el Comité Central, cuyos delegados esperan en una sala vecina. Se encarga a Lefrançais de unirse a ellos. Se habla de someter a revisión las elecciones, con arreglo a tal o cual ley. Los más entusiastas no sienten necesidad de ninguna ley, proponen el orden del día, declaran que la asamblea es revolucionaria, y sobre todo no quieren que haya sesiones públicas. Danton, en la apertura de la Convención, hizo justicia a una moción idéntica. Pero la de ahora produce extrañeza en la Comuna. Arthur Arnould: "No somos el consejo de ninguna pequeña Comuna". "Somos un consejo de guerra -declara Paschal Grousset-, no tenemos necesidad alguna de dar a conocer nuestras decisiones a nuestros enemigos". Varios -Jourde, Theisz-: "Hay que ser responsables siempre". Ranc hace que se aplace la cuestión hasta el día siguiente. Loiseau-Pinson pide la abolición de la pena de muerte en todos los órdenes de delitos. Vuelve a hablarse de las elecciones; las actas de diputado y de Comuna deben ser incompatibles, dicen Valles, Jourde, Theisz. En

---

Gambon, Félix Pyat, Fortuné Henry, Charnpy, Babick, Rastoul *(Encios-Sainti Laurent).* - Mortier, Delescluze, Assi, Protot, Eudes, Avrial, Verdure *(Popincourt).*Varlin, Geresme, Theisz, Fruneau *(Reuilly).* - Léo Meillet, Duval, Chardon, Léo Frankel *(Gobelins).* - Billioray, Martelet, Decamp *(Observatoire).* - V. Clément, Jules Valles, Langevin *(Vaugirard).* Varlin. E. Clément, Ch. Gérardln, Chalain, Malon *(Batignolles).* - Blanqui, Theisz, Dereure, J. B. Clément, Ferré, Vermorel, Paschal Grousset *(Montmartre).* - Oudet, Puget, Delescluze, Jules Miot, Ostyn, Flourens *(Buttes-Chaumont).* - Bergeret, Ranvier, Flourens, Blanqui *(Ménitmontant).*

Lissagaray escribe: "72 revolucionarios de todos los matices". Pero omite a *Cournet,* cuyo nombre hay que incluir entre los concejales elegidos por Buttes-Chaumont. Por otra parte, no tiene en cuenta que, como Varlin fue elegido por tres distritos a la vez, y Arnould, Theisz, Blanqui, Delescluze y Flourens por dos, hay que borrar siete nombres de la lista de "revolucionarios de todos los matices", que, como se ve, quedan reducidos a sesenta y seis (72 + 1-1). [*N. del T.*]

[43] En realidad, Beslay había nacido el 4 de julio de 1795. Por consiguiente, en marzo de 1871 no tenía setenta y dos años, sino que andaba por los setenta y seis. *(N. del E.)*

este momento, Tirard, que difícilmente lograba contenerse ante aquella balumba de proposiciones, pide la palabra: "Mí acta -dice- es puramente municipal; puesto que se ha hablado de abolición de leyes y de una Comuna que habrá de ser un consejo de guerra, yo no tengo derecho a seguir aquí por más tiempo. En cuanto a la doble acta, antes de ahora es cuando hubiera debido imponerse la rescisión", y envuelve su dimisión en una ironía: "Os dejo mis votos más sinceros; ojalá triunféis en vuestra tarea". Esta zumba, su evidente mala fe, irritan a la concurrencia. Lefrançais desestima la dimisión, quiere que se declare nula el acta; los que no pueden contenerse hablan de detención. Al fin, dejan a Tirard en libertad, atendiendo a que había dicho en la tribuna versallesca: "Cuando entra uno en el Hôtel-de-Ville, no está seguro de salir de allí".

A diferencia de Tirard, Cournet presenta su dimisión como diputado, y Delescluze explica por qué no ha dimitido en Burdeos y hoy, en cambio, está dispuesto a hacerlo. Vuelven a empezar las mociones. Se da orden de encomendar la custodia de las puertas de Passy y de Auteuil a los guardias nacionales fieles. Lefrançais vuelve a decir que los delegados del Comité Central mandan a preguntar a qué hora podrá venir dicho Comité al día siguiente, para hacer entrega de sus poderes. Por fin, se logra establecer el orden del día para la sesión siguiente.

El viejo reloj de la torre da las doce. Media noche. La Asamblea se pone en pie gritando: "¡Viva la República! ¡Viva la Comuna!" Ferré, secretario con Raoul Rigault, recoge las notas informes que habrán de constituir el acta de la reunión. Los guardias del patio gritan "¡Viva la Comuna!" al paso de los miembros elegidos para la Asamblea. París se durmió entre las charangas que se iban desvaneciendo; por primera vez desde el 18 de marzo se apagaron las luces del Hôtel-de-Ville y los centinelas no tuvieron que cambiar entre sí santo y seña alguno.

Al día siguiente, Delescluze presentó su dimisión como diputado, y declaró que optaba por la nueva acta que le había conferido París. Rochard, en cambio, siguió el ejemplo de Tirard, y se retiró. Raoul Rigault, recogiendo la proposición de la víspera, pidió la presidencia honoraria para Blanqui. Delescluze se opuso a ello, y Cournet dijo: "Respecto de Blanqui, debemos ocuparnos de hacer algo que sea más eficaz". Se decidió que la mesa estaría formada por un presidente, dos asesores y dos secretarios, y que se renovaría cada semana. Lefrançais fue elegido presidente. Antes de cederle el sitio, el "tío Beslay", con voz recia, saludó a la Comuna y definió felizmente la joven revolución: *"La liberación de la Comuna de París es la liberación de todas las comunas de la República. Más valientes que vuestros antecesores, habéis salido adelante, y puede contarse con que la República saldrá adelante con vosotros. Nuestros adversarios han dicho que maltratamos a la República.* Si *lo hemos hecho, es como a la estaca que se clava más profundamente en la tierra. La República del* 93 *era un soldado que necesitaba centralizar todas las tuerzas* de *la patria, la República del 71 es un trabajador que necesita, ante todo, libertad para hacer que la paz sea fecunda. ¡Paz y trabajo! Ese es nuestro porvenir. Ahí tenéis la seguridad de nuestro desquite y de nuestra regeneración social. La Comuna se ocupará de lo que es local; el departamento, de lo que es regional; el gobierno, de lo que es nacional. Con que no pasemos de ese límite, el país y el gobierno se sentirán felices y orgullosos al aplaudir esta Revolución tan grande, tan sencilla".* Ingenua ilusión de un viejo que, sin embargo, tenía la experiencia de una larga vida política.

La Asamblea se dividió en comisiones encargadas de los diferentes servicios: Comisión Militar, de Hacienda, de Justicia, de Seguridad General, de Trabajo y de Cambio, de Subsistencias, de Relaciones Exteriores, de Servicios Públicos, de Enseñanza. Se nombró una comisión ejecutiva permanente por un mes, compuesta por Lefrançais, Duval, Félix Pyat, Bergeret, Tridon, Eudes, Vaillant. Tres de ellos -Ouval, Bergeret y Eudes- pertenecían también a la Comisión Militar.

Se recibe, por fin, a la delegación del Comité Central. *"Ciudadanos* -dice Boursier- *el Comité Central viene a entregar en vuestras manos sus poderes revolucionarios. Volvemos a las atribuciones concedidas por nuestros estatutos. El Comité Central no puede inmiscuirse en los actos de la Comuna, único poder normal; los hará respetar, y se limitará a reorganizar la guardia nacional*". Estas explicaciones, dice el acta, son favorablemente acogidas, y el Comité Central se retira a los gritos de "¡Viva la República! ¡Viva la Comuna!"

En la sesión de la noche, los empleados de consumos vinieron a adherirse a la Comuna. Lefrançais leyó, en nombre de la comisión nombrada la víspera, una proclama que a unos pareció larga, a otros incompleta. Se encargó a otra comisión redactar un nuevo proyecto. Mientras esta comisión trabajaba, Pyat, por matar el tiempo, propuso que se aboliesen las quintas.

El 3 de marzo, Pyat se había escabullido de la Asamblea Nacional sin presentar su dimisión, de igual modo que había desertado del Hôtel-de-Ville el 31 de octubre y de la prisión días después. El 18 de marzo se había estado agazapado, ni más ni menos que el 31 de octubre. Delescluze se unió a la Asamblea desde los primeros días. Félix Pyat esperó la hora del triunfo, y la víspera de las elecciones hizo sonar los címbalos ante el Comité "que hace modesto todo nombre y pequeño todo genio". Elegido por doce mil votos en el distrito X, acudió arrogantemente al Hôtel-de-Ville.

Entre la multitud de dramaturgos, taumaturgos, románticos y visionarios que desde 1830 tiraban de las piernas a la revolución social, le correspondía a él la parte de los llamamientos al regicidio, a la chuanería revolucionaria, cartas, alegorías, brindis, invocaciones, trozos de retórica sobre los acontecimientos del día, toda la hojalatería de la Montaña, refrescada con una capa de barniz humanitario. Durante el Imperio, sus truculentos manifiestos del destierro hicieron las delicias de la policía y de los periódicos bonapartistas; excelente carne sin sustancia lanzada al pueblo, que no podía extraer de ella el menor jugo vital. Esta embriaguez de ilota era, en sus tres cuartas partes, fingida. El desmelenado, el loco de los tablados, resultaba entre bastidores astuto, retorcido, prudentísimo. En el fondo, no era más que un escéptico amargado, sincero solamente en la idolatría de sí mismo. Llegaba a la Comuna con los bolsillos atestados de decretos.

Cuando leyó su proposición, los románticos aplaudieron, y la proposición pasó volando. Por la mañana, sin embargo, se había aplaudido a Beslay, que pedía se reservasen al Estado los servicios nacionales, y el proyecto de proclama que la comisión vino a traer no erigía, ni mucho menos, a la Comuna en Constituyente. Fue votado, sin embargo, y firmado por *La Comuna de París.* Loustalot, en 1789, se quejaba de que la municipalidad de París usurpase el nombre de Comuna, que significa, decía, la universalidad de los ciudadanos. El caso era diferente en 1871, en que la Comuna se había transformado en un nombre de partido. Los elegidos el 18 de marzo tomaron el nombre de miembros de la Comuna que el público les daba, y que era preciso conservar para la claridad de la historia.

El 30 de marzo por la mañana, París supo lo que era su Comuna. *"Hoy* -decía la primera proclama-, *la esperada decisión sobre los alquileres, mañana la de los vencimientos, todos los servicios públicos restablecidos y simplificados, la guardia nacional inmediatamente reorganizada: tales serán nuestros primeros actos".* Un decreto establecía una rebaja general, para los plazos comprendidos entre octubre del 70 y julio del 71, de las sumas adeudadas por alquileres. Versalles no ofrecía más que aplazamientos; una verdadera iniquidad. La Comuna libraba de pagar, diciendo con razón que la propiedad debía contribuir con su parte de sacrifi*cios,* pero se olvidaba de exceptuar a una multitud de industriales que habían obtenido escandalosas ganancias durante el sitio; se retrocedía ante una investigación.

Comité Central y Comuna.

El Comité Central quiso adherirse, por medio de una proclama, a los decretos de la Comuna. Esta se molestó por ello en la sesión del 30, y Duval pidió que se negase al Comité todo poder político. Llegó, en esto, una delegación del Comité. Era el momento de que la Comuna se afirmase. Única representante de la población, única responsable, absorbía en aquellos momentos todos los poderes y no podía tolerar a su lado a un Comité nostálgico de su antiguo papel. La Comuna había hecho justicia al Comité Central reconociendo con su voto que el Comité había merecido bien de París y de la República; lo había recibido calurosamente la víspera, pero hoy tenía que declarar terminada su misión. En lugar de hablar francamente, lo que hubo fue una serie de recriminaciones.

Un miembro de la Comuna recordó la promesa del Comité de disolverse después de las elecciones. A menos que tendiese a conservar el poder, no se comprendía para qué hacía falta su organización. Los delegados, dirigidos por Arnold, que perteneció luego a la Comuna, se mostraron hábiles.

"Es la Federación -dijeron- *la que ha salvado a la República. Todavía no se ha dicho todo. Disolver esta organización es disgregar vuestra fuerza. El Comité Central no pretende retener ninguna parte de gobierno; es el lazo de unión entre vosotros y la guardia nacional, el brazo de la revolución. Volvemos a ser lo que éramos, el gran consejo de familia de la guardia nacional".*

Esta imagen dio en el blanco. Los delegados no pedían, según decían, más que ver definidos los poderes del Comité. Se les creyó. Pero he aquí que al día siguiente llega a la Comuna esta nota oficial: *"El Comité Central delega* en *el general Cluseret para el departamento de Guerra, donde reorganizará la guardia nacional bajo la dirección del Comité".* La Asamblea se sublevó. Mortier y Paschal Grousset piden la supresión del Comité. Se pregunta a Duval si garantiza la seguridad de la Asamblea. Duval se apresura a relevar al gobernador del Hôtel-de-Ville, y nombra a Píndy en lugar de Assi. Arthur Arnould quiere que el Comité Central sea citado para que comparezca. Se encarga a los miembros de la Comuna que han pertenecido a dicho Comité de que le exijan explicaciones. Las presentan en la sesión de la noche. El Comité desautoriza su nombramiento. La Comuna se declara satisfecha, y no zanja nada.

Al día siguiente, el Comité vuelve a la carga. Sus delegados reclaman la intendencia, el derecho a reorganizar la guardia nacional, a nombrar al jefe de estado mayor, una asignación personal. La Comuna los envía a las comisiones ejecutiva y militar, y no se resuelve nada. Por fin, ese mismo día se piensa en las provincias, a las que se mandarán delegados.

Los decretos, las usurpaciones de poder, lo desordenado de las deliberaciones, sirvieron de pretexto a la fracción radical-liberal de la Asamblea. No había sesión en que no se registrasen tres o cuatro dimisiones. Si su acuerdo del 25 hubiera sido sincero, si hubieran sentido alguna inquietud por la suerte de París, los alcaldes y los adjuntos electos hubieran

aceptado valerosamente su acta, y tal vez hubiesen arrastrado mayorías.

Como los de provincias, desertaron, por más que hubiesen aceptado las candidaturas. Muchos de ellos no habían estado nunca en el Hôtel-de-Ville. Otros alzaban los brazos y exclamaban, gemebundos: "¿Adónde vamos?" Este estaba moribundo: "Ya lo veis, no me queda más que un suspiro". Los que más injuriaban, más tarde buscaban humildes disculpas con muchos "votos bien sinceros", como Méline. Sus dimensiones y las elecciones dobles dejaron veintidós puestos vacantes cuando la Comuna declaró válidos los poderes. Fiel a las mejores tradiciones de la República francesa, admitió al húngaro Léo Frankel, uno de los más inteligentes de la Internacional, que había sido nombrado por el distrito XIII. Seis candidatos no reunían la octava parte de los sufragios exigidos por la ley del 49; no se tuvo en cuenta, ya que sus distritos, compuestos de barrios reaccionarios, se despoblaban por días.

Los ricos, los hombres de orden, dos veces derrotados, en la plaza Vendôme y en el escrutinio, seguían huyendo a Versalles, que alimentaban con nuevas cóleras. La villa reaccionaria había tomado una fisonomía de batalla. Todo anunciaba la próxima lucha. Ya Thiers había desgarrado a París de Francia. La víspera de los vencimientos de abril, el 31 de marzo, el director de Correos, Rampont, faltando a la palabra dada al delegado de la Comuna, Theisz, huía, después de haber desorganizado los servicios. Versalles suprimía la llegada de coches correos y detenía la correspondencia dirigida a París.

El primero de abril, Thiers anunció oficialmente la guerra:

"La Asamblea trabaja en Versalles, donde acaba de organizarse uno de los ejércitos más formidables que nunca ha tenido Francia. Los buenos ciudadanos pueden, pues, tranquilizarse y esperar el fin de una lucha que habrá sido dolorosa, pero corta". Cínica petulancia de aquel mismo viejo que había dificultado la organización de los ejércitos contra los prusianos. Aquel ejército, "uno de los más formidables", no era aún más que el desordenado tropel del 18 de marzo, reforzado con cinco o seis regimientos, treinta y cinco mil hombres aproximadamente, con tres mil caballos y cinco mil gendarmes, único cuerpo, este último, que ofrecía alguna consistencia.

París ni siquiera quería creer en este ejército. Los periódicos populares pedían una salida, hablando del viaje a Versalles como de un paseo. El más exaltado era "Le Vengeur", desde el que Félix Pyat, sacudiendo sus cascabeles, exhortaba a la Comuna a "estrechar a Versalles ¡Pobre Versalles! Ya no se acuerda del 5 y del 6 de octubre; las mujeres de la Comuna, sin más, bastaron para apoderarse de su rey". El 2 de abril, este miembro de la comisión ejecutiva, perfectamente situado para saber la verdad, anunciaba a París esta asombrosa noticia: "Ayer hicieron votar, a *sí* o *no,* si quería ir contra París. Los soldados han respondido: *¡no!"*

Capítulo XIV. Salida del 3 de abril. Los parisienses son rechazados en todas partes. Flourens y Duval asesinados. Los versalleses asesinan a los prisioneros.

Aquel mismo día, domingo, a la una, sin el menor aviso, sin intimación alguna, los versalleses abren el fuego y lanzan obuses sobre París.

Desde hacía algunos días, su caballería cambiaba algunos disparos con los puestos avanzados parisienses de Châtillon y de Puteaux. Los federados ocupaban Courbevoie, que domina la salida, hacia Versalles, y la Asamblea estaba muy intranquila por este motivo. El 2 de abril, a las once de la mañana, tres brigadas versallesas, repartidas en dos columnas, una de las cuales llega por Rueil y la otra por Montrerout, se unen en la explanada de Bergeres. De seis a setecientos jinetes de la brigada Galliffet apoyan este movimiento. Los federados no tenían en Courbevoie más que quinientos o seiscientos hombres defendidos por un embrión de barricada sobre la ruta de Saint-Germain. Contaban con una excelente guardia montada: aquella misma mañana, habían herido mortalmente al médico-jefe del ejército versallés, Pasquier, que había salido a caballo a un reconocimiento, incidente que calificó Thiers de asesinato de un parlamentario.

A mediodía, los versalleses, después de haber cañoneado el cuartel de Courbevoie y la barricada, intentaban el asalto. A los primeros disparos de los federados escaparon, abandonando en la carretera cañones y oficiales. El general Vinoy se vio obligado a unirse a los fugitivos. Mientras tanto, el 113 de línea daba la vuelta a Courbevoie por la derecha, y la infantería de marina iba por la izquierda, por Puteaux. Muy inferiores en número, temiendo verse aislados de París, los federados evacuaron Courbevoie, y, perseguidos por los obuses, se replegaron sobre la avenida de Neuilly, dejando doce muertos y algunos prisioneros. Los gendarmes tomaron cinco de ellos y los fusilaron al pie del monte Valérien. Hecha esta expedición, el ejército volvió a sus acantonamientos.

Al ruido del cañón, París quedó suspenso. Nadie creía en un ataque, hasta tal punto vivía la ciudad, desde el 28 de marzo, en una atmósfera de confianza. Era, sin duda, una salva de aniversario; uno equivocación, a lo sumo. Cuando llegaron las noticias, las ambulancias, cuando empezó a circular de un lado a otro la voz de: "¡Vuelve a empezar el sitio!", una misma explosión llegó de todos los barrios. Alzanse de nuevo las barricadas. La muchedumbre lleva cañones a rastras a las fortificaciones de la puerta Maillot y de Ternes. A las tres, cincuenta mil hombres gritan: "¡A Versalles!"

Las mujeres quieren ir delante.

La comisión ejecutiva se reunió e hizo fijar una proclama: *"¡Los conspiradores realistas han atacado! ¡Han atacado! ¡Han atacado, no obstante la moderación de nuestra actitud! Nuestro deber es defender a la gran ciudad contra esas culpables agresiones"*. Duval, que tiene a su cargo el mando militar de la prefectura de policía, y Bergeret encargado de la plaza, Eudes, delegado de Guerra, se pronuncian enérgicamente por el ataque. El empuje, dicen, es irresistible, único. ¿Qué puede Versalles contra cien mil hombres? Hay que hacer una salida. Tridon, Vaillant, Lefrançais, Félix Pyat resisten; sobre todo Félix Pyat, apeado de sus fanfarronadas de por la mañana. No se sale así como así, dice, a la ventura, sin cañones, sin oficialidad, sin jefes; pide que se señalen las posiciones. Duval, que desde el 19 no podía contener sus deseos de salir, le apostrofa violentamente: "Entonces, ¿por qué, desde hace tres días, no hace usted más que gritar: ¡A Versalles!?" El más enérgico en pronunciarse contra la salida es Lefrançais. Por fin, los cuatro miembros civiles, es decir, la mayoría, deciden que los generales presentarán un estado detallado de sus fuerzas, indicando hombres, artillería, municiones y transportes. A las siete, la comisión agrega Cluseret a Eudes, creyendo poner con ello a un militar serio en el departamento de Guerra.

A pesar de la mayoría de la comisión, los generales salieron. No habían recibido ninguna prohibición formal. Félix Pyat había acabado, incluso, por decir: "Después de todo, si ustedes creen que están en condiciones..." Vieron a Flourens -dispuesto siempre a los golpes de mano-, a otros colegas tan arriesgados como él, y, por propia resolución, seguros de ser seguidos por la guardia nacional, circularon a los jefes de legión la orden de formar las columnas. Los batallones de la orilla derecha debían concentrarse en las plazas Vendôme y Wagram; los de la orilla izquierda, en la plaza de Italia y en el Campo de Marte.

Estos movimientos, sin oficiales de estado mayor que los guiase, fueron pésimamente llevados a cabo. Muchos hombres, a quienes se hizo ir por espacio de varias horas de plaza en plaza, se fatigaron. Por la noche quedaban todavía veinte mil hombres en la orilla derecha, y unos diecisiete mil en la orilla izquierda.

Desde las diez a las doce y media de la noche, la Comuna estuvo reunida en sesión. Se decidió primeramente aplazar la publicación de las actas pedida con insistencia desde el 28 de marzo y votada por fin la víspera. Félix Pyat anunció que habían quedado resueltas las diferencias con el Comité Central, habló del nombramiento de Cluseret para Guerra, explicó la emboscada de Neuilly, y presentó un decreto acusando a Thiers, Favre, etc., a quienes habían de ser secuestrados todos los bienes, y, siempre oportuno, pidió que se aboliese el presupuesto de cultos. Lo mismo le hubiera costado haber hecho decretar la disolución del ejército versallés, Algunos hombres sensatos pidieron el aplazamiento. Pyat exigió que se declarase la urgencia; la consiguió, se llevó el decreto. Se pidió que, a lo menos, no apareciese aún en "L'Officiel". Como Pyat insistía, se ordenó su inmediata publicación. Se nombró a Léo Meillet encargado de impedir el acceso a las inmediaciones de la sala, invadidas por reporteros y espías. Protot hizo votar que la Comuna adoptaría las familias de los ciudadanos que habían sucumbido o sucumbiesen en la lucha contra Versalles. De la salida, de los preparativos militares, que ensordecían a París, nadie abrió la boca, nadie les disputó el campo a los generales.

La salida del 3 *de abril.*

Su plan, que comunicaron a Cluseret, consistía en hacer una intensa demostración contra Rueil, mientras dos columnas se deslizaban hacia Versalles por Meudon y la meseta de Chátillon. Bergeret, secundado por Flourens, debía operar por la derecha: Eudes y Duval mandarían las columnas del centro y de la izquierda. Idea simple y de fácil ejecución con oficiales experimentados y sólidas cabezas de columna. Pero muchos batallones estaban sin jefes desde el 18 de marzo; los guardias nacionales, faltos de oficialidad; los generales improvisados que asumían la responsabilidad de dirigir a cuarenta mil hombres carecían del menor conocimiento militar, no habían llevado nunca a ningún batallón al fuego. No se cuidaron de tomar las disposiciones más elementales, no reunieron artillería, ni furgones, ni ambulancias, se olvidaron de trazar una orden del día, dejaron varias horas sin víveres a los hombres, en medio de una bruma que los calaba hasta los huesos. Cada federado siguió al jefe que quiso. Muchos no tenían cartuchos, creyendo, por lo que decían los periódicos, que se trataba de un simple paseo militar. La comisión ejecutiva había hecho público, a eso de las seis, este despacho de la plaza: *"Bergeret está en Neuilly. Llegan soldados de línea y todos declaran que, salvo los oficiales superiores, nadie quiere batirse"*.

El 3 de abril, a las tres de la mañana, la columna de Bergeret, formada por unos seis mil hombres, y sin más que ocho bocas de fuego, queda concentrada en el puente de Neuilly. Hubo que dejar a la tropa -que no había tomado nada desde la víspera- tiempo para que se repusiera. Bergeret llegó de madrugada en carretela, lo que provocó murmuraciones; las tropas toman el camino de Rueil. Los batallones van por secciones en línea, por medio de la calle, sin llevar gastadores, y escalan alegremente la meseta de Bergeres, cuando un obús, primero, y luego otro, caen en las filas. Han disparado del monte Valérien.

Un espantoso pánico dispersa los batallones: estallan mil gritos clamando traición. Toda la guardia nacional creía que el monte Valérien estaba ocupado por la Comuna. Algunos, en el Hôtel-de-Ville, en el Comité Central, en la Plaza, sabían que lo cierto era lo contrario, y lo ocultaban neciamente, viviendo con la esperanza de que la fortaleza no dispararía. Verdad es que no tenía más que dos o tres piezas mal montadas, a cuyo radio de acción era posible sustraerse de una carrera. Pero los guardias, sorprendidos en su confianza, creyéndose traicionados, huían por todas partes. Un obús parte en dos a Prodhomme, hermano del jefe de estado mayor, teniente del ejército regular, que se había pasado a la Comuna. La mayoría de los federados se dispersan por los campos y vuelven a París, únicamente el regimiento 91 y algunos restos, mil doscientos hombres, en pequeños grupos, llegan hasta Rueil, Poco después, llega Flourens por el camino de Asnieres, trayendo apenas un millar de hombres; los demás se han desperdigado en París o por el camino. Flourens sigue, a pesar de todo, hasta Rueil.

Los versalleses, sorprendidos por esta salida, no formaron sus filas hasta muy tarde, a las diez. Entonces enviaron en dirección a Bougival diez mil hombres. Las baterías emplazadas en el ribazo de la Jonchere cañonearon Rueil. Dos brigadas de caballería por la derecha, la de Galliffet por la izquierda, operan sobre las alas. La vanguardia parisiense -un puñado de hombres- opuso resistencia para dar a sus camaradas de Rueil tiempo a batirse en retirada. Esta comenzó a eso de la una, hacia Neuilly, cuya cabeza de puente se fortificó. Unos cuantos valientes que se habían quedado rezagados, luchando en Rueil, se las vieron y desearon para llegar al puente de Asnieres, perseguidos por la caballería, que hizo prisioneros a algunos de ellos.

Muerte de Flourens.

Flourens fue sorprendido en Rueil. Desde el 18 de marzo, aquel hombre exuberante se había vuelto taciturno, como si advirtiese la sombra que le acechaba. Después de la desbandada se negó a volver a París, apeóse del caballo y echó a andar tristemente por la orilla del Sena, sin responder a Cipriani, su antiguo camarada de Creta, joven y valiente italiano dispuesto a defender todas las causas nobles, que le suplicaba no se expusiese. Rendido y desalentado, Flourens se tendió en la hierba y se quedó dormido. Cipriani descubrió una casita vecina, cerca del puente de Chatou, alquiló una habitación, adonde le siguió Flourens, que se quitó el sable, el revólver, el kepis, y se dejó caer en la cama. Un individuo enviado para practicar un reconocimiento los denunció, y una cuarentena de gendarmes sitiaron la casa. Cipriani, descubierto el primero, quiere defenderse, y caen todos sobre él. A Flourens, reconocido por un parte que le encuentran encima, lo llevan a la orilla del Sena donde se mantiene en pie, con la cabeza descubierta y cruzado de brazos. Un capitán de gendarmería, Desmarets, acude a caballo y ruge: "¡Usted es Flourens, el que ha disparado contra mis gendarmes!", y levantándose en los estribos, le hiende el cráneo de un sablazo tan furioso "que le hizo dos charreteras", dijo un gendarme chusco. Cipriani, vivo aún, es echado con el muerto en un volquete de estiércol y ambos trasladados de esta suerte a Versalles, donde las amigas de los oficiales acuden a olisquear el cadáver. Así acabó su carrera aquel buen caballero andante, amado de la Revolución.

En la extrema izquierda, Duval había pasado la noche del día 2 con seis o siete mil hombres, en la meseta de Châtillon. El 3, hacia las siete de la mañana, formó una columna de gente escogida, avanzó hasta Petit-Bicêtre, dispersó las vanguardias del general Du Barail y envió un oficial a reconocer Villecoublay, que domina el camino. El oficial anuncia que los caminos están libres, y los federados avanzan sin temor, cuando, cerca del caserío, estalla el fuego de fusilería. Los hombres se despliegan en guerrilla. Duval, en medio del camino, al descubierto, les da ejemplo. El tiroteo dura varias horas de un lado y de otro. Unos pocos obuses bastarían para desalojar al enemigo; Duval no tiene artillería. Le faltan los cartuchos; envía a buscar más a Châtillon.

Los federados que ocupan el reducto, confundidos en un desorden inexplicable, se creen ya envueltos por el enemigo. Los emisarios de Duval suplican, amenazan, no logran obtener refuerzos ni municiones. Un oficial ordena la retirada. Duval, abandonado, es asaltado por la brigada Derroja y por toda la división de Pellé, 8.000 hombres. Se retira con sus valientes a la meseta de Châtillon.

En el centro el esfuerzo no fue más afortunado. Diez mil hombres dejaron el Campo de Marte a las tres de la mañana, con Ranvier y Avrial. El general Eudes, por todo orden de batalla, había dicho que siguieran adelante. A las seis, el regimiento 61 ataca Moulineaux, defendido por los gendarmes. Se ven obligados a retirarse a Meudon, inexpugnablemente ocupado por una brigada versallesa atrincherada en las villas y provista de ametralladoras. Los federados no tienen más que ocho piezas, mientras París las posee a centenares, y cada pieza no dispone más que de ocho tiros. A las nueve, hartos de disparar contra los muros, se repliegan sobre Moulineaux. Ranvier corrió a buscar cañones y los instaló en el fuerte de Issy. Con ello se impidió que los versalleses tomasen la ofensiva.

Las tropas de la Comuna habían sido derrotadas en todos los puntos, y los partes cantaban victoria. Distraída por unos estados mayores que ni siquiera sabían el nombre de los generales, la comisión ejecutiva anunciaba la unión de Flourens y Duval en

Courbevoíe. Félix Pyat, nuevamente belicoso, gritaba en "Le Vengeur": "*¡A Versalles,* si no queremos subir en globo! *¡A Versalles,* si no queremos volver al palomar! *¡A Versalles,* si no queremos ser reducidos a pan de centeno! *¡A Versalles,* si etc." A pesar de los fugitivos de por la mañana, el empuje popular no disminuía. Un batallón de trescientas mujeres subía, con banderas a la cabeza, por los Campos Elíseos, pidiendo que las dejaran salir contra el enemigo. Los periódicos comunales de la noche anunciaban la llegada de Flourens a Versalles. ¡Ya lo creo que había llegado a Versalles, el desventurado!

Poco más es lo que se sabe en la Comuna, reunida desde las diez de la noche. Félix Pyat pide que se sustituya en la Comisión ejecutiva a Eudes, Duval y Bergeret, retenidos fuera de París; habrá que sustituir también a Lefrançais, que presenta su dimisión, indignado ante lo descabellado de la salida. Se le insta a que se quede. Se niega, se queja de haber sido engañado, exige que se publique su dimisión en "L'Officiel". Viard llega de Châtillon, donde la situación, según él, es buena. No es esa la opinión de Arthur Arnould, que trae de Guerra noticias absolutamente contrarias. Pascal Grousset y Dumay piensan lo mismo que Arnould. Otros delegados de Issy, de Meudon, de Neuilly, cuentan relatos tranquilizadores. Se habla de otra cosa, y Pascal Grousset pide que se haga saber a las potencias el advenimiento de la Comuna, en contra del parecer de J. B. Clément, que niega que la Comuna tenga necesidad de afirmarse ante las realezas. A la una de la mañana, la Asamblea se separa sin adoptar más resoluciones, mientras Duval se agota en esfuerzos desesperados por retener a sus hombres junto a sí.

Muerte de Duval.

Como Flourens, tampoco él puede avenirse a regresar a París. A diferencia de Flourens, el taciturno Duval se había transformado, desde el 18 de marzo, en hombre de gran facundia, casi locuaz. Rodeado solamente de un puñado de hombres, no cesó de repetir toda la noche: "¡No retrocederé!"

El día 4, a las cinco de la mañana, la meseta y los pueblos vecinos están rodeados por la brigada Derroja y la división Pellé. "Rendíos y salvaréis la vida", les manda decir el general Pellé. Los federados se rinden. Inmediatamente, los versalleses se apoderan de los soldados que combatieron en las filas federadas y los fusilan. Los demás prisioneros, entre dos filas de cazadores, salen en dirección de Versalles. Sus oficiales, con la cabeza descubierta, arrancados los galones, marchan a la cabeza del convoy.

En Petit-Bicétre, la columna encuentra a Vinoy. Éste ordena que se fusile a los oficiales. El jefe de la escolta recuerda la promesa del general Pellé. Entonces, Vinoy pregunta: "¿Hay algún jefe?" "¡Yo!", dice Duval, saliendo de las filas. Se adelanta otro: "Yo soy el jefe de estado mayor de Duval". El comandante de los voluntarios de Montrouge viene a ponerse junto a ellos. "¡Sois unos canallas!", dice Vinoy, y, volviéndose hacia sus oficiales, exclama: "¡Que los fusilen!" Duval y sus camaradas no se dignan responder; bajan a un foso, se colocan de espaldas a una tapia, se estrechan la mano y gritan: "¡Viva la Comuna!" Y por ella mueren. Un jinete le arranca las botas a Duval y las pasea como un trofeo; un redactor de "Le Figaro" se apodera del cuello postizo ensangrentado.[44]

El ejército del orden, reanudando la horrible tradición de junio del 48, asesina a los prisioneros. Comenzó el día 2. El 3, en Chatou, el general Gallifet hizo fusilar a tres federados sorprendidos en un albergue donde estaban comiendo, y dispuso la publicación de este feroz bando: "La guerra ha sido declarada por los bandidos de París... Me han asesinado a mis soldados... Declaro a estos asesinos una guerra sin cuartel... He tenido que hacer un escarmiento".

El general que llamaba bandidos a los combatientes parisienses y a tres asesinatos un escarmiento, no era otro que el ganapán de la guerra de Méjico, transformado en general de brigada después de una carga en Sedan, que él no había mandado. Nada más edificante, en esta guerra civil, que los portaestandartes de la gente honrada.

Su banda, sin que faltase ni un solo hombre, acudió a la avenida de París para recibir a los prisioneros de Châtillon. La emigración parisiense, funcionarios, elegantes, mujeres de mundo y mujeres públicas, los chacales y las hienas, acudieron a maltratar a los cautivos con los puños, con bastones, sombrillas, arrancando kepis, mantas, gritando: "¡A la guillotina! ¡Asesinos!" Entre los asesinos iba Elisée Reclus, hecho prisionero con Duval. Para dar tiempo a que se desfogara el furor, la escolta hizo alto varias veces antes de conducir a los prisioneros al cuartel de gendarmes. En seguida, fueron encerrados en los cobertizos de Satoy, y de allí enviados a Brest en vagones de ganado.

Picard quiso asociar a esta operación a todas las gentes honradas de Francia. "Jamás -telegrafió este Falstaff granujiento- la baja demagogia había ofrecido a las miradas afligidas de la gente honrada rostros más innobles".

Ya la víspera, después de los asesinatos del monte Valérien y de Chatou, había escrito Thiers a sus prefectos: "El efecto moral es excelente". Cuando el ruso decía "el orden reina en Varsovia", y Failly "el fusil nuevo modelo ha hecho maravillas", hablaban, al menos, de extranjeros y no de compatriotas. De sobra se sabía; no fue la burguesía francesa, sino una hija del pueblo, quien pronunció estas hermosas

[44] Vinoy notifica: "Los insurrectos arrojan las armas y se rinden a *discreción;* el llamado Duval *perece en la refriega".*

palabras: “Nunca he visto correr sangre francesa sin que se me pusieran los pelos de punta”.

Capítulo XV. La Comuna vencida en Marsella y en Narbona.

El mismo sol que vio el mal paso de París, ilumina la derrota del pueblo en Marsella.

La paralítica comisión seguía dormitando. El 26, Espivent tocó a rebato, declaró el estado de sitio en todo el departamento, lanzó una proclama a lo Thiers. El Consejo Municipal se echó a temblar y retiró los delegados de la prefectura, Gastan Crémieux fue a decir a la alcaldía que la comisión estaba dispuesta a desaparecer ante el Consejo. El Consejo pidió que se le dejara reflexionar.

Transcurría la noche. La comisión se daba cuenta de que entraba en el vacío. Boucher propuso telegrafiar a Versalles que la comisión entregaba sus poderes en manos de un prefecto republicano. ¡Pobre desenlace de un gran movimiento! Ya se sabía a qué atenerse en cuanto a los prefectos republicanos de Thiers. La comisión, desalentada, dejaba redactar el telegrama, cuando se vio entrar a Landeck, Amouroux y May, enviados, según dijeron, por París.

Los más ardientes de la comisión se exaltaron ante el nombre del París victorioso. Por el contrario, el Consejo Municipal decidió sostener su resolución y dio parte de ella, por la noche, al Club de la Guardia Nacional, que le imitó. A la una y media de la mañana, los delegados del club informaron a la comisión que sus poderes habían cesado. La burguesía liberal retrocedía, los radicales esquivaban el bullo; sólo quedaba el pueblo para hacer frente a la reacción.

Es ésta la segunda fase del movimiento. El más exaltado de los tres delegados, Landeck, pasó a ser la autoridad de la comisión. Los republicanos, que conocían sus inepcias desde el proceso aquel de la Internacional, sospechaban que bajo el bravucón se ocultaba un bonapartista. En realidad, no era más que un cómico de la legua, que no dudaba de nada porque lo ignoraba todo. La situación, con semejante saltimbanqui a la cabeza, se hacía trágica. Gastan Crémieux, que no acertaba a dar con una solución, se mantenía firme en la de la víspera. El 28 escribió al Consejo que la comisión estaba dispuesta a retirarse dejándole la responsabilidad de los acontecimientos, e instó a sus colegas a que pusiesen en libertad a los rehenes. No consiguió más que hacerse sospechoso de moderantismo, y al llegar la noche, harto de estas disputas, abandonó la prefectura. Su salida dejaba completamente en descubierto a la comisión. Ésta logró dar con su escondite, apeló a su abnegación, y volvió a llevarle a la prefectura, a que reanudase su singular papel de jefe cautivo y responsable.

El Consejo Municipal no contestó a la carta de Crémieux. El 29, la comisión renovó su proposición. El Consejo siguió callado. Por la noche, cuatrocientos delegados de la guardia nacional, reunidos en el museo, decidieron federar los batallones y nombraron una comisión encargada de llevar a cabo las negociaciones entre el Hôtel-de-Ville y la prefectura. Estos delegados no representaban más que el elemento revolucionario de los batallones, y el Hôtel-de-Ville se hundía cada vez más en el miedo.

Se entabló una guerra de proclamas entre ambos poderes. El 30, el consejo respondió a la deliberación del museo con una proclama de los jefes de los batallones reaccionarios. La comisión respondió con un manifiesto en que pedía la autonomía de la Comuna, la abolición de las prefecturas. En vista de esto, el Consejo declaró al secretario general del prefecto representante legal del gobierno, y le invitó a que volviera a hacerse cargo de su puesto. El secretario se hizo el sordo y se refugió en la fragata *Couronne,* anclada en el puerto nuevo. Muchos consejeros llevaron también su gorro de dormir a bordo, precaución harto gratuita, toda vez que los reaccionarios más notarios iban de un lado para otro sin que nadie les molestase. La energía de la comisión se reducía a una serie de gestos. No detuvo más que a dos o tres funcionarios: al procurador, al sustituto, por un momento al director de la aduana, y al hijo del alcalde. El general Ollivier fue puesto en libertad en cuanto se supo que se había negado a formar parte de las comisiones mixtas del 51. Tuvieron incluso la candidez de dejar, a dos pasos de la prefectura, un puesto de cazadores olvidado por Espivent, La huida del Consejo pareció más vergonzosa. La ciudad siguió en su actitud tranquila, socarrona. Como el aviso *Renard* se presentase a exhibir sus cañones en la Cannebiére, la multitud le hizo objeto de tal pita, que largó las amarras y volvió a reunirse con la fragata.

La comisión concluyó de todo esto que no se atreverían a atacarla, y no adoptó ninguna medida defensiva. Hubiera podido armar a Notre-Darne-de-la-Garde, que domina la ciudad, y alistar un gran número de garibaldinos. Varios oficiales de la última campaña se ofrecían a organizarlo todo. La comisión se lo agradeció, dijo que las tropas no vendrían y que, en todo caso, confraternizarían. Se contentó con enarbolar la bandera negra, con dirigir una proclama a los soldados y acumular en la prefectura armas y cañones sin proyectiles de calibre adecuado. Landeck quería distinguirse. Declaró dimitido a Espivent y nombró en su lugar a un antiguo brigadier de caballería, Pélissier. “Hasta que entre en funciones Pélissier -decía la orden- las tropas seguirán a las órdenes del general Espivent”. Divertida farsa fechada el 1 de abril. Ante el consejo de guerra, Pélissier tuvo una frase afortunada. Cuando le preguntaron de qué ejército y de qué era general, contestó: “General de la situación”. Jamás tuvo otra tropa. El 24, los obreros reanudaron el trabajo, ya que

a la guardia nacional, salvo los guardianes de la prefectura, no se le paga. Difícilmente se encontraba gente bastante para guarnecer los puestos. La prefectura, a media noche, no tenía ni cien defensores.

Un golpe de mano era cosa fácil. Algunos ricos burgueses quisieron intentarlo. Se hallaron hombres para ello y quedaron convenidas las maniobras. A media noche se apoderarían de la comisión y ocuparían la prefectura; Espivent, mientras tanto, marcharía sobre la ciudad de modo que llegase a ella al amanecer. Se envió un oficial a Aubagne. El general se negó, pretextando la necesidad de obrar con prudencia; los que le rodeaban descubrieron el verdadero motivo de su negativa: "Hemos salido de Marsella como unos cobardes; queremos volver dando un golpe sensacional".

El golpe sensacional parecía difícil, con el ejército de Aubagne, de seis a siete mil hombres, sin oficialidad y sin disciplina. Sólo un regimiento, el 6º de Cazadores, presentaba un aspecto regular; pero Espivent contaba con los marinos de *La Couronne,* con los guardias nacionales del orden, en constante relación con él y, sobre todo, con la incuria de la comisión.

Esta trató de reforzarse agregándose algunos delegados de la guardia nacional. Votaron la disolución del Consejo Municipal, y la comisión convocó a los electores para el 3 de abril. Esta medida, tomada el 24, tal vez lo hubiera pacificado todo; adoptada el 2 de abril, llegaba en vísperas de la catástrofe.

La catástrofe.

El 3, al recibir noticias de Versalles, Espivent hizo advertir a los jefes de los batallones reaccionarios para que estuvieran preparados. Por la noche, a las once, algunos oficiales garibaldinos vinieron a decir a la prefectura que las tropas de Aubagne se ponían en marcha. El comisario comenzó su estribillo. "Que vengan, estamos dispuestos a recibirlas". A la una y media se decidió a tocar llamada. Hacia las cuatro, llegaron a la prefectura cuatrocientos hombres aproximadamente. Un centenar de franco-tiradores se acostó en la estación, donde la comisión no había sabido montar un cañón siquiera.

A las cinco de la mañana del día 4, algunas compañías reaccionarias aparecían en la plaza del Palacio de Justicia y en el paseo Bonaparte. Los marinos de *La Couronne* se alinean ante la Bolsa; suenan en la estación los primeros disparos.

Espivent se presenta por tres puntos: la estación, la plaza Castellane y la Plaine. Los franco-tiradores, a pesar de que se defienden bien, se ven obligados a batirse en retirada. Los versalleses fusilan al comisario de la estación, ante los ojos de su propio hijo, un muchacho de dieciséis años, que se arroja a los pies del oficial ofreciendo su vida a cambio de la de su padre. El segundo comisario, Funel, pudo escapar con un brazo roto. Las columnas de la Plaine y de la Esplanade sitúan avanzadillas a trescientos metros de la prefectura.

La comisión, que sigue en la luna, envía una embajada a Espivent. Gastan Crémieux y Pélissier parten, seguidos de una multitud de hombres y de niños que gritan: "¡Viva París!" En las avanzadas de la plaza Castellane, donde se halla el estado mayor, el jefe del 6° de Cazadores, Villeneuve, se adelanta hada los delegados. "¿Cuáles son vuestras intenciones?", dice Crémieux. "Venimos a restablecer el orden". "¡Cómo!, ¿os atrevéis a disparar contra el pueblo?", exclama Crémieux, y comienza una arenga. El versallés amenaza con hacer que avancen sus cazadores. Los delegados, entonces, piden ser llevados a presencia de Espivent. Éste habla de detenerlos, les da cinco minutos para evacuar la prefectura. Gastan Crérnieux, a su regreso, halla a los cazadores enzarzados con la multitud, que trata de desarmarlos. Una nueva avalancha de pueblo, precedida de una bandera negra, llega y embiste contra los soldados. Un oficial alemán que ha entrado en calidad de aficionado al servicio de Espivent, detiene a Pélissier. Los jefes versalleses, viendo a sus hombres muy quebrantados, ordenan la retirada.

La multitud aplaudió creyendo que se rebelaban. Ya dos cuerpos de infantería se habían negado a avanzar. La plaza de la prefectura se llena de grupos confiados. A eso de las diez, los cazadores desembocan por las calles Rome y Armény. La gente grita, les rodea. Muchos alzan al aire los fusiles. Un oficial logra, con todo, hacerse dueño de su compañía, que ataca a la bayoneta; el oficial cae con la cabeza atravesada de un balazo. Sus hombres, irritados por esta muerte, cargan contra los guardias nacionales hasta la prefectura, adonde los siguen y donde son hechos prisioneros. Las ventanas de la prefectura vomitan una lluvia de balas. Los cazadores y los guardias nacionales del orden disparan desde el paseo Bonaparte y desde las casas vecinas. De la de los Hermanos de San Juan de Dios sale un fuego graneado.

Dos horas hacía ya que duraba el tiroteo, sin que los federados recibiesen refuerzo alguno. Inexpugnables en la prefectura, sólido edificio cuadrado, no por ello dejaban de estar vencidos, ya que no tenían víveres ni muchas municiones. Para reducirlos, no había más que esperar, arma al brazo, a que hubiesen agotado sus cartuchos. Pero el general del Sagrado Corazón no quería un triunfo a medias. Era ésta su primera campaña, necesitaba sangre y, sobre todo, ruido. A las Once hizo bombardear la prefectura desde lo alto de Notre-Darne-de-la-Garde, distante quinientos metros de aquélla. El fuerte Saint-Nicolas abrió también el fuego. Menos atinados que los de Sainte-Vierge, sus obuses derrumbaron las

casas aristocráticas del paseo Bonaparte y mataron a uno de los guardias del orden que disparaba a espaldas de los soldados. A las tres, la prefectura izaba bandera de parlamento. Espivent seguía disparando. Le enviaron un parlamentario. Espivent pretendía que se rindiesen a discreción. A las cinco, habían hecho blanco en el edificio trescientos obuses, hiriendo a muchos federados. Poco a poco, como los defensores no recibían socorro, abandonaron la plaza. De la prefectura no disparaban desde hacía largo rato, y Espivent seguía bombardeándola. A las siete y media, los marinos de *La Couronne* y de *La Magnanime* se lanzaron valerosamente contra la prefectura desierta. "Fue tomada por asalto -dijo Thiers a los bausanes de la Asamblea-. ¿Saben ustedes cómo? ¡Con hachas de abordaje!" *(Sensación.)*

Encontraron a los rehenes sanos y salvos, ni más ni menos que a los cazadores apresados por la mañana. La represión jesuítica fue atroz. La gente de orden detenían al azar y arrastraban sus víctimas a la lampistería de la estación. Allí, un oficial revisaba a los prisioneros, hacía señas de que avanzase a uno cualquiera, y le levantaba la tapa de los sesos. En los días siguientes, se oyó hablar de ejecuciones sumarísimas en los cuarteles, en los fuertes y en las cárceles. El número exacto de muertos, por parte del pueblo, se desconocía. Pasó de ciento cincuenta; muchos heridos se ocultaron. Los versalleses tuvieron treinta muertos y cincuenta heridos. Más de novecientas personas fueron encerradas en las prisiones del castillo de If y del fuerte Saint-Nicolas. Gastan Crérnieux fue detenido en casa del portero del cementerio israelita. Se descubrió voluntariamente a los que le buscaban, fiado en su buena fe y creyendo en los jueces. El bravo Etienne fue detenido. Landeck se había eclipsado.

El día 5, Espivent hizo una entrada triunfal, aclamado por la embriaguez de los reaccionarios. De las segundas filas de la multitud partieron gritos y silbidos contra los asesinos. En la plaza de Saint-Ferréol alguien disparó contra un capitán, y la multitud apedreó las ventanas de una casa desde donde habían aplaudido a los marinos.

Dos días después de la lucha, el Consejo Municipal, de vuelta ya de *La Couronne,* volvía a sentirse valiente para ensañarse con los vencidos.

La guardia nacional fue desarmada. Espivent peregrinó al grito de *"¡Viva Jesús! ¡Viva el Sagrado Corazón!"* El Club de la Guardia Nacional fue clausurado, y los radicales, injuriados, perseguidos, supieron una vez más lo que cuesta desertar de la causa del pueblo.

Narbona vencida.

Narbona se hallaba ya dominada. El 30 de marzo, el prefecto y el procurador habían publicado una proclama en la que hablaban del puñado de facciosos, decían que ellos eran la verdadera República, y telegrafiaban a todas partes el fracaso del movimiento en provincias. "¿Es razón esa -había declarado Digeon en un pasquín- para humillar ante la fuerza la bandera roja, tinta en la sangre de nuestros mártires? ¡Qué consientan otros en vivir eternamente oprimidos!" Y alzó barricadas en las calles que conducían al Hôtel-de-Víllе. Las mujeres, las primeras una vez más, desempedraron las calles y amontonaron muebles. Las autoridades, que temían una seria resistencia, delegaron a Marcou para que se pusiese al habla con su amigo Digeon. El Bruto de Carcasona fue al Hôtel-de-Ville acompañado de dos republicanos de Limoux y ofreció, en nombre del procurador general, una amnistía completa para todos los que evacuaran el edificio, y a Digeon veinticuatro horas para ganar la frontera. Digeon reunió a su consejo; todos se negaron a huir. Marcou dio cuenta de ello a la autoridad militar. El general Zentz fue enviado a Narbona.

A las tres de la mañana, un destacamento de turcos tanteó la barricada de la calle Pont. Los federados que querían confraternizar, les dejan libre el paso. Una descarga los recibe, mata a dos hombres y hiere a tres. El 31, a las siete, Zentz anuncia que va a empezar el bombardeo. Digeon le escribe: "Tengo derecho a responder a una amenaza salvaje de una manera análoga. Le prevengo que si bombardea usted la ciudad, fusilaré a las tres personas que tengo en mi poder". Zentz detiene al portador de la carta y hace distribuir aguardiente a los turcos. Estos árabes llegaban a Narbona como a una razzia y habían saqueado ya tres cafés. El procurador general envía otros dos parlamentarios. Mantiene en pie la promesa de amnistía hecha la víspera para todos los que evacúen el Hôtel-de-Ville antes de que empiece el fuego; la ejecución de los rehenes será castigada con la muerte de todos los ocupantes del Hôtel-de-Ville. Digeon escribe estas condiciones al dictado de uno de los parlamentarios, se las lee a los federados y deja a todos en libertad para retirarse. En este momento, se presenta el procurador general con los turcos ante la terraza del jardín. Acude Digeon. El procurador arenga a la multitud y habla de clemencia. Digeon protesta; acaban de prometerles la amnistía. El procurador corta la discusión con un redoble de tambores, va a repetir las intimaciones legales ante la fachada del Hôtel-de-Ville, y reclama los rehenes, que le entregan unos soldados tránsfugas.

Estas negociaciones habían debilitado considerablemente la defensa. El Hôtel-de-Ville no podía hacer frente a un bombardeo que hubiera destrozado la ciudad. Digeon manda evacuar el edificio y se encierra él solo en el gabinete del alcalde, resuelto a vender cara su vida. La multitud acude y, a pesar de su resistencia, se lo lleva. El Hôtel-de-Ville estaba vacío cuando llegaron los

turcos. Hurgaron en todos los rincones; se vio a algunos de sus oficiales pavonearse con objetos robados.

A pesar de las promesas formales en contra, dictáronse numerosas órdenes de detención. Digeon se negó a huir, y escribió al procurador general que podía mandarle detener.

Limoges.

La nefasta jornada del 4 de abril tuvo un breve fulgor de esperanza en Limoges. La capital revolucionaria del centro no podía asistir cruzada de brazos a los esfuerzos de París. El 23 de marzo, la Sociedad Popular, que centralizaba las actividades democráticas, dio un voto de gracias al ejército de París por su conducta del 18 de marzo. Cuando Versalles pidió voluntarios, la Sociedad exigió del Consejo Municipal que evitase esta excitación a la guerra civil. Poco después de proclamada la Comuna en París, las sociedades obreras enviaron a aquélla un delegado para que se informase de los principios de la Comuna, recogiese su programa y pidiese, en fin, a la Comuna un comisario. La comisión ejecutiva respondió que lo que le pedían era imposible de momento, que ya se vería de conseguirlo más tarde. La Sociedad Popular, reducida a sí misma, instó al Consejo Municipal a que pasase revista a la guardia nacional, segura de que de ella saldría una manifestación contra Versalles. El Consejo, compuesto, con pocas excepciones, de hombres tímidos, aplazaba las cosas, dando largas a estas peticiones, cuando un despacho triunfal de Versalles anunció la derrota del 3 de abril. El 4, los obreros de Limoges se amotinan. Iba a partir para Versalles un destacamento de 500 soldados. Los obreros le siguen, arengan a los soldados, les instan a que se unan al pueblo. Los soldados, así acosados, confraternizan y entregan sus armas, muchas de las cuales son escondidas en la Sociedad Popular.

El coronel de coraceros, Billet, que recorre la ciudad acompañado de sus ordenanzas, es rodeado y obligado a gritar: "¡Viva la República!" A las cinco, la guardia nacional forma, en armas, en la plaza del Ayuntamiento. Sus oficiales se reúnen en éste; un consejero propone que se proclame la Comuna. El alcalde se resiste a ello; por todas partes se alza el mismo clamor, y el capitán Coissac se encarga de ir a la estación a detener los trenes de tropas. Los demás oficiales consultan con las compañías. Estas no tienen más que un grito: "¡Viva París! ¡Abajo Versalles!" Los batallones se agitan, desfilan ante el Hôtel-de-Víllе precedidos de dos consejeros municipales que van a pedir al general la liberación de los militares detenidos ese día. El general da orden de que sean puestos en libertad y manda decir en secreto al coronel Billet que se prepare a luchar contra la insurrección. Desde la plaza Tourny, los guardias nacionales se dirigen a la prefectura, la ocupan a pesar de la resistencia de los conservadores, y empiezan a levantar algunas barricadas. Un puñado de soldados que llegaba por la calle Prisons, en unión de varios ciudadanos, suplican a los oficiales que no den comienzo a la guerra civil. Los oficiales vacilan y se retiran. El coronel Billet, a la cabeza de unos cincuenta coraceros, desemboca en la plaza Eglise Saint-Michel y ordena a sus hombres que desenvainen los sables. Hacen fuego con sus revólveres. Los guardias nacionales responden; el coronel cae herido de muerte. Su caballo vuelve grupas y, seguido por los demás, se lleva al jinete hasta la plaza Saint-Pierre. Los guardias nacionales quedan dueños del campo de batalla. Pero, faltos de organización, se desperdigaron durante la noche y abandonaron la prefectura. Al día siguiente, la compañía que ocupaba la estación, abandonada, se retiró. Comenzaron las detenciones. Muchos tuvieron que esconderse.

Las revueltas de las ciudades se extinguían así, una tras otra, como los cráteres laterales de un volcán agotado. Los revolucionarios de provincias se habían mostrado en todas partes completamente desorganizados, impotentes para empuñar el poder. Vencedores en todas partes en el primer choque, los trabajadores no habían sabido hacer otra cosa que gritar: "¡Viva París!" Por lo menos, demostraban su corazón y su arrogancia, y que ochenta años de dominación burguesa no habían podido transformarlos en un pueblo de mendigos.

Capítulo XVI. Los grandes recursos de la Comuna. Las debilidades de su Consejo. El Comité Central. Decreto sobre los rehenes. La Banca.

Al cabo de setenta días de armisticio, París reanuda él solo la lucha por Francia. Ya no es únicamente el territorio lo que se disputa, sino las bases mismas de la nación. Vencedor, su triunfo no será estéril como los de los campos de batalla; razas renovadas continuarán la obra del edificio social comenzada por él. Si resulta vencido, las libertades se extinguirán; la burguesía trenzará de hierro sus látigos, una generación bajará a la tumba.

París, tan bueno, tan fraternal, no tiembla ante esta lucha entre franceses. La idea cubre a los batallones con sus amplias alas. Van con la frente levantada, con los ojos brillantes, con un gesto de orgullo. Si el burgués se niega a luchar y dice: "Tengo familia", el trabajador responde: "Pues yo combato por mis hijos".

Por tercera vez desde el 18 de marzo, la ciudad no tiene más que un aliento. Los despachos oficiales, los periodistas a sueldo sentados ante la mesa en Versalles, describen a París como el pandemónium de todos los malvados de Europa. Las mujeres honradas no se atreven a aventurarse por las calles: un millón quinientas mil personas oprimidas por

veinte mil malvados, hacían votos ardientes por el triunfo de Versalles. La verdad es que el viajero que se arriesgase a recorrer París se encontraba con que las calles y los bulevares estaban tranquilos y llevaban su existencia ordinaria. Estos saqueadores no habían saqueado más que la guillotina, solemnemente quemada ante la alcaldía del distrito XI. De todos los barrios se alzaba el mismo murmullo de execración contra los asesinatos de prisioneros y las innobles escenas de Versalles. Y cualquiera que llegase indignado contra París, al ver aquella tranquilidad, aquella unión de los corazones, aquellos heridos que gritaban: "¡Viva la Comuna!", aquellos batallones entusiastas, aquel monte Valérien escupiendo muerte, aquellos hombres viviendo como hermanos, sentía sus ojos húmedos, un estremecimiento recorría su piel y contraía en pocas horas la enfermedad parisiense.

Era una fiebre de fe, de abnegación, de esperanza, sobre todo. ¿Qué rebelión estuvo armada de esta suerte? No se trata ya, como en junio del 48, de unos desesperados, reducidos a cargar sus fusiles, detrás de un montón de piedras, con postas o con pedruscos. La Comuna del 71, mucho mejor armada que la del 93, cuenta con más de sesenta mil hombres aguerridos, millares de fusiles, mil doscientos cañones, cinco fuertes, un cerco de fortificación cubierto por Montmartre, Belleville, el Panteón, municiones para varios años, millones de francos si quiere. ¿Qué le falta para vencer? Un poco de instinto revolucionario. No hay nadie en el Hôtel-de-Ville que no se vanaglorie de poseer ese instinto.

El día 4, el Comité Central, envalentonado por la derrota, reclama la administración de la urbe y el derecho de reorganizar la guardia nacional. La Comuna se lamenta de su obstinación en aferrarse al poder y, unos instantes después, acepta que el Comité se encargue de la administración. Más aún, ruega a Bergcret, que acaba de llegar, que informe detalladamente respecto a la situación militar. "Bergeret hace fríamente su elogio, pone la derrota a cuenta de los "retrasos enojosos", y "se retira", saludado por los aplausos unánimes de la Asamblea". Así se expresa el acta, inédita hasta hoy, como las de las dieciséis primeras sesiones.[45]

La Comuna no sólo no amonesta a los autores de la salida, sino que "les deja en plena libertad para dirigir las operaciones militares, tan lejos de disgustarles como de debilitar su autoridad". Y sin embargo, su incuria, su incapacidad habían sido mortales. La Comuna comprendió indudablemente que la responsable era ella y que, para ser justa, hubiera tenido que acusarse también a sí misma.

Creyó arreglarlo todo ratificando la elección de Cluseret como delegado de Guerra. Desde el 19 de marzo, Cluseret había acosado al Comité Central, buscando un generalato, ofreciendo planes de batalla contra los alcaldes. Despedido, se había aferrado a la comisión ejecutiva, que, a pesar de Lefrançais, unió a Cluseret a los generales, en la noche del 2 de abril. En aquel momento sonaba el toque de llamada para la funesta salida. Cluseret vio a los generales, los dejó que se comprometieran, y al día siguiente denunció su "chiquillada". ¡A este publicista militar, sin más prenda que la condecoración ganada en las barricadas de junio, le encargaban de defender la Revolución los socialistas del 71! Como Trochu, traía su plan, y de igual suerte que se lo había prometido a los lyoneses, prometió a la Comuna poner en pie de guerra, en veinte o veinticinco días, un ejército capaz de tomar la ofensiva.

Esta elección no disgustó demasiado al Comité Central. Habíase instalado éste en la calle del Entrepót, detrás de la Aduana, cerca de su cuna, y el 3 respondía al ataque de Versalles con una proclama:

"Trabajadores, no os engañéis, ha llegado la gran lucha. El parasitismo y el trabajo, la explotación y la producción se hallan en pugna. Si estáis hartos de vegetar en la ignorancia y de consumiros en la miseria, si queréis que vuestros hijos sean hombres que obtengan el fruto de su trabajo, y no que pertenezcan a la especie de los animales amaestrados para el taller y el combate; si no queréis que vuestras hijas, a las que no podéis educar y vigilar a vuestro gusto, sean instrumentos de placer en brazos de la aristocracia del dinero; si queréis, en fin, el reinado de la Justicia, sed inteligentes, ¡en pie!"

El Comité Central declaraba en otro pasquín que no apetecía ningún poder político; el poder, en tiempos de revolución, va por sí mismo a aquel que la define. El Hôtel-de-Ville no había sabido explicar aún qué era la Comuna, y todo su bagaje político consistía en dos decretos lanzados al viento. El Comité Central, en cambio, no había cesado de indicar con toda claridad el carácter de esta lucha que había pasado a ser social, y, desgarrando la decoración política, ponía al desnudo, detrás de este conflicto en torno a las libertades municipales, la cuestión del proletariado.

La Comuna podía aprovechar en esta nueva lección, apuntar, a ser preciso, al manifiesto, y luego, apoyándose en las protestas del Comité, obligar a éste a disolverse y distribuir sus miembros entre los diferentes servicios. Pero se contentó con decir pestes del Comité.

Decreto sobre los rehenes.

Y, sin embargo, si alguna vez se creyó enérgica la Comuna, fue precisamente ese día. El salvajismo

[45] Las actas oficiales de la Comuna fueron salvadas del Hôtel-de-Ville el martes 23 de mayo, por un amigo del secretario Arnouroux, hecho prisionero la víspera. El autor ha vuelto a encontrarlas recientemente en el museo Carnavalet. Con ellas, puede rectificar muchas cosas y llenar ciertas lagunas.

versallés, el asesinato de los prisioneros, de Flourens y de Duval, habían exasperado a los más ecuánimes. Allí estaban, tres días antes, llenos de vida, aquellos bravos compañeros que eran a la par amigos y hermanos. Su sitio vacío parecía clamar venganza. Pues bien, ya que Versalles hacía esa guerra salvaje, se respondería a ella ojo por ojo, diente por diente. Por otra parte, si la Comuna no hacía algo, el pueblo, según se aseguraba, se vengaría de un modo más terrible. El día 4, Vaillant pidió que, para responder a los asesinatos de Versalles, la Comuna se acordase de que tenía rehenes y devolviese un golpe por otro. El 5, Delescluze presentó un proyecto, y se decretó por unanimidad que todo reo de complicidad con Versalles sería juzgado en un plazo de cuarenta y ocho horas y, si se le reconocía culpable, sería retenido como rehén. La ejecución por Versalles de los defensores de la Comuna iría seguida de la de los rehenes en número triple, decía el decreto; en número igual o doble, decía la proclama.

Estas variaciones delataban la turbación de los espíritus. Los periódicos burgueses gritaron contra semejante abominación, y Thiers, el que fusilaba sin sentencia, denunció la ferocidad de la Comuna. En el fondo, todo este mundo se reía para sus adentros. Los reaccionarios más destacados habían huido hacía tiempo. No quedaban en París más que los peces chicos y algunos rezagados, que Versalles sabría sacrificar, si era necesario. "¡Los rehenes! ¡Los rehenes! ¡Tanto peor para ellos!" Así decía el dulce Barthélemy Saint-Hilaire a todo el que le hablaba de una posible jornada en las prisiones. La Comuna, en su ciega indignación, no veía los verdaderos rehenes que saltaban a la vista: la Banca, el Registro y los Dominios, la Caja de depósitos y consignaciones, etc. Con ello, tenían en su poder las glándulas genitales de Versalles; podían reírse de su experiencia, de sus cañones. Sin exponer un solo hombre, la Comuna no tenía más que decirle: "Transige, o mueres".

Pero los elegidos el 26 no eran quiénes para esa osadía. El Comité Central había cometido el error garrafal de dejar marcharse al ejército versallés; la Comuna cometió otra torpeza, cien veces más grave. Todas las insurrecciones serias han empezado por apoderarse del nervio del enemigo: la caja. La Comuna ha sido la única que se negó a hacerlo. Abolió el presupuesto del clero, que estaba en Versalles, y se quedó en éxtasis ante la caja de la gran burguesía, que tenía al alcance de la mano.

La Comuna y la Banca.

Escena de alta comicidad, si fuera lícito reírse de una negligencia que tanta sangre ha hecho correr. Desde el 19 de marzo, los mangoneadores de la Banca esperaban todas las mañanas la incautación de su caja. No había manera de pensar en trasladarla a Versalles, a menos de disponer de cien furgones y de un cuerpo de ejército. El 23, Rouland, gobernador del Banco, no esperó a más y desapareció. Le sustituyó el subgobernador, De Ploeuc. Ya en la primera entrevista con los delegados del Hôtel-de-Ville, se dio cuenta de su timidez, batalló, pareció reflexionar, soltó el dinero escudo a escudo. Lo cómico del caso es que regateaba a París el dinero del mismísimo París, un saldo acreedor de nueve millones cuatrocientos mil francos, depositado en el Banco. De esta manera maniobró hasta el 28 de marzo. El Banco atesoraba: 77 millones en numerario; 166 millones en billetes de zanco,[46] en cartera, 899 millones; valores en garantía, 120 millones; en lingotes, 11 millones; alhajas en depósito, 7 millones; títulos depositados, 900 millones; o sea, en total, 2.180 millones. Ochocientos millones en billetes, que no esperaban más que el sello del cajero, sello bien fácil de poner. La Comuna tenía, pues, cerca de 3.000 millones en su mano; de ellos, 1.000 millones líquidos; de sobra para comprar mil veces a todos los Galliffets y altos funcionarios de Versalles. Como rehenes, los 90.000 depósitos en títulos y los 2.000 millones en circulación, cuya prenda se encontraba en la calle Vrillière.

El 30 de marzo, Beslay, delegado por la Comuna, se presentó ante el tabernáculo. Había querido retirarse después de su discurso de apertura, encontrándose demasiado viejo para servir de algo en una lucha como ésta; pero permaneció en su puesto, a instancias de todos sus colegas. De Ploeuc, para recibirle, había puesto en pie de guerra sus cuatrocientos empleados, armados de fusiles sin cartuchos. Beslay, que le conocía mucho, le pidió que atendiese a las necesidades que significaban los sueldos. De Ploeuc habló de defenderse. "Pero, bueno -dijo Beslay-, si para evitar la efusión de sangre, la Comuna nombra un gobernador... -¿Un gobernador? ¡Jamás! -dijo De Ploeuc-. Un delegado, y si ese delegado fuera usted, podríamos entendernos". Y pasando al tono patético: "¡Vamos, señor Beslay, ayúdeme a salvar esto; se trata de la fortuna de su país, de la fortuna de Francia!"

Beslay, conmovidísimo, fue aquella misma noche a la Comuna a repetir el argumento, tanto más cuanto que se creía ducho en cuestiones de hacienda: "El Banca de Francia es la fortuna del país; sin él no hay industria, no hay comercio. Si lo violáis, todos sus billetes darán en quiebra". Estas necedades circularon por el Hôtel-de-Ville. Los proudhonianos del Consejo, olvidando que su maestro había puesto la supresión del Banco al frente de su programa revolucionario, apoyaban al "tío" Beslay. La fortaleza capitalista no tenía en Versalles defensores más encarnizados. Si, en todo caso, se hubiera dicho:

[46] Beslay, en su libro *Mes Souvenirs,* publicado en 1873, dice: "La caja era de algo más de cuarenta millones". No quiso, sin duda, hablar más que del numerario que le habían enseñado. De Ploeuc dice en su declaración: "243 millones". *(Encuesta sobre el* 18 *de marzo.)*

"¡Ocupemos, por lo menos, el Banco!" La Comuna no tuvo ni siquiera ese arranque, y se contentó con comisionar a Beslay. De Ploeuc le recibió con los brazos abiertos, le instaló en el despacho más próximo al suyo, le convenció, inclusive, de que durmiese en el Banco, y desde ese momento, respiró.

La Comuna se reveló desde la primera semana débil para con los autores de la salida; poco enérgica en sus decretos respecto al Comité Central y al Banco, en la elección de su delegado de Guerra, sin plan militar, discutiendo a tontas y a locas. Los irreconciliables que se quedaron después de la fuga de los liberales comprendieron adónde iba a parar todo aquello. Y como no tenían ganas de ser mártires, dimitieron.

Capítulo XVII. Los primeros combates de Neuilly y de Asníeres. Organización y derrota de los conciliadores.

La derrota del 3 de abril abatió a los tímidos y exaltó a los fervientes. Irguiéronse batallones inertes hasta entonces. No se descuidó el armamento de los fuertes. Salvo Issy y Vanves, en pésimo estado, los demás se hallaban intactos. Paris oyó a las hermosas piezas de artillería del 7 -tan desdeñadas por Trochu, que no había querido recibir más que cuarenta de ellas- tirar con toda su alma, con tal precisión, que el día 4 por la tarde evacuaban los versalleses la meseta de Châtillon, Se guarnecieron las trincheras que protegían los fuertes. Moulineaux, Clamart, Val-Fleury ardieron. Por la derecha, los federados volvieron a ocupar Courbevoie, y el puente de Neuilly fue defendido con barricadas.

Desde allí amenazaban a Versalles. Vinoy recibió orden de apoderarse de Neuilly. El día 6 por la mañana, el monte Valérien, recientemente armado con piezas del 24, abrió el fuego contra Courbevoie. Al cabo de seis horas de bombardeo, los federados desalojaron la encrucijada y tomaron posiciones detrás de la gran barricada del puente de Neuilly. Los versalleses la cañonearon; pero resistió, protegida por el cañón de la puerta Maillot.

Esta puerta Maillot, que se hizo legendaria, no tenía más que algunas piezas, que disparaban al descubierto, bajo el fuego que llovía del monte Valérien. Por espacio de cuarenta y ocho días, la Comuna encontró hombres para defender la avanzada indefendible. Los curiosos acudían a mirarlos, resguardándose detrás de los macizos del Arco de Triunfo; los chicuelos jugaban en la avenida de la Grande-Armée, esperando apenas la explosión para correr detrás de los cascos de obús.

La intrepidez parisiense salió a luz bien pronto, con las primeras escaramuzas. Hasta los periódicos burgueses se dolían de que tanto valor no hubiera sido lanzado contra los prusianos. En las horas de pánico del día 3 había habido varios actos heroicos. La Comuna, para hacer a sus defensores funerales dignos de ellos, llamó al pueblo. El día 6, a las dos, una enorme multitud acudió al hospicio Beaujon, donde estaban expuestos los muertos con la cara descubierta. Madres, esposas, retorcidas sobre los cadáveres, lanzaban gritos de furor y juramentos de venganza. Tres catafalcos, cada uno de los cuales contenía treinta y cinco ataúdes envueltos en negros crespones, empavesados de banderas rojas, arrastrados por ocho caballos, rodaron lentamente hacia los grandes bulevares, anunciados por los clarines y por los *Vengeurs de París.* Delescluze y cinco miembros de la Comuna, con escarapelas rojas, descubiertos, presidían el duelo. Tras ellos iban los parientes de las víctimas, las viudas de hoy, sostenidas por las de mañana. Millares y millares, con siemprevivas en la solapa, silenciosos, marchaban al paso de los tambores orlados de crespones. De cuando en cuando, se oía alguna música con sordina, a modo de expresión involuntaria de un dolor demasiado contenido. En los grandes bulevares, había doscientos mil rostros lívidos, y cien mil volvían los ojos a los cruces de las calles. Muchas mujeres sollozaban; hubo algunas que se desmayaron. Pocas veces esta vía sacra de la Revolución, lecho de tantos dolores y de tantas fiestas, ha presenciado semejante llamarada de corazones. Delescluze exclamó: "¡Qué pueblo más admirable! ¡Y todavía dirán que somos un puñado de facciosos!" En Père-Lachaise, el mismo Delescluze se adelantó hacia la fosa común. Las crueles pruebas de la prisión de Vincennes habían quebrantado su frágil envoltura. Encorvado, lleno de arrugas, afónico, sostenido únicamente por su fe indomable, el moribundo saludó a los muertos: *"No voy a dirigiros largos discursos; demasiado caros nos han costado... Justicia para las familias de las víctimas... Justicia para la gran ciudad que, después de cinco meses de sitio, traicionada por su gobierno, tiene todavía en sus manos el porvenir de la humanidad... No lloremos a nuestros hermanos caídos heroicamente; lejos de eso, juremos continuar su obra y salvar la Libertad, la Comuna, la República".*

A la mañana siguiente, los versalleses cañonearon la barricada de la avenida de Neuilly. Los vecinos de la misma, a quienes no tuvieron la humanidad de avisar, se vieron obligados a refugiarse en los sótanos. Hacia las cuatro y media cesó el fuego de los versalleses, y los federados gozaban descanso, cuando los soldados se lanzaron en masa sobre el puente. Los federados trataron de detenerlos; mataron a dos generales -uno de ellos, Besan, culpable, en la marcha sobre Sedan, de la sorpresa de Beaumont-l'Argonne-, e hirieron a un tercero. Los soldados, mucho más numerosos, consiguieron llegar hasta el antiguo parque de Neuilly.

Dombrowski.

La pérdida de esta posición era tanto más sensible

cuanto que Bergeret, en carta dirigida a "L'Officiel", había respondido de Neuilly. La comisión ejecutiva sustituyó a Bergeret por Dombrowski, un polaco al que había reclamado Garibaldi para su ejército de los Vosgos. El galoneado estado mayor de Bergeret protestó, y sus chillerías hicieron que fuese detenido su jefe, puesto ya en ridículo de sobra por el parte del día 3. La guardia nacional mostró alguna desconfianza hacia Dornbrowski, y envió una delegación a la Comuna. Vaillant y Delescluze defendieron a Dombrowski, al cual tuvo que presentar en París la comisión ejecutiva. Inexactarnente informada, hizo surgir en torno a él una leyenda, que el mismo Dombrowski no tardó en dejar chiquita.

El día 7, los federados de Neuilly vieron a un hombre joven, de escasa estatura, vestido con un modesto uniforme, que inspeccionaba las avanzadas, moviéndose con paso tranquilo bajo un fuego de fusilería. En lugar de la furia francesa, hecha de ostentación y de ardor, el valor frío, inconsciente casi, del eslavo. Al cabo de breves horas, el nuevo jefe había conquistado a su gente. No tardó en revelarse el jefe. El día 9, por la noche, con dos batallones de Montmartre, Dornbrowski, acompañado por Vermorel, sorprendió a los versalleses en Asniéres, los expulsó de allí, se apoderó de sus piezas y, desde la línea férrea, utilizando los vagones blindados, cañoneó de flanco Courbevoie y el puente de Neuilly. Su hermano se apoderó del castillo de Bécon, que domina el camino de Asnieres a Courbevoie. Y cuando Vinoy, en la noche del 12, quiso recuperar esta posición, sus hombres, rechazados, huyeron hasta Courbevoie.

París no supo nada de este triunfo; tan rudimentario era el servicio del estado mayor general. Este brillante ataque se debía a un hombre, de igual suerte que la defensa de los fuertes surgía espontáneamente de la guardia nacional. Aún no había ninguna dirección. El que quería hacer avanzadas las hacía; el que quería cañones, refuerzos, corría a pedirlos a donde podía, a la Plaza, al Hôtel-de-Ville, al Comité Central, al generalísimo Cluseret.

Este había empezado por cometer un error, al llamar a filas exclusivamente a los solteros de diecisiete a treinta y cinco años, con lo que privaba a la Comuna de sus más enérgicos defensores, los hombres que peinaban canas, los primeros y los últimos en el fuego en todas las insurrecciones. A los tres días, hubo que dejar sin efecto el bando. El 5, en su informe a la Comuna, este estratega anunciaba que el ataque de Versalles disimulaba un movimiento para ocupar los fuertes de la orilla derecha, que se hallaban en aquel entonces en poder de los prusianos. Lamentaba, como Trochu, los cañoneas de los últimos días, que derrochaban, decía, las municiones, cuando París estaba repleto de pólvora y de obuses, cuando la ciudad contaba con tropas jóvenes a las que apoya y anima la artillería, cuando los versalleses de Châtillon, incesantemente perseguidos por nuestro fuego, se veían forzados a retirarse todas las noches, cuando sólo un continuo cañoneo podía conservar Neuilly.

No hacía mucho más la Comuna en pro de la defensa. Decretaba el servicio obligatorio y el desarme de aquellos que se mostrasen refractarios; ahora bien, las requisas, hechas a ciegas, sin policía, no podían dar ni un hombre ni cien fusiles más. La Comuna votaba para las viudas de los guardias nacionales muertos ante el enemigo, fuesen o no casadas, pensiones vitalicias de 600 francos; para los parientes de los muertos por línea ascendente, pensiones proporcionales de 100 a 800 francos; a sus hijos, una renta de 365 francos, hasta los dieciocho años, y adoptaba a los huérfanos; excelentes medidas que liberaban el espíritu de los combatientes, pero que presuponían un París victorioso. ¿No valía más, como se hizo con las viudas de Duval y de Dornbrowoski, otorgar inmediatamente una indemnización a los que tuvieran derecho a ella? Los titulares de rentas no percibieron, en realidad, más que algunos míseros anticipos.

Estas decisiones incompletas o irreflexivas revelaban una gran falta de estudio. Pero aún pudieron entrever algo peor los que frecuentaban el Hôtel-de-Ville. ¡Qué pocos eran los concejales elegidos que daban muestras de percatarse de su enorme responsabilidad! ¡Cuántos había que se abstenían de concurrir a las sesiones! El 30 de marzo, el 4 y 5 de abril, pasadas ciertas horas, ya no hay quórum; el 9 se acuerda por votación retirar las dietas a los que falten. La mayor parte de los asistentes llegan sin preparación alguna, dispuestos a votar guiándose por la primera impresión. El Hôtel-de-Ville se parece a una Corderie parlamentaria; se olvidan los acuerdos de la víspera. El 5 de abril se vota, a pesar de la decisión del 29 de marzo, que el presidente será nombrado en cada sesión; el 11, a pesar del acuerdo del 2, que las actas se publicarán en "L'Officiel". Las cuestiones se resuelven a medias. La Comuna instituye consejos de guerra, un tribunal marcial, y deja al Comité Central el cuidado de decidir cuáles hayan de ser el procedimiento y las penas. Organiza la mitad del servicio médico, y Cluscret la otra mitad. Suprime el título de general, y el delegado se lo confiere a los comandantes superiores. El 14, en su sesión del día, la Comuna juzga al mismo Bergeret que había sido saludado el 4 de abril "con aplausos unánimes", acusado ahora de "haber conducido a los federados bajo el fuego del monte Valérien, de haber puesto en ridículo las operaciones militares, de haber desplegado un fausto peligroso y haber excitado a las tropas a la insubordinación". En su sesión de la noche, la Comuna discute el proyecto de demolición de la columna de Vendôme presentado por Félix Pyat y

votado a pesar de Avrial, Malon, Theisz, Langevin, J. B. Clément, que quieren suprimir los considerandos, y permanece sorda a los llamamientos desesperados de Dombrowski.

Este apenas cuenta con 2.500 hombres para defender a Neuilly, Asnieres, la península de Gennevilliers, y los de Versalles acumulan contra él sus mejores tropas. Del 14 al 17 cañonearon el castillo de Bécon, y el 17 por la mañana lo atacaron con una brigada. Los 250 federados que ocupaban el castillo se defendieron durante seis horas, y los supervivientes se replegaron hacia Asnières, donde entró con ellos el pánico. Acudieron Dombrowski, Okolowitz y algunos hombres sensatos, que consiguieron restablecer un tanto el orden y fortificaron la cabeza del puente. Dombrowski pedía refuerzos; de Guerra le enviaron sólo algunas compañías, Al día siguiente, los puestos avanzados eran sorprendidos por nutridos destacamentos, y el cañón de Courbevoie asolaba Asnières, Después, de reñida lucha, a eso de la una, varios batallones, muy castigados, abandonaron la parte sur del pueblo. En la parte norte seguía desarrollándose un combate encarnizado. Dombrowski, a pesar de enviar despacho tras despacho, no recibió más que 300 hombres. A las cinco de la tarde, los de Versalles recibieron grandes refuerzos; los federados, agotados, temiendo que les cortasen la retirada, se lanzaron sobre el puente de barcas, que cruzaron en el mayor desorden.

Los conciliadores.

Los periódicos reaccionarios comentaron ruidosamente esta retirada. París entero se alarmó. Lo rudo del combate abrió los ojos hasta a los más optimistas. Hasta entonces, muchos que habían caído en una equivocación funesta, formaron grupos de conciliación. El 4 de abril, algunos industriales y comerciantes fundaron la Unión Nacional de Cámaras Sindicales, con este programa: "Sostenimiento y liberación de la República, reconocimiento de las franquicias municipales de París". En el barrio de las escuelas, de los profesores, médicos, abogados, ingenieros, estudiantes, se pidió en un manifiesto la República democrática y laica, la Comuna autónoma, la federación de las Comunas. Un grupo análogo publicó una carta dirigida a Thiers: *"Usted cree que se trata de un posible motín: se halla en presencia de unas convicciones concretas y generalizadas. La inmensa mayoría de París quiere la República como un derecho superior, fuera de toda discusión. Paris ha visto en toda la conducta de la Asamblea el designio premeditado de restablecer la monarquía.* Algunos dignatarios francmasones enviaron el mismo llamamiento a Versalles y a la Comuna: *¡Contened la efusión de esta preciosa sangre!"*

Por último, cierto número de alcaldes y adjuntos que sólo habían capitulado a última hora ante el Comité Central, constituyeron la Liga de Unión Republicana de los Derechos de París. Pedían el reconocimiento de la República, el derecho de París a gobernarse a sí mismo, que la custodia de la ciudad se encomendara exclusivamente a la guardia nacional; todo lo que pedía la Comuna, todo lo que ellos mismos habían combatido del 18 al 25 de marzo. Algunos diputados de París que tuvieron la conciencia de enviar su dimisión, Clemenceau, Lockroy, Floquet, se unieron a ellos.

Se formaron otros grupos, todos los cuales estaban de acuerdo en dos puntos: consolidación de la República, reconocimiento de los derechos de París. Casi todos los periódicos comunales reproducían este programa; los periódicos radicales lo aceptaban. Los diputados de París, que residían decididamente en Versalles, fueron los últimos que hablaron. Para injuriar a París. Con el tono lacrimoso y jesuítico con que ocultaba la sequedad de su corazón, Louis Blanc escribía el día 8, en nombre de sus colegas: *"Ni un solo miembro de la mayoría ha puesto aún en tela de juicio los principios republicanos. En cuanto a los que están en la insurrección, a ésos les decimos que hubieran debido estremecerse ante el sólo pensamiento de agravar, de prolongar el azote de la ocupación extranjera, añadiendo a él la calamidad de las discordias civiles".*

Todo lo cual repitió Thiers, palabra por palabra, a los primeros conciliadores que fueron a verle, los delegados de la Unión Sindical: "Que la insurrección sea la primera en dejar las armas; la Asamblea no puede hacerlo. -¡Pero, París quiere la República! -La República existe; y juro por mi honor que mientras yo esté en el poder no sucumbirá. -París quiere franquicias municipales. -La Cámara prepara una ley concediéndolas a todos los municipios. París las tendrá ni más ni menos que ellos". Los delegados leyeron un proyecto de transacción que hablaba de amnistía general, de suspensión del empleo de las armas. Thiers les dejó leer, no rechazó formalmente ningún artículo, y los delegados se volvieron a París convencidos de que habían dado con una base de arreglo.

Apenas habían salido, cuando Thiers corría a la Asamblea. Ésta acababa de reconocer a todos los municipios el derecho a elegir su alcalde. Thiers subió a la tribuna, pidió que ese derecho fuese limitado a las ciudades menores de veinticinco mil almas. Se le gritó: "¡Está votado!" Thiers insistió, sostuvo que en una República debe armarse tanto más el poder, "cuanto que en ella es más difícil mantener el orden", amenazó con dimitir, y obligó a la Asamblea a rectificar el acuerdo votado.

El 10, la Liga de los Derechos de París hizo sonar la trompeta: *"Que el gobierno renuncie a perseguir los hechos consumados el 18 de marzo… Que se*

proceda a la reelección general de *la Comuna… Si el gobierno de Versalles permaneciese sordo a estas legítimas reivindicaciones, sépalo bien: París entero se alzaría para defenderlas".* Al día siguiente, sus delegados fueron a Versalles. Thiers repitió su estribillo: "Que París deponga las armas", y no quiso oír hablar de armisticio, de amnistía. Se perdonará -dijo- a todos aquellos que dejen las armas, excepto a los asesinos de Clément Thomas y de Lecomte. Equivalía reservarse la elección de víctimas, volver a colocarse en el 18 de marzo, con la victoria por añadidura. El mismo día dijo a los delegados de las logias masónicas: "Dirigíos a la Comuna; lo que hay que pedir es la sumisión de los sublevados, no la dimisión del poder legal. Para facilitar la sumisión, el periódico oficial de Versalles comparaba a París con la llanura de Marathón, recientemente infestada por una banda de bandidos y asesinos". El 13, un diputado, Brunet, preguntó al gobierno si quería hacer las paces con París. La Asamblea lo aplazó para dentro de un mes.

La Liga, vapuleada de esta suerte, fue el 14 de abril al Hôtel-de-Ville. La Comuna, ajena a todas estas negociaciones, les dejaba entera libertad y sólo había prohibido una reunión anunciada en la Bolsa por unos Tirard mal disfrazados. Se limitó a oponer a la Liga su declaración del 10: "Habéis dicho que si Versalles permanecía sordo, todo París se alzaría. Versalles se ha hecho el sordo: alzaos. Para que París juzgase, la Comuna publicó lealmente en "L'Officiel" el informe de los conciliadores".

Capítulo XVIII. El manifiesto de la Comuna. Las elecciones complementarias del 16 de abril hacen que surja una minoría. Primeras disputas. Gérmenes de derrota.

Por segunda vez quedaba trazada con toda claridad la línea. Si el Hôtel-de-Ville no había definido apenas lo que era la Comuna, la batalla, el bombardeo, los furores versalleses, los fracasos de los conciliadores, la presentaban claramente a los ojos de todo París como lo que era: un campo de rebeldes. Las elecciones complementarias del 16 de abril -la muerte, las actas dobles y las dimisiones, habían dejado treinta y un puestos vacantes- revelaron los efectivos de los rebeldes. Las ilusiones del 26 de marzo se habían desvanecido; ahora, la gente votaba bajo los obuses. Los periódicos de la Comuna, los delegados de las cámaras sindicales, llamaron a los electores a las urnas; no acudieron arriba de 61.000. Los distritos de los dimisionarios dieron 16.000 en lugar de 51.000 votantes.

Era, más que nunca, hora de hablar a Francia. El 6 de abril, la comisión ejecutiva, en una proclama dirigida a la provincia, protestó contra las calumnias versallesas, diciendo que París combatía por Francia entera. Pero no formulaba ningún programa. Las protestas republicanas de Thiers, la hostilidad de la izquierda, los estériles decretos del Consejo, desconcertaban completamente a las provincias. Era preciso orientar a éstas con la mayor rapidez posible. El día 19, Jules Vallès, en nombre de la comisión encargada de redactar un programa, presentó su trabajo, o mejor dicho, el trabajo de otro. Triste y característico síntoma: de los cinco miembros de la comisión, sólo Delescluze aportó algunos párrafos -¡y aún así! La parte técnica fue obra de un periodista, Pierre Denis, proudhoniano, discutidor hasta dejar chicos a los héroes de Pascal.

El manifiesto de la Comuna.

Denis había recogido y formulado como ley, en "Cri du peuple", la salida de París, ciudad libre, que había surgido con las primeras cóleras de Wauxhall. París se transformaba en ciudad hanseática, se coronaba con todas las libertades, y desde lo alto de sus fortalezas decía a las comunas de Francia encadenadas: "¡Imitadme si podéis! Nada he de hacer por vosotras, como no sea con el ejemplo". Este hermoso proyecto volvió locos a varios miembros de la Comuna, y de esa locura quedaron huellas de sobra en la declaración.

"¿Qué pide París? -decía ésta-. *El reconocimiento y la consolidación de la República. La autonomía absoluta de la Comuna, extendida a todas las localidades de Francia. Los derechos inherentes a la Comuna son: el voto del presupuesto comunal; el señalamiento y reparto del impuesto; la dirección de los servicios locales; la organización de su magistratura, de su política interior y de la enseñanza; la administración de los bienes comunales; la garantía absoluta de la libertad individual, de la libertad de conciencia y de trabajo; la organización de la defensa urbana y de la guardia nacional; que la Comuna se encargue exclusivamente de asegurar y vigilar el libre y justo ejercicio del derecho de reunión y de prensa. Nada más quiere París... a condición de que vuelva a encontrar en la gran administración central, delegación de las comunas federadas, la realización y la práctica de los mismos principios".*

¿Cuáles serían los poderes de esta delegación central, cuáles las obligaciones recíprocas de las comunas? La declaración no lo decía. Según este texto, cada localidad tendría derecho a su autonomía. ¿Qué esperar entonces de las autonomías de la Baja Bretaña, de las nueve décimas de las comunas de Francia -más de la mitad de ellas no tenían ni seiscientos habitantes- cuando la declaración parisiense violaba los derechos más elementales, encomendaba a la Comuna la incumbencia de *vigilar* el *justo* ejercicio del derecho de reunión y de prensa, y se olvidaba de mencionar el derecho de asociación?

Débil, desorganizada, amarrada por mil ataduras, la población de los campos no podía ser libertada por

nadie más que por las ciudades, y éstas, a su vez, en modo alguno podían pasarse sin París. De sobra lo probaba el hecho de que hubiesen abortado todas las insurrecciones de provincias. Cuando la declaración decía: *"La unidad, tal como nos ha sido impuesta hasta hoy por el Imperio, por la monarquía y el parlamentarismo, no es más que la centralización despótica, ininteligente",* etc., descubría el cáncer que devoraba a Francia; pero cuando añadía: *"la unidad política, tal como la quiere París, es la asociación voluntaria de todas las iniciativas locales",* daba muestras de no saber ni una palabra de lo que se refería a las provincias. Esto es la oración fúnebre del jacobinismo, pronunciada por uno de sus jefes, exclamó Rastoul. Era más que eso: era la oración fúnebre de los débiles.

La declaración continuaba, en estilo de proclama, muy justa cuando decía: *"Paris trabaja y sufre por toda Francia, cuya generación intelectual, moral, administrativa y económica prepara con sus combates y sacrificios. La Revolución comunal, comenzada por la iniciativa popular del 18 de marzo, inaugura una nueva era";* pero sin exponer nada concretamente. ¿Por qué no recoger la fórmula del 29 de marzo? *"A la Comuna lo que es comunal; a la Nación lo que es nacional".* ¿Por qué no definir la Comuna futura, tan amplia como fuese posible, para la vida política, suficientemente limitada para que los ciudadanos pudiesen combinar fácilmente su acción social, la Comuna de quince a veinte mil almas, la Comuna-cantón, y exponer claramente sus derechos y los de la colectividad? Tal como era, este programa oscuro, incompleto, peligroso en más de un respecto, no podía, a pesar de las ideas fraternales, dar a las provincias lo que necesitaban.

En cuanto al resto del mundo, no decía nada. Esta revolución, hecha al grito de la República universal, parecía como si no reparase en la inmensa familia obrera que la observaba ansiosamente. El Hôtel-de-Ville de 1871 se quedaba a la zaga de la Comuna de 1793.

Se trataba simplemente de un proyecto que sin duda iba a ser estudiado a fondo. La Comuna lo votó en su reunión de la noche, sin discutirlo apenas. Esta asamblea, que concedió cuatro días a la cuestión de los vencimientos comerciales, interminables horas a la del Monte de Piedad, no fue capaz de someter a una discusión solemne una declaración que había de ser su programa, caso de que triunfase, y su testamento si sucumbía.

Elecciones complementarias del 16 *de abril.*

Surgieron, en cambio, los casuistas, La Comuna, por mayoría absoluta, había declarado válidas seis de las elecciones del 26 de marzo. El informador de las elecciones del 16 de abril proponía ratificar igualmente todas aquellas que hubiesen reunido mayoría absoluta. Los escrupulosos se indignaron: "Eso sería –dijeron- la mayor zancadilla que gobierno alguno haya echado nunca al sufragio universal". Sin embargo, no era cosa de convocar a cada paso a los electores. Tres distritos de los más abnegados, especialmente el XIII, cuyos mejores elementos estaban en la línea de fuego, no habían dado ningún resultado. Un nuevo escrutinio no hubiera hecho más que acusar con mayor evidencia el aislamiento de la Comuna.

La discusión fue muy enconada; había quienes mostraban su frenesí por la legalidad, en aquel Hôtel-de-Ville fuera de la ley. París debía estrangularse con sus principios salvadores. Ya, en nombre de la santa autonomía que prohíbe intervenir en la autonomía del vecino, la comisión ejecutiva se había negado a armar comunas que estaban bajo la dependencia de París y que pedían que se les dejara ir contra Versalles. El mismo Thiers no podía hacer nada mejor para aislar a París.

Por veintiséis votos contra trece se aprobaron las conclusiones del informe. Sólo se confirmaron veinte elecciones,[47] decisión completamente falta de lógica. Había que confirmar la elección de todos o de ninguno, ya que hubo quien fue admitido con menos de 1.100 votos, mientras que otros quedaron fuera con 2.500. Cuatro eran periodistas, seis obreros. Once, enviados por las reuniones públicas, fueron a reforzar el partido de los románticos. Dos de los ratificados en la elección se negaron a aceptar el fallo por no haber obtenido la octava parte de los votos. Briosne y el autor de los admirables *Propos de Labienus,* Rogeard, que se dejó engañar por un falso escrúpulo de legalidad. Fue la única flaqueza de este corazón generoso, que consagraba a la Comuna una elocuencia brillante y pura. Su dimisión privó al Consejo de un hombre lleno de buen sentido, y desenmascaró una vez más al apocalíptico Félix Pyat.

El primero de abril, viendo venir el nublado, Félix Pyat, a quien los golpes inspiraban el mismo horror que a Panurgo, había enviado su dimisión de miembro de la comisión ejecutiva, declarando que su presencia era indispensable en Marsella. Como los cazadores de Gallíffet hacían peligrosa la salida, se resignó a quedarse, pero adoptando dos máscaras, una para el Hôtel-de-Ville y otra para el público. En la Comuna, en sesión secreta, impulsaba a los demás a las medidas violentas; en su periódico oficiaba de pontifical, sacudía sus grises cabellos, decía: "¡A las urnas, y no a Versalles!" También aquí tenía dos caras. Si pedía la supresión de los periódicos, firmaba "Le Vengeur": para murmurar, firmaba "Félix Pyat".

[47] Vésíníer, Cluseret, Pillot, Andrieu *(Louvre);* Pothier, Serraillier, J. Durand, Johannard *(Bourse);* Courbet, Rogeard *(Luxembourg);* Sicard *(Palais-Bourbon); Briosne (Opéra);* Philippe, Lonclas (*Reuilly);* Longuet *(Passy);* A. Dupont *(Batignolles);* Cluseret, Arnold *(Montmartre);* Menotti Garibaldi *(Buttes-Chaumemt);* Viard, Trinquet *(Ménilmontant).*

Vino la derrota de Asnières. Se apoderó de él el miedo, y buscó otra vez una salida. La dimisión de Rogeard se la abrió. Al abrigo de este nombre sin reproche, Félix Pyat deslizó su dimisión. "La Comuna ha violado la ley –escribía-; yo no quiero ser cómplice". Para cerrarse a toda réplica, comprometió la dignidad de la Comuna. "Si *persiste* -dijo- me veré obligado, sintiéndolo mucho, a dimitir *antes de la victoria"*.

Esta treta asqueó a todo el mundo. Precisamente acababa "Le Vengeur" de censurar la supresión de tres periódicos reaccionarios, supresión que había pedido innumerables veces Félix Pyat en las sesiones secretas. Vermorel denunció esta doblez. Un miembro: "Aquí se ha dicho que las dimisiones serían consideradas como traiciones". Otro: "No se debe abandonar el puesto cuando es un puesto de peligro y de honor". Un tercero pide formalmente la detención de Félix Pyat. "Siento -dijo otro- que no se haya comprendido que es a quienes nos han nombrado a los que hay que presentar la dimisión". Y Delescluze: "Nadie debe retirarse por un rencor personal o porque el ideal perseguido no esté de acuerdo con el proyecto. ¿Es que se figuran ustedes que todo el mundo aprueba lo que se hace aquí? Pues bien, hay miembros que se han quedado y que permanecerán hasta el fin, a pesar de las injurias que se nos prodigan. En cuanto a mí, estoy decidido a permanecer en mi puesto, y si no vemos la victoria, no seremos los últimos en morir despedazados en las fortificaciones o en las escaleras del Hotel-de-Ville".

Ruidosos aplausos acogieron estas palabras viriles. Ninguna abnegación era más meritoria. Encanecido en la defensa de las ideas de centralización, Delescluze no podía ver sin sufrir que alguien las atacase. Nada tan noble como aquel viejo, sediento de justicia, que al final de su vida estudiaba las cuestiones sociales; aquel hombre que se consagraba al pueblo sin hacer frases y a pesar de todo. Hubo un momento en que, abrumado por la enfermedad, contristado por las sesiones, habló de retirarse. Bastó con decirle que su retirada infligiría un gran perjuicio a la causa del pueblo para que se quedase a esperar, no la victoria -sabía, tan bien como Pyat, que eso era imposible-, sino la muerte que siembra el porvenir.

Félix Pyat, que no se atrevía a morder a Delescluze, se revolvió contra Vermorel, le trató de confidente y, como Vermorel era miembro de la comisión de seguridad, le acusó en "Le Vengeur" de revelar sus notas a la prefectura de policía. Este bicho calificó a Vermorel de gusano. Bajo el refinado literario latía la verdulera. En el 48, en la Constituyente, llamaba a Proudhon cochino; en la Comuna trató de basura a Tridon. Fue el único miembro de esta asamblea -en la que había obreros de profesiones rudas- que lanzara semejantes inmundicias en la discusión.

Vermorel respondió en "Le Cri du Peuple", y no le costó demasiado trabajo vencerle. Por tres veces le intimaron sus electores a que permaneciese en su puesto: "Es usted un soldado y debe continuar en la brecha. Sólo nosotros tenemos derecho a destituirle". Acosado por sus mandatarios, amenazado con la detención en el Consejo, tuvo que volver, haciendo remilgos, al Hôtel-de-Ville.

Versalles triunfaba al descubrirse todas estas cominerías. El público conoció por vez primera las interioridades de la Comuna, sus minúsculos catarros formados por amistades y antipatías puramente personales. El que perteneciese a tal grupo era sostenido a pesar de todo, cualesquiera que fuesen sus yerros. Para ser admitido al servicio de la Comuna, había que pertenecer a tal o cual camarilla. Se ofrecieron muchas abnegaciones sinceras por parte de los demócratas probados, de los empleados y hasta de algunos oficiales republicanos desertores de Versalles. Todos ellos fueron recibidos y mirados de arriba abajo por algunos ineptos que habían nacido la víspera y cuya abnegación no habría de sobrevivir a la entrada de las tropas. Y sin embargo, la insuficiencia de personal y de orientación se hacía cada vez más evidente. "Desde hace un mes -dijo Vermorel en la sesión del 20- estamos adormilados; no tenemos organización". "Se ha admitido a Cluseret -decía Delescluze- exclusivamente porque no teníamos otro soldado". La comisión ejecutiva no sabía mandar; el Comité Central no quería subordinarse. El Gobierno, la Administración, la Defensa, iban a la ventura, como la salida del 3 de abril.

Capítulo XIX. Las parisienses. Suspensión de hostilidades para la evacuación de Neutlly. El ejército de Versalles y el de París.

La intensa hoguera de París ocultaba todavía estos flacos. Quien no haya sido abrasado por ella no acertará a describirla. Los periódicos comunalistas, a pesar de su romanticismo, resultaban fríos al lado de ella, como resultaba bien poca cosa la escenografía. En las calles, en los bulevares silenciosos, un batallón de cien hombres que va al fuego o vuelve de él, alguna mujer que le sigue, un transeúnte que aplaude; tal es el drama de esta Revolución, sencillo y gigantesco como una tragedia de Esquilo.

El comandante, en camisa, cubierto de polvo, con los galones chamuscados, los hombres, todos ellos canosos o de rubios cabellos, los viejos de junio y los párvulos de la idea. No pocas veces va el hijo al lado del padre.

Las comunalistas.

Esta mujer que saluda o acompaña a la tropa es la valerosa y auténtica parisiense. La inmunda andrógina nacida de los fangos imperiales ha seguido a su clientela a Versalles o explota la mina prusiana

de Saint-Denis. La que tiene ahora por suya la calle es la mujer fuerte, abnegada, trágica, que sabe morir de la misma manera que ama, la mujer que tiene por alma ese puro y generoso filón que desde el 89 corre vivaz por las profundidades populares. La compañera de trabajo quiere también asociarse en la muerte. "Si la nación francesa se compusiera solamente de mujeres, ¡qué terrible nación sería!", escribía el corresponsal del "Times". El 24 de marzo, un federado dijo a los batallones burgueses del primer distrito esta frase, que hizo que abatieran sus armas: "Creedme, no os podréis sostener; vuestras mujeres están llorando y las nuestras no lloran".

Esta mujer no detiene a su hombre;[48] lejos de eso, lo empuja a la batalla, le lleva la ropa y la comida a la trinchera como antes al taller. Muchas no quieren volver ya a la ciudad, y empuñan el fusil. El 4 de abril, en la meseta de Châtillon, son ellas las que sostienen el fuego. Las cantineras van vestidas sencillamente, de trabajadoras. El 3 de abril, en Meudon, la del 66º, la ciudadana Lachaise, se estuvo todo el día en el campo de batalla cuidando a los heridos casi sola, sin médico.

A la vuelta tocan a rebato, llamando a todas las abnegaciones, las centralizan en un comité en la alcaldía del distrito X, fijan proclamas conmovedoras: *"Es preciso vencer* o *morir. Los que dicen:* ¿qué importa el triunfo de la causa si he de perder a quienes quiero?, *deben saber que el único medio de salvar a los que le son queridos es lanzarse a la lucha".* Se ofrecen a la Comuna, piden armas, puestos de combate, se indignan contra los cobardes. *"Me sangra el corazón* -escribe una- *al ver que sólo están combatiendo estrictamente aquellos que quieren hacerlo. No es de ningún modo, ciudadano delegado, una denuncia lo que trato de hacerle. Lejos de mí semejante idea; pero mi corazón de ciudadana teme que la debilidad de los miembros de la Comuna haga abortar nuestros proyectos para el porvenir".*

André Léo, con pluma elocuente, explica lo que era la Comuna, instaba al delegado de Guerra a que utilizase *"la santa fiebre que abrasa el corazón de las mujeres".* Una joven rusa de elevada cuna, instruida, rica, que se hacía llamar Dimitrieff, fue la Théroigne[49] de esta revolución. Asimilada íntegramente al pueblo en su actitud y en el fondo de su corazón es esta Louise Michel, maestra del distrito XVII. Dulce y paciente con los pequeños, que la adoraban, la madre se transformaba en leona por la causa del pueblo. Organizó un cuerpo de camilleras que cuidaba a los heridos bajo la metralla. También iban a los hospitales a disputar sus queridos camaradas a las ásperas religiosas, y los ojos de los agonizantes se reanimaban al murmullo de aquellas suaves voces que hablaban de República y de esperanza.

En esta pugna de abnegación, los niños competían con los hombres y con las mujeres. Los versalleses, al vencer, apresaron a 660 criaturas, y otras muchas perecieron en los combates callejeros. Seguían a los batallones hasta las trincheras, iban con ellos a los fuertes, se ponían al pie de los cañones. Algunos de los que servían a los de la puerta Maillot eran muchachos de trece o catorce años. En campo raso, hacían locuras de valor.

Esta llamarada parisiense irradiaba más allá del cerco de la ciudad. Las municipalidades de Sceaux y de Saint-Denis se reunían en Vincennes para protestar contra el bombardeo, exigir las franquicias municipales y la instauración de la República. El ardor de París llegaba a las provincias.

Éstas empezaban a creer a París inexpugnable, a pesar de los partes de Thiers. El 3 de abril: "Esta jornada es decisiva para la suerte de la insurrección"; el 4: "los insurrectos han sufrido hoy un fracaso decisivo"; el 7: "esta jornada es decisiva"; el 11: "se preparan contra los insurrectos medios irresistibles"; el 12 "los insurrectos huyen a todo correr, se espera el momento decisivo", el 15: "intentaremos, con una prueba decisiva, poner fin a esta guerra civil"; el 17: "persistimos en evitar las pequeñas acciones, hasta que llegue la acción decisiva". A pesar de tantos éxitos decisivos y de tantos medios irresistibles, el ejército versallés se enfriaba invariablemente al llegar a las avanzadas parisienses. Sus únicas victorias decisivas eran las que conseguía contra las casas de las afueras.

Las cercanías de la puerta Maillot, la avenida de la Grande-Armée, Ternes, se alumbraban con incendios continuos. Asnières y Levallois se llenaban de ruinas. Los habitantes de Neuilly vegetaban, hambrientos, en sus sótanos. Los versalleses lanzaban, solamente sobre estos puntos, mil quinientos obuses diarios, y Thiers escribía a sus prefectos: "Si se dejan oír algunos cañonazos, la culpa no es del gobierno, sino de algunos insurrectos que quieren hacer creer que luchan cuando apenas se atreven a dejarse ver".

Suspensión de hostilidades.

La Comuna atendía a los bombardeados de París; pero nada podía hacer por los de Neuilly, cogidos entre dos fuegos. De toda la prensa se alzó un llamamiento a la piedad, pidiendo un armisticio para la evacuación de Neuilly. Los francmasones, la Liga

[48] Eran de una fe sublime, en su ingenuidad. Oímos en un ómnibus a dos mujeres que volvían de las trincheras de ver a sus maridos. Una lloraba, la otra decía: "No te apures, nuestros hombres volverán. Además, la Comuna ha prometido cuidarse de nosotras y de nuestros hijos. Pero no, es imposible que mueran defendiendo una causa tan buena. Y mira, yo prefiero ver al mío muerto antes que en manos de esos versalleses".

[49] Heroína que se distinguió por su arrojo en las jornadas francesas del 92.

de los Derechos de París, intervinieron. Con mucho trabajo -los generales no querían el armisticio- los delegados de la Liga obtuvieron una suspensión de hostilidades por ocho horas. La Comuna encargó a cinco de sus miembros que recibiesen a los bombardeados, y las municipalidades les prepararon asilo. Salieron con socorros los comités de mujeres.

El 25, a las nueve de la mañana, enmudeció el cañón desde la puerta Maillot hasta Asnières. Una inmensa muchedumbre de parisienses fue a visitar las ruinas de la avenida, la puerta Maillot, convertida en un montón de tierra, de granito, de cascos de obús, y se detuvo ante los artilleros, apoyados en las piezas ya legendarias. Muchos llegaron hasta Neuilly. El pueblecito, tan coquetón en otro tiempo, sólo ofrecía ya a los hermosos rayos del sol sus casas desmoronadas. En los límites convenidos, dos filas, una de soldados de línea, otra de federados, a veinte metros de distancia. Los versalleses, escogidos entre los más seguros, estaban guardados por oficiales de caras patibularias. Cuando los parisienses se aproximaban bonachonamente a los soldados, los oficiales alzaban el grito. Cuando un soldado respondió cortésmente a dos señoras, un oficial le arrancó el fusil y calando la bayoneta contra las parisienses dijo: "¡Así es como hay que hablar!" Algunas personas que cruzaron, de una y otra parte, las líneas, fueron hechas prisioneras. Pudo aguantarse hasta cinco horas sin lucha. Cada parisiense, a la vuelta, llevó su saco de tierra a las fortificaciones de la puerta Maillot. Dombrowski hizo fusilar a uno de los miserables que se habían aprovechado de la situación para entregarse al pillaje.

Por la noche volvieron a romper el fuego los versalleses. No había cesado contra los fuertes del Sur, donde el enemigo puso al descubierto nuevas baterías, primera parte del plan de Thiers.

El ejército de Versalles.

El 6, Versalles entregó el mando de un ejército francés al mismo Mac-Mahon que nunca dio cuentas del ejército precipitado por él en Sedan. Las tropas versallesas, reunidas acá y allá, contaban al principio con 46.000 hombres, en su mayor parte residuos de depósitos, incapaces de una acción seria. El llamamiento a los voluntarios de París y de provincias no había dado más que dos cuerpos: los voluntarios del Sena, con 350 hombres; los de Sena y Oise, con unos 200; algo así como unas guerrillas de antiguos oficiales o suboficiales de franco-tiradores y móviles, cuyo uniforme recordaba mucho al de la guardia nacional. Para tener alguna fuerza, Thiers envió a Jules Favre para que volviese a llorarle lástima a Bismarck. El prusiano devolvió 60.000 prisioneros y autorizó a su cofrade a aumentar hasta 130.000 hombres el número de soldados de París que, según los preliminares de paz, no debía exceder de 40.000. El 25 de abril, el ejército versallés comprendía cinco cuerpos, dos de ellos, Donai y Clinchant, formados con libertados de Alemania, y una reserva mandada por Vinoy; en total, 110.000 hombres. Este ejército llegó a contar con 130.000 combatientes y alimentar a 170.000. Thiers dio muestras de evidente habilidad al poner en pie un ejército así contra París. Los soldados fueron bien alimentados, bien vestidos, severamente alejados de todo contacto con el exterior. Se restableció la disciplina. Con todo, no era un ejército de ataque, y los hombres flaqueaban ante una resistencia sostenida. A pesar de las arrogancias oficiales, los generales no contaban realmente más que con la artillería, a la que debían los éxitos de Courbevoie y de Asnières. Sólo el cañón podía abatir a París.

Este se hallaba literalmente rodeado de bayonetas, como en los tiempos del primer sitio, aunque esta vez fuesen la mitad francesas, la mitad extranjeras. El ejército alemán, dispuesto en semicírculo desde el Marne hasta Saint-Denis, ocupaba los fuertes del Este -salvo el de Vincennes, desmantelado- y del Norte; el ejército versallés, por su parte cerraba el círculo desde Saint-Denis hasta Villeneuve-Saint-Georges, dueño solamente del monte Valérien. Los federados tenían los cinco fuertes de Ivry, Bicêtre, Montrouge, Vanves e Issy, las trincheras, las vanguardias que las unían, y los pueblos de Neuilly, Asnières y Saint-Ouen.

El punto vulnerable del cerco, al sudoeste, era el saliente del Point-du-Jour. El fuerte de Issy lo guardaba. Suficientemente defendido a la derecha por el parque, por el castillo de Issy y, por una trinchera que lo unía al Sena, barrido por los artilleros federados, este fuerte estaba dominado de frente y a la izquierda por las alturas de Bellevue, Meudon y Châtillon, Thiers las armó con piezas de gran calibre traídas de Toulon, Cherbourg, Douai, Lyon y Besancon -293 bocas de sitio- y su efecto fue tal, que desde los primeros días crujió el fuerte de Issy. El general Cissey, encargado de llevar adelante estas operaciones, comenzó inmediatamente a preparar los golpes finales.

Acabar con el fuerte de Issy y con el de Vanves que lo sostenía, forzar en seguida el Point-du-Jour, desde donde podía desplegarse hasta París un ejército; tal era el plan de Thiers.

Las operaciones de Saint-Ouen a Neuilly no tenían otro objeto que el de entretener las fuerzas parisienses en Courbevoie.

El ejército parisiense.

¿Qué fuerzas y qué plan oponía a esto la Comuna?

Los efectivos hablaban de 96.000 soldados y unos 4.000 oficiales en la guardia nacional activa; en la reserva, 100.000 soldados y 3.500 oficiales. Cifras muy aproximativas, ya que las listas eran erróneas, frecuentemente ficticias, sobre todo desde la

administración de Mayer, jefe del estado mayor. Treinta y seis cuerpos francos pretendían reunir entre todos 3.450 hombres. Hechas todas las deducciones, se podían obtener 60.000 combatientes, si se sabía hacer bien las cosas. Pero la debilidad del departamento del Ministerio de la Guerra dejaba fuera de su fiscalización a los menos arrojados o a los que podían pasar sin sueldo. En realidad, de Saint-Ouen a Ivry no fue posible oponer al ejército de Versalles más que una cortina de 15.000 a 16.000 federados.

La caballería existía exclusivamente en el papel: quinientos caballos, a lo sumo, para arrastrar los cañones o los furgones y proporcionar cabalgaduras a los oficiales y estafetas. El servicio de ingenieros era rudimentario, a pesar de que no faltaban magníficos bandos. De las 1.200 bocas de fuego que París poseía, sólo 200 utilizó el departamento de la Guerra. No había más que 500 artilleros, a pesar de que los estados anunciaban 2.500.

Dombrowski ocupaba el puente de Asnières, Levallois y Neuilly, con cuatro o cinco mil hombres a lo sumo.[50] Para cubrir tenían: en Clichy y Asnières, una treintena de bocas de fuego y dos vagones blindados, que desde el 15 de abril hasta el 22 de mayo, aun después de la entrada de las tropas, no cesaron de recorrer la vía; en Levallois, una docena de piezas. Le apoyaban las fortificaciones del Norte, y la valerosa puerta Maillot le cubría por la parte de Neuilly.

En la orilla izquierda, de Issy a Ivry, en los fuertes, en los pueblos, en las trincheras, había de diez a once mil federados. El fuerte de Issy contenía un promedio de seiscientos hombres y cincuenta piezas de siete y de doce, dos tercios de ellas inactivas. Los bastiones 72 y 73 le aliviaban un poco, secundados por cuatro locomotoras blindadas, detenidas, por haberse estropeado, en el viaducto del Point-du-Jour. Por abajo, las cañoneras, armadas de nuevo, disparaban sobre Breteuil, Sevres, Brimborion, y osaban llegar hasta Châtillon y cañonear Meudon al descubierto. Algunos centenares de tiradores ocupaban el parque y el castillo de Issy, Moulineaux, el Val y las trincheras que unían el fuerte de Issy con el de Vanves. Este último, dominado como Issy, sostenía valientemente su esfuerzo con una guarnición de quinientos hombres y una veintena de cañones. Los bastiones de circunvalación le secundaban muy mal.

El fuerte de Montrouge, con trescientos cincuenta hombres y diez o quince bocas de fuego, no tenía otro papel que el de apoyar los disparos de Vanves. El de Bicêtre, provisto de quinientos hombres y de veinte bocas de fuego, disparaba a bulto. Tres considerables reductos le hacían la descubierta: Hautes-Bruyeres, con quinientos hombres y veinte piezas; el Moulin-Saquet, con setecientos hombres y unas cuarenta piezas; Villejuif, con trescientos hombres y algunos morteros. En la extrema izquierda, el fuerte de Ivry y sus dependencias tenían quinientos hombres y una cuarentena de piezas. Los pueblos intermedios, Gentilly, Cachan, Arcueil, estaban ocupados por dos mil o dos mil quinientos federados.

El mando nominal de los fuertes del Sur, confiado primero a Eudes, asistido de un ex coronel de ingenieros en el ejército del Loira, La Cécilia, pasó, el 20 de abril, al alsaciano Wetzel, oficial del mismo ejército. Desde su cuartel general de Issy debía vigilar las trincheras de este pueblo y de Vanves, y la defensa de los fuertes. En realidad, los comandantes de los fuertes, que cambiaban frecuentemente, obraban siempre a su antojo.

El mando de Ivry a Arcueil fue asignado a mediados de abril a Wroblevski, uno de los mejores oficiales de la insurrección polaca del 63, joven, con buenos estudios militares, bravo, metódico, sagaz, que sabía sacar partido de todo y de todos, excelente jefe para unas tropas bisoñas.

Falta de plan.

Todos estos generales no recibieron más que una orden: ¡defendeos! No hubo plan general alguno. Jamás existió un consejo general de defensa. Los soldados se vieron a menudo abandonados a sí mismos, sin cuidado ni vigilancia. Poco o ningún relevo. Todo el esfuerzo pesaba siempre sobre los mismos. Algunos batallones se pasaban veinte, treinta días en las trincheras, desprovistos de lo necesario; otros permanecían continuamente de reserva. Si algunos intrépidos se endurecían en el fuego hasta el punto de no querer volver a la ciudad, otros se desalentaban, venían a enseñar sus ropas piojosas, pedían descanso; los jefes se veían obligados a retenerlos, pues no tenían con quién reemplazarlos.

Esta negligencia acabó rápidamente con la disciplina. Los valientes no querían relevar más que a los que eran como ellos; los demás esquivaban el servicio. Los oficiales hacían lo mismo; unos dejaban su puesto para ir al fuego del vecino, otros lo abandonaban. El tribunal marcial que presidía Rossel quiso imponer castigos. Se quejaron a la Comuna de su severidad. Longuet dijo que Rossel "no tenía

[50] Estas cifras han sido cuidadosamente compulsadas; *de visu,* primero, durante la lucha; después, por los comandantes de ejército, oficiales superiores y funcionarios de la Comuna. El general Apert ha trazado cuadros puramente fantásticos. Ha creado brigadas imaginarias, ha construido efectivos de ejército en condiciones de tomar las armas, como si todos los batallones designados hubieran realmente salido; ha hecho dobles empleos continuos. Llega así a asignar más de 20.000 hombres a Dombrowski, y hasta 50.000 a los tres comandantes. Su informe está lleno de errores de nombres y de distribuciones, ignora hasta el apellido de algunos comandantes generales.

espíritu político". La Comuna casó sus órdenes, conmutó por tres meses de arresto una condena de muerte. Rossel se retiró y fue sustituido por Gois.

Puesto que se retrocedía ante la disciplina de la guerra, había que cambiar de táctica. No se hizo más que acusar a Cluseret. En la sesión del 23, Avrial lo llevó al banquillo, le acosó a preguntas sobre el número de hombres, de cañones, de que disponía la Comuna. Cluseret se engalló: "No le van bien los aires de dictador", le dijo brutalmente Delescluze, que reprobó a Cluseret que hubiese abandonado a Dombrowski en Asnières con 1.200 hombres, y dejó oír la palabra *traición.* "¡Soy un hombre deshonrado!", exclama Cluseret, y quiere abandonar la sala. Los demás se oponen a ello. Cluseret se disculpa largo y tendido sin convencer a nadie, ya que al día siguiente un miembro de la Comuna pidió que fuera detenido por haber favorecido a los subcomités.

Estos subcomités son retoños del Comité Central, que brotaron por todas partes. El 1º de abril, la Comuna preguntó qué significaba el Comité de la calle de Aligre, que estaba dando órdenes; el 6, decide que esos subcomités sean disueltos; el 9, Theisz denuncia que persisten, que acaba de ser instalado por el Comité Central el del distrito XVIII. El 26, los subcomités se extralimitan hasta tal punto, que la Comuna vota de nuevo su disolución, y Vermorel dice: "Es preciso saber quién tiene el poder, si la Comuna o el Comité Central". Quiere que se acabe con esto; pero no se acaba. El 26, la comisión militar, reconociendo que las órdenes y decretos son letra muerta, encarga a las municipalidades, al Comité Central, a los jefes de legión, que reorganicen la guardia nacional. Ninguno de estos mecanismos funciona seriamente, lo que hace que algunos miembros de la Comuna y varios generales empiecen a soñar con una dictadura militar.

Antes de fines de abril, la ofensiva prometida por Cluseret aparece imposible para cualquier observador experimentado. Hombres activos, abnegados, se agotan en luchas enervantes contra las oficinas, los comités, los subcomités, contra los mil rodajes pretenciosos de las administraciones rivales, y pierden todo un día para hacer que les entreguen un cañón. En las fortificaciones, algunos artilleros acribillan las líneas de Versalles, y, sin pedir más que pan y hierro, no abandonan sus piezas como no sea arrebatados por los obuses. Los fuertes, con sus casamatas derrumbadas, con sus troneras hechas polvo, responden al chaparrón de las alturas. Los esforzados tiradores, a la descubierta, van a sorprender a los soldados de línea en sus agujeros. Estas abnegaciones, estos heroísmos, se pierden en el vacío. Dijérase la caldera de una máquina cuyo vapor se escapa por cien agujeros.

Capítulo XX. Los servicios públicos: Hacienda, Guerra, Policía, Relaciones Exteriores, Justicia, Enseñanza, Trabajo y Cambio.

El 20 de abril, la Comuna había decidido sustituir la comisión ejecutiva por los delegados de las nueve comisiones que se repartían los servicios públicos. Estas comisiones fueron renovadas el mismo día. Habían estado bastante abandonadas. ¿Cómo atender al mismo tiempo a las sesiones diarias del Hôtel-de-Ville, a su comisión, a su alcaldía? Porque la Comuna había sobrecargado a sus miembros con la administración de su distrito. Así, todo el trabajo pesaba sobre los delegados. La mayor parte de los electos del 20 presidían, desde su origen, esas mismas comisiones. Continuaron, como hasta entonces, actuando poco menos que solos. Echemos una ojeada sobre sus trabajos antes de volver a hundirnos en la batalla.

Había dos delegaciones que no exigían más que buena voluntad: la de subsistencias y la de servicios públicos o municipales. El aprovisionamiento se hacía por la zona neutra en que Thiers, que se esforzaba en asediar por hambre a París, no podía impedir que se presentasen los productos; como la mayor parte de los equipos se habían quedado en sus puestos, los servicios municipales no se resintieron demasiado. Cuatro delegaciones, Hacienda, Guerra, Seguridad General y Relaciones Exteriores, requerían aptitudes especiales. Otras tres debían recoger la filosofía de esta Revolución: Enseñanza, Justicia y Trabajo, y Cambio. Todos los delegados, menos uno, Léo Frankel, obrero joyero, eran hombres cultos de la pequeña burguesía.

Comisión de Hacienda.

La comisión de Hacienda era Jourde, el joven contable que se había revelado el día 18 de marzo como hombre de rara pericia. Muy agudo y entusiasta, dotado de extraordinaria facilidad de palabra, conquistó la amistad de su colega Varlin. El primer problema de cada mañana era alimentar a trescientas o trescientas cincuenta mil personas. De los 600.000 obreros al servicio de patronos, o que trabajan en sus casas, que había en París en 1870-71, sólo tenían ocupación unos 114.000, aproximadamente, de los cuales 62.500 eran mujeres.[51] Además, había que alimentar al personal de los diferentes servicios. Versalles, como ya hemos visto, no había dejado en las cajas más que 4.658.000 francos, y Jourde quería conservar intactos los 214 millones de títulos hallados en el Ministerio de Hacienda. Verdad es que allí estaba el opulento Banco de Francia; pero los hombres de la Comuna se habían impuesto la prohibición de tocarlo. La Delegación se veía reducida, para hacer vivir y defender a París, a los ingresos de las administraciones: telégrafos, correos, consumos,

[51] Audiganne, « Revue des Deux Mondes ». 15 de mayo de 1871.

contribuciones directas, aduanas, mercados, tabacos, registro y timbre, caja municipal, ferrocarriles. El Banco de Francia devolvió poco a poco los 9.400.000 francos que pertenecían a la ciudad y adelantó, autorizado a ello por Thiers.[52] 7.290.000 francos suyos. Del 20 de marzo al 30 de abril, la Comuna recaudó así 26 millones. En el mismo período, la Comisión de Guerra tomó más de 20 millones de esa suma. Intendencia recibió 1.813.000 francos; el conjunto de las municipalidades, 1.446.000; el Interior, 103.000; Marina, 29.000; Justicia, 5.500; Comercio, 50.000; Enseñanza, 1.000; Relaciones Exteriores, 112.000; bomberos, 100.000; la Biblioteca nacional, 80.000; la comisión de barricadas, 44.500; la imprenta nacional, 100.000; la asociación de sastres y zapateros, 24.662. Estas proporciones siguieron siendo las mismas, sobre poco más o menos, desde el 1 de mayo hasta la caída de la Comuna. Los gastos de este segundo período ascienden a unos 20 millones. La cifra total de los gastos del Comité Central y de la Comuna, en nueve semanas, sube a poco más de 46.300.000, de los cuales, 16.696.000 fueron proporcionados por el Banco y el resto por los servicios; los consumos contribuyeron con una docena de millones. Jutes Simon escribe: "Nunca, en ningún régimen, hubo tal despilfarro de dinero". Mientras la Comuna obtenía lo estrictamente indispensable para no morir, el Banco de Francia aceptaba 257.630.000 francos en efectos girados a cuenta de él por Versalles para combatir a la capital.

Estos servicios eran atendidos por obreros o por el proletariado de los empleados. Bastó en todas partes con la cuarta parte de los empleados ordinarios. El director de Correos, Theisz, un cincelador, encontró el servicio desorganizado, las oficinas de barrio cerradas, los sellos habían sido escondidos o se los habían llevado; el material, coches, etc., se había perdido; la caja había sido saqueada. Carteles fijados en las salas y en los patios ordenaban a los empleados que se dirigieran a Versalles, bajo pena de ser despedidos. Theisz procedió rápida y enérgicamente. Cuando los empleados subalternos llegaron, como de costumbre, para salir a su trabajo, les arengó, discutió con ellos, hizo cerrar las puertas. Poco a poco se unieron a él. Le ayudaron algunos empleados socialistas. Los primeros empleados recibieron la dirección de los servicios. Se abrieron las oficinas de barrio, y en espacio de cuarenta y ocho horas se reorganizó la recogida y distribución de cartas para París. Agentes expertos fueron a echar a los buzones de Saint-Denis y de diez leguas a la redonda las cartas para provincias. Para la introducción de cartas en París se dejó amplio margen a la iniciativa privada, que se encargó de organizar agencias. Se instituyó un Consejo superior que aumentó los sueldos de los carteros, guardas de oficina y cargadores, redujo el número de supernumerarios y decidió que las aptitudes de los trabajadores serían verificadas en lo sucesivo por medio de pruebas y de examen.

La Casa de la Moneda fabricó los sellos de correos, dirigida por Camélinat, montador en bronce. Al igual que en el edificio de Correos, la dirección y los principales empleados de la Casa de la Moneda habían parlamentado primeramente, desapareciendo luego. Camélinat, ayudado por algunos amigos, hizo proseguir los trabajos, y, aportando cada uno su experiencia profesional, se introdujeron mejoras en el material, y nuevos métodos. Se acuñó la plata enviada por el Hôtel-de-Ville,[53] por la Legión de Honor y por diferentes administraciones, así como algunos objetos del culto. El Banco, que ocultaba sus lingotes, tuvo que proporcionarlos por valor de 1.100.000 francos, convirtiéndose inmediatamente esta plata en monedas de cinco francos. Se fabricó un troquel nuevo que iba a funcionar cuando entraron los versalleses.

La Beneficencia pública dependía también de la Hacienda. Un hombre de gran mérito, Treilhard, antiguo proscrito del 51, reorganizó esta administración, bárbaramente deshecha. Los médicos, los agentes del servicio, habían abandonado los hospicios. El director y el ecónomo de los Petits-Ménages de Issy habían huido, reduciendo a la mendicidad a sus asilados. Los empleados hacían esperar a nuestros heridos a la puerta de los hospitales; los médicos, las monjas, pretendían hacerles sonrojar de sus gloriosas heridas. Treilhard lo puso todo en orden. Por segunda vez desde 1972, enfermos y enfermas encontraron amigos en sus administradores y bendijeron a la Comuna, que los trataba como una madre. Este hombre de corazón y de cabeza, asesinado por los versalleses el 24 de mayo en el patio de la Escuela Politécnica, dejó un informe muy estudiado sobre la supresión de las oficinas de beneficencia, que encadenan el pobre al gobierno y al clero. Proponía sustituirlas con una oficina de asistencia en cada distrito, bajo la dirección de un comité comunal.

El Telégrafo, el Registro y los Dominios, hábilmente dirigidos por el honrado Fontaine: los servicios de contribuciones, de nuevo y por completo puestos en pie por Failiet y Combault, la Imprenta Nacional, que Debock y Alavoine reorganizaron y

[52] El Banco reclamó más tarde sus millones al señor Thiers, que remitió la reclamación al Consejo de Estado. Éste consideró que el Banco podía estar satisfecho por no haber tenido pérdidas mayores, y declaró al Estado irresponsable, como pudo comprobar la comisión de presupuestos. (Jules Simon, *Le Gouverment de M. Thiers.)*

[53] "Los federados que ocuparon el Hôtel-de-Ville emplearon las cucharas y tenedores de hierro, no los de plata. La plata entregada a la Comuna fue exactamente fundida en la Casa de la Moneda: no se extravió ni una pieza". *(Informe enviado el* 9 *de marzo de* 1887.)

administraron con gran pericia, así como los demás servicios agregados a la Hacienda, reservados de ordinario a la alta burguesía, fueron manejados con habilidad y economía -nunca se llegó al sueldo máximo, que era de 6.000 francos- por hombres que no pertenecían a la carrera administrativa, y no fue éste, a los ojos de la burguesía versallesa, uno de sus menores crímenes.

Comisión de Guerra.

Comparado con el servicio de la Hacienda, el de Guerra era un cuarto a oscuras, en que todo el mundo se daba de trompicones. Los oficiales, los guardias, llenaban las oficinas del ministerio reclamando municiones, víveres, quejándose de que no los relevaban. De allí los mandaban a la Plaza, gobernada primero por el coronel Henry Prodhomme, después por Dornbrowski. En el piso superior, el Comité Central, instalado por Cluseret, se agitaba en sesiones difusas, amonestaba al delegado, se entretenía en crear una insignia, recibía a los descontentos, pedía datos al estado mayor general, pretendía dar su opinión sobre las operaciones militares. Por su parte, el Comité de Artillería, nacido del 18 de marzo, disputaba los cañones al servicio de Guerra. Este tenía los del Campo de Marte, y el Comité los de Montmartre. No hubo nunca manera de crear un parque central, ni siquiera de saber el número exacto de bocas de fuego. Ascendía éste a más de 1.100 cañones, obuses, morteros y ametralladoras. Algunas piezas de largo alcance quedaron, hasta el último momento, tendidas a lo largo de las fortificaciones, mientras los fuertes no tenían, para responder a los cañones monstruos de la marina, más que piezas del 7 y del 12. Frecuentemente, las municiones que se enviaban no eran del calibre que se había pedido.

El servicio de armamento no pudo proporcionar fusiles de aguja a todos los hombres en campaña, y los versalleses, después de la victoria, encontraron 285.000, aparte de 190.000 "de tabaquera", y 14.000 carabinas Enfield. Añádase a esto el desorden. "He visto cuentas espantosas en lo que se refiere al material de artillería, dice Avrial el 6 de mayo; desde el 18 de marzo se han entregado a los oficiales millares de revólveres de a cincuenta francos, armas, espadas de un precio excesivo. Yo había instalado un hombre de mi confianza, el Comité Central ha enviado un delegado con fajín, que puso a mi hombre en la puerta". Inmediatamente la Comuna decreta que los funcionarios civiles y militares culpables de concusión, pasen inmediatamente a presencia del consejo de guerra. El día 8, Johannard arremete violentamente contra los oficiales de estado mayor creados por el Comité Central: "¡Chiquillos, hombres de todas clases, que no reparan en venir a nuestros almacenes a escoger las armas que más les gustan!"

La Comuna se había quejado de la Intendencia desde el principio. "Es un verdadero caos", vuelven a decir el 24 de abril; Delescluze señala lo mal equipados que van los hombres: no tienen ni pantalones, ni zapatos, ni mantas. El día 28 arrecian las quejas. Los hermanos May, intendentes, son destituidos, y la Comuna los fustiga en una nota publicada en "L'Officiel". El 8 de mayo, Varlin dice que, por falta de fiscalización, varios batallones han recibido más de una vez ropas, al paso que otros no las reciben nunca.

Igualmente grande era el desorden en la dirección de las barricadas que debían formar un segundo y un tercer reducto. Su dirección estaba encomendada a un chiflado que ordenaba trabajos sin método y en contra de los planes de sus superiores.

Los otros servicios andaban lo mismo, sin principios firmes, sin límites debidamente trazados; los piñones engranaban en falso. En este concierto sin director que llevase la batuta, cada músico tocaba lo que le parecía, mezclando su tocata a la del vecino. Una mano firme hubiera impuesto en seguida la armonía. El Comité Central, a pesar de sus pretensiones de regentar la Comuna, de la que decía: "Es nuestra hija, tenemos que impedir que se descarríe", era fácil de reducir. Se había renovado en gran parte por medio de elecciones muy discutidas; sólo doce miembros del antiguo Comité figuraban en el segundo, para el que no fue reelegido Edouard Moreau. Hubo que dar un rodeo para hacerle entrar. Lo único que daba importancia al Comité actual eran los celos de la Comuna. El Comité de Artillería, acaparado por un grupo de buscavidas, hubiera cedido al primer intento; la Intendencia y los demás servicios dependían de la energía del delegado.

El general-fantasma, tendido en su canapé, dictaba órdenes circulares, melancólicas unas veces, doctorales otras, y se daba media vuelta. Contó a los periódicos ingleses que, gracias a sus cuidados, el 30 de abril había 41.500 soldados dotados de oficialidad, equipados, armados, y que quince días después habría 103.000; todo ello se había venido abajo en cuanto fue detenido, ya que los guardias nacionales no tenían confianza en nadie más que en él. Este charlatanismo revela al hombre. La verdad es que todo lo que hacía era revolver papelotes. Si alguien iba a sacudirle: "¿Qué está usted haciendo? ¡Hay peligro en tal parte!", él respondía: "He tomado todas las precauciones. No hay más que esperar a que tengan tiempo de dar fruto mis combinaciones". Un buen día hacía detener a un miembro del Comité Central, y éste se trasladaba, ofendido, a la calle Entrepôt. Ocho días después, el general corría detrás del Comité, reinstalándolo en el Ministerio. Vanidoso hasta decir que el enemigo le estimaba en un millón, enseñaba supuestas cartas de Totleben, en que éste le ofrecía planes de defensa. Y aun hizo más, como fue solicitar el 15 de abril una entrevista con el estado mayor alemán; la consiguió, y según él, le llenó de

elogios el conde de Hastfeld, secretario del conde de Bismarck.

No pocas esperanzas se volvían hacia su jefe de estado mayor, Rossel, joven radical de veintiocho años, reconcentrado, puritano, que estaba pasando la fiebre revolucionaria. Capitán de Artillería en el ejército de Bazaine, había intentado resistir y escapó de los prusianos. Gambetta le nombró coronel de ingenieros en el campo de Nevers, donde no daba una, cuando llegó el 18 de marzo. Se deslumbró, vio en París el porvenir de Francia y también el suyo, dimitió y acudió a enrolarse a toda prisa. Algunos amigos le colocaron en la 17ª legión; mostróse agrio, impopular luego, y fue detenido el 3 de abril. Dos miembros de la Comuna, Malon y Ch. Gérardin, consiguieron su libertad y se lo presentaron a Cluseret, que lo aceptó como jefe de su estado mayor. Rossel creyó que el Comité Central constituía una fuerza auténtica, le pidió parecer, buscó a los hombres que él creía populares. Su frialdad, su vocabulario técnico, la precisión de su palabra, su máscara de gran hombre entusiasmaron a la gente de las oficinas; los que le estudiaron de cerca observaron su mirada furtiva, signo irrecusable de un alma inquieta. Poco a poco, el joven oficial revolucionario se puso de moda, y su actitud consular no disgustó al público, desalentado por el apoltronamiento de Cluseret.

Nada, sin embargo, justificaba este encapricharniento. Jefe del estado mayor general desde el 5 de abril, Rossel dejaba que los servicios siguieran en la ociosidad. El único de ellos que estaba casi organizado, el Control de Información General, procedía de Moreau, que todas las mañanas llevaba al Departamento de Guerra y a la Comuna informes detallados, a veces muy pintorescos, sobre las operaciones militares y el estado moral de París.

Seguridad y policía.

Esa era, sobre poco más o menos, toda la policía de la Comuna. La Seguridad General, que hubiera debido iluminar los menores rincones, no proyectaba más que una luz caprichosa.

El Comité Central agregó a Duval, delegado civil en la prefectura de policía, al joven Raoul Rigault, que pasaba equivocadamente por un sabueso de marca. Rigault, dirigido con el debido rigor, hubiera podido ser un buen subalterno, y, en efecto, mientras vivió Duval, no cometió dislates. La Comuna cometió la equivocación de dejarle al frente de un servicio en que la menor maniobra en falso era tan peligrosa como en las avanzadas. Sus amigos, tan atolondrados como él, con excepción de unos pocos, Ferré, Regnard, Levraud, etc., desempeñaron como unos chiquillos las funciones más delicadas. La Comisión de Seguridad, que hubiera debido vigilar a Rigault, no hizo más que seguirle. También en este terreno vivían todos como camaradas, disculpándose unos a otros todas las ligerezas.

El primero de abril, Ranc y Vermorel interpelan a Rigault, que inserta en "L'Officiel" decretos de su cosecha. El 4, Lefrançais le reprocha que no haya notificado a la Comuna la detención de uno de sus miembros, Assi: el 5, Delescluze señala las intromisiones de Seguridad General, y Lefrançais pide que se sustituya a Rigault. Pero los hombres del Hôtel-de-Ville no tenían nada de inflexibles. Muchos de ellos habían combatido y conspirado juntos bajo el Imperio, veían la revolución en sus amigos. Rigault se contentó con encogerse de hombros, con su gesto de golfillo.

Muy pronto se vio a las ratas danzar en torno a la prefectura. Los periódicos suprimidos por la mañana eran voceados tranquilamente por la noche; los conspiradores pasaban por todos los servicios sin alarmar los oídos de Rigault ni de los suyos. Nunca descubrieron nada; siempre tenían que ser otros los que descubriesen las cosas en lugar de ellos. Llevaban a cabo las detenciones como si se tratase de paseos militares, de día, con gran lujo de guardias nacionales. Después del decreto sobre los rehenes, no encontraron más que a algunos eclesiásticos: el arzobispo galicano Darboy, muy bonapartista; su vicario Lagarde; el cura de la Madeleine, Deguerry, una especie de Morny con sotana; el abate Allard, el obispo Surat, un puñado de jesuitas y de curas, entre ellos el de Saint-Eustache, al que Beslay mandó poner en libertad. En la Comuna, no todo el mundo aprobaba estas razzias de sotanas. Verrnorel, Arthur Arnold no consideraban rehenes serios a los curas que no se metían en política. "Los parientes, los auxiliares de los miembros de la Asamblea Nacional: esos son, dijo Vermorel, los verdaderos rehenes. Nuestro objeto no es derramar la sangre de Versalles y de los rehenes, sino impedir que se derrame la nuestra". Raoul Rigault respondió con esta otra frase, más seria que él: "Los curas son los más poderosos agentes de la propaganda". Fueron, en efecto, los más fuertes agitadores contra la Comuna, los más encarnizados en la represión.

La ligereza de las detenciones preocupó a algunos miembros de la Comuna. Ostyn, Clément, Theisz no quieren que se siga ese sistema de detenciones a la ventura. "En lugar de policía, lo que tenemos es una vergüenza", escribía Malon; mejor hubiera dicho una fantasmagoría. Los verdaderos criminales se aprovecharon de ello. Los guardias nacionales habían sacado a luz los misterios del convento de Picpus, habían descubierto a tres desgraciadas encerradas en jaulas con rejas, instrumentos extraños, coseletes de hierro, cinturones, potros de tortura, cascos que olían a Inquisición, un tratado sobre el aborto, dos cráneos cubiertos todavía de pelo. Una de las prisioneras, la única que conservaba la razón, contó que vivía desde hacía diez años en aquella jaula. La hermana que hacía funciones de superiora, un marimacho

descomunal y de pelo en pecho, respondió a las preguntas de Rigault en tono bonachón. "¿Por qué han encerrado ustedes a estas mujeres?" "Por servir a sus familias; estaban locas. Ustedes, señores, que son hijos de familia, comprenderán que, a veces, es muy cómodo de ocultar la locura de los parientes". "Pero ¿no conocían ustedes la ley?" "No, señor comisario; nosotras obedecíamos a nuestros superiores". "¿De quién son estos libros?" "No sé nada". De esta manera se hicieron las tontas y engañaron a los necios. Algunos vecinos del décimo distrito descubrieron en los sótanos de la iglesia de Saint-Laurent esqueletos femeninos. La prefectura no hizo más que un simulacro de investigación, que no condujo a nada.

La idea de humanidad se cernía por encima de todas estas faltas; tan fundamentalmente sana era esta revolución popular. No se encuentran en la Seguridad de la Comuna esas frases sanguinolentas, tan familiares, en tiempos de la Convención, a los miembros del Comité de Seguridad General. David: "¡Inundérnoslo todo de rojo!": Vadier: "Cortemos cabezas; estas confiscaciones son indispensables". El jefe de la Seguridad de la Comuna del 71 tiene frases dignas de Châlier y de Châumette: *"La Comuna ha enviado pan a noventa y dos mujeres de los que nos matan. Para las viudas no hay bandera. La República tiene pan para todas las miserias y besos para codos los huérfanos".* Acosada a denuncias, la Seguridad declara que no tendrá en cuenta para nada las que sean anónimas. "El hombre -decía "L'Officiel"- que no se atreve a firmar una denuncia, sirve a un rencor personal y no al interés público". El respeto a los prisioneros fue absoluto. El 9 de abril, la Comuna rechazó sin discusión la proposición de Blanchet de devolver a los rehenes los malos tratos infligidos en Versalles a los prisioneros federados.

Tentativa de canje de rehenes.

Los rehenes más preciosos tenían absoluta libertad para hacerse llevar de fuera alimento, ropas, libros, periódicos, para recibir las visitas de los amigos, e incluso las de los corresponsales de los periódicos extranjeros. Incluso se le ofreció a Thiers el canjeo del arzobispo, de Deguerry, de Bonjean y Lagarde por Blanqui. He aquí el hecho:

Uno de los hombres más destacados de la prefectura, Levraud, había pedido al arzobispo que interviniese acudiendo a Thiers para detener las ejecuciones de los prisioneros. Darboy escribió una carta patética y aprovechó la ocasión para hablar de los rehenes. Thiers no contestó. Un antiguo amigo de Blanqui, Flotte, fue a proponer al presidente un canje, y le dijo que el arzobispo podía correr peligro. Thiers hizo una mueca muy significativa. Flotte reanudó las negociaciones en lugar de Darboy, que designó a Deguerry para ir a Versalles. La prefectura, que no quería desprenderse de un rehén como aquel, lo sustituyó por Lagarde, su vicario general. El arzobispo le dio instrucciones, y el 12 de abril Flotte condujo a Lagarde a la estación y le hizo jurar que volvería si su misión fracasaba. Lagarde juró. "Aunque haya de ser fusilado, volveré. ¿Cree usted que puedo abrigar por un momento la idea de dejar solo aquí a monseñor?" En el momento en que el tren iba a arrancar, Flotte insistió de nuevo: "No se vaya, si no tiene intención de volver". El cura volvió a jurar. Partió, y entregó a Thiers una carta, en la que el arzobispo solicitaba el canje. Thiers, fingiendo ignorar esta circunstancia, respondió a la que acababa de publicar un periódico de la Comuna. Su respuesta es una obra maestra de hipocresía y de falsedad: *"Los hechos sobre que me llama usted la atención son absolutamente falsos y estoy verdaderamente sorprendido de que un prelado tan ilustrado como usted, monseñor... Nuestros soldados no han fusilado nunca prisioneros, ni han intentado rematar a los heridos. Que en el calor del combate hayan usado sus armas contra los hombres que asesinan a sus generales, es posible; pero, una vez terminado el combate, recobran la generosidad del carácter nacional. Rechazo, pues, monseñor, la calumnia que le han contado, y afirmo que nuestros soldados no han fusilado nunca a los prisioneros".* El 17, Flotte recibió una carta en la que Lagarde le anunciaba que su presencia seguía siendo indispensable en Versalles. Flotte fue a quejarse al arzobispo, que no guiso creer en un abandono. "Es imposible -dijo- que Lagarde se quede en Versalles. Volverá. Me lo ha jurado a mí mismo". Y entregó a Flotte un billete para el vicario general. Lagarde respondió que Thiers le retenía. El 23, Darboy escribió otra vez a su vicario general: *"Al recibo de esta carta, el señor Lagarde se servirá tomar inmediatamente el camino de París y volver a Mazas. Este retraso nos compromete gravemente y puede tener los más desagradables resultados".* Lagarde no contestó. Thiers había rechazado el canje, resguardándose tras la Comisión de los Quince. Su pretexto fue que Blanqui serviría de cabeza a la insurrección; su verdadera finalidad era empujar a la ejecución de los rehenes. La muerte del galicano Darboy era doblemente provechosa, ya que dejaba una sucesión ambicionada por los ultramontanos y creaba un mártir.

El vicario general Lagarde, considerando inútil imitar a Régulo, se quedó modestamente en Versalles. La Comuna no castigó al arzobispo por esta falta de palabra, y unos días después libertó a su hermana. Jamás, ni en los días de desesperanza, se olvidaron los privilegios de las mujeres. Las culpables hermanas de Picpus y las demás religiosas, conducidas a Saint-Lazare, fueron encerradas en un departamento aparte.

La prefectura y la delegación de Justicia afirmaron, además, su humanidad mejorando el

régimen de las cárceles, cuyo personal, con excepción de los directores, fue conservado en sus puestos. La Comuna, que se esforzaba por garantizar la libertad individual, decretó el 14 de abril que toda detención sería notificada inmediatamente al delegado de Justicia y que no se llevaría a cabo ningún registro sin una orden legal. Como algunos guardias nacionales, mal informados, habían detenido a individuos reputados como sospechosos, la Comuna declaró en "L'Officiel" que todo acto arbitrario iría seguido de la destitución de su autor y de la inmediata persecución del mismo. Un batallón que buscaba armas en la Compañía del gas se creyó autorizado a incautarse de la caja. La Comuna hizo devolver inmediatamente el contenido de la caja y levantar los sellos. El comisario de policía que detuvo a Gustave Chaudey, acusado de haber mandado disparar el 22 de enero -detención desdichada, ya que Chaudey defendía en "Le Siècle" la causa de París- se había apoderado del dinero del preso; la Comuna destituyó al comisario e insertó la destitución en "L'Officiel". Para descubrir los abusos de autoridad ordenó el 23 que se abriese una información sobre el estado de los detenidos y los motivos de su detención, y reconoció a todos sus miembros el derecho de visitar a los presos.

En vista de todo esto, Rigault presentó su dimisión, que fue aceptada. Delescluze había tenido que reprenderle en varias ocasiones. Sus extravagancias llenaban de regocijo a los periódicos de Versalles. Acusaba a su infantil policía de tener aterrorizado a París, presentaban como asesinos a los miembros de la Comuna que se negaban a poner el visto bueno a las condenas del tribunal marcial, decían que estaban en libertad los presos de derecho común[54] mientras se encarcelaba al falsificador bonapartista Taillefer, libertado el 4 de septiembre. Esta burguesía, que había agachado la cabeza ante las treinta mil detenciones del Imperio, que aplaudía las cincuenta mil detenciones de mayo y los millares de registros que siguieron a aquéllas, chilló durante años enteros con el pretexto de los cuarenta o cincuenta registros y de las mil trescientas o mil cuatrocientas detenciones realizadas durante la Comuna. No pasarán de esta cifra en dos meses de lucha; y aun así, las dos terceras partes de los detenidos, refractarios o revoltosos callejeros, no estuvieron encarcelados, arriba de unos días, y algunos solamente horas. Las provincias, alimentadas exclusivamente por la prensa versallesa, creían en sus invenciones, que Thiers, por otra parte, amplificaba telegrafiando a los prefectos: "Los sublevados desalojan las casas principales para poner en venta el mobiliario".

[54] Solamente se libertó a condenados militares, un individuo condenado por robo de madera durante el sitio, algunos inculpados; en total, veinte personas.

Relaciones exteriores.

Abrir los ojos a las provincias, provocar su intervención, tal era el papel de la delegación de Relaciones Exteriores que, con su nombre pretencioso, seguía en importancia a la de Guerra. Ya en los comienzos de la Comuna, las provincias habían solicitado de ella el envío de delegados. El 6 de abril, Mégy, Amouroux, Caulet de Tayac, fueron enviados de nuevo a Marsella. El 7, Gambon, detenido un instante en Córcega, hizo una sombría relación. En la Comuna escuchaban a este viejo republicano, que en tiempos del Imperio había tenido el valor de rechazar el pago del impuesto. "Francia dormita, la instauración de la Comuna estaba asegurada en Lyon, en Marsella y en otros sitios, si se hubiese sabido proceder revolucionariamente". Pidió que se enviaran delegados a todas partes. Desde el 4 de abril -más adelante se verá- los departamentos volvían a agitarse. A no ser en Marsella, la guardia nacional conservaba fusiles. En el Centro, en el Este, en el Oeste, en el Sur, podían hacerse vigorosas operaciones de distracción, alterar los servicios en algunas estaciones, detener los refuerzos, la artillería dirigida a Versalles.

La delegación se contentó con enviar unos pocos emisarios, faltos de todo conocimiento del lugar a que se les mandaba, y sin autoridad. Es más: la delegación fue explotada por algunos traidores que se embolsaron su dinero y entregaron sus instrucciones a Versalles. En vano se ofrecieron conocidos republicanos que estaban al corriente de las costumbres de provincias. En la delegación de Relaciones Exteriores, corno en otras, había que empezar por caer bien. Por último, para sublevar a toda Francia, se arriesgaron por junto cien mil francos.

La delegación no expidió más que un número bastante limitado de documentos: un resumen elocuente y auténtico de la revolución parisiense: dos manifiestos a los campesinos, uno de Madame André Léo, sencillo, caluroso, muy al alcance del campo. *"Hermano, te engañan. Nuestros intereses son idénticos. Lo que yo pido es lo mismo que pides tú; la emancipación que yo reclamo es la tuya. Lo que París quiere, en resumidas cuentas, es la tierra para los campesinos y la herramienta para los obreros".* Estas buenas semillas eran llevadas por globos libres, que dejaban caer de trecho en trecho los impresos. ¿Cuántos se perdieron, cuántos cayeron fuera del surco?

Esta delegación, creada únicamente para el exterior, se olvidó del resto del mundo, o poco menos. En toda Europa, la clase obrera sorbía ávidamente las noticias de París, luchaba de todo corazón al lado de la gran ciudad, transformada en su capital, multiplicaba los mítines, las manifestaciones, las proclamas. Sus periódicos, pobres en su mayor parte, luchaban valerosamente contra las calumnias

de la prensa burguesa. El deber de la delegación consistía en alimentar a estos preciosos auxiliares. Apenas hizo nada. Algunos periódicos extranjeros se llenaron de deudas, hasta perecer, por sostener a aquella Comuna de París que dejaba caer, faltos de pan, a sus defensores.

La delegación cometió otro error. Según las cláusulas del convenio militar, el ejército alemán debía evacuar los fuertes del Este de París una vez que el Estado entregase 500 millones. A la Comuna le interesaba saber si había sido hecha esa entrega, en cuyo caso París quedaba completamente sitiado por Versalles. El delegado cometió la torpeza -verdad es que autorizado por la Comuna- de escribir al general Fabrice, jefe de las fuerzas alemanas, el cual se apresuró a pasar la carta a Jules Favre, que la leyó en la Asamblea versallesa con los adecuados comentarios. La delegación se cegaba ante la idea de que la Comuna podría pagar esos 500 millones, haciéndose así dueña de los fuertes del Este. El alemán se reía de esta pretensión de suplantar al Estado, y no regateaba a Versalles sus buenos oficios. Los federados, que volvieron a armar el fuerte de Vincennes, sitiado de cerca por los prusianos, recibieron de los alemanes la petición de que la Comuna desmantelase inmediatamente dicho fuerte. La delegación se sintió herida por no haber recibido la petición; surgió un incidente lamentable, y el parlamentario alemán pudo visitar el fuerte. Rossel se quejó de esto en la sesión del 5 de mayo. Estas negociaciones, estos movimientos inútiles, permitieron a los calumniadores decir que la Comuna negociaba con el extranjero.

Esta delegación, llevada en tales términos, no podía pesar nada contra las astutas mañas de Thiers. Cuando aquélla, el quince de mayo, llamó a las provincias a las armas y les ofreció, para que deliberasen, el Palacio del Luxembourg, las provincias estaban ya, desde hacía tiempo, atenazadas. Verdad es que dieron muestras de un gran celo en proteger a los extranjeros, y que enviaron a la Casa de la Moneda la plata del Ministerio, "que esos señores se apropiaron", como no dejó de decir Jules Favre. El trabajo útil se redujo a muy poca cosa.

He aquí las delegaciones vitales. Puesto que la Comuna se ha transformado, por la fuerza de las cosas, en el campeón revolucionario, puesto que se arroga derechos nacionales, que proclame los derechos del siglo, y, si sucumbe, ¡dejará una bandera sobre su tumba! Le hubiera bastado con formular claramente las reivindicaciones acumuladas desde el estancamiento de la Revolución Francesa.

La Justicia.

Al delegado de Justicia le hubiera bastado con resumir las reformas exigidas desde hacía tanto tiempo por todos los demócratas. Correspondía a una revolución proletaria poner de manifiesto el espíritu aristocrático de nuestro sistema judicial; las doctrinas despóticas y atrasadas del Código napoleónico; que el pueblo soberano no se juzgaba nunca a sí mismo, sino que era juzgado por una casta emanada de otra autoridad que la suya; la superposición absurda de jueces y tribunales; la institución notarial y sus abusos, el cuerpo de procuradores, los cuarenta mil notarios, abogados, alguaciles, escribanos, procuradores, que se llevaban todos los años varios cientos de millones de la Hacienda pública; trazar las grandes líneas de un tribunal en que el pueblo, reintegrado a sus derechos, sentenciaría por medio del jurado en todas las causas civiles, comerciales y correccionales, así como en las criminales, tribunal único inapelable, como no fuese para los vicios de procedimiento. El delegado se limitó a nombrar notarios, procuradores, alguaciles dotados de sueldo fijo, nombramientos inútiles en tales tiempos de brega, y que tenían el inconveniente de consagrar el principio de esos oficios. Apenas si traslucieron algunas buenas intenciones. El juramento profesional fue abolido; se decretó que en los autos de detención se indicasen los motivos de la misma y los testigos que habían de ser escuchados; los papeles, valores y efectos de los detenidos tenían que ser depositados en la caja de depósitos y consignaciones. Una disposición oficial ordenaba a los directores de los manicomios que enviasen en el término de cuatro días una estadística nominal y explicativa de sus enfermos. Si la Comuna hubiera puesto en claro lo que ocurría en esos cubiles, la humanidad le debería gratitud no pequeña.

A falta de saber revolucionario, la delegación podía mostrar cierto instinto, sacar a luz las jaulas de Picpus, los esqueletos de Saint-Laurent. No parecía que se ocupase de ellos, y la reacción se burló de tales supuestos descubrimientos. La delegación dejó incluso escapar la ocasión de unir, por lo menos durante un día, toda la Francia republicana a la Comuna. El autor de la expedición a Méjico, Jecker, había ido a hacerse prender a la prefectura, donde pidió ingenuamente un pasaporte. Bravo, muy audaz, había vivido siempre en la impunidad, ya que en las legalidades burguesas no existe ningún castigo para esos crímenes. Nada tan sencillo como instruirle proceso. Jecker, que se decía engañado por el Imperio, pedía que le dejaran hacer revelaciones. En audiencia pública, ante doce jurados escogidos al azar, ante el mundo entero, podía reconstruir la expedición a Méjico, descubrir las intrigas del clero, volver del revés los bolsillos de los ladrones, demostrar cómo la emperatriz, Mirarnon, Alrnonte, Morriy, habían preparado el golpe, por qué causa y por qué hombres había perdido Francia treinta mil soldados y más de 1.000 millones. La expiación podía realizarse a pleno sol, en la plaza de la Concordia, ante las Tullerías, cuyas paredes habían

sido cómplices. Los poetas, raramente fusilados, hubieran gemido acaso; la víctima innumerable hubiera aplaudido diciendo: "Sólo la revolución hace justicia". Pero los que podían interrogar a Jecker no se dignaron hacerlo.

La Enseñanza.

La delegación de Enseñanza estaba obligada a escribir una de las más bellas páginas de la Comuna. Después de tantos años de estudios y de experimentaciones, esta cuestión debía surgir, armada de pies a cabeza, de un cerebro verdaderamente revolucionario. La delegación no ha dejado nada que pueda servir como testimonio de su actuación ante el porvenir. El delegado, sin embargo, era un hombre de los más cultos. Se contentó con suprimir los crucifijos de las escuelas y hacer un llamamiento a todos los que habían estudiado las cuestiones de la enseñanza. Se encargó a una comisión que organizase la enseñanza primaria y profesional; todo lo que esta comisión hizo fue anunciar para el 6 de mayo la apertura de una escuela. Se nombró otra comisión para la enseñanza de las mujeres, el día de la entrada de los versalleses.

El papel administrativo de esta delegación se redujo a unas cuantas órdenes poco realizables y algunos nombramientos. Dos hombres abnegados y de talento, Elisée Reclus y Benjamín Gastineau, quedaron encargados de reorganizar la Biblioteca Nacional. Prohibieron los préstamos de libros, poniendo fin al escándalo de los privilegiados que se hacían una biblioteca a cuenta de las colecciones públicas. La Federación de Artistas, que tenía por presidente a Courbet, nombrado miembro de la Comuna el 16 de abril, y que contaba entre sus miembros al escultor Dalou, se ocupó de volver a abrir y vigilar los museos.

Nada más se sabría de esta revolución, en materia de enseñanza, a no ser por las circulares de las municipalidades. Varias de ellas habían vuelto a abrir las escuelas abandonadas por los congregacionistas y por los maestros de las ciudades, o expulsado a los frailes que habían quedado. La del distrito XX vistió y alimentó a los niños, poniendo con ello los cimientos de las cajas de las escuelas, tan prósperas más tarde. La delegación del IV decía: "Enseñar al niño a amar a sus semejantes, inspirarle el amor a la justicia, enseñarle que debe instruirse para bien de todos, son los principios de moral sobre los que descansará la educación comunal en lo sucesivo". "Los maestros de las escuelas y salas de asilo -prescribía la delegación del XVII- emplearán exclusivamente el método experimental y científico, que parte siempre de la exposición de hechos físicos, morales, intelectuales". Faltaba mucho aún para llegar a un programa completo.

Trabajo y Cambio.

Entonces, ¿quién va a hablar por el pueblo? La delegación de Trabajo y Cambio. Compuesta exclusivamente de socialistas revolucionarios, se propuso corno objeto "el estudio de todas las reformas que puedan introducirse, ya en los servicios públicos de la Comuna, ya en las relaciones de los trabajadores, hombres y mujeres, con sus patronos; la revisión del Código de Comercio y de las tarifas aduaneras; la transformación de todos los impuestos directos e indirectos; el establecimiento de una estadística del trabajo". Pedía a los ciudadanos los elementos de todos los decretos que propondría a la Comuna.

El delegado, Léo Frankel, se hizo asistir por una comisión de iniciativas compuesta de trabajadores. Abriéronse en todos los distritos registros de informes para las ofertas y las demandas de trabajo. A petición de muchos obreros panaderos, la delegación hizo suprimir el trabajo nocturno, medida de higiene tanto corno de moral. Preparó un proyecto de liquidación del Monte de Piedad, un decreto concerniente a las retenciones sobre los salarios, y apoyó el decreto relativo a los talleres cerrados por sus propietarios.

El proyecto entrega gratuitamente sus prendas a las víctimas de la guerra y a los necesitados. Los que se negaran a invocar este último título, debían recibir su prenda a cambio de una promesa de reembolso dentro de un plazo de cinco años. El informe decía al final: *"Queda bien sentado que a la liquidación del Monte de Piedad debe suceder una organización social que dé a los trabajadores garantías reales de auxilio y apoyo en caso de falta de trabajo. La implantación de la Comuna exige nuevas instituciones reparadoras, que pongan al trabajador al abrigo de la explotación del capital".*

El decreto que abolía las retenciones sobre los salarios ponía fin a una de las más escandalosas iniquidades del régimen capitalista, ya que estas multas eran infligidas frecuentemente, con el más fútil pretexto, por el propio patrón, quien de este modo era juez y parte.

El decreto relativo a los talleres abandonados devolvía a la masa desposeída la propiedad de su trabajo. Una comisión investigadora, nombrada por las cámaras sindicales, debía hacer la estadística y el inventario de los talleres abandonados que habían de volver a manos de los trabajadores. Así, "los expropiadores se transformaban en expropiados". El siglo XX verá esta revolución. Cada progreso del maquinismo nos acerca a ella. Cuanto más se concentra la explotación en pocas manos, más se apiña y disciplina el ejército del trabajo; muy pronto, la clase de los productores, consciente y unida, no encontrará ante sí más que un puñado de privilegiados, corno la joven Francia del 89. El revolucionario socialista más encarnizado es el monopolizador.

Es indudable que el decreto contenía ciertas lagunas y requería serias explicaciones, sobre todo en cuanto al artículo de las asociaciones cooperativas a quienes debían entregarse los talleres. No era tampoco, corno el otro, aplicable en estos momentos de lucha, y necesitaba multitud de decretos complementarios; pero, por lo menos, daba una idea de las reivindicaciones obreras, y aunque no tuviese en su haber más que la creación de la comisión de Trabajo y Cambio, la revolución del 18 de marzo hubiera hecho más por el trabajador que todas las asambleas burguesas hasta entonces reunidas a partir del 5 de mayo de 1789.

La delegación del Trabajo quiso examinar lo que ocurría en los mercados de Intendencia. Demostró que las rebajas pesaban sobre la mano de obra y no sobre los beneficios de los contratistas, que venden a cualquier precio, seguros de desquitarse siempre a expensas del trabajador. "¡Y la Comuna es bastante ciega para prestarse a tales maniobras!, decía el informe. ¡Y, en estos momentos, el trabajador se hace matar por no sufrir más esa explotación!" El delegado pidió que los cuadernos de cargas indicasen el precio de la mano de obra, que los mercados fuesen confiados preferentemente a las corporaciones obreras, y que los precios fuesen señalados arbitralmente de acuerdo con la Intendencia, la Cámara sindical de la corporación y el delegado del Trabajo.

Para vigilar la gestión financiera de todas las delegaciones, la Comuna instituyó en el mes de mayo una comisión superior de contabilidad encargada de fiscalizar sus cuentas. Decretó, también, como hemos visto, que los funcionarios o abastecedores culpables de concusión, depredación o robo, fuesen llevados ante un consejo de guerra.

En resumen, salvo la del Trabajo, donde se trató de hacer algo, las demás delegaciones no cumplieron con su cometido. Todas pecaron de lo mismo. Tuvieron en sus manos por espacio de dos meses los archivos de la burguesía desde el 89. El Tribunal de Cuentas contenía los misterios de las trampas oficiales; el Consejo de Estado, las deliberaciones secretas del despotismo; el ministerio de Justicia, el servilismo y los crímenes de los magistrados; el Hôtel-de-Ville, los expedientes de la Revolución Francesa, los del 1815, 1830, 1848 y 1851, por explorar aún; la prefectura de policía, los secretos más vergonzosos de todos los poderes sociales; todas las diplomacias temían ver abrirse las carpetas de Negocios Extranjeros. Podía presentarse a los ojos del pueblo la historia íntima de la Revolución, del Directorio, del Primer Imperio, de la Monarquía de julio, de 1848, de Napoleón III. Bastaba con dar al viento todos los documentos, dejando al porvenir el cuidado de hacer la selección. No se publicaron más que dos o tres cuadernos. Los delegados durmieron al lado de estos tesoros sin que, por las trazas, sospecharan su existencia.

Los Louis Blanc y compinches, viendo a aquellos abogados, a aquellos doctores, a aquellos publicistas, que permitían que Jecker se mantuviese mudo, que el Tribunal de Cuentas siguiera clausurado, los papeles del Imperio intactos, no quisieron creer que todo ello fuese obra de la ignorancia, y lanzaron la acusación de bonapartismo. Acusación estúpida, desmentida por mil pruebas. Es preciso, en honor de los delegados, decir toda la verdad. Y la verdad es que ninguno de aquellos hombres conocía el mecanismo político y administrativo de la burguesía, de la que casi todos ellos habían salido.

Capítulo XXI. Los francmasones se unen a la Comuna. Primera evacuación del fuerte de Issy. Creación del Comité de Salud Pública.

Thiers conocía a fondo todas estas impotencias. Preocupadísimo, a fines de marzo se tranquilizó en seguida acerca de esta insurrección, temerosa del Banco, ignorante de sus recursos, y cuyo Consejo se evaporaba en palabras. Pero conocía la debilidad de sus tropas, los cambiazos fulminantes de la gran ciudad, y temía anticipar torpemente la suerte. Ponía, por otra parte, cierta coquetería en jugar a soldados ante los prusianos, instalaba baterías, dirigía la construcción de trincheras, decía a Mac-Mahon, que gruñía al obedecer al falderillo: "Conozco estas fortificaciones, soy yo quien las ha hecho". Para calmar a los intransigentes de la Asamblea, que le instaban a dar el asalto, recibió, mirándolos por encima del hombro, a los conciliadores que multiplicaban sus gestiones y sus desdichadas combinaciones.

Todo el mundo echaba su cuarto a espadas en este asunto, desde el bueno y visionario de Considérant, hasta el acróbata de Gérardin, hasta el edecán de Saisset, Schoelcher, que había sustituido su plan de batalla del 24 de marzo por un plan de conciliación. La gente se reía mucho a cuenta de estas conversaciones. Desde la tregua de Neuilly y el "París entero se alzará", la Liga de los Derechos de París seguía sin ganar terreno. La denodada conducta de los francmasones dejó a los ligueros muy en segundo término.

El 21 de abril, al pedir el armisticio, los francmasones se habían quejado de la ley municipal votada recientemente por la Asamblea. "¿Cómo? -les dijo Thiers-, ¡pero sí es la más liberal que hemos tenido desde hace ochenta años! - Perdón, ¿y nuestras instituciones comunales de 1791? - ¡Ah!, ¿quieren ustedes volver a las locuras de nuestros padres? - Entonces, ¿está usted resuelto a sacrificar a París? - Quedarán agujereadas algunas casas, algunas personas muertas, pero se hará respetar la ley". Los francmasones habían dado a conocer a París, por medio de carteles, esta horrible respuesta.

La ferocidad del soldado, por bestial que fuese, no

era más cruel. Estos infelices creían firmemente que los federados eran ladrones libertados por la Comuna, o prusianos, y que torturaban a sus prisioneros. Algunos de ellos se negaron durante algún tiempo a tomar ningún alimento, por miedo a que los envenenasen. Los oficiales, bonapartistas en su mayoría, propalaban tales infundios; algunos llegaban incluso a creerlos.[55] Llegaban de Alemania en un estado de extraordinaria sobreexcitación contra París; decían públicamente: "No concederemos cuartel a esos canallas". Daban ejemplo con las ejecuciones sumarísimas. El 25 de abril, en la Belle-Epine, cerca de Villejuif, cuatro guardias nacionales, sorprendidos por unos cazadores a caballo e intimados a rendirse, entregaron las armas. Ya se los llevaban los soldados, cuando se presentó un oficial y, sin decir palabra, descargó su revólver contra los prisioneros. Dos de ellos quedaron sin vida; los demás, dejados por muertos, se arrastraron hasta la trinchera vecina, donde uno de ellos expiró y el cuarto fue transportado a la ambulancia.

El 26, Léo Meillet da cuenta del asesinato a la Comuna. La venganza agita a los más moderados. "Hay que tomar represalias y fusilar a los prisioneros que tenemos en nuestras manos". Varios: "¡Al arzobispo de París!" Tridon: "Cuando se presenta una cuestión viril, andáis todos a porfía a ver quién le echa tierra... En cambio, os pasáis las horas discutiendo nimiedades filosóficas; hoy ya no podéis tomar represalias". Blanchet quiere que se fusile al amanecer a los gendarmes y a los confidentes encarcelados. Antoine Arnaud: "Que se ejecute públicamente a doce gendarmes". Tridon: "¿Por qué se han de tomar doce hombres a cambio de cuatro? No tenéis derecho a hacer eso". Ostyn se opuso a las ejecuciones: "La Comuna debe vivir por sus actos". Vaillant: "Donde hay que hacer sangre es en la propiedad". Avrial y Jourde: "Que se proceda legalmente". Arthur Arnould: "Que se castigue a Thiers demoliendo su casa". Más perspicaz, el generoso Gambon se levantó: "Si la gente de Versalles fusila a nuestros prisioneros, que la Comuna declare ante Francia, ante el mundo entero, que ella respetará a todos los prisioneros que haga, que los oficiales que obligan a los hombres a atacar serán también respetados hasta cierto punto". Terminó pidiendo que se nombrase una comisión investigadora. Esta comprobó la realidad del crimen. La discusión recae sobre cuestiones personales, y llega a ser tan viva, que la Asamblea decide no publicar el acta de la sesión. El anuncio de una delegación de francmasones impone un poco de calma.

Los francmasones.

Los dirigía Ranvier. Los francmasones se habían reunido por la tarde en el teatro del Châtelet. Uno de ellos propuso ir a plantar las banderas masónicas a las fortificaciones, la concurrencia respondió con una ovación. Algunos que eran de parecer contrario no pudieron hacer nada contra este entusiasmo, y se decidió salir inmediatamente, con la bandera a la cabeza, a llevar al Hôtel-de-Ville la magna resolución. La Comuna recibió a los delegados en el patio de honor. "Si al principio -dijo el orador Thirifocq- los francmasones no han querido actuar, es que querían adquirir la prueba de que Versalles no estaba dispuesto a ninguna conciliación. Hoy están resueltos a plantar sus banderas en las fortificaciones. Si una sola bala los toca, los francmasones marcharán con ímpetu unánime contra el enemigo común". Aplausos. La gente se abraza al oír esta declaración. Jules Vallès, en nombre de la Comuna, cuelga su banda roja en la bandera; una delegación de la Comuna acompaña a los "hermanos" hasta el templo de la calle Cadet.

Tres días después acudieron a cumplir su palabra. La intervención de esta misteriosa potencia había provocado una gran esperanza en París. El 29 por la mañana, una enorme multitud llenaba las bocacalles del Carrousel, lugar de cita de todas las logias. A pesar de algunos francmasones que protestaron por medio de un cartel, a las diez, seis mil "hermanos", en representación de cincuenta y cinco logias, estaban alineados en el Carrousel. Seis miembros de la Comuna los llevaron al Hôtel-de-Ville, cruzando por entre la muchedumbre y los batallones que acordonaban el trayecto. Una música solemne, de carácter ritual, precedía al cortejo; los oficiales superiores, los grandes maestros, los miembros de la Comuna y los "hermanos", con la ancha cinta azul, verde, blanca, roja o negra, según el grado, seguían, apiñados en torno a sesenta y cinco banderas que aparecían por primera vez a la luz del sol. La que marchaba a la cabeza, la bandera blanca de Vincennes, mostraba en letras rojas la divisa fraternal y revolucionaria: *"Amémonos los unos a los otros"*. Fue especialmente aplaudida una logia de mujeres.

Las banderas y una numerosa delegación penetraron en el Hôtel-de-Ville. Los miembros de la Comuna, agrupados en el rellano de la escalera del patio de honor, les esperaban. Escalonáronse las banderas hasta el descansillo. Aquellos estandartes de paz que se codeaban con la bandera roja, aquella

[55] El 12 de mayo, en la barricada del Petit-Vanves, un oficial de ingenieros de la división Lacretelle, 2° cuerpo, el capitán Rozhern, fue hecho prisionero. Conducido ante el comandante de trinchera, dijo: "¡Sé lo que me espera! ¡Fusílenme!" El comandante se encogió de hombros y le llevó el preso a Delesc1uze: "Capitán -dijo el delegado-, prométame no combatir contra la Comuna, y le dejo libre". El oficial lo prometió, y profundamente conmovido, pidió permiso a Delescluze para estrecharle la mano. Desde la apertura de las hostilidades hasta el 23 de mayo, los federados no fusilaron un sólo prisionero, oficial ni soldado. Los rigores de la guerra no se aplicaron más que a tres espías, y eso después de ser juzgados.

pequeña burguesía que unía sus manos a las del proletariado bajo la imagen de la República, aquellos gritos de fraternidad, dieron nuevos ánimos a los más desalentados. Félix Pyat pronunció una alocución de retórico, hinchada de antítesis. El abuelo Beslay estuvo mucho más elocuente, dirigiendo al auditorio breves palabras, entrecortadas de sinceras lágrimas. Un "hermano" recabó para sí el honor de ser el primero que plantase en las fortificaciones la bandera de su logia, la Perseverancia, fundada en 1790, en el momento de las grandes federaciones. Un miembro de la Comuna les dio la bandera roja: "Que acompañe a vuestras banderas. Que ninguna mano pueda en lo sucesivo lanzarnos a unos contra otros, como no sea para que nos abracemos". Y el orador Thírifocq, señalando la bandera de Víncennes, dijo: "Vamos a presentarla la primera a las filas del enemigo. Diremos a éste: ¡Soldados de la madre patria, fraternizad con nosotros, venid a abrazarnos!... Si fracasamos, iremos a unirnos a las compañías de guerra".

A la salida del Hôtel-de-Ville, un globo marcado con los tres puntos simbólicos fue a sembrar por los aires el manifiesto de la francmasonería. El inmenso cortejo, después de haber exhibido en la Bastilla y en los bulevares sus banderas frenéticamente aplaudidas, llegó a las dos a la glorieta de los Campos Elíseos. Los obuses del monte Valérien les obligaron a tomar las vías laterales para llegar al Arco de Triunfo. Una delegación de todos los "venerables" fue plantando las banderas desde la puerta Maillot hasta la de Bineau. La bandera blanca fue enarbolada en el sitio más peligroso, en la avanzada de la puerta Maillot. Los versalleses hicieron alto el fuego.

Los delegados y algunos miembros de la Comuna designados por la suerte, avanzaron, con la bandera a la cabeza, por la avenida Neuilly. En el puente de Courbevoie, ante la barricada versallesa, un oficial los recibió y les llevó a presencia del general Montaudon, francmasón también. Hablan, piden una tregua. El general permite que tres delegados se dirijan a Versalles. Esa noche se hizo silencio de Saint-Ouen a Neuilly.

Al día siguiente volvieron los delegados. Thiers había consentido apenas en recibirlos. Impaciente, resuelto a no acceder a nada, no quería admitir ninguna diputación. Al mismo tiempo, las balas versallesas agujereaban las banderas. Los francmasones se reunieron inmediatamente en la sala Dourlan y decidieron ir al fuego con sus insignias. Dos días después, la Liga de los Derechos de París acordó oponer al cañón de Versalles "una inmensa cantidad de firmas".

A la tarde, la Alianza Republicana de los departamentos vino a adherirse a la Comuna. Millíere conducía este ejército de varios millares de hombres. Francamente unido a la Comuna, había conseguido agrupar a los oriundos de las provincias. Ya se sabe cuánto dieron éstas, en sangre y en nervio, a la gran ciudad. De los treinta y cinco mil prisioneros de origen francés que confesaron haber cogido los versalleses, solamente nueve mil habían nacido en París. Milliere organizó la alianza por grupos departamentales, y cada uno de ellos se esforzaba por informar a su región acerca de los acontecimientos de París, enviaba circulares, prospectos, delegados. El 30 de abril, todos los grupos, reunidos en el patio del Louvre, votaron una proclama a los departamentos y se trasladaron al Hôtel-de-Ville para "reiterar su adhesión a la obra patriótica de la Comuna de París". Algunos miembros de la Comuna bajaron para fraternizar.

El fuerte de Issy, evacuado.

Aún se veía la manifestación, cuando estalló un rumor en la plaza: ¡el fuerte de Issy ha sido evacuado!

Protegidos por sus baterías mientras iban adelantando cada vez más sus avanzadillas, los versalleses habían sorprendido en la noche del 26 al 27 los Moulineaux, lo cual les abría el camino del parque de Issy. En los días siguientes, sesenta piezas de grueso calibre concentraron su fuego contra este fuerte, mientras otras hostilizaban a Vanves, Montrouge, las cañoneras y la línea exterior. Issy respondía lo mejor que podía, pero las trincheras, que Wetzel no sabía mandar, se sostenían muy mal. El 29 arreció el bombardeo, y los proyectiles cayeron en el parque. A media noche, los versalleses suspendieron el fuego y sorprendieron a los federados en las trincheras. El 30, el fuerte, que no había recibido ningún aviso de esta evacuación, se despertó rodeado de un semicírculo de versalleses. El comandante Mégy se azoró, mandó a pedir refuerzos, no recibió ninguno. La guarnición se alborotó, y aquellos federados que soportaban tan valerosamente la lluvia de los obuses cobraron miedo a un puñado de tiradores. Mégy celebró consejo. Se decidió la evacuación. Clavaron los cañones precipitadamente, y tan mal, que se desclavaron aquella misma noche. El grueso de la guarnición salió. Algunos hombres entendieron de otro modo su deber, y quisieron quedarse para dejar a salvo el honor. Un oficial versallés les conjuró a que se rindiesen en el término de un cuarto de hora, so pena de ser pasados por las armas. Sin embargo, ellos no respondieron. Los versalleses, por lo tanto, no se atrevieron a arriesgarse.

A las cinco, Cluseret y La Cécilia llegaron a Issy con algunas compañías formadas apresuradamente. Se desplegaron en guerrilla; a las ocho, los federados volvieron a entrar en el fuerte. En la puerta de entrada, un muchacho, Dufour, junto a un carrito de mano lleno de balas y de cartuchos de artillería, estaba dispuesto a hacerse volar, creyendo que se

llevaría consigo la bóveda. A la tarde, Vermarel y Trinquet trajeron otros refuerzos, y los federados volvieron a ocupar todas las posiciones.

A los primeros rumores de evacuación, los guardias nacionales acudieron al Hôtel-de-Ville a interpelar a la comisión ejecutiva. Ésta afirmó que no había dado ninguna orden de evacuar el fuerte, y prometió castigar a los traidores, si los había. Por la noche detuvo a Cluseret, a su regreso del fuerte de Issy. Cluseret salió del ministerio dejando una situación militar mucho peor que la que había encontrado a su llegada; el ejército de operaciones que había prometido no se formó; ni el armamento ni el equipo habían progresado; había menos hombres en armas, y el fuerte de Issy estaba comprometido. Toda su defensa interior había sido enterrar en el Trocadero algunos cañones que, según Cluseret, batían en brecha el monte Valérien. Más tarde había de intentar atribuir su incapacidad a sus colegas, tratándolos de imbéciles, de vanidosos, acusando a Delescluze de estafador, diciendo que su detención lo había echado a perder todo y calificándose modestamente a sí mismo de "encarnación del pueblo".

Creación del Comité de Salud Pública.

Este pánico de Issy determinó la creación del Comité de Salud Pública. El 29 de abril, al final de la sesión, Jules Miot, uno de los figurones del 48, se levantó para pedir "sin frases", la creación de un Comité de Salud Pública que estuviese dotado de autoridad sobre todas las comisiones y fuera capaz de "hacer caer las cabezas de los traidores". Instándosele a que concretara las razones que le movían a hablar así, respondió solemnemente que "creía necesario ese Comité". Todo el mundo estaba de acuerdo en la necesidad de robustecer el control y la acción, ya que la segunda comisión ejecutiva se había mostrado tan impotente como la primera; pero ¿qué significaba esa frase de *Comité de Salud Pública,* parodia del pasado, espantajo de ingenuos? Desentonaba en esa revolución proletaria, en ese Hôtel-de-Ville, de donde había hecho arrancar el Comité de Salud Pública a Jacques Rou, a Chaurnette y a los mejores amigos del pueblo. Desgraciadamente, los más de los que constituían el Consejo no habían leído la historia de la Revolución. El título rimbombante les subyugó. Lo hubieran votado inmediatamente, de no ser por la energía de algunos colegas que exigieron se pusiera previamente a discusión el caso. "Sí -decían estos últimos-, queremos una comisión enérgica, pero no plagios revolucionarios. Que la Comuna se reforme, que deje de ser un gárrulo parlamento en pequeño que desbarate a la mañana, al antojo de su fantasía, lo que ha creado la víspera". Y proponían un comité ejecutivo. Los votos se equilibraron.

La cuestión de Issy decidió a la Asamblea. El 1 de mayo, por 34 votos contra 28, triunfó el título. En cuanto al conjunto del proyecto, 45 votaron a favor y 23 en contra. Algunos habían votado a favor, a pesar del título, con el solo objeto de crear un poder fuerte. Muchos explicaron su voto. Otros pretendieron obedecer al mandato imperativo de sus electores. Unos "querían hacer temblar a los cobardes y traidores". Otros declaraban sencillamente, como Miot, que "era una medida indispensable". Félix Pyat, que había empujado a Miot y sostenido violentamente la proposición para conservar la estimación de los que gritaban, adelantó esta poderosa razón: "Voto a favor, en vista de que las palabras *salud pública* pertenecen en absoluto a la misma época que las de *República francesa* y *Comuna de Paris".* Tridon, en cambio: "Voto en contra, porque no me gustan los desechos inútiles y ridículos". Vermorel: "En contra; eso no es más que una palabra, y demasiado tiempo lleva ya el pueblo contentándose con palabras". Longuet: "Como las palabras salvadoras me inspiran tan poco crédito como los talismanes y amuletos, voto en contra". Vallès: "En nombre de la salud pública, me abstengo y protesto". Diecisiete declararon colectivamente que votaban contra la institución de un Comité que crearía una dictadura, y algunos más invocaron el mismo pueril motivo. La Comuna seguía siendo tan absolutamente soberana, que ocho días después barría al Comité.

Los que se oponían se negaron a votar una lista: "Yo no veo los hombres que puedan ponerse en ese Comité", dijo Tridon. "No podemos -decían todos- nombrar a nadie para una institución que estimamos inútil y fatal. Consideramos la abstención como la única actitud digna, lógica y política". Sí, perfectamente; sería lógica, pero, tratándose de la Revolución, abstenerse equivale a favorecer al adversario.

El escrutinio, así censurado de antemano, dio como consecuencia un poder falto de autoridad. No hubo más que treinta y siete votantes. Fueron nombrados Ranvier, Antoine Arnaud, Léo Meillet, Ch. Gérardin y Félix Pyat. Los alarmistas podían tranquilizarse. El único dotado de verdadera energía. Ranvier, alma recta y cálido corazón, estaba a merced de una bondad que la debilidad echaba a perder.

Mayoría y minoría.

El acta de esta sesión apareció, muy abreviada, en "L'Officiel" que insertó, sin embargo, los votos razonados. Los amigos de la Comuna, los valientes de las trincheras, de los fuertes, de la batalla, supieron entonces que había una minoría en el Hôtel-de-Ville, Esa minoría se afirmaba en el preciso instante en que Versalles descubría sus baterías del sur. Esa minoría, que comprendía, con unas diez excepciones, a los más inteligentes, a los más cultos

de la Comuna, no pudo jamás encuadrarse en la situación. La ilusión general era que se podría resistir y salir adelante, hasta el punto de que se prorrogaron por tres años los reembolsos de las deudas anteriores a la Comuna. La minoría, exagerando también en esto, nunca quiso comprender que la Comuna era una barricada.[56] Algunos blandían sus principios a modo de escudo, como una cabeza de Medusa, y no hubiesen hecho concesiones ni aun por la victoria. Decían: "Durante el Imperio estábamos por la libertad; no vamos a renegar de nosotros mismos en el poder". Hasta en el destierro han pretendido algunos que la Comuna había perecido por sus inclinaciones autoritarias. En lugar de aplicar su inteligencia a la conquista de la mayoría, de transigir con las circunstancias y con las debilidades de sus colegas, lo único que supieron hacer fue acantonarse en su autonomía, esperando que todo el mundo fuese a ellos tal como lo había hecho Tridon.

El sitio había presentado a éste a la masa. Sus artículos de "La Patrie en Danger", iguales a los de Blanqui, en lúcido vigor, su clara y mordiente palabra en las reuniones públicas, le valieron en febrero sesenta *y* cinco mil votos. Elegido por la Costa de Oro, donde tenía grandes propiedades, abandonó la Asamblea de Burdeos después del voto mutilador. En el Hôtel-de-Ville hablaba raras veces, y a ráfagas. Hombre de buen sentido tanto como revolucionario, enemigo de los charlatanes, cuando vio la vacuidad de los románticos, la insuficiencia de sus antiguos amigos blanquistas, rompió con ellos y no arrastró en pos de sí a nadie. Su carácter arrebatado, receloso -agriado, además, por una enfermedad que le hacía orinar sangre y a consecuencia de la cual murió, poco después de que la Comuna acabase también sus días, legando su fortuna a la causa-, le hacía poco adecuado, en realidad, para captarse voluntades.

Este papel tentaba a Vermorel. Encarcelado después del 31 de octubre, desafió a los hombres del 48 a que substanciasen las calumnias con que le perseguían, ahora que tenían en su poder los papeles del Imperio. Después del sitio, presa de una gran tristeza como tantos otros, se retiró a casa de su madre, a provincias, adonde fueron a buscarle los electores de Montmartre. El aire de la batalla social le reanimó; se entregó a ella con toda su alma. Más activo y laborioso que nadie, no salía del Consejo como no fuera para ir a las avanzadas. Varias veces corrió el rumor de su muerte. A pesar de esta feliz conjunción de buen sentido y valentía, no lograba ganar en autoridad. Su exterior le mataba. Demasiado grande, torpe, tímido, con cara y cabellos de seminarista, con una palabra precipitada que parecía pelear con su pensamiento, no tenía el menor poder de atracción.

La mayoría contaba con varios hombres serios a quienes hubiera atraído una actitud clara; pero esta minoría demasiado ergotista los desanimaba. La habilidad de Pyat hacía el resto. La enfermedad de Delescluze, obligado a guardar cama frecuentemente, dejaba el campo libre a sus artimañas. Delescluze no hablaba nunca más que por la unión; el otro hubiera preferido ver muerta a la Comuna, antes que salvada por aquellos a quienes odiaba. Y odiaba a todo aquel que sonriese ante sus demencias. Poco le importaba desacreditar a la Asamblea con tal de vengar su orgullo. Podía mentir descaradamente, cincelar la más infame calumnia, y después, súbitamente enternecido, abrir los brazos y decir: "¡Abracémonos!" En su periódico insinuaba que Jourde no rendía cuentas, y al ser apostrofado por Jourde declaró por su honor que no había querido atacarle. Acusaba ahora a Vermorel de haber vendido el "Courrier Français" al Imperio, después de haber ofrecido a los Orleans. No se le vio nunca en las avanzadas, pero con su paso de Celadon envejecido se deslizaba por los pasillos, recorría las comisiones, unas veces acariciador, adulador, hecho un verdadero Barère de entre bastidores, otras veces patriarcal. "¡La Comuna! ¡Si es mi hija! ¡Yo he velado por ella veinte años, yo la he alimentado, yo la he acunado!" Según él, se le debía el 18 de marzo. "No tengo -decía- la energía de Marat, pero sí su espíritu de vigilancia; yo soy el amigo del pueblo", ignorando -todo su saber se limitaba a unos cuantos adjetivos- que los títulos de Marat son el buen sentido revolucionario, la lucidez, que Marat fue un guía seguro, y que no huía de la muerte. Los blanquistas se burlaban de Pyat bajo cuerda, pero se servían de él para conservar a su lado a los románticos y para contener a los socialistas, los cuales eran demasiado argumentadores.

A partir de ese momento, las divergencias se transformaron en hostilidades. La sala de sesiones era pequeña, mal ventilada, perturbada, además, por los ruidos de afuera, por más que Pindy hubiese barrido el Hôtel-de-Ville de los parásitos que lo llenaron al principio. La atmósfera, rápidamente caldeada, daba fiebre. Sopló la discordia, madre de la derrota. Cesó, sin embargo -que lo sepa el pueblo, lo mismo que sus culpas-, cuando pensaron en el pueblo, cuando su alma se alzó por encima de las miserables rencillas personales. Acompañaron el entierro del filósofo Pierre Leroux, que había defendido a los sublevados de junio, ordenaron la demolición de la iglesia de Bréa, erigida en memoria de un traidor justamente castigado, la del monumento expiatorio que escarnece la revolución y ennoblecieron la plaza de Italia con el nombre de Duval. Todos los decretos

[56] La minoría tenía por lo menos veintidós miembros: Andrieu, Arnold, Arthur Arnould, Avrial, Beslay, Clérnence, Víctor Clérnent, Courbet, Frankel, Eug. Gérardin, Jourde, Lefrançaís, Longuet, Malan, Ostyn, Pindy, Serraillier, Theisz, Tridon, Vallès, Varlin y Vermorel.

socialistas fueron aprobados por unanirnidad, ya que, por más que hayan querido diferenciarse, todos aquellos hombres fueron socialistas. El Consejo no tuvo más que una voz y un voto unánimes cuando se trató de expulsar a dos de sus miembros, culpables de estafas anteriores.[57] Y nadie, ni aun en lo más recio del peligro, osó hablar de capitulación.

Capítulo XXII. Rossel sustituye a Cluseret. Estallan las rivalidades. Rencillas en la Comuna. Rossel continúa la obra de Cluseret. La defensa del fuerte de Issy.

El último acto de la segunda comisión ejecutiva fue nombrar a Rossel delegado de Guerra. Lo mandó a buscar en la noche del 30. Acudió, contó la historia de los sitios célebres, prometió hacer a París inexpugnable, los hechizó cuando creían cazarle: Nadie le pidió un plan definido, y le firmaron inmediatamente el nombramiento. Él, por su parte, escribió a la Comuna: *"Acepto estas difíciles funciones, pero necesito vuestro apoyo total para no sucumbir bajo el peso de las circunstancias"*.

Rossel conocía a fondo estas circunstancias. Jefe de estado mayor general desde hacía veinticinco días, debía ser el hombre más al corriente, en París, de todos los recursos militares de la ciudad. Había visto de cerca a los hombres de la Comuna, del Comité Central, a los principales oficiales, los efectivos, el carácter de las tropas cuya dirección aceptaba.

Rossel, delegado de Guerra.

Empezó por dar una nota falsa al responder al oficial versallés que había intimado la rendición del fuerte de Issy: "*Querido camarada: la primera vez que se permita usted enviarnos una intimación tan insolente, haré fusilar a su parlamentario... Su devoto camarada"*. Esta desenvoltura acusaba al condotiero. No comprendía nada del alma de París, de esta guerra civil, el que amenazaba con fusilar a un inocente, el que trataba de *querido* y de *devoto camarada* al colaborador de Galliffet.

Nadie comprendió menos que él a la Ciudad, a la guardia nacional. Se imaginaba que "Le Pére Duchêne" era la voz del trabajador, y se encerraba con su director, Vermesch, escéptico y vanidoso. Apenas se encontró instalado en el ministerio, habló de acuartelar a los guardias nacionales, de cañonear a los que huyesen. Quería desmembrar las legiones, hacer de ellas regimientos cuyos coroneles nombraría él mismo. El Comité Central protestó, los batallones se quejaron a la Comuna, que mandó llamar a Rossel.

Acudió éste el 2 de mayo, y sufrió una especie de examen. El antediluviano Miot le preguntó cuáles eran sus antecedentes democráticos. "No diré yo -respondió Rossel- que haya estudiado profundamente las reformas sociales, pero siento horror hacia esta sociedad que acaba de entregar tan cobardemente a Francia. Ignoro lo que será el nuevo orden del socialismo; pero tengo confianza en él, siempre valdrá más que el antiguo". Luego entró en materia, dio explicaciones acerca del fuerte de Issy, expuso su proyecto de formación de regimientos como hombre de oficio, con palabra sobria, a veces tan feliz, que la Asamblea quedó seducida. "Sus explicaciones han satisfecho a la Comuna -le dijo el presidente-; puede usted estar seguro de su ayuda sin reservas".

El Comité Central no se dio por vencido; al día siguiente, de acuerdo con los jefes de las legiones, los envió al Hôtel-de-Ville. Rossel se olió el proyecto e hizo detener a uno de los jefes; los demás llegaron al Comité de Salud Pública con el sable al cinto, y, no encontrando a nadie, dejaron esta esquela: "El Comité de Salud Pública recibirá al Comité Central a las cinco". Félix Pyat, que se encuentra, a su regreso, con esta nota, se presenta en la Comuna, espantado, a preguntar qué hay que hacer. La Comuna se indigna ante la insolencia del Comité Central, dice que el Comité de Salud Pública tiene poderes para responder a aquél.

Rencillas en la Comuna.

A ese Comité de Salud Pública le traen muy sin cuidado las responsabilidades. Al día siguiente vuelve a pedir consejo a propósito de cierto proyecto de conciliación presentado a la Comuna y a Versalles por la candorosa Liga de los Derechos de París. "Me extraña -dice Paschal Grousset- que el Comité de Salud Pública venga a darnos lectura de este ultimátum insolente; la única respuesta que merece es la detención y el castigo de sus autores", y acaba dirigiendo una amonestación al Comité. "¡Que se anule el Comité!", dice otro. "En lo sucesivo -dice Ranvier- tomaremos nuestras decisiones sin consultar con ustedes". En resumen, la Comuna se remite de nuevo al decreto que concede plenos poderes al Comité. Inmediatamente. Félix Pyat que dimite. Tridon le apostrofa. "El ciudadano Pyat -dice Johannard- ha sido uno de los promotores de este Comité; pido un voto de censura para el ciudadano Pyat, que dimite todos los días para volver siempre aquí". Pyat: "Encuentro aquí una oposición personal contra mí". Vallès: "Lo que es yo, en el lugar de Pyat no dimitiría". Pyat: "¡Pues bien!, pido que se me hable en conciencia, francamente. Que los que me han atacado, los ciudadanos Tridon, Johannard, Vermorel, retiren sus injurias, y por mi parte no guardaré en mi corazón ningún recuerdo de este triste incidente. *(Interrupciones.)* Pido que se liquide todo, que lo pasado se dé por pasado". Vermorel: "Es preciso que haya reciprocidad en ese respecto. Yo manifesté mi simpatía hacia el ciudadano Pyat el 31 de octubre. Cuando dimitió por primera vez, no

[57] Blanchet, ex capuchino, declarado varias veces en quiebra; Émile Clérnent, que en tiempos del Imperio se había ofrecido a la policía. Raoul Rigault había registrado cuidadosamente los legajos de la prefectura.

encontré ninguna razón para ello, y así lo dije. Cuando se trató de suprimir "Le Bien Public", el ciudadano Pyat apoyó aquí esta suspensión, y protestó contra ella en su periódico; yo constaté esta contradicción. En respuesta, el ciudadano Pyat me acusó de haber mantenido relaciones con Rouher. Mis electores de Montmartre me pidieron explicaciones, no me han vuelto a enviar aquí sin saber que estaba absolutamente limpio de culpa. Es preciso que la Asamblea lo sepa de una vez. Existe un informe de Mercadier... *(Interrupciones.)* Quiero explicarme... Entre los papeles del 4 de septiembre se ha encontrado una comunicación de Rouher quejándose de que yo no hubiera sido condenado más que a quinientos francos de multa por un artículo de periódico; eso le parecía un escándalo. El ciudadano Pyat ha encontrado un informe de ese mismo Mercadier en que éste dice que soy, "como es sabido", el agente de Rouher. La acusación se basa en los informes de un tal Lucien Morel, una granujilla sobre el que ya había llamado yo la atención a mis amigos. Si Pyat me hubiera pedido explicaciones, yo se las hubiera dado". Malon: "Yo formaba parte del jurado entre Vermorel y Rochefort, y debo declarar que jamás he sabido que se pudiera decir que Vermorel fuese agente de Rouher". Numerosas voces: "¡Basta, basta!" Tridon y Johannard dicen, el uno, que ha estado demasiado vivo; el otro, que no ha insultado a Pyat. Este responde que se le ha acusado hace un momento de cobardía, que se ha aplicado a su dimisión la palabra deserción, que Vermorel ha hecho insertar en el periódico de Rochefort una calumnia -se trata de la historia de un barco de carbón-, y termina: "Requiero a la Comuna para que declare que soy un hombre honrado". Vermorel: "Pido a Pyat que declare que jamás he transigido en lo que se refiere a los principios del honor". Por todas partes: "Estas discusiones son deplorables". Pyat se levanta. Alguien grita: "¡El orden del día!" El incidente Pyat-Vermorel no figurará en "L'Officiel". Desde que se publicaban en éste las sesiones, aparecían en su mayor parte mutiladas, expurgadas, y sólo ofrecían un pálido reflejo de las discusiones.

El asunto del Moulin-Saquet.

Todavía están discutiendo, cuando llega Mortier y cuenta la sorpresa del Moulin-Saquet. Fatigados, mal dirigidos, los federados se resguardaban mal contra las sorpresas. La más terrible acababa de tener lugar en la noche del 3 al 4, en el reducto del Moulin-Saquet, ocupado en aquel momento por quinientos hombres. Dormían en sus tiendas cuando los versalleses, después de apoderarse de los centinelas, se introdujeron en el reducto y asesinaron a unos cincuenta federados. Los soldados destrozaron los cadáveres, se apoderaron de cinco cañones y de doscientos prisioneros. Se acusa al comandante del 55 de haber revelado la consigna al enemigo.

La Asamblea se constituye en comité secreto y hace llamar a Rossel.

Llega éste; vuelve a exponer la situación de Issy, dice que la sorpresa del Moulin-Saquet obedece a que el Comité de Salud Pública dio orden a Wroblewski y a Dornbrowski de dirigirse al fuerte de Issy; lee un parte de Wroblewski. No es ésta, por otra parte, la única torpeza del Comité. Dombrowski recibió, sin que Rossel fuese avisado de ello, la dirección general de las operaciones militares, y ha tenido que dejar Neuilly en manos de un hombre valeroso, pero insuficiente, que se ha dejado desbordar por los acontecimientos. "En estas condiciones -termina Rossel- yo no puedo ser responsable, y pido que sean públicas las sesiones". Félix Pyat: "Mi respuesta es bien sencilla: ni el Comité de Salud Pública ni yo hemos firmado ninguna orden mandando al ciudadano Wroblewski que se trasladase al fuerte de Issy; la única medida revolucionaria que hemos adoptado es la supresión de la Plaza de Paris". Rossel: "Pues es una medida de desgobierno; el ciudadano Pyat ha omitido decir si no había dado plenitud de poderes a Dombrowski para la ejecución de las operaciones militares". Pyat: "Para la ejecución sí; pero la dirección seguía encomendada al ciudadano Rossel".

En la sesión de la noche, Tridon encuentra gravísimas las faltas señaladas por Rossel: Vermorel dice que el Comité de Salud Pública es un Comité de obstrucción; Félix Pyat desmiente formalmente a Rossel, en ausencia de éste. Arthur Arnould: "Si el Comité no ha dado órdenes y Rossel, por su parte, niega haberlas dado, ¿cómo no se detiene a Wroblewski y a Dombrowski?" Pyat sigue negando; Vaillant demuestra que el Comité se ha excedido en sus atribuciones. La discusión, muy viva, no termina hasta las doce y media.

Al día siguiente vuelve a empezar. Arnould lee copia de la orden enviada a Wroblewski. Esta orden está firmada por Léo Meillet, A. Arnould, Félix Pyat. Léo Meillet se defiende. No es el traslado de Wroblewski lo que ha dado lugar a la sorpresa, sino la traición. Avrial: "Hay en todo esto una mentira que es preciso esclarecer". Mandan a buscar a Félix Pyat. Mientras tanto, Parisel pide que se constituya el comité secreto y dice: "Yo puedo, en los momentos actuales"... Aquí termina el acta. El 23 de abril, el original de Parisel había pedido que la Comuna, utilizando todos los recursos de la ciencia para combatir a los versalleses, formase un nuevo ministerio de hombres competentes, al que Allix, radiante, denominó "Ministerio del progreso", calificativo que dio mucho que reír. Parisel reclama un hombre enérgico que se encargue de hacer requisas. Llega Félix Pyat, le hablan del despacho enviado a Dornbrowski. "Confieso, avergonzado -dice-, que no conservo el menor recuerdo de ese

documento". Se lo ponen delante de los ojos. "¿Es esta su firma?" Pyat: "Yo no creía, al firmar dos líneas en el documento, que firmase una orden dirigida al general Wroblewski". Arthur Arnould lee otras órdenes militares enviadas por el Comité de Salud Pública. Langevin: "Que la Asamblea decida hasta qué punto debe tener confianza en un Comité que ha negado enérgicamente haber dado unas órdenes que hoy ya no le es posible negar". J. B. Clément: "No hay flaquezas de memoria que valgan, ciudadano Pyat; soy del parecer que debía usted presentar la dimisión". Pyat: "Presentada la tengo... y suplico a la Asamblea que la acepte... Además, como ya no podré ser creído por ustedes, me veo obligado a renunciar a las funciones que se me han confiado". Ferré pide que se llame a todos los miembros del Comité de Salud Pública. La discusión se bifurca. ¿Dónde está Cluseret? Pyat: "No lo sé; es una nuez que ha desaparecido bajo el cubilete de los prestidigitadores de la comisión ejecutiva". Andrieu, miembro de esta Comisión: "Al Comité de Salud Pública es a quien debemos pedir cuentas". Pyat: "¿Cuentas? Tendrán que rendirlas ustedes". *(Rumores prolongados.)*

Mientras reñían así en el Hôtel-de-Ville, Versalles triunfaba con los asesinatos del Moulin-Saquet; Thiers anunciaba "este elegante golpe de mano - escribía uno de sus oficiales- en un parte burlón en que decía que habían sido muertos doscientos hombres, habiendo huido los demás tan aprisa como se lo permitieron sus piernas; esta era la victoria que la Comuna podía anunciar en sus boletines". Los prisioneros conducidos a Versalles fueron asaltados por la turba que acudía a la llegada de todos los convoyes para cubrir de golpes y salivazos a los defensores de París; la turba que tenía justamente el valor que hacía falta para escuchar los cañones que bombardeaban a Issy.

Los versalleses habían reanudado el fuego con furor. Los obuses desmoronaban las casamatas, pulverizaban los revestimientos; la metralla empedraba de hierro las trincheras. Parte del pueblo de Issy era de los soldados. En la noche del uno al dos, procediendo siempre por sorpresas nocturnas, atacaron la estación de Clarnart, de la que se apoderaron casi sin lucha, y el palacio de Issy, que tuvieron que conquistar palmo a palmo. El 2, por la mañana, el fuerte se encontraba tan comprometido como la antevíspera. Durante el día, el batallón de francotiradores de París les desalojó a la bayoneta. Eudes vino a declarar que él no seguía en su puesto como no relevasen a Wetzel. Este fue sustituido por La Cécilia, Eudes dejó el mando a su comandante de estado mayor y no volvió. A pesar de este abandono, Rossel le nombró comandante de la segunda reserva activa.

Bien pronto se hizo evidente que, a pesar de sus ocurrencias, todo seguiría con Rossel el mismo paso que había llevado ya con Cluseret. Rossel pedía que las municipalidades se encargasen de buscar armas, de cuidar de los caballos, de perseguir a los refractarios, pero no indicaba el medio de llevar a cabo todo ello. Ordenaba la construcción de un segundo reducto de barricadas, de tres ciudadelas en Montmartre, en el Trocadero y en el Panteón, que podían hacer a París inaccesible o inexpugnable para el enemigo; pero no ponía manos a la obra. Extendía el mando de Wroblewski a todas las tropas y a los fuertes de la orilla izquierda; tres días después se lo retiraba en parte. No daba ninguna instrucción de ataque o de defensa a los generales. Como su predecesor, tampoco enviaba informes a la Comuna. Ni más ni menos que Cluseret, no fue capaz de indicar en esta lucha sin precedentes una táctica nueva, ni de hallar un campo de batalla para aquellos soldados improvisados. La cabeza bien asentada que se le suponía, era únicamente la de un hombre de escuela que soñaba con batallas campales; un soldado de manual, original solamente en la actitud y en el estilo, Siempre quejándose de indisciplina, de falta de hombres, y dejando correr la mejor sangre de París en las luchas estériles de fuera, en desafíos heroicos tales como Neuilly, Vanves, Issy.

La agonía del fuerte de Issy.

Issy, sobre todo. Aquello ya no era un fuerte, ni apenas una posición firme, sino un revoltijo de tierra y de pedruscos azotados por los obuses. Las casamatas desfondadas dejaban ver el campo, quedaban al descubierto los polvorines; la mitad del bastión 3° estaba en el foso, se podía subir a la brecha en coche. Una decena de piezas, a lo sumo, respondía al torrente de las sesenta bocas de fuego de Versalles; la fusilería de las trincheras enemigas, que apuntaba a las tropas, mataba a casi todos los artilleros. Los versalleses renovaron el 3 su intimación, y recibieron como respuesta la palabra de Carnbronne. El jefe de estado mayor dejado por Eudes había desaparecido. El fuerte quedó en manos de dos hombres de valor, el ingeniero Rist y Julien, comandante del batallón 131, del distrito XI. Sobre ellos y sobre los federales que supieron resistir recae el honor de esta defensa extraordinaria. He aquí algunas notas de su diario:

"4. - Recibimos balas explosivas que estallan con un ruido de cápsulas. No llegan los furgones; los víveres escasean, y los obuses del 7, nuestras mejores piezas, van a faltarnos. Los refuerzos prometidos todos los días no aparecen por ninguna parte. Dos jefes de batallón han ido a ver a Rossel. Los ha recibido muy mal y les ha dicho que tenía derecho a fusilarlos por haber abandonado su puesto. Le han hecho ver nuestra situación. Rossel ha respondido que un fuerte se defiende a la bayoneta; ha citado la obra de Carnot. Con todo, ha prometido refuerzos. - Los francmasones vienen a plantar una bandera en

nuestras fortificaciones. Los versalleses la derriban. Nuestras ambulancias están repletas. La prisión y el pasillo que conduce a ella están llenos de cadáveres; hay más de trescientos. Un ómnibus de ambulancia llega por la noche. Apilamos en él el mayor número posible de nuestros heridos. En el trayecto del fuerte al pueblo de Issy, los versalleses acribillan el coche a balazos.

5. - El fuego del enemigo no cesa un minuto. Nuestras troneras no existen; las piezas del frente siguen respondiendo. A las dos recibimos 10 furgones de obuses del 7. Rossel ha venido, ha mirado largamente las fortificaciones. Los *Enfants perdus* que sirven las piezas del bastión 5.° pierden mucha gente, pero siguen firmes en su puesto. Hay ahora en los calabozos cadáveres hasta dos metros de altura. Todas nuestras trincheras, acribilladas por la artillería, han sido evacuadas. La trinchera de los versalleses está a sesenta metros de la contraescarpa. Avanzan cada vez más. Están tomadas las precauciones necesarias, para en caso de que haya un ataque esta noche. Todas las piezas de los flancos están cargadas con metralla. Tenemos dos ametralladoras encima de los terraplenes para barrer a la vez el foso y la explanada.

6. - La batería Fleury nos envía regularmente sus seis disparos cada cinco minutos. Acaban de traer a la ambulancia a una cantinera que ha recibido una bala en la ingle izquierda. Desde hace cuatro días hay tres mujeres que van a los lugares en que es más fuerte el fuego, a recoger heridos. Esta se muere y nos deja encomendados a sus dos hijos. -Ya no hay víveres; no comemos más que carne de caballo. - Por la noche, la fortificación es insostenible".

El mismo día, Ranvier anuncia a la Comuna una desbandada en Vanves, y hay muy malos informes del fuerte de Issy. Se quejan de que las piezas de sitio de Vaugirard y de Montrouge no apoyen al fuerte. Parisel pide el envío de seis piezas del 7, la orden de disponer en batería las piezas de marina del bastión. Objétase a esto que el Comité de Salud Pública es el único calificado para dar órdenes militares.

Al día siguiente, el diario del fuerte relataba:

"7. - Recibimos hasta diez obuses por minuto. Las fortificaciones están totalmente al descubierto. Todas las piezas, salvo dos o tres, están desmontadas. - Las fortificaciones versallesas casi nos tocan. Hay treinta cadáveres más. - Acaban de comunicarnos la muerte de Wetzel; unos dicen que ha recibido una bala en la espalda. - Estamos a punto de ser envueltos".

Capítulo XXIII. París bombardeado. El fuerte de Issy sucumbe. La Comuna renueva su Comité de Salud pública. Rossel huye.

Acaba de cometerse la mayor infamia de que la historia moderna haya guardado recuerdo. París ha sido bombardeado.

Trochu, Jules Favre, E. Picarà, Jules Simon, Jules Ferry, E. Arago, Garnier-Pagès, Pelletan.

Es calumniar a un gobierno, cualquiera que éste sea, suponer que trate de sostenerse bombardeando la capital.

Thiers, Proyecto de ley sobre las fortificaciones de Paris (Diciembre de 1840.)

Hemos hecho polvo todo un barrio de París.

Thiers en la Asamblea Nacional. (5 *de agosto de 1871.)*

Hay que volver de esta atmósfera heroica a las disputas de la Comuna y del Comité Central. ¡Lástima que no celebren sus sesiones en La Muette! Los obuses de Montretout, que acaba de descubrir su potente batería, les harían, sin duda, volverse hacia el enemigo común. Está abierto el ataque en brecha.

En la mañana del 8 de mayo, setenta piezas de marina comenzaron a batir el cerco, desde el bastión 60 hasta el Point-du-Jour. Los obuses llegaban ya al muelle de Javel, y la batería de Breteuil cubría de proyectiles el barrio de Grenelle. En pocas horas se hizo inhabitable la mitad de Passy.

Thiers acompañaba sus obuses de una proclama: "*Parisienses, el gobierno no bombardeará París, como no dejarán de deciros las gentes de la Comuna. Disparará sus cañones... El gobierno sabe, hubiera comprendido, aunque por todas partes no se lo hubierais hecho decir, que tan pronto como los soldados hayan franqueado el cerco* os *uniréis a la bandera nacional".* E invitaba a los parisienses a abrirle las puertas. ¿Qué hará la Comuna ante este llamamiento a la traición?

El 7 no hay quórum; los fieles que permanecen en su puesto despiden a los taquígrafos y secretarios y firman un acta de falta de quórum. El 9 se querellan con el secretario, Amouroux, por sus informes de "L'Officiel". No es ésta la primera vez; ya el 1 de mayo había respondido francamente: "Si suprimo una parte del informe, es en interés de la Comuna, para suprimir inepcias". Hoy baja el tono: "Cada miembro podría venir a releer sus intervenciones; a menudo nos vemos obligados a introducir cortes". ¿Por qué no suprimir la publicación de las sesiones?, propone uno de la mayoría, olvidando que cinco días antes se había votado la admisión del público a las sesiones, encargando a una comisión de buscar local adecuado. Siguen las quejas a cuenta del Comité Central, que invade todos los servicios, a pesar de la Comisión de Guerra. "A ustedes se lo digo, a los del Comité de Salud Pública -exclama Jourde-. ¡Han metido ustedes al lobo en el redil!" Félix Pyat acusa a Rossel. Desde la sesión del 4 no cesaba de minarle el terreno con su incomparable hipocresía. "¡Ya ven ustedes ese hombre! -decía a los románticos-. ¡Es un traidor, un cesarista! ¡Después del plan Trochu, el

plan Rossel!" Responde al ataque del día: "No es culpa del Comité de Salud Pública si Rossel no tiene la fuerza ni la inteligencia necesarias para hacer que el Comité Central no se exceda en sus atribuciones". Régère: "El Comité Central es un mal necesario". Jourde no puede tolerar que el Comité se entrometa en sus servicios. Jourde, dimisionario de Hacienda al constituirse el Comité de Salud Pública, en cuya ocasión decía: "Dejo a mi sucesor más dinero que el que he tenido yo nunca; se encontrará con una situación perfectamente despejada", se había visto obligado a volver a su puesto por obra de una votación sumamente halagadora.

La Comuna no dejaba de tener razón para preocuparse a cuenta del Comité Central. Ocurrían en aquel momento extrañas escenas en el departamento de Guerra. Los jefes de legión, que cada vez estaban más agitados en contra de Rossel, habían resuelto aquel día ir a pedirle una relación de todas las decisiones que preparaba sobre la guardia nacional. Rossel se enteró de su proyecto, y al llegar al ministerio se encontraron en el patio con un pelotón en armas. El delegado los veía llegar desde su ventana: "Son ustedes audaces -les dijo-, ¿Saben ustedes que ese pelotón está ahí para fusilarlos?" Ellos, sin inmutarse gran cosa, respondieron: "Para lo que aquí nos trae no hace falta audacia; venimos simplemente a hablarle a ustedes de la organización de la guardia nacional". Rossel se calma y dice: "¡Que vuelva a su puesto el pelotón!" Esta demostración burlesca produjo su efecto. Los jefes de legión combatieron el proyecto referente a los regimientos, demostrando la imposibilidad de su realización. Rossel, cansado de luchar, dice: "Sé muy bien que no tengo fuerza, pero sostengo que tampoco ustedes la tienen. ¿Dicen ustedes que sí? ¡Pues bien, denme una prueba de ello! Mañana, a las once, lleven a la plaza de la Concordia doce mil hombres, y yo intentaré algo". Quería disponer un ataque por la estación de Clamart. Los jefes de legión se comprometieron y anduvieron toda la noche de un lado para otro para reunir batallones.

Evacuación del fuerte de Issy.

Mientras tenían lugar todos estos altercados, se evacuaba el fuerte de Issy. Agonizaba desde por la mañana. Cada hombre que aparecía en las piezas caía muerto. Por la noche se reunieron los oficiales y reconocieron que era imposible sostenerse; sus hombres, expulsados de todas partes por los obuses, se apiñaban bajo la bóveda de entrada. Un obús del Moulin de Pierre cayó en medio de ellos y mató a dieciséis. Rist, Julien y algunos otros que querían obstinarse, a pesar de todo, en no abandonar aquellas ruinas, se vieron obligados a ceder. La evacuación comenzó a eso de las siete. El comandante Lisbonne, hombre de extraordinario arrojo, protegió la retirada, que se llevó a cabo en medio de las balas.

Algunas horas después, los versalleses, atravesando el Sena, se establecían más allá de Boulogne, ante los bastiones del Point-du-Jour, y abrían una trinchera a trescientos metros del cerco. Toda aquella noche y durante la mañana del 9, el departamento de Guerra y el Comité de Salud Pública ignoraron la evacuación del fuerte.

El 9, a mediodía, los batallones pedidos por Rossel se alineaban en la plaza de la Concordia. Rossel llegó a caballo, recorrió rápidamente el frente de las líneas, lanzó a los jefes de legión un: "No hay los que yo esperaba", y volvió grupas. En Guerra le anunciaron la evacuación del fuerte de Issy. No quiso escuchar nada, echó mano a la pluma y escribió: "*La bandera tricolor ondea sobre el fuerte de Issy, abandonado ayer por la guarnición",* y sin advertir de ello a la Comuna ni al Comité de Salud Pública, dio orden de imprimir estas dos líneas, haciendo una tirada de diez mil ejemplares, cuando la ordinaria era de seis mil.

En seguida, escribió su dimisión: "*Ciudadanos, miembros de la Comuna, me siento incapaz de asumir por más tiempo la responsabilidad de un mando donde todo el mundo delibera y nadie obedece. Cuando fue necesario organizar la artillería, el Comité Central de artillería deliberó y no prescribió nada. La Comuna ha deliberado, y nada ha resuelto. El Comité Central delibera y todavía no ha sabido actuar. Mientras tanto, el enemigo envolvía el fuerte de Issy con ataques arriesgados* e *imprudentes, por los que yo le castigaría si tuviese la menor fuerza militar disponible".* Contaba a su manera y con todo detalla la evacuación del fuerte, la revista de la Concordia, decía que en lugar de doce mil hombres no había más que siete mil,[58] y concluía: "*Por tanto, la nulidad del comité de artillería impedía la organización de la artillería; las vacilaciones del Comité Central detienen a la administración; las preocupaciones mezquinas de los jefes de legión paralizan la movilización de las tropas. Mi predecesor tuvo el error de debatirse en medio de esta situación absurda. Yo me retiro y tengo el honor de pediros una celda en Mazas".*

Creía eludir de esta manera la responsabilidad militar; pero podían abrumarle por todas partes. ¿Por qué aceptó aquella situación "absurda", que conocía a fondo? ¿Por qué no puso ninguna condición a la comisión ejecutiva el 30 de abril, ninguna condición el 2, el 5 de mayo a la Comuna? ¿Por qué despidió aquella mañana a "siete mil hombres", cuando pretendía no tener la menor fuerza militar disponible? ¿Por qué ignoró durante quince horas la evacuación de un fuerte cuya angustiosa situación hubiera debido vigilar de hora en hora? ¿Dónde está su segundo cerco? ¿Por qué no hizo ningún trabajo

[58] Los jefes de legión dijeron que diez mil; la verdad está entre ambas afirmaciones.

en Montmartre, en el Panteón?

Rossel podía, ciertamente, dirigir sus reproches a la Comuna; cometió una falta imperdonable con enviar su carta a los periódicos. En menos de dos horas desalentaba a millares de combatientes, sembraba el pánico, difamaba a los valientes de Issy, denunciaba al enemigo las flaquezas de la defensa.

En el otro lado, todo el mundo estaba de fiesta. Thiers y Mac-Mahon arengaban a los soldados que arrastraban, cantando, las pocas piezas encontradas en el fuerte. La Asamblea suspendía sus sesiones y salía al patio de mármol a aplaudir a aquellos hijos del pueblo que se creían vencedores. Un mes más tarde, Thiers decía en la tribuna: "Cuando veo a estos hijos de nuestros campos, frecuentemente ajenos a la instrucción que eleva, morir por vosotros, por nosotros, me siento profundamente conmovido". Conmovedora emoción de cazador ante su pieza. ¡Acordaos de esta confesión y de por quién morís en las guerras civiles, hijos del campo!

¡Y aún siguen discutiendo en el Hôtel-de-Ville! Raoul Rigault recrimina a Vermorel, que quiere poner en claro el funcionamiento del servicio de seguridad. Contra la opinión de Gambon, la mayoría había nombrado a Rigault procurador de la Comuna.

Habla Delesclure.

Se agriaba la discusión, cuando Delescluze entra súbitamente y usurpa la palabra: "¡Están discutiendo aquí cuando se acaba de hacer saber al pueblo que la bandera tricolor ondea sobre el fuerte de Issy! La traición nos envuelve por todas partes. ¡Hay ochenta cañones que nos amenazan desde Montretout, y ustedes se están aquí discutiendo! Estos deplorables debates de la última semana, a los que tuve la suerte de no asistir, son los que han traído el desorden. ¡Y en un momento como éste, pierden ustedes el tiempo con cuestiones de amor propio!... Yo esperaba que Francia sería salvada por París, y Europa por Francia. Pues bien, hoy la guardia nacional ya no quiere batirse, ¡y ustedes deliberan sobre los puntos del acta! Yo quisiera que Mégy, el ex gobernador del fuerte de Issy, fuese citado ante un consejo de guerra, que el ciudadano Eudes rindiese cuentas de su conducta; tenía la inspección de los fuertes del sur, y el sur ha sido completamente abandonado. ¡Y la bandera tricolor ondea sobre el fuerte de lssy! El Comité Central va a poner a la Comuna en la puerta, y eso es herir a la Revolución en el corazón. A pesar de la insuficiencia de los miembros que componen esta asamblea, de la Comuna se desprende un poderoso sentimiento revolucionario, capaz de salvar a la patria. La salvaremos, pero tal vez detrás de las barricadas. Deponed hoy todos vuestros odios… He visto a Rossel esta mañana en la revista de la plaza de la Concordia; estaba más desolado que nunca... El parisiense no es cobarde; tiene que estar mal mandado o creerse traicionado para que se niegue a batirse. Es menester que adoptemos medidas inmediatas o que nos hundamos en nuestra impotencia, como hombres indignos de haber sido encargados de defender el país. Francia nos tiende los brazos. El Comité de Salud Pública no ha respondido a lo que se esperaba de él. Hay que darle el retiro. ¿Qué es lo que hace? Nombramientos particulares, Una orden firmada por Léo Meillet nombra a ese ciudadano gobernador del fuerte de Bicêtre; teníamos allí un soldado que parecía demasiado severo. Vuestro Comité de Salud Pública está aniquilado, enterrado bajo el peso de los recuerdos con que se le carga. Para la población de París, ese Comité es los haces, el hacha permanentes. Se pueden hacer grandes cosas empleando palabras sencillas. Yo no soy partidario de los Comités de salud pública; todo eso no es más que palabras".

La Asamblea, electrizada, aplaudía, interrumpía también, subyugada por aquel hombre severo, que era el deber en persona. La Asamblea se constituye en comité secreto, discute a fondo todo lo referente al Comité de Salud Pública. ¿Qué ha hecho en ocho días? Ha implantado el Comité Central en Guerra, ha aumentado el desorden, ha sufrido dos reveses. Sus miembros se embebecen en los detalles o prestan un servicio de aficionados. Un miembro del Comité quiere defender a éste, invoca la poca precisión de sus atribuciones. Se le opone el artículo 3 del decreto de institución, que otorga plenos poderes al Comité. Se decide, al cabo de varias horas, renovar el Comité, nombrar un delegado civil en la comisión de Guerra, redactar una proclama, no reunirse más que tres veces por semana, salvo en caso de urgencia, instalar al nuevo Comité con carácter permanente en el Hôtel-de-Ville, quedando así permanentemente los miembros de la Comuna en sus respectivos distritos.

Se renueva el Comité de Salud Pública.

Por la noche volvieron a reunirse. La mayoría otorgó la presidencia a Félix Pyat, furioso por los ataques de la tarde. Abrió la sesión pidiendo que fuese arrestado Rossel. Agrupando con habilidad apariencias que parecieron pruebas a los suspicaces, convirtió a Rossel en chivo emisario de los yerros del Comité, desvió contra el delegado la indignación del Consejo. "Ya os había dicho yo, ciudadanos, que era un traidor, pero no quisisteis creerme. Sois jóvenes, no habéis sabido, como nuestros maestros de la Convención, desconfiar del poder militar". Esta evocación entusiasmó a los románticos, que no tenían más que un sueño: parecer convencionales; hasta tal punto esta Revolución de nuevos estaba gangrenada de imitaciones.

No hacían falta los arrebatos de Pyat para convencer a la Asamblea. El acto de Rossel era culpable a los ojos de los menos clarividentes. Su detención fue decretada casi por unanimidad -menos dos votos-, y la comisión de Guerra recibió orden de

llevarla a cabo, habida cuenta de las circunstancias.

A continuación se pasó al nombramiento del Comité. La minoría, un tanto tranquilizada por la presencia de Jourde en Hacienda y por la actitud de Delescluze, resolvió votar esta vez, y pidió ser incluida en la lista. Excelente ocasión para borrar las disidencias, para volver a formar el haz contra Versalles. Pero las perfidias de Pyat habían llevado a los románticos a considerar a sus colegas de la minoría como verdaderos reaccionarios. Después del discurso de Pyat se había suspendido la sesión. Poco a poco, los miembros de la minoría se encontraron solos en la sala. Descubrieron a sus colegas en una habitación inmediata, amañando una lista. Tras algunas frases violentas, volvieron a llevarlos a la Asamblea.

Un miembro de la minoría pidió que se acabase con aquellas discusiones indecorosas. Un romántico respondió pidiendo la detención de la "minoría facciosa", y el presidente Pyat entreabría ya su bolsa de hiel, cuando Malon dijo: "¡Cállese usted! Usted es el genio malo de esta Revolución. No siga extendiendo sus venenosas sospechas, atizando la discordia. ¡Es su influencia la que pierde a la Comuna!" Y Arnold, uno de los fundadores del Comité Central, exclamó: "¡Son esta gente del 48 los que volverán a perder a la Revolución!"

Pero era demasiado tarde para entablar la lucha, y la minoría iba a expiar su doctrinarismo y su torpeza. La lista de la mayoría pasó íntegra: Ranvier, Arnaud, Gambon, Delescluze, Eudes.

La Asamblea se separó a la una de la madrugada: "¡Bien los hemos embaucado! ¿Y qué me dice usted de la forma en que he llevado la cuestión?", decía a sus amigos Félix Pyat. El "honrado presidente", preocupado por entero de embaucar a sus colegas, se había olvidado de la toma del fuerte de Issy. Y aquella misma noche, veintiséis horas después de la evacuación, el Hôtel-de-Ville hacía pegar en la puerta de las alcaldías esta nota: "*Es falso que la bandera tricolor ondee sobre el fuerte de lssy. Los versalleses no lo ocupan ni lo ocuparán"*. El mentís de Pyat valía tanto como el mentís de Trochu a propósito de Bazaine.

Mientras estallaban estas tormentas en el Hotel-deVille, el Comité Central hacía venir a Rossel, le reprochaba el cartel de por la tarde y el número inusitado de ejemplares. Rossel se defendió agriamente. "Era mi deber; cuanto mayor es el peligro, más enterado debe estar el pueblo". Y sin embargo, no había hecho nada de eso al ocurrir la sorpresa de Moulin-Saquet. Después de su partida, el Comité deliberó. Alguien dijo: "Estamos perdidos como no venga una dictadura". Esta idea tenía obsesionados desde hacía varios días a algunos miembros del Comité. Se vio que habría un dictador, que ese dictador sería Rossel, y a buscarle fue una diputación compuesta de cinco miembros. Vino Rossel, reflexionó, y acabó por decir: "Es demasiado tarde. Ya no soy delegado. He presentado la dimisión". Algunos se encolerizaron; él los tranquilizó y salió. Los miembros de la comisión de Guerra, Delescluze, Tridon, Avrial, Johannard, Varlin, Arnold, le esperaban en su gabinete.

Delescluze expuso la misión que traían. Rossel dijo que la orden de detención era injusta, pero que, con todo, se sometía a ella. Describió la situación militar, las rivalidades de todo género que le habían estorbado continuamente, la debilidad de la Comuna. "Ésta -dijo- no ha sabido ni servirse del Comité Central, ni destrozarlo oportunamente. Nuestros recursos son muy insuficientes, y yo, por mi parte, estoy dispuesto a asumir todas las responsabilidades, pero a condición de ser apoyado por un poder fuerte, homogéneo. No he podido asumir ante la historia la responsabilidad de ciertas represiones necesarias, sin el asentimiento y el apoyo de la Comuna". Estuvo hablando un buen rato, con la nerviosa verbosidad que por dos veces le había permitido atraerse en el Consejo a sus adversarios más decididos. La Comisión, sobremanera impresionada por sus razones, se retiró a una sala vecina. Delescluze declaró que no podía decidirse a detener a Rossel antes de que la Comuna le hubiese oído. Sus colegas fueron de la misma opinión, y dejaron al ex delegado bajo la custodia de Avrial y de Johannard.

Fuga de Rossel y de Gérardin.

Al día siguiente llega al Hôtel-de-Ville durante la sesión de la Comuna, que ha nombrado a Delescluze delegado de Guerra por 42 votos de 46, y discute el informe de Courbet, encargado de buscar una sala de sesiones. El gran pintor propone la sala de los Mariscales, de las Tullerías; otros indican la de los Estados, el Luxemburgo, la sala de San Juan, que deja la Comuna en el Hôtel-de-Ville. Entra Johannard: "Rossel -dice- está esperando a que se le juzgue". La comisión de Guerra pide que hagan pasar a Rossel. "Debemos juzgarle sin oírle en nuestra barra", dice Paschal Grousset, Arnold: "Si bien es verdad que ha faltado a lo que debía a la Comuna, no ha cometido ningún acto de traición". Félix Pyat: "Si la Comuna no reprime la insolencia de esa carta, se suicida". Dupont: "No se escuchó a Cluseret; ¿por qué ha de oírse a Rossel?" Veintiséis votos contra dieciséis se niegan a oírle. ¿Quién ha de juzgarle? El tribunal militar, decide la Asamblea por 34 votos contra 2, y 7 abstenciones. ¿Adónde han de mandarlos? ¡A Mazas, como él mismo ha pedido!

La Asamblea escuchaba distraídamente a uno de sus miembros, Allix, detenido por sus extravagancias, cuando llega Avrial a decir que Rossel y Gérardin han desaparecido.

Ch. Gérardin, amigo de Rossel, viendo el cariz que tomaba el debate, había abandonado la Asamblea, saliendo al vestíbulo. "¿Qué ha decidido

la Comuna?", le pregunta Avrial. "Nada, todavía -responde Gérardin y, viendo sobre una mesa el revólver de Avrial, dice a Rossel-: Su guardián de usted cumple escrupulosamente con su deber". "No creo -replicó vivamente Rossel- que esa precaución me concierna. Además, ciudadano Avríal, le *doy* mi *palabra de honor de soldado* de que no trataré de evadirme".

Avrial, rendido por su largo servicio de vigilancia, había pedido que le relevasen. Creyó que podría aprovechar la presencia de Gérardin y, dejando bajo la custodia de éste al preso, se dirigió a la Asamblea. Cuando volvió, Rossel y su guardián habían desaparecido. El ambicioso joven se había escabullido, a pesar de su palabra, de aquella Revolución en la que se había extraviado atolondradamente.

Ni que decir tiene que Pyat asaeteó de adjetivos al fugitivo. El nuevo Comité redactó una proclama desesperada; precisamente acababan de revelarle las nuevas conspiraciones: "*La traición se había deslizado en nuestras filas. El abandono del fuerte de 1ssy anunciado en un cartel impío por el miserable que lo ha entregado, no era más que el primer acto del drama. Debía seguirle una insurrección monárquica en el interior, coincidiendo con la entrega de una de nuestras puertas. Todos los hilos de la tenebrosa trama están actualmente en nuestras manos. La mayor parte de los culpables han sido detenidos. ¡Que todos los ojos estén abiertos, que todos los brazos estén dispuestos a golpear a los traidores!"*

Era melodrama, cuando lo que hacía falta era la mayor sangre fría. Y el Comité de Salud Pública se jactaba extrañamente cuando pretendía haber detenido a la mayor parte de los culpables y tener en sus manos "todos los hilos de la trama tenebrosa".

Capítulo XXIV. Las conspiraciones contra la Comuna.

La Comuna había hecho nacer toda una industria de tejedores de tramas tenebrosas, agentes que hacían comercio de entregar puertas, corredores de conspiraciones. Vulgares tramposos, Cadoudals del arroyo, a quienes una sombra de policía hubiera dispersado, no contaron con más fuerza que la debilidad de la prefectura y la negligencia de las delegaciones. Publicaron mucho, declararon copiosamente unos contra otros, y, gracias a informes particulares -gracias, también, al destierro, que es un gran descubridor-, podemos penetrar sus mañas.

Desde el 1 de abril explotaron a todos los ministerios de Versalles ofreciendo entregar las puertas o apoderarse de los miembros de la Comuna. Poco a poco se les fue clasificando. El coronel de estado mayor Corbin se encargó de organizar a los guardias nacionales del orden que quedaban en París. El comandante de un batallón reaccionario, Charpentier, antiguo oficial instructor de Saint-Cyr, se ofreció, se hizo admitir, y presentó a algunos compadres, Durouchoux, negociante de vinos, Dernay, Gallimard. Se les dieron instrucciones para que reclutasen batallones clandestinos, que ocuparían los puntos estratégicos del interior el día en que el ataque general atrajese a todos los federados a las fortificaciones. Un teniente de navío, Domalain, coronel de la legión bretona, ofrecía en ese momento sorprender Montmartre, el Hôtel-de-Ville, la plaza Vendôme, la Intendencia, con algunos millares de voluntarios que pretendía tener en su mano. Se fusionó con Charpentier.

Estos guerreros tenebrosos se agitaron mucho, agruparon una cantidad asombrosa de gente alrededor de los *bocks* oficiales, y anunciaron en seguida que contaban con 6.000 hombres y 150 artilleros provistos de herramientas para clavar cañones. Todos estos bravos sólo aguardaban una señal; pero hacía falta dinero para saciar su celo, y Charpentier y Domalain, por mediación de Durouchoux, le sacaban al Tesoro centenares de miles de francos.

A fines de abril tuvieron un temible competidor, Le Mere de Beaufond, antiguo oficial de marina y gobernador interino de Cayena. En lugar de reclutar burgueses, idea que tachaba de ridícula, proponía paralizar la resistencia valiéndose de agentes hábiles que provocarían defecciones y desorganizarían los servicios. Su plan, absolutamente conforme con las ideas de Thiers, fue bien acogido, y Beaufond recibió encargo de llevarlo a cabo. Agregó a sí dos hombres resueltos, Laroque, empleado en el Banco, y Lasnier, antiguo oficial de la legión Schoelcher.

El gobierno tenía, además, otros sabuesos: Aronsohnn, coronel de un cuerpo franco durante la guerra, degradado por sus hombres, y que había negociado con el Comité Central la liberación de Chanzy; Franzini, más tarde entregado por el gobierno de Inglaterra, en virtud de extradición, como estafador; Barral de Montaud, que se presentó sin rodeos a la comisión de Guerra y se hizo nombrar, por su aplomo; jefe de la 7ª legión; el abate Cellini, pater de no se sabe qué flota, asistido de varios curas y patrocinado por Jules Simon. Por último, los conspiradores por resentimiento, los grandes generales desdeñados por la Revolución: Lullier, Du Bisson, Ganier d'Abin, Estos honrados republicanos no podían tolerar que la Comuna perdiese a la República. Si aceptaban dinero de Versalles era únicamente por salvar a París y al partido republicano de los hombres del Hôtel-de-Ville. Ellos querían derribar a la Comuna, pero hacer traición... ¡Oh, no, eso no!

Un tal Briére de Saint-Lagier redactaba informes de conjunto, y el secretario de Thiers, Troncin-Dumersan, condenado tres años más tarde por estafa, iba y venía de París a Versalles, llevaba la paga,

vigilaba los hilos de estas conspiraciones, desconocidas frecuentemente unas de otras.

De aquí los continuos roces. Los conspiradores se denunciaban mutuamente. Briere de Saint-Lagier escribía: "*Ruego al Sr. Ministro del Interior que haga vigilar al Sr. Le Mere de Beaufond. Tengo vehementes sospechas de que es un bonapartista. El dinero que ha recibido ha servido, en gran parte, para pagar sus deudas.* Otro informe, en cambio, decía: *Los señores Domalain, Charpentier y Briere de Saint-Lagier me son sospechosos. Van frecuentemente a casa de Peters y, en lugar de ocuparse de la gran causa de la liberación, imitan a Pantagruel. Pasan por ser orleanistas".*

El más activo de todos, De Beaufond, consiguió crearse relaciones en el estado mayor del coronel Henry Prodhomme, en la escuela militar mandada por Vinot, en Guerra, donde el jefe de artillería, Guyet, se dedicaba a hacer chanchullos a cuenta de las municiones. Sus agentes Lasnier y Laroque manejaban a un tal Muley que, sorprendiendo el apoyo del Comité Central, se había hecho nombrar jefe de la 17ª legión, a la que inmovilizaba en parte. Un oficial de artillería puesto a su disposición por el ministerio, el capitán Piguier, trazaba el plano de las barricadas, y uno de los suyos, Basset, escribía el 8 de mayo: "*No hay explosivos dispuestos; el ejército podrá entrar al son de charangas. Hay un espantoso desorden en los diferentes servicios".* Tan pronto hacían creer a los ex oficiales de la guardia nacional que el Comité Central o la Comuna los habían condenado a muerte y les distribuían en regimientos, como les extraían mañosamente informaciones. Varios de ellos ocupaban puestos oficiales. Ante el tribunal prebostal a que fue conducido, Ulysse Parent, antiguo miembro de la Comuna, presenció esta escena: "Dos o tres acusados sobre los cuales pesaban graves cargos -uno había sido comisario de policía; otro, director de un depósito de municiones en el barrio de Reuilly-, después de escuchar tranquilamente el informe formulado en contra suya, sacaron no menos tranquilamente un papel de su bolsillo y se lo entregaron a los oficiales, deslizándoles algunas palabras al oído, retirándose en libertad inmediatamente después".

La imprudencia de algunos empleados de la Comuna favorecía la labor de los espías. Oficiales de estado mayor, jefes de servicio, por darse importancia, se expresaban en voz alta en los cafés de los bulevares, llenos de espías varones y hembras. Cournet, que sustituyó a Rigault en la prefectura, aunque con más fachenda, no hacía mucho más que Rigault por la seguridad general. Lullier, detenido dos veces, evadiéndose siempre, hablaba a todo el mundo de barrer la Comuna. Troncin-Dumersan, conocido desde hacía veinte años como instrumento policíaco del ministerio del Interior, pasaba revista a su gente en los bulevares. Los contratistas encargados de fortificar a Montmartre encontraban todos los días nuevos pretextos para aplazar la apertura de los trabajos. La iglesia de Bréa seguía intacta. El subencargado de la demolición del monumento expiatorio supo prolongar el asunto hasta la entrada de las tropas. Sólo la casualidad descubrió el complot de los brazaletes, y fue la fidelidad de Dombrowski la que descubrió los manejos de Vaysset.

El espía Vaysset.

Este agente de negocios había ido a Versalles a proponer al ministro una operación de aprovisionamiento. Despedido, sacó de su cartera otro negocio y ofreció al almirante Saisset, tan chiflado siempre, comprar a Dombrowski, a quien no había visto en su vida. Montó su empresa como una sociedad comercial, reunió asociados, 20.000 francos para gastos, y se puso al habla con un edecán de Dombrowski, Hutzinger. Vaysset le dijo que Versalles daría un millón a Dombrowski, si el general consentía en entregar las puertas que mandaba. Dombrowski dio inmediatamente cuenta del caso al Comité de Salud Pública, y le propuso que se dejara entrar a uno o dos cuerpos de ejército de Versalles, a los que se aplastaría con batallones de federados convenientemente apostados. El Comité no quiso correr esta aventura, pero ordenó a Dombrowski que siguiese adelante las negociaciones. Hutzinger acompañó a Vaysset a Versalles, vio a Saisset, que se ofreció como rehén, en garantía de la ejecución de las promesas hechas a Dombrowski El almirante debía dirigirse en secreto, cierta noche, a la plaza Vendôme, y el Comité de Salud Pública, previamente advertido, se disponía a detenerles, cuando Barthélemy Saint-Hilaire le hizo desistir de esta nueva torpeza. La prefectura de policía, que, ignorando la diplomacia del Comité, seguía de cerca a Vaysset, estuvo a punto de detenerle, y el 10 detuvo a su mujer y a su asociado Guttin. Vaysset, que se había retirado a Saint-Denis, continuó sus negociaciones con Hutzinger.[59]

El fracaso de esta conspiración hizo desistir a Thiers de la esperanza de una sorpresa, su manía de los primeros días de mayo. Basándose en la palabra de un portero que se comprometía a hacer abrir la

[59] Después de la muerte de su jefe, la sociedad Vaysset reclamó a Barthélerny Saint-Hilaire unos 39.000 francos. El almirante Saisset apoyó la reclamación, y fue entregada una cantidad de 15.000 francos. La sociedad insistió para que le pagasen el resto con los fondos tomados a los federados; trató incluso de hacer un chantaje al almirante, que acabó por mandarla a paseo. Perdida toda esperanza, la sociedad publicó en 1873, con el nombre de la viuda de Vaysset, un folleto lleno de falsedades, para justificar su reclamación, folleto adoptado por los figaristas contra todos los hechos y documentos. Hutzinger protestó, comenzó incluso un folleto de refutación, después se hizo confidente y, descubierto, abandonó Londres, Bruselas.

puerta Dauphine por su amigo Laporte, jefe de la 16ª legión, Thiers proyectó una expedición, a pesar de la repugnancia de Mac-Mahon y de los oficiales que estaban por el asalto. "Valía más apoderarse a viva fuerza de la ciudad -decía el apostólico de Mun- capitán de coraceros, amigo de los buenos trabajadores; el derecho se manifiesta de una manera indiscutible". El derecho a la matanza; y bien lo probó. A las órdenes del general Thiers, el ejército activo y una parte de la reserva fueron puestos en pie la noche del 3 de mayo, y el presidente fue a acostarse a Sevres. A media noche, las tropas estaban apiñadas en el Bois de Boulogne, delante del lago inferior, con la vista fija en las puertas. Estas debían ser franqueadas por una compañía reaccionaria que se había formado en Passy a las órdenes de Wéry, teniente del 38, provisto de poderes por su antiguo comandante Lavigne. Lo que ocurrió fue que los conspiradores no se habían dignado avisar a Lavigne. Como la compañía no había recibido órdenes de su jefe superior, temió que se tratase de una trampa y se negó a llevar a cabo el servicio. El puesto federado no fue relevado. Al amanecer, después de haberse aterido durante varias horas, las tropas volvieron a sus acantonamientos. Dos días después, Laporte fue detenido; pero encontró modo de hacer que le pusieran en libertad.

Beaufond se encargó de llevar adelante el asunto, y prometió también la entrega de las puertas de Auteuil y Dauphine para la noche del 12 al 13. Thiers se dejó atrapar otra vez, y envió todo un material de escalo. Varios destacamentos fueron dirigidos hacia el Pointdu-Jour, y el ejército se mantuvo dispuesto a seguirlos. A última hora fracasaron las profundas combinaciones de los conspiradores y, lo mismo que el día 3, el ejército se volvió sin laureles. De esta intentona tuvo conocimiento el Comité de Salud Pública, que nada había sabido de la primera.

Lasnier fue detenido al día siguiente. El Comité acababa de echar mano a los brazaletes tricolores que los guardias nacionales del orden debían ostentar a la entrada del ejército. La señora Legros, que los fabricaba, se descuidaba en el pago de sus obreras. Una de éstas, creyendo trabajar por cuenta de la Comuna, fue a reclamar su salario al Hôtel-de-Ville. Los registros realizados en casa de la Legros pusieron sobre la pista de Beaufond y de sus cómplices. Beaufond y Laroque se escondieron. Troncin-Dumersan volvió a Versalles, Charpentier quedó dueño del terreno. Corbin le daba prisa para que organizase a sus hombres en decenas, en centenas, y le trazaba un plan para apoderarse del Hôtel-de-Ville en cuanto entrasen las tropas. Charpentier, imperturbable, le hablaba todos los días de nuevas conquistas, hablaba de 20.000 reclutas, pedía dinamita para hacer saltar las casas, y absorbía pantagruélicamente las considerables sumas que le transmitía Durouchoux.

Además de estas grandes agencias oficiales, había una nebulosa de traidorzuelos. Ante los consejos de guerra se vanaglorió de no haber servido a la Comuna más que para traicionarla una multitud de individuos, oficiales superiores, jefes de servicios particulares. Alegaban que los servicios prestados no era para ellos más que un medio de defensa.

Todos los conspiradores reunidos, en suma, no pudieron entregar una puerta, pero ayudaron a desorganizar los servicios. Uno de ellos, el comandante Jerriait, pareció incluso que reclamase para sí el honor de la explosión de la avenida Rapp. Es preciso, sin embargo, leer con reservas los informes de toda esa gente, abultados a menudo con sucesos imaginarios para justificar el empleo de los centenares de miles de francos y de las cruces que se embolsaron.

Capítulo XXV. La política de Thiers con las provincias. La traición de la izquierda.

Con el cañón y la política es como hemos tomado París.

Thiers. Encuesta sobre el 18 *de marzo.*

Un gran discurso del presidente del Consejo ha sido aplaudido por la extrema izquierda.

Dufaure al procurador general de Aix.

¿Quién es el máximo conspirador contra París? La izquierda versallesa.

¿Qué le queda a Thiers el 19 de marzo para gobernar a Francia?

No cuenta con ejército, ni con cañones, ni con grandes ciudades. Éstas tienen fusiles, sus obreros se agitan. Si la pequeña burguesía que hace aceptar a las provincias las revoluciones de la capital llega a haber seguido el movimiento, imita a su hermana de París, Thiers no hubiera podido oponerle un verdadero regimiento. Verdad es que Bismarck se había ofrecido a sustituirle, pero eso hubiera sido el final de todo. Para subsistir, para contener a las provincias, para impedir que no dejen salir los cañones que han de reducir París, ¿cuáles son los únicos recursos del jefe de la burguesía? Una palabra y un puñado de hombres. La palabra: República; los hombres: los jefes tradicionales del partido republicano.

Si los toscos rurales ladran al simple nombre de República y se niegan a insertarlo en sus proclamas, Thiers, mucho más astuto, se llena la boca con ella y, falseando los votos de la Asamblea,[60] la da como consigna. A las primeras sublevaciones, todos estos funcionarios de provincias reciben la misma fórmula: Nosotros defendemos a la República contra los

[60] El 23, Picard telegrafía al procurador general de Aix: "La República ha sido afirmada de nuevo en una proclama de la Asamblea". La proclama que la Asamblea se negó a terminar con el grito de: "¡Viva la República!"

facciosos.

Esto ya era algo. Pero los votos rurales, el pasado de Thiers, se daban de cachetes con estas protestas republicanas, y tampoco los antiguos héroes de la Defensa ofrecían una garantía suficiente. Thiers se daba cuenta de ello, e invocó a los puros de entre los puros, a los galoneados, que el destierro nos había devuelto. Su prestigio se hallaba intacto aún a los ojos de los demócratas de provincias. Thiers los cogió en los pasillos, les dijo que tenían en sus manos la suerte de la República, halagó su vanidad senil, los conquistó tan bien que hizo de ellos un escudo y pudo telegrafiar que habían aplaudido los horribles discursos del 21 de marzo. Cuando los republicanos de la pequeña burguesía provinciana vieron al famoso Louis Blanc, al intrépido Schoelcher y a los más célebres veteranos radicales insultar al Comité Central, como no recibían de París programas ni emisarios capaces de construir una argumentación, se hicieron a un lado, como ya hemos visto, y dejaron que se extinguiese la llama encendida por los obreros.

Movimientos en provincias.

El cañón del día 3 los despertó un tanto. El 5, el Consejo Municipal de Lille, compuesto de notabilidades republicanas, habló de conciliación, pidió a Thiers que afirmase la República. Otro tanto hizo el de Lyon. Saint-Ouen envió delegados a Versalles. Troyes declaró que "estaba en alma y vida con los heroicos ciudadanos que combatían por sus convicciones republicanas". Màcon instó al Gobierno y a la Asamblea para que pusieran fin a la lucha reconociendo las instituciones republicanas. Drôme, Var, Vaucluse, Ardeche, Loire, Savoie, Hérault, Gers, Pyrénées-Orientales, veinte departamentos hicieron parecidas peticiones. Los trabajadores de Rouen declararon que se adherían a la Comuna; los obreros del Havre, rechazados por los republicanos burgueses, constituyeron un grupo que simpatizaba con París. El 16, en Grenoble, seiscientos hombres, mujeres y niños, fueron a la estación a impedir la salida de tropas y municiones para Versalles. El 18, en Nimes, una manifestación, con la bandera roja en cabeza, recorrió la ciudad gritando: "¡Viva la Comuna! ¡Viva París! ¡Abajo Versalles!" El 16, el 17 y el 18, en Burdeos, fueron encarcelados algunos agentes de policía, golpeados varios oficiales, apedreado el cuartel de infantería, y se gritó: "¡Viva París! ¡Muera los traidores!" El movimiento se extendió a las clases agrícolas. En Sancoin (Cher), en La Charité-sur-Loire, en Pouilly (Nièvre) pasearon la bandera roja guardias nacionales armados. Siguió Cosne el 18, Fleury-sur-Loire el 19. La bandera roja flotó permanentemente en Ariege: en Foix detuvieron los cañones; en Varilhes se trató de hacer descarrilar los vagones de municiones; en Périgueux, los obreros de la estación se incautaron de las ametralladoras.

El día 15 se presentaron a Thiers cinco delegados del Consejo Municipal de Lyon. Protestó aquél de su devoción a la República, juró que la Asamblea no se transformaría en Constituyente. Si tomaba sus funcionarios fuera de las filas republicanas, era para contentar a todos los partidos, en interés de la propia República. La defendía contra los hombres del Hôtel-de-Ville, sus peores enemigos, decía. Los delegados podían cerciorarse de ello en el mismo París; él estaba dispuesto a concederles salvoconductos. Además, si Lyon se permitía moverse, allí estaban 30.000 hombres dispuestos a reducirlo a la obediencia. Gran mentira que confesó cuatro años más tarde en Burdeos. Las demás diputaciones hubieron de oír el mismo discurso, pronunciado con expresión bonachona, con una abundancia de familiaridad que ganaba a los provincianos.

Traición de la izquierda.

Desde la presidencia pasaban a ver a las lumbreras de la extrema izquierda, Louis Blanc, Schoelcher, Edmorid Adam y otros célebres demócratas que estampillaban la palabra de Thiers. Estos doctores estaban dispuestos a admitir que la causa de París era justa en principio, pero la declaraban mal enfocada, comprometida en un combate criminal. Como les faltaba el valor necesario para decir con el Proudhon del 48: "hay que matar al hijo para salvar a la madre", deshonraban al hijo. Louis Blanc, que toda su vida había aullado contra la sociedad -del modo más inocente, por lo demás-, estaba ahora de uñas contra los comunalistas que le habían condenado a muerte, según aseguraba. Decía a los delegados: "¿Con quién se puede tratar en París? La gente que allí se disputan el poder son unos fanáticos, imbéciles o malvados, sin hablar de las intrigas bonapartistas o prusianas". Y toda su gente se engallaba: "¿Es que no estaríamos nosotros en París, si París estuviese en lo justo?" La mayor parte de los delegados de provincias, abogados, doctores, negociantes, educados en el respeto a las glorias, oían hablar a los jóvenes como pontífices, se volvían a sus casas, y, lo mismo que la izquierda les había predicado a ellos, predicaban que era preciso seguirla para salvar a la República. Muy pocos llegaban hasta París. Testigos de las divisiones del Hôtel-de-Ville, recibidos por hombres que no eran capaces de formular sus ideas, amenazados por Félix Pyat en "Le Vengeur", por otros en la Comuna, se volvían convencidos de que no se sacaría nada en limpio de aquel desorden. Cuando volvían a pasar por Versalles, los diputados de la izquierda triunfaban: "¿Eh? ¿Qué os decíamos nosotros?" Hasta Martin-Bernard, el antiguo mártir y ferviente de Barbès, daba a sus electores la coz del asno.

Muchos, en París, no podían creer en una traición tan completa por parte de la izquierda, y seguían conjurándola: "*¿Qué hacen ustedes en Versalles,*

cuando Versalles bombardea a París? -decía una proclama de fines de abril-. *¿Qué pueden hacer ahí en medio de sus colegas que asesinan a sus electores? Si persisten en permanecer en medio de los enemigos de París, por lo menos no se hagan cómplices suyos con el silencio. ¡Cómo! ¿Dejan ustedes a Thiers que escriba a los departamentos:* LOS INSURRECTOS DESALOJAN LAS PRINCIPALES CASAS DE PARÍS PARA PONER A LA VENTA EL MOBILIARIO, *y no suben ustedes a la tribuna para protestar? ¡Cómo! ¿Toda la prensa bonapartista y rural puede inundar los departamentos de artículos infames en los que se afirma que en París se mata, se viola, se roba, y ustedes se callan? ¡Cómo! ¿Thiers puede afirmar que sus gendarmes no asesinan a los prisioneros, ustedes no pueden ignorar esas atroces ejecuciones, y se callan? Suban a la tribuna, digan la verdad a los departamentos, esa verdad que los enemigos de la Comuna les ocultan con tanto cuidado. ¡Nuestros enemigos son los suyos!"*

Inútil llamamiento, que la cobardía de la izquierda supo desviar. Louis Blanc tartufeó: ¡Oh, guerra civil! ¡Lucha espantosa! ¡Ruge el cañón! ¡Se mata, se muere, y los que en la Asamblea darían gustosamente su vida por ver resuelto de una manera pacífica este problema sangriento, están condenados al suplicio de no poder realizar un acto, lanzar un grito, decir una palabra! Desde el nacimiento de las Asambleas francesas no se dio un banco de izquierda tan ignominioso. Los golpes, los insultos con que se abrumaba a los prisioneros no lograron arrancar una protesta a aquellos diputados parisienses. Sólo uno, Tolain, pidió explicaciones acerca del asesinato de la Bellé-Epine.

Sus calumnias pudieron ahogar la acción, pero no las angustias de las provincias. Los obreros de Francia estaban de todo corazón con París. Los empleados de las estaciones arengaban a su paso a los soldados, les conjuraban a que no hiciesen uso de sus armas; los carteles oficiales eran arrancados. Los centros enviaban sus proclamas a centenares. Todos los periódicos republicanos predicaban la conciliación. La agitación se hacía crónica. Thiers lanzó a Dufaure, el Chapelier de la burguesía moderna, uno de los más odiosos ejecutores de sus bajas acciones. El 23 de abril pidió a sus procuradores que persiguiesen a los escritores que defendiesen a la Comuna, "esa dictadura usurpada por extranjeros y criminales que señala su reinado con el robo con violencia, nocturnidad y a mano armada en casa de los particulares", que no hiciesen caso "de los conciliadores que suplicaban a la Asamblea que tendiese su noble mano a la mano ensangrentada de sus enemigos". Versalles esperaba así sembrar el terror en el momento en que iban a celebrarse las elecciones municipales, que tuvieron lugar el 30 de abril, en virtud de la nueva ley.

Las elecciones fueron republicanas. Las provincias que se habían alzado contra París en junio del 48 y en las elecciones del 49, no querían más que combatir a la Asamblea del 71. En Rochefort, un gran número de boletines decía: "¡Viva la Comuna!" En Thiers, el pueblo ocupó el ayuntamiento, enarboló la bandera roja y se apoderó de los telégrafos. Hubo algaradas en Souppes, Nernours, Château-Landon, en el distrito de Fontainebleau. En Villeneuve-sur-Yonne, en Dordives los Comunalistas plantaron ante la alcaldía un árbol de la libertad con la bandera roja. En Montargis pegaron carteles con el llamamiento de la Comuna a los campos, y obligaron a un abogado que había querido destruir el cartel a pedir perdón de rodillas. En Coulommiers, la gente formó una manifestación a los gritos de: "¡Viva la República! ¡Viva la Comuna!"

Insurrección en Lyon.

Lyon se sublevó. La bandera tricolor reinaba allí desde el 24 de marzo, salvo en la Guillotiere, donde el pueblo mantenía la suya. El Consejo Municipal, de vuelta de París, había pedido el reconocimiento de los derechos de París, la elección de una Constituyente, y nombró a Bourras, oficial de franco-tiradores, comandante de la guardia nacional. Mientras multiplicaba proclamas y gestiones cerca de Thiers, la guardia nacional lyonesa volvía a agitarse. Presentaba un programa al Consejo Municipal, que éste se negaba a aceptar oficialmente. El fracaso de los delegados enviados a Versalles aumentó la irritación. Al anuncio de las elecciones comunales, el elemento revolucionario sostuvo que la ley municipal era nula, ya que la Asamblea no tenía los derechos de una Constituyente. Dos delegados de París instaron a Hénon a que aplazase las elecciones. Uno de los actores de la refriega del 28 de setiembre, Gaspard Blanc, volvió a aparecer en escena. La izquierda, con su rebusca del bonapartista, triunfó con la presencia de este personaje, que no era más que un atolondrado y que sólo en el destierro vistió la librea imperial. El 27, en Brotteaux, en una magna reunión pública, se decidió la abstención, y el 29, en la Guillotiere, oponerse al voto.

El 30, a las seis de la mañana, suena el toque de llamada en la Guillotiere, Los guardias nacionales se apoderan de la urna y ponen vigilantes a la entrada de la sala. En los muros se lee esta proclama: "*La ciudad lyonesa no puede consentir por más tiempo que se asesine a su hermana, la heroica ciudad de París. Los revolucionarios lyoneses, de acuerdo todos, han nombrado una comisión provisional. Sus miembros están resueltos, antes que verse arrebatar la victoria, a hacer no más que un montón de ruinas de una ciudad suficientemente cobarde para dejar que se asesine a París y a la República".* La plaza de la alcaldía se llenó de una multitud exaltada. El alcalde Crestin y su adjunto, que querían intervenir,

no fueron escuchados; una comisión revolucionaria se instala en la alcaldía.

Bourras envía a los comandantes de la Guillotiere orden de que reúnan sus batallones. Se alinean, hacia las dos, en el paseo de Brosses. Un gran número de guardias reprueba esta formación; ninguno quiere ser soldado de Versalles. La multitud los rodea y acaban por romper filas. Un centenar de ellos, conducidos por su capitán, van a la alcaldía a enarbolar su guión rojo. Van a buscar al alcalde, a quien la comisión quiere unir al movimiento. El alcalde se niega, como se negó el 22 de marzo. De pronto retumba el cañón.

Hénon y el Consejo Municipal hubieran querido que se contemporizase, como el mes pasado. El prefecto Valentín y Crouzat pensaban en d'Espivent. A las cinco desemboca por el puente de la Guillotiere el 38 de línea. La multitud se mete por las filas de los soldados, conjura a éstos a que no disparen. Los oficiales se ven obligados a volver a sus hombres a los cuarteles. Mientras tanto, la Guillotiere se fortifica. Una gran barricada que va desde los almacenes Nouveau-Monde hasta el ángulo de la alcaldía cierra la Grande-Rue; otra se alza a la entrada de la calle Trois-Rois y una tercera al nivel de la calle Chabrol.

A las seis y media sale de su cuartel el 38, encuadrado esta vez por un batallón de cazadores. A la cabeza marchan Valentin, Crouzat y el procurador de la República, Andrieux, encarcelado durante el Imperio por sus discursos descabellados, libertado por el pueblo el 4 de setiembre, y que había entrado en la magistratura gracias al favor de Gambetta. Intima a rendirse a sus antiguos camaradas; le responden varios disparos, y es herido el prefecto. La caballería despeja el paseo de Brosses y la plaza del ayuntamiento; dos piezas de cañón abren fuego contra el edificio. Vuelan hechas astillas las puertas; los ocupantes abandonan el edificio. La tropa entra en él, después de matar a los centinelas, que quisieron montar guardia hasta el último momento. Se dice que varios sublevados, sorprendidos dentro, fueron muertos a tiros de revólver por un oficial versallés.

Continúa la lucha en las calles vecinas durante parte de la noche. Los soldados, engañados por la oscuridad, dieron muerte a varios de sus mismos hombres. Las pérdidas de los comunistas fueron muy escasas. A las tres de la mañana cesó todo.

En la Croix-Rousse, algunos ciudadanos habían invadido la alcaldía y roto las urnas; el fracaso de la Guillotière puso fin a su resistencia.

Los versalleses aprovecharon la victoria para desarmar a los batallones de la Guillotière: pero la población no quiso unirse a los vencedores. Durante la jornada fueron elegidos algunos monárquicos. Se vieron obligados a someterse a un segundo escrutinio, ya que todo el mundo consideraba nulas las elecciones del 30. Ninguno de ellos fue reelegido. La agitación en favor de París continuó.

Se *intenta celebrar un Congreso.*

Estos consejos republicanos recién elegidos podían hacer fuerza a Versalles. La prensa avanzada les alentaba. “La Tribune” de Burdeos propuso un congreso de todas las ciudades de Francia para acabar con la guerra civil, asegurar las franquicias municipales y consolidar la República. El Consejo Municipal de Lyon tenía un programa idéntico, e invitó a todas las municipalidades a enviar delegados a Lyon. El 4 de mayo, los delegados de los consejos de las principales ciudades del Hérault se reunieron en Montpellier. “La Liberté de l'Hérault”, en un caluroso llamamiento reproducido por cincuenta periódicos, convocó a un congreso a la prensa departamental. Una acción común iba a sustituir a la agitación incoherente de las últimas semanas. Si las provincias llegaban a percatarse de su fuerza, del momento, de sus necesidades, si conseguían encontrar un grupo de hombres que estuviese a la altura de la situación, Versalles, aprisionado entre París y los departamentos, tendría que capitular ante la Francia republicana. Thiers advirtió el peligro, y dando una prueba de audacia prohibió enérgicamente los congresos. “El gobierno traicionaría a la Asamblea, a Francia, a la civilización -dijo “L’Officiel” del 8 de mayo- si dejase constituirse junto al poder regular salido del sufragio universal los organismos del comunismo y de la rebelión”. Picard, en la tribuna, hablando de los instigadores del Congreso, dijo: “Jamás hubo tentativa más criminal que la suya. El derecho no existe fuera de la Asamblea”. Los procuradores generales, los prefectos, recibieron orden de impedir todas las reuniones y de detener a los consejeros municipales que se dirigiesen a Burdeos. Varios miembros de la Liga de los Derechos de París fueron detenidos en Tours, en Biarritz. No hacía falta más para asustar a los radicales.

Los organizadores del congreso de Burdeos se replegaron. Los de Lyon escribieron a Versalles que ellos no pretendían otra cosa que convocar una especie de asamblea de notables. Thiers, que había conseguido su objeto, no se dignó perseguirlos, permitió a los delegados de dieciséis departamentos que expusieran su sentimiento por lo ocurrido y declarasen seriamente que hacían responsable de ello a “aquel de los combatientes que rechazase sus condiciones”.

La pequeña burguesía pierde la partida.

Así, la pequeña burguesía de provincias perdió una ocasión rarísima de recuperar su gran papel de 1792. Del 19 de marzo al 5 de abril abandonó a los trabajadores, en lugar de secundar su esfuerzo, de salvar y continuar con ellos la Revolución. Cuando quiso hablar, estaba sola, servía de juguete e irrisión

a sus enemigos.

El 10 de mayo, Thiers dominaba por completo la situación. Echando mano de todo, de la corrupción, del patriotismo, mentiroso en sus telegramas, haciendo mentir a los periódicos, bonachón o altanero, según las diputaciones, lanzando tan pronto a sus gendarmes como a sus diputados de la izquierda, había llegado a descartar todos los intentos de conciliación. Acababa de ser firmado en Frankfurt el tratado de paz, y, libre por este lado, desembarazado de las provincias, se quedó a solas con París.

Ya era tiempo. Cinco semanas de sitio habían agotado la paciencia de los rurales. Renacían las sospechas de los primeros días, acusaban al pequeño burgués de prolongar las cosas por favorecer a París. Justamente la Unión de Sindicatos acababa de publicar el informe de una nueva entrevista en la que Thiers parecía haberse mostrado más débil. Un diputado de la derecha se lanza a la tribuna y acusa a Thiers de diferir la entrada. El responde, ceñudo: "Cuando nuestro ejército abre trincheras a 600 metros de París, eso no significa que no queramos entrar". Al día siguiente, la derecha vuelve a la carga. ¿Es cierto que Thiers ha dicho al alcalde de Burdeos que "si los insurgentes querían interrumpir las hostilidades, se dejarían las puertas abiertas durante una semana a todos, excepto a los asesinos de los generales?" ¿Es que el gobierno pretendería sustraer algunos parisienses a los garfios de la Asamblea? Thiers lloriquea: "Escogen ustedes el día en que se me declara proscrito y en que ha sido demolida mi casa. Eso es una indignidad. Estoy obligado a ordenar actos terribles, los ordeno... Necesito un voto de confianza". Acosado, opone su ceño a los gruñidos de la derecha. "Digo que hay entre ustedes imprudentes que tienen demasiada impaciencia. Necesitamos ocho días más. Al cabo de esos ocho días ya no habrá peligro y la tarea será proporcionada a su valor y a la capacidad de esos impacientes".

Capítulo XXVI. Impotencia del segundo Comité de Salud Pública. Son evacuados el fuerte de Vanves y el pueblo de Issy. El manifiesto de la minoría. La explosión de la Avenida Rapp. Cae derribada la columna Vendôme.

El 10, al advenimiento del nuevo Comité de Salud Pública, la situación militar de la Comuna no había cambiado desde Saint-Ouen a Neuilly, donde se disparaba sin tregua; pero donde se agravaba era a partir de La Muette. La batería de Montretout, la de Meudon, el monte Valérien, cubrían Passy de obuses y abrían hondas brechas en las fortificaciones. Las trincheras de los versalleses se extendían desde Boulogne hasta el Sena. Sus tiradores rodeaban de cerca el pueblo de Issy y ocupaban las trincheras entre este fuerte y el de Vanves, que trataban de dejar aislado de Montrouge. La incuria de la defensa seguía siendo la misma. Las fortificaciones, desde La Muette hasta la puerta de Vanves, estaban armadas apenas; las cañoneras eran casi las únicas que sostenían el fuego de Meudon, de Clamart, del Val-Fleury.

El primer acto del nuevo Comité fue ordenar la demolición de la casa de Thiers, sugerida por Arthur Arnould. Esta ligereza valió al bombardeador un palacete, cuya construcción votó al día siguiente la Asamblea rural. En seguida, el Comité lanzó su proclama: *La traición se había deslizado...*

Delescluze redactó otra, por su parte. Se arrastraba, jadeaba, podía decir perfectamente: "Si sólo hubiese atendido a mis fuerzas, hubiera declinado esta función. La situación es grave... pero cuando considero el sublime porvenir que ha de abrirse para nuestros hijos, aun cuando no nos fuese dado recoger lo que hemos sembrado seguiría saludando con entusiasmo la revolución del 18 de marzo".

Al entrar en el ministerio se encontró con el Comité Central, que también elaboraba una proclama: "*El Comité Central declara que tiene el deber de no dejar sucumbir esta revolución del 18 de marzo, que él ha hecho tan bella... Quebrantará implacablemente todas las resistencias... Pretende poner fin a los desacuerdos, vencer las malas voluntades, hacer cesar las rivalidades, la ignorancia y la incapacidad".* Esto era hablar más alto que la Comuna y jactarse más allá de lo que hubiera sido justo.

Pérdida del fuerte de Vanves.

La primera noche hubo que reparar un desastre. El fuerte de Vanves, sobre el que se concentraban todos los fuegos dirigidos antes contra el de Issy, había llegado a ser punto menos que indefendible, y su comandante lo había evacuado. Wroblewski tornó el mando de manos de La Cécilia, enfermo, y en la noche del 10 al 11 acudió a la cabeza de los batallones 187 y 105, de aquella 11ª legión que hasta el último día dio tropas sin tasa a la defensa. A las cuatro de la mañana, Wroblewski apareció ante la explanada en que se hallaban los versalleses, cargó a la bayoneta, los puso en fuga, hizo algunos prisioneros, y volvió a poner el fuerte en nuestras manos. Una vez más, los bravos federados mostraron de lo que eran capaces cuando estaban bien mandados.

Durante el día, los versalleses llenaron de obuses y de granadas de picrato de potasa el convento de Oiseaux y el pueblo de Issy, cuya calle mayor no era más que un montón de escombros. Durante la noche del 12 al 13, sorprendieron el liceo de Vanves; el 15 atacaron el seminario de Issy. Desde hacía cinco días, Brunel se esforzaba por poner un poco de orden en la defensa de este pueblo. Rossel había enviado a buscar a este esforzado miembro de la Comuna, a

quien los celos de las camarillas tenían alejado, y le había dicho: "La situación de Issy es poco menos que desesperada; ¿quiere usted encargarse de aquello?" Brunel se consagró a Issy, levantó barricadas, pidió artillería (no había más que cuatro piezas en el pueblo), y nuevos batallones para reemplazar a los 2.000 hombres que llevaban allí cuarenta y un días. No le enviaron más que doscientos o trescientos hombres. Esto es lo que el general Appert llama la brigada Brunel, constituida por 7.882 hombres. Brunel fortificó el seminario, donde los federados, acosados por los obuses, no pudieron sostenerse. Organizó una segunda línea en las últimas casas del pueblo, y por la noche se dirigió al departamento de Guerra, donde Delescluze le había citado para un consejo de guerra.

El primero que se celebró desde el 3 de abril. Dombrowski, Wroblewski, La Cécilia, se encontraron allí. Dombrowoski, entusiasta aún, hablaba de hacer una leva de cien mil hombres. Wroblewski, más práctico, proponía trasladar a las trincheras del sur el esfuerzo inútilmente gastado en Neuilly. Se habló mucho, sin llegar a ninguna conclusión. Ya se había levantado la sesión, cuando llegó Brunel; fue a ver a Delescluze al Hôtel-de-Ville, y volvió a tomar el camino de Issy. En la puerta de Versalles distinguió, fuera de las fortificaciones, a sus batallones que, sordos a la voz de sus jefes, habían evacuado el pueblo y pretendían volverse. Brunel, que no quería dejarles pasar, trató de salir por la puerta de Vanves, donde se negaron a franquearle el paso. Volvió a Guerra, expuso la situación, vio también al Comité Central, pidió hombres, anduvo toda la noche de un lado para otro en busca de gente, y a las cuatro de la mañana partió con ciento cincuenta federados. El pueblo estaba en manos de los versalleses. Los oficiales de Issy fueron denunciados a los tribunales militares. Brunel declaró, y se quejó vivamente de la desidia que había paralizado la defensa. Por toda respuesta fue detenido.

Lo que decía Brunel no era más que la verdad. El desorden de Guerra hacía que la resistencia fuese quimérica. Delescluze no había aportado más que su abnegación. Hombre débil de carácter, a pesar de su rigidez aparente, se hallaba a merced del estado mayor, dirigido ahora por Henry Prodhomme, que sobrevivió a todos sus jefes. El Comité Central, fortalecido por las divisiones de la Comuna, se imponía en todas partes, publicaba órdenes, ordenaba gastos sin someterse a la fiscalización de la comisión militar. Los miembros de ésta, hombres inteligentes, pero de la minoría, se quejaron al Comité de Salud Pública, que los sustituyó por unos cuantos románticos. La disputa siguió, a pesar de todo, y tan violenta, que se extendió por las legiones el rumor de una ruptura entre el Hôtel-de-Víllе y el Comité Central.

Los versalleses seguían avanzando. En la noche del 13 al 14, el fuerte de Vanves, que no disparaba más que escasas andanadas, volvió a enmudecer y no hubo manera de reanudar el fuego. La guarnición copada por todas partes, se retiró por las canteras de Montrouge. Los versalleses ocuparon lo que quedaba del fuerte. Una vez más, hubo ovación en Versalles.

El 16, París no tenía ya ni un solo defensor desde la orilla izquierda hasta el Petit-Vanves, donde estaban acampados unos 2.000 federados al mando de La Cécilia y de Lisbonne. Intentaron el regreso al pueblo de Issy, regreso que fue rechazado. El enemigo pudo continuar adelantando sus fortificaciones y armar los dos bastiones del fuerte de Issy que miraban a la ciudad. Su fuego, dificultado un momento por las fortificaciones, conquistó una marcada superioridad y se unió al de las baterías que barrían el distrito XVI. Este desgraciado distrito era enfilado de frente, de flanco, en diagonal, por cerca de cien bocas de fuego. Entonces se empezó a pensar un poco en la defensa interior. Delescluze extendió los poderes de tres generales hasta los barrios de la ciudad que confinaban con sus mandos, licenció el batallón de barricadistas, que ya no era de ninguna utilidad, y encomendó sus trabajos a los ingenieros militares. La mayor parte de estas órdenes fueron letra muerta o se cruzaron con otras. Cuando el delegado ofrecía 3,50 francos a los cavadores, el Comité de Salud Pública, en la misma columna de "L'Officiel", ofrecía 3,75.

El Comité de Salud Pública colaboraba en la defensa con un decreto que obligaba a los parisienses a proveerse de una carta cívica, cuya exhibición podía ser solicitada por cualquier guardia nacional, decreto tan irrealizable e irrealizado como el concerniente a los refractarios. El Hôtel-de-Ville no inspiraba terror a nadie. Detrás de todas aquellas voces se echaba de ver la impotencia. Habiendo sitiado algunos batallones el Banco para hacer una requisa, Beslay se metió por medio, y los terribles dictadores del Comité desautorizaron a su agente. El público sonreía. Un último golpe, y se habría acabado la autoridad de la Comuna. El golpe se lo dio la minoría.

Manifiesto de la minoría.

La verdad es que a ésta la trataban muy mal. Ya cuando se habló de sustituir a Delescluze, la mayoría había elegido, frente a Varlin, a un hombre absolutamente indigno, Billioray; después había eliminado de Intendencia a Varlin; a Vermorel, de Seguridad; a Longuet, de "L'Officiel". Irritada y sobremanera preocupada, al mismo tiempo, por el creciente desorden, quiso salvar su responsabilidad, y lo hizo en un manifiesto que fue llevado a la sesión del 15. La mayoría, avisada, no fue, con excepción de cuatro o cinco de sus miembros. La minoría hizo que constase esa ausencia, y, en lugar de esperar a la

reunión siguiente, envió su declaración a los periódicos: "*La Comuna* -decía- *ha abdicado su poder en manos de una dictadura a la que ha dado el nombre* de *Comité* de *Salud Pública. La mayoría, con la adopción de esa medida, se ha declarado irresponsable. La minoría afirma, por el contrario, que acepta todas las responsabilidades del movimiento revolucionario. En cuanto a nosotros, reclamamos el derecho a ser los únicos que respondamos* de *nuestros actos, sin atrincherarnos detrás* de *una dictadura suprema. Nos retiramos a nuestros distritos".*

Error grave e inexcusable. La minoría no tenía derecho a gritar "dictadura" después de haber votado en pro del segundo Comité de Salud Pública. La publicación de las votaciones la dejaba suficientemente a cubierto ante sus electores. Más digno hubiera sido desautorizar públicamente los actos del Comité y proponer por su parte algo mejor. Lo lógico, puesto que, según ella misma decía, "la cuestión de la guerra estaba por encima de todas las demás", hubiera sido no destronar moralmente la defensa, desertando del Hôtel-de-Ville. Si los distritos habían enviado sus mandatarios al Hôtel-de-Ville, no era para que esos mandatarios se volviesen enfurruñados a sus distritos.

Sus electores, a los que varios de ellos reunieron, les invitaron a que se reintegraran a sus puestos; pero el golpe estaba dado; los periódicos versalleses lanzaron gritos de júbilo. Los que acababan de protestar comprendieron la torpeza que habían cometido, y quince de ellos se presentaron a la sesión del 17. El llamamiento nominal dio 70 miembros, cosa que nunca se había visto. Se discutió primeramente una proposición presentada por un traidor. Barral de Montaut, jefe de estado mayor de la 7ª legión, acababa de hacer publicar que los versalleses de Vanves habían fusilado a una enfermera de las ambulancias de la Comuna. Un miembro de la mayoría, impulsado por Montaut, pidió que se fusilase, como represalia, a cinco rehenes en el interior de París, y a otros cinco en las avanzadas. La Comuna, ante esto, se refirió a su decreto del 7 de abril. Acababa de salir de esta moción, cuando Paschal Grousset interpela a los miembros de la minoría, demuestra lo fútil de las razones invocadas en su manifiesto, y acaba calificándolos de girondinos. "¡Gírondínos! -responde Frankel-. ¡Girondinos vosotros, que os acostáis y os levantáis con el *Monitor* del 93! ¡De otro modo, de sobra sabríais la diferencia que hay entre ser girondinos y socialistas!" La discusión se envenena. Vallès, que había firmado el manifiesto, exclama: "Yo he declarado que hay que entenderse con la mayoría, pero también hay que respetar a la minoría, que es una fuerza", y pide que todas esas fuerzas se vuelvan contra el enemigo. Miot responde con un severo gruñido. Uno de la mayoría habla de conciliación; Félix Pyat, buscando atizar la cólera de unos y otros, pide que se dé lectura al manifiesto. En vano dice Vaillant, lleno de sentido común y de espíritu de justicia: "Cuando nuestros colegas vuelven con nosotros, desautorizan su mismo programa; no hay que volver a ponérselo ante los ojos para empujarlos a que perseveren en su error". A pesar de sus esfuerzos, se echa abajo una orden del día conciliadora, y triunfa la de Miot, redactada en términos ofensivos para la minoría.

Explosión de la fábrica de cartuchos Rapp.

Una explosión interrumpe la querella. Billioray entra precipitadamente en la sala y anuncia que acaba de volar la fábrica de cartuchos de la avenida Rapp.

Todo el barrio de Grenelle está alborotado. Un haz de llamas, de plomo fundido, de restos humanos, de vigas ardiendo que han volado, desde el Campo de Marte hasta una altura enorme, ha sembrado de proyectiles los alrededores. Cuatro casas se derrumban; más de cuarenta personas están mutiladas. La catástrofe hubiera sido más terrible aún, de no haber acudido los bomberos de la Comuna a arrancar de entre las llamas algunos furgones llenos de cartuchos y varios barriles de pólvora. Una multitud enloquecida llega y cree en un crimen. Quedan detenidos algunos individuos; llevan a un artillero a la Escuela Militar.

¿Dónde está el culpable? Nadie lo ha dicho. Ni la Comuna ni su procurador instruyen este asunto: como el de Moulin-Saquet, quedó en la oscuridad. El Comité de Salud Pública, sin embargo, anunció en una proclama que tenía en su poder a cuatro culpables, y Delescluze declaró que intervenía en el asunto el tribunal militar. Una seria investigación hubiera puesto en claro el crimen, de seguro. Las obreras, que salían de ordinario a las siete de la tarde, fueron despedidas ese día a las seis. Se vio a Charpentier pedir dinamita al coronel Corbin. Podía ser muy útil a los conspiradores sembrar a la vez el pánico en Guerra, en la Escuela Militar, en el parque de artillería y en las barracas del Campo de Marte, que seguían alojando a algunos federados. París creyó firmemente en un complot. Los reaccionarios dijeron: "Esto es la venganza por lo de la columna Vendôme".

Ésta había caído la víspera, con gran ceremonia, justificando a los treinta años la profecía de Henri Heine: "Ya una vez la tormenta arrancó de la cima de la columna Vendôme al hombre de hierro erguido sobre su fuste, y en caso de que los socialistas llegasen al gobierno podía ocurrirle el mismo accidente por segunda vez, o bien el ansia de igualdad radical sería capaz de derribar toda la columna, con el fin de que ese símbolo de gloria fuese por entero descuajado de la tierra".

El ingeniero encargado de la demolición se comprometió "en nombre del club positivista de

París", en un contrato lleno de prolijas explicaciones, a ejecutar "el 5 de mayo, aniversario de la muerte de Napoleón, el fallo pronunciado por la historia y publicado por la Comuna de París contra Napoleón I". Pero a cada paso le sobornaban a sus obreros, y la operación se retrasó hasta el 16. Ese día, a las dos, la multitud llenaba las calles vecinas, muy inquieta porque se habían predicho toda clase de catástrofes. El ingeniero, en su contrato, se decía en condiciones "de evitar todo peligro". Serró la columna horizontalmente, un poco más arriba del pedestal. Un corte oblicuo debía facilitar la caída hacia atrás sobre un vasto lecho de leña, de arena y de estiércol, amontonado en el eje de la calle de la Paix.

Un cable amarrado a la cima de la columna se enrolla en el cabrestante fijado a la entrada de la calle. La plaza está llena de guardias nacionales; las ventanas y los tejados, de curiosos. En ausencia de Jules Simon y de Ferry, partidarios en otro tiempo del derrumbe, Glais-Bizoin, el ex delegado de Tours, felicita al nuevo delegado de policía Ferré, que acaba de reemplazar a Cournet, y le confiesa que su ardiente deseo, desde hace cuarenta años, era ver demolido el monumento expiatorio. Las bandas tocan la *Marsellesa.* El cabrestante gira, la polea se rompe; resulta herido un hombre. Circulan rumores de traición. Se instala inmediatamente una nueva polea. A las cinco aparece un oficial en la balaustrada, agita largo rato una bandera tricolor y la fija en la reja. A las cinco y media, el cabrestante gira de nuevo. Unos minutos después, César oscila y su brazo, cargado de victorias, azota en vano el cielo. La columna se inclina, se quiebra de golpe en el aire, y se abate en zig-zags contra el suelo que gime. La cabeza de Bonaparte rueda, y el brazo homicida yace separado del tronco. Brota de millares de pechos una aclamación, como surgida de un pueblo libertado. La gente se abalanza sobre los restos, y la bandera roja, saludada con entusiastas clamores, es plantada en el pedestal.

El pueblo quería repartirse los fragmentos de la columna. La Casa de la Moneda se opuso a ello alegando la necesidad de calderilla. Uno de los primeros actos de la burguesía victoriosa fue volver a levantar aquel bastón enorme, símbolo de su soberanía. Para volver a poner al amo en su pedestal se necesitó un andamiaje de 30.000 cadáveres. ¡Como las madres del Imperio, cuántas de las de nuestros días no han podido contemplar ese bronce sin llorar!

Capítulo XXVII. París en vísperas de la muerte. Versalles.

Al Paris de la Comuna no le quedan más que tres días de vida. Grabemos en la historia su luminosa fisonomía.

El que ha respirado tu vida, que es fiebre para los otros, el que ha palpitado en tus bulevares y llorado en tus suburbios, el que ha cantado en las auroras de tus revoluciones y algunas semanas después ha lavado de pólvora sus manos detrás de las barricadas; el que puede oír bajo tus piedras la voz de los mártires de la idea y saludar tus calles con una fecha humana; aquel para quien cada una de tus arterias es un nervio, aún no te hace justicia, gran París de la rebelión, si no te ha visto desde fuera. Los filisteos extranjeros dicen con una mueca desdeñosa: "¡Miren ese loco!" Pero acechan a su proletario que ha dejado en suspenso su martillo y está mirando; tiemblan, no sea que tu gesto le enseñe a ese proletario cómo tendrá que hacer saltar el resorte de su soberanía. La atracción del París rebelde fue tan poderosa que hubo quien vino desde América para, contemplar este espectáculo desconocido en la historia: la mayor ciudad del continente europeo en manos de los proletarios. Los pusilánimes se sintieron atraídos.

Los primeros días de mayo nos llegó un amigo de los tímidos de las tímidas provincias. Los suyos le escoltaron a la salida, con lágrimas en los ojos, como si bajase a los infiernos. Nos dijo: "¿Qué hay de cierto? - ¡Venga usted a registrar todos los rincones de la caverna!"

Paseo a través de Paris.

Salgamos por la Bastilla. Los vendedores de periódicos, atronando los oídos, vocean el "Mot d'ordre", de Rochefort; el "Père Duchesne", "Le Cri du Peuple!", de Jules Vallès; "Le Vengeur", de Félix Pyat; "La Commune!", "Le Tribun du Peuple!", "L'Affranchi!", "L'Avant-Garde!", "Le Pilori des mouchards!", "L'Officiel" se ve poco solicitado; lo ahogan los miembros de la Comuna con su competencia; uno de ellos, Vésinier, llega incluso a publicar en el "Paris libre" una sesión secreta; "Le Cri du Peuple" tira cien mil ejemplares. Es el primero que se levanta; alza su clamor con el gallo. Si tenemos algo de Vallès esta mañana, buena suerte; pero Vallès cede con demasiada frecuencia la palabra a Pierre Denis, que nos automatiza a todo trance. No compréis más que una vez el "Père Duchesne", aunque tire sesenta mil ejemplares. No tiene nada del de Hébert, que no fue ningún señorón. Tomad en "Le Vengeur" el artículo de Félix Pyat como una linda muestra de embriaguez literaria. "La Commune" es el periódico doctrinario en el que escribe algunas veces Milliere, en el que Georges Duchesne zarandea a los jóvenes y a los viejos del Hôtel-de-Ville con una severidad que exigiría otro carácter.

Ahí tenéis, en los quioscos, las caricaturas: Thiers, Picard y Jules Favre en figura de las tres Gracias enlazando su ventripotencia. Ese pez de escamas verde-azules que arregla un lecho con corona imperiales el marqués de Galliffet. "L'Avenir", monitor de la *Liga;* "Le Siègle", muy hostil desde la detención de Chaudey; "La Vérité", del yanqui Portalis, se apilan, melancólicos e intactos. Una

treintena de periódicos versalleses ha sido suprimida por la prefectura de policía; no por eso están muertos: un vendedor nada recatado nos los ofrece.

Buscad, a ver si dais con una incitación a la matanza, al pillaje, con una línea cruel en estos periódicos comunalistas, caldeados por la batalla, y comparadlos ahora con las hojas versallesas que piden fusilamientos en masa para cuando las tropas hayan vencido a París.

Sigamos esos féretros que suben por la calle de la Roquette. Entremos con ellos en el Père-Lachaise. Todos los que mueren por París son enterrados en la gran familia, y la Comuna reclama el honor de pagar sus funerales. Su bandera roja flamea en los ángulos del coche mortuorio seguido por los camaradas del batallón, a los cuales se unen siempre algunos transeúntes. Una mujer acompaña al cuerpo de su marido. Un miembro de la Comuna va también detrás del coche. Al borde de la tumba habla, no de lamentos, sino de esperanza, de venganza. La viuda estrecha a sus hijos contra sí y les dice: "¡Acordaos y gritad conmigo: viva la República, viva la Comuna!" "Es la mujer del teniente Châtelle", nos dice uno de los presentes.

Volviendo sobre nuestros pasos, pasamos por junto a la alcaldía del XI, cubierta de negro, de duelo por el plebiscito imperial de que el pueblo de París es inocente y de que resulta ser víctima. La plaza de la Bastilla está jubilosa, animada por la feria del pan de especias. París no quiere cederle nada al cañón; incluso ha prorrogado por una semana esta feria. Los columpios se balancean, los torniquetes rechinan, los vendedores pregonan sus chucherías, los acróbatas lucen sus habilidades y prometen la mitad de los ingresos para los heridos. Un guardia que vuelve de las trincheras contempla, apoyado en su fusil, el panorama del sitio, la entrada de Garibaldi en Dijon.

Bajemos por los grandes bulevares. En el circo Napoleón se apiñan cinco mil personas desde la pista hasta el remate. Un sinfín de banderolas invitan a los paisanos a agruparse por departamentos. La reunión ha sido organizada por algunos negociantes que proponen a los ciudadanos de los departamentos el envío de delegados a sus respectivos diputados; creen que se les podrá atraer, que será posible conquistar la paz con explicaciones. Un ciudadano pide la palabra, sube al tablado. La multitud aplaude a Milliere: "¡La paz! Todos la buscamos. Pero ¿quién ha comenzado la guerra, quién se ha negado a toda reconciliación? ¿Quién atacó a París el 18 de marzo? - Thiers, ¿Quién le atacó el 2 de abril? - Thiers. ¿Quién ha hablado de conciliación, quién ha multiplicado las tentativas de paz? - París. ¿Quién las ha rechazado siempre? - Thiers. ¡La *Conciliacion!,* ha dicho Dufaure; *pero la insurrección es menos criminal...* ¡Y lo que no han podido hacer ni los francmasones, ni las Ligas, ni las proclamas, ni los consejeros municipales de provincia, lo esperáis de una delegación elegida entre los parisienses! ¡Pues bien, sin saberlo, estáis debilitando la defensa! ¡No, no más diputaciones!, ¡correspondencias activas con las provincias!, ¡ahí está la salvación!" –"¿Conque ése es el energúmeno de Milliére con que nos espantan en provincias?, exclamó mi amigo-. Sí, y estos millares de hombres de todas condiciones que buscan la paz en común, que se escuchan, que se responden con cortesía, ésos son el pueblo demente, el puñado de bandidos que tienen en su poder la capital".

En el cuartel Prince-Eugene están los mil quinientos soldados que se quedaron en París el 18 de marzo y que la Comuna alberga sin obtener de ellos ningún servicio, porque estos holgazanes no querían estar, según decían, ni con París ni con Versalles. En el bulevar Magenta se ven los numerosos esqueletos de la iglesia Saint-Laurent, alineados en el mismo orden en que fueron hallados, sin rastros de ataúd ni de mortaja. ¿Es que no están formalmente prohibidos los entierros en las iglesias? Algunas, sin embargo, especialmente Notre-Darne-des-Victoires, abundan en esqueletos. ¿No tiene la Comuna el deber de poner en claro estas ilegalidades, que tal vez sean crímenes?

En los bulevares, desde el de la Bonne-Nouvelle hasta la Opera, el mismo París vaga por los almacenes, o toma asiento en las terrazas de los cafés. Los carruajes son raros; el segundo sitio ha reducido mucho el aprovisionamiento de caballos. Por la calle 4-Septembre llegamos a la Bolsa, coronada por la bandera roja, y a la Biblioteca nacional, en la que no faltan lectores. Cruzando por el Palais Royal llegamos al Museo del Louvre. Las salas, con todos los lienzos que dejó la administración del 4 de setiembre, están abiertas al público. Jules Favre y sus periódicos no dejan de decir, a pesar de ello, que la Comuna vende al extranjero las colecciones nacionales.

Bajamos por la calle Rivoli. En la calle Castiglione, una enorme barricada disfraza la entrada de la plaza Vendôme. La desembocadura de la Concordia está cerrada por el reducto de Saint-Florentin, que va desde el ministerio de Marina a las Tullerías, ocho metros de espesor, con tres troneras bastante mal dirigidas. Un amplio foso que descubre el sistema arterial de la vía subterránea separa la plaza del reducto. Algunos obreros le hacen su última *toilette* y cubren de césped los parapetos. Muchos curiosos miran y más de una cara se ensombrece. Un pasadizo hábilmente dispuesto lleva a la plaza de la Concordia. La estatua de Estrasburgo destaca su arrogante aspecto sobre las banderas rojas. Estos comunalistas, a quienes se ha osado acusar de que para ellos no existía Francia, han sustituido piadosamente las muertas coronas del primer sitio con frescas flores de primavera.

La zona de fuego.

Ahora entramos en la zona de combate. La avenida de los Campos Elíseos presenta su larga línea desierta, que cortan con surcos siniestros los obuses del monte Valérien y de Courbevoie. Llegan hasta el Palais de l'Industrie, donde los empleados de la Comuna, dirigidos por Cavalier, el famoso *Pipe-en-Beis,* un hombre de talento, protegen valerosamente sus riquezas. A lo lejos, el Arco de Triunfo perfila su poderoso volumen. Los aficionados de los primeros días han desaparecido de esta plaza de l'Etoile, que ha llegado a ser casi tan mortífera como las fortificaciones. Los obuses rebotan en la fachada, mutilan los bajorrelieves que Jules Simon había hecho blindar contra los prusianos. Los cascos de metralla extienden en torno a sí su mortal rociada. El arco principal está cegado, para detener los proyectiles que enfilan la avenida. Detrás de esta barricada se montan aparejos para instalar cañones sobre la plataforma que domina las avenidas convergentes.

Por el barrio Saint-Honoré bordeamos los Campos Elíseos. En el rectángulo comprendido entre la avenida de la Grande-Armée, la de Ternes, las fortificaciones y la avenida Wagram, no hay una sola casa intacta. Ya lo ven ustedes, *Thiers no bombardea París, como no dejarán de decir las gentes de la Comuna.* Un trozo de cartel cuelga de un muro medio derrumbado, el discurso de Thiers contra el rey Bomba, que un grupo de conciliadores ha tenido el acierto de reproducir. "Ustedes saben, señores -decía a los burgueses de 1848-, lo que ocurre en Palermo. Se han estremecido ustedes de horror al saber que una gran ciudad ha sido bombardeada por espacio de cuarenta y ocho horas. ¿Y por quién? ¿Por un enemigo extranjero que ejercía los derechos de la guerra? No, señores. Por su propio gobierno. ¿Y por qué? Porque esa infortunada ciudad reclamaba unos derechos. ¡Pues bien, por la petición de esos derechos ha habido cuarenta y ocho horas de bombardeo! ¡Dichoso Palermo! París es bombardeado desde hace cuarenta días por su propio gobierno".

Tenemos alguna probabilidad de llegar al bulevar Pereire, rasando con el lazo izquierdo de la avenida de Ternes. Desde allí hasta la puerta Maillot, todo el mundo tiene la misma edad. Acechando un minuto de calma, llegamos a la puerta, o, mejor dicho, al montón de escombros que indica su lugar. La estación ya no existe, el túnel está cegado, las fortificaciones se deslizan hasta los fosos. Salamandras humanas se agitan entre estos escombros. Delante de la puerta, casi al descubierto, hay tres piezas que manda el capitán "La Marseillaise"; a la derecha, el capitán Rochat con cinco piezas; a la izquierda, el capitán Martin con cuatro. Monteret mantiene esta avanzada, desde hace cinco semanas, bajo un huracán de obuses. El monte Valérieri, Courbevoie y Bécon han lanzado más de ocho mil. Diez hombres bastan para el servicio de estas doce piezas, desnudos hasta la cintura, con el torso y los brazos negros de pólvora; Craon, muerto en su puesto, manejaba él solo dos piezas del 7; con un disparador en cada mano, hacia partir al mismo tiempo los dos tiros. El único que sobrevivió del primer equipo, el marinero Bonaventure, vio volar hechos pedazos a sus camaradas. Y sin embargo se mantienen firmes y estas piezas desmontadas frecuentemente se renuevan. Los versalleses han querido muchas veces intentar sorpresas y pueden seguir intentándolo. Monteret vigila día y noche; puede, sin jactancia, escribir al Comité de Salud Pública que mientras él esté allí, los versalleses no entrarán por la puerta Maillot.

Cada paso hacia La Muerte es un desafío a la muerte. Sobre la fortificación, cerca de la puerta de La Muette, un oficial agita su kepis hacia el Bois de Boulogne; las balas silban en torno de él. Es Dombrowski, que se divierte burlándose de los versalleses de las trincheras. El general nos conduce al castillo de La Muette, uno de sus cuarteles generales. Todas las habitaciones están acribilladas por los obuses. Allí sigue firme el general, sin embargo, y hace que sigan firmes los suyos. Se ha calculado que sus ayudas de campo vivían, por término medio, ocho días. En este momento acude el vigía del mirador, que acaba de ser atravesado por un obús. "¡Siga usted allí! -le dice Dombrowski-; si no ha de morir usted, allí nada tiene que temer". Su arrojo es puro fatalismo. No recibe ningún refuerzo, a pesar de sus despachos a Guerra: cree perdida la partida, y así lo dice frecuentemente. Éste es mi único reproche; no esperéis que justifique a la Comuna por haber aceptado el concurso de unos demócratas extranjeros. ¿Es que no era ésta la revolución de todos los proletarios? ¿Es que los franceses no han abierto sus filas en todas las guerras a los grandes corazones de todas las naciones que quisieron combatir con ellos?

Dornbrowski nos acompaña, a través de Passy, hasta el Sena, y apunta con un ademán triste a las fortificaciones abandonadas casi. Los obuses trituran o siegan los pasos a nivel de ferrocarril. El gran viaducto se cae a pedazos por varios sitios. Las locomotoras blindadas han sido destrozadas y derribadas. La batería versallesa de la isla Billancourt dispara al ras de nuestras cañoneras, echa a pique en este momento una de ellas, *L'Estoc.* Una gasolinera recoge a la tripulación y remonta el Sena bajo el fuego que la persigue hasta el puente de Iéna.

Una atmósfera tibia, un sol de vida, un silencio de paz envuelven este río, este naufragio, estos obuses que vuelan en medio de la soledad. La muerte parece más cruel al ser lanzada en esta plenitud de la naturaleza. Vamos a saludar a los heridos de Passy. Ya sabe usted que Thiers ha hecho disparar contra las ambulancias de la Comuna. A las protestas de la Sociedad Internacional de Socorros a los Heridos,

respondió: Como la Comuna no se ha adherido a la convención de Ginebra, el gobierno de Versalles no tiene por qué acatar para con ella esa convención. La Comuna se ha adherido a la convención; ha hecho más, ha respetado las leyes de humanidad en presencia de los actos más salvajes. Thiers sigue haciendo rematar heridos. Véalos. Precisamente un miembro de la Comuna, Lefrançais, está visitando la ambulancia del doctor Demarquay; al interrogar sobre el estado de los heridos: Yo no comparto sus ideas -le responde el doctor-, y no puedo desear el triunfo de su causa; pero jamás he visto heridos que conserven más calma y sangre fría durante las operaciones. La mayor parte de los heridos pregunta ansiosamente cuándo podrán reanudar sus servicios. Un joven de dieciocho años al que han amputado la mano derecha, levanta la otra y exclama: "¡Todavía me queda ésta para servir a la Comuna!" A un oficial herido de muerte le dicen que la Comuna acaba de hacer llegar su sueldo a su mujer y a sus hijos. "Yo no tenía derecho a eso", responde. Ahí tiene usted, amigo mío, los brutos alcoholizados que, según Versalles, forman el ejército de la Comuna.

Volvemos por el Campo de Marte. Sus vastos barracones están bastante mal defendidos. Haría falta otra oficialidad, otra disciplina para sujetar a los batallones.

Ante la Escuela, cien bocas de fuego permanecen inertes, enmohecidas, a mil quinientos metros de las fortificaciones, a dos pasos de la comisión de Guerra. Dejemos a la derecha este semillero de discordias, y entremos en el Cuerpo Legislativo, transformado en taller. Mil quinientas mujeres cosen los sacos terreros que han de tapar las brechas. Una mujer alta y guapetona, Marta, distribuye el trabajo, ceñida la banda roja con franjas de plata que le han regalado sus camaradas. Alegres canciones hacen más corta la tarea. Todas las tardes se entrega su paga a las obreras, que reciben la totalidad de su trabajo, ocho céntimos por saco; el empresario anterior apenas si les dejaba dos céntimos para ellas.

Subamos por los muelles soñolientos, sumidos en su calma inalterable. La Academia de Ciencias sigue celebrando sus sesiones de los lunes. No son los obreros los que han dicho: "La República no tiene necesidad de sabios". Delaunay preside. Elie de Beaumont revisa la correspondencia y lee una nota de su colega J. Bertrand, que ha huido a Saint-Germain; este matemático estéril no está por las audacias creadoras, por no haber podido encontrar nunca un teorema natural. Mañana encontraremos el resumen de la sesión en "L'Officiel" de la Comuna.

No abandonemos la orilla izquierda sin visitar la prisión militar. Pregunte usted a los prisioneros versalleses si han encontrado en París una amenaza, una injuria, si no se les trata como a camaradas, si no están sometidos al mismo régimen que todos, si no se les devuelve la libertad cuando quieren ayudar a sus hermanos de París.

París de noche.

Estamos ante la noche de la gran ciudad. Se abren los teatros. El Lyrique da una gran representación musical a beneficio de los heridos, y la Opéra-Comique prepara otra. La Opera, que Michot, el gran cantante, no ha abandonado, anuncia para el lunes 22 una solemnidad excepcional en la que Raoul Pugno cantará el himno de Gossec. Los artistas de la Gaité, abandonados por su director, dirigen por sí mismos su teatro. El Gyrnnase, el Châtelet, el Théâtre-Français, el Ambigu-Comique, los Délassements se llenan todas las noches. Vamos a los espectáculos que París no ha visto desde 1793.

Se abren diez iglesias, y la revolución sube al púlpito. En el viejo Gravilliers, Saint-Nicolas-des-Champs se llena de un potente murmullo. Algunos faroles de gas temblequean en el hormiguero de la multitud, y allá lejos, sumido en la sombra de los arcos, Cristo aparece condecorado con la banda comunalista. El único foco luminoso, la mesa que está frente al púlpito, está asimismo tapizada de rojo. El órgano y la multitud rugen la *Marsellesa.* El pensamiento del orador, caldeado por este ambiente fantástico, se dispara en invocaciones que el eco repite como una amenaza. Trata del suceso del día, de los medios de defensa. Los miembros de la Comuna se ven tratados bastante mal. Los deseos de la reunión serán llevados mañana al Hôtel-de-Ville, Algunas veces, las mujeres piden la palabra; tienen en Batignolles un club especial del que se alzan frases de guerra y de paz. Si salen pocas ideas precisas de estas reuniones enfebrecidas, ¡cuántos, en cambio, encuentran en ellas provisión de brío y de valor!

Las nueve: podemos llegar al concierto de las Tullerías. A la entrada, algunas ciudadanas acompañadas de comisarios hacen una colecta para las viudas y los huérfanos de la Comuna. Por primera vez, mujeres honestamente vestidas están sentadas en las banquetas del patio. Tres orquestas tocan en las galerías. El corazón de la fiesta está en la sala de los Mariscales. En este sitio en que diez meses antes se pavoneaban Bonaparte y su banda, la señorita Agar declama los *Castigos,* el *Idolo,* a pesar de los periódicos versalleses que la insultan. Mozart, Meyerbeer, las grandes obras de arte han expulsado a las obscenidades musicales del Imperio. Por la gran ventana del centro cae al jardín la armonía. Linternas, jubilosos farolillos constelan el césped, danzan en los árboles, colorean los surtidores. El pueblo ríe en los macizos. Los Campos Elíseos, negros, parecen protestar contra estos amos populares, a los que nunca han reconocido. También Versalles protesta con resplandores de obús que iluminan con un pálido reflejo el Arco de Triunfo, que encorva su masa sombría sobre la gran guerra civil. A las once oímos

un rumor por la parte de la capilla: acaban de detener a Schoelcher. Ha abandonado un momento Versalles para ver las fiestas de este París, que él está ayudando a entregar a Versalles. Lo llevan a la prefectura, donde Raoul Rigault le devuelve la libertad burlándose de él.

Los bulevares se llenan con la multitud que sale de los teatros. En el café Peters -el Americano- una afluencia escandalosa de mujeres y de oficiales de estado mayor con botas blandas de vueltas rojas, con sables vírgenes. Un destacamento de guardias nacionales llega y se los lleva. Los seguimos hasta el Hôtel-de-Ville, donde Ranvier, que está de guardia, los recibe. El proceso no es largo; las mujeres a Saint-Lazare; los oficiales a las trincheras, con palas y picos.

La una: París duerme con su aliento regular. Ahí tiene usted, amigo mío, el París de los bandidos. Lo ha visto usted pensar, llorar, combatir, trabajar; entusiasta, fraternal, severo con el vicio. Sus calles, libres durante el día, ¿son menos seguras en el silencio de la noche? Desde que París se encarga por sí mismo de su policía, los crimines han disminuido.[61] ¿Dónde ve usted el libertinaje vencedor? Estos obreros que podían nadar en millones, viven con una paga ridícula en comparación de sus salarios ordinarios. A merced suya están los ricos hoteles de los que les bombardean. ¿Dónde están los saqueadores?

¿Reconoce usted a este París siete veces ametrallado desde 1789, más sufrido hoy que Alsacia y Lorena a que ha defendido, este París de incapitulables, siempre en pie para la salvación de Francia? ¿Dónde está su programa, dice usted? Búsquelo usted ante sí, no en ese Hôtel-de-Ville que tartamudea. Estas fortificaciones humeantes, estas explosiones de heroísmo, estas mujeres, estos hombres de todas las profesiones, confundidos, todos los obreros de la tierra aplaudiendo nuestra lucha, todas las burguesías coaligadas contra nosotros, ¿no expresan el pensamiento común, no dicen claramente que aquí se lucha por la República y por el advenimiento de una sociedad social? Vuélvase en seguida a su provincia para hablar de este París. Dígales a las provincias republicanas: "Esos proletarios parisienses combaten por vosotros, que seréis los perseguidos de mañana. Si sucumben, quedaréis por espacio de largos años enterrados bajo sus funerales".

Versalles en la época de la Comuna.

A mil leguas de aquí, Versalles, la amenaza constante. Ciudad de destinos inmutables, llena siempre de odio a París. Anteayer, el rey; ayer, Guillermo; Thiers hoy. Y, desde 1789, siempre la misma sentencia, la de Breteuil: "¡Sí es necesario quemar París, se quemará a París!" La primera idea de incendiar a París se le ocurrió a la aristocracia francesa.

Las regias avenidas están erizadas de cañones. Agazapados en el patio de honor, los dogos de bronce guardan el palacio, la Asamblea, el antro. Para pasar hay que ostentar galones, ser diputado o confidente; nadie entra en Versalles, nadie puede permanecer allí como no esté incluido en la lista.

El estado mayor rural piafa en los Depósitos: pura sangre de la derecha, caballería ligera, orleanistas, ensotanados. También hormigueaban allí los desplumados funcionarios del Imperio, diplomáticos a lo Gramont, prefectos, chambelanes, domésticos, fugitivos del 4 de setiembre. Para salir de esta situación "no hay más que el rey", dicen unos; "no hay más que el emperador", dicen otros. Reunidos por la tormenta en esta arca de Noé, los antiguos proscritos y los antiguos proscriptores se espían, llenos de odio, a ver quién se engulle la victoria.

Los bonapartistas tienen de su parte al ejército, pero no cuentan con el gobierno, y éste lo es todo en estos momentos en que los rurales reinan en la Asamblea. Esta tiene una necrópolis por vestíbulo: la Cámara de los aparecidos, la galería de las tumbas, bolsín de diputados, funcionarios, oficiales, mercaderes, porque trae buena suerte alimentar y equipar a estos ciento treinta mil hombres, sin contar los grandes trabajos de reparación de carreteras, puentes, edificios públicos. Preocupados por sus departamentos, los prefectos escuchan a los grupos, siguen a los misteriosos conspiradores que anuncian a fecha fija la entrada en París. Esos que miran de arriba abajo a los derechistas son los honorables de la izquierda, que sirven de diversión en las sesiones.

Tolain pide explicaciones, desde la tribuna, sobre los asesinatos de la Belle-Epine, El que fue pilar de la Internacional se ha quedado en Versalles para representar al verdadero pueblo, al bueno, porque él no está contaminado de las "lupercales populacheras" de París.

"¡Basta, basta! -le gritan a este hombre demasiado puro-; todo el mundo sabe que nuestros bravos oficiales no son unos asesinos". El ministro responde parlamentariamente: "El honorable Tolain..." Se alza un toletole al oír lo de *honorable,* y Grévy zanja el incidente: "No hace falta desmentir una calumnia abominable". Todo el mundo vuelve a sentarse; lo mismo que Tolain, indignado por la pifia.[62]

La Asamblea, cuando no ruge, se arrodilla; los sermones alternan con los gritos de muerte. Gavardie

[61] Claude, jefe de seguridad durante el Imperio. *(Encuesta sobre el* 18 *de marzo.)*

[62] Nadie se indignó más que Tolain en 1876 contra Jules Favre, que declaraba que no dependía de nadie más que de su conciencia. En abril de 1896, este ex trabajador, transformado en senador bien cebado, escribía a sus electores, que le convocaban para que diese cuentas de su gestión, que él no tenía "otra regla de conducta que su conciencia".

pide los tribunales, a falta de la hoguera, para quien niegue la existencia de Dios o la inmortalidad del alma. Si sé tarda en votar, el general Du Temple llama a sus colegas al orden: "¡Que estamos haciendo esperar a Dios!"

Fuera de este teatro y de los convoyes de prisioneros, a cuenta de los que surgen no pocas escaramuzas en la Asamblea, la vida es monótona para los rurales. A los más encopetados de ellos les queda el recurso de los grandes cabarets de Saint-Germain, cuya terraza de fresca verdura se ha transformado en un Longchamp de mujeres de mundo, de artistas, de actrices y también de las prostitutas y de los periodistas que han trasladado su industria a Seinet-Oise. No hay ni un solo gacetillero que no haya sido, como Louis Blanc, condenado a muerte por el Comité Central, por la Comuna o por alguno de los consejos de guerra, cuyo presidente indica; ni uno que no tenga detalles auténticos de las sesiones del Hôtel-de-Ville, de los asesinatos, robos, pillajes y fusilamientos de París. Según los monárquicos, la Comuna está inspirada por Hugelmann, bonapartista notorio; el Comité Central, presidido por el general Fleury, y las barricadas son construidas bajo la dirección de los generales prusianos.[63] Es Gambetta, dicen los bonapartistas, quien, por mediación de su amigo Ranc, inspira a esos Comunalistas, cuya infame obstinación ha elevado a 5.000 millones las exigencias de Bismarck, y que se atreven a pedir que se juzgue a Bazaine. Los rurales se lo tragan todo; Schoelcher es un fenómeno por haber salido de ese infierno que describe el "Journal Officiel" como "un lugar pestífero del que todos tratan de huir. Los desgraciados que no pueden escapar, se ven reducidos a invocar el apoyo de las potencias neutrales... como en esos países de Oriente donde se necesitan capitulaciones para preservar a los europeos de las atrocidades de los indígenas". ¡Eso es!, chirría un poetastro que ha abandonado a su madre, a su hermana y a su querida por puro miedo, y ahora mezcla su flauta al concierto rural. El bajo es un rumiante de la Normal, que lanza catilinarias. El gordo Francisque Sarcey escribe vulgaridades, lo ve todo rojo, y hace su papel de Breteuil: "Aunque haya que ahogar en sangre esta insurrección, aunque haya que enterrarla bajo las ruinas de la ciudad en llamas, no hay transacción posible. Si la guillotina llega a ser suprimida, habrá que conservarla para los que levantan barricadas".[64] Los comunistas le reconcilian con los prusianos, "buena gente a la que se ha calumniado" y cuyo "¡jaá" da gusto oír cuando sala uno de "esa jaula de monos y de tigres". "No sería posible imaginar -dice "Le Drapeau tricolore"- todo lo que había en ese *ja.* Parecía decir: Sí, pobre francés, aquí estamos, no temas nada; ya no volverán a meterte en la cárcel, tendrás derecho a ir adonde te dé la gana; ya no te verás reducido a leer las bobadas de Jules Vallès o las sangrientas bufonadas del vodevilllsta Rochefort: aquí estás en tierra libre, *ja,* en tierra amiga, *ja,* bajo la protección de las bayonetas bávaras, *ja...* No pude menos, a mi vez, de repetir este *ja,* tratando de tomarle la entonación. El alemán se quitó la pipa de la boca y exclamó: ¡Ah, los franceses, siempre *alegres! ja, ja.* Y los dos nos echamos a reír, el uno frente al otro".

A Versalles, este Sarcey le parece oportunísimo. Muchas cosas más ha de aplaudir aún Versalles. El 16 de mayo, día de oraciones, "Le Figaro" publica un verdadero programa de matanza: "Se pide formalmente que todos los miembros de la Comuna, del Comité Central y otras instituciones de la misma naturaleza; que todos los periodistas que han pactado cobardemente con la matanza triunfante; que todos los polacos ambiguos; que todos los válacos fantásticos que por espacio de dos meses han reinado sobre la más bella y noble ciudad del mundo, sean conducidos, en compañía de sus edecanes, coroneles y demás granujas de la misma calaña, después de un juicio sumarísimo, desde la prisión en que se les haya encerrado, al Campo de Marte, donde serán pasados por las armas ante el pueblo reunido".

París leyó todo esto, y le dio no poco que reír. Estos versalleses le hacen el efecto de unos posesos del baile de San Vito. París se burla de ellos. Jamás creerá que esos *seine-et-oisillons,* como él los llama, puedan ser unos buitres espantosos.

TERCERA PARTE. LUCHA A VIDA O MUERTE.

Capítulo XXVIII. Los versalleses entran el domingo 21, a las tres de la tarde. Se disuelve la asamblea de la Comuna.

La puerta de Saint-Cloud acaba de ser abatida. El general Donai se ha lanzado por ella.

Thiers A *los prefectos.* 21 *de mayo del 71.*

Se anuncia el gran ataque. El 16, la Asamblea se ha negado a reconocer a la República como gobierno de Francia. El 17, Versalles descubre las baterías de brecha dirigidas contra las puertas de La Muette, de Auteuil, de Saint-Cloud, de Point-du-Jour y de Issy. Las baterías de retaguardia castigan sin tregua el recinto de Point-du-Jour y arrasan Passy. Las piezas del castillo de Bécon aran el cementerio de Montmartre, llegan hasta la plaza Saint-Pierre. París tiene cinco distritos bajo el fuego de los obuses.

El 18 por la noche, los versalleses sorprenden a los federados de Cachan, acercándose a ellos a los gritos de: "¡Viva la Comuna!" Se consigue, con todo, atajar su movimiento en Hautes-Bruyères. Los monjes dominicos, que desde su convento de Arcueil avisan al enemigo, son detenidos y conducidos al fuerte de Bicêtre. En Hautes-Bruyères, un espía de

[63] "*Le Soir*".
[64] "*Le Drapeau tricolore*", revista semanal.

veinte años que confesó haber llevado a los versalleses el plano de las posiciones de los federados, es juzgado por un consejo de guerra, condenado a muerte y, ante su negativa a hacer revelaciones, ejecutado: la tercera ejecución militar durante la Comuna.

Día 19. A pesar de la proximidad de los versalleses, la defensa no se anima. Los bastiones 72 y 73 envían unos cuantos obuses, pocos, contra el pueblo y el fuerte de Issy. Desde Point-du-Jour a la puerta de Maillot, solamente los cañones de la puerta Dauphine responden a las cien bocas de los versalleses, estorbando sus operaciones en el Bois de Boulogne. Algunas barricadas en las puertas de Bineau y de Asnières y en el bulevar de Italia, dos reductos en la plaza de la Concordia y en la calle Castiglione, un foso en la calle Royale, otro en el Trocadero; esto es todo lo que el Hôtel-de-Ville ha hecho en siete semanas por la defensa interior. Ninguna obra en la estación de Montpamasse, en el Panteón, en los cerros de Montrnartre, dos de cuyas piezas no despiertan hasta el 14, para matar, por un tiro mal calculado, a unos federados, en Levallois. En la terraza de las Tullerías, una docena de picos caen melancólicamente sobre un foso inútil. El Comité de Salud Pública dice que no puede encontrar hombres, y tiene cien mil sedentarios y varios millones en su poder.

Estamos en el período de inmenso cansancio. Las rivalidades, las disputas han destemplado todas las energías. ¿De qué se ocupa la Comuna el día 19? De los teatros. Vaillant sostiene que la intervención del Estado es legítima, que el personal es explotado, que no hay más remedio que aplicar a los teatros el régimen de asociación. Félix Pyat no quiere que el Estado tenga nada que ver con el teatro ni con la literatura; "los campesinos de Berry no deben pagar las danzarinas de la Opera", y lanza una diatriba contra las Academias de música y de medicina. "¿Qué hemos producido de notable desde que tenemos un Teatro Francés? Si la ciencia francesa está atrasada, si su genio es inferior al de las demás naciones, la causa de ello hay que achacarla, sobre todo, a esos patronatos perjudiciales". Y le responden, y él replica, hasta que un miembro exclama: "¡No es ocasión de ocuparse de teatros cuando están disparando contra nosotros!" Pasan entonces a tratar de cierto cartel del Comité Central, que, en virtud de un "pacto" concertado con algunos miembros de la Comuna, acaba de absorber la administración de Guerra. Y es cierto; los miembros del Comité se figuran hasta tal punto ser los amos, que uno de ellos, en un decreto insertado en "L'Officiel", "invita" a los habitantes de París a que se reintegren a sus domicilios en el término de cuarenta y ocho horas, "so pena de ver quemar sus títulos de rentas y su libro mayor". Esta descabellada imbecilidad habrá de quedar impune.

¡Bueno, pues que se quede con la administración de Guerra ese ambicioso Comité Central, si es capaz de reconstituir los batallones que se disgregan! Apenas quedan dos mil hombres, de Asnières a Neuilly, cuatro mil acaso de La Muette a Petít-Vanves, Los batallones asignados a los puestos de Passy no están en su lugar o se hallan en las casas, lejos de la fortificación; muchos de sus oficiales han desaparecido. Del bastión 36 al 70, precisamente en el punto del ataque, no hay ni veinte artilleros. Los centinelas brillan por su ausencia.

¿Traición? Los conspiradores se jactaron, algunos días después, de haber desguarnecido estas fortificaciones. El espantoso bombardeo bastaba para explicar semejante abandono. Hay, sin embargo, una desidia culpable. Dombrowski, cansado de luchar contra la inercia de Guerra, ya no visita tan asiduamente los puestos, sino que se retira con demasiada frecuencia a su cuartel de la plaza Vendôme. El Comité de Salud Pública, informado del abandono de las fortificaciones, se limita a dar cuenta de ello a Guerra, en lugar de acudir a remediar el mal.

El sábado 20 de mayo, a la una de la tarde, se descubren las baterías de brecha. Trescientas piezas de marina y de sitio, confundiendo sus detonaciones, anunciaron el comienzo del drama definitivo.

El mismo día, De Beaufond, al que no había quitado ánimos la detención de Lasnier, envió, como de costumbre, un emisario para que hiciese saber al jefe del estado mayor versallés que las puertas de Montrouge, Vanves, Vaugirard, Point-du-Jour y Dauphine estaban enteramente abandonadas. Diéronse órdenes de concentración. El día 21, los versalleses volvían a encontrarse en excelentes condiciones, como el 3 y el 12. Esta vez, el éxito parece seguro. La puerta de Saint-Cloud estaba destrozada.

Diversos miembros de la Comuna venían señalando esta brecha desde hacía varios días al jefe del estado mayor. Este respondía, a lo Cluseret, que tenía tomadas sus medidas, que iba a poner en camino, para la defensa de esa puerta, una barricada móvil y blindada. Pero nada de ello llegaba. El domingo, Lefrançais, al cruzar el foso por los restos del puente levadizo, oyó y vio a los versalleses en las trincheras. Asustado por la inminencia del peligro, envió a Delescluze una nota que se extravió.

A las dos y media, bajo las sombras de las Tullerías, se celebraba un concierto monstruo a beneficio de las viudas y huérfanos de la Comuna. Las mujeres, vestidas con trajes primaverales, daban colorido a las verdes avenidas. A doscientos metros, en la plaza de la Concordia, los obuses versalleses lanzaban su nota de mal agüero en medio de la alegría brillante de los cobres y el hálito bienhechor de pradial.

Al final del concierto, un oficial de estado mayor

subió al tablado del director de orquesta: "Ciudadanos, Thiers había prometido entrar ayer en París; Thiers no ha entrado, no entrará. Os invito para el próximo domingo aquí, en este mismo sitio, a nuestro segundo concierto a beneficio de las viudas y de los huérfanos".

Los versalleses entran en París.

En ese mismo instante, a distancia de dos tiros de fusil, la vanguardia de los versalleses entraba en París.

La señal esperada se había dejado ver por fin en la puerta de Saint-Cloud. Un confidente de afición, Ducatel, que no había tomado parte en las conspiraciones, atravesaba estos barrios cuando vio todo desierto, las puertas y las fortificaciones. Trepó al bastión 64, agitó un pañuelo blanco y gritó a los soldaos de las trincheras: "¡Entrad, no hay nadie!" Al oírle, asomó un oficial de marina, interrogó a Ducatel, pasó sobre los restos del puente levadizo, se aseguró de que los bastiones y las casas vecinas se hallaban abandonados, entró en las trincheras y telegrafió la sorpresa a los generales más próximos. Las baterías de brecha suspendieron el fuego; los soldados de las trincheras inmediatas entraron, en pequeños pelotones, en el reducto. Thiers, Mac-Mahon y el almirante Pothuan, que se encontraban en ese momento en el monte Valérien, telegrafiaron a Versalles para poner en movimiento a todas las divisiones.

Dombrowski, que llevaba algunas horas ausente de su cuartel general de La Muette, llega a las cuatro. Un comandante le anuncia la entrada de los versalleses, Dombrowski deja que el oficial acabe su relato; después, volviéndose hacia uno de los suyos con aquella tranquilidad que exageraba en las situaciones críticas, dijo: "Que envíen a buscar una batería del 7 al ministerio de Marina; avisen a tales y cuales batallones. Yo me encargaré del mando". Dirige un parte al Comité de Salud Pública y a Guerra, y envía el batallón de voluntarios a ocupar la puerta de Auteuil.

A las cinco, un puñado de guardias nacionales, sin kepis, sin fusiles, lanza el grito de alarma en las calles de Passy. Algunos oficiales desenvainan y se afanan por contenerlos. Los federados salen de las casas; unos cargan sus fusiles, otros sostienen que se trata de una falsa alarma. El comandante de voluntarios recoge y arrastra en pos de sí a todos los que puede hallar.

Estos voluntarios eran una tropa curtida en el fuego. Cerca del ferrocarril ven los pantalones rojos, y los reciben a tiro limpio. Un oficial versallés trata de llevarse a sus hombres, y cae bajo las balas. Sus soldados retroceden. Los federados se instalan en el viaducto y en la desembocadura del bulevar Murat, y construyen una barricada que cubre el muelle hasta el puente de Iéna,

Última sesión del Hôtel-de-Ville.

El parte de Dombrowskí llegó a las siete al Comité de Salud Pública. Billioray, el único de sus miembros presente en la guardia, se dirige inmediatamente al Consejo. La Asamblea estaba juzgando a Cluseret, y Vermorel tenía la palabra. El ex delegado, sentado en una silla, escuchaba al orador con aquella descarada indolencia que los ingenuos tomaban por talento. Billioray entra, pálido, y se sienta un momento. Como Vermorel continúa, le grita: "¡Acabe usted, acabe usted! ¡Tengo que presentar una comunicación de la mayor importancia, para la que pido comité secreto!"

Vermorel: "Cedo la palabra al ciudadano Billioray".

Billioray lee un papel, que tiembla ligeramente en sus manos: "*Dombrowski a Guerra y Comité de Salud Pública: Los versalleses han entrado por la puerta de Saint-Cloud. Tomo disposiciones para rechazarlos. Si pueden ustedes enviarme refuerzos, respondo de todo*".[65]

Un silencio de estupor; a continuación estallan las interrogaciones. "Ya han salido algunos batallones -responde Billioray-; el Comité de Salud Pública está alerta".

Se reanuda la discusión aunque, como es natural, abreviando. El Consejo absuelve a Cluseret. La requisitoria de Miot se componía solamente de una serie de gruñidos; desdeñaba los únicos hechos acusadores, la inercia de Cluseret durante su delegación, y sus sospechosas relaciones. Se forman grupos. Coméntase el despacho. La confianza de Dombrowski, la seguridad de Billioray bastan a los románticos. En general, se cree en la solidez de las fortificaciones, en la inmortalidad de la causa. No hay nada concreto; el Comité de Salud Pública es responsable, que vaya cada cual a informarse, y que se dirija a su distrito si es necesario.

El tiempo se va en charlas. Ya no hay ni moción ni debate. Dan las ocho. El presidente, Jules Vallès, levanta la sesión. ¡La última sesión del Consejo de la Comuna! Nadie pide una guardia permanente, nadie insta a sus colegas a que esperen los informes sin moverse de allí, a que hagan llamar al Comité de Salud Pública. No hay nadie que diga, en ese momento de crítica incertidumbre, cuando debiera improvisarse un plan de defensa, una gran resolución en caso de desastre, que el puesto de los guardianes de París está en el centro, en la Casa común, y no en los distritos.

Así salió de la historia y del Hôtel-de-Ville el Consejo de la Comuna de 1871, en el instante de mayor peligro, cuando los versalleses entraban en París.

---

[65] El original de este despacho se ha perdido: lo hemos reconstituido gracias al testimonio del hermano de Dornbrowski y de varios miembros de la Comuna.

El mismo desconcierto reina en Guerra. El Comité Central se había dirigido a Delescluze, que se había mostrado muy sereno y dijo, como creían también algunos más jóvenes, que la lucha en las calles sería favorable a la Comuna. El comandante de la sección de Point-du-Jour vino a decir: "No ocurre nada", y el delegado aceptó, sin más, sus afirmaciones. El jefe del estado mayor no juzgó siquiera necesario hacer un reconocimiento personal, y a eso de las ocho hizo anunciar por medio de carteles: *"El puesto de observación del Arco de Triunfo niega la entrada de los versalleses; por lo menos, allí no ven nada que se parezca a eso. El comandante Renaud, de la sección, acaba de salir de mi gabinete, y afirma que no ha habido más que un pánico y que la puerta de Auteuil no ha sido forzada; que, si se han presentado algunos versalleses, han sido rechazados. H*e *enviado a buscar once batallones de refuerzo con otros tantos oficiales de estado mayor, que no deben separarse de ellos hasta haberlos llevado al puesto que deben ocupar".*

A la misma hora, Thiers telegrafiaba a sus prefectos: "*La puerta de Saint-Cloud acaba de caer bajo el fuego de nuestros cañones. El general Douay se ha precipitado por ella".* Doble mentira. La puerta de Saint-Cloud estaba abierta desde hacía tres días, sin que los versalleses se atreviesen a franquearla; el general Douay se había deslizado por ella, hombre tras hombre, introducido por una traición.

Por la noche, el ministerio pareció abrir los ojos. Los oficiales llegan pidiendo órdenes. El estado mayor se niega a dejar tocar a rebato o a dar órdenes para que toquen a generala, con el pretexto de que no hay que alarmar a la población. Algunos miembros de la Comuna, inclinados sobre el plano de París, estudian, al fin, los puntos estratégicos de que se han olvidado durante seis semanas; el delegado se encierra para redactar una proclama.

París, invadido.

Mientras que, en medio del París confiado, algunos hombres sin soldados, sin informaciones, disponen la primera resistencia, los versalleses siguen infiltrándose por la hendidura de la fortificación. Ola tras ola, su torrente crece, silencioso, velado por la noche que cae. Poco a poco se acumulan entre el ferrocarril de circunvalación y las fortificaciones. A las nueve son ya bastante numerosos para dividirse en dos columnas: una, sesgando a la izquierda, corona los bastiones 66 y 67; la otra se dirige a la derecha, por el camino de Versalles. La primera se aloja en el corazón de Passy, ocupa el asilo de Sainte-Périne, la iglesia y la plaza de Auteuil: la segunda, después de demoler la rudimentaria barricada construida en el muelle, a la altura de la calle Guillou, hacia la una de la mañana, por la calle Raynouard, escala el Trocadero, que se halla sin defensa ni defensores por aquella parte.

En el Hôtel-de-Ville se han reunido, por fin, los miembros del Comité de Salud Pública. Sólo Billioray ha desaparecido, y no ha de volver a aparecer. Se ignora el número y la posición de las tropas, pero se sabe que algunas masas se agitan en la oscuridad de Passy. Los oficiales de estado mayor enviados a La Muette vuelven con noticias tranquilizadoras. A las once, Assi se aventura por la calle Beethoven, cuyas luces están apagadas. Su caballo se niega a avanzar; acaba de resbalar en los grandes charcos de sangre; a lo largo de los muros hay guardias nacionales que parecen dormir. Varios hombres se lanzan contra él y le prenden. Son los versalleses, que estaban emboscados. En cuanto a los durmientes, son cadáveres de federados.

Los versalleses se desbordan por el interior de París, y París lo ignora. La noche es azul, estrellada, tibia, cargada de perfumes de primavera. La gente se agolpa en los teatros. Los bulevares rebosan de vida. Enmudece el cañón en todas partes, con un silencio desconocido desde hace tres semanas. Si el "más bello ejército que Francia haya tenido nunca" se lanzase de frente por los muelles y los bulevares totalmente vírgenes de barricadas, de un salto, sin disparar un tiro, estrangularía a la Comuna de París.

Los voluntarios se sostienen hasta media noche en la línea férrea. Como no reciben ningún refuerzo, se repliegan hacia La Muette. El general Clinchant los sigue, ocupa la puerta de Autcuil, deja atrás la de Passy, marcha sobre el cuartel general de Dombrowski. Cincuenta voluntarios disparan todavía algún tiempo desde el castillo, vueltos hacia el este, a punto de ser sitiados por el Trocadero; se baten en retirada, a la una y media, hacia los Campos Elíseos.

En la orilla izquierda, el general Cissey había apiñado sus fuerzas, durante toda la noche, a doscientos metros del reducto. A las doce de la noche, los zapadores franquean el foso, escalan las fortificaciones sin tropezar con un "¿Quién vive?", y abren las puertas de Sèvres y de Versalles.

A las tres de la mañana, los versalleses inundan París por las cinco llagas abiertas de las puertas de Passy, Auteuil, Saint-Cloud, Sèvres y Versalles. La mayor parte del distrito XV está ocupada. La Muette ha sido tomada. Tomado todo Passy y la altura del Trocadero. Tomado el polvorín de la calle Beethoven, las inmensas catacumbas que corren por debajo del distrito XVI, llenas con tres mil barriles de pólvora, millones de cartuchos, millares de obuses. A las cinco cae el primer obús versallés sobre la Legión de Honor. Como en la mañana del 2 de diciembre, París dormía.

Capítulo XXIX. El lunes, 22. Los versalleses invaden los barrios del este. París se alza.

"Los generales que han dirigido la entrada en París son grandes hombres de guerra."

Thiers, a la Asamblea Nacional, el 22 de mayo del 71.

Hacia las dos de la mañana llega Dombrowski al Hôtel-de-Ville, deshecho, pálido, contuso de una pedrada en el pecho. Cuenta al Comité de Salud Pública la entrada de los versalleses, la desbandada de Passy, sus inútiles esfuerzos para reunir a sus hombres. Los que le oyen se quedan pasmados ante esta invasión tan rápida -tan poco conocía el Comité la situación militar-. Dombrowski, que no entiende bien lo que le dicen, exclama: "¿Cómo? ¿Pero es que puede tomarse por un traidor el Comité de Salud Pública? ¡Mi vida pertenece a la Comuna!" Sus ademanes, su voz, revelan una amarga desesperación.

Nace el día, cálido y brillante como la víspera. El toque de generala y el de rebato han puesto en pie a tres o cuatro mil hombres que corren camino de las Tullerías, del Hôtel-de-Ville y del edificio de Guerra. Otros muchos abandonan en ese momento sus puestos, abandonan Passy, desguarnecen el distrito XV. Los federados del Petit-Vanves, que entraron en París a las cinco de la mañana, se han negado a resistir por más tiempo, al ver a Versalles en el Trocadero. En la orilla izquierda, en el *square* Sainte-Clotilde, algunos oficiales se esfuerzan por detenerlos. Los guardias los rechazan. "Ahora viene la guerra de barricadas -dicen-; cada cual a su distrito". Fuerzan el paso en la Legión de Honor. La proclama de Delescluze ha quebrantado sus lazos.

¡Basta de militarismo!

Esta proclama de otros tiempos, profusamente pegada en las paredes, empieza así:

"¡Basta de militarismo!, ¡no más estados mayores galoneados con dorados en todas las costuras! ¡Paso al pueblo, a los combatientes de desnudos brazos! La hora de la guerra revolucionaria ha sonado... El pueblo no entiende nada de maniobras técnicas. Pero cuando tiene un fusil en la mano y adoquines bajo sus pies, no le dan miedo todos los estrategas de la escuela monárquica juntos".

Cuando el ministro de la Guerra arremete contra toda disciplina, ¿quién va a querer obedecer? Cuando él desprecia todo método, ¿quién querrá razonar? Y se verá a centenares de hombres negarse a abandonar el empedrado de su calle, cerrar ojos y oídos ante el vecino barrio que agoniza; esperar, inmóviles, que el enemigo siga cercándolos.

A las cinco de la mañana empieza la retirada oficial. El jefe del estado mayor hace evacuar precipitadamente el edificio de Guerra, sin llevarse consigo ni destruir los papeles. Caerán en poder de los versalleses, y darán, millares de víctimas a los consejos de guerra.

A la salida del ministerio, Delescluze encuentra a Brunel. Éste, en libertad desde la víspera, ha reunido su legión y viene a ofrecerse; es uno de esos hombres de una fe que no pueden hacer vacilar las más crueles injusticias. Delescluze le da orden de que defienda la plaza de la Concordia. Allí se dirige Brunel, dispone en la terraza de las Tullerías y a la orilla del agua 150 tiradores, tres piezas del 4, una del 12 y dos del 7. El reducto de Saint-Florentin recibe una ametralladora y una pieza del 4; el de la calle Royale, a la entrada de la plaza de la Concordia, dos piezas del 12.

Delante de Brunel, algunos hombres de la 8º legión se esfuerzan por detener en la plaza Beauvau a los fugitivos de Passy y de Auteuil. Arrollados, ponen el barrio en estado de defensa. Levántanse barricadas en la calle del Faubourg-Saínt-Honoré, a la altura de la embajada inglesa, en la calle Suresnes y en Ville-l'Evéque. Amontónanse obstáculos en la plaza Saint-Augustín, en la esquina de la calle Abbatucci, en la desembocadura del bulevar Haussmann, y delante del bulevar Malesherbes. Los versalleses se presentan.

Los versalleses se lanzan adelante.

Desde las primeras horas han iniciado el avance. A las cinco y media, Douay, Clinchant y Ladmirault, pasando al pie de las fortificaciones, desembocan en la avenida de la Grande-Armée. Los artilleros de la puerta Maillot se vuelven y ven detrás de sí a los versalleses, sus vecinos desde hace cerca de diez horas. Ningún centinela ha dado aviso de su presencia. Monteret hace desfilar a sus hombres por Ternes, carga uno de los cañones de la puerta Maillot, asesta su último golpe al enemigo, y escapa hacia Batignolles.

La columna Douai sube por la avenida hasta la barricada de delante del Arco de Triunfo, que ocupa sin lucha. Los federados tienen tiempo apenas de llevarse los cañones que debían dominar el Arco de Triunfo. Los soldados enfilan el muelle y se aventuran confiadamente por la silenciosa plaza de la Concordia. Súbitamente se ilumina la terraza de las Tullerías. Los versalleses, recibidos a bocajarro, pierden mucha gente y huyen hasta el Palais de l'Industrie.

Por la izquierda, los soldados ocupan el Elíseo abandonado, y por las calles Morny y Abbatucci desembocan en la plaza Saint-Augustin. Sus barricadas, esbozadas apenas, no pueden sostenerse, y a eso de las siete y media se instalan los versalleses en el cuartel de La Pépiníère. Los federados establecen más atrás una segunda línea que corta el bulevar Malesherbes a la altura de la calle Boissy-d'Anglas.

A la izquierda de Douai, Clinchant y Ladmirault siguen avanzando, a lo largo de las fortificaciones. Los importantes parapetos de las puertas de Bíneau, Courcelles, Asnieres y Clichy, vueltos contra las fortificaciones, se hacen inútiles, y los versal1eses ocupan Ternes sin disparar un solo tiro. Al mismo

tiempo, una de las divisiones de Clinchant rodea por la parte de afuera las fortificaciones. Los federados de servicio en Neuilly, Levallois-Perret y Saint-Ouen, se ven acribillados a balazos por la espalda. Es la primera noticia que tienen de la entrada de los versalleses. Muchos federados caen prisioneros. Otros consiguen entrar en París por las puertas de Bineau, Asnieres y Clichy, sembrando en el distrito XVIII el pánico y los rumores de traición.

Toda la noche había estado sonando en Batignolles el toque de llamada, poniendo en pie a los sedentarios y a los niños. Un batallón de ingenieros se lanza al encuentro de los tiradores de Clinchant, y abre el fuego delante del parque Monceau y de la plaza Wagram; los guardias nacionales, engañados por sus pantalones rojos, lanzan sobre el batallón un fuego mortífero. El batallón se repliega y deja en descubierto al parque. Los versalleses ocupan éste y se lanzan a Batignolles. Allí les detienen las barricadas: por la izquierda, la que va desde la plaza Clichy hasta la calle Lévis: en el centro, las que se alzan en las calles Lebouteux, La Condamine y Dames. Por la derecha se fortifica La Fourche, posición rival de la plaza Clichy. Batignolles forma poco después una avanzada en Montmartre.

La fortaleza principal permanece muda. Diecisiete horas lleva asistiendo en silencio a la entrada de las tropas de Versalles. Por la mañana, las columnas de Douai y de Ladmirault, su artillería y sus furgones, se han encontrado y mezclado en la plaza del Trocadero; algunos obuses de Montmartre hubiesen cambiado esta confusión en derrota, y el menor fracaso a la entrada de las tropas hubiera sido para los versalleses un segundo 18 de marzo; pero los cañones de los cerros permanecen mudos.

Ochenta y cinco cañones, una veintena de ametralladoras yacen allí, sucios, en revuelta confusión. En estas ocho semanas, nadie ha pensado en ponerlos en línea. Abundan los proyectiles del 7, pero no hay cartuchos. En el Moulin de la Galette, sólo dos piezas del 24 están provistas de afustes; no hay parapetos, ni blindajes, ni plataformas. A las nueve de la mañana aún no han disparado las tres piezas. Al primer disparo, la fuerza del retroceso hunde en tierra los afustes, que costó no poco tiempo poner en condiciones de nuevo. Por otra parte, estas tres piezas tienen ya muy pocas municiones. En cuanto a fortificaciones y fajinas, no se encuentran por ningún lado. Apenas si se empieza a levantar algunas barricadas en los bulevares exteriores. A las nueve, La Cécilia, enviado a Montmartre, encuentra la defensa en estas vergonzosas condiciones. Dirige varios partes al Hôtel-de-Ville, conjurando a los miembros de la Comuna a que acudan o, por lo menos, envíen refuerzos de hombres y municiones. Otro tanto ocurre en la orilla izquierda, en la Escuela Militar. Frente al parque de artillería, los versalleses maniobran en el Trocadero desde la una de la madrugada. Ni uno solo de los cañones de la Comuna les ha molestado.

Al rayar el día, la brigada Langourian avanza hacia los barracones del Campo de Marte, punto menos que vacíos, aunque otra cosa haya escrito Vinoy. No por eso dejan de ser incendiados por los obuses del Trocadero -el primer incendio de las jornadas de mayo, confesado por los mismos versalleses-. La Escuela Militar cae en sus manos.

El distrito VII se levanta. La gente alza barricadas en el muelle, frente a la Legión de Honor, en las calles Lille y Université y en el bulevar Saint-Gerrnain, a la altura de la calle Solferino. Una docena de brassardiers[66] dirigidos por Durouchoux y Vrignault, bajan velozmente por la calle Balvis; el miembro de la Comuna, Sicard, y algunos federados más, los detienen frente a Petit-Saint-Thomas. Una bala derriba a Durouchoux: sus acólitos se lo llevan y aprovechan la ocasión para desaparecer. Las calles Beaune, Verneuil, Saints-Peres son acondicionadas para la defensa: en la Abbayeau-Bois de la calle Sèvres se alza una barricada.

Por la derecha, los soldados de Cissey bajan, sin hallar obstáculo alguno, por la calle Vaugirard, hasta la avenida Maine; otra columna sigue a lo largo de la vía férrea, y llega a las seis y media a la estación de Montparnasse. Esta posición capital no está preparada como debiera. La defiende una veintena de hombres, escasos de cartuchos, que se repliegan hacia la calle Rennes, donde improvisan, bajo el fuego de las tropas, una barricada a la altura de la calle Vieux-Colombier. En su extrema derecha, Cissey ocupa la parte de Vanves y guarnece la línea del ferrocarril del Oeste.

En el Hôtel-de-Ville.

Al retumbar del cañón, París se levanta y ve la proclama de Delescluze. Vuelven a cerrarse los almacenes, los bulevares siguen desiertos, la vieja insurrecta cobra su fisonomía de combate. Las estafetas corren a rienda suelta. Fragmentos de batallones llegan al Hôtel-de-Ville, donde se han concentrado el Comité Central, el de Artillería y todos los servicios militares.

A las nueve hay reunidos veinte miembros del Consejo. ¡Prodigio! Allí está Félix Pyat, que acaba de gritar: "*¡A las armas!*" en "Le Vengeur" de por la mañana. El hombre ha asumido sus ínfulas de patriarca. "¡Amigos míos, ha llegado nuestra última hora! ¡Oh, por mí no me importa! Blancos están mis cabellos, mi carrera ha terminado. ¿Qué fin más glorioso puedo esperar que el de la barricada? Pero cuando veo a mí alrededor tantas cabezas rubias,

[66] Civiles con brazalete tricolor, al servicio de Versalles dentro de París. La entrada de las tropas de Thiers armó a los que aún no habían sido armados por las conspiraciones. Véase, a este respecto, el capítulo 24.

tiemblo por el porvenir de la Revolución". Pide que se levante acta de los presentes, a fin de hacer constar debidamente quién estaba en su puesto; firma y, con los ojos húmedos, después de saludar a sus colegas, el viejo comediante corre a ocultarse en algún sótano, dejando atrás, con esta última cobardía, todas sus villanías pasadas.

Reunión estéril en la que no se hace más que cambiar noticias. Nadie se preocupa de dar un impulso, de dotar de un sistema a la defensa. Abandónase a los federados a su inspiración. En toda la última noche, ni Dombrowski, ni Guerra, ni el Hôtel-de-Ville han pensado en los batallones que están fuera. Ningún cuerpo puede esperar nada que no surja de su propia iniciativa, de los recursos que sepa crearse, y de la inteligencia de sus jefes.

Pero si falta dirección, abundan, en cambio, las proclamas del Comité de Salud Pública. A mediodía anuncia: "*¡Alcense los buenos ciudadanos! ¡A las barricadas! El enemigo está dentro de nuestros muros... ¡No haya vacilaciones! ¡Adelante por la Comuna y por la libertad! ¡A las armas!*"

Una hora después:

"AL PUEBLO DE PARÍS:

El pueblo que destronó a los reyes, que destruyó las Bastillas, el pueblo del 89 y del 93, el pueblo de la revolución, no puede perder en un día el fruto de la emancipación del 18 de marzo.

¡A las armas, pues, a las armas!

Que París se *erice de barricadas, y que, detrás de esas murallas improvisadas, lance otra vez a sus enemigas su grito de guerra, grito de orgullo, grito de desafío, pero también grito de victoria: porque París, con sus barricadas,* es *inexpugnable.*

Hôtel-de-Ville, 2 *pradial, año 71.*"

Palabras, nada más que palabras.

El lunes por la tarde.

Mediodía. - El general Cisscy ha invadido la explanada de los Inválidos, y sus soldados entran por la calle Grenelle-Saint-Germain: la Escuela de Estado Mayor da un respingo y los pone en fuga. Dos cañones federados enfilan la calle Université. Cuatro cañoneras, emboscadas bajo el Pont-Royal, guardan el río y cañonean el Trocadero. En el centro, en el distrito VIII, tirotean los versalleses. En Batignolles no avanzan; pero sus proyectiles dejan desierta la calle Lévis. Los federados pierden mucha gente en la calle Cardinet, donde se bate furiosamente un puñado de muchachos.

Malón y Paclard, que dirigen esta defensa, piden desde la mañana refuerzos a Montmartre. A eso de la una van a buscarlos ellos mismos. En el estado mayor nadie puede darles la menor indicación. Los federados vagan al azar por las calles o charlan entre sí, en pequeños grupos. Malon quiere llevárselos; ellos se niegan, reservándose, según dicen, para su distrito. Los cañones de los cerros están mudos. Faltos de municiones. El Hôtel-de-Ville no ha enviado más que palabras.

Hay, sin embargo, dos generales allí arriba: Cluseret y La Cécilia. El ex delegado pasea melancólicamente su soñolienta incapacidad. La Cécilia, desconocido en este barrio, se ve impotente.

Las dos. - El Hôtel-de-Ville ha recobrado su aspecto de marzo. El Comité de Salud Pública, a la derecha, y, a la izquierda, Guerra, se ven invadidos. El Comité Central multiplica sus órdenes y declama contra la incapacidad de los miembros de la Comuna: pero lo cierto es que tampoco él es capaz de formular una idea precisa. El Comité de Artillería sigue haciéndose un taco con sus cañones, no sabe a quién dar la razón, y niega frecuentemente piezas para las posiciones más importantes.

Los delegados del congreso de Lyon vienen a ofrecer su intervención. La antevíspera, Thiers los había despachado con cajas destempladas; ¿qué podían hacer ahora, después de la entrada de las tropas? Nada. El Comité de Salud Pública lo comprende así y los recibe fríamente. En el Hôtel-de-Ville son muchos los que creen en la victoria, y casi se regocijan de la entrada de los versalleses, a los que se aplastará más fácilmente de esta manera.

Empiezan a surgir barricadas. La de la calle Rivoli, que protegerá al Hôtel-de-Ville, se alza a la entrada del *square* Saint-Jacques, en la esquina de la calle Saint-Dénis. Cincuenta obreros del oficio construyen la barricada, y algunos golfillos acarrean la tierra del *square.* Esta obra, de varios metros de profundidad y seis de altura, con fosos, troneras, una avanzada, es tan sólida como la del reducto de Saint-Florentín, que tardó en hacerse varias semanas: fue terminada en pocas horas, ejemplo de lo que hubiera podido, para defender a París, un esfuerzo inteligente, realizado a tiempo. En el distrito IX, las calles Auber, Chaussée-d'Antin, Cháteaurlun, los cruces del barrio de Montmartre, de Notre-Dame-de-Lorette, de la Trinité, la calle Martyrs, levantan prontamente su adoquinado. Se atrincheran las principales bocacalles: La Chapelle, Buttes-Chaumont, Belleville, Ménilmontant, La Roquette, la Bastilla, los bulevares Voltaire y Richard-Lermir, la plaza Château-d'Eau, los grandes bulevares, sobre todo a partir de la puerta de Saint-Dénis: en la orilla izquierda, el bulevar Saint-Michel en toda su longitud, el Panteón, la calle Saint-Jacques, Gobelins, y las principales avenidas del distrito XIII. Muchas de estas defensas no pasarán de un estado rudimentario.

El júbilo de Versalles.

Mientras Paris se yergue aprestándose para la última lucha, Versalles está loco de contento. La Asamblea se ha reunido temprano. Thiers no ha querido dejar a ninguno de sus ministros la gloria de

anunciar que en París se están matando. Su aparición en la tribuna es saludada frenéticamente. "*¡La causa de la justicia, del orden, de la humanidad, de la civilización, ha triunfado!* -grita el hombrecillo-. *Los generales que han dirigido la entrada de las tropas en París son grandes hombres de guerra... La expiación va a ser completa. Se llevará a cabo en nombre de las leyes, por las leyes, con las le*yes". La Cámara comprende esta promesa de carnicería, y, por medio de una votación unánime, derecha, izquierda, centro, clericales, republicanos y monárquicos, decretan que el ejército versallés y el jefe del poder ejecutivo son beneméritos de la patria.

Se levanta la sesión. Los diputados corren a "La Lanterne" de Diogene, a Châtillon, al monte Valériien, a todas las alturas desde donde se puede, como desde un inmenso Coliseo, seguir sin peligro la degollina de París. Les acompaña la turbamulta de los desocupados, y en este camino de Versalles, diputados, cortesanas, mujeres mundanas, periodistas, funcionarios, todos, encelados por la misma histeria, ofrecen a los prusianos y a Francia entera el espectáculo de una saturnal bizantina.

Por la mañana, Thiers había telegrafiado a Jules Favres: "Vuelvo de París, donde he visto terribles espectáculos. Venga, amigo mío, a compartir mi satisfacción". Pudo ver, en efecto, algunas ejecuciones sumarias, lo que el vulgo llama matanzas de prisioneros. Ese día empezaron, y probablemente fue el cuartel Babylone el que inició la semana sangrienta. Dieciséis federados, apresados en la calle Bac, fueron fusilados en el patio.

A partir de las ocho, el ejército no avanza, fuera del distrito VIII, en que rodea la barricada de la embajada inglesa por la parte de los jardines. La línea del barrio Saint-Germain resiste de firme, desde el Sena hasta la estación de Montpamasse, que cañonean los federados.

Cae la noche.

La noche amortigua la fusilería; el cañoneo continúa aún. Rojos fulgores se alzan de la calle Rivoli. Está ardiendo el ministerio de Hacienda. Todo el día ha estado recibiendo parte de los obuses destinados a la terraza de las Tullerías, y los papeles almacenados en sus guardillas se han quemado. Los bomberos de la Comuna han apagado, la primera vez, este incendio, que dificulta la defensa del reducto de Saint-Floretin: pero no tarda enprender de nuevo con mayores bríos, inextinguibles.

Comienzan entonces las noches trágicas que habrán de retumbar siete veces. El París de la revuelta está en pie. Algunos batallones bajan hasta el Hôtel-de-Ville, con banda y bandera roja al frente, doscientos hombres resueltos por cada batallón. Otros se forman en las calles principales; los oficiales recorren los frentes, distribuyen cartuchos; las cantineritas trotan, orgullosas de correr los mismos peligros que los hombres. La primera impresión había sido terrible; la creencia general fue que las tropas estaban en el corazón mismo de París. La lentitud de su avance rehízo la esperanza; acudieron todos los combatientes decididos. Se vio echarse el fusil al hombro a muchos de aquellos que habían señalado los errores sin ser escuchados. Pero en estos momentos no se trata de vanas recriminaciones. ¿Deben desertar de su bandera los soldados por la ineptitud de los jefes? El París del 71 alza contra Versalles la Revolución social entera. Hay que estar con él o en contra suya, cualesquiera que sean las equivocaciones cometidas; los mismos que no tienen ninguna ilusión respecto al desenlace de la lucha, quieren servir a su causa inmortal, despreciando la muerte.

Las diez. - Una tropa de federados, excitadísima, viene trayendo a Dombrowski. El general, al que ha sido retirado el mando desde por la mañana, se había dirigido con sus oficiales a las vanguardias de Saint-Ouen. Al ver que su papel se había acabado, quería atravesar a caballo, por la noche, las líneas prusianas y ganar la frontera. Un comandante llamado Vaillant, que fue al día siguiente fusilado por traidor, sublevó a sus hombres contra el general. Conducido a presencia del Comité de Salud Pública, exclama como la víspera: "¡Dicen que he hecho traición!" Los miembros del Comité le tranquilizaron afectuosamente. Dombrowski salió, fue a comer con sus oficiales, y al final de la comida, sin decir palabra, estrechó la mano, uno por uno, a sus compañeros. Todos se dieron cuenta de que se haría matar.

Llegan al Hôtel-de-Ville mensajeros de todos los puntos donde se desarrolla la lucha. Un gran número de guardias y oficiales, encorvados sobre las mesas, expiden órdenes y despachos. Los patios se llenan de furgones, de carros; los caballos, enganchados al tiro, comen o duermen en los rincones. Llegan municiones, e inmediatamente vuelven a salir. Por ninguna parte se ven muestras de desaliento ni de inquietud; antes, por todos lados, una actividad casi alegre.

Las calles y los bulevares han recibido su iluminación reglamentaria, a no ser en los barrios invadidos. A la entrada del barrio de Montmartre, la luz cesa bruscamente; se abre como un enorme agujero negro. Esta oscuridad está bordeada de centinelas federados que lanzan a intervalos su grito: "*¡Pasad de largo!"* Más allá, un silencio lleno de amenazas. Estas sombras que se mueven en la noche cobran formas gigantescas; es como si caminase uno a través de una pesadilla; los más valientes se sienten transidos de espanto.

Las barricadas.

Hubo noches más clamorosas, más surcadas de centellas, más grandiosas, cuando el incendio y el

cañoneo envolvieron por completo a París; ninguna entró más hondo ni más lúgubremente en las almas. La gente se busca en las tinieblas, habla bajo, cobra esperanza, se la da a los demás. En las encrucijadas se consultan para estudiar las posiciones; después, ¡al trabajo!, ¡adelante con el pico y los adoquines! Que se amontone la tierra; en ella se amortiguarán los obuses. Que los colchones arrojados desde las casas abriguen a los combatientes; nadie ha de dormir ya desde ahora. Que las piedras, a que el odio sirve de argamasa, se aprieten unas contra otras, como pechos de hombre en el campo de batalla. ¡Los versalleses han sorprendido a París sin defensa: que se encuentren mañana con Zaragoza y Moscú!

Requiérese el auxilio de todo el que pasa: "¡Vamos, ciudadano, a echar una mano a la República!" En la Bastilla y en los bulevares interiores se encuentran a veces hormigueros de trabajadores; unos cavan la tierra, otros acarrean piedras. Los muchachos manejan picos y palas tan grandes como ellos. Las mujeres espolean a los hombres. Los sustituyen. La delicada mano de las jóvenes levanta la dura azada, que cae con un ruido seco, haciendo saltar chispas. Hace falla una hora para descortezar seriamente el suelo; habrá que pasarse la noche trabajando.

En la plaza Blanche, escribía Maroteau en el "Salut Public" del día siguiente, "hay una barricada perfectamente construida y defendida por un batallón de mujeres, unas ciento veinte. En el momento en que llego, se destaca una forma negra del umbral de una puerta cochera. Es una joven con el gorro frigio derribado sobre una oreja, el fusil en la mano, la cartuchera a los riñones: ¡Alto, ciudadano! ¡De aquí no pasa nadie!" El martes por la noche, en la barricada del *square* de Saint-Jacques y del bulevar Sébastopol, varias mujeres del barrio de La Halle trabajaron durante mucho tiempo, llenando de tierra sacos y cestas de mimbre.

Ya no son los reductos tradicionales, de una altura de dos pisos. La barricada improvisada en las jornadas de mayo se componen de unos cuantos adoquines y llega apenas a la altura de un hombre. Detrás, algunas veces, el cañón, o una ametralladora. En medio, sujeta entre dos piedras, la bandera roja; color de venganza. Grupos de veinte hombres, detrás de esos guiñapos de fortificaciones, contuvieron el empuje de regimientos enteros.

Si la menor idea de conjunto hubiera dirigido este esfuerzo, si Montmartre y el Panteón hubieran cruzado sus fuegos, si el ejército versallés se hubiera encontrado con alguna explosión hábilmente dirigida, hubiera vuelto espaldas más que a prisa. Pero los federados, faltos de dirección y de todo conocimiento de la guerra, no vieron más allá de sus barrios y de sus propias calles. En lugar de doscientas barricadas estratégicas, solidarias, fáciles de defender con siete u ocho mil hombres, sembraron centenares de ellas, imposibles de guarnecer. El error general consistió en creer que el ataque vendría de frente, cuando los versalleses ejecutaron en todas partes movimientos envolventes.

Por la noche, la línea versallesa se extiende desde la estación de Batignolles hasta el extremo del ferrocarril del Oeste, en la orilla izquierda, pasando por la estación Saint-Lazare, el cuartel de La Pepiniere, la embajada inglesa, el Palais de l'Industríe, el Cuerpo Legislativo, la calle Bourgogne, el bulevar de los Inválidos y la estación de Montpamasse.

Ante el invasor no hay más que unos embriones de barricadas. Con que rompa con un esfuerzo esta línea todavía tan débil, sorprenderá el centro, absolutamente desguarnecido. No se atreverán a hacerlo estos ciento treinta mil hombres. Jefes y soldados tuvieron miedo de París. Creyeron que las calles iban a entreabrirse, que las casas se derrumbarían sobre ellos. El mejor testimonio de esto es la fábula de los explosivos, de las minas puestas en las alcantarillas, imaginada más tarde para justificar su indecisión. El lunes por la noche, dueños de varios distritos, temblaban todavía de miedo ante una sorpresa terrible. Necesitaron toda la tranquilidad de la noche para darse cuenta de la extensión de su conquista y convencerse de que los Comités de defensa no habían previsto ni preparado nada.

Capítulo XXX. Martes, 23. Torna de Montmartre. Las primeras matanzas en bloque. Arde París. La última noche del Hôtel-de-Víllе.

Los defensores de las barricadas duermen sobre las piedras de éstas. Las avanzadas enemigas vigilan. En Batignolles, la guardia versallesa se apodera de un centinela. El federado grita con todas sus fuerzas: "¡Viva la Comuna!", y sus camaradas, advertidos, pueden ponerse en guardia. El centinela es fusilado inmediatamente.

A las dos de la mañana, La Cécilia, acompañado de Lefrançais, Vermorel y Johannard, miembros de la Comuna, y de los periodistas Alphonse Humbert y Maroteau, lleva a Batignolles un refuerzo de cien hombres. A los reproches que Malon le dirige por haber dejado al barrio sin auxilio todo el día, responde el general: "Es que no me obedecen".

Las tres. - ¡En pie en las barricadas! ¡La Comuna no ha muerto! El aire fresco de la mañana baña los rostros fatigados y da nuevo pábulo a la esperanza. El cañoneo enemigo saluda en toda la línea el nacimiento del día. Los artilleros de la Comuna responden desde Montpamasse hasta los cerros de Montmartre, que parecen animarse un poco.

Ladmirault, punto menos que inmóvil la víspera, lanza sus hombres a lo largo de las fortificaciones, tomando por la espalda todas las puertas, desde Neuilly a Saint-Ouen. A su derecha, Clinchant ataca con el mismo movimiento las barricadas de

Batignolles. La primera que cede es la calle Cardinet: después, las calles Nollet, Truífaut, La Condamine y la avenida baja de Clichy. De pronto se abre la puerta de Saint-Ouen, y vomita versalleses. Es la división Montaudon, que opera, desde la víspera, extramuros. Los prusianos le han cedido la zona neutra. Gracias a la ayuda de Bisrnarck, Clinchant y Ladmirault van a aprisionar los cerros por los dos flancos.

Próximo a ser sitiado en la alcaldía del distrito XVII, Malon ordena la retirada hacia Montmartre. Hacia allí se dirige también un destacamento de veinticinco mujeres que acaban de ofrecerse, capitaneadas por las ciudadanas Dimitrielf y Louise Michel. Malón y sus amigos pueden escapar por una salida.

Clinchant sigue su camino y acaba por tropezar con la barricada de la plaza de Clichy. Para echar abajo estos adoquines amontonados de mala manera y detrás de los cuales luchan apenas cincuenta hombres, hace falta el esfuerzo combinado de los versalleses de la calle Saint-Pétersbourg y el de los tiradores del colegio de Chaptal. Los federados, como ya no tienen obuses, cargan sus cañones con piedras y asfalto; cuando se les ha agotado la pólvora, se repliegan hacia la calle Carrieres. Ladmirault, dueño de la avenida Saint-Oucn, rodea la barricada por el cementerio de Montmartre. Una veintena de guardias se niegan a rendirse. Los versalleses los fusilan.

Más atrás, el cuartel de Epinettes lucha algún tiempo todavía. Poco a poco cesa toda resistencia, y, a eso de las nueve, Batignolles pertenece al ejército.

El Hôtel-de-Ville no sabe nada del avance de las tropas, cuando Vermorel va allí a buscar municiones para Montmartre. Vuelve atrás con algunos furgones, y no consigue llegar al cerro, sitiado ya por los versalleses.

Toma de Montmartre.

Dueños de Batignolles, les basta alargar la mano para apoderarse de Montmartre. El cerro parece muerto. Se ha extendido en él el pánico durante la noche. Han ido aclarándose las filas de los batallones, hasta que éstos se han desvanecido. El jefe de la 18º legión, Millière , homónimo del diputado, es incapaz de una iniciativa vigorosa. Individuos a quienes se vio horas más tarde en las filas del ejército, siembran noticias falsas, detienen a cada instante a jefes civiles o militares, so pretexto de que son traidores. No más que un centenar de hombres guarnece la vertiente norte. Durante la noche han empezado a construirse, sin ningún entusiasmo, algunas barricadas; únicamente las mujeres dieron pruebas de ardor.

Cluseret se ha evaporado, como de costumbre. A pesar de sus despachos y de las promesas del Hôtel-de-Ville. La Cécilia no ha recibido refuerzos ni municiones. A las nueve ya no se oye el cañón del cerro. Los artilleros se han ido. Los fugitivos de Batignolles, que llegan a las diez, no traen consigo más que el pánico. Pueden presentarse los versalleses: no hay arriba de doscientos combatientes para recibirlos.

Mac-Mahon, a todo esto, no se atreve a intentar el asalto más que con sus mejores tropas; tan temible es la fama de Montmartre. Dos nutridos destacamentos lo asaltan por las calles Lepíc y Marcadet y por la calzada Clignancourt. De vez en cuando salen disparos de alguna casa. Inmediatamente se detienen las columnas y comienza el cerco en regla. Estos millares de hombres que rodean totalmente a Montmartre, secundados por la artillería instalada en el terraplén del reducto, tardan tres horas en tomar unos posiciones defendidas sin método alguno por unas cuantas docenas de tiradores.

A las once, los versalleses toman el cementerio. En las inmediaciones de éste hay algunos tiroteos. Los escasos combatientes que se obstinan en hacer frente a los asaltantes caen muertos o se repliegan, desalentados por el aislamiento en que se ven. Los versalleses escalan el cerro por todas las laderas, se instalan a mediodía en el Moulin de la Galette, bajan a la alcaldía, a la plaza Saint-Pierre y ocupan sin la menor resistencia todo el distrito XVIII.

Así fue abandonada, sin lucha, sin una protesta de desesperación siquiera, esta altura inexpugnable desde donde unos centenares de hombres resueltos hubieran podido tener en jaque a todo el ejército de Versalles y obligar a la Asamblea a una transacción. Por dos veces, en este siglo, este bastión defraudó las esperanzas de París.

Matanzas en masa.

Apenas instalado en Montmartre, el estado mayor versallés dio comienzo a los holocaustos ofrecidos a los manes de Lecomte y de Clément Thomas. Cuarenta y dos hombres, tres mujeres y cuatro niños, cogidos al azar, son conducidos al número 6 de la calle Rosiers, obligados a doblar las rodillas, con la cabeza descubierta, ante el muro al pie del cual fueron ejecutados los generales el 18 de marzo. Después de esto, los matan. Una mujer que tiene a su hijo en brazos se niega a arrodillarse, grita a sus compañeros: “¡Haced ver a estos miserables que sabéis morir en pie!"

Esos sacrificios continuaron en los días siguientes. Cada hornada de prisioneros se estacionaba primero ante el muro acribillado a balazos. Se les fusilaba en seguida a dos pasos de allí, en la falda del cerro que domina el camino de Saint-Denis.

Batignolles y Montmartre vieron las primeras matanzas en masa. Junio del 48 había tenido sus fusilamientos sumarios de insurrectos apresados en las barricadas. Mayo del 71 conoció las carnicerías al antojo del soldado. El martes, mucho antes de los

incendios, los versalleses fusilaban a todo el que encontraban en el *square* Batignolles, en la plaza del Hôtel-de-Ville, en la puerta de Clichy. El parque Monceau es el principal matadero del distrito XVIII. En Montmartre, la matanza se centraliza en el cerro, en el Elíseo -cada uno de cuyos escalones está hecho de cadáveres-, y en los bulevares exteriores.

A dos pasos de Montmartre se ignora la catástrofe. En la plaza Blanche, la barricada de las mujeres se sostiene algún tiempo contra los soldados de Clinchant. En seguida se repliegan a la barricada de Pigalle, que cae a eso de las dos. Su jefe es conducido a presencia de un comandante versallés: "¿Quién eres?, le dice. -Lévêque, albañil, miembro del Comité Central-. ¡Ah, con que son los albañiles los que quieren mandar ahora?", responde el versallés, disparándole el revólver en plena cara.

La orilla izquierda.

La resistencia es más afortunada en la otra orilla del Sena. Varlin contiene a los versalleses en la encrucijada de la Croix-Rouge, que será célebre en la defensa de París. Las calles que desembocan en este punto han sido atrincheradas, y esta plaza de armas no será abandonada hasta que el incendio y los obuses hayan hecho de ella un montón de ruinas. En las orillas del río, en las calles Université, Saint-Dominique y Grenelle, los batallones 67, 135, 138 y 147, sostenidos por los *Enfants perdus* y los *Tirailleux,* resisten obstinadamente. En la calle Rennes y en los bulevares vecinos se obstinan en vano los versalleses. La calle Vavin, donde la resistencia es maravillosa, retrasará por espacio de dos días la invasión del Luxembourg.

Estamos menos seguros en la extrema izquierda. Los versalleses han sitiado desde la mañana el cementerio de Montparnasse, defendido por un puñado de hombres. Cerca del restaurante Richefeu, los federados han dejado acercarse al enemigo, descubriendo a bocajarro las ametralladoras. Es inútil. Los versalleses, numerosísimos, se apoderan de los federados. Desde aquí, rasando las fortificaciones del distrito XIV, llegan a la plaza Saint-Pierre. Las fortificaciones de la avenida de Italia y de la carretera de Châtíllon, preparadas con mucha anterioridad -siempre contra las fortificaciones- son tomadas por la espalda, por la calzada del Maine; la defensa de la encrucijada de Quatre-Chemins se concentra en torno a la iglesia. Desde lo alto del campanario, una docena de federados de Montrouge apoyan la barricada que corta en sus dos tercios la calzada del Maine. Treinta hombres la defienden por espacio de varias horas. Se les acaban los cartuchos, y la bandera tricolor es izada en la alcaldía a la misma hora en que domina el cerro de Montmartre. A partir de ese momento está expedito el camino hasta la plaza Enfer. Hasta allí llegan los versalleses, después de haber sufrido el fuego del Observatoire, donde se han agrupado algunos federados.

Más allá de estas líneas, ya franqueadas, se alzan otras defensas, gracias a Wroblewski. La víspera, al recibir la orden de evacuar los fuertes, respondió: "¿Es un error o una traición? De ningún modo los evacuaré". Tomado Montmartre, el general fue a pedir a Delescluze que llevase la lucha a la orilla izquierda. El Sena, los fuertes, el Panteón, la Bievre, formaban, a su juicio, un reducto seguro, quedando el campo libre para la retirada. Su concepción hubiera sido acertada tratándose de tropas regulares; pero no se desplaza militarmente el corazón de una insurrección, y los federados se obstinaban cada vez más en conservar sus barrios.

Wroblewski se volvió a su cuartel general, reunió a los comandantes de los fuertes, prescribió las disposiciones para la defensa, y volvió a tomar el mando de la orilla izquierda, que le concedían los decretos anteriores. Cuando envió órdenes al Panteón, le contestaron que allí quien mandaba era Lisbonne. Wroblewski, sin desalentarse, puso en estado de defensa el radio que le quedaba. Instaló en Butte-aux-Cailles -posición dominan te situada entre el Panteón y los fuertes- una batería de ocho piezas y dos de a cuatro, fortificó los bulevares Italic, Hôpital, Gare, estableció su cuartel general en la alcaldía de Gobelins, y sus reservas en la plaza Italic, en la plaza Jeanne-d'Arc, y en Bercy.

En el otro extremo de París, los distritos XIX y XX preparaban su defensa. El esforzado Passedouet ha sustituido a Du Bisson, que aún se atrevía a presentarse como jefe de legión de La Villette. Se atrincheran la calle ancha de La Chapelle, detrás del ferrocarril de Estrasburgo, las calles Aubervilliers. Flandre, y el canal, hasta formar cinco líneas de defensa protegidas en los flancos por los bulevares y las fortificaciones; montan un cañón en la calle Riquet, en la fábrica de gas. Arrástranse a brazo algunas piezas de sitio hasta el cerro de Chaumont: otras, hasta la calle Puebla. Sube otra balería al Pére-Lachaise, y cubre a París con su estruendo.

Un París desierto y mudo. Como la víspera, los almacenes están cerrados. Las calles, blancas de sol, se extienden desiertas y amenazadoras. Las estafetas a rienda suelta, los galopes de la artillería que se desplaza, los combatientes en marcha, son los únicos que interrumpen la soledad. Agudos gritos atraviesan el silencio: ¡Abrid las contraventanas, levantad las persianas! Por encima de las ventanas falsas se pone una señal, después de comprobada la ausencia. Dos periódicos, "Tribun du Peuple" y "Salut Public", han salido, a pesar de los obuses versalleses que caen sobre la imprenta de la calle Aboukir.

Proclamas.

En el Hôtel-de-Ville, algunos hombres hacen lo que pueden para atender a las necesidades del

momento. Ante todo hay que alimentar a los combatientes. El Comité envía a buscar 500.000 francos al Banco, que se apresura a darlos; millones daría. Un decreto autoriza a los jefes de barricada a requisar los víveres y útiles necesarios. Otro condena al incendio a toda casa desde la que se dispare contra los federados. El Comité de Salud Pública fija un llamamiento "a los soldados del ejército de Versalles":

"El pueblo de París no creerá nunca que podáis dirigir vuestras armas contra él cuando su pecho toque a los vuestros; vuestras manos retrocederán ante un acto que sería un verdadero fratricidio.

Sois proletarios como nosotros… Lo que hicisteis el 18 de marzo volveréis a hacerlo… Venid a nosotros, hermanos; venid a nosotros, nuestros brazos están abiertos".

El Comité Central, por su parte: *"Somos padres de familia. Vosotros lo seréis un día. Si hoy disparáis contra el pueblo, vuestros hijos os maldecirán como nosotros maldecimos a los soldados que desgarraron las entrañas del pueblo en junio de 1848 y en diciembre de 1851. Hace dos meses, vuestros hermanos fraternizaron con el pueblo; ¡imitadlos!"* Pueril ilusión, aunque harto generosa. En este respecto, el pueblo de París pensaba como sus mandatarios. A pesar de los furores de la Asamblea, de los fusilamientos de heridos, de los tratamientos infligidos a los prisioneros desde hacía seis semanas, los trabajadores no querían admitir que unos hijos del pueblo pudiesen "desgarrar las entrañas" de este París que combatía por libertarlos.

A las tres, Bonvalet y otros de la Liga de los Derechos de París se presentan en el Hôtel-de-Ville, donde les reciben los miembros de la Comuna y del Comité de Salud pública. Se quejan, gimoteando, de esta lucha, proponen interceder como lo hicieron tan felizmente durante el sitio, y llevar a Thiers la expresión de su dolor. Además, se ponen a disposición del Hôtel-de-Ville. "¡Perfectamente! -les responden-. Cojan ustedes un fusil, y ¡a las barricadas!" Ante este argumento directo, la Liga se repliega hacia el Comité Central, que tiene el candor de darle oídos.

¡Se trata nada menos que de entablar negociaciones en plena batalla! Los versalleses, prosiguiendo sus éxitos de Montmartre, van en esos momentos al bulevar Omano y a la estación del Norte. A las dos, las barricadas de la calzada de Clignancourt son abandonadas. En la calle Myrrha, Dombrowski cae muerto al lado de Vermorel. Por la mañana le había dicho Delescluze que hiciese lo que pudiera por la parte de Montmartre. Sin esperanzas, sin soldados, sospechoso desde la entrada de los versalleses, a Dombrowski sólo le queda morir. Expira, dos horas más tarde, en el hospital Lariboisière. Su cuerpo es llevado al Hôtel-de-Ville: las barricadas por donde pasa presentan armas.

Clinchant, libre por la izquierda, apunta al distrito IX. Una columna baja por las calles Fontaine-Saint-Georges y Notre-Dame-de-Lorette, y hace un alto forzoso en el cruce. La otra cañonea al colegio Rollin, antes de embocar por la calle Trudaine, donde habrá de verse detenida hasta la noche.

Más al centro, en el bulevar Haussmann, Douai acosa la barricada de los almacenes Printemps. Desaloja a cañonazos a los federados de la iglesia de la Trinité, monta en el pórtico cinco piezas contra la importante barricada que cierra la calzada de Antin, a la entrada del bulevar. Un destacamento entra por las calles Châteaudun y Lafayette. En el cruce de Montmartre, una barricada de un metro de alto, defendida por diez hombres, lo detiene hasta que llega la noche.

La derecha de Douai sigue siendo impotente contra la calle Royale. Desde hace dos días, Brunel sostiene en este lugar una lucha que sólo tendrá par con las de Butte-aux-Cailles, la Bastilla y Château-d'Eau. Los obuses acribillan el bulevar Malesherbes. La principal barricada que corta al sesgo la calle es dominada por las casas de la izquierda, desde las cuales diezman a los federados los versalleses. Brunel, que se da perfecta cuenta de la importancia del puesto que le ha sido encomendado, da orden de pegar fuego a las mortíferas casas. Un federado que le ha obedecido recibe una bala en un ojo y viene a morir cerca de su jefe, diciendo: "Pago con la vida la orden que me ha dado usted. ¡Viva la Comuna!" Las casas comprendidas entre el número 13 y el barrio de Saint-Honoré son pasto de las llamas. Con esto se detuvieron los versalleses.

A la izquierda de Brunel, la terraza de las Tullerías, denodadamente ocupada desde el día antes, secunda su resistencia. Sesenta piezas de artillería montadas en Quai d'Orsay, en Passy, en el Campo de Marte, en la barrera de l'Etoile, hacen converger sus fuegos sobre esta terraza y sobre la barricada de Saint-Florentin. Una docena de piezas federadas hacen frente al diluvio. La plaza de la Concordia, cogida en medio de estos fuegos cruzados, se llena de restos de fuentes, de farolas, de estatuas. La de Lille queda decapitada; la de Strasbourg, acribillada por los proyectiles.

En la orilla izquierda, los versalleses avanzan casa a casa. Los habitantes del barrio los apoyan y disparan sobre los federados, parapetados detrás de sus persianas. Los federados, a su vez, fuerzan e incendian las casas traidoras. Los obuses versalleses comenzaron el incendio; el resto del barrio no tardó en ser pasto de las llamas. Las tropas siguen ganando terreno, ocupan el ministerio de la Guerra, la dirección de Telégrafos, llegan al cuartel de Bellechasse y a la calle Université. Sus obuses destrozan las barricadas del muelle y de la calle Bac. Al batallón federado que ocupa desde hace dos días la Legión de Honor no le queda más retirada posible

que acogerse a los muelles. A las cinco evacúa esta capilla, después de haberla incendiado.

A las seis sucumbe la barricada de la calzada de Antin. El enemigo, avanzando por las calles laterales, ha ocupado la nueva Opera, enteramente desguarnecida. Desde lo alto de los tejados, los fusileros de marina han dominado la barricada. En lugar de imitarles, de ocupar las casas, los federados, allí como en todas partes, se empeñaron en atrincherarse detrás de los adoquines.

A las ocho cede la barricada de la calle Neuve-des-Capucines, en la desembocadura del bulevar, bajo el fuego de las cuatro piezas instaladas en la calle Caumartin: los versalleses están llegando a la plaza Vendôme, que defiende todavía el coronel Spinoy.

Balance de la jornada.

El ejército ha hecho decisivos progresos en todos los puntos. La línea versallesa, que parte de la estación del Norte, sigue por las calles Rochechouart, Cadet, Drouot, cuya alcaldía está tomada, por el bulevar Italiens, irrumpe en la plaza Vendôme y en la de la Concordia, da un rodeo por la calle Bac, para llegar a la Abbaye-au-Bois, al bulevar Enfer, y acaba en el bastión 81. La plaza de la Concordia y la calle Royale, rodeadas por el flanco, avanzan como un cabo en medio de las rompientes. Ladmirault hace frente a La Villette; a su derecha, Clinchant ocupa el distrito IX; Douai se presenta en la plaza Vendôme; Vinoy se da la mano con Cissey, que opera en la orilla izquierda. En este momento, los federados ocupan apenas la mitad de París.

El resto pertenece a la matanza. Todavía se lucha en el extremo de una calle, cuando ya es entregada al saqueo la parte conquistada. Desgraciado del que posea un arma, un uniforme o esos zapatones que tantos parisienses calzan desde el sitio; desgraciado del que se azore; desgraciado del que sea denunciado por un enemigo político o personal. Se lo llevan. Cada cuerpo tiene su verdugo en jefe, el preboste, instalado en el cuartel general; para apresurar la labor hay prebostes suplementarios en las calles. Allí llevan a la víctima, que es fusilada inmediatamente. El furor del soldado, guiado por los hombres de orden que salen a luz en cuanto ha sido ocupado cada barrio, sirve a los odios, liquida las deudas. El robo sigue a la matanza. Las tiendas de los comerciantes que han servicio a la Comuna o que son acusados de ello por sus competidores, son saqueadas. Los soldados destrozan los muelles, se llevan los objetos preciosos. Alhajas, vinos, licores, comestibles, ropa blanca, artículos de perfumería, todo desaparece en sus mochilas.

Cuando Thiers se enteró de la caída de Montmartre, creyó terminada la batalla, y así lo telegrafió a los prefectos. Desde hacía seis semanas no se cansaba de decir que los insurrectos huirían una vez franqueadas las fortificaciones; pero París, contra todas las costumbres de los hombres de Sedan, de Metz y de la Defensa, se defendía calle por calle y ardía antes que rendirse.

Con la noche se alza un resplandor cegador. Arden las Tullerías, la Legión de Honor, el Consejo de Estado, el Tribunal de Cuentas. Formidables detonaciones parten del palacio de los reyes, donde se derrumban los muros, se desploman las vastas cúpulas. Las llamas, perezosas unas veces, otras veloces como dardos, surgen de cien ventanas. El rojo torrente del Sena refleja los monumentos y duplica el incendio. Atizadas por un soplo del este, las llamas irritadas se alzan contra Versalles y dicen al vencedor de París que ya no encontrará allí su sitio, y que estos monumentos monárquicos no volverán a dar albergue a ninguna monarquía. La calle Bac, la calle Lille, la Croix-Rouge lanzan al aire luminosas columnas. De la calle Royale a Saínt-Sulpice, todo es un muro de fuego que el Sena cruza. Torbellinos de humo ocultan todo el oeste de París, y las espirales inflamadas que se alzan de las hogueras vuelven a caer como lluvia de centellas sobre los barrios vecinos.

Ultima noche del Hôtel-de-Ville.

Las once. - El Hôtel-de-Ville. Los centinelas, colocados en puestos muy avanzados, atajan toda sorpresa. De vez en cuando, una luz agujerea la oscuridad. En varias barricadas hay antorchas y fuegos de vivaques. La del *square* Saínt-Jacques, frente al bulevar de Sébastopol, reforzada con árboles abatidos cuyas ramas agita el viento, habla y se agita en la temible oscuridad.

La fachada de la Casa Común palidece con un reflejo de llamas lejanas. Las estatuas, que los reflejos cambian de lugar, se mueven en su marco. El barullo ensordece los patios interiores. Las carretas, los ómnibus cargados de municiones, se trasladan a la alcaldía del distrito XI. Ruedan estrepitosamente bajo las estrechas bóvedas. Llegan heridos. La vida y la muerte, el estertor y la risa de la lucha chocan entre sí en las escaleras.

Los pasillos inferiores están repletos de guardias nacionales envueltos en sus mantas. Los heridos gimen y lloran por un poco de agua: de las camillas arrimadas a los muros gotean regueros de sangre. Traen a un comandante que ya no tiene faz humana; una bala le ha agujereado la mejilla, le ha arrancado los labios, le ha saltado los dientes. Incapaz de articular un sonido, este valiente agita una bandera roja, para intimar a los que descansan a que vayan a sustituirle en el combate.

En la sala de Valentine Haussmann, Dombrowski está tendido en un lecho de raso azul. Una bujía deja caer su media luz sobre el heroico soldado. El rostro, de una palidez de nieve, está tranquilo; tiene una nariz de fino trazo, la boca es delicada; su barbita

rubia se alza en punta. Dos edecanes, sentados en los rincones oscuros, le velan en silencio. Otro esboza a toda prisa los últimos rasgos de su general.

En la doble escalera de mármol que conduce a los departamentos oficiales hay un continuo ir y venir de guardias nacionales. Los centinelas se las ven y desean para impedir que la gente llene el gabinete del delegado. Delescluze firma órdenes, pálido, mudo como un espectro. Las congojas de estos últimos días le han sorbido lo que le quedaba de vida. Su voz ya no es más que un soplo ronco. Sólo la mirada y el corazón viven aún.

Dos o tres oficiales dotados de sangre fría redactan órdenes, sellan, expiden despachos. Un sinnúmero de oficiales y guardias rodean la mesa. Ningún discurso; algunas conversaciones por grupos. Si ha palidecido la esperanza, la resolución no ha disminuido.

¿Quiénes son esos oficiales que se han despojado de su uniforme, esos miembros de la Comuna, esos funcionarios que se han afeitado la barba? ¿Qué vienen a hacer aquí, entre los valientes? Ranvier, que encuentra disfrazados de esta suerte a dos de sus colegas de los más empenachados durante el sitio, los amenaza con hacerlos fusilar si no se van inmediatamente a sus distritos.

No estaría de más un buen escarmiento. La disciplina decae de hora en hora. El Comité Central, que se cree investido del poder por la abdicación del Consejo, ha lanzado un manifiesto en que pone condiciones: disolución de la Asamblea y de la Comuna; el ejército saldrá de París; el gobierno será provisionalmente confiado a los delegados de las grandes ciudades, que harán elegir una Constituyente; amnistía recíproca. -Un ultimátum de vencedor. Este sueño fue pegado en algunas paredes, y vino a añadir un nuevo trastorno a la resistencia.

De vez en cuando se alza algún clamoreo en la plaza; están fusilando a un espía contra la barricada de la avenida Victoria. Algunos, llenos de audacia, entran en los consejos más íntimos. Esa noche, en el Hôtel-de-Ville, que ha enviado a Bergeret autorización verbal para incendiar las Tullerías, se presenta un individuo reclamando esa orden por escrito. Aún está hablando cuando entra el propio Bergeret. "¿Quién le ha enviado a usted? -dice al personaje". –"Bergeret". –"¿Dónde le ha visto usted?" –"Ahí al lado, hace un instante".

Chaudey, fusilado.

Esa misma noche, hacia las dos, Raoul Rigault, sin más órdenes que su voluntad y sin consultar a ninguno de sus colegas, se encaminó a la prisión de Salute-Pelagie, dirigida por el hermano de Ranvier, víctima de una exaltación febril y que se ahorcó de allí a dos días. Raoul Rigault pretendió haber recibido órdenes, hizo que le trajesen a Chaudey y le comunicó que iba a morir. Chaudey no podía creerlo; recordó su pasado republicano, socialista. Rigault le echó en cara el fuego de fusilería del 22 de enero. Chaudey juró que él era inocente En aquel momento, sin embargo, era la única autoridad del Hôtel-de-Ville. Sus protestas se estrellaron contra la resolución tomada hacía tiempo por Rigault, que se acordaba de su amigo Sapia, muerto a su lado. Conducido al camino de ronda, Chaudey fue pasado por las armas, en unión de tres gendarmes apresados el 18 de marzo. Después del 31 de octubre, Chaudey había dicho a Fevré y a unos partidarios de la Comuna que pedían la libertad de Louise Michel y de sus amigos: "Los más fuertes fusilarán a los otros". Quizá fuese esta misma frase lo que le mató.

Capítulo XXXI. Miércoles, 24. Los miembros de la Comuna evacúan el Hôtel-de-Víle. Toma del Panteón. Los versalleses fusilan a los parisienses en masa. Los federados fusilan a seis rehenes. La noche del cañón.

Nuestros valientes soldados se conducen de un modo digno de la más alta estima, de la máxima admiración del extranjero.

Thiers a la Asamblea Nacional, 24 de mayo de 1871.

La dificultad social está resuelta o en vías de solución.

"Le Siècle", 21 de mayo.

Los defensores de las barricadas, sin refuerzos ya y sin municiones, se quedan, además, sin víveres, exclusivamente abandonados a los recursos del barrio. Muchos de ellos, extenuados, van en busca de algún alimento. Sus camaradas, viendo que no vuelven, se desesperan; los jefes de las barricadas se esfuerzan por contenerlos.

A las nueve de la noche recibió Brunel orden de evacuar la calle Royale. Insiste en sostenerse en ella. A media noche, el Comité Central le reitera la orden de replegarse. Forzado a abandonar el puesto que tan bien ha defendido durante dos días, Brune1 evacúa primero sus heridos, después sus cañones, por la calle Saint-Florentin. Siguen los federados; a la altura de la calle Castiglione son asaltados por un tiroteo.

Los versalleses, dueños de la calle Paix y de la calle Neuve-des-Capucines, habían invadido la plaza Vendôme, completamente desierta, y, por el hotel del Rhin, habían rodeado la barricada de la calle Castíglione. Los federados de Brunel abandonan la calle Rivoli, fuerzan las rejas del jardín de las Tullerías, siguen adelante por los muelles, y así llegan al Hôtel-de-Ville, El enemigo no se atrevió a perseguirlos, y únicamente al amanecer ocupó el ministerio de Marina, abandonado desde hacía tiempo.

El cañón enmudece durante el resto de la noche. El Hôtel-de-Víle ha perdido su animación. Los

federados duermen; en las oficinas, los miembros de los comités y los oficiales se toman algunos minutos de descanso. A las tres, un oficial de estado mayor llega de Notre Dame, ocupada por un destacamento de federados que han hecho una hoguera con las sillas y los bancos. Viene a decir al Comité de Salud Pública que el Hôtel-Dieu contiene ochocientos enfermos, a quienes seguramente alcanzaría un incendio; el Comité da orden de evacuar la catedral, con objeto de evitar que pueda pasarles nada a aquellos desgraciados: en los días siguientes, ningún obús federado cayó en Notre Dame.

El sol sustituye la luz de los incendios. El día radiante nace sin un rayo de esperanza para la Comuna. París no tiene ya ala derecha. Su centro está roto. La ofensiva es imposible. Ya no lucha; lo que hace es debatirse.

Los versalleses aprietan de firme, desde muy temprano, por todas partes; en el Louvre, en el Palais-Royal, en el Banco, en la Caja de Descuentos, en el *square* Montholon, en el bulevar Ornano, en la línea del ferrocarril del Norte. A las cuatro cañonean el Palais-Royal, que los federados cercan con su tiroteo. Sobre las siete están en el Banco, en la plaza de la Bolsa, y bajan hacia Saint-Eustache, donde la resistencia es muy viva. También aquí los niños ayudan a los hombres. Cuando los federados fueron rodeados y muertos allí mismo, esos niños tuvieron el honor de no ser exceptuados.

En la orilla izquierda, las tropas suben con grandes trabajos por los muelles y por toda la parte del distrito VI que bordea el Sena. En el centro, la barricada de Croix-Rouge ha sido evacuada durante la noche, como la de la calle Rennes, que han defendido treinta hombres por espacio de dos días. Los versalleses pueden entrar por las calles Assas y Notre-Dame-des-Champs. Por la extrema derecha llegan a Val-de-Grâce y avanzan contra el Panteón.

Evacuación del Hôtel-de-Ville.

A las ocho, una quincena de miembros de la Comuna, reunidos en el Hôtel-de-Ville, deciden desalojar éste. Sólo dos de ellos protestan. El tercer distrito, cortado por calles estrechas, bien atrincheradas, cubre perfectamente el flanco del Hôtel-de-Ville, que desafía todo ataque de frente y del lado de los muelles. En estas condiciones de defensa, replegarse es tanto como huir, despojar al Comité de Salud Pública de la poca autoridad que le queda. Pero, como la antevíspera, nadie sabe poner en orden dos ideas. Se teme todo porque no se sabe ver nada. El comandante del Palais-Royal ha recibido ya orden de evacuar el edificio después de prenderle fuego. Protestó, declaró que aún podía sostenerse. Le reiteran la orden. Tal es el azoramiento, que un miembro por pone la retirada a Belleville. Tanto valdría abandonar inmediatamente Château-d'Eau y la Bastilla. Como de costumbre, están dejando pasar el tiempo en balde. El gobernador del Hôtel-de-Ville, Pindy, pasea de un lado para otro, impacientado por estas charlas.

Hacia las diez se alzan llamas de la torre. Una hora después, el Hôtel-de-Ville es un brasero. La vieja casa, testigo de tantos perjurios, la casa en que el pueblo instaló tantas veces los mismos poderes que le ametrallaron, cruje y se viene abajo con su verdadero dueño. Al estruendo de los pabellones que se derrumban, de las bóvedas y chimeneas que se desploman, de las sordas detonaciones y del retumbar de las explosiones, se mezcla la seca voz de los cañones de la barricada de Saint-Jacques, que domina la calle Rivoli.

El departamento de Guerra y los servicios se encaminan por los muelles hacia la alcaldía del XI. Delescluze ha protestado contra el abandono del Hôtel-deVille, y predice que esa retirada desalentará a muchos combatientes.

Al día siguiente fue desalojada la Imprenta nacional, en que apareció por última vez el día 24 el Journal ofiiciel de la Comuna. Como todo *officiel* que se respete, está retrasado en un día. Contiene las proclamas de la antevíspera y algunos detalles sobre la batalla, que no van más allá del martes por la mañana.

Beaufort, fusilado.

El abandono del Hôtel-de-Ville parte en dos la defensa, aumenta la dificultad de las comunicaciones. Los oficiales de estado mayor que no han desaparecido llegan con grandes dificultades al nuevo cuartel general. Son detenidos en las barricadas, obligados a acarrear adoquines. Si enseñan sus despachos, invocando la urgencia, se les responde: "¡Hoy ya no hay galones!" La cólera que inspiran desde hace tiempo estalla esa misma mañana. En la calle Sedaine, cerca de la plaza Voltaire, un joven oficial del estado mayor general, el conde de Beaufort, es reconocido por dos guardias del batallón 166, a los que amenazó días antes en el ministerio de la Guerra. Detenido por violación de la consigna, Beaufort había anunciado que iba a hacer una limpia en el batallón, y éste perdió sesenta hombres la víspera, cerca de la Madeleine. Detenido y llevado a presencia de un consejo de guerra que se instala no lejos de la alcaldía, en una tienda del bulevar Voltaire, Beaufort presenta su hoja de servicios en Neuilly, en Issy, y tales certificados, que se retira la acusación contra él. Sin embargo, los jefes deciden que preste servicio como simple guardia en el batallón. Algunos de los presentes intervienen en favor suyo y hacen que se le nombre capitán. Sale triunfante. La multitud, que no conocía sus explicaciones, protesta al verle en libertad; un guardia se abalanza sobre él. Beaufort comete la imprudencia de sacar su revólver. Inmediatamente le echan mano y lo arrastran de nuevo a la tienda. El

jefe del estado mayor no se atreve a acudir en auxilio de su oficial. Acude Delescluze, pide una prórroga, dice que Beaufort será juzgado. La gente no quiere oír nada. No hay más remedio que ceder, para evitar una lucha espantosa. Beaufort, conducido a un terreno situado a espaldas de la alcaldía, es pasado por las armas. Probablemente, como más adelante se verá, estaba complicado en las conspiraciones.[67]

Funerales de Dombrowski.

A dos pasos de allí, en el Père-Lachaise, el cuerpo de Dombrowski recibe los últimos honores. Lo habían transportado al cementerio durante la noche, y en el trayecto, en la Bastilla, se produjo una conmovedora escena. Los federados de estas barricadas detuvieron el cortejo y colocaron el cuerpo al pie de la columna de Julio. Varios hombres, con antorchas en la mano, formaron en torno suyo una capilla ardiente, y los federados vinieron uno tras otro a depositar un beso en la frente del general. Durante el desfile batían los tambores en los campos. El cuerpo, envuelto en una bandera roja, es confiado ahora al ataúd. Vermorel, el hermano del general, sus oficiales y doscientos guardias aproximadamente, están en pie con la cabeza descubierta: "¡Vedle -exclamo Vermorel-, el que acusaban de traición! Ha sido uno de los primeros que ha dado su vida por la Comuna. ¿Y nosotros, qué hacemos en lugar de imitarle?" Continúa fustigando las cobardías y los pánicos. Su palabra, embrollada de ordinario, fluye, caldeada por la pasión, como un arroyo de metal fundido: "¡Juremos no salir de aquí más que para morir!" Esta fue su última palabra; y la cumplió. Los cañones, a dos pasos, cubrían su voz él intervalos. Hubo muy pocos de aquellos hombres que no lloraran.

¡Dichosos los que tuvieron tales funerales! ¡Dichosos los que sean enterrados en la batalla, saludados por sus camaradas, llorados por sus amigos!

El agente Veysset, fusilado.

En ese mismo momento estaban pasando por las armas a Veysset, el agente versallés que se había jactado de que corrompería a Dombrowski. Hacia eso de mediodía, los versalleses, intensificando vigorosamente su ataque en la orilla izquierda, se habían apoderado de la Escuela de Bellas Artes, del Instituto y de la Casa de la Moneda. A punto de ser cercado en la isla de Notre Dame, Fevré dio orden de evacuar la prefectura de policía y destruirla. Se puso previamente en libertad a los cuatrocientos cincuenta detenidos, acusados de delitos poco graves. Sólo se retuvo prisionero a un detenido, Vaysset, a quien Hutzinger, su asociado, se había decidido a entregar la antevíspera. Se le fusiló en el Pont-Neuf, ante la estatua de Enrique IV. En el momento de morir dijo estas extrañas palabras: "Responderéis de mi muerte ante el conde de Fabrice".

Los versalleses, desdeñando la prefectura, entran por la calle Taranne y por las inmediatas. Por espacio de dos horas se ven forzados a detenerse ante la barricada de la plaza de L'Abbaye, que los reaccionarios del barrio ayudan a rodear. Son fusilados dieciocho federados. Más a la derecha, las tropas penetran en la plaza Saint-Sulpice, donde ocupan la alcaldía del VI. Desde allí entran, por un lado, en la calle Saint-Sulpice; del otro, por la calle Vaugirard, en el jardín del Luxernbourg, Después de dos días de lucha, los federados de la calle Vavin se repliegan, volando, en su retirada, el polvorín del jardín del Luxembourg. La explosión suspende por un momento el combate. El palacio no está defendido. Algunos soldados atraviesan el jardín, rompen las rejas que dan a la calle Soufflot, atraviesan el bulevar y sorprenden la primera barricada de esta calle.

Toma del Panteón.

Tres barricadas se escalonan ante el Panteón. La primera, a la entrada de la calle Soufflot; ésta acaba de ser tomada. La segunda, en medio; la tercera va de la alcaldía del V a la Escuela de Derecho. Varlin y Lisbonne, apenas escapados de la Croix-Rouge y de la calle Vavin, vuelven otra vez al encuentro del enemigo. Desgraciadamente, los federados no quieren ningún jefe, se inmovilizan en la defensiva y, en lugar de atacar al puñado de soldados que se han aventurado hasta la entrada de la calle Soufflot, dan tiempo a que se presente toda la tropa.

Llega al bulevar Saint-Michel el grueso de los versalleses por las calles Racine y de la Escuela de Medicina, que las mujeres han defendido. Como el puente Saint-Michel ha suspendido el fuego por falta de municiones, los soldados pueden atravesar en masa el bulevar y llegar hasta cerca de la plaza Maubert. Por la derecha, han subido por la calle Moulfetard. A las cuatro, la montaña de Sainte-Geneviève, casi abandonada, es invadida por todas partes. Sus escasos defensores se desperdigan. Así cayó el Panteón, casi sin lucha, como Montmartre. Lo mismo que en Montmartre, comienzan inmediatamente las matanzas. Cuarenta prisioneros fueron, uno tras otro, fusilados en la calle Saint-Jacques, a la vista y por orden de un coronel.

Muerte de Raoul Rigault.

Raoul Rigault fue muerto en un sitio de éstos. Lejos de ocultarse como algunos de sus colegas, desde la entrada de las tropas había cambiado sus ropas habituales de paisano por un uniforme de comandante. Sitiado y tomado su barrio, no tuvo más

[67] No es ésta la opinión de Vuillaume, que explica la participación de Beaufort en la Comuna por el hecho, desconocido de Lissaguray, de ser Beaufort primo de E. Morcau, miembro destacado del Comité Central.

remedio que retirarse. Los soldados, viendo a un oficial federal que llamaba a la puerta de una casa de la calle Gay-Lussac, hicieron fuego contra él, sin alcanzarle. La puerta se abrió, Rigault pasó adentro. Los soldados, conducidos por un sargento, entraron precipitadamente en la casa, se apoderaron del propietario, que probó su identidad, y llamó a Rigault. Éste bajó, se fue a los soldados y les dijo: "¿Qué me queréis? ¡Viva la Comuna!" El sargento le hizo ponerse junto a la pared, y fue fusilado. El cuerpo fue cubierto con una manta. Se presentó el subteniente Ney, que reconoció a Rigault, compañero suyo de colegio, y reprochó al sargento que lo hubiera fusilado sin una orden.

En la alcaldía del distrito XI, la caída del Panteón, tan duramente disputado en junio del 48, fue calificada de traición. ¿Qué hicieron, pues, en Guerra y en el Comité de Salud Pública para la defensa de este punto capital? Nada. Como en el Hôtel-de-Ville, en la alcaldía del bulevar Voltaire no se hacía más que deliberar.

En la alcaldía del bulevar Voltaire.

El distrito XI empezaba a convertirse en el punto de refugio de los restos de los batallones de los otros distritos. Sentados o tendidos a la sombra de las barricadas, con un calor asfixiante, los hombres se contaban las luchas y los terrores por que habían pasado; no llegaba ninguna orden. Sin embargo, a las dos, algunos miembros de la Comuna, del Comité Central, varios oficiales superiores y jefes de servicio, se reunieron en la sala de la biblioteca. Para escuchar a Delescluze se hizo un gran silencio, porque el menor murmullo hubiera ahogado su voz, casi muerta. Dijo que no estaba perdido todo, que era preciso intentar un gran esfuerzo, que se sostendrían hasta el último aliento. Los aplausos le interrumpieron. "Propongo -dijo- que los miembros de la Comuna, ceñido el fajín, pasen revista en el bulevar Voltaire a todos los batallones que puedan reunirse. A la cabeza de ellos nos dirigiremos en seguida a aquellos puntos que debamos conquistar".

La idea entusiasmó a los asistentes. Jamás, desde la sesión en que había dicho que muchos elegidos del pueblo sabrían morir en su puesto, había conmovido tan profundamente Delescluze a las almas. El fuego de fusilería, el cañón del Père-Lachaise, el confuso murmullo de los batallones entraban a bocanadas en la sala. Ved a este viejo, en pie ante la derrota, con los ojos llenos de luz, con la mano derecha en alto, desafiando a la desesperanza; ved a estos hombres armados, sudorosos por la lucha, suspendiendo el aliento para escuchar esta invocación que sale de la tumba; no hay ninguna escena más trágica entre las mil tragedias de este día.

Las proposiciones se amontonan. Sobre la mesa está abierta una gran caja de dinamita. ¡Una imprudencia cualquiera podría volar la alcaldía! Se habla de cortar los puentes, de levantar las alcantarillas. ¡Qué vale ese estallido de palabras! Son otras municiones las que hacen falta. ¿Dónde está el director de ingenieros que había dicho que con un solo ademán podía abrir abismos? Ha desaparecido. Y lo mismo el jefe del estado mayor de guerra. Desde la ejecución de Beaufort ha sentido soplar malos vientos para sus cordones. Continúan presentándose mociones, y así ha de seguirse mucho tiempo aún. El Comité Central declara que se subordinará al Comité de Salud Pública. Parece cosa convenida, al fin, que el jefe de la 11ª legión agrupará a todos los federados refugiados en el distrito XI. Tal vez llegue a formar las columnas de que ha hablado Delescluze.

El delegado de Guerra va a visitar las defensas. En la Bastilla se hacen sólidos preparativos. En la calle Saint-Antoine, a la entrada de la plaza, están acabando una barricada defendida por tres piezas de artillería. Otra, a la entrada del barrio, cubre las calles Charenton y La Roquette. Tampoco allí se guardan los flancos. Los cartuchos, los obuses, están apilados a lo largo de las casas, a merced de los proyectiles enemigos. Se arman apresuradamente las bocacalles de entrada del XI. En el cruce de los bulevares Voltaire y Richard Lenoir construyen una barricada con toneles, piedras y grandes fardos de papel. Esta obra, inabordable de frente, será también tomada por la espalda. Más adelante, a la entrada del bulevar Voltaire, en la plaza Château-d'Eau, se alza un muro de piedras de metro y medio de altura. Detrás de esta mortífera fortificación, asistidos solamente por dos piezas de cañón, los federados detendrán por espacio de veinticuatro horas a las columnas versallesas que desembocan en la plaza Château-d'Eau. A la derecha, en la parte baja, las calles Oberkampf, Angoulême, Faubourg-du-Temple, Fontaine-au-Roi y avenida Amandiers, están en buenas condiciones de defensa. Más arriba, en el X, Brunel, que ha llegado esa misma mañana de la calle Royal, está, como Varlin, buscando con impaciencia nuevos peligros. Una gran barricada cierra el cruce de los bulevares Magenta y Strasbourg; la calle Château-d'Eau está cerrada; las obras de las puertas Saint-Denis y Saint-Martin, donde se ha trabajado día y noche, se guarnecen de fusiles.

Hacia la una, los versalleses han podido apoderarse de la estación del Norte, dando vuelta a la calle Stephenson y a las barricadas de la calle Dunkerque; el ferrocarril de Estrasburgo, segunda línea de defensa de La Villette, resiste al choque de los versalleses, a los que hostiliza intensamente la artillería federada. En el cerro de Chaumont, Ranvier, que vigila la defensa de estos barrios, ha montado tres cañones del 12, dos piezas del 7 cerca del Temple de la Sybille, y otras del mismo calibre en la eminencia inferior. Cinco cañones enfilan la calle Puebla y protegen La Rotonde. A la altura de

Carrieres d'Amérique hay dos baterías de tres piezas. Las del Père-Lachaise disparan sobre todos los barrios invadidos, secundadas por piezas de grueso calibre montadas en el bastión 24.

El distrito IX está lleno de tiroteos. Los federados pierden mucho terreno en Poissonnière. En cambio, a pesar de sus triunfos en Halles, los versalleses no logran hacer mella en el distrito III, abrigado por el bulevar Sébastopol y la calle Turbigo. El segundo distrito, ocupado en sus tres cuartas partes, se debate todavía en las orillas del Sena, a partir del Pont-Neuf. Las barricadas de la avenida Victoria y del muelle de Gèvres resistirán hasta la noche. Las cañoneras han sido abandonadas. El enemigo se apodera de ellas y las arma de nuevo.

El único éxito de la defensa es el de Butte-aux-Cailles. Allí, gracias al valor de Wroblewski, la resistencia se convierte en ofensiva. Durante la noche, los versalleses han tanteado las posiciones; se lanzan al asalto desde las primeras horas. Los federados no los esperan, y corren a su encuentro. Cuatro veces son rechazados los versalleses: cuatro veces vuelven; cuatro veces retroceden: los soldados, desalentados, ya no hacen caso de sus oficiales.

Si La Villette y Butte-aux-Cailles, los dos extremos, no ceden, ¡cuántas brechas, en cambio, en toda la línea! De todo su París del domingo, los federados no poseen más que los distritos XI, XII, XIX y XX, y sólo una parte del III, V y XIII.

Arrecian las matanzas.

Aquel día, la matanza tomó ese vuelo furioso que dejó atrás, en pocas horas, a la noche de San Bartolomé. Hasta entonces sólo se ha dado muerte a algunos federados o a personas denunciadas; ahora, en cuanto os mira un soldado tenéis que morir; cuando registra una casa, hay que temerlo todo. "Ya no son soldados en el cumplimiento de un deber -escribía, espantado, un periódico conservador, "La France"-, son seres que han vuelto a la condición de las fieras". Imposible ir en busca de provisiones sin exponerse seriamente a la muerte. Destrozan a culatazos el cráneo de los heridos,[68] registran los cadáveres, cosa que los periódicos extranjeros llamaban la "última requisa", y, ese mismo día, Thiers dice a la Asamblea: "Nuestros valientes soldados se comportan de un modo digno de la más alta estima, de la más grande admiración del extranjero".

Entonces fue cuando se inventó la leyenda de las petroleras, que, propalada por la prensa, costó la vida a centenares de desgraciadas. Corrió el rumor de que las furias lanzaban petróleo ardiendo a los sótanos. Toda mujer mal vestida o que lleva un cacharro para leche, una botella vacía, puede ser acusada de petrolera. Arrastrada, despedazada, la matan a tiros de revólver contra la pared más próxima.

Los que han logrado escaparse de los barrios invadidos cuentan estas matanzas en la alcaldía del distrito XI. La misma confusión reina allí que en el Hôtel-deVille, aunque más apretada y amenazadora. Los estrechos patios están materialmente tupidos. En los peldaños de la escalera principal, las mujeres cosen sacos para las barricadas. En la sala de matrimonios, donde está la Seguridad General, Ferré, ayudado por dos secretarios, visa permisos, interroga a la gente que le traen como acusados de espionaje, decide con voz tranquila.

Ejecución de seis rehenes.

A las siete se alza un gran clamoreo ante la prisión de La Roquette, a la que han sido trasladados la víspera los trescientos prisioneros de Mazas. Algunos de ellos, los gendarmes y agentes presos el 18 de marzo, comparecieron la semana anterior ante el jurado de acusación instituido por decreto de cinco de abril. Toda su defensa se redujo a decir que obedecían a sus jefes. Los demás prisioneros eran curas, personas sospechosas, antiguos confidentes policíacos. Entre una multitud de guardias nacionales exasperados por las matanzas, aparece un delegado de Seguridad General, Genton. Viejo revolucionario, en junio del 48 lo iban a fusilar en la prefectura de policía, cuando le salvó una casualidad. Blanquista militante, se había distinguido en las luchas contra el Imperio. Ha luchado de firme durante la guerra, durante la Comuna. Dice: "Puesto que los versalleses fusilan a los nuestros, van a ser ejecutados seis rehenes. ¿Quién quiere formar el pelotón?"

"¡Yo!, ¡yo!", responden de un lado y otro al mismo tiempo. Uno se adelanta y dice: "Así vengaré a mi padre. Otro: Pues yo, a mi hermano". "A mí, dice un guardia, me han fusilado a la mujer". Todos hacen valer su derecho a la venganza. Genton acepta treinta hombres y entra en la cárcel.

Hace que traigan el registro de presos, señala los nombres del arzobispo Darboy, del presidente Bonjean, de Jecker, de los jesuitas Allard, Clerc, Ducoudray. En el último momento Jecker es sustituido por el cura Deguerry.

Los hacen bajar de sus celdas; el primero, al arzobispo. Ya no es el cura orgulloso que glorificaba el 2 de diciembre; ahora balbucea: "Yo no soy enemigo de la Comuna; he hecho lo que he podido, he escrito dos veces a Versalles". Se recobra un poco cuando la muerte le parece inevitable; Bonjcan no se tiene de pie. Ya no es el ruidoso enemigo de los insurrectos de junio. "¿Quién nos condena?", dice. "La justicia del pueblo". "¡Oh, ésa no es la que vale!" Palabras de magistrado. Sacan los rehenes al camino de ronda. Algunos hombres del pelotón no pueden contenerse: Genton impone silencio. Uno de los curas se lanza al rincón de una garita; le hacen seguir adelante. A la vuelta de una esquina se alinea a los

[68] Paul Bourget, "Le Figaro", 13 de diciembre de 1895.

rehenes contra el muro de ejecución. Sicard manda. "No es a nosotros -dice- a quien hay que acusar de vuestra muerte, sino a los versalleses que fusilan a los nuestros". Da la señal, y los fusiles disparan. Cinco rehenes caen en la misma línea, a igual distancia. Darboy sigue en pie, herido en la cabeza. Una segunda descarga lo derriba. Los cuerpos fueron enterrados por la noche. Genton volvió a las barricadas, donde fue gravemente herido al día siguiente.

A las ocho, los vcrsalleses rodean de cerca la barricada de la puerta Saint-Martin. Sus obuses han incendiado hace rato el teatro; los federados, acosados por este brasero, se ven obligados a replegarse.

Noche de llamas.

Esta noche, los versalleses vivaquean ante la línea férrea de Estrasburgo, en la calle Saint-Denis, ante el Hôtel-de-Ville, ocupado hacia las nueve por las tropas de Vinoy, ante la Escuela Politécnica, Les Madelonnettes y el parque Montsouris. Parecen en cierto modo un abanico cuyo clavillo estuviese en Porit-au-Change formando su borde derecho el distrito XIII; el izquierdo, las calles Faubourg-Saint-Martin y Flandrc, y el arco de círculo las fortificaciones. El abanico va a cerrarse sobre Belleville, que ocupa el centro.

París sigue ardiendo. La puerta Saint-Martin, la iglesia Saint-Eustache, la calle Royale, la calle Riveli, las Tullerías, el Palais-RoyaI, el Hôtel-de-Ville, el Teatro Lírico, la orilla izquierda desde la Legión de Honor hasta el Palacio de Justicia y la prefectura de policía, se destacan, rojos, en la noche negrísima. Los caprichos del incendio construyen una flameante arquitectura de arcos, de cúpulas, de edificios quiméricos. Enormes hongos blancos, nubes de chispas que suben hasta muy alto, dan testimonio de las formidables explosiones. De minuto en minuto se encienden y se apagan nuevas estrellas en el horizonte. Son los cañones federados de Bicêtre, del Père-Lachaise, del cerro Chaumont, que disparan sobre los barrios invadidos. Las baterías versallesas responden desde el Panteón, desde el Trocadero, desde Montmartre. Los cañonazos tan pronto se suceden a intervalos regulares, como ruedan por toda la línea. El cañón dispara sin tregua; los obuses, impacientes, estallan a mitad de camino. La ciudad parece retorcerse en una inmensa espiral de llamas y de humo.

¡Qué hombres los que forman este puñado de valientes que, sin jefes, sin esperanzas, sin retirada posible, disputan su último terreno como si en él se escondiese la victoria! La reacción les ha acusado de los incendios como de un crimen; como si en la guerra no fuese el incendio un arma natural, como si los obuses versalleses no hubieran incendiado tantas casas como los de los federados, como si la especulación, la avidez, el crimen de algunas gentes honradas no tuvieran su parte en las ruinas. Y el mismo burgués que hablaba de "quemarlo todo" durante el sitio, trataba ahora de malvado al pueblo que prefería enterrarse bajo los escombros antes que abandonar su familia, su conciencia, su razón de existir.

¿En qué consistes, oh patriotismo, si no es en defender las leyes, las costumbres, el hogar propio, contra otros dioses, contra otras leyes, contra otras costumbres que quieren encorvarnos bajo su yugo? Y el París republicano, que lucha por la República y por las reformas sociales, ¿no es tan enemigo del Versalles feudal como lo era de los prusianos, como los españoles y los rusos lo fueron de los soldados de Napoleón I?

A las once de la noche, dos oficiales entran en la habitación donde trabaja Delescluze, y le cuentan la ejecución de los rehenes. Delescluze escucha, sin dejar de escribir, el relato que le hacen con voz conmovida, y sólo dice: "¿Cómo han muerto?" Cuando se hubieron retirado los oficiales, Delescluze se vuelve hacia el amigo que trabaja con él, y, escondiendo la cara entre las manos, exclama: "¡Qué guerra, qué guerra!" Pero conoce de sobra las revoluciones para perder el tiempo en lamentaciones inútiles, y, dominando sus pensamientos, dice: "¡Sabremos morir!"

Durante la noche, los partes se suceden sin interrupción; en todos ellos piden cañones y hombres, bajo la amenaza de abandonar tal o cual posición.

¿Dónde encontrar cañones? También los hombres empiezan a escasear, ni más ni menos que el bronce.

Capítulo XXXII. Jueves, 25. Toda la orilla izquierda en manos de las tropas. Muerte de Delescluze. Los brassardiers activan la matanza. La alcaldía del XI, abandonada.

Algunos millares de hombres -los federados son ahora uno contra doce- no pueden sostener indefinidamente un frente de batalla de varios kilómetros. Llegada la noche, muchos van en busca de un poco de descanso. Los versalleses ocupan sus barricadas, y el nuevo día ve la bandera tricolor plantada en el mismo lugar en que estaba la víspera por la noche la bandera roja.

Se evacúa en la oscuridad la mayor parte del distrito XI, cuyas piezas de artillería son transportadas a Château-d'Eau, Brunel y las esforzadas hijas de la Comuna permanecen tenazmente en la calle Magnan y en el muelle Jemmapes, mientras la tropa ocupa la parte alta del bulevar Magenta.

En Butte-aux-Cailles.

En la orilla izquierda, los versalleses instalan baterías en la plaza Enfer, en el Luxernbourg, en el

bastión 81. Cincuenta cañones o ametralladoras apuntan contra Butte-au-Cailles. Desesperando de tomarla por asalto, Cissey quiere aplastarla con su artillería. Wroblewski no está inactivo. Además de los batallones 175 y 176, tiene en sus líneas al legendario 101, que fue para las tropas de la Comuna lo que la brigada 32 para el ejército de Italia. El 101 no se ha acostado desde el 3 de abril. Día y noche, con el fusil terciado, ronda por las trincheras, por los pueblos, por la explanada. Los versalleses de Asnières, de Neuilly, huyen diez veces ante él. Les ha tomado tres cañones, que le siguen a todas partes, como leones fieles. Hijos todos del XIII y del barrio Moulfetard, indisciplinados, indisciplinables, feroces, roncos, con las ropas y la bandera desgarradas, sin escuchar más que una orden, la de avanzar siempre, se amotinan en el reposo, y apenas salidos del fuego es preciso volver a hundirlos en él. Los manda Serizier: mejor dicho, los acompaña, porque lo único que manda en estos propios demonios es su propia furia. Mientras intentan, de frente, sorpresas, se apoderan de las avanzadas y tienen en continua alarma a los soldados, Wroblewski, descubierto por la derecha desde la toma del Panteón, asegura sus comunicaciones con el Sena por medio de una barricada en el puente de Austerlitz, y protege con el cañón la plaza Jeanne-d'Arc, para batir a las tropas que se aventuren a lo largo del embarcadero.

Thiers telegrafió ese mismo día a provincias que Mac-Mahon acababa de derrotar por última vez a los federados. ¡Mentira! Lejos de eso, lo que quiso hacer fue prolongar el combate. Sabía que sus obuses incendiaban París, que la matanza de los prisioneros, de los heridos, provocaría fatalmente la de los rehenes. Pero ¿qué le importaba a él la suerte de unos cuantos curas y gendarmes? ¿Qué le importaba a la gran burguesía triunfar de unas ruinas, si sobre ellas podía escribirse: "¿El socialismo ha acabado por mucho tiempo?"

Como lo que queda del Hôtel-de-Ville está ocupado, las tropas suben por los muelles y la calle Saint-Antoine para tomar de flanco la valerosa Bastilla. El ataque versallés va a concentrarse sobre esta plaza, la de Château-d'Eau y Butte-aux-Caílles. Hacia las cuatro, Clinchant reanuda su marcha hacia Château-d'Eau y Bondy; otra avanza contra las barricadas del bulevar Magenta y Strasbourg, mientras que una tercera, partiendo de la calle Jeûneurs, hunde su vértice entre los bulevares, y la calle Turbigo. El cuerpo de Douai, por la derecha, apoya el movimiento y se esfuerza en subir hasta el distrito III por las calles Charlot y Saintonge. Vinoy avanza hacia la Bastilla por las callejuelas que cruzan la calle Saint-Antoine, los muelles de la orilla derecha y los de la izquierda. Cissey, con una estrategia más modesta, sigue cañoneando Butte-aux-Cailles, ante la cual llevan retrocediendo tanto tiempo sus hombres.

En los fuertes ocurren escenas lamentables. Wroblewski, que tenía su ala izquierda cubierta por ellos, contaba, para conservarlos, con la energía del miembro de la Comuna delegado en cada fuerte. La víspera por la noche, el comandante de Montrouge había abandonado este fuerte y se había replegado con su guarnición hacia Bicêtre. El fuerte de Bicêtre tampoco había de resistir mucho tiempo. Los batallones declararon que querían volver a la ciudad para defender sus barrios. Léo Meillet no supo contenerlos, y la guarnición entró en París, después de clavar los cañones. Los versalleses ocuparon los dos fuertes evacuados y establecieron en ellos baterías apostadas contra el fuerte de Ivry y Butteaux-Cailles.

El ataque general contra La Butte no empieza hasta mediodía. Los versalleses avanzan ciñéndose a la fortificación hasta la avenida de Italia y el camino de Choisy, con la plaza de Italia como objetivo, a la que atacan también por la parte de Gobelíns. Las avenidas de Italia y de Choisy están defendidas por fuertes barricadas, que no hay ni que soñar en forzar; pero la del bulevar Saint-Marcel, que protege, por una parte, el incendio de Gobelins, puede ser rodeada, aprovechando para ello los numerosos jardines que cortan este barrio. Los versalleses lo consiguen. Se apoderan primero de la calle Cordieres-Saint-Marcel, donde caen muertos veinte federados que se niegan a rendirse; después entran en los jardines. El tiroteo, largo, encarnizado, envuelve por espacio de tres horas el cerro fulminado por los cañones versalleses, seis veces más numerosos que los de Wroblewski.

La guarnición de Ivry llega hacia la una. Al abandonar el fuerte, puso fuego a una mina que hizo saltar dos bastidores. Entran los jinetes versalleses en el fuerte abandonado, y no "sable en mano", como quiso hacer creer Thiers en su boletín, calcado del "hacha de abordaje" de Marsella.

En la orilla derecha, a eso de las diez, llegan los versalleses a la barricada de Saint-Denis, cerca de la cárcel Saint-Lazare, le dan la vuelta y sorprenden a diecisiete federados. Instados reiteradamente a que se rindan, responden: "¡Viva la Comuna!" Uno de ellos estrechó contra sí la bandera roja de la barricada. Ante esta fe, el oficial versallés sintió cierto rubor. Se volvió hacia los presentes que habían acudido de las casas vecinas, y dijo varias veces, como para justificarse: "¡Ellos lo han querido! ¡Ellos lo han querido! ¿Por qué no se rinden?" ¡Corno si los prisioneros no fuesen, las más de las veces, asesinados sin piedad!

Desde la cárcel, los versalleses van a ocupar la barricada de Saint-Laurent, en la esquina del bulevar Strusbourg, instalan baterías contra Château-d'Eau, y entran, por la calle Récollets, en el muelle de Valmy. Por la derecha, retrasa su salida al bulevar Saint-Martin la calle Lancry, contra la que abren un nutrido

tiroteo desde el teatro del Ambigu-Comique. En el distrito III les entretienen en las calles Meslay, Nazareth, Vert-Bois, Charlot, Saintonge. El II, invadido por todas partes, disputa todavía su calle Montorgueil. Más cerca del Sena, Vinoy consigue escurrirse por algunas calles apartadas hasta el Grenier d'Abondance. Para desalojarle de allí, los federados incendian el edificio, cuya ocupación domina la Bastilla.

Las tres. - Los versalleses invaden cada vez más el distrito XIII. Sus obuses caen en la cárcel de la avenida de Italia. Los federados abren las puertas a todos los presos, entre los cuales se encuentran los dominicos de Arcueil, que ha traído consigo la guarnición de Bicêtre. Los monjes se apresuran a huir por la avenida de Italia; la vista de sus hábitos exaspera a los federados que ocupan las bocacalles, y una docena de apóstoles de la inquisición es alcanzada por las balas.

Evacuación de la orilla izquierda.

Wroblewski había recibido por la mañana orden de replegarse sobre el distrito XI. Pero persistía en mantenerse en su puesto, y había trasladado el centro de su resistencia un poco más atrás, a la plaza Jeanne-d'Arc. Los versalleses, dueños de la avenida Gobelins, se unen en la alcaldía del XIII a las columnas de las avenidas de Italia y de Choisy. Uno de sus destacamentos sigue deslizándose a lo largo de las fortificaciones y entra por el terraplén del ferrocarril de Orleans; los pantalones rojos asoman ya por el bulevar Saint-Marcel. Wroblewski, a punto de ser cercado, se ve obligado a consentir en la retirada, toda vez que los jefes secundarios habían recibido la orden de replegarse. Protegido por el fuego del puente de Austerlitz, el hábil defensor de Butte-aux-Cailles pasa ordenadamente el Sena con sus cañones y un millar de hombres. Algunos federados que se obstinan en permanecer en el XIII son hechos prisioneros.

Los versalleses no se atreven a hostilizar la retirada de Wroblewski, por más que ocupen parte del bulevar Saint-Marcel y la estación de Orleans, y que sus cañoneras remonten el Sena. Detenidas un momento a la entrada del canal de Saint-Martin, las cañoneras franquean el obstáculo forzando la máquina, y por la noche apoyan el ataque al distrito XI.

Toda la orilla izquierda está en manos del enemigo. La Bastilla y Château-d'Eau son ahora el centro del ataque.

Esperanza de una mediación alemana.

En el bulevar Voltaire se encuentran ahora todos los hombres valientes que no han perecido, o cuya presencia no es indispensable en los barrios. Uno de los primeros es Vermorel, que mostró durante toda esta lucha gran valor y sangre fría. A caballo, con la banda roja cruzada, recorría las barricadas alentando a los hombres, buscando y llevando refuerzos. En la alcaldía se había celebrado una nueva reunión, a eso de mediodía. Asistieron a ella veintidós miembros de la Comuna y del Comité Central. Amold expuso que, la víspera por la tarde, el secretario de Washburne, embajador de los Estados Unidos, había venido a ofrecer la mediación de los alemanes. La Comuna, decía, no tenía más que enviar comisarios a Vincennes para arreglar las condiciones de un armisticio. El secretario, a quien hacen pasar a la sesión, reiteraba estas declaraciones. Delescluze dejaba ver una gran repugnancia. ¿Qué motivo impulsaba al extranjero a intervenir? Para poner coto a los incendios y conservar su prenda, se le decía. Pero su prenda era el gobierno de Versalles, cuyo triunfo no ofrecía dudas en este momento. Otros afirmaban gravemente que la encarnizada defensa de París inspiraba admiración a los prusianos. Nadie preguntó si aquella insensata proposición no encubriría algún lazo, si el supuesto secretario no sería acaso un espía. Se agarraron como náufragos a esta última tabla de salvación. Arnold expuso, inclusive, las bases de un armisticio, iguales a las del Comité Central. Fue delegado con Vermorel, Vaillant y Delescluze, para que acompañase a Vincennes al secretario americano.

A las tres llegaron a la puerta de Vincennes. El comisario de policía les negó el paso. Mostraron sus bandas, sus cartas. El comisario exigió un salvoconducto de la Seguridad. Durante esta discusión acudieron los federados. "¿Dónde van ustedes?", preguntaron. "A Vincennes". "¿A qué?" "Comisionados". Hubo un doloroso debate. Los federados creyeron que los miembros de la Comuna querían huir de la batalla. Iban, incluso, a hacérselo pagar caro, cuando alguien reconoció a Delescluze. Este nombre salvó a los demás; pero el comisario de policía siguió exigiendo el salvoconducto.

Delescluze se prepara a morir.

Uno de los delegados corrió a buscarlo a la alcaldía del distrito XI. Pero los guardias ni aun con la orden de Ferré accedieron a bajar el puente levadizo. Delescluze los apostrofó, dijo que se trataba de la salvación común. Exigencias, amenazas, nada pudo desarraigar la idea de una defección. Delescluze volvió a la alcaldía, donde escribió esta carta, confiada a un amigo seguro:

"Mi buena hermana: ni quiero ni puedo servir de víctima y de juguete a la reacción victoriosa. Perdóname que parta antes que tú, que me has sacrificado tu vida. Pero no me siento con valor para sufrir una nueva derrota, después de tantas otras. Te quiero y te abrazo mil veces. Tu recuerdo será el último que visite mi pensamiento antes de ir al reposo. Te bendigo, mi hermana querida, a ti que has sido mi única familia desde la muerte de nuestra

pobre madre. Adiós, adiós. Te abrazo otra vez. Tu hermano que te quiere hasta su último instante".

En los alrededores de la alcaldía, una multitud gritaba detrás de unas banderas coronadas de águilas que acababan, según decían, de ser tomadas a los versalleses; astucia infantil destinada a excitar el valor. Llegaban heridos de la Bastilla. Madame Dimitrief'f, herida asimismo, sostenía a Frankel, herido en la barricada de Saint-Antoine. Wroblewski llegaba de Butte-aux-Cailles. Delescluze le ofreció el mando general. "¿Tiene usted unos mil hombres resueltos?", dijo Wroblewski. Unos cuantos centenares, respondió el delegado. Wroblewski no podía aceptar ninguna responsabilidad de mando en condiciones tan desiguales, y continuó la lucha como simple soldado. Fue él, con Dombrowski, el único general de la Comuna que mostró cualidades de jefe de cuerpo. Siempre pedía que le enviasen los batallones que nadie quería, jactándose de poder utilizarlos.

El ataque se acercaba cada vez más a Château-d'Eau. Esta plaza,[69] trazada por el Imperio con la mira de contener a los barrios, y de la que arrancan ocho amplias avenidas, no ha sido realmente fortificada. Los versalleses, dueños de las Folies-Dramatiques y de la calle Château-d'Eau, la atacan dando la vuelta al cuartel. Casa tras casa, arrancan la calle Magnan a los hijos de la Comuna. Brunel, que hizo frente al enemigo durante cuatro días, cae herido, con un muslo atravesado. Los federados se lo llevan en una camilla, cruzando la plaza Château-d'Eau.

Ya en la calle Magnan, no tardan los versalleses en trasladarse al cuartel. Los federados, muy poco numerosos para defender este vasto edificio, tienen que abandonarlo. La caída de esta posición deja desamparada la calle Turbigo. Los versalleses pueden desde ese momento extenderse por toda la parte alta del tercer distrito y cercar el Conservatorio de Artes y Oficios. Tras una lucha bastante larga, los federados abandonan la barricada del Conservatorio, dejando una ametralladora cargada. También queda en la barricada una mujer que, cuando los soldados están a tiro, descarga la ametralladora.

Rasgos de heroísmo.

Las barricadas del bulevar Voltaire y del teatro Déjazet soportan desde entonces los fuegos del cuartel Prince-Eugene, del bulevar Magenta, del bulevar Saint-Martin, de la calle del Temple y de la calle Tubirgo. Tras sus frágiles abrigos, los federados reciben valientemente esta avalancha. ¡A cuántos ha consagrado héroes la historia, que jamás mostraron ni la centésima parte de este valor tranquilo, sin efectismos teatrales, sin testigos, que surgió en mil lugares a la vez durante estas jornadas! Sobre la famosa barricada de Château-d'Eau, clave del bulevar Voltaire, un muchacho de dieciocho años que agita un banderín, cae muerto. Otro toma el banderín, se encarama a las piedras, muestra el puño al enemigo invisible, le acusa de haber matado a su padre. Vermorel, Theisz, Jaclard, Lisbonne, quieren que baje; el muchacho se niega y sigue allí hasta que una bala lo derriba. Parece como si esta barricada ejerciese verdadera fascinación; una muchacha de diecinueve años, Marie M..., vestida de fusilero de marina, encantadora y sonrosada, de cabellos negros y rizados, se bate allí todo un día. Una bala que le parte la frente mata su sueño. Un teniente cae muerto delante de la barricada. Una criatura de quince años, Dauteuille, salta por encima de los adoquines, va a recoger, bajo las balas, el kepis del muerto, y se lo lleva a sus compañeros.

En esta lucha de calles, los niños se mostraron, lo mismo que en campo raso, tan grandes como los hombres. En una barricada del Temple, el tirador más rabioso es un niño. Cuando la barricada cae, sus defensores son arrimados contra la pared para ser fusilados. El niño pide tres minutos de tregua: "Su madre vive enfrente; que le dejen llevarle su reloj, de plata, *para que al menos no lo pierda todo".* El oficial, involuntariamente conmovido, le deja partir, creyendo que ya no lo volverá a ver. Tres minutos después se oye un: "¡Aquí estoy!" Es el niño que salta a la acera y, ligero, se adosa al muro cerca de los cadáveres de sus camaradas fusilados. ¡Inmortal París mientras nazcan hombres de estos!

La plaza Château-d'Eau es devastada por un ciclón de obuses y balas. Son proyectados enormes bloques; los leones de la fuente, ladeados o derribados; el pilón que la corona está retorcido. De las casas salen llamas. Los árboles no tienen hojas y sus ramas rotas cuelgan como miembros descuartizados que sostiene un jirón de carne. De los jardines asolados vuelan nubes de polvo. La mano de la muerte se abate sobre cada piedra.

Muerte de Delescluze.

A las siete menos cuarto, aproximadamente, cerca de la alcaldía, vimos a Delescluze, a Jourde y una cincuentena de federados que iban en dirección de Château-d'Eau, Delescluze, con su atuendo de ordinario, sombrero, levita y pantalón negro, banda roja a la cintura, poco aparente, como la llevaba siempre, sin armas, apoyándose en un bastón. Temiendo algún pánico en Château-d'Eau, seguimos al delegado, al amigo. Algunos de nosotros se detuvieron en la iglesia de Saint-Ambroise, a coger cartuchos. Allí nos encontramos con un negociante de Alsacia[70] que había llegado cinco días antes, para disparar sus tiros contra esta Asamblea que había entregado su país: volvió a Alsacia con un muslo

[69] Hoy plaza de la República.

[70] Charles Keller, autor de la canción: *¡Obrero, coge la máquina!*

atravesado. Más lejos es herido Lisbonne, a quien sostienen Vermorel, Theisz y Jaclard. Vermorel cae, a su vez, gravemente herido. Theisz y Jaclard lo levantan, se lo llevan en una camilla; Delescluze estrecha la mano del herido y le dice algunas palabras de esperanza. A cincuenta metros de la barricada, los pocos guardias que han seguido a Delescluze desaparecen, porque los proyectiles nublan la entrada del bulevar.

El sol se ponía detrás de la plaza. Delescluze, sin mirar si le seguía o no alguien, avanza con paso uniforme, único ser vivo en la calzada del bulevar Voltaire. Al llegar a la barricada, sesga hacia la izquierda y trepa por los adoquines. Por última vez, esta faz austera, encuadrada por su barba blanca recortada, se nos apareció vuelta hacia la muerte. Súbitamente, Delescluze desapareció. Acababa de caer fulminado en la plaza Château-d'Eau.

Algunos hombres quisieron levantarlo; tres o cuatro de ellos cayeron. Había que pensar exclusivamente en la barricada, agrupar sus escasos defensores. Johannard, en mitad del arroyo, levantando su fusil y llorando de cólera, grita a los que se amilanan: "¡No, no sois dignos de defender a la Comuna!" Cayó la noche. Nos volvimos, dejando abandonado a los ultrajes de un enemigo irrespetuoso con la muerte el cuerpo de nuestro pobre amigo.

No había advertido de su pensamiento a nadie, ni siquiera a sus íntimos. Silencioso, sin más confidente que su severa conciencia, Delescluze se dirigió a la barricada, como los antiguos *montagnards* iban a la guillotina. La larga jornada de su vida había agotado sus fuerzas. No le quedaba más que un soplo, y lo dio. No vivió más que para la justicia. Ése fue su talento, su ciencia, la estrella polar de su vida. La llamó, la confesó treinta años a través del destierro, de las prisiones, de las injurias, desdeñando las persecuciones que destrozaban sus huesos. Jacobino, cayó con los socialistas por defenderla. Su recompensa fue morir por ella, con las manos libres, al sol, a su hora, sin ser afligido por la vista del verdugo.[71]

Los vcrsalleses se encarnizaron, a la caída de la tarde, contra la entrada del bulevar Voltaire, protegido por el incendio de las dos casas de la esquina. Por la parte de la Bastilla llegan poco más allá de la plaza Rovale, hostigando al distrito XII. Al abrigo de la muralla del muelle habían entrado, durante el día, bajo el puente de Austertitz. A la noche, protegidos por sus cañoneras y sus baterías del Jardin des Plantes, llegan cerca de Mazas.

Nuestra ala derecha se ha sostenido mejor. Los versalleses no han podido trasponer la línea férrea del Este. Atacan de lejos la calle Aubervilliers, ayudados por los fuegos de La Rotonde. Desde lo alto del cerro Chaumont, Ranvier cañonea vigorosamente a Montmartre, cuando un parte le asegura que la bandera roja ondea en el Moulin de la Galette. Ranvier, que no puede avenirse a creerlo, se niega a interrumpir el fuego.

Por la noche, los versalleses forman ante los federados una línea quebrada que, partiendo del camino de hierro del Este, pasa por Château-d'Eau, cerca de la Bastilla, y llega hasta el ferrocarril de Lyon. A la Comuna no le quedan más que dos distritos intactos, el XIX y el XX, y la mitad de los distritos XI y XII.

Escenas sangrientas.

El París que ha hecho Versalles ya no tiene apariencia civilizada: Es una locura furiosa -escribe Le Siècle del 26 por la mañana-. Ya no se distingue al inocente del culpable. La sospecha está en todos los ojos. Abundan las delaciones. La vida de los ciudadanos no pesa más que un cabello. Por un sí o un no, detenido, fusilado. Los respiraderos de las cuevas son cegados por orden del ejército, que quiere acreditar la leyenda de las petroleras. Los guardias nacionales del orden salen de sus agujeros, orgullosos de su brazalete, se ofrecen a los oficiales, registran las casas, reclaman el honor de presidir los fusilamientos. En el distrito X, el ex alcalde Dubail, asistido por el comandante del batallón 109, guía a los soldados en la caza de sus antiguos administrados. Gracias a los "brassardiers", el torrente de prisioneros crece de tal modo, que es necesario centralizar la carnicería con el fin de poder dar abasto a ella. Se empuja a las víctimas a los patios de las alcaldías, de los cuarteles, de los edificios públicos donde se hallan los prebostazgos, y se los fusila en masa. Si el tiroteo no basta, la ametralladora siega. No mueren todos al primer tiro, y por la noche salen de estos montones desesperados clamores de agonía.

Ya no basta con rematar a los heridos de las batallas callejeras. Los versalleses van a buscar a los heridos fuera de París, a los que están en las ambulancias. Hay una en el seminario Saint-Sulpice, dirigida por el doctor Faneau, muy poco simpático a la Comuna; la bandera de Ginebra la protege. Llega un oficial. "¿Hay federados?", pregunta. "Sí -dice el doctor-, pero son heridos que tengo aquí desde hace mucho tiempo". "Usted es amigo de estos bandidos", dice el oficial. Faneau es fusilado. Varios federados son asesinados en la misma ambulancia. Más tarde, el "honrado" oficial puso como pretexto un disparo hecho por uno de estos heridos. Los fusileros del orden tienen pocas veces el valor de asumir la responsabilidad de sus crímenes.

La sombra hace renacer el resplandor de los

[71] En el mes de agosto de *1870,* en Bruselas, donde el destierro nos había reunido, me dijo: "Sí, creo en la proximidad de la República, pero caerá en manos de la izquierda actual y después seguirá una reacción. *Yo moriré en una barricada, mientras que Jules Simon será ministro".*

incendios. Donde los rayos del sol ponían negras nubes, vuelven a surgir ardientes braseros. El Grenier d'Abondance ilumina el Sena hasta mucho más allá de las fortificaciones. La columna de Julio, acribillada por los obuses que han incendiado sus adornos de coronas secas y de banderas, flamea como una antorcha humeante; el bulevar Voltaire se inflama por el lado de Château-d'Eau.

La alcaldía del XI, evacuada.

La muerte de Delescluze había sido tan sencilla y tan rápida que fue puesta en duda hasta en la alcaldía del XI, adonde habían transportado a Vcrmorel. Algunos de sus colegas le rodearon. Ferré le abraza, y Vermorel le dice: "Ya ve usted que la minoría saber hacerse matar por la causa revolucionaria". Hacia media noche, algunos miembros de la Comuna deciden evacuar la alcaldía. ¡Siempre huir ante el plomo! ¿Ha sido tomada la Bastilla? ¿Ya no se sostiene el bulevar Voltaire? ¡Toda la estrategia del Comité de Salud Pública, todo su plan de batalla se reduce, pues, a replegarse! A las dos de la mañana, cuando andan buscando un miembro de la Comuna que ayude a sostener la barricada de Château-d'Eau, sólo encuentran a Gambon, amodorrado en un rincón. Un oficial le despierta y se disculpa. El viejo republicano responde: Tanto da que sea yo como otro; yo bastante he vivido ya. Y se echa a la calle. Pero las balas han dejado desierto el bulevar Voltaire hasta la iglesia Saint-Ambroise. La barricada de Delescluze ha sido abandonada.

Capítulo XXXIII. La resistencia se concentra en Belleville. El viernes, 26, son fusilados 48 rehenes en la calle Haxo. El sábado, 27, es invadido todo el distrito XX. Toma del Père-Lachaíse. El domingo, 28, termina la batalla a las once de la mañana. El lunes, 29, se rinde el fuerte de Vincennes.

Los soldados, continuando sus sorpresas nocturnas, se deslizan hasta las desiertas barricadas de la calle Aubervilliers y del bulevar de la Chapelle. Por la parte de la Bastilla ocupan la barricada de la calle Saint-Antoine, en la esquina de la calle Castex, la estación del ferrocarril de Lyon, la cárcel de Mazas; en el III, las abandonadas defensas del mercado y del Temple. Llegan a las primeras casas del bulevar Voltaire y se instalan en los Magasins-Réunis,

Entre las sombras de la noche, un comandante versallés fue sorprendido por las avanzadas federadas de la Bastilla y fusilado "sin respeto a las leyes de la guerra", como dijo al día siguiente Thiers. ¡Como si en los cuatro días que llevaba fusilando sin piedad millares de prisioneros, viejos, mujeres y niños, siguiera Thiers otra ley que la de los salvajes!

Viernes, 26 de mayo.

El ataque empieza de nuevo al rayar el día. En La Villette, los vcrsalleses, abriéndose paso por la calle Aubervilliers, rodean y ocupan la fábrica del gas, abandonada; en el centro se apoderan del circo Napoleón. A la derecha, en el XII, invaden sin lucha los bastiones más próximos al río. Un destacamento sigue el terraplén del ferrocarril de Vincennes y ocupa la estación; otro el bulevar Mazas (hoy Diderot), y entra en Saint-Antoine. La Bastilla, de esta manera, queda acosada por su flanco derecho, mientras que las tropas de la plaza Royale la atacan, a la izquierda, por el bulevar Beaumarchais.

El viernes, el sol niega su presencia. Este cañoneo de cinco días ha provocado la lluvia que sigue de ordinario a las grandes batallas. El tiroteo ha perdido su breve voz y zumba sordamente. Los hombres, cansados, calados hasta los huesos, distinguen apenas, tras el húmedo velo, el punto de donde viene el ataque. Los obuses de una batería versallesa instalada en la estación de Orleans quebrantan la entrada de Saint-Antoine. A las siete se anuncia la aparición de los soldados en la parte alta del barrio. Acude allí la gente con cañones. Es preciso que se sostenga esta parte del barrio; si no, la Bastilla quedará copada.

El barrio se sostiene. Las calles Aligre y Lacuée rivalizan en abnegación. Atrincherados en las casas, los federados ni cejan ni retroceden. Y, gracias a su sacrificio, la Bastilla disputará todavía al enemigo, por espacio de seis horas, los restos de sus barricadas y sus casas destrozadas. Cada piedra tiene su leyenda en este estuario de la Revolución. El ojo de bronce encajado en la muralla es de un proyectil relleno de metralla, lanzado en el 89 por la fortaleza. Respaldándose contra los mismos muros, los hijos de los combatientes de junio disputan el mismo suelo que sus padres. ¡Los conservadores del 48 mostraron aquí un encarnizamiento semejante al de los del 71! La casa que hace esquina a los bulevares Beaurnarchais y Richard Lenoir, la esquina izquierda de la calle de La Roquette, la de la calle Charenton se derrumban a ojos vistas, como decoraciones de teatro. En esas ruinas, bajo las vigas en llamas, hay hombres que disparan el cañón, que levantan diez veces la bandera roja, diez veces abatida por las balas versallesas. Impotente para triunfar de un ejército, la vieja plaza gloriosa quiere morir con una muerte digna.

¿Cuántos son a mediodía? Cien, puesto que por la noche hay cien cadáveres en la barricada matriz. Han muerto los de la calle Crozatier. Los de la calle Aligre han muerto, han muerto en la lucha o después del combate. ¡Y cómo mueren! En la calle Crozatier hay un artillero del ejército que se pasó al pueblo el 18 de marzo. Está acorralado. "¡Vamos a fusilarte!", le gritan los soldados. Él se encoge de hombros y dice: "¡No se muere más que una vez!" Más lejos, es un viejo el que se debate. El oficial, con un

refinamiento de crueldad, quiere fusilarle sobre un montón de basura. "Yo me he batido valerosamente -dice el viejo-; ¡tengo derecho a no morir entre mierda!"

Muerte de Millière.

Por lo demás, en cualquier parte se muere bien. Ese mismo día, a Millière, detenido en la orilla izquierda, lo llevan al estado mayor de Cissey. Este general del Imperio, comido de sucias deudas, de que murió, y que, siendo ministro de la Guerra, dejó sorprender por su querida, una alemana, el plano de uno de los nuevos fuertes de París, hizo del Luxembourg uno de los mataderos de la orilla izquierda. El papel de Míllière, como se ha visto, fue el de conciliador, y su polémica en los periódicos, de un tono muy elevado. Permaneció ajeno a la batalla, aunque se fingiese haberlo confundido con el jefe de la 18ª legión; pero el odio de los oficiales bonapartistas, el de Jules Favre, le acechaba. El ejecutor, el capitán de estado mayor Garcin, hoy general, ha contado con la cabeza alta este crimen. La historia debe concederle la palabra, para que se vea qué lodo humano hicieron surgir las venganzas del orden.

"Nos traen a Míllière; estábamos almorzando con el general en el restaurante de Tournon, a un paso del Luxembourg. Oímos un gran alboroto. Salimos. Alguien me dice: "Es Míllière". Velé porque la multitud no se tornase la justicia por su propia mano. Míllière no entró en el Luxembourg: fue detenido en la puerta. Yo me dirigí a él y le dije: "¿Es usted Míllière?" -Sí; pero, como usted no ignora, soy diputado. -Es posible, pero creo que ha perdido usted su carácter de tal. Además, entre nosotros hay un diputado, Quinsonas, que le reconocerá".[72]

"Entonces dije a Millière que las órdenes del general eran de que se le fusilase. Él me dijo: "¿Por qué?""

"Le respondí: "No le conozco a usted más que de nombre; *he leído artículos suyos que me han repugnado;* es usted una víbora a la que hay que aplastar. Aborrece usted a la sociedad". Me interrumpió, diciendo con expresión significativa: "¡Oh, sí; aborrezco a esta sociedad!" "Bueno, pues esta sociedad va a arrancarle a usted de su seno; va usted a ser pasado por las armas". "¡Eso se llama justicia sumaria, barbarie, crueldad!" "¿Y todas las crueldades que han cometido ustedes? ¿Es que ésas no valen nada? De todas formas, desde el momento en que dice usted que es Millière, no cabe hacer otra cosa"".

"El general había ordenado que se fusilara a Millière en el Panteón, de rodillas, para que pidiera perdón a la sociedad por el daño que le había hecho. "Yo le dije: Es la consigna; será usted fusilado de rodillas, y no de otro modo". Él hizo un poco de comedia, se desabrochó la ropa, mostrando el pecho al pelotón de ejecución. Yo le dije: "Está usted haciendo gestos teatrales; lo que usted quiere es que se diga cómo ha muerto; más vale que muera usted tranquilamente. - Soy libre, en mi propio interés y en el de mi causa, de hacer lo que quiera. Sea, póngase de rodillas". Entonces me dijo: "No me pondré de rodillas como no me obliguen ustedes a ello con dos hombres". Le hice arrodillarse, y se procedió a la ejecución. Millière gritó: "¡Viva la humanidad!" Iba a gritar otra cosa, cuando cayó muerto".

Un militar subió los escalones, se aproximó al cadáver y le descargó su fusil en la sien izquierda. La cabeza de Millière rebotó y, derribada hacia atrás, destrozada, negra de pólvora, parecía mirar al frontispicio del monumento.

"¡Viva la humanidad!" La frase entraña las dos causas: "Quiero la libertad para los demás pueblos, tanto como para Francia", decía un federado a un reaccionario. En 1871, como en 1793, París lucha por todos los oprimidos.

Belleville, centro de la resistencia.

La Bastilla sucumbe hacia las dos. La Villete sigue siendo disputada. Por la mañana, la barricada de la esquina del bulevar y de la calle Flandre ha sido entregada por su comandante. Los federados se concentran a retaguardia sobre la línea del canal y atrincheran la calle Crimée. La Rotonde, destinada a soportar el choque principal, es reforzada con una barricada en el muelle del Loira. El batallón 269, que lleva dos días haciendo frente al enemigo, vuelve a empezar la lucha detrás de estas nuevas posiciones. Como esta línea de La Villette era muy extensa, Ranvier y Passedouet van a buscar refuerzos al XX, donde se refugian los restos de todos los batallones.

Llenan la alcaldía, que distribuye boletos de alojamiento y bonos de víveres. Cerca de la iglesia se apiñan ruidosamente furgones y caballos. El cuartel general y los diferentes servicios han sido instalados en la calle Haxo, dentro de la "cité Vincennes", una serie de construcciones separadas entre sí por jardines.

Casi todas las barricadas, numerosísimas en las inextricables calles de Ménilmontant, están vueltas hacia el bulevar. La ruta estratégica, que en este punto domina el Père-Lachaise, el cerro Chaumont y los bulevares exteriores, ni siquiera está guardada.

Desde lo alto de las fortificaciones se ve a los prusianos en armas. Según los términos de un convenio anteriormente concertado entre Versalles y el príncipe de Sajonia, el ejército alemán sitiaba a París, desde el lunes, por el norte y por el oeste. Había cortado el ferrocarril del norte, guarnecido la línea del canal por la parte de Saint-Denis, apostado centinelas desde Saint-Denis a Charenten y alzado en todos los caminos barricadas armadas. El jueves, a

[72] Este Quinsonas formó parte de la "comisión de los asesinos".

las cinco de la tarde, cinco mil bávaros bajaron de Fontenay, Dogent y Charenton, y formaron un cordón infranqueable desde el Marne a Montreuil. Por la noche, otro cuerpo de cinco mil hombres ocupó Vincennes, con ochenta piezas de artillería. A las nueve, los prusianos sitiaban el fuerte y desarmaban a los federados que querían volver a París. Aún hicieron más: detuvieron la caza para que se cebase en ella Versalles. Ya durante la Comuna habían prestado los prusianos un concurso indirecto al ejército versallés. Su acuerdo con los conservadores franceses se evidenció sin rebozo en las ocho jornadas de mayo. De todos los crímenes de Thiers, uno de los más odiosos será el de haber introducido a los vencedores de Francia en nuestras discordias civiles y mendigado su ayuda para aplastar a París.

A mediodía se declara el fuego en la parte oeste de los *docks* de La Villette, inmenso depósito de petróleo, de esencias y materias explosivas, incendiado por los obuses de ambas partes. Este incendio aniquila las barricadas de las calles Flandre y Riquet. Los versalleses tratan de cruzar en barco el canal, pero los detienen las barricadas de la calle Crimée y de La Rotonde.

Vinoy sigue avanzando por el distrito XII arriba, dejando en la Bastilla los hombres necesarios para los registros y los fusilamientos. La barricada de la calle Reuilly, en la esquina de Saint-Antoine, se sostiene algunas horas contra los soldados que la cañonean desde el bulevar Mazas. Los versallescs, siguiendo este bulevar y la calle Picpus, se extienden hacia la plaza del Trône, que tratan de rodear por las fortificaciones. La artillería prepara y ampara sus menores movimientos. Habitualmente cargan las piezas en el ángulo de las calles que piensan reducir, las hacen avanzar, disparan y vuelven a ponerlas a cubierto. Los federados no podían alcanzar a este enemigo invisible más que desde las alturas; es imposible centralizar allí la artillería de la Comuna. Cada barricada quiere tener su pieza, sin preocuparse de ver a dónde llega su tiro.

Ya no hay autoridad de ninguna especie. En la calle Haxo, gran confusión de oficiales sin órdenes; no se conoce la marcha del enemigo como no sea por la llegada de nuevos restos de batallones. Tal es la confusión, que llega a este lugar, mortal para los traidores, Du Bison, de uniforme y expulsado de La Villette. Los escasos miembros de la Comuna que allí se encuentran vagan al azar, en el XX, absolutamente ignorados; pero no han renunciado a deliberar. El viernes hay como una docena de ellos en la calle Haxo; llega el Comité Central, y reclama para sí la dictadura. Se le concede, agregando a él a Varlin. Nadie habla ya del Comité de Salud Pública.

El último cartel.

El único de sus miembros que hace un buen papel es Ranvier, hombre de soberbia energía en las batallas. Él fue, durante esta agonía, el alma de La Villette y de Belleville, empujando a los hombres, vigilándolo todo. El 26 hizo imprimir una proclama: "*¡Ciudadanos del XX: si sucumbís, ya sabéis la suerte que nos está reservada!... ¡A las armas! Mucha vigilancia, sobre todo por la noche. Os pido que ejecutéis fielmente las órdenes. Prestad vuestro concurso al XIX distrito; ayudadle a rechazar al enemigo. Va en ello vuestra seguridad. No esperéis a que Belleville sea atacado, y Belleville habrá triunfado una vez más... ¡Adelante, pues!... ¡Viva la República!"* Éste fue el último bando de la Comuna.

Pero ¿cuántos hay que lean u oigan? Los obuses de Montmartre, que desde la víspera destrozan a Belleville y Ménilmontant, los gritos, la vista de los heridos que se arrastran de casa en casa buscando ayuda, los signos demasiado evidentes de un próximo fin, precipitan los fenómenos ordinarios de la derrota. Las miradas se tornan feroces. Todo individuo sin uniforme puede ser fusilado si no le abona un nombre muy conocido. Las noticias que llegan de París aumentan la cólera. Se dice que los versalleses tienen por norma la matanza de prisioneros; que asesinan a la gente en las ambulancias; que millares de hombres, de mujeres, de niños, son llevados a Versalles con la cabeza descubierta y muertos frecuentemente por el camino; que basta pertenecer a la familia de un combatiente o darle asilo, para compartir su suerte; se cuentan las ejecuciones de las supuestas petroleras.

Ejecución de cuarenta y ocho rehenes.

Sobre las seis llega a la calle Haxo un grupo de gendarmes, eclesiásticos y civiles, rodeados por un destacamento que manda el coronel Gois. Vienen de La Roquette y se han detenido un momento en la alcaldía, donde Ranvier se ha negado a recibirlos. En el primer momento se cree que son prisioneros recién detenidos, y desfilan en medio del silencio general. Luego se extiende el rumor de que son rehenes que van a morir. Son treinta y cuatro gendarmes presos el 18 de marzo en Belleville y en Montmartre, diez jesuitas, religiosos, curas, cuatro confidentes del Imperio: Ruault, el del complot de la Ópera Cómica; Largilliere, condenado en junio y en el proceso de la Renaissance: Greffe, organizador de los entierros civiles, transformado en auxiliar del jefe de Seguridad, Lagrange: Dureste, su jefe de brigada. Sus expedientes han sido hallados y publicados durante el sitio.

La multitud aumenta, apostrofa a los rehenes y golpea a uno de ellos. El cortejo entra en la cité Vincennes, cuyas rejas se cierran, y empujan a los rehenes hacia una especie de trinchera cavada ante un muro. Un miembro de la Comuna, Serraillier, acude: "¿Qué vais a hacer? ¡Hay ahí un polvorín; nos vais a hacer volar a todos!" Esperaba retrasar de este modo

la ejecución. Varlin, Louis Piat y otros con ellos, luchan, se desgañitan por ganar tiempo. Son rechazados, amenazados, y a duras penas consigue salvarlos de la muerte la autoridad de Varlin,

Los fusiles disparan sin que suene voz de mando alguna. Caen los rehenes. Un individuo grita: "¡Viva el emperador!" Es fusilado con los otros. Afuera aplauden. Y sin embargo, desde hace dos días, los soldados hechos prisioneros desde la entrada de las tropas atravesaban Belleville sin provocar el menor murmullo. Pero estos gendarmes, estos policías, estos curas que por espacio de veinte años pisotearon a París, representaban el Imperio, la alta burguesía, los asesinos en sus formas más odiadas.

Por la mañana había sido fusilado el compinche de Morny, Jecker. La Comuna no había sabido juzgarlo; la justicia "inmanente" lo apresó. Genton, François, Boulflers y Clavier,[73] comisario de policía, fueron a prenderlo a la cárcel de La Roquette. Él se resignó muy pronto, como un aventurero que era, despreciando su vida como despreciaba la de los demás. Salió con las manos libres, en medio del grupo, que se dirigió hacia el Père-Lachaise. En el camino, Jecker habló de la expedición de Méjico, que ahora era causa de su muerte. ¡Ah, dijo, no hice un buen negocio! ¡Esa gente me robó!, que era lo que repetía desde su detención. Llegado al muro que mira a Charonne, le dicen: "¿Aquí? - ¡Si les parece a ustedes...!" Murió tranquilamente. Le pusieron, cubriéndole la cara, el sombrero y un papel con su nombre.

No hay grandes movimientos de tropas en esta jornada. Los cuerpos de ejército de Douai y Clinchant bordean el bulevar Richard Lenoir. La doble barricada de detrás del Bataclan contiene la invasión del bulevar Voltaire. Un general versallés cae muerto en la calle Saint-Sébastien. La plaza del Trône se defiende todavía con las barricadas de Philippe-Auguste. La Rotonde y La Villette se sostienen también. Hacia el final del día, el incendio alcanza a la parte de los muelles más próxima a la alcaldía.

Por la noche, el ejército acosa a los que aún se resisten entre las fortificaciones y una línea curva que, desde los mataderos de La Villette lleva a la puerta de Vincennes, pasando por el canal Saint-Martin, el bulevar Richard-Lenoir y la calle del Faubourg-Saint-Antoine. Ladmirault y Vinoy, en los extremos; Douai y Clinchant, en el centro.

La noche del viernes es febril en Ménilmontant y Belleville, atormentados por los obuses. Los servicios que subsisten han abandonado la "cité Vincennes", ensangrentada, y Jourde puso en lugar seguro el poco dinero que quedaba para a tender a las pagas. Los federados viven desde hace cuatro días gracias a los quinientos mil francos del Banco, a los residuos de caja y a algunos empleados fieles, como fue uno de Consumos, que vino, bajo una lluvia de balas, a traer sus ingresos del día. Los centinelas exigen la consigna a la vuelta de cada calle (Bouchotte-Belleville): a menudo, con alguna misión, y cada jefe de barricada se cree con derecho a negar el paso.

Llegan en tumulto los restos de los batallones; como en su mayor parte no encuentran sitio, acampan al aire libre, bajo los obuses, a los que saludaban indefectiblemente con un: "¡Viva la Comuna!"

En la calle mayor de Belleville, los guardias nacionales improvisan camillas con sus fusiles cruzados. Algunos hombres van delante con antorchas. Redobla el tambor. Estos combatientes que entierran en silencio a sus camaradas resultan de una grandeza conmovedora, encontrándose como se encuentran también ellos a las puertas de la muerte.

Durante la noche, las barricadas de la calle Allemagne son abandonadas. Mil hombres, a lo sumo, han luchado durante dos días contra los veinticinco mil soldados de Ladmirault. Casi todos ellos eran hombres sedentarios.

Sábado, 27 *de mayo.*

Los primeros fulgores del sábado 27 de mayo descubren un paisaje lívido. La niebla es penetrante, viscosa; la tierra está empapada. Bocanadas de humo blanco se alzan penosamente por encima de la lluvia; es el tiroteo.

Desde el alba, las barricadas de la ruta estratégica, las puertas de Montreuil y Bagnolet están ocupadas por las tropas, que se extienden sin resistencia por Charonne. A eso de las siete se instalan en la plaza del Trône, cuyas defensas han sido abandonadas. A la entrada del bulevar Voltaire, los versalleses disponen seis piezas en batería contra la barricada de la alcaldía del XI, donde hay otras dos bocas de fuego que responden de tarde en tarde. Seguros del éxito, los oficiales quieren triunfar estruendosamente. Más de un obús se extravía y va a dar contra la estatua de Voltaire, cuya risa sardónica parece recordar a sus sobrinos-nietos el magnífico alboroto que les había prometido.

En La Villette, los soldados avanzan por todas partes, pasan ciñéndose a las fortificaciones, atacan las calles Puebla y Crimée. Su izquierda, comprometida todavía en lo alto del distrito X, trata de apoderarse de las calles de éste que llevan al bulevar de La Villette. Sus baterías de la calle Flandre, de las fortificaciones, de La Rotonde, unen sus fuegos a los de Montmartre y acribillan de obuses el cerro Chaumont.

La barricada de la calle Puebla cede hacia las

[73] Lissagaray no designa a Boufflers y Clavier más que por sus iniciales. Nosotros restablecemos los nombres, de acuerdo con la "Calhiers Rougcs de Vuillaurne", t. II; p. 174 y X, p. 182. Según Vuillaume, ni Genton ni François se encontraban presentes.

diez. Un marino que se ha quedado solo, parapetado detrás de los adoquines, espera a los versalleses, descarga su revólver, y salta sobre ellos hacha en mano. El enemigo se despliega por las calles adyacentes, hasta la calle Meynadier, que los tiradores federados sostienen firmemente. En la plaza Fêtes, dos piezas enfilan la calle Crimée y protegen nuestro flanco derecho.

A las once se encuentran en la calle Haxo nueve o diez miembros del Consejo. Jules Allix, con más empaque que nunca, viene radiante. Según él, todo va perfectamente; los barrios del centro están desprovistos de tropas, no hay más que bajar en masa a ellos. Otros se imaginan que van a poner fin a las matanzas rindiéndose a los prusianos, que los entregarán a Versalles. Uno o dos expresan la absurda esperanza de que los federados no dejen salir a nadie; apenas se les hace caso, y Jules Vallès se dispone a lanzar un manifiesto. En esto llega Ranvier, que busca hombres para la defensa del cerro Chaumont: "¡Vayan a batirse, les grita, en lugar de discutir!" Esta frase de un hombre dotado de sentido común, deshace el grupo. Cada cual tira por su lado; último encuentro de estos perpetuos deliberadores.

Los versalleses ocupan el bastión 16. A mediodía se extiende el rumor de que las tropas llegan por las calles de París y las fortificaciones. Una multitud de hombres y mujeres, expulsados de sus casas por los obuses, asedian la puerta de Romainville para salir al campo. A la una bajan el puente levadizo para dar paso a seis francmasones que han ido a pedir a los prusianos que dejen pasar a los federados; la multitud se lanza fuera, hacia las primeras casas de la aldea de Lilas, quiere atravesar la barricada prusiana que se alza en mitad de la carretera. El brigadier de la gendarmería de Romainville grita a los prusianos: "¡Disparen, disparen contra esa canalla!" Un soldado prusiano hace fuego y hiere a una mujer.

Hacia las cuatro, un tal Parent, que se presenta como coronel, uno de esos seres que brotan de la escoria de las derrotas, imponiéndose gracias a su aventajada estatura, hace que bajen el puente levadizo para él, y se dirige, sin ningún mandato, a pedir paso a las tropas prusianas. El extranjero responde que entregará a los federados a las autoridades versalleses.

En ese momento, un miembro de la Comuna, Arnold, que creía, a pesar de todo, en la intervención americana, fue a las avanzadas alemanas a llevar una carta para el embajador Washburne, más hostil que nunca a la causa de la Comuna, ya que era amigo de Darboy. Arnold fue recibido con bastante dureza y despedido con la vaga promesa de que su billete sería retransmitido.

Varios batallones versalleses, que habían llegado por la ruta estratégica a la calle Crimée, son detenidos en la calle Bellevue. Desde la plaza Marché, tres cañones unen su fuego al de la plaza Fêtes, para proteger el cerro Chaumont. Cinco artilleros sirvieron esas piezas todo el día, sin necesidad de órdenes ni de jefes. A las cuatro, los cañones del cerro callan, faltos de municiones; los que los servían van a unirse a los tiradores de las calles Ménadier, Fessart y Annelets.

A las cinco, Ferré lleva a la calle Haxo a los soldados de línea del cuartel Prince-Eugene, trasladados desde el miércoles a La Petite Roquette. La actitud de la muchedumbre que los ve pasar no tiene nada de amenazadora; el pueblo no guardia odio al soldado, que es tan pueblo como él mismo. La tropa es acuartelada en la iglesia de Belleville. Su llegada da lugar a una distracción fatal. La gente acude a su paso, y la plaza Fêtes queda desamparada. En esto surgen los versalleses, la ocupan, y los últimos defensores del cerro se repliegan hacia el Temple y la calle Paris.

Mientras su frente cede, los federados son atacados por la espalda. Desde las cuatro de la tarde, los versalleses sitian el Père-Lachaisc, que encierra apenas doscientos federados, como de costumbre carentes de disciplina y de previsión; los oficiales no han conseguido hacer almenar los muros. Los versalleses abordan por todas partes este terrible reducto, cuyo interior barre la artillería del bastión. Las piezas de la Comuna apenas tienen ya municiones desde mediodía. A las seis, los versalleses, que no se atreven, a pesar de su número, a intentar el escalo, cañonean la puerta principal del cementerio, que cede bien pronto, a pesar de la barricada que la protege. Resguardados detrás de las tumbas, los federados disputan su refugio a los asaltantes. En las fosas se desarrollan combates con arma blanca. Los enemigos ruedan y mueren en las mismas tumbas. La oscuridad no detiene la desesperación.

El sábado por la noche.

El sábado por la noche ya no les quedan a los federados más que dos trozos de los distritos XI y XX. Los versalleses ocupan la plaza Fêtes, las calles Fessart, Pradier, hasta Rebeval, donde su avance se ve contenido, lo mismo que en el bulevar. El cuadrilátero comprendido entre las calles Faubourg-du-Temple, Folie-Méricourt, La Roquette y los bulevares exteriores, está parcialmente ocupado por los federados. Douay y Clinchant esperan, en el bulevar Richard Lenoir, a que Vinoy y Ladmirault se apoderen de las alturas y destrocen con sus fusiles a los últimos sublevados.

Llueve a torrentes. El incendio de La Villette presta a estas tinieblas su cegadora claridad. Los obuses siguen asolando a Belleville, llegan hasta Bagnolet y hieren a algunos soldados prusianos. Los heridos afluyen a la alcaldía del distrito XX, donde no hay ni médicos, ni medicinas, ni colchones, ni mantas; los desgraciados agonizan sin auxilios. Los

Vengadares de Flourens llegan con su capitán a la cabeza, un hombretón grande y fuerte, que se tambalea, herido, sobre su caballo. La cantinera, delirante, con un pañuelo alrededor de la ensangrentada frente, jura y llama a los hombres con un rugido de loba herida. Las armas se disparan solas entre los dedos irritados. El estruendo de los furgones, las amenazas, los lamentos, la fusilería, el silbido de los obuses se mezclan en un aquelarre enloquecedor. Cada minuto trae un nuevo desastre. Un guardia llega: "¡Acaba de ser abandonada la barricada Pradier!" Otro: "Hacen falta hombres en la calle Rebeval". Otro: "¡Los de la calle Prés están huyendo!" Los únicos que oyen este reiterado tañido de agonía son seis o siete miembros de la Comuna - Trinquet, Ferré, Varlin, Ranvier, Jourde-. Y, desesperados ante su propia impotencia, hechos polvo por los seis días que llevan sin descansar un instante, los más fuertes se hunden en el dolor.

Domingo, 26 *de mayo.*

A la madrugada, Vinoy y Ladmirault lanzan sus tropas a lo largo de las fortificaciones, por la ruta estratégica, que ha quedado sin defensa, y se reúnen en la puerta de Romainville. Hacia las cinco, las tropas ocupan la barricada de la calle Rebeval y, tomando por la calle Vincent y el pasaje Renard, atacan por la espalda las últimas barricadas de la calle París. Hasta las ocho no ocupan la alcaldía del distrito XX. La barricada de la calle Paris, en la esquina del bulevar, sigue siendo defendida por el comandante del batallón 191 y por cinco o seis guardias que se mantienen firmes hasta que se les agotan las municiones.

Hacia las nueve de la mañana, una columna versallesa, que ha salido del bulevar Philippe-Auguste, entra en La Roquette y pone en libertad a ciento cincuenta gendarmes, sacerdotes, refractarios, adversarios de todo género de la Comuna, a quienes nadie ha molestado ni poco ni mucho. Dueño del Père-Lachaise desde la noche anterior, Vinoy hubiera podido ocupar la cárcel, evacuada mucho antes por el puesto de federados. Pero profesaba la teoría de Thiers, de que nunca habría bastantes mártires. Varios detenidos que habían salido la víspera, entre ellos el obispo Surat y dos curas, fueron aprisionados de nuevo y fusilados en las barricadas; cabía esperar que otros corriesen la misma suerte que ellos, justificando así las represalias.

A las diez, la resistencia está reducida al pequeño cuadrado que forman las calles Faubourg-du-Temple, Trois-Bornes y Trois-Couronnes, y el bulevar Belleville. Dos o tres calles del XX luchan todavía: entre otras, la calle Ramponneau. Una pequeña falange, capitaneada por Varlin, Ferré y Gambon, con la banda roja a la cintura y el fusil en bandolera, baja por la calle Champs y desemboca en el bulevar. Un garibaldino de gigantesca estatura lleva una inmensa bandera roja. Entra en el distrito XI. Varlin y sus colegas van a defender la barricada de la calle Faubourg-du-Temple y Fontaine-au-Roi. La barricada es inabordable de frente; los versalleses, dueños del hospital Saint-Louis, consiguen rodearla por las calles Saint-Maur y Biehat.

A las once, los federados casi no tienen ya cañones; los tercios del ejército los rodean. En las calles Faubourg-du-Temple, Oberkampf, Saint-Maur y Parmentier, quieren luchar todavía. Hay allí unas cuantas barricadas a las que no se puede dar la vuelta, y varias casas que no tienen salida. La artillería versallesa las cañonea hasta que los federados han agotado sus últimas municiones. Quemado el último cartucho, se lanzan contra los fusiles que los acorralan.

Disminuye el ardor de la fusilería: hay largos silencios. El domingo 28 de mayo, al mediodía, se dispara el último cañonazo federado desde la calle París, tomada por los versalleses. La pieza, atacada con doble carga, exhala el supremo suspiro de la Comuna de París.

La última barricada de las jornadas de mayo es la de la calle Rampenneau. Por espacio de un cuarto de hora la defiende un solo federado. Por tres veces rompe el asta de la bandera versallesa enarbolada sobre la barricada de la calle París. Como premio a su valor, el último soldado de la Comuna consigue escapar.

Todo ha terminado.

A la una, todo había terminado. La plaza de la Concordia se había sostenido dos días; Butte-aux-Cailles, dos; La Víllette, tres; el bulevar Voltaire, tres días y medio. De los setenta y nueve miembros de la Comuna en funciones el 21 de mayo, uno murió en las barricadas: Delescluze: dos fueron fusilados: Jacques Durand y Raoul Rigault; dos estaban gravemente heridos: Brunel y Vermorel: tres heridos: Protot, Oudet y Frankel. Los versalleses perdieron poca gente; los federados, tres mil muertos o heridos. Las pérdidas del ejército, en junio del 48, y la resistencia de los insurrectos, fueron relativamente más serias. Pero los sublevados de junio no tuvieron enfrente más que treinta mil hombres; los de mayo lucharon contra ciento treinta mil. El esfuerzo de junio no duró más que tres días; el de los federados duró siete semanas. La víspera de junio, el ejército revolucionario estaba intacto; el 20 de mayo estaba diezmado. Sus defensores más aguerridos habían perecido en las avanzadas. ¿Qué no hubiesen hecho en París, en Montmartre, en el Panteón, los quince mil valientes de Neuilly, de Asníeres, de Issy, de Vanves y de Cachan?

Rendición del fuerte de Vincennes,

La ocupación del fuerte de Vincennes tuvo lugar el lunes 29. Este fuerte, desarmado, no había podido

tomar parte alguna en la lucha. Su guarnición se componía de trescientos cincuenta hombres y de veinticuatro oficiales, mandados por el jefe de legión Faltot: veterano de las guerras de Polonia y garibaldinas, uno de los más activos del 18 de marzo. Se le ofreció un asilo seguro. Respondió que su honor le prohibía abandonar a sus compañeros de armas.

El sábado, un coronel de estado mayor versallés vino a negociar una capitulación. Faltot pedía pasaportes en blanco, no para sí, sino para algunos de sus oficiales de nacionalidad extranjera. Ante la negativa de Versalles, Faltot cometió la torpeza de dirigir la misma petición a los alemanes. Mac-Mahon, en previsión de un asedio, había vuelto a solicitar la ayuda del príncipe de Sajonia, y el alemán velaba por su cofrade. Durante estas negociaciones, el general Vinoy se había procurado cómplices dentro de la plaza, donde algunos hombres se ofrecían a reducir a los federados intratables. De estos últimos era Merlet, guardia general de ingenieros y de artillería, antiguo suboficial, plenamente dispuesto a volar la plaza antes que rendirla. El polvorín contenía diez mil kilogramos de pólvora y cuatrocientos mil cartuchos.

El domingo, a las ocho de la mañana, sonó un disparo en la habitación de Merlet. Acudieron; yacía en tierra con la cabeza atravesada de un balazo. El desorden de la habitación, la dirección de la bala eran testimonios evidentes de que había habido lucha. Un capitán, ayudante mayor del 99, Bayard, muy exaltado durante la Comuna y a quien los versalleses pusieron en libertad, confesó solamente que él había dispersado los elementos de la pila eléctrica preparada por Merlet para volar el fuerte.

El lunes, el coronel versallés renovó su proposición. La lucha en París había terminado. Los oficiales deliberaron, y convinieron en que se abrirían las puertas. A las tres entraron los versalleses. La guarnición, sin armas, estaba agrupada al fondo del patio. Nueve oficiales fueron encerrados aparte.

Por la noche, en los fosos, a cien metros del lugar en que cayó el duque de Enghien, estos nueve oficiales se alinearon ante el pelotón de ejecución. Uno de ellos, el coronel Delorne, se volvió hacia el versallés que mandaba la tropa y le dijo: “Tómeme el pulso; verá usted si tengo miedo”.

Cuarta parte. LA VENGANZA.

Capitulo XXXIV. La furia versallesa. Los mataderos. Los tribunales prebostales. Muerte de Varlin. La peste. Los enterramientos.

Somos gente honrada; se hará justicia con arreglo a las leyes ordinarias. Sólo recurriremos a la ley.

Thiers a la Asamblea Nacional, el 22 mayo del 71.

Puedo afirmar que el número de ejecuciones ha sido muy restringido.

Mac-Mahon. Encuesta sobre el 18 de marzo.

El orden reinaba en París. Por todas partes ruinas, muertos, siniestros crujidos. Los oficiales andaban por medio de la calle, provocadores, haciendo sonar el sable; los suboficiales copiaban su arrogancia. Los soldados vivaqueaban en todas las grandes calles; algunos, embrutecidos por la fatiga y la matanza, dormían en mitad de la acera; otros preparaban la comida cantando canciones de su tierra.

La bandera tricolor pendía desmayadamente de todas las ventanas, para alejar los registros. Los fusiles, las cartucheras, los uniformes, se amontonaban en el arroyo, en los barrios populares, arrojados por las ventanas o traídos durante la noche por los aterrorizados vecinos. En las puertas, las mujeres de los obreros, sentadas, con la cabeza entre las manos, miraban fijamente ante sí, esperando a un hijo o a un marido que jamás habrían de volver.

Los emigrados de Versalles, los inmundos seres que arrastran en pos de sí las victorias cesáreas, ensordecían los bulevares. Este populacho se abalanzaba desde el miércoles sobre los convoyes de prisioneros, aclamaba a los gendarmes a caballo -se vio a algunas damas besar sus botas-, aplaudía al paso de los carruajes ensangrentados, acaparaba a los oficiales que contaban sus proezas, en la terraza de los cafés, materialmente acosados por las prostitutas. Los paisanos competían en desenvoltura con los militares. Uno que no había pasado de la calle Montmartre, describía la zona de Château-d’Eau, se vanagloriaba de haber fusilado su buena docenita de federados. Algunas mujeres elegantes iban a mirar los cadáveres y, para gozar de los valerosos muertos, levantaban sus últimas ropas con la punta de sus sombrillas.

"Habitantes de París -dijo Mac-Mahon el día 28*¡Paris ha sido libertado! Hoy ha terminado la lucha; el orden, el trabajo* y *la seguridad van a renacer”.*

¡Ay de los vencidos!

"París libertado” fue dividido en cuatro mandos -Vinoy, Ladrnirault, Cissey, Douai- y sometido de nuevo al régimen de estado de sitio levantado por la Comuna. No hubo en París más que un gobierno: el ejército que asesinaba a París. Los transeúntes se vieron obligados a demoler las barricadas, y todo signo de impaciencia fue castigado con la detención, como toda imprecación con la muerte. Se anunció que cualquier detentador de un arma sería llevado inmediatamente a presencia de un consejo de guerra; que toda casa desde la que se disparase sería entregada a ejecución sumarísima. Los establecimientos públicos tuvieron que cerrar a las once; sólo los oficiales vestidos de uniforme tuvieron

la calle por suya. Por las noches recorrían la ciudad patrullas de jinetes. La entrada en París se hizo difícil; la salida, imposible. Los hortelanos no podían entrar y salir cuando querían; estuvieron a punto de faltar los víveres.

Acabada la lucha, el ejército se transformó en un inmenso pelotón de ejecución. En junio del 48, Cavaignac prometió el perdón y asesinó; Thiers había jurado por las leyes, y dejó carta blanca al ejército. Era partidario del "máximo rigor", para poder así lanzar su célebre frase: "El socialismo ha acabado por mucho tiempo". Más tarde contó que no había habido manera de contener al soldado; excusa inadmisible, ya que los mayores asesinatos no tuvieron lugar hasta después de la batalla.[74]

El domingo 28, terminada la lucha, varios millares de personas reunidas en los alrededores del Père-Lachaise fueron conducidas a la cárcel de La Roquette. Un jefe de batallón que estaba a la puerta miraba de arriba abajo a los prisioneros y, según le daba la vena, decía: "¡A la derecha!", o "¡A la izquierda!" Los de la izquierda eran para ser fusilados. Después de vaciarles los bolsillos, se les alineaba ante un muro y se les mataba. Frente al muro, dos sacerdotes canturreaban la recomendación del alma.

Del domingo al lunes por la mañana, sólo en La Roquette se mató a mil novecientas personas. La sangre corría por los arroyos de la cárcel. La misma carnicería hubo en Mazas, en la Escuela Militar, en el parque Monceau.

Los tribunales prebostales.

Más siniestros aún, si cabe, eran los tribunales prebostales, en los que se hacía un simulacro de juicio. No habían surgido al azar, obedeciendo a los furores de la lucha. Mucho antes de la entrada en París, Versalles había señalado su número, sitio, limites y jurisdicción. Uno de los más célebres de estos tribunales tenía su sede en el Châtelet y estaba presidido por el coronel de la guardia nacional, Louis Vabre, el del 31 de octubre y del 18 de marzo, un vigoroso animal de talla gigantesca. La historia posee varias actas de las matanzas de L'Abbaye, en que los prisioneros, conocidísimos, pudieron defenderse. Los parisienses de 1871 no alcanzaron la justicia de Maillard: apenas hay huellas de cuatro o cinco diálogos. Los millares de cautivos conducidos al Châtelet eran encerrados primeramente en la sala, bajo el fusil de los soldados; después, empujados de pasillo en pasillo, desembocaban como corderos en la Cámara, donde Vabre se pavoneaba, rodeado de oficiales del ejército y de la guardia nacional del orden, con el sable entre las piernas, algunos con el cigarro en la boca. El interrogatorio duraba un cuarto de minuto. "¿Ha tomado usted las armas? ¿Ha servido a la Comuna? ¡Enséñeme las manos!" Si su actitud era resuelta o su facha antipática, sin preguntar el nombre, la profesión, sin tomar nota en ningún registro, el reo era *clasificado.* "¿Y usted?", decían al vecino, y así sucesivamente, hasta llegar al último de la fila. Aquellos a quienes un capricho salvaba, eran llamados *ordinarios* y reservados para Versalles. No se ponía en libertad a nadie.

Los *clasificados* eran entregados inmediatamente a los ejecutores, que los llevaban al cuartel Lobau. Allí, a puerta cerrada, los gendarmes disparaban sin agrupar a sus víctimas. Algunos, malheridos, corrían a lo largo de las paredes. Los gendarmes los cazaban, les tiroteaban hasta que se les acababa la vida. Edouard Morcau pereció en una de estas hornadas. Sorprendido en la calle Rivoli, fue llevado al Châtelet. Su mujer le acompañó hasta la puerta del cuartel Lobau, y oyó los disparos que mataban a su marido.

En el Luxembourg, las víctimas del tribunal prebostal eran arrojadas, primero, a un sótano que tenía la forma de un verdadero laberinto, que recibía únicamente el aire por una angosta abertura. Los oficiales estaban en una sala del entresuelo, rodeados de brassardiers, agentes de policía y burgueses privilegiados que iban en busca de emociones fuertes. Como en el Châtelet, el mismo interrogatorio inútil, y ninguna defensa. Después del desfile, los prisioneros volvían a un sótano o eran conducidos al jardín; allí, al pie de la terraza de la derecha, eran fusilados. El muro chorreaba masa encefálica, y los soldados chapoteaban en la sangre.

Los asesinatos prebostales se llevaban a cabo de idéntica manera en la Escuda Politécnica, en el cuartel Dupleix, en las estaciones del Norte, del Este, en el Jardín des Plantes, en varios cuarteles que coincidían en los procedimientos de matadero sin frases. Las víctimas morían sencillamente, sin fanfarronadas. Muchas se cruzaban de brazos, otras mandaban el fuego. Algunas mujeres y niños seguían a su marido, a su padre, gritando: "¡Fusiladnos con ellos!" Se vio a algunas mujeres, ajenas a la lucha, pero a quienes estas carnicerías enloquecían, disparar contra los oficiales y luego arrojarse contra un muro, esperando la muerte.

Para los oficiales, en su mayor parte bonapartistas, los republicanos eran víctimas selectas. El general De Lacretelle dio orden de fusilar

[74] En una bodega de la plaza Voltaire, vimos entrar el domingo por la mariana a unos soldados jóvenes, fusileros de marina de la quinta de 1871. ¿Hay muchos muertos?, preguntamos. "-¡Ah, tenernos orden de no hacer prisioneros! El general lo ha mandado. (No pudieron darnos el nombre de su general.) Sí no hubieran incendiado, no se les haría eso; pero como lo han hecho, hay que matarlos". (Textual.) Después, dirigiéndose a su camarada: "Esta mañana, ahí (y señalaba la barricada de la alcaldía) llegó uno de blusa. "¡No me fusilaréis!", dijo. -¡Oh, no! Le hicimos pasar delante de nosotros, y ¡pim, pum!... ¡Cómo pataleaba!"

a Cernuschi, que había contribuido con doscientos mil francos a la campaña contra el plebiscito. El doctor Tony Moilin, orador de las reuniones públicas, fue condenado a muerte, no, según se le dijo, porque hubiese cometido ningún acto que lo mereciera, sino por ser republicano, "una de esas personas de quienes hay que desembarazarse". Los republicanos de la izquierda, cuyo odio a la Comuna estaba harto probado, no se atrevieron a poner el pie en París, por miedo a ser comprendidos en la matanza.

No todo el mundo tenía la suerte de tropezar con un tribunal prebostal o con los azares de un matadero. Muchos fueron muertos en el patio de su misma casa, delante de su puerta, acto continuo de su detención, como el doctor Napias-Piquet, fusilado en la calle Rivoli y cuyo cadáver estuvo abandonado todo el día, no sin que los soldados le quitasen las botas. Otro tanto le ocurrió a un presidente del club de Saint-Sulpice, que fue sacado a la calle en camisón. El ejército, que no disponía de policía ni de informes precisos, mataba a diestra y siniestra, guiado únicamente por los furores de los "brassardiers", e incluso por las delaciones de funcionados que tenían faltas de sobra que ocultar. Cualquiera que señalase a un transeúnte con un nombre revolucionario, podía hacerlo fusilar. En Grenelle fusilaron a un falso Billioray, a pesar de sus desesperadas protestas; en la plaza Vendôme lo fue un Brunel no más auténtico, en las habitaciones de Madame Fould. "Le Gaulois" publicó el relato de un cirujano militar que conocía a Vallès y había asistido a su ejecución. Testigos oculares afirmaron haber visto fusilar a Lefrançais, el jueves, en la calle de la Banque. El verdadero Billioray fue juzgado en el mes de agosto; Vallès, Brunel y Lefrançais lograron llegar al extranjero. De este modo fueron fusilados varios funcionarios de la Comuna, y frecuentemente varias veces en la persona de individuos más o menos parecidos a ellos.

Muerte de Varlin.

Varlin tampoco debía escapar. El domingo, 28, en la plaza Cadet, fue reconocido por un cura, que corrió en busca de unos oficiales. El teniente Sicre agarró a Varlin, le ató las manos a la espalda y se lo llevó hacia el cerro donde se hallaba el general De Laveaucoupct. Varlin, que había expuesto su vida por salvar a los rehenes de la calle Haxo, fue arrastrado durante más de una hora por las empinadas calles de Montmartre. Bajo la granizada de golpes, su joven cabeza meditabunda, que nunca había alojado más que pensamientos de fraternidad, se convirtió en un informe montón de carne, con un ojo colgándole de la órbita. Cuando llegó a la calle Rosiers, al estado mayor, ya no andaba, sino que lo llevaban. Lo sentaron para fusilarlo. Los soldados destrozaron su cadáver a culatazos. Sicre le robó el reloj, con el que se pavoneaba.

El Mont des Martyrs no cuenta con mártir más glorioso. ¡Que sea también él enterrado en el gran corazón de la clase obrera![75] Toda la vida de Varlin es un ejemplo. Se había formado por sí solo, con el encarnizamiento de su voluntad, consagrando al estudio, por las noches, las escasas horas que deja libres el taller, aprendiendo, no para llegar a cosechar honores como los Corboris o los Tolain, sino para instruir y libertar al pueblo. Fue el nervio de las asociaciones obreras de las postrimerías del Imperio. Infatigable, modesto, parco en palabras, hablando siempre en el momento oportuno y aclarando entonces con una sola frase lo confuso de la discusión, conservó siempre el sentido revolucionario que se enmohece frecuentemente en los obreros instruidos. Uno de los primeros, el día 18 de marzo, constante en la labor durante toda la Comuna, estuvo en las barricadas hasta el último momento. Este muerto pertenece por completo a los obreros.

Los periodistas versalleses escupieron sobre su cadáver, dijeron que se habían encontrado sobre él centenares de miles de francos, por más que el informe oficial dijese: "Un portamonedas que contenía 284,15 francos". Los periodistas habían vuelto a París a la zaga del ejército, seguían a éste como chacales, y hundían su hocico en los cadáveres. Olvidando que en las guerras civiles sólo los muertos sin los que vuelven, todos estos Sarecys no tenían más que un artículo: ¡Mata! Publicaban los nombres, los escondites de aquellos a quienes había que fusilar, mostrábanse inagotables en invenciones para atizar el furor del burgués. Después de cada fusilamiento, gritaban, ¡todavía!: "Hay más. Hay que cazar a los comunalistas". ("Bien public".) "Esos hombres que han matado por matar y por robar, están ahora presos, y ¿habremos de responderles: ¡clemencia!?..." "Esas horribles mujeres que acribillaban a puñaladas el pecho de los oficiales agonizantes están ahora presas ¿y ha de respondérseles: ¡clemencia!?..." ("Patrie".) "¿Qué es un republicano? Una bestia feroz... ¡Vamos, hombres honrados, un empujón para acabar con toda la gusanera democrática e internacional!" ("Fígaro".) "El reino de los malvados ha terminado. Jamás se sabrá con qué refinamientos de crueldad y de salvajismo han cerrado esta orgía de crimen y de barbarie. Dos meses de robo, de pillaje, de asesinatos y de incendio". ("Opinión Nationale".) "Ni uno solo de esos malhechores, en cuyas manos se ha encontrado París durante dos meses, será considerado como político; se les tratará como a bandidos que son, como a los más espantosos monstruos que se

[75] Karl Marx acaba así *La Guerra Civil* en *Francia: "*El París de los obreros de 1871, el París de la Comuna, será celebrado siempre como la avanzada de una nueva sociedad. La memoria de sus mártires vivirá, como en un santuario, en *el gran corazón de la clase obrera".*

hayan visto nunca en la historia de la humanidad". (Moniteur Universel"). Un periódico médico inglés pidió, el 27 de mayo, la vivisección de los prisioneros.

Para acabar de excitar a los soldados -¡como si hiciera falta!-, la prensa tejió coronas para ellos. "¡Qué admirable actitud la de nuestros oficiales y soldados!", decía "Le Figaro". "Sólo al soldado francés le es dado rehacerse tan bien y tan pronto". "¡Qué horror!", exclamaba el "Journal des Débats". "Nuestro ejército ha vengado sus desastres con una victoria inestimable".

Así se vengaba el ejército de sus desastres; se vengaba cebándose en París. París era un enemigo, lo mismo que Prusia, y tanto menos digno de que se le guardasen miramientos, cuanto que el ejército tenía que reconquistar su prestigio. Para completar la semejanza, hubo un desfile triunfal después de la victoria. Los romanos no concedían nunca semejante honra después de las luchas civiles. Thiers organizó un magno desfile con todas las tropas, a la vista de los prusianos, a los que lanzaba los cadáveres de los parisienses como un desquite.

La soldadesca frenética.

¿Qué de extraño tiene que, con semejantes jefes, el furor del soldado llegase a extremos tales de embriaguez, que ni siquiera la muerte le saciara? El domingo, 28, ante la fachada de la alcaldía del distrito XI, a cuyas paredes estaban adosados varios cadáveres, vimos a un fusilero de marina que cortaba con su bayoneta los intestinos que se deslizaban del vientre de una mujer; los soldados se divertían poniendo carteles en el pecho de los federados: *asesino, ladrón, borracho,* y hundían en su boca los golletes de las botellas.

¿Cómo explicar estos refinamientos de salvajismo? El informe oficial de Mac-Mahon registra tan sólo 877 muertos versalleses desde el 3 de abril hasta el 28 de mayo. La furia versallesa no tenía, pues, la excusa de las represalias. Cuando un puñado de exasperados, para vengar a millares de hermanos suyos, fusila sesenta y tres rehenes de cerca de trescientos que tiene todavía entre sus manos, la reacción se cubre la faz con un velo y protesta en nombre de la justicia. ¿Qué dirá, entonces, esa justicia de aquellos que metódicamente, sin ansiedad respecto al resultado de la lucha, y, sobre todo, acabada ésta, fusilan a veinte mil personas que en sus tres cuartas partes, por lo menos, no habían combatido? Algunos resplandores de humanidad pasaron por el ánimo de los soldados, a algunos de los cuales se vio volver de las ejecuciones con la cabeza gacha. Los oficiales bonapartistas, en cambio, no desmayaron en su ferocidad. Aun después del domingo remataban con sus propias manos a los prisioneros; le llamaban al valor de las víctimas "insolencia, resolución de poner fin a su vida antes que vivir trabajando". El "hombre de peso" es la criatura más insaciablemente cruel.

Espectáculos atroces.

"El suelo está sembrado de sus cadáveres -telegrafió Thiers a sus prefectos-: este espantoso espectáculo servirá de lección". Era preciso, a pesar de todo, poner término a esta lección de cosas. No es que llegara la piedad, sino la peste. Los tábanos salían a millares de los cadáveres descompuestos. Las calles se cubrían de pájaros muertos. "L'Avenir Liberal", elogiando las proclamas de Mac-Mahon, le había aplicado palabras de Flóchier: "Se oculta, pero su gloria le descubre". La gloria del Turena de 1871 se descubría hasta en el Sena, jaspeado por un largo reguero de sangre que pasaba bajo el segundo arco del puente de las Tullerías. Los muertos de la semana sangrienta se vengaban, apestando las plazas, los solares, las casas en construcción, que habían servido de alivio a los mataderos y a los tribunales prebostales. "¿Quién no recuerda -decía "Les Temps"-, si lo vio aunque fuese sólo unos minutos, no digamos la plaza, sino el osario de la torre de Saint-Jacques? De en medio de estas tierras húmedas, recién removidas por la pala, salían, acá y allá, cabezas, brazos, pies y manos. Veíanse a flor de tierra contornos de cadáveres; el espectáculo era abominable. Un olor glacial, repugnante, salía de aquel jardín. A ratos, en algunos sitios, se hacía fétido". En el parque Monceau, ante los Inválidos, fermentados por la lluvia y el sol, los cadáveres rasgaban su parvo sudario de tierra. Un gran número de ellos quedaban todavía al aire, salpicados únicamente de cloro; en Saint-Antoíne se veían montones "como de basura", decía un periódico del orden; en la Escuela Politécnica cubrían una extensión de cien metros de largo por tres de alto; en Passy, que no fue uno de los grandes centros de ejecución, había 1.100 cerca del Trocadero. Trescientos que fueron lanzados a los lagos del cerro Chaumont subieron a la superficie y paseaban, hinchados, sus efluvios mortales. La gloria de Mac-Mahon se descubría demasiado. Los periódicos se asustaron. "Es preciso -dijo uno de ellos- que esos miserables que tanto mal nos hicieron vivos no puedan hacernos todavía más después de su muerte". Los mismos que habían atizado las matanzas gritaron: ¡Basta!

"¡No matemos más! -dijo el "Paris-Journal" del 2 de junio-. ¡Ni a los asesinos, ni a los incendiarios! ¡No matemos más! No es su indulto lo que pedimos, sino una prórroga".

"¡Basta de ejecuciones, basta de sangre, basta de víctimas -dicen "Le National" y "L'Opinion Nationale"-. Hace falta proceder a un *examen serio de los inculpados. No quisiéramos ver morir más que a los verdaderos culpables".*

Las ejecuciones se espaciaron, y empezó la

limpieza. Carruajes de todo género, carros descubiertos, carretas, ómnibus, recogieron los cadáveres en todos los barrios. Desde la época de las grandes pestes no se habían visto tales carretadas de carne humana. Por las contorsiones de la violenta agonía era fácil reconocer que muchos de aquellos hombres, enterrados en vida, habían luchado contra la tierra. Había cadáveres tan putrefactos, que fue preciso conducirlos a gran velocidad en carros cerrados, depositándolos en fosas llenas de cal.

Los cementerios de París absorbieron todo lo que podían contener. Las víctimas innumerables, unas junto a otras, descalzas, llenaron inmensas zanjas en el Père-Lachaise, en Montmartre, en Montparnasse, adonde el recuerdo del pueblo va a buscarlas todos los años. Otras fueron llevadas a Charonne, a Bagnolet, a Bicêtre, a Berey, donde se utilizaron las trincheras abiertas durante el sitio, e incluso algunos pozos. "Allí nada hay que temer de las emanaciones cadavéricas -decía "La Liberté de Girardin"-; el surco del labrador se abrevará de una sangre impura que lo fecundará. El delegado de Guerra muerto podrá pasar revista a sus fieles a media noche; la consigna será: *Incendio y Asesinato"*. Mujeres en pie a la orilla de las trincheras y de los fosos, buscaban a alguien entre aquellos despojos. La policía esperaba que su dolor las traicionase para detener a tales "hembras de insurrectos". Durante mucho tiempo se oyeron en aquellos fosos los aullidos de los perros fieles, de los animales tan superiores, esta vez, a los hombres.

Como la inhumación de este ejército de muertos excedía a todas las fuerzas, se trató de disolverlos. Las casamatas habían quedado llenas de cadáveres; se extendieron sobre ellos sustancias inflamables y se improvisaron hornos crematorios, que formaron una inmensa papilla. En el cerro Chaumont se hizo una hoguera colosal inundada de petróleo, y, por espacio de varios días, un humo denso, nauseabundo, empenachó los jardines.

La cuenta de los muertos.

Las matanzas en masa duraron hasta los primeros días de junio, y las ejecuciones sumarias hasta mediados del mismo mes. Durante mucho tiempo, misteriosos dramas visitaron el Beis de Boulogne. Jamás se sabrá el número exacto de las víctimas de la semana sangrienta. El jefe de la justicia militar confesó que había habido diecisiete mil fusilados. El Consejo Municipal de París pagó la inhumación de diecisiete mil cadáveres; pero un gran número de personas fueron muertas o incineradas fuera de París. No es exagerado decir que llegaron a veinte mil, cifra admitida por los funcionarios oficiales.

No pocos campos de batalla han contado un número mayor de muertos. Pero ésos, por lo menos, cayeron en el furor de la lucha. El siglo XIX no vio nunca semejante degollina después del combate. Nada hay que se le parezca en la historia de nuestras guerras civiles. La noche de San Bartolomé, junio del 42, el 2 de diciembre, serían iguales, a lo sumo, a un episodio de matanzas de mayo. Sólo las hecatombes asiáticas pueden dar una idea de esta carnicería de proletarios.

Tal fue la represión "por las leyes, con las leyes".

Todas las potencias sociales aplaudieron a Thiers, tratando de sublevar al mundo contra este pueblo que, después de dos meses de reinado soberano y del asesinato de millares de los suyos, había sacrificado a sesenta y tres rehenes. El 28 de mayo, los curas, grandes consagradores de asesinatos, celebraron un oficio solemne ante la Asamblea en pleno. Cinco días antes, los obispos, capitaneados por el cardenal De Bonnechose, habían pedido a Thiers que restableciese al papa en sus Estados. El Gesu avanzaba, dueño de la victoria, y sobre el orgulloso escudo de París, borrando la nave de la esperanza, ponía el Sagrado Corazón sangriento.

Capítulo XXXV. Los convoyes de prisioneros.- el invernadero satory. Las detenciones. Los delatores. La prensa. La extrema izquierda maldice a los vencidos. Manifestaciones en el extranjero.

La causa de la justicia, del orden, de la humanidad y de la civilización, ha triunfado.

Thiers a la Asamblea Nacional, el 22 de mayo del 71.

Son estas jornadas de furia y de sangre uno de los mayores eclipses de la civilización que de los Césares acá hayan ensombrecido a Europa. Así cayó Vitelio sobre Roma; de igual modo sitió a sus adversarios con un movimiento envolvente. Idéntica ferocidad en la matanza de prisioneros, de mujeres y niños; los mismos "brassardiers" a la zaga de los vencedores; pero Vitelio, por lo menos, no hablaba de civilización.

¡Dichosos acaso los muertos, que no tuvieron que sufrir el calvario de los prisioneros!

Si los fusilamientos se habían llevado a cabo en masa, júzguese lo que serían las detenciones. Furibundas razzias de hombres, de mujeres, de niños. Parisienses, provincianos, extranjeros, indiferentes, una mescolanza de gente de ambos sexos, de todas las edades, de todos los partidos, de todas condiciones. Se llevaban en masa a los inquilinos de una casa; algunas veces, inclusive, a los vecinos de toda una barriada. El miedo cerraba las puertas; no había ya hospitalidad en la calle. Una sospecha más o menos motivada, una actitud mal interpretada, bastaban para ser apresado por los soldados. Éstos, del 21 al 30 de mayo, recogieron de esta suerte a cuarenta mil personas.

Los cautivos, formados en largas cadenas, unas veces sueltos, otras atados con cuerdas hasta formar

un bloque, como en junio del 48, eran conducidos a Versalles. Al que se negaba a andar lo aguijaban con la bayoneta; si se resistía, lo fusilaban sobre la marcha o lo ataban a la cola de un caballo. Ante las iglesias de los barrios ricos se les obligaba a arrodillarse, con la cabeza descubierta, mientras la turba de lacayos, elegantes y prostitutas gritaba: "¡Matadlos! ¡Matadlos! ¡No vayáis más lejos! ¡Fusiladlos aquí mismo!" En los Campos Elíseos quisieron romper las filas, probar a qué sabía la sangre.

Galliffet en funciones.

Galliffet los esperaba en La Muette. Allí cobraba su diezmo, recorría las filas y con su cara de lobo flaco: Tú tienes facha de ser inteligente -le decía a uno-. Sal de la dila. Tú tienes un reloj -decía a otro-. Debes de ser funcionario de la Comuna, y lo ponía aparte. Una de estas hornadas fue descrita por el corresponsal del "Daily News", que se vio obligado, envuelto en una razzia, a acompañar a una columna hasta La Muette:

"En la avenida Uhrich, la columna hizo alto, y los cautivos fueron dispuestos en cuatro o cinco filas en medio de la calle. El general marqués de Galliífet, que nos había precedido con su estado mayor, se apeó del caballo y empezó su inspección por la izquierda, cerca del sitio en que me encontraba yo. Marchaba lentamente, examinaba las filas como en una revista, golpeaba en el hombro a un prisionero o le ordenaba que pasase atrás. El individuo así escogido, a menudo sin más interrogatorio, era sacado inmediatamente fuera de la fila, y por este procedimiento se formaba otra columna suplementaria. Los que la componían se daban perfecta cuenta de que había llegado su última hora, y era de un interés terrible observar su actitud. Uno, herido, con la camisa empapada en sangre, se sentó en la calle rugiendo de dolor. Otros lloraban en silencio. Dos soldados, presuntos desertores, suplicaban a los demás prisioneros que dijesen si los habían visto alguna vez en sus filas. Varios sonreían, retadores. ¡Qué cosa más horrible ver así a un hombre arrancado a sus semejantes y muerto sin más formalidades de proceso! A algunos pasos de mí, un oficial de a caballo indicó al marqués de Galliífet a un hombre y una mujer culpables de no sé qué clase de delito. La mujer se lanzó fuera de las filas, se arrodilló, y tendiendo los brazos imploró piedad, haciendo protestas de su inocencia en los términos más patéticos. El general estuvo contemplándola un rato; después, con absoluta impasibilidad: "Señora -le dijo-, he frecuentado todos los teatros de París; no vale la pena representar una comedia". Seguí al general, por mi parte, siempre prisionero, pero escoltado por dos cazadores a caballo, y traté de darme cuenta de lo que podía guiarle en su elección. Advertí que no convenía ser ostensiblemente más alto, más bajo, más sucio, más limpio, más viejo o más feo que el vecino. Un individuo debió especialmente a su nariz partida el ser libertado de los males del mundo. El general, después de escoger así un centenar de prisioneros, formó un pelotón de ejecución, y la columna reanudó su marcha. Algunos minutos después oímos detrás de nosotros las descargas, que duraron un cuarto de hora. Era la ejecución sumarísima de aquellos desgraciados."[76]

El domingo, 28, dijo Galliffet: "¡Que rompan filas todos los que tengan el pelo gris! Avanzaron ciento once prisioneros. Vosotros -continuó Galliffet- habéis sido testigos de junio del 48; por lo tanto, sois más culpables que los demás". E hizo rodar sus cadáveres a los fosos de las fortificaciones.

Una vez sufrida esta depuración, los convoyes seguían adelante, camino de Versalles, entre dos filas de jinetes. Hubiérase dicho la toma de una ciudad por las hordas tártaras. Muchachos de doce a dieciséis años, hombres de barba blanca, soldados con el capote vuelto del revés, hombres elegantes, otros de blusa, seres de las más variadas condiciones, las más delicadas y las más rudas, arrastrados por la misma catarata. Muchas mujeres; algunas con las manos esposadas; ésta con su bebé que apretaba el cuello maternal con sus manitas asustadas; aquélla con el brazo roto o la camiseta tinta en sangre; una, agotada, se colgaba del brazo de su vecino más vigoroso: otra, en una actitud estatuaria, desafiaba el dolor y los ultrajes; siempre la misma mujer del pueblo, que después de haber llevado pan a las trincheras y consuelo a los agonizantes,

"harta de dar a luz, desventurados",

se había lanzado al encuentro de la muerte liberadora.

Su actitud, que los extranjeros admiraban[77] exasperaba la ferocidad versallesa. "Viendo pasar los convoyes de mujeres insurrectas -decía "Le Figaro"-, se siente uno, que quiera que no, preso de una especie de piedad. Tranquilicémonos pensando que todas las casas de tolerancia de la capital fueron abiertas por los guardias nacionales que las protegían, y la mayor parte de estas damas eran inquilinas de aquellos establecimientos".

Jadeantes, manchados de basura, con la cabeza al aire bajo un sol ardiente, embrutecidos por el cansancio, el hambre y la sed, los convoyes se arrastraban horas y horas por el polvo ardiente del camino, hostigados por los gritos y los golpes de los cazadores a caballo. No trató tan cruelmente el

[76] "Daily News", 8 junio del 71. "Times", 31 de mayo del 71.

[77] "He visto, decía el "Times" del 29 de mayo, una joven vestida de guardia nacional, con la frente erguida, entre los prisioneros que llevaban los ojos bajos. Esta mujer, alta, de largos cabellos rubios, desafiaba a todo el mundo con la mirada. La multitud la insultaba; ella no pestañeaba, y avergonzaba a los hombres con su estoicismo".

prusiano a estos soldados encarnizados cuando, prisioneros a su vez, meses antes, eran conducidos de Sedan o desde Metz. Los cautivos que caían eran rematados a tiros de revólver; pocas veces los echaban a las carretas de la impedimenta.

Los cautivos en Versalles.

La multitud los esperaba a la entrada de Versalles: siempre lo más escogido de la sociedad francesa, diputados, funcionarios, sacerdotes, mujeres de todas las esferas. Los furores del 4 de abril y de los convoyes precedentes fueron tan superados como el mar se supera a sí mismo en las mareas del equinoccio. Las avenidas de París y de Saint-Cloud estaban bordeadas por estos salvajes que rodeaban a los convoyes con su griterío y sus golpes, cubriéndolos de inmundicias y cascos de botella. "Se ven -decía "Le Siècle" del 30 de mayo- mujeres, no ya mujeres públicas, sino mujeres del gran mundo, que insultan a los prisioneros a su paso e incluso los golpean con su sombrilla". Algunas recogían polvo con sus enguantadas manos y lo arrojaban a la cara de los cautivos. ¡Desgraciado del que dejase escapar un gesto de piedad! Era arrojado al convoy; y por satisfecho podía darse si no hacían más que llevarlo al puesto de policía, como a Ratisbonnen, que acaba de escribir en "Débats": "¡Qué inestimable victoria!" ¡Espantoso retroceso de la naturaleza humana, tanto más odioso cuanto más contrastaba con la elegancia en el Vestir! Algunos oficiales prusianos vinieron de Saint-Dénis a ver una vez más qué clases gobernantes habían tenido ante sí.

Los primeros convoyes fueron paseados como espectáculo por las calles de Versalles. Otros se estacionaron horas enteras en la plaza de las Armas, tórrida, a dos pasos de los grandes árboles, cuya sombra se les negaba, tan agobiados de ignominias que los desgraciados soñaban con el refugio de los depósitos.

Había cuatro de éstos: los sótanos de las Grandes Ecuries, la Orangerie del Palacio, los almacenes de Satory, y el picadero de la Escuela de Saint-Cyr. En sótanos húmedos, nauseabundos, en que la luz y el aire entraban tan sólo por unos ventanucos, fueron almacenados los cautivos, sin paja siquiera, en los primeros días. Cuando la tuvieron no tardó en reducirse a estiércol. Ni una gota de agua para lavarse; ningún medio de cambiar sus andrajos; los parientes que les traían ropa eran brutalmente despedidos. Dos veces al día, en una gamella, les daban un líquido amarillento: la comida. Los gendarmes les vendían tabaco a precios exorbitantes, y se lo confiscaban después para revenderlo. Sin médico. La gangrena roía las heridas: se declararon muchas oftalmías. El delirio se hizo crónico. La noche barajaba las quejas, los gemidos, con los gritos de los locos. En frente, los gendarmes, con los fusiles cargados, más agrios y duros de corazón que nunca; jamás habían visto, según decían, bandidos semejantes a aquellos parisienses.

Estas tinieblas encerraban otras mayores aún: el foso de los leones, cueva sin aire, negra antecámara de la tumba, bajo la gran escalera rosa de la Terrasse. Allí echaban a todo el que era tachado de peligroso o, sencillamente, que desagradaba al brigadier. Al menor ruido, el capitán daba orden de que los apaleasen, a menos que no los golpease él mismo. Los más robustos no resistían arriba de unos pocos días. Al salir, con la cabeza vacía, cegados por la luz, iban dando traspiés. ¡Por dichosos podían tenerse si encontraban la mirada de una esposa! Tras las verjas de la Orangerie se apretaban las mujeres, tratando de reconocer a alguien en aquel rebaño vagamente entrevisto. Suplicaban a los gendarmes, que las rechazaban y les aplicaban nombres infamantes.

El infierno de Satory.

El infierno a plena luz era el almacén de la explanada Satory, vasto paralelogramo cercado de muros, edificado sobre un terreno arcilloso que la menor lluvia empapaba. Los primeros que fueron destinados a él no tardaron en llenar los edificios, que podían albergar, a lo sumo, mil trescientas personas; a los demás los dejaron fuera.

El jueves por la noche, a las ocho, un convoy, compuesto principalmente de mujeres, llegó al almacén. "Varias de nosotras -me ha dicho una de ellas, la mujer de un jefe de legión-, habían quedado en el camino. No habíamos tomado nada desde por la mañana. Aún era de día. Vimos una gran muchedumbre de prisioneros. Las mujeres estaban aparte, en una barraca cerca de la entrada. Fuimos a reunirnos con ellas".

"Nos dijeron que allí había un charco. Muertas de sed, nos lanzamos a él. Las primeras que bebieron lanzaron un grito espantoso: "¡Oh, qué miserables! ¡Nos hacen beber la sangre de los nuestros!" Desde la víspera, los prisioneros heridos iban allí a lavar sus heridas. La sed nos torturaba tan cruelmente, que algunas se humedecieron sus labios en aquel agua sanguinolenta.

"Como la barraca estaba abarrotada, nos hicieron acostarnos en el suelo, en grupos de unas doscientas. Vino un oficial y nos dijo: "Viles criaturas, escuchad la orden que vaya dar: ¡Gendarmes, a la primera que se mueva, disparen contra estas putas!""

"A las diez nos sobresaltaron unas detonaciones que se oían cerca. "¡Acostaos, miserables!" gritaron nuestros gendarmes, apuntándonos. A dos pasos de allí estaban fusilando a unos prisioneros. Creímos que las balas nos atravesaban la cabeza. Los fusileros vinieron a relevar a nuestros gendarmes. Toda la noche estuvimos custodiadas por aquellos hombres salpicados de sangre. A las que se retorcían de terror y de frío les gruñían: "¡No te impacientes, que ya te llegará la vez!" Al amanecer vimos los muertos. Los

gendarmes se decían unos a otros: "¡Vaya vendimia tendremos!""

Una noche, los prisioneros oyeron un ruido de azadones en el muro sur. Los fusilamientos, las amenazas, los habían enloquecido; esperaban la muerte por todas partes, en todas las formas; creyeron que esta vez los iban a volar. Se abrieron algunos agujeros, y aparecieron unas ametralladoras.

El viernes por la noche estalló una tormenta que duró varias horas. Los prisioneros fueron obligados, so pena de ser ametrallados, a pasarse toda la noche echados en el barro. Una veintena de ellos murieron de frío.

El campo de Satory se convirtió en el lugar de excursión predilecto de la buena sociedad de Versalles. El capitán Aubry hacía los honores a las damas, a los diputados, a los escritores, como Dumas hijo, que iba allí en busca de estudios sociales, les mostraba a sus siervos chapoteando en el barro, royendo algunos bizcochos, bebiendo a tragos el agua del charco, en que los guardianes no se recataban de hacer sus necesidades. Algunos se volvían locos, se rompían la cabeza contra los muros; otros rugían, se arrancaban los cabellos y la barba. Una nube pestilencial se elevaba de aquel montón de harapos y de espantos. "Hay allí -decía "La Independence Française"- varios millares de seres envenenados de mugre y de parásitos, que están infestando un kilómetro a la redonda. Los cañones están apuntados contra esos miserables, enredilados como bestias salvajes. Los habitantes de París temen la epidemia que resulte de los entierros de los insurrectos muertos en la ciudad; los que "L'Of"iciel" de París llamaba los rurales, temen todavía más la epidemia que puede resultar de la presencia de los sublevados que viven en el campo de Satory".

Tal era la gente honrada que acababa de hacer triunfar la "causa de la justicia, del orden, de la humanidad y de la civilización". ¡Cuánto mejores y más humanos habían sido aquellos *bandidos,* a pesar del bombardeo y de los sufrimientos del sitio, que esa *gente honrada!* ¿Quién maltrató a un solo prisionero en el París de la Comuna? ¿Qué mujer pereció o fue insultada? ¿Qué rincón de cárcel parisiense ocultó una sola de las mil torturas que se exhibían a plena luz en Versalles?

Del 24 de mayo a los primeros días de junio, no cesaron de afluir a este sumidero los convoyes. Las detenciones continuaban por redadas, día y noche. Los gendarmes acompañaban a los militares y a la gente de orden, con pretexto de registro, forzaban los muebles, acribillaban a bayonetazos los rincones sospechosos, se apropiaban los objetos de valor. Los pisos de los miembros o funcionarios de relieve de la Comuna fueron desvalijados, y más tarde se condenó por robos demasiado flagrantes a algunos oficiales, como el teniente coronel Thierce, alcalde provisional del distrito XIII, Lyoën, preboste del XVII, etc.[78] Detenían no sólo a las personas comprometidas en los últimos acontecimientos, a las que denunciaban imprudentemente los documentos abandonados en las alcaldías y ministerios, sino a cualquiera que fuese conocido por sus opiniones republicanas. También fueron detenidos los proveedores de la Comuna, e incluso los músicos, que jamás habían pisado las fortificaciones. Los hombres de las ambulancias corrieron la misma suerte. Y, sin embargo, durante el sitio, un delegado de la Comuna, al inspeccionar las ambulancias de la prensa, había dicho al personal de las mismas: "No ignoro que la mayor parte de ustedes son amigos del gobierno de Versalles: pero deseo que vivan para que reconozcan su error. No me interesa saber si las lancetas al servicio de nuestros heridos Son realistas o republicanas; lo que veo es que cumplen ustedes dignamente con su deber. Se lo agradezco, e informaré de ello a la Comuna".[79]

Algunos federados se refugiaron en las catacumbas; se les cazó con antorchas. Los agentes de policía, ayudándose de perros, disparaban contra cualquier sombra sospechosa. Se organizaron batidas en los bosques próximos a París. La policía ocupó todas las estaciones, teclas las salidas de Francia. Los pasaportes tuvieron que ser renovados y visados en Versalles. Los patrones de barcos fueron vigilados. El 26 de mayo, Jules Favre pidió a todas las potencias extranjeras la extradición de los fugitivos, con el pretexto de que la lucha de los comunalistas no era una lucha política.

Cuatrocientas mil delaciones.

La extradición florecía en París. Pocos amigos, ningún camarada. Negativas implacables o delaciones. Un médico renovó las infamias de 1834. Todo el mundo, en Beaujon, quería salvar a un federado herido. El cirujano Dolbeau, profesor de la Facultad, hizo subir a los soldados y llevarse a aquel desgraciado, que fue fusilado. Afloraron a la superficie los más cobardes instintos, y París descubrió cenagales de ignominia que nunca había sospechado, ni siquiera bajo el Imperio. La gente honrada, dueña de la calle, hacía detener como comunalistas a sus rivales, a sus acreedores, formaba comités de depuración en sus distritos. La Comuna había rechazado a los delatores; la policía del orden los recibió abriéndoles de par en par sus registros. Llegaron las denuncias a la fabulosa cifra de 399.823 -cifra oficial-, una veinteava parte de las cuales, a lo sumo, iban firmadas.

La odiosa prensa.

La mayoría de esas denuncias se debe a la prensa. Por espacio de varias semanas vivió de atizar la rabia

[78] Juicios del 28 de diciembre del 72 y abril del 73.
[79] El "Times".

y el pánico de los burgueses. Thiers, reeditando una de las inepcias de 1848, "habló de líquidos venenosos recogidos para envenenar a los soldados" y dejó decir, cuando se propuso en la Asamblea una pensión para el comandante Ségoyer, muerto en la Bastilla, que "había sido empapado en petróleo y quemado vivo". Como ésta, fueron recogidas todas las invenciones de las malvados del 48, horriblemente rejuvenecidos por los del 71. Minas en las alcantarillas, con explosivos e hilos preparados; ocho mil petroleras mandadas por Ferré, divididas en batallones correspondientes a cada barrio; rotulillos engomados, de las dimensiones de un sello de correos, con las letras B. P. B. y una cabeza de bacante, para ser pegados en las casas que habían de ser incendiadas, jeringas, barriletes, globos de petróleo guarnecidos de cápsulas; vitrioladoras encargadas de "desfigurar a todos los individuos que tenían la desgracia de no ser tan feos como Delescluze o Vermorel"; bombas de vitriolo, globos libres lastrados con materias inflamables; moños incendiarios empapados en lo mismo; esferas de veneno, gendarmes asados, marinos colgados, mujeres ricas violadas, requisas de prostitutas, robos sin fin, saqueo del Banco, de la secretaría del Palacio de Justicia, de las iglesias, de la plata de los cafés; cuanto la locura y el miedo idiota pueden inventar, fue contado, y el buen burgués se lo creyó todo. Algunos periódicos tuvieron la especialidad de las falsas órdenes de incendio, de autógrafos cuyos originales no pudieron ser presentados nunca pero que fueron considerados pruebas fehacientes en los consejos de guerra y en las historias. Cuando creyó que el furor burgués se debilitaba, la prensa se esforzó por rejuvenecerlo. "París, ya lo sabemos -decía "Le Bien Public"-, no pide más que volver a dormir; aunque tengamos que aburrirle, lo despertarernos". El 8 de junio, "Le Figaro" reeditando su artículo de Versalles, trazaba un nuevo plan de matanza: "La represión debe igualar al crimen... Los miembros de la Comuna, los jefes de la insurrección, los miembros de los comités, los tribunales militares y revolucionarios, los generales y oficiales extranjeros, los desertores, los asesinos de Montrnartre, de la Roquette y de Mazas, los petroleros y petroleras, los criminales reincidentes, deben ser pasados por las armas. La ley marcial debe aplicarse con todo su rigor a los periodistas que han puesto la antorcha y el fusil en manos de fanáticos imbéciles. Parle de estas medidas ha sido ya puesta en vigor. Nuestros soldados han simplificado la obra de los tribunales marciales de Versalles fusilando inmediatamente; pero no hay que ocultar que muchos de los culpables han escapado al castigo". Este "Le Figaro" publicó, a guisa de folletón, la historia de los últimos días del Hôtel-de-Ville y "Le Gaulois" reeditó, endosándosela a Delescluze, una historia sádica atribuida en el 48 a Ledru-Rollin.

Cincuenta mil detenciones.

Las denuncias y las detenciones volvieron a empezar con más fuerza. Fueron detenidos Jourde, Rossel, Ferré, Paschal Grousset, al cual quiso despedazar la multitud; a Courbet, cuya detención fue celebrada por Dumas hijo de este modo: "¿Por qué cópula fabulosa de un limaco y un pavo, por obra de qué antítesis genesíacas, de qué rezumo sebáceo puede haber sido engendrado eso que se llama Gustavo Courbet? ¿Bajo qué campana, con ayuda de qué estiércol, como resultado de qué mezcla de vino, de cerveza, de mucosidad corrosiva y de edema flatulento, ha podido surgir esa calabaza sonora y peluda, este vientre estético, encarnación del Yo imbécil e impotente?" El enteco lameculos de los burgueses hubiera encontrado muy natural que se destruyese la obra de Courbert. El Consejo Municipal de Ornans, su pueblo natal, compartiendo esta opinión, echó abajo una de sus obras que adornaba la fuente pública.

La prensa ilustrada, que habla más vivamente a la imaginación, no dejó de atribuir a los federados y a sus mujeres las actitudes y fisonomías más abyectas.

Hubo, para honra de Francia, algunos rasgos de coraje e incluso de heroísmo, en esta erupción de cobardía. Vermorel fue recogido por la mujer de un portero, que consiguió durante algunas horas hacerlo pasar por hijo suyo.[80] La madre de un soldado versallés dio asilo a varios miembros de la Comuna. Un gran número de insurrectos de nota fueron salvados por desconocidos; y, sin embargo, se exponían a la muerte, en las primeras horas, y a la deportación más tarde, todos los que albergaban a los vencidos.

El término medio de detenciones fue, en junio y julio, de unas cien diarias. En Belleville, Ménilmontant, en el distrito XIII, algunas calles no albergaban más que viejas. Los versalleses, en sus embusteras estadísticas, confesaron 38.568 prisioneros; de ellos, 1.058 mujeres,[81] como si hubieran contado de algún modo las multitudes que alimentaban a pala. El número de personas detenidas llegó probablemente a cincuenta mil.

Las equivocaciones fueron innumerables. Mujeres del gran mundo que iban, con las narices dilatadas de gusto, a contemplar los cadáveres de los federados, fueron englobadas en las razzias y conducidas a Satory, donde, con los vestidos desgarrados, roídas de miseria, representaron con gran propiedad el papel

[80] La calumnia versallesa le persiguió hasta en su agonía -murió en Versalles-. Contó que se había confesado con un jesuita y desautorizado sus escritos ante los gendarmes y las hermanitas. La verdad es que su madre, muy devota, introdujo al cura a la cabecera del moribundo, aprovechando un acceso de fiebre purulenta.

[81] Informe del capitán Guichart: *Encuesta sobre el* 18 *de marzo,* 1. 3, p. 318.

de las petroleras imaginadas por sus periódicos.

Millares de personas tuvieron que ocultarse en Francia o en el extranjero para huir de las persecuciones o de las denuncias. Las pérdidas de conjunto se calculan por el hecho de que en las elecciones complementarias de julio hubo cien mil electores menos que en las de febrero. El "Journal des Débats" estimaba que "las pérdidas sufridas por el partido de la insurrección, incluyendo muertos y prisioneros, ascendía a la cifra de cien mil individuos".

La industria parisiense quedó destruida a consecuencia de ello. Sus jefes de taller, contramaestres, ajustadores, obreros artistas que dan a su fabricación su valor especial, perecieron, fueron detenidos o emigraron. La zapatería perdió la mitad de sus obreros; la ebanistería, más de un tercio; diez mil obreros sastres, la mayor parte de los pintores, fontaneros y plomeros, desaparecieron; la guantería, la mercería, la corsetería, la sombrerería, sufrieron el mismo desastre; hábiles joyeros, cinceladores, pintores de porcelana, huyeron. La industria del mueble, que antes daba trabajo a más de sesenta mil obreros, tuvo que rechazar pedidos por falta de brazos. Un gran número de patronos que reclamaron a Versalles el personal de sus talleres, recibieron de los Mummios del estado de sitio la respuesta de que enviarían soldados para sustituir a los obreros.

El salvajismo de las pesquisas, el número de detenciones, que se añadían a la desesperación de la derrota, provocaron algunas convulsiones supremas en esta ciudad desangrada. Algunos oficiales y soldados cayeron heridos por manos invisibles; cerca del cuartel de la Pepiniere hubo quien disparó sobre un general. Los periódicos versalleses se asombraban, con ingenua impudicia, de que el furor popular no estuviese calmado, y no comprendían "qué fútiles razones de odio podía haber contra unas tropas que tenían la apariencia más inofensiva del mundo".

El puntapié de la izquierda.

La izquierda siguió hasta el final la línea de conducta que se había trazado el 18 de marzo. Los hombres del 48, acusados entonces de haber robado, estafado, dilapidado a su paso por el poder, volvieron contra los federados las mismas calumnias que a ellos les habían indignado. Etienne Arago los llamó "monstruos", y Henri Martín, el cantor de la *Internacional,* los comparó a Nerón. Después de descarriar a las provincias, de haber pedido votos de gracias para el ejército, aquellos honrados republicanos unieron sus maldiciones a las de los rurales. A continuación de junio del 48, Louis Blanc había rechazado toda solidaridad con los insurrectos, pero sin insultarles; en el 71 escribió, para flagelarlos, que se inclinaba ante sus jueces y declaraba legítima la indignación pública. En junio del 48 se abatió sobre las matanzas la sombría imprecación de Lamennais, y Pierre Leroux defendió a los vencidos; los grandes pensadores de la Asamblea se alzaron como un solo hombre contra los federados; esta izquierda, que cinco años más tarde había de inflamarse en pro de la amnistía, se negó a oír el estertor de los veinte mil fusilados y los alaridos de la Orangerie, que se alzaban a cien metros de ella.

Era, en el 71, el mismo Calígula de ochocientas cabezas estigmatizado por Herzen en el 48. "Se han erguido en toda su grandeza para dar al mundo el espectáculo inaudito de ochocientos hombres obrando como un solo monstruo de crueldad. La sangre corría a torrentes, y ellos no encontraron una palabra de amor o de conciliación. Y la austera minoría calló: la Montaña se ocultó detrás de las nubes, contenta por no haber sido fusilada o sepultada para que se pudriese en los sótanos; veía en silencio cómo se desarmaba a los ciudadanos, cómo se decretaba la deportación, cómo se encarcelaba por todo o por nada, a algunos, incluso, porque no habían querido disparar contra sus hermanos".

El propio Gambetta, el "loco furioso" denunciado por Thiers, dijo que un gobierno capaz de vencer una insurrección semejante había demostrado con esto su legitimidad, y lanzó esta funesta frase: "Los tiempos heroicos han pasado", que era, sin que él lo advirtiese, la glorificación de la Comuna.

La emoción en provincias y en el extranjero.

No hubo hombres valientes más que en provincias y en el extranjero. "Les Droits de l'Homme", de Jules Guesde, en Montpellier, "I'Emancipation" de Toulouse, el "National du Loiret" y otros varios periódicos, denunciaron a los asesinos. La mayor parte fueron suprimidos. Se produjeron algunas agitaciones: un comienzo de motín en Pamiers, en Voiron. En Lyon hubo que acuartelar las tropas, y el prefecto Valentin hizo cerrar las puertas de la ciudad para detener a los evadidos de París. Hubo detenciones en Burdeos.

En Bruselas, Victor Hugo protestó en una carta -muy mal documentada, por lo demás-, contra la declaración del gobierno belga, que se avenía a devolver los fugitivos.

La prensa de los fusiladores declaró que se había vuelto loco. Francisque Sarcey le llamó "viejo payaso, garza melancólica, rabo rojo, saltimbanqui gastado, pobre hombre hinchado de frases, enormemente ridículo".[82] Otro hombre ilustre, Xavíer de Montépin, propuso excluirle de la Sociedad de Escritores. Louis Blanc y Schoelcher le escribieron una carta llena de reproches. La casa del poeta fue lapidada por una banda de elegantes, y el país de Artevelde expulsó a Victor Hugo, como había

[82] "Le Drapeau trícolore", 1.º de julio de 1871.

expulsado a Proudhon.

Mazzini había fustigado a estos insurrectos que no querían ni Dios ni amo; pero Bebel, en el Parlamento alemán, Whalley en la Cámara de los Comunes, denunciaron la furia versallesa y defendieron a la Comuna de París. García López dijo en la tribuna de las Cortes: "Nosotros admiramos esta gran revolución, que nadie puede apreciar sanamente hoy". El Congreso de los Estados Unidos rindió solemne homenaje a la Internacional.

Los trabajadores extranjeros hicieron grandes funerales a sus hermanos de París. En Londres, en Bruselas, en París, en Ginebra, en Zúrich, en Leipzig, varias reuniones monstruos se declararon solidarias de la Comuna, condenaron a los asesinos a la execración del mundo, y declararon cómplices de estos crímenes a los Gobiernos que no dirigieron contra aquéllos ninguna amonestación. Todos los periódicos socialistas glorificaron la lucha de los vencidos. La gran voz de la Internacional contó su esfuerzo en una elocuente proclama, y confío su memoria a los trabajadores del mundo entero.

Capitulo XXXVI. Los pontones. Los primeros procesos.

La conciliación es el ángel que aparece después de la tormenta, para reparar el daño que ésta ha causado.

Dufaure. Sesión del 26 *de abril del 71.*

Nos acusáis de haber empleado la fuerza contra los defensores de la ley; yo os acuso de haber prolongado la lucha sin necesidad, de haber enterrado familias enteras bajo las ruinas de nuestras casas; de haber permanecido sordos a las peticiones de tregua y de conciliación que os fueron hechas de todas partes, y de no haber tenido consideración alguna para con los vencidos. Habéis hecho vuestra requisitoria; he aquí la mía. Veremos cuál será la que Francia lea con más indignación.

Jules Fauvre. Proceso de los sublevados de Lyon 1834.

Los lagos humanos de Versalles y de Satory se colmaron en seguida. En los primeros días de junio se trasladó a los prisioneros a los puertos de mar, apilados en vagones de ganado, cuyas bacas, extraordinariamente tirantes, no dejaban pasar el aire. En un rincón, un montón de galletas; "al caer sobre él, los prisioneros habían reducido inmediatamente a polvo la galleta". Veinticuatro horas, y a veces treinta y dos, pasaban sin más víveres y sin bebida. Todos luchaban en aquella confusión por lograr un poco de aire, un palmo de sitio. No dejaban apearse de los furgones a nadie; los excrementos de los enfermos se mezclaban al barro que formaba la galleta pisoteada. Algunos, "alucinados, se transformaban en fieras".[83] Un día, en Ferté-Bernard, salen gritos de un vagón. El jefe de escolta detiene el convoy; los agentes descargan sus revólveres a través de los toldos, se hace el silencio... y los sepulcros rodantes parten de nuevo a todo vapor.

Del mes de junio al mes de septiembre, Versalles arrojó veintiocho mil prisioneros a las radas, fuertes e islas del Océano, desde Cherbourg hasta la Gironda. Veinticinco pontones alojaron a más de 20.000 de esos prisioneros; los fuertes y las islas, a 7.837.

Los pontones.

En los pontones hay torturas reglamentarias. Las tradiciones de junio del 48 y de diciembre del 51 fueron religiosamente seguidas en el 71. Los prisioneros, amontonados en jaulas hechas de maderos y de barras de hierro, sólo recibían un hilo de luz por unas troneras clavadas. Ninguna ventilación. La infección fue intolerable desde las primeras horas. Los centinelas se paseaban por el pasillo central, con orden de disparar a la menor queja. Cañones cargados de metralla enfilaban las baterías. Ni hamacas, ni mantas. Por todo alimento, galleta, pan y judías. Nada de vino, ni de tabaco. Los habitantes de Brest y de Cherbourg que llevaron provisiones y algunos obsequios a los prisioneros fueron despedidos por los oficiales.

Más tarde, esta crueldad cedió un tanto. Los prisioneros recibieron una hamaca para cada dos, algunas camisas, blusas, y vino de cuando en cuando. Pudieron lavarse, subir al puente para respirar un poco. Los marineros dieron muestras de cierta humanidad. Los fusileros de marina fueron siempre los carniceros de las jornadas de mayo, y más de una vez tuvo la tripulación que arrancarles de las manos a los prisioneros.

El régimen de los pontones variaba según la humanidad de los oficiales. En Brest, el comandante segundo del *Ville de Lyon* prohibía que se insultase a los detenidos, mientras que el capitán de armas del *Breslaw* los trataba como a forzados. En Cherbourg, uno de los tenientes del *Tage,* Clémenceau, se mostró realmente feroz. El comandante del *Bayard* hizo de su barco una miniatura de la Orangerie. Los flancos de este navío han dado cabida a los actos más abominables que jamás hayan mancillado la historia de la marina francesa. El silencio absoluto era la norma a bordo. En cuanto se hablaba en las jaulas, la guardia amenazaba; varias veces hizo fuego. Una reclamación, un simple olvido del reglamento, bastaban para que los prisioneros fuesen amarrados a los barrotes de las jaulas por los tobillos y por las muñecas.

[83] Estos detalles están tomados de numerosas notas proporcionadas por los prisioneros y por personas enteramente ajenas a la Comuna: consejeros municipales de los puertos de mar, periodistas extranjeros, etc.

Los fuertes.

Los calabozos de tierra firme fueron tan crueles como los pontones. En Quélern, cerca de Erest, encerraron hasta cuarenta prisioneros en la misma casamata. Las de abajo producían la muerte. Los fosos de los retretes "rezumaban su contenido, y por la mañana el suelo aparecía cubierto por una capa de materia fecal de dos pulgadas". Al lado había alojamientos salubres y disponibles; pero no se quiso trasladar a ellos a los prisioneros. Jules Simon fue a verlos, "le pareció que sus antiguos electores tenían muy mala cara, y supuso que se habría recurrido a la severidad con ellos". Elisée Reclus abrió una escuela y sacó de la ignorancia a ciento cincuenta y un detenidos que no sabían leer ni escribir. El ministro de Instrucción Pública hizo cerrar ese curso, así como la pequeña biblioteca creada por los detenidos.

Los prisioneros de los fuertes, como los de los pontones, eran alimentados con galleta y tocino. Más tarde se añadió sopa y puchero todos los domingos. Estaba prohibido el uso de cuchillos y tenedores. Hubo que batallar varios días para conseguir cucharas. Los beneficios del cantinero, que según el reglamento debían limitarse a un 10 por 100, llegaron "hasta el 500 por 100".

En el fuerte Boyard, hombres y mujeres estaban encerrados en el mismo cuarto, separados por una claraboya, obligadas las mujeres a hacer sus abluciones a la vista de los carceleros. A veces, los marinos se encontraban en el compartimiento inmediato: "Vemos -escribía un prisionero- una hermosa joven de veinte años que se desmaya cada vez que la obligan a desnudarse".

Según numerosos testimonios, la prisión más cruel fue la de Saint-Marcouf. Más de seis meses pasaron en ella los prisioneros, privados de aire, de luz, de conversación, de tabaco, sin más alimento que unas migajas de galleta negra y tocino rancio. Todos ellos cayeron enfermos de escorbuto.

Las torturas en Versalles.

Para formarse idea de las torturas de los pontones y de los fuertes, lejos de la vigilancia de la opinión pública, no hay más que ver las que se llevaban ostensiblemente a cabo, ante los ojos del Gobierno y de la Asamblea, en Versalles, donde se confesaba la existencia de 8.472 detenidos. El coronel Gaillard, jefe de la justicia militar, dijo a los soldados que custodiaban la prisión de Chantiers: "En cuanto vean ustedes que rebullen, que levantan los brazos, disparen. Se lo mando yo".

En los almacenes de la estación del Oeste había 800 mujeres. Por espacio de varias semanas, estas desgraciadas tuvieron que dormir en unos puñados de paja, sin poder mudarse siquiera de ropa. Al menor ruido se precipitaban sobre ellas los guardias, golpeándolas de preferencia en los pechos. Charles Mercereau, veterano "cent-gardes", tenía a su cargo aquella sentina, hacía amarrar a las detenidas que no le caían en gracia, las golpeaba con su bastón, paseaba por sus dominios a las bellas damas de Versalles, curiosas de ver petroleras, decía delante de ellas a sus víctimas: "¡Vamos, pícaras, bajad los ojos!" Y esto era lo menos que nuestras federadas debían a aquellas gentes honradas.

Prostitutas apresadas en las razzias y cuidadosamente conservadas para que espiasen a las otras prisioneras, se entregaban a los guardianes en presencia de todo el mundo. Las protestas de las mujeres de la Comuna fueron castigadas a zurriagazos. Con verdadero refinamiento, los versalleses rebajaron a estas valientes mujeres al nivel de las otras; todas las prisioneras fueron sometidas a reconocimiento médico.

La dignidad, la naturaleza escarnecidas, se vengaron con crisis terribles: "¿Dónde está mi padre, dónde está mi marido? ¡Yo sola y todos estos cobardes contra mí! ¡Yo, la madre, la mujer laboriosa, bajo el látigo, la injuria, y mancillada por estas manos inmundas!" Varias de ellas se volvieron locas. Todas tuvieron su hora de locura. Las que estaban encinta abortaron o dieron a luz niños muertos.

Tampoco faltaron los curas en las cárceles, como no habían faltado cuando se ametrallaba al pueblo. El capellán de Richemont decía a las presas: "De sobra sé que estoy en un bosque de Bondy,[84] pero mí deber..., etcétera". El día de Santa Magdalena, el obispo de Argel, aludiendo delicadamente a la santa, dijo a sus oyentes "que todas ellas eran Magdalenas, aunque no arrepentidas, y que la Magdalena no había asesinado ni incendiado", y otras amenidades evangélicas por el estilo. En Toulon, un capellán amenazaba con el puño a los comunistas.

Los niños fueron encerrados en un departamento de la prisión de mujeres y tratados tan brutalmente como los hombres. El secretario de Mercereau le abrió de una patada el vientre a un niño. El hijo de Ranvier, que tenía doce años, fue cruelmente apaleado por haberse negado a decir dónde estaba escondido su padre.

Esta continua ferocidad acabó con las naturalezas más robustas. Bien pronto hubo dos mil enfermos en los hospitales y en los pontones. Los informes oficiales confesaron 1.179 muertos, de 33.665 prisioneros civiles. Esta cifra está manifiestamente por debajo de la realidad. En los primeros días, en Versalles, fue asesinado cierto número de individuos, y otros murieron sin que se llevara cuenta de su muerte. No hubo estadística antes de los pontones. No es exagerado decir que dejaron la vida en manos de los versalleses dos mil prisioneros. Un número aún mayor de ellos pereció más tarde, de anemia o de

[84] La frase francesa: "Estar en el bosque de Bondy equivale a estar en una ladronera". *(N. del T.)*

enfermedades contraídas durante su cautividad.

Estos desgraciados recluidos en los pontones o en los fuertes y en las cárceles pasaron varios meses comidos de miseria, antes de conseguir que se hiciera entre ellos una simple selección. El Moloch versallés tenía más víctimas de las que podía digerir. En junio degolló a 1.090 de ellas, exigidas por los reaccionarios. Pero ¿cómo instruir proceso a 36.000 prisioneros? Porque Thiers había pensado en sustituir las conducciones en masa, que tantas protestas habían suscitado en el 48, por procesos formales; sólo que daba como jueces a los federados los mismos soldados que los habían vencido. En 1832, el foro había protestado contra la pretensión del gobierno de hacer juzgar a los sublevados por militares; la misma medida pareció perfectamente natural al foro del 71, teniendo en cuenta que entonces había que vérselas con monstruos.

Estos tribunales fingidos no llevaban interrogados arriba de tres mil detenidos a fines de julio, y la Asamblea se impacientaba. Thiers tenía en sus manos a varios miembros de la Comuna, y organizó una gran representación judicial para los rurales.

El primer proceso.

Este proceso debía ser el proceso modelo, había de servir de tipo a la jurisprudencia de los consejos de guerra. El procurador Dufaure y su presidente aplicaron su cazurra astucia para empequeñecer el debate. Negaron a los acusados el carácter de procesados políticos, y redujeron la insurrección a un inmenso crimen de delito común, asegurándose así el derecho a cortar de raíz todos los alegatos ruidosos y la ventaja de las condenas a la pena de muerte, que la hipocresía burguesa pretendía abolida desde el 48 en materia política. El tercer consejo de guerra fue cuidadosamente seleccionado. Tuvo por fiscal al comandante Gaveau, energúmeno de ojos extraviados que acababa de salir de una casa de locos y apaleaba a los prisioneros en las calles de Versalles; por presidente, al coronel Merlin, uno de los oficiales de Bazaine; el resto del tribunal lo formaban bonapartistas a toda prueba. Sedan y Metz iban a juzgar a París.

La solemnidad empezó el 7 de agosto, en una vasta sala, capaz para dos mil personas. Los personajes empingorotados se sentaron en butacas de terciopelo rojo; los diputados ocupaban trescientos asientos; el resto se componía de burgueses destacados, familias honradas, la aristocracia de la prostitución, la prensa ladradora. Aquellos periodistas gárrulos, aquellas toilettes ostentosas, aquellos rostros sonrientes, aquel juguetear de abanicos, aquellos pomposos ramilletes, aquellos impertinentes apuntados en todas direcciones, recordaban los estrenos teatrales más elegantes. Los oficiales de estado mayor, con uniforme de gala, conducían a las damas a sus sitios, sin olvidar la reverencia de rigor.

Esta espuma hirvió cuando aparecieron los acusados. Eran diecisiete: Ferré, Assi, Jourde, Pasehal Grousset, Régère, Billioray, Courbet, Urbain, Victor Clément, Trinquet, Champy, Rastoul, Verdure, Decamps, Ulysse Parent, miembros de la Comuna; Ferrat y Lullier, del Comité Central.

Gaveau leyó el acta de acusación, un revoltijo de las tonterías que desde hacía tres meses venían arrastrándose por los periódicos versalleses. Esta revolución había nacido de dos complots, el del partido revolucionario y el de la Internacional; París se había alzado el 18 de marzo para responder al llamamiento de algunos bandidos; el Comité Central había ordenado la ejecución de Lecomte y de Clément Thomas: la manifestación de la plaza de Vendôme era una manifestación sin armas; el médico jefe del ejército había sido asesinado en el momento en que hacía un supremo llamamiento a la conciliación; la Comuna había cometido robos de todas clases, los artilugios de las monjas de Picpus se transformaban en instrumentos de ortopedia; la explosión del polvorín de Rapp era obra de la Comuna, "deseosa de encender el odio violento al enemigo en el corazón de los federados"; Ferré había presidido la ejecución de los rehenes de La Roquette e incendiado el ministerio de Hacienda, como lo probaba el facsímil de una orden escrita de su puño y letra: "*¡Incendiad Hacienda!"* Cada miembro de la Comuna debía responder de hechos referentes a sus funciones privativas y, colectivamente, de todos los decretos promulgados. Este informe de polizonte, comunicado previamente a Thiers, convertía la Comuna en un simple asunto de incendiarios.

Ocupó toda la audiencia. Al día siguiente, Ferré, interrogado el primero, se negó a responder y presentó unas conclusiones a la mesa. "¡Las conclusiones del incendiario Ferré no tienen importancia!", dijo Gaveau, y se hizo avanzar a los testigos de cargo. De veinticuatro que eran, catorce pertenecían a la policía; los demás eran curas o empleados del gobierno. Un perito calígrafo, célebre en los tribunales por sus pifias, afirmó que la orden: "¡Incendiad Hacienda!" estaba escrita por Ferré. En vano pidió el acusado que fuese confrontada la firma de esa orden con las suyas que figuraban en gran número en los registros, que se presentase al menos el original y no el facsímil; Gaveau exclamó indignado: "¡Pero eso es desconfiar!"[85]

Sabiendo de esta suerte desde el principio a qué atenerse en cuanto al complot y al carácter de sus jueces, los acusados podían declinar semejante debate y, como los de mayo de 1839, tender en silencio la cabeza al verdugo. Aceptaron la discusión que Gaveau entablaba. ¡Si al menos hubiesen reclamado el reconocimiento de su carácter político!

[85] La orden de pegar fuego a Hacienda era realmente apócrifa. (V. Vuillaume, *Mes Cahiers Rouges,* 1. VII).

Algunos renegaron de él. Casi todos se encerraron en su defensa personal; en muchos de ellos, la preocupación de salvarse se traicionó en desfallecimientos. Lullier se alabó muy alto de haber traicionado a la Comuna. Pero del propio banco de los acusados se alzó, vengadora, una voz del pueblo abandonado. Un obrero, un hombre de esa vigorosa raza que lo mismo hace cara al trabajo que al combate, un miembro de la Comuna, inteligente y convencido, modesto en el Hôtel-de-Ville, uno de los primeros en el fuego, Trinquet, reclamó para sí el honor de haber cumplido su mandato hasta el fin. "Yo he sido -dijo- enviado a la Comuna por mis conciudadanos; lo pago con mi persona. Estuve en las barricadas, y lo que siento es no haber sido muerto en ellas: así no asistiría hoy al triste espectáculo de estos colegas que, después de haber tenido su parte en la acción, no quieren tenerla en la responsabilidad. Soy un sublevado, no tengo por qué negarlo".

Hubo que oír también a Jourde. Sin documentos a mano, gracias a un prodigioso esfuerzo de memoria, el antiguo delegado de Hacienda estableció los ingresos y gastos de la Comuna con abundancia de detalles, con una moderación de términos, con un brío que por espacio de una hora larga obligaron a la sala a guardar silencio.

Los interrogatorios se arrastraron durante diecisiete sesiones. El mismo público de soldados, de burgueses, de rameras, abucheando a los acusados; idénticos testigos: curas, agentes, funcionarios; los mismos furores de Gaveau, el mismo cinismo del tribunal, los mismos furores de la prensa. Las matanzas no la habían dejado harta. Aullaba contra los acusados, exigía su muerte y los arrastraba por el lodo en sus informaciones. "No hay que engañarse -decía "La Liberté"-; sobre todo, no hay que tratar de andarse con epílogos. Estamos ante una banda de malvados, de asesinos, de ladrones e incendiarios. Alegar su situación de acusados para exigir respeto hacia ellos y el beneficio de la muerte, que los supone inocentes, es obrar de mala fe. ¡No, no, y mil veces no! Esos no son acusados ordinarios. Han sido sorprendidos, los unos, en flagrante delito, y los otros hasta tal punto han rubricado su culpabilidad con actos auténticos y solemnes, que basta establecer su identidad para exclamar con la voz llena y sonora de la convicción: ¡Sí, sí!, ¡son culpables!" Este era uno de los más serenos. Los corresponsales extranjeros estaban indignados: "Es imposible imaginar nada más escandaloso que el tono de la prensa de la clase media durante este proceso", decía el "Standard", periódico conservador de los más injuriosos para la Comuna. Habiendo reclamado algunos de los acusados la protección del presidente, Merlin salió en defensa de los periódicos.

Vino la requisitoria. Gaveau, por seguir fiel a su consigna, sostuvo que París había combatido por espacio de seis semanas con el fin de permitir a algunos individuos robar los saldos de las cajas, quemar las casas y fusilar a unos cuantos gendarmes. El rábula galoneado demolía como militar los argumentos que construía como procurador. "La Comuna -decía- había hecho acto de gobierno", y cinco minutos después negaba a los miembros de la Comuna el carácter de procesados políticos. Pasando a los diversos acusados, decía de Ferré: "Malgastaría mi tiempo y el vuestro discutiendo los numerosos cargos que sobre él pesan"; de Jourde, de cuyas palabras ni una sola había entendido: "Las cifras que nos presenta son absolutamente imaginarias; no he de abusar de vuestro tiempo para discutirlas". Mientras se desarrollaba la contienda en las calles, Jourde recibió orden del Comité de Salud Pública de entregar mil francos a cada uno de los miembros de la Comuna, para hacer frente a no pocas necesidades. Solamente una treintena de ellos, que tomaban parte activa en la lucha, habían recibido esa suma: Gaveau dijo: "Se han repartido millones". Debía de creerlo así. ¿Qué soberano ha abandonado el poder sin llevarse millones? Acusaba a Paschal Grousset de haber robado papel para imprimir su periódico; a otro, de haber vivido con una querida. A fuer de soldado grosero, era incapaz de comprender que cuanto más empequeñecía a los hombres, más engrandecía la revolución, tan vivida a pesar de las flaquezas y de las incapacidades.

Declaración de Ferré.

El auditorio llevaba el compás de esta requisitoria con frenéticos aplausos. Al final hubo llamadas, como en el teatro. Merlin concedió la palabra al defensor de Ferré. Pero Ferré declara que quiere defenderse a sí mismo, y empieza a leer una declaración:

"Después de la conclusión del tratado de paz, consecuencia de la vergonzosa capitulación de París, la República estaba en peligro, los hombres que sucedieron al Imperio hundido entre fango y sangre...

MERLIN. - ¡Hundido entre fango y sangre!... ¡Alto! ¿Es que el gobierno de ustedes no se hallaba en la misma situación?

FERRÉ. -... se agarraban al poder y, aunque abrumados por el desprecio público, preparaban en la sombra un golpe de Estado; persistían en denegar a París la elección de su consejo municipal...

GAVEAU. - ¡Eso no es cierto!

MERLIN. - Lo que dice usted ahí, Ferré, es falso. Continúe, pero a la tercera vez le haré callar.

FERRÉ. - Suspendíase la publicación de los periódicos honrados y sinceros, los mejores patriotas eran condenados a muerte...

GAVEAU. - El acusado no puede continuar esa lectura. Voy a pedir la aplicación de la ley.

FERRÉ. - Los realistas se disponían a repartir los restos de Francia; por último, en la noche del 18 de

marzo, se creyeron en condiciones e intentaron el desarme de la guardia nacional y la detención en masa de los republicanos...

MERLIN. - Vamos, siéntese usted. Concedo la palabra a su defensor.

El abogado nombrado de oficio pide que Ferré pueda leer las últimas frases de su declaración. Merlin accede a ello.

FERRÉ. -... Miembro de la Comuna, estoy en manos de sus vencedores. Quieren mi cabeza, ¡que la tomen! Jamás salvaré mi vida con una cobardía. He vivido libre; y pretendo morir lo mismo.

Sólo he de añadir unas palabras: La suerte es caprichosa: confío al porvenir el cuidado de mi memoria y de mi venganza.

MERLIN. - ¡La memoria de un asesino!

GAVEAU. - ¡A presidio es adonde hay que enviar semejante manifiesto!

MERLIN. - Todo eso no responde a los actos por los que está usted aquí.

FERRÉ. - Esto significa que acepto la suerte que se me reserva."

Durante este duelo entre Merlín y Ferré, la sala permaneció ansiosa, en suspenso; al acabar Ferré estalló un abucheo. El presidente tuvo que levantar la sesión, y ya se retiraban los jueces, cuando un abogado pidió que se hiciese constar en acta que el presidente había tratado a Ferré de asesino. Reanudóse el alboroto del auditorio. El defensor se volvió hacia el tribunal, hacia los bancos de la prensa, al público. Injurias surgidas de todos los rincones de la sala cubrieron su voz durante varios minutos. Merlin, radiante, respondió caballerosamente: "Reconozco que me he servido de la expresión de que habla el defensor. El consejo le entrega acta de sus conclusiones".

La víspera, a un abogado que le decía: "Todos podemos ser juzgados, no por la opinión pública de hoy, sino ante la historia que ha de enjuiciarnos", Merlin había respondido tranquilamente: "¡La historia! ¡Para entonces ya no estaremos aquí nosotros!" La burguesía francesa había encontrado su Jeffries.

Al día siguiente, la sala estaba de bote en bote desde hora muy temprana. La curiosidad del público, la ansiedad de los jueces eran extraordinarias. Gaveau, para acusar a sus adversarios de todos los crímenes a la vez, habló durante dos días de política, de historia, de socialismo. Bastaba responder a cada uno de sus argumentos para dar a la causa el carácter político que él le negaba. ¿Habría algún acusado que despertase por fin y, menos preocupado de su persona que de la Comuna, siguiera paso a paso la requisitoria y supiese oponer a las grotescas teorías de conspiración la eterna provocación de las clases privilegiadas; que describiese a París ofreciéndose al gobierno de la defensa, traicionado por él, atacado por Versalles, abandonado luego; que hablase de los proletarios reorganizando todos los servicios de la inmensa ciudad, y, en estado de guerra, rodeados de traiciones, gobernando dos meses sin confidentes policíacos y sin suplicios, pobres, teniendo en sus manos los millones del Banco, todas las riquezas públicas y las de sus enemigos, y que mostrase, frente a los sesenta y tres rehenes ejecutados, los veinte mil fusilados; que entreabriese los pontones, las cárceles pobladas por cuarenta mil desgraciados, y, tomando al mundo por testigo, en nombre de la verdad, de la justicia, del porvenir, convirtiese a la Comuna acusada en acusadora?

El presidente podría interrumpirle, los gritos del auditorio ahogarían su reivindicación, el consejo lo declararía fuera de la ley; pero ese hombre sabría, como Danton, como Barbes, Blanqui, Raspail, Cabet, encontrar un gesto, un grito que traspasase las murallas, y escupir un anatema a la cabeza del tribunal.

La causa vencida no tuvo esa venganza. En lugar de presentar una defensa colectiva o de encerrarse en un silencio que hubiera salvado su dignidad, los acusados cedieron la palabra a los abogados. Cada uno de estos señores tiró de su lado para salvar a su cliente, a expensas del cliente del colega, inclusive. El abogado de Courbet era el de "Le Figaro" y confidente de la emperatriz; otro, uno de los manifestantes de la plaza Vendôme, rogaba al tribunal que no confundiera su causa con la del malvado de al lado. Hubo alegatos absolutamente vulgares y ramplones. Esta bajeza no desarmaba ni al tribunal ni al público. A cada instante, Gaveau se erguía en su butaca: "¡Es usted un insolente! -decía a un abogado-. ¡Si hay aquí algo absurdo, es usted!" El auditorio aplaudía, dispuesto siempre a lanzarse sobre los acusados. El 31 de agosto fue tal su furor, que Merlin amenazó con hacer desalojar la sala.

Condenas.

El 2 de septiembre, el consejo fingió deliberar. A las nueve de la noche leyó Merlin la sentencia. Ferré y Lullier eran condenados a muerte; Trinquet y Urbain, a trabajos forzados a perpetuidad; Assi, Billioray, Champy, Régère, Paschal Grousset, Verdure y Ferrat, a la deportación en un reducto fortificado; Rastoul y Jourde, a simple deportación; Courbet, a seis meses, y Victor Clément, a tres meses de cárcel. Decamps y Ulysse Parent eran absueltos. A Courbet, además se le condenaba a abonar los gastos de reconstrucción de la columna Vendôme, cuya demolición no había votado. El auditorio se retiró decepcionado por no haber obtenido más que dos penas de muerte, una de las cuales, la de Lullier, no pasaba de ser una condena por fórmula.

En suma, esta representación judicial no había probado nada. ¿Podía juzgarse la revolución de marzo por personalidades secundarias, y a Delescluze, Varlin, Vermorel, Malon, Tridon,

Moreau y tantos otros, por lo que parecieron Lullier, Decarnps, Victor Clément o Billioray? Y aunque la actitud de Trinquet, de Ferré, de Jourde no hubiese testimoniado que en la Comuna había habido hombres e inteligencias, ¿qué probaban los desfallecimientos sino que este movimiento era obra de todos, no de algunos genios, que la revolución estaba en la Comuna-pueblo y no en la Comuna-gobierno?

La burguesía, por el contrario, había evidenciado plenamente su cobardía. Algunos testigos habían mentido manifiestamente. Durante los debates, en los pasillos, en los cafés, los bribones que habían tratado de engañar a la Comuna se atribuían descaradamente los éxitos del ejército. "Le Figaro", que abrió una suscripción para Ducatel, recogió cien mil francos y una condecoración. Alentados por estos éxitos, los más oscuros conspiradores reclamaron cruces y dinero. Los partidarios de Beaufond-Lasnier, los de Charpentier-Domalain, se tiraron de los pelos, jurando todos ellos que lo habían hecho mucho mejor que sus rivales, publicando sus altos hechos, citando nombres que proyectan viva luz sobre su historia.

Mientras en Versalles se vengaba a la sociedad, los tribunales de París vengaban el honor de Jules Favre. Inmediatamente después de la Comuna, el ministro de Asuntos Extranjeros había hecho detener a su antiguo amigo Laluyé, que había entregado a Millière los documentos publicados por "Le Vengeur". El honrado ministro, que no consiguió hacer fusilar a Laluyé como comunalísta, le llevó por difamador a los tribunales, donde el ex miembro de la Defensa nacional, el ex ministro de Asuntos Extranjeros, el ex diputado por París, confesó públicamente haber cometido falsificaciones. Alegó que lo había hecho por asegurar una fortuna a sus hijos. Ante esta conmovedora confesión, los padres de familia se enternecieron, y Laluyé, condenado a un año de prisión, moría poco después en Sainte-Pelagie. Jules Favre tenía una suerte terrible. En menos de seis meses, los fusilamientos y la cárcel le habían librado de dos temibles enemigos.[86]

El proceso de las "petroleras".

Mientras el tercer consejo de guerra se peleaba con los abogados, el cuarto precipitaba sin frases su obra. El 16 de agosto, apenas abiertas sus sesiones, había dictado ya dos condenas de muerte. Si el uno tenía su Jeffries, el otro tenía su Trestaillon, el coronel Boisdenernetz, jabalí rojizo, hombre culto a ratos perdidos y redactor de "Le Figaro". El 4 de setiembre le llevaron algunas mujeres acusadas de haber incendiado la Legión de Honor. Entonces surgió el proceso de las petroleras. Las ocho mil furias formadas en brigadas que habían anunciado los periódicos del orden, se redujeron a cinco. Los debates probaron que las supuestas petroleras eran simplemente enfermeras dotadas de un admirable corazón. La ciudadana Rétiffe dijo: "Lo mismo hubiera recogido a un soldado versallés que a un guardia nacional". "¿Por qué -le preguntaron a otra- se quedó usted cuando el batallón huía?" "Teníamos heridos y agonizantes", respondió ella sencillamente. Los testigos de cargo declararon que no habían visto a ninguna de las acusadas iniciar ningún incendio; pero su suerte estaba decidida de antemano. Entre audiencia y audiencia, Boisdenernetz gritaba en un café: "¡Que maten a todas esas golfas!"

De cinco abogados, tres habían desertado. "¿Dónde están?", preguntó Boisdenernetz. "Han solicitado que se les permitiera ausentarse para ir al campo", respondió el comisario. El consejo encomendó a unos soldados la defensa de las acusadas. El suboficial de caballería Bordelais pronunció este magnífico alegato: "Me atengo a la sabiduría del tribunal".

Su cliente Suétens, fue condenada a muerte, lo mismo que Rétiffe y Marchais, "por haber intentado cambiar la forma de gobierno" -no se osó hablar del petróleo-; las otras dos, a la deportación y a la reclusión. Una de las condenadas gritó al secretario que leía la sentencia: "¿Y mi hijo, quién va a darle de comer?"

-¿Tu hijo? ¡Ahí lo tienes!

Algunos días después, ante el mismo Boisdenernetz, comparecían quince muchachos de París. El mayor, de dieciséis años; el más joven, tan pequeño que apenas alcanzaba a la balaustrada de los acusados, tenía once. Llevaban blusa azul y kepis militar.

"Druet, dijo el soldado, ¿qué hacía tu padre? -Era mecánico-. ¿Por qué no trabajabas tú como él? -Porque no había trabajo para mí".

"Bouverat, ¿por qué entraste en los hijos de la Comuna? -Para tener qué comer. -¿Has sido detenido por vago? -Sí, dos veces; la segunda, por haber robado unos calcetines".

"Cagnoncle, ¿eras hijo de la Comuna? -Sí, señor. -¿Por qué abandonaste a tu familia? -Porque no teníamos pan. -¿Has hecho muchos disparos de fusil? -Unos cincuenta".

"Lescot, ¿por qué abandonaste a tu madre? -Porque no podía alimentarme. -¿Cuántos hermanos erais? -Tres. -¿Fuiste herido? -Sí, de un balazo en la cabeza".

"Lamarre, ¿tú también abandonaste a tu familia? -Sí, señor; el hambre... -¿Y adónde fuiste entonces? -Al cuartel, a alistarme".

"Leberg, trabajaste con un patrono y te

[86] La familia y la moral triunfaban en toda la línea. Al día siguiente de la caída de la Comuna, el primer presidente del tribunal de casación, Devienne, mediador oficial en los amores de Napoleón III con Marguerite Bellanger, volvía a ocupar solemnemente, ante todas las cámaras reunidas, su sitio, de donde el pudor de les gentes del 4 de setiembre le había expulsado.

sorprendieron llevándote la caja. ¿Cuánto te llevaste? -Cincuenta céntimos. -¿No te quemaba las manos ese dinero?"

¿Y a usted, hombre de manos rojas, no le abrasaban los labios esas palabras? ¡Tontos siniestros que no comprendíais que ante estos niños arrojados a la calle, sin instrucción, sin esperanza, por la necesidad que vosotros mismos habíais creado, los culpables erais vosotros, el ministerio público de una sociedad en que unos seres de doce años, capaces, ávidos de trabajar, se veían obligados a robar para tener calcetines y no les quedaba otra alternativa que la de caer bajo las balas o morirse de hambre!

Capítulo XXXVII. Los consejos de guerra. Los suplicios. Balance de las condenas.

En Versalles se emplearon todos los medios para asegurar la Instrucción más seria, más atenta y más completa de todos los procesos juzgados. Afirmo, pues, que las sentencias dictadas son, no solamente en derecho, según todas nuestras leyes, inatacables, sino que, para la conciencia más escrupulosa, son sentencias que han expresado la verdad. (¡Muy bien, muy bien!)

El ministro de Justicia Dufaure, sesión del 18 de mayo de 1876.

Veintiséis consejos de guerra, veintiséis ametralladoras judiciales funcionaron en Versalles, París, Vincennes, en el monte Valérien, en Saint-Cloud, Sevres, Saint-Germain, Rambouillet y Chartres. En la composición de estos tribunales se despreciaron todos los reglamentos militares, todas las apariencias de justicia. La Asamblea no se preocupó siquiera de definir sus prerrogativas. Y aquellos oficiales, caldeados todavía por la lucha y para quienes toda resistencia, hasta la más legítima, era un crimen, fueron lanzados contra sus abatidos adversarios, sin más jurisprudencia que su fantasía, sin otro freno que su humanidad, sin más conocimiento del derecho que su hoja de servicios. Con semejantes jenízaros y con un código penal que lo encierra todo en su elástica oscuridad, ninguna falta hacían leyes de excepción para alcanzar a París entero. Bien pronto se vio nacer y difundirse por esas cavernas judiciales las teorías más extravagantes. Así, la presencia en el lugar del crimen, constituía la complicidad legal; para aquellos magistrados, esto era un dogma.

En lugar de establecer los consejos de guerra en los puertos, se hizo recorrer de nuevo a los prisioneros las dolorosas etapas del mar a Versalles, Elisée Reclus fue paseado por catorce cárceles. Desde los pontones llevaban a los presos a pie hasta el ferrocarril, con las esposas puestas; pero cuando pasaban por las calles, mostrando sus cadenas, los transeúntes se descubrían.

Con excepción de algunos acusados de relieve, cuyos procesos voy a referir brevemente, la masa de los prisioneros fue llevada a presencia de estos tribunales después de una instrucción que en muchos casos ni siquiera garantizaba su identidad. Demasiado pobres para tener un defensor, estos desgraciados, sin asesores, sin testigos de descargo -los que eran llamados no se atrevían a acudir por miedo a ser detenidos-, no hacían más que aparecer y desaparecer ante el tribunal. La acusación, el interrogatorio, la sentencia quedaban amañados en unos minutos. "-¿Usted se ha batido en Issy, en Neuilly? Condenado a deportación. -¿Y mi mujer y mis hijos?" A otro: "-¿Usted ha servido en los batallones de la Comuna? -¿Quién hubiera alimentado a los míos, cuando todo estaba cerrado, el taller y la fábrica? -¡A la deportación! -¿Y usted?... ¡Detención ilegal!... ¡A presidio!..." El 14 de octubre, en menos de dos meses, el primero y segundo consejos habían dictado más de seiscientas condenas.

¡Que no pueda yo trazar el martirologio de los millares que desfilaron en compactas filas, guardias mujeres, niños, viejos, enfermeras, médicos, funcionarios de esta ciudad diezmada! ¡A vosotros los innominados es a quienes daría yo el primer lugar, como lo tuvisteis en el trabajo, en las barricadas oscuras! El verdadero drama de los consejos de guerra no está en las sesiones aparatosas, en que los acusados, el tribunal, los abogados, componían su figura ante el público, sino en estas salas desiertas, que fueron las únicas en contemplar al desdichado frente a un tribunal tan inexorable como el fusil. ¡Cuántos de estos humildes defensores de la Comuna hubo que mantuvieron erguida la cabeza, con más orgullo que sus jefes, y cuyo heroísmo no será contado por nadie! Cuando se saben las insolencias, las injurias, la argumentación grotesca de los jueces que actuaban a la luz pública, se adivina a qué ignominias fueron entregados, en la sombra de estos procesos llamados legales, los acusados sin notoriedad. ¿Quién vengará estas hecatombes de desconocidos, ejecutados en el silencio, como los últimos combatientes del Père-Lachaíse, en la oscuridad de la noche?

Jueces-verdugos.

Los periódicos no han dejado huella de sus causas; pero, a falta del nombre de las víctimas, la historia conoce el de alguno de sus jueces.

En 1795, después de Quíberon, para formar los consejos de guerra qué debían juzgar a los vendeanos, fue preciso amenazar de muerte a los oficiales de la República. Y, sin embargo, aquellos vendeanos, bajo los cañones, con armas inglesas, habían herido a la patria por la espalda, mientras los coaligados la atacaban de frente. En 1871, los oficiales de Bazaine solicitaron el honor de juzgar a este París que había sido el baluarte del honor nacional. Durante muchos meses, 1.509 militares,

entre ellos 14 generales, 266 coroneles y tenientes coroneles, 284 comandantes, se improvisaron presidentes, jueces y comisarios. ¿Cómo escoger en esta selección de bestialidades? Tomar al azar algunos presidentes, Merlin, Boisdenemetz, Jobey, Delaporte, Dulac, Barthel, Donnat, Aubert, es hacer injusticia a otros cien.

Ya hemos visto a Merlin y a Boisdenemetz. El coronel Delaporte, leopardo viejo, gastado, enfermo, sólo revivía después de una condena a muerte. Él fue quien dictó el mayor número de ellas, ayudado por el *secre*tario Duplan, que preparaba de antemano las sentencias y cometía después las falsificaciones más descaradas. De Jobey se decía que había perdido a su hijo en la lucha contra la Comuna. ¡Cómo se vengaba! Sus ojillos entreabiertos acechaban la angustia en el rostro del desgraciado a quien condenaba. Todo llamamiento a la justicia, al buen sentido, era para él una injuria. "Hubiera sido feliz -decía- haciendo cocer a los abogados con los acusados."

Y, sin embargo, ¡qué pocos abogados cumplían con su deber! La mayor parte de ellos declaraban que no se podía ayudar decentemente a tales acusados. Otros querían que se les eximiese. Aparte de cuatro o cinco excepciones, Dupont de Bussac, Laviolette, Bigot, que murió en el foro, los defensores banqueteaban con los oficiales. Abogados y fiscales se comunicaban sus medios de ataque y de defensa. Los oficiales anunciaban por anticipado las sentencias. El abogado Riché se jactaba de haber redactado el acta de acusación de Rossel. Los abogados nombrados de oficio no respondían al llamamiento.

Estos jueces ignorantes, fanfarrones de la violencia, que insultaban a los acusados, abogados y testigos, eran dignamente secundados por los comisarios. Grimal vendía a los periódicos papeles de los acusados célebres, y fue más tarde condenado a cinco años de prisión; Douville, célebre por sus implacables requisitorias, hubo de sufrir veinte años de trabajos forzados por falsificación, robos y estafas; Gaveau, necio y furibundo, tuvo que ser reintegrado al manicomio; Bourboulon buscaba los efectos oratorios; Barthélemy, bebedor de cerveza, rubio y mofletudo, hacía chistes mientras pedía la cabeza de los acusados; Charrière, capitán todavía a los cincuenta años, decía que él había hecho a César voto de crueldad; Jouesne, célebre en el ejército por su tontería, se desquitaba con su encarnizamiento. No hacía falta mucho con semejantes consejos. Los más intratables fueron el 3º, 4º y 6º y 13º, de Saint-Cloud, que se alababa públicamente de no absolver a nadie.

Tales fueron los jueces y la justicia que la burguesía dio a los proletarios a quienes no había conseguido ametrallar. Quisiera seguir paso a paso estas militaradas, tomar uno a uno los procesos, hacer ver las leyes violadas, las reglas de procedimiento más elementales despreciadas, los documentos falsificados, los testimonios retorcidos, los acusados condenados a presidio y a muerte sin la sombra de una prueba que hubiese sido admisible para un jurado serio, el cinismo de los tribunales prebostales de la restauración y de las comisiones mixtas de diciembre, aumentado con la brutalidad de un soldado que venga su casta; tal obra requeriría un largo trabajo técnico. No voy a indicar más que las líneas principales. ¿No están ya, por otra parte, juzgadas estas sentencias?

Extradiciones denegadas.

Versalles pidió a Suiza la extradición del gobernador de la Escuela Militar, Razoua, y a Hungría la del delegado del Trabajo, Frankel, uno y otro condenados a muerte por asesinato e incendio. Ambos fueron detenidos y presentados a los tribunales de Ginebra y de Pest. Suiza y Hungría estaban dispuestas a entregarlos si el gobierno versallés presentaba la prueba legal de que hubiesen cometido los asesinatos e incendios de que se les acusaba. Ninguno de los dos países hizo ninguna objeción desde el punto de vista político, y admitieron que los condenados lo habían sido por crímenes de derecho común. Respecto a Frankel, Jules Favre se limitó a dar la orden del consejo de guerra, y no pudo añadir ninguna traza de fundamento, ninguna declaración precisa, ningún testimonio que estableciese la culpabilidad; así se expresa el tribunal de Pest, que puso en libertad a Frankel. Por lo que respecta a Razoua, se habló de una maleta y de un par de botas robadas en la Escuela Militar; Suiza devolvió a Razoua la libertad.

Otros procesos.

El 8 de setiembre compareció Rossel ante el tercer consejo. Su defensa consistía en decir que él había servido a la Comuna con la esperanza de que la insurrección volviese a empezar la guerra contra los prusianos. Merlin se mostró lleno de miramientos, y el acusado, por su parte, manifestó el mayor respeto al ejército. Pero hacía falta un escarmiento para los soldados románticos, y Rossel fue condenado a muerte.

El 21 fue condenado Rochefort a la deportación a un reducto fortificado. Había salido de París tres días antes de que entrasen en la ciudad los versalleses. Reconocido en Meaux, fue detenido en unión de su secretario. Valentin expidió un agente con orden de conducir al preso a Versalles "muerto o vivo". El oficial alemán que mandaba en Meaux exigió que se le dejase darle una escolta, a causa, según dijo, de órdenes superiores, y la formó de húsares bávaros que rodearon el coche hasta el puente de Pecq, límite militar en que los prisioneros fueron entregados a Galliffet. Este les dejó la vida. En Versalles, una encarnizada multitud acribilló a pedradas el coche,

hasta llegar a la cárcel de Chantiers. Los bonapartistas del consejo de guerra vieron en él al autor de la *Lanterne*. Merlin defendió al príncipe Pierre Bonaparte. Trochu, a quien Rochefort había llamado como testigo de descargo, renegó desdeñosamente de su antiguo colega. Gambetta demostró poseer un alma mucho más elevada, y le buscó un defensor elocuentísimo.

A continuación le tocó a Blanqui. El Comité de Salud Pública había puesto a disposición de sus amigos cincuenta mil francos para facilitarle la evasión del fuerte de Taureau. Hubiera hecho falta más, y, ante todo, agentes diestros, porque se había dado orden de matarle al menor intento de evasión. Parte de los fondos estaba en la caja del Comité el día de la entrada de los versalleses.

¿Qué sabía Blanqui, detenido antes del 18 de marzo, de la Comuna? Nada. Ni siquiera por los periódicos, que no le llegaban. Se le condenó por lo del 31 de octubre; sobre todo, porque era, desde 1830, *el insurrecto*. Este gran Hamlet revolucionario, lanzado a pesar suyo a la cumbre de unas olas que jamás gobernó, mal comprendido por sus fanáticos, expiando faltas que no había cometido, recorrió su noble y larga vida pisando las espinas que el bronce de Dalou ha inmortalizado bajo sus pies.

El periodismo revolucionario tuvo también sus víctimas. El joven Maroteau fue condenado a muerte por dos artículos del "Salut Public". A presidio, Henri Brissac, secretario del Comité de Salud Pública; a presidio, Alphonse Humbert, que había pedido en el "Père Duchesne" la detención de Chaudey; los publicistas detenidos más tarde, Henry Maret, Lepelletier, Peyroutori, etc., fueron condenados a varios meses de cárcel, y los que pudieron refugiarse en el extranjero, a nueve años de destierro. ¿Cuál fue su crimen? Haber defendido a la Comuna. Por haber defendido a Versalles, la Comuna se había limitado a suprimir los periódicos. En el fondo, los consejos tenían orden de exterminar al partido revolucionario.

El asunto de la calle Rosiers.

El miedo al porvenir les hizo ser implacables. Después de los innumerables fusilamientos de la calle Rosiers, quisieron ofrecer también sacrificios a los manes de Lecomte y de Clément Thomas. No había manera de encontrar a los verdaderos ejecutores. La explosión de furor que arrebató la vida a los dos generales había sido espontánea, fulminante. Los autores del drama se llamaban la multitud, y se habían desvanecido con ella. Los jueces militares recogieron acusados al azar, lo mismo que sus colegas, en el cerro de Montmartre, habían fusilado a ciegas.

"Simon Mayer -decía el informe- trató hasta el último momento de defender a los prisioneros, y el propio Kazdanski quiso oponerse a la ejecución de las amenazas de muerte. La multitud le injurió y le arrancó los galones". Herpin-Lacroix hizo desesperados esfuerzos. Lagrange, que se había negado a formar el pelotón de ejecución, se sentía tan seguro de su inocencia, que fue a ofrecerse a los jueces. El informe hacía de él el principal acusado, en unión de Simon Mayer, Herpin-Lacroix, Kazdanski y un sargento regular, Verdagner, que el 18 de marzo se había negado a hacer uso de su fusil.

El asunto fue llevado por el coronel Aubert, burlón, melodramático y devoto. A pesar de sus esfuerzos y de los del fiscal, no fue posible hallar la menor prueba contra los acusados. Hasta los oficiales del ejército que acompañaban al general Lecomte declararon en favor de aquéllos. "Simon Mayer hizo todo lo posible por salvarnos", decía el comandante Poussargue. Este oficial había oído una voz que gritaba: "¡No matéis sin juicio, ni siquiera a los traidores! ¡Formad un tribunal militar!" Textualmente, las palabras de Herpin-Lacroix. De todos los acusados no recordaba más que a Mayer. Otro oficial hizo una declaración idéntica. Verdagner demostró que a la hora de la ejecución se hallaba en los cuarteles de Courcelles. La acusación negaba, sin aducir un solo testimonio en su apoyo. Ribemont probaba que se había lanzado a la cabeza de los asaltantes en la habitación de la calle Rosierss. Masselot no tenía contra él más que algunos testimonios de mujeres enemigas, que pretendían que se había vanagloriado de disparar contra los generales. El capitán Beugnot, ayudante de campo del ministro y presente en la ejecución, afirmaba, por el contrario, que los generales habían sido rodeados por los soldados; Douville-Maillefeu, que el frente de los pelotones estaba compuesto por nueve soldados cuyos regimientos designaba.

No había ni siquiera testigos falsos oficiales, como en el asunto de los miembros de la Comuna; sin embargo, la acusación, lejos de soltar la presa, se encarnizaba incluso con aquellos que habían expuesto su vida por salvar a los generales. El fiscal amenazó con detener a un testigo que depuso calurosamente en favor de un acusado. Al cabo de varias audiencias se dieron cuenta de que estaban juzgando a un individuo por otro; el presidente ordenó a la prensa que callase el incidente. Cada sesión, cada nuevo testimonio descargaba a los acusados, hacía imposible toda condena; el 18 de noviembre, Verdagner, Simon Mayer, Herpin-Lacroix, Lagrange, Masselot, Leblond, Aldenhoff, fueron condenados a muerte; los demás, a penas que oscilaban entre la de trabajos forzados y la de cárcel. Uno de los condenados a muerte, Leblond, no tenía más que quince años y medio. Siete años más tarde, el consejo de guerra de París condenaba por la misma causa a un viejo de setenta y dos años, Garcin.

Dada esta satisfacción al ejército, los consejos de guerra, como buenos cortesanos, vengaron las

ofensas inferidas a Thíers. El funcionario encargado por la Comuna de demoler el hotel del que había demolido centenares de casas, Fontaine, compareció, ante el 5º consejo, que se esforzó por hacerle aparecer como un ladrón. Nadie ignoraba que los cuadros, los muebles, las porcelanas y la plata de Thiers habían sido enviados a un guardamuebles, los objetos de arte a los museos, los libros a las bibliotecas públicas, la ropa blanca a las ambulancias, y que, desde que habían entrado en París las tropas, el hombrecillo había recobrado la posesión de casi todas sus chucherías. Un pequeño número de ellas desapareció en el incendio de las Tullerías: el informe acusó a Fontaine de haberlas sustraído, por más que no se encontrase en su casa se creía garantizado por una larga vida de probidad, Fontaine no supo responder más que con lágrimas. La gentuza se rió mucho a cuenta de esto. Fue condenado a veinte años de trabajos forzados.

La Comisión de los asesinos.

El 28 de noviembre volvió a empezar la Asamblea con sus fusilamientos. Thiers había hecho recaer hábilmente sobre los diputados el derecho a conmutar las penas, consiguiendo que la Cámara nombrase una Comisión de indultos. Integraban ésta quince miembros que habían formado parte de las comisiones mixtas de 1851, grandes propietarios, realistas a machamartillo: Martel, Piou, el conde Octave de Bastard, Félix Voisin, Batbie, el conde de Maillé, el conde Duchatel, Peltercau-Villeneuve, Francois Lacaze, Thailhard, el marqués de Quinsonnaz, Bigot, Merveilleux-Duvignan, París, Come, Torquemada, este último, de junio del 48. El presidente, Martel, traficaba indultos con las lindas solicitantes.

Los primeros expedientes de que se ocuparon fueron los de Ferré y Rossel. La prensa liberal defendía ardientemente la causa del joven oficial. En este inquieto joven, sin opiniones políticas malsonantes, y que había vuelto la espalda tan caballerescamente a la Comuna, la burguesía reconoció bien pronto a uno de sus hijos descarriados. Él, por otra parte, había cantado la palinodia. Los periódicos publicaban sus memorias, en que vilipendiaba a la Comuna y a los federados. Contaban día por día su vida de prisionero, sus sublimes conversaciones con un pastor protestante, sus desgarradoras entrevistas con su familia. El bonapartista Jules Amigues organizó una manifestación de estudiantes para pedir su indulto. En cuanto a Ferré, ni una palabra, como no fuese para decir que era "odioso". Su madre había muerto loca; su hermano estaba recluido en una celda en Versalles; su padre, prisionero en la ciudadela de Fouras; su hermana, una joven de diecinueve años, silenciosa, resignada, consumía sus días y sus noches ganándose los veinte francos que enviaba cada semana a los prisioneros. Rechazó la ayuda de sus amigos, por no querer compartir con nadie el honor de cumplir con su deber. No cabía imaginar nada más "odioso".

Tres ejecuciones en Satory

La muerte estuvo suspendida durante doce semanas sobre los condenados. El 28 de noviembre, a las seis de la mañana, se les dijo que tenían que morir. Ferré saltó de la cama sin dar muestras de emoción, declinó la visita del cura, escribió a la justicia militar para pedir la liberación de los suyos, y a su hermana para que enterrase su cadáver de modo que sus amigos pudiesen encontrarlo. Rossel, bastante sorprendido en el primer momento, habló con un pastor, escribió para pedir que no se vengase su muerte, precaución inútil, y redactó un testamento místico. Tenían por compañero de condena a un sargento del 45 de línea -el regimiento de los cuatro sargentos de La Rochelle-, Bourgeois, que se había pasado a la Comuna y mostraba la misma serenidad que Ferré. Rossel se indignó cuando le pusieron las esposas. Ferré y Bourgeois no se dignaron protestar.

El día apuntaba apenas; hacía un frío espantoso. Ante el cerro de Satory, cinco mil hombres en armas encuadraban tres postes blancos, guardado cada uno por un pelotón de doce ejecutores. Mandaba el coronel Merlin, que reunía el triple carácter de vencedor, juez y verdugo. Algunos curiosos, oficiales y periodistas, componían el público.

A las siete llegaron los furgones de los condenados; redoblaron los tambores, sonaron los clarines. Los condenados bajaron de los furgones, escoltados por algunos gendarmes. Rossel saludó a los oficiales. Bourgeois, que contemplaba aquellos preparativos con expresión indiferente, fue a colocarse en el poste de en medio. Ferré llegó el último, vestido de negro, con lentes, el cigarro entre los labios. Con paso firme se dirigió al tercer poste.

Rossel, asistido de su abogado y de su pastor, pidió que le dejasen mandar el fuego. Merlin se negó a ello. Rossel quiso estrecharle la mano para rendir homenaje a la sentencia. La misma negativa. Durante estas idas y venidas, Ferré y Bourgeois se mantenían inmóviles y silenciosos. Para dar fin a las expansiones de Rossel, un oficial le dijo que con ellas prolongaba el suplicio de los demás. Se avino a que le vendasen los ojos. Ferré arrojó la venda, rechazó al cura que se le acercaba y, ajustándose los lentes, miró de frente a los soldados.

Leída la sentencia, los ayudantes bajaron el sable. Rossel y Bourgeois cayeron hacia atrás. Ferré quedó en pie, herido en el costado. Volvieron a disparar contra él, y cayó. Un soldado le arrimó el fusil a la oreja y le hizo saltar los sesos; el mismo golpe de gracia recibió Bourgeois. A Rossel no se lo dieron.

A una seña de Merlin rompieron a tocar las charangas y, según la costumbre de los salvajes, la

tropa desfiló en triunfo ante los cadáveres. ¡Qué grito de horror hubiera lanzado la burguesía si, ante los rehenes ejecutados, se hubiesen pavoneado los federados con músicas a la cabeza!

Los cuerpos de Rossel y de Ferré fueron reclamados por sus familias; el de Bourgeois desapareció en la fosa común del cementerio de Saint-Louis. La prensa liberal reservó sus lágrimas para Rossel. Valerosos periódicos de provincias honraron a todas las víctimas y denunciaron a la execración de Francia a la Comisión de Indultos, la comisión de asesinos, como dijo en la Asamblea un diputado. Llevados a los tribunales, dichos periódicos fueron absueltos.

Gaston Crémieux, fusilado.

Dos días después de las ejecuciones de Satory, la Comisión de Indultos hizo matar a Gaston Crérnieux. Estaba condenado desde hacía seis meses, y esta larga espera, su moderación durante el movimiento, parecían hacer imposible su muerte; la comisión rural quiso vengar el famoso apóstrofe de Burdeos. El 30 de noviembre, a las siete de la mañana, Gaston Crémieux fue conducido al Pharo de Marsella, vasta explanada a la orilla del mar. Crémieux dijo a sus guardianes: "Haré ver cómo sabe morir un republicano". Lo arrimaron al mismo poste en que un mes antes había sido fusilado el soldado Paquis por haberse pasado a la insurrección. Quiso tener los ojos libres y mandar el fuego. Se lo consintieron. Dirigiéndose a los soldados, dijo: "Apuntad al pecho, no tiréis a la cabeza. ¡Fuego! ¡Viva la Repú...!" La última palabra fue cortada por la muerte. Como en Satory, hubo música y desfile. La muerte de este joven entusiasta produjo una gran impresión en la ciudad. Los pliegos puestos a la puerta de su casa se llenaron, en unas horas, de millares de firmas.

El mismo día, el 6° consejo vengaba la muerte de Chaudey. Esta había sido ordenada y vigilada exclusivamente por Raoul Rigault. Los hombres del pelotón estaban en el extranjero. Préau de Vedel, el principal acusado, detenido en Sainte-Pélagie por delito de derecho común, no había hecho más que sostener la linterna. Como la jurisprudencia de los oficiales atribuía a los simples agentes la misma responsabilidad que a los jefes, Préau de Vedel fue condenado a muerte.

El 4 de diciembre, en la sala del 3er consejo, apareció una especie de fantasma de rostro pálido y simpático, Lisbonne, que arrastraba desde hacía seis meses sus heridas de Château-d'Eau. Tanto en el consejo como durante la Comuna y en Buzenval, se jactó de haber combatido, y no rechazó más que las acusaciones de pillaje. Los Versallescs le condenaron a muerte.

Louise Michel.

Algunos días después, el mismo consejo oyó una voz de mujer. "¡No quiero defenderme, no quiero ser defendida! -exclamó Louise Michel-. Pertenezco por entero a la revolución social, y declaro aceptar la responsabilidad de todos mis actos. La acepto sin restricciones. ¿Me reprochan ustedes que haya tomado parte en la ejecución de los generales? Responderé: sí; si yo me hubiese encontrado en Montmartre cuando quisieron hacer disparar sobre el pueblo, no hubiera vacilado en mandar hacer fuego yo misma contra los que daban semejantes órdenes. En cuanto al incendio de París, sí, he tomado parte en él. Quería oponer una barrera de llamas a la invasión de Versalles. No he tenido cómplices; he obrado por propio impulso".

El relator Dailly pide pena de muerte. Ella: "Lo que yo reclamo de ustedes, que se dicen consejo de guerra, que se presentan como mis jueces, que no se disfrazan como la Comisión de Indultos, es el campo de Satory, en que han caído ya mis hermanos. Es preciso amputarme de la sociedad. Se os dice que lo hagáis; ¡pues bien!, el fiscal de la República tiene razón. Puesto que parece que todo corazón que late por la libertad no tiene derecho más que a un poco de plomo, yo reclamo mi parte. Si me dejan vivir, no cesaré de gritar venganza de mis hermanos a los asesinos de la Comisión de Indultos".

EL PRESIDENTE. - No puedo dejarle que siga haciendo uso de la palabra.

LOUISE MICHEL. - He terminado... Si no son ustedes unos cobardes, ¡mátenme!

No tuvieron el valor de matarla de una vez. Fue condenada a la deportación en un reducto fortificado.

Louise Michel no fue la única que tuvo este valor. Otras muchas, entre las cuales hay que mencionar a Lemel, Augustine Chiffori, mostraron a los versalleses qué terribles mujeres son las parisienses, aun vencidas, aun encadenadas.

La cuestión de los rehenes.

El asunto de la ejecución de los rehenes de La Roquette fue juzgado a principios del 72. Aquí, como en los procesos de Chaudey y Clément Thomas, no tenían a ninguno de los verdaderos actores, excepción hecha de Genton. Casi todos los testigos, antiguos rehenes, depusieron con la rabia natural en gente que ha temblado anteriormente de miedo. La acusación construyó un ridículo andamiaje de tribunal marcial que aparecía discutiendo, ordenando la muerte de los prisioneros. Se habían disputado los cadáveres, decía. Así lo afirmaba un abate. Se le hizo comparecer. "No tengo seguridad de ello -dijo-, pero tal vez me lo dijeran y yo lo haya repetido". ¡Prueba! La acusación afirmaba que uno de los acusados era el jefe del pelotón de ejecución, y ya iba a ser condenado, a pesar de las reiteradas protestas de Genton, cuando trajeron a Sicard, que acaba de ser descubierto, agonizante, en una prisión. Genton fue condenado a muerte. Su abogado había procedido

odiosamente en contra de él, después había huido, y el consejo se negó a concederle un nuevo defensor.

El caso de los dominicos.

El asunto más importante que siguió fue el de los dominicos de Arcueil. Ninguna ejecución había sido menos premeditada. Estos religiosos habían caído al atravesar la avenida de Italia, alcanzados por las balas del regimiento 101. El informe acusaba a Sérizier, que en aquel momento no estaba en la avenida. El único testigo citado contra él decía: "Yo no afirmo nada por mi cuenta; únicamente he oído decir..." Pero ya se sabe qué estrechos lazos unen al ejército y al clero. Sérizíer fue condenado a muerte, así como uno de sus lugartenientes, Bouin, contra el cual no se adujo ningún testimonio. El consejo aprovechó la ocasión para condenar a muerte a Wroblewski, que se hallaba a aquella hora en Butte-aux-Cailles, y a Léo Frankel, que combatía en la Bastilla.

El asunto de la calle Haxo.

El asunto de la calle Haxo se sustanció ante el sexto consejo, siempre presidido por Delaporte, el 12 de marzo. Fue tan imposible dar con los ejecutores de los rehenes como con los de la calle Rosiers. La acusación recaía sobre el director de la prisión, François, que se había negado a entregar a sus detenidos, y sobre veintidós personas denunciadas por chismes de comadres. Ninguno de los testigos de cargo reconoció a los acusados. Dos vicarios de Belleville, una costurera, contaban historias truculentas, pero añadían: "Yo no he visto nada, he oído decir..." Delaporte multiplicaba sus amenazas con tal cinismo, que el comisario Rustaut, que había presentado sus pruebas en los procesos precedentes, no pudo contenerse y dijo: "¡Pero usted quiere condenarlos a todos!" Fue reemplazado por el embrutecido Charrière. La acusación se desvanecía a cada momento ante las declaraciones de los testigos. Ninguno de los acusados escapó. Siete fueron condenados a muerte, nueve a trabajos forzados, y los demás a la deportación.

Otro cuadro de caza.

La Comisión de Indultos esperaba, fusil en mano, las presas que le entregaban los consejos de guerra. El 22 de febrero del 72, fusiló a tres de los supuestos ejecutores del Clément Thomas y de Lecomte, aquellos cuya inocencia se había evidenciado más en los debates: Herpin-Lacroix. Lagrange y Verdagner. En pie ante el poste de Ferré, gritaron: "¡Viva la Comuna!", y murieron con la faz resplandeciente. El 19 de marzo fue ejecutado Préau de Vedel. El 30 de abril le tocó la vez a Genton. Habían vuelto a abrírsele las heridas de las barricadas, y se arrastró hacia el cerro con muletas. Llegado al poste, las lanzó al aire y gritó: "¡Viva la Comuna!" El 25 de mayo, los tres postes fueron guarnecidos con Sérizier, Bouin y Boudin, condenado por haber suprimido a un versallés que se alzaba contra la construcción de barricadas en la calle Richelieu. Éstos dijeron a los soldados del pelotón: "Nosotros somos hijos del pueblo y vosotros también. Vamos a mostraros cómo saben morir los hijos del pueblo". Murieron también gritando: "¡Viva la Comuna!"

Estos hombres que tan intrépidamente se lanzaban a la tumba, que desafiaban con un gesto a los fusiles y gritaban al morir que su causa no moriría, estas voces vibrantes, estas miradas orgullosas, turbaban profundamente a los soldados. Los fusiles temblaban y, con disparar casi a bocajarro, rara vez mataban al primer tiro. En la ejecución siguiente, el 6 de julio del 72, el comandante Colin ordenó que se vendara los ojos a los reos. Estos eran dos: Baudouin, acusado de haber incendiado la iglesia de Saint-Eloi y de haber matado a un individuo en la defensa de una barricada, y Rouilhac, que había fusilado a un burgués que cazaba a los federados a tiros. Los dos rechazaron a los sargentos que iban a vendarles los ojos. El comandante Colin dio orden de atarlos al poste. Baudouin rompió por tres veces las cuerdas; Rouilhac luchó desesperadamente. El cura que ayudaba a los soldados recibió varios golpes en el pecho. Acabaron por abatirlos. "¡Morirnos por la buena causa!, exclamaron. Después del desfile, un oficial psicólogo, revolviendo con la punta de la bota los sesos, que salían por los agujeros del cráneo, decía a un colega: Con esto es con lo que pensaba".

En junio del 72, como se habían acabado todas las causas célebres, el tribunal militar vengó la muerte de un oficial de federados, el capitán De Beaufort. No hay más que una explicación posible de este extraño caso, y es que Beaufort perteneciese a los versalleses, cosa verosímil. Tres de los cuatro acusados se hallaban presentes: Deschamps, Denívelle y Lachaise, la célebre cantinera del 66. Ésta había seguido a Beaufort al consejo celebrado en el bulevar Voltaíre, y después de oír sus explicaciones se había esforzado por protegerle. No por eso la acusación dejaba de hacerla instigadora de su muerte. Basándose en la declaración escrita de un testigo a quien no fue posible encontrar y que jamás llegó a ser careado con la acusada, el relator acusó a la Lachaise de haber profanado el cadáver de Beaufort. Antes estas innobles palabras, la esforzada mujer se echó a llorar. Fue condenada a muerte, lo mismo que Denivelle y Deschamps.

La sucia imaginación de algunos soldados de costumbres disipadas se afanaba en emporcar a los acusados. El coronel Dulac, al juzgar a un amigo de Raoul Rigault, pretendió que sus relaciones habían tenido un carácter infame. El acusado se esforzó en vano en desmentirlo; el miserable oficial insistió.

La prensa burguesa, sin tregua, sin cansancio, acompañaba todos los procesos con el mismo coro de

imprecaciones y con las mismas suciedades. Habiendo protestado algunas voces contra unas ejecuciones llevadas a cabo tanto tiempo después de la batalla, uno de estos Sarceys escribió: "El cuchillo debería estar soldado a la mano del verdugo".

Los escritorzuelos y la Comuna.

La alta y baja hampa literaria había encontrado en la Comuna un lucrativo filón, lo explotaba mañosamente. No hubo ni un solo granuja de las letras que dejase de lanzar su folleto, su libro, su historia, ni un insignificante prisionero que se abstuviese de lanzar sus lamentaciones. Hubo montones de: *París incendiado, París en llamas, Libro rojo, Libro negro, Memorias de los rehenes, Carnaval rojo, Historia del* 18 *de marzo, de la Comuna, de las ocho jornadas;* los novelistas del presidio, los Pierre Zaccone, los Montépin, emborronaron *Misterios de la Internacional* sin cuento, en entregas ilustradas; los editores no querían más que comunalismo. Tal fue la demanda, que los belgas se pusieron también a la obra. Estos escritos, frecuentemente obscenos, excitaban los cerebros burgueses. Para las almas delicadas, el delicado Dumas, hijo, estudiaba la "zoología" de estos revolucionarios, cuyas "hembras parecen mujeres cuando están muertas": poetas como Paul de Saint-Victor, Théophile Gautier, Alphonse Daudet, escritores más o menos ilustres como About, Sardou, Claretie, Mendes, Ernest Daudet, etc., pulían sabrosos epítetos para describir a estos bárbaros, cuyos cadáveres apestaban tanto. Pressensé, Beaussire y Lavallée colocaban filosóficas historias del otro mundo a los sesudísimos lectores de la "Reveu des Deux Mondes". Todos, desdeñosos del pueblo, ignorantes de las recientes evoluciones, impotentes para darse cuenta de sus múltiples causas, reducían el 18 de marzo, el Comité Central y la Comuna a un denominador común: la Internacional. Esta contaba con ochocientos mil adherentes, según Daru, presidente de la encuesta parlamentaria dispuesta por la Asamblea, ante la cual sólo depusieron los versalleses, sin admitir testigos ni debates contradictorios. Los periódicos publicaban fragmentariamente esas purulentas declaraciones, con lo cual pudo verse lo niños que eran en materia de calumnias y de imbecilidades los Quentin-Bauchard del 48 en comparación con los rufianes burgueses del 71.

Fustigados de esta suerte por el odio, los consejos de guerra, la Comisión de Indultos seguía adelante, cada vez con mayores bríos. Hasta entonces, la Comisión no había hecho morir más que a tres hombres a un tiempo; el 24 de julio del 72 abatió a cuatro: François, director de La Roquette, Aubry, Dalivoust, De Saint-Orner, condenados por el asunto de la calle Haxo. De Saint-Omer era más que sospechoso, y en la prisión sus camaradas lo tenían al margen. Ante los fusiles, aquéllos gritaron: "¡Viva la Comuna!", y él respondió: "¡Muera!"

El 18 de septiembre fueron ejecutados Lolive, acusado de haber intervenido en la ejecución del arzobispo, Denivelle, y Deschamps. Estos dos últimos gritaron: "¡Viva la República universal y social! ¡Abajo los cobardes!" El 22 de enero del 73, diecinueve meses después de la batalla en las calles, la Comisión de Indultos amarró tres nuevas víctimas a los postes: Philippe, miembro de la Comuna, culpado de haber defendido enérgicamente a Bercy; Benot, que prendió fuego a las Tullerías; Decamps, condenado por el incendio de la calle Lille, aunque no pudo presentarse contra él ningún testimonio. "¡Muero inocente! -gritó-. ¡Abajo Thíers! Philippe y Benot: ¡Viva la República social! ¡Viva la Comuna!" Cayeron sin desmentir el valor de los soldados del 18 de marzo.

Fue ésta la última ejecución de Satory. Veinticinco víctimas enrojecieron los postes de la Comisión de Indultos. En el 75, hizo fusilar en Vincennes a un joven soldado acusado de la muerte del confidente Víventíní, arrojado al Sena por centenares de manos durante las manifestaciones de la Bastilla. Los periódicos reaccionarios decían que había sido atado a una tabla; nada hubo en los debates que justificase ni la más leve sombra de intervención.

La represión en provincias.

Los movimientos de provincias fueron juzgados por los consejos de guerra o por los tribunales ordinarios, según que los departamentos estuviesen o no en estado de sitio. En todas partes se esperaba el desenlace de la lucha parisiense. Después de la victoria de Versalles, la reacción reanudó su curso. El consejo de guerra de Espivent abrió la marcha de todos los procesos. Tuvo su Gaveau -el comandante Villeneuve, uno de los fusiladores del 4 de abril-, su Merlín, su Boisdenemetz -los coroneles Thomassin y Donnat. El 12 de junio aparecieron ante los soldados, en unión de Gaston Crémieux y de todos los que habían podido complicar en el movimiento del 23 de marzo, Etienne Pélíssier, Roux, Bouchet, etc. La pretenciosa estupidez de Villeneuve sirvió de norma a las requisitorias militares de que se vio inundada Francia. Al igual que Crémieux, Etienne Pelissíer y Roux, fueron condenados a muerte. Pero aún no le bastaba con esto a la reacción jesuítico-burguesa. Espívent hizo que el Tribunal de Casación declarase que el departamento de Bouches-du-Rhône estaba en estado de sitio desde agosto del 70, en virtud de un decreto de la emperatriz regente que no había sido publicado en el Boletín de las leyes, ni sancionado por el Senado, ni promulgado. Provisto de este arma persiguió a todos aquellos a quienes señalaba el dedo de la congregación y que se habían mostrado contrarios al Imperio. El consejero municipal David

Bosc, ex delegado en la Comisión, armador multimillonario, acusado de haber robado a un agente de policía un reloj de plata, fue absuelto únicamente porque la mayoría votó en favor suyo. Al día siguiente fue sustituido el coronel presidente por el teniente coronel del 4º de Cazadores, Donnat, medio enloquecido por el ajenjo. Un obrero de setenta y cinco años de edad fue condenado a diez años de trabajos forzados y a veinte de privación de derechos civiles y políticos, por haber detenido el 4 de setiembre, durante media hora, al agente de policía que lo había enviado a Cayena en el 52. Una vieja loca, proveedora de los jesuitas, detenida un momento el 4 de setiembre, acusó de su detención al antiguo comandante de los cívicos. Su acusación aparecía contradicha por la misma denunciante, y materialmente anulada por coartadas y pruebas sin cuento. El ex comandante fue condenado a cinco años de prisión y a diez de privación de derechos civiles. Uno de los jueces-soldados, cuando salía de cometer su crimen, decía: "Se necesita tener profundas convicciones políticas para condenar en estos asuntos". Con tales colaboradores, Espivent pudo satisfacer todos sus odios. Pidió al tribunal de Versalles que le cediese al miembro de la Comuna Amouroux, que había sido delegado momentáneamente en Marsella. "Le persigo -escribió Espivent- por reclutamiento, crimen castigado con la pena de muerte, y estoy persuadido de que se le aplicará esa pena."

El consejo de guerra de Lyon no estuvo muy por debajo. Persiguió a cuarenta y cuatro personas por los sucesos del 22 de marzo, y condenó a treinta y dos de ellas a penas que oscilaban entre la deportación y la cárcel. La insurrección del 30 de abril dio setenta acusados, al azar, en Lyon, ni más ni menos que en Versalles. El alcalde de la Guillotiere, Crestín, llamado a declarar como testigo, no reconoció a ninguno de los que había visto ese día en la alcaldía. (Presidentes de los consejos: los coroneles Marion y Rebillot.)

En Limoges, Dubois y Roubeyrol, demócratas estimados por toda la ciudad, fueron condenados a muerte en rebeldía y como principales autores de la jornada del 4 de abril; dos, condenados a veinte años, por haberse vanagloriado de conocer a los que habían disparado contra el coronel Billet. A otro lo condenaron a diez años de cárcel por haber distribuido municiones.

Las sentencias del jurado variaban. El de Basses-Pyrénées absolvió el 8 de agosto a Duporal y a las cuatro o cinco personas acusadas del movimiento de Toulouse. Absolución en Rodez, ante cuyos tribunales comparecieron Digeon y los acusados de Narbona, tras una detención de ocho meses. Un público simpatizante llenaba la sala y las inmediaciones del tribunal, y aclamó a la salida a los acusados.

El jurado de Riom condenó por los sucesos de Saint-Etienne a veintiún acusados; uno de ellos a presidio, un miembro de la Comuna, Amouroux, que se había limitado a enviar desde Lyon dos delegados a presidio.

El jurado de Orleans fue severo con los acusados de Montargis, a los que condenó a la cárcel, y atroz con los de Cosne y Neury-sur-Loire, donde no se había hecho ninguna resistencia. Eran veintitrés, entre ellos tres mujeres. Todo su crimen consistía en haber paseado una bandera roja y haber gritado: "¡Viva París! ¡Abajo Versalles!" Malardier, antiguo representante del pueblo, que había llegado la víspera de la manifestación, en la que no tomó parte alguna, fue condenado a quince años. Ningún acusado fue absuelto. Los propietarios de Loíret vengaban los terrores de sus hermanos de Nievre.

Las agitaciones de Coulommiers, Nirnes, Dordives y Volron dieron lugar a algunas condenas.

Balance judicial.

En el mes de junio del 72 había terminado la parte más importante de la obra de represión. De los 36.309 prisioneros, hombres, mujeres y niños, sin contar los 5.000 militares que los versalleses habían declarado, habían muerto a sus manos, según ellos, 1.179; 22.326 fueron libertados en el 72, después de largos meses de invierno en los pontones, en los fuertes y cárceles; 10.488, denunciados ante los consejos de guerra, que condenaron a 8.525. Las persecuciones no cesaron. Al advenimiento de Mac-Mahon, el 24 de mayo del 73, hubo un recrudecimiento de ellas. El 1 de enero del 75, el resumen general de la justicia versallesa anunciaba 10.137 sentencias condenatorias, y 3.313 en rebeldía. Las penas dictadas se repartían así:

Pena de muerte	270 de ellas	8 mujeres	
Trabajos forzados	410 de ellas	29 mujeres	
Deportación a un recinto fortificado	3.989 de ellas	20 mujeres	
Simple deportación	3.507 de ellas	16 mujeres	1 niño
Detención	1.269 de ellas	8 mujeres	
Reclusión	64 de ellas	10 mujeres	
Trabajos públicos	29 de ellas		
Encarcelamiento por menos de tres meses	432 de ellas		
Encarcelamiento de tres meses a un año	1.622 de ellas	50 mujeres	1 niño
Encarcelamiento de más de un año	1.344 de ellas	15 mujeres	4 niño
Presidio	322 de ellas		
Sometidos a la vigilancia de la policía	117 de ellas	1 mujeres	
Multas	9 de ellas		
Niños menores de dieciséis años enviados a una casa correccional	56 de ellas		
TOTAL.	13.450 de ellas	157 mujeres	6 niño

Este informe no mencionaba ni las condenas dictadas por los consejos de guerra fuera de la

jurisdicción de Versalles, ni las de los tribunales. Hay que añadir 15 condenas a muerte, 22 a trabajos forzados, 28 a deportación en recinto fortificado, 29 a simple deportación, 74 a detención, 13 a reclusión, y cierto número a prisión. La cifra total de condenados en París y en provincias pasaba de *trece mil setecientos;* de ellos, *ciento setenta* mujeres y *sesenta* niños.

Las tres cuartas partes de los condenados -7.418, de 10.137- eran simples guardias o suboficiales, y 1.942 oficiales subalternos. No había más que 225 oficiales superiores, 29 miembros de la Comuna y 49 del Comité Central. A pesar de su salvaje jurisprudencia, de las encuestas y testigos falsos, los consejos de guerra no pudieron inventar para las nueve décimas partes de los condenados -9.285- otro crimen que el de llevar armas o el ejercicio de funciones públicas. De los 766 condenados por delitos de derecho común, 276 lo fueron por simples detenciones, 171 por las luchas en las calles, 132 por crímenes clasificados como otros delitos en el informe, requisas, registros hechos en virtud de mandatos regulares y que los consejos calificaron de robos, pillaje, etc. A pesar del gran número de criminales englobados en las persecuciones, cerca de las tres cuartas partes de los condenados -7.119- carecían de antecedentes penales; 524 habían sufrido condenas por delitos políticos o simplemente de orden público; 2.381 por delitos o crímenes que el informe se guardaba bien de especificar. Esta insurrección, tan frecuentemente acusada de haber sido provocada y dirigida por el extranjero, no arrojó, en total, más que 396 condenados extranjeros. Esta insurrección, que los burgueses decían nacida y sostenida por el robo y el pillaje, había conservado toda su pureza a través de la criba de los consejos de guerra. Nadie, ni aun los testigos más rencorosos, fue a acusar de robo a estos millares de bandidos: nadie osó pretender que estos saqueadores hubiesen explotado los incendios.

Capítulo XXXVIII. Nueva Caledonia. El destierro.

"Yo he sido proscrito; no seré proscriptor".

Thiers, Asamblea Nacional, abril del 71.

"Los deportados están mejor que nuestros soldados, porque nuestros soldados tienen que prestar servicio de centinela, mientras que el deportado vive entre las flores de su jardín".

Almirante Faurichon, Sesión del 17 *de mayo del 76.*

A un día de distancia de Francia hay una colonia ávida de trabajadores, bastante rica para enriquecer a centenares de millares de familias, la gran reserva de la metrópoli. La burguesía vencedora de los trabajadores ha preferido siempre lanzarlos a través de los océanos, antes que fecundar con ellos a Argelia. La Asamblea del 48 tuvo a Nouka-Hiva: la Asamblea versallesa, a Nueva Caledonia. En este peñasco, a seis mil leguas de la patria, decidió inmovilizar a millares de seres viriles. "El gobierno -decía el redactor de la ley- proporciona a los deportados una familia y un hogar". La ametralladora era más honrada.

Los condenados fueron apiñados en varios depósitos: el fuerte Boyard, Saint-Martin-de-Ré, la isla de Oléron, la isla de Aix, el fuerte de Quélern, donde languidecieron por espacio de varios meses entre la desesperación y la esperanza que nunca abandona a los vencidos políticos. Un día, cuando ya se creían olvidados, suena un llamamiento brutal: "¡A reconocimiento!" Un médico los examina, no les atiende, dice: "Puede ponerse en camino". Si un tísico en último grado alega su aspecto cadavérico: "¡Bah -dice el médico-, también tienen que comer los tiburones!" ¡Adiós familia, patria, sociedad, vida humana! ¡En marcha hacia el sepulcro, a los antípodas! El condenado a la deportación aún podía considerarse privilegiado: ha podido estrechar una mano amiga, recibir una lágrima, un último beso. El galeote de la Comuna no verá más que la chusma. Un silbido, y a desnudarse; le registran, le arrojan la ropa infamante, y, sin volver la cabeza, ha de hundirse en el presidio flotante.

La partida de los condenados.

La *Danaé* abrió la marcha el 3 de mayo del 72, con trescientos deportados. La *Guerriere,* la *Garonne,* el *Var,* la *Sybille,* el *Orne,* el *Calvados,* la *Virginie,* la siguieron. Los habitantes de los puertos saludaban, aplaudían a las víctimas; en Tolón hicieron una ovación a los deportados del *Var,* que pudieron darles las gracias. "El gobierno de Versalles ha querido deshonrarnos; vosotros nos habéis engrandecido. Vamos a encontrar a nuestros hermanos que nos han precedido, y les diremos que aún hay quien vele en Francia por la salvación de la República".

El navío de los transportados es el pontón en marcha. Grandes jaulas a derecha e izquierda de las baterías, separadas por un pasillo en medio, encerraban a los condenados. Los de las baterías altas reciben alguna luz de las enrejadas ventanillas; las baterías bajas están sumidas siempre en tinieblas. Todas ellas son focos de infección. En todo el día, los encerrados no tienen, para aspirar un poco de aire, más que media hora escasa que pasan en el puente, entre dos cuerdas tendidas, bajo la cruel mirada de los pasajeros distinguidos, mujeres de funcionarios que acudían a los convoyes como sus semejantes de Versalles. Ante las jaulas, los guardianes gruñen y amenazan con el calabozo.

El calabozo es un agujero en el fondo de la cala, sin otra abertura que la puerta parcialmente enrejada.

Con hierros en los pies, a pan y agua, frecuentemente abrasados por la máquina, hubo valientes como Cipriani, más heroico que cuando estaba al lado de Flourens, que agonizaron durante cinco meses de travesía por haber respondido a un insulto o negarse a sufrir una afrenta. ¡Al calabozo, tanto los hombres como las mujeres! Las religiosas que las guardaban son peores que la chusma. ¡Cuán raros los comandantes que abrevian el suplicio; El de la *Danaé,* Riou de Kerprigent, cree llevar consigo un cargamento de malvados; el del *Loire,* Lapierre, a bordo del *Sémiramis* había hecho amarrar a la caldera a dos hombres, que murieron a consecuencia de las heridas. Este consiguió 34 muertos y 60 enfermos, de 650 transportados.

Por espacio de cinco meses, y aún de más, hay que estar en la promiscuidad de la jaula, hundidos en las inmundicias del vecino, sacudidos por el balanceo, magullados por el cabeceo, viviendo de galleta, a menudo podrida, de tocino, de agua casi salada; tostados bajo los trópicos, helados por el fresco del Sur o por el rocío que barre la batería. De este modo, ¡qué espectros llegan! Cuando el *Orne* ancla en la rada de Melbourne, lleva 300 enfermos de escorbuto, de 588 transportados. Los habitantes de Melbourne quieren ayudarlos, reúnen en algunas horas cuarenta mil francos; el comandante del *Orne* se niega a hacer llegar a los deportados la suma, ni aun transformada en víveres, vestidos, útiles, objetos de primera necesidad.

El navío es una prisión segura. No hubo, en total, más que dos evasiones que fuesen coronadas por el éxito. El 1 de julio del 75, Nueva Caledonia recibió a 3.859 comunalistas.

Los tres círculos del infierno.

Este infierno tenía tres círculos: en la Grande-Terre, no lejos de Nouméa, la península Ducos, para los condenados a la deportación en un recinto fortificado: 811, de ellos 6 mujeres -los blindados-; al sudeste y a unas veinticinco millas de la Grande-Terre, la isla Pins, para los condenados a deportación simple: 2.088, entre ellos 13 mujeres; y, al fondo, allá donde el sol se pone, frente a la península Ducos, el presidio de la isla Nou, para 240 galeotes.

La península Ducos y la isla Nou forman los dos brazos de la rada, al fondo de la cual se alza Nouméa, chocante muestra de la incuria y de los caprichos administrativos. Y todo ello dominado por los cañones del cuartel de artillería situado en la punta Chaleix. Los avisos de la rada podían cubrir de hierro la península y el presidio.

La península, estrecha lengua de tierra, cerrada en la garganta por soldados, sin agua, sin vegetación, está surcada por pequeñas colinas áridas, cortadas por dos valles, Numbo y Tendu, que mueren a la parte de la marina, con unos pantanos donde crecen mezquinos mangles y raros niaoulis. Jamás se le ocurrió a ningún colono perder media hora en esta tierra muerta. Los deportados, aunque se les esperaba desde hacía varios meses, no encontraron más que unas chozas de paja; por todo mobiliario, algunos bidones, unas cuantas gamellas y una hamaca.

La isla Pins, una meseta desolada en el centro, estaba rodeada de tierras fértiles, aunque acaparadas desde hacía tiempo por los Padres Maristas, que explotaban el trabajo de los indígenas. Tampoco allí había nada preparado para recibir a los deportados. Los primeros que llegaron tuvieron que vivir errantes entre la maleza. Mucho después les dieron tiendas, que las frecuentes tormentas deshicieron a pedazos. Los menos desgraciados pudieron, pagándolo de su bolsillo, hacerse jergones. Los indígenas huían de ellos, azuzados por los misioneros, o les vendían víveres a precios disparatados.

La vida de los condenados.

La administración debía facilitar a todos los condenados las ropas indispensables; no fue observada ninguna prescripción reglamentaria. Los kepis y los calzados se gastaron en seguida. Como la inmensa mayoría de los deportados no contaba con ningún recurso, hubieron de resistir, con la cabeza y los pies desnudos, el sol y la estación de las lluvias. Ni tabaco, ni jabón, ni vino, ni aguardiente para quitar el mal sabor al agua salobre. Como alimento, legumbres frecuentemente rechazadas por la comisión sanitaria del presidio, tocino y galleta, raras veces un poco de carne y pan. Los víveres venían en crudo, y no había quien diese a los deportados combustible ni grasa; la preparación de los víveres era un problema de cada día.

Buenos guardianes los del presidio, violentos, agresivos, que, frecuentemente borrachos, amenazaban a los deportados con sus revólveres. A más de uno hirieron. En la isla Pins, como en la península Ducos, los centinelas de la zona militar tenían orden de hacer fuego sobre los deportados que se acercasen a más de cincuenta pasos.

Jóvenes en su mayoría, activos y trabajadores, con la aptitud universal del obrero parisiense, los deportados quisieron forjarse de nuevo su vida. El relator de la ley sobre la deportación había ponderado los mil recursos de Nueva Caledonia, la pesca, la cría de ganado, la explotación de minas, y presentado esta emigración forzosa como el origen de un nuevo imperio francés en el Pacífico. Los deportados intentaron arrancar una apariencia de patria a esta tierra tan elogiada. Pidieron trabajo, cualquiera que fuese. Los “blindados” de la península, encerrados en un territorio muerto, carpinteros, herreros, torneros, sastres, expidieron a Nouméa sus productos. Los de la isla Pins se ofrecieron para la construcción de un acueducto, de almacenes administrativos, de la carretera central: de dos mil, fueron aceptados solamente ochocientos, y su salario no pasó de

ochenta y cinco céntimos diarios. Los menos favorecidos solicitaron algunas concesiones; se les entregaron algunos trozos de tierra -quinientas hectáreas para novecientos- y se les vendieron granos y aperos de labranza a precios muy elevados. Algunos pasaron grandes fatigas para obtener del sueldo algunas pobres legumbres; los otros se volvieron hacia los contratistas y los comerciantes de Nouméa. Pero la colonia, ahogada por el régimen militar, acosada por el personal burocrático, dotada de recursos muy limitados, no dio trabajo más que a unos cuatrocientos escasos. Y aun así, muchos de ellos, abandonados por sus reclutadores, tuvieron que volver a la isla Pins, a seguir arrastrándose entre la maleza. "Nos hemos equivocado en lo que se refiere a los recursos que ofrece la isla Pins", dijo filosóficamente el ministro de Marina. "Ya se lo había advertido hace tres años", respondió Georges Périn.

Era la edad de oro de la deportación. A mediados del 73 cae en Nournéa un despacho del ministro de Marina. El gobierno versallés deja en suspenso todos los créditos administrativos que sostienen los talleres del Estado. "Si se admitiera -decía- el derecho al trabajo de los deportados, no tardaríamos en ver renovarse el escandaloso ejemplo de los talleres nacionales de 1848". Nada más lógico. Versalles no tenía por qué dar trabajo a aquellos a quienes había despojado de la facultad de trabajar. Los talleres se cerraron. Las maderas de la isla Pins ofrecían preciosos recursos a los ebanistas, y algunos deportados fabricaban muebles muy buscados en Nouméa; la administración les retiró el permiso de transportarlos a la Grande-Terre. Y el ministro de Marina dijo en la tribuna que la mayor parte de los deportados rechazaban toda clase de trabajo. Este mismo año, solamente los ingenieros militares tuvieron que pagar 110.525 francos a los deportados de la península.

En el momento en que acortaba la vida de los deportados, la administración citaba en el ministerio a las mujeres de aquéllos y les hacía una encantadora descripción de Caledonia. Allí encontrarían, en cuanto llegasen, una casa, terrenos, granos, útiles. La mayor parte de ellas, olfateando un lazo, se negaron a partir sin ser llamadas por sus maridos. Sesenta y nueve se dejaron persuadir, y fueron embarcadas en el *Fénelon* con mujeres de la asistencia pública expedidas para emparejar a los colonos. Al desembarcar, no encontraron más que la desesperación y la miseria de sus maridos. El gobierno se negó a repatriarlas.

Los que la muerte liberta.

Ahí están esos millares de hombres hechos al trabajo, a la actividad del espíritu, encerrados, ociosos y miserables; unos, en la estrecha península Ducos, bajo el constante llamamiento del carcelero; los otros, en la isla Pins, sin más horizontes que la mar desierta, vestidos de andrajos, mal alimentados, ligados apenas al mundo por alguna carta lejana que se retrasa tres semanas en Nouméa. Empezaron los sueños sin fin; después, el desaliento y la sombría esperanza. Aparecieron los casos de locura. Llegó la muerte. El primer libertado de la península Ducos fue el profesor Verdure, miembro de la Comuna. El consejo de guerra no encontró contra él más que este crimen: "Es un utopista filántropo". Quiso abrir una escuela en la península; se le denegó autorización para ello. Inútil, lejos de los suyos, languideció y murió. Una mañana del 73, los carceleros y los curas vieron subir por el sendero sinuoso que conduce al cementerio un ataúd coronado de flores, llevado a hombros por los deportados; detrás, ochocientos amigos silenciosos. "El ataúd -ha contado uno de ellos, Paschal Grousset-, es depositado en la fosa: un amigo dice algunas palabras de despedida, cada cual lanza sobre el muerto su florecilla roja; gritos de: "¡Viva la República! ¡Viva la Comuna!", y todo está dicho". En noviembre, en la isla Pins, se extinguió Albert Grandier, redactor del "Rappel". Su corazón había quedado en Francia, junto a su hermana, a la que adoraba. Todos los días iba a esperarla a la orilla. Allí encontró la locura. La administración se negó a admitirle en un asilo. Se les escapó a los amigos que lo guardaban, y una mañana fue hallado, muerto de frío, entre la maleza, no lejos del camino que conducía al mar. Los deportados de la isla Pins escoltaron su féretro.

Más trágica aún fue la suerte de algunos de los que quedaban con vida. En enero del 74, cuatro deportados fueron condenados a muerte por haber maltratado a uno de sus delegados, infiel, restablecido de las lesiones al cabo de algunos días. Uno de ellos no tenía en contra suya más que ser amigo de los otros tres. Se levantaron cuatro postes en la explanada. Las víctimas, tranquilas, saludando a los camaradas, desfilaron ante sus féretros. El más joven, viendo a uno del pelotón que temblaba, le gritó: "¡Vamos, número uno! ¡Hay que tener sangre fría, que no es a ti a quien van a ejecutar!" No se permitió a los deportados enterrar a sus amigos, y los cuatro postes, más otros dos, fueron pintados de rojo y quedaron plantados con carácter permanente, como las horcas feudales.

Los forzados.

Los de la península Ducos y de la isla Pins, tenían, por lo menos, el consuelo de morir entre sus iguales; pero ¿y los desgraciados encerrados en la cloaca de la isla Nou? "No conozco más que un presidio", había dicho el ministro republicano Victor Lefranc a una madre republicana que le pedía algún alivio para su hijo. Y, en efecto, no había más que un presidio, en el que valientes como Trinquet, Amouroux, Dacosta, Cipriani, Allemane, Lisbonne,

Lueipia, etc., etc., hombres honradísimos como Fontaine, Roques de Filhol -tantos nombres se presentan, que resulta injusto citar sólo algunos de ellos-, periodistas como Maroteau, Brissac, Alphonse Humbert, cuyo crimen había sido llevar a cabo una orden de detención, fueron, desde su llegada, emparejados con asesinos y envenenadores, obligados a disputarles la ración, y sufrieron sus injurias, algunas veces sus golpes, unidos al mismo trabajo, al mismo lecho de campaña que ellos. El versallés quería algo más que el cuerpo, necesitaba el alma rebelde, rodearla de una atmósfera que la hiciese desfallecer. La degradación de los carceleros fraterniza con la de un criminal, se encarniza con el vencido de una idea, azuza a los malvados contra los comunalistas. No hay empleo para estos últimos en los almacenes, en las oficinas; es el *carcere duro* italiano. La menor infracción provocaba penas terribles, la celda, la reducción de la ración de pan a la cuarta parte, la suspensión por los pulgares. Esta tortura roía los huesos y hacía caer las falanges. Todos los viernes funcionaba el látigo. Si el médico -y hubo varios- daba muestras de alguna humanidad, la administración penitenciaria, que dirigía una hiena, Charrière, anulaba el tratamiento prescrito.

Los forzados de la Comuna empleados en los trabajos en la Grande-Terre fueron reservados para las faenas más rudas. Rodaban troncos de árboles por las escarpaduras o los transportaban a través de vastos pantanos. Muchas veces eran despertados por la noche y conducidos al trabajo. Para los que se refugiaban en la manigua se lanzaba a los canacos armados de azagayas y rompecabezas. Los salvajes, con un olfato increíble, descubrían siempre al fugitivo y lo traían amarrado a un palo por los cuatro miembros, como un puerco.[87]

Jourde, Rochefort y Grousset se evaden.

Hubo de intervenir la casualidad para que se alzase una punta del velo. El 20 de marzo del 74, Jourde, Rochefort, Paschal Grousset, Ballière, Olivier Pain y Granthille se escaparon de Nueva Caledonia. La evasión fue hábilmente preparada y dirigida por Jourde y Ballière, empleados desde hacía seis meses en Nouméa. Un intérprete, Wallenstein, los puso en relación con el capitán de navío australiano *P. C. E.,* que se avino a recibir a bordo a uno o dos deportados por el precio ordinario de doscientos cincuenta francos por pasajero. Jourde y Ballière, que poseían esta cantidad, quisieron asociar a algunos camaradas a esta posibilidad de salvación. Vieron en la península Ducos a Rochefort, Paschal Grousset y Olivier Pain, y propusieron al capitán que salvase a toda esta gente a cambio de diez mil francos, mil quinientos al contado, y el resto al llegar a Australia. Jourde añadió a Granthille, que iba todos los días en canoa a llevar provisiones a la península por cuenta de un comerciante de Nouméa, se las agenció para negociar una letra de cambio de 1.200 francos firmada por Rochefort, y fue, la noche del 19 de marzo, con Ballière y Granthille, cruzando la oscuridad de la rada, a buscar a los demás camaradas cerca de un islote donde los había citado. Después de vencer numerosas dificultades, la embarcación abordó al *P. C. E.,* que aparejó al día siguiente. Siete días después, los refugiados llegaban a Newcastle, y Rochefort telegrafió a Edmond Adam pidiéndole 25.000 francos. Por iniciativa de Gambetta se organizó una suscripción entre sus amigos íntimos, y Georges Périn fue a Londres a expedir los fondos telegráficamente. Los fugitivos pudieron volver a Europa.

Sus revelaciones hicieron saber a Francia los horrores caledonianos. Así se enteró de las torturas suplementarias infligidas a los comunalistas, de la suspensión por los pulgares, el látigo, los fusilamientos, los insultos calculados para enviar a la gente a presidio. Estas revelaciones empeoraron la situación de los deportados. En cuanto tuvo noticias de la evasión, el ministerio de Broglie despachó al contraalmirante Ríbourt, y el potro de tortura trabajó con más crueldad. Los que tenían autorización para residir en Nouméa, fueron devueltos a la península Ducos y a la isla Pins; quedó prohibida la pesca; fue confiscada toda carta cerrada, y suprimido el derecho de ir al bosque a buscar leña para cocer los alimentos. Los carceleros redoblaron su brutalidad, dispararon contra los condenados que pasaban del límite o no entraban en su choza a la hora reglamentaria. Fueron expulsados de Nouméa algunos comerciantes acusados de haber facilitado la evasión.

Más brutalidades.

Ribourt había llevado la destitución del gobernador, La Richerie, ex gobernador de Cayena, que se había labrado en Caledonia, con sus rapiñas, una fortuna personal escandalosa. El gobierno provisional fue confiado al coronel Alleyron, que se había hecho célebre durante las matanzas de mayo. Alleyron decretó que cada deportado daría al Estado media jornada de trabajo, so pena de no recibir más que los víveres estrictamente indispensables: 70 gramos de pan, un centilitro de aceite y 60 gramos de legumbres secas. Los deportados protestaron. Alleyron ensayó su régimen en cincuenta y siete de ellos, entre los que figuraban cuatro mujeres.

Éstas eran sometidas a los mismos rigores que los hombres, ya que habían pedido que se les aplicase el derecho común. Louise Michel, Lemel y las condenadas a la deportación en un recinto fortificado, declararon que se matarían si se las quería separar de los demás deportados. Insultadas por los gendarmes,

[87] Henri Brisac: *Recuerdos de la prisión y del presidio.* A. Ballière: *Recuerdos de un evadido de Nouméa. Viaje de circunnavegación.*

injuriadas en las órdenes del día del comandante de la península Ducos, desprovistas de ropas de su sexo, se vieron a veces obligadas a vestirse de hombres. Algunas eran jóvenes y agradables. "Nunca -dijo uno de sus compañeros, Henry Bauer- fueron causa de escándalo estas mujeres cautivas entre ochocientos hombres, ni de riñas, ni de disputas; se guardaron del desorden y de la venalidad". Otro tanto ocurrió con las deportadas de la isla Pins.

La llegada, en el 75, de Pritzbuer, nuevo gobernador, puso fin a la brillante carrera de Alleyron. Este renegado del protestantismo, enviado a Caledonia por las influencias jesuíticas del Sagrado Corazón, encontró modo de agravar la miseria de los comunalistas, aun empleando gestos dulzarrones. Fue asistido por monseñor Anastasiópolis, obispo de Nouméa, y por aquel Charrière que declaraba a los criminales del presidio mucho más honorables que los condenados de la Comuna. Pritzbuer mantuvo la orden de Alleyron, proclamó la supresión completa de la ración para los que en el término de un año no hubieran sabido crearse recursos suficientes, y, al cabo de cierto tiempo, su completo abandono por la Administración. Creóse una oficina para poner a los deportados en relación con los comerciantes de Nouméa, pero la burocracia no podía aumentar el comercio o la industria de un país en donde faltan los fondos y, a pesar de todos los premios y medallas obtenidos por ellos en las exposiciones, los comunalistas no encontraron compradores; los menos hábiles estuvieron mucho tiempo sujetos a la disposición del 74. En realidad, a partir de esta época, los simples deportados vivieron sometidos al régimen de hambre, con la facultad de trasladarse de un lugar a otro.

A pesar de todos los esfuerzos hechos por reducirlos, el honor de los deportados salió triunfante. Los consejos de guerra mezclaron deliberadamente con los verdaderos combatientes a un pésimo elemento, criminales reincidentes, vagabundos que se denominaban a sí mismos "la terciana". Los comunalistas hicieron entrar en razón a los peores, y el contacto con obreros honrados mejoró a los demás. En el 74, no se contaban más que 13 condenas, por hechos más o menos graves, de 4.000 deportados, y 83 por indisciplina, embriaguez o intentos de evasión.

Intentos casi siempre sancionados de antemano. Los combatientes de París no tenían derecho a la suerte de Bazaine, al que Mac-Mahon hizo evadirse de su veraneo. Y ¿cómo huir sin dinero, sin relaciones? Apenas se cuentan una quincena de evasiones. En el año 75, Rastoul, miembro de la Comuna, y diecinueve de sus camaradas de la isla Pins, se aventuraron en una barca; el mar devolvió algunos maderos y guardó los cuerpos. Más tarde, Trinquet y un amigo huyeron de la isla Nou en una chalupa de vapor. Perseguidos y alcanzados, se arrojaron al agua, donde uno de ellos pereció. Trinquet fue devuelto a la vida y al presidio.

Éste trituraba a los comunalistas, pero no los vencía. Sólo uno de ellos se mostró miserable; fue Lullier, a quien le había sido conmutada la pena de muerte, y que denunció un intento de evasión. Maroteau murió allí a principios del 75. La Comisión de Indultos le había conmutado la ejecución en Satory por la isla Nou. Condenado a veinticinco años de presidio por dos artículos, se extinguió en el confinamiento, mientras los periodistas versalleses que habían pedido y obtenido la matanza se regodeaban en París. "No es difícil morir -dijo a los amigos que le rodeaban en su agonía-; pero hubiera preferido el poste de Satory a este jergón infecto. Amigos míos, pensad en mí, ¡qué va a ser de mi madre!" No pasaba un mes sin que hubiese varios muertos; cada nuevo año traía los mismos funerales. En el 78, Pritzbuer es sustituido por Olry, nada clerical, justo, según se aseguraba. Los comunalistas del presidio siguieron recibiendo palos como en tiempos de Pritzbuer y de La Richerie. Los deportados de la Grande-Terre no tuvieron mejor suerte. Algunos, amnistiados, pero obligados a quedarse en Caledonia, pidieron al comisario de Nouméa un trabajo que no podían encontrar; él les respondió: "Roben, y así tendrán pan para mucho tiempo". Uno de ellos se ahorcó. El hospital de dementes de la isla Pins siguió llenándose.

Los proscritos de Londres.

Raramente, a bocanadas, llegaban las lamentaciones de estos enterrados hasta sus hermanos, los desterrados que pudieron atravesar las mallas versallesas. Al principio fue enorme el éxodo de todos los que tenían persecuciones o denuncias, y muchos se quedaron en el extranjero meses enteros. Los consejos de guerra determinaron la partida definitiva de unos 3.500. Suiza e Inglaterra recibieron el mayor número de ellos, ya que Bélgica no era lugar seguro. La acogida de Inglaterra fue bastante franca; allí estaban enterados de las matanzas versallesas, y los ingleses comprendieron qué preciosos elementos aportaban estas proscripciones. Los obreros encontraron empleo en seguida, ya que muchos de ellos eran obreros escogidos; cinceladores: Barré, Landrín, Theisz, Mainfroid...; decoradores de porcelana y abaniqueros: Léonce, Mallet, Villers, Ranvier...; grabadores de metal, de camafeos: Leblond, Desoize, Kleinmann: escultores de madera, de marfil; Duelos, Pierlet, Picavet...; mecánicos: Langevin, Joffrin, Ferran...; tapiceros: Lhéman, Privé, que decoraron el espléndido hotel de Richard Wallace; pintores de vidrio: Lhuillier, Dumousset...; ebanistas de lujo: Guillaume, Maujean, Macdonal...; dibujantes industriales y de telas: Le Moussu, Andrés, Pottier, Philippe...; floristas: Johannard, Hanser: sastres,

cocineros, zapateros, etc. Muchos de estos obreros se llevaban consigo el secreto de la fabricación y de algunos comercios de París. Las mujeres, costureras, floristas, modistas, lenceras, impregnadas del gusto parisiense, fueron inmediatamente acaparadas por los talleres y crearon modelos. Algunas se establecieron por su cuenta. Más difíciles fueron los comienzos para los proscritos que no tenían un oficio manual -empleados, profesores, médicos, hombres de letras-; pero llegaron las lecciones, ya que los periódicos hicieron observar que con ellos se ofrecía una excelente ocasión de aprender el francés.

Algunos proscritos del Imperio que se habían quedado en Londres ayudaron a los de la Comuna; éstos, además, se procuraban trabajo unos a otros. Poco a poco, todos fueron acomodándose. Muchos descollaron bien pronto en su especialidad. El gran talento de Dalou adquirió todo su desarrollo; Tissot se hizo adoptar por los ingleses: Montbard entró en los periódicos ilustrados: antiguos miembros de la Comuna, como Andrieu, Longuet, Protot, Léo Meillet y otros, como La Cécilia, Dardelles, Roncier, Bocquet, Regnard, dieron clases en las universidades: Barrère, Frunce, en la Academia militar de Woolwich; Brunel, en la Escuela naval de Darmouth, enseñó a los hijos del príncipe de Gales. Martín, que había dotado a la Comuna de una ametralladora, dirigió en Birmingham una fábrica de importancia; dos obreros de Gobelins introdujeron en Old Windsor esta industria. Jules Vallès escribió *Jacques Vingtras,* inspirado en Dickens; Paschal Grousset, sus estudios sobre Irlanda, elogiados por Gladstone: Venmesch, después de sus *lncendiaires* y de algunos agrios folletos, preparaba una historia de la Comuna, que interrumpió la manía de grandezas. El autor del presente libro emprendió la tarea de narrar los hechos de la Comuna.

Los proscritos de Suiza

La proscripción de Londres era la más espiada; la de Ginebra, la más numerosa. Los proscritos de Suiza tuvieron que vencer las prevenciones de un ambiente que se tiene por puritano. Esas prevenciones desaparecieron tan pronto como se vio de cerca a aquellos hombres tan calumniados y se reconoció la superioridad de los obreros parisienses en diversos oficios. Algunos estuvieron en la misma casa hasta el fin del destierro; otros fueron jefes de industria: Bonnet y Ostyn, antiguo miembro de la Comuna, fundaron las fábricas Gutenberg; Alavoine, uno de los delegados en la Imprenta nacional, imprimió ediciones de lujo y billetes para los Bancos de Ginebra y del comercio; Clermont y Porret fundaron en Ginebra una fábrica de perfumería; Bertrand, de Saint-Etienne, creó un importante comercio de maderas y carbones: Vílleton, una gran perfumería; Perríer, uno de los más bellos almacenes de novedades; Morel-Pineau, una tienda de modas; Weltí, otra de confección; Loreau, un gran bazar de artículos de París. Berthault, coronel de la novena legión, tuvo la contrata del monumento de Brunswick; Berchtold construyó para una sociedad cooperativa más de ciento cincuenta casas; Lauzan se metió a contratista; Decron hizo hermosos trabajos de arquitectura; el escultor Niquet trabajó en el teatro de Ginebra; Largere, en la ornamentación de la ciudad de Neuchatel, Chardon, miembro de la Comuna, representó a la casa Raoul Pictet y llegó a ser, más tarde, uno de los más grandes comerciantes de Haití. Pindy, el antiguo gobernador del Hôtel-de-Víllе, fue lavador de oro en el Locle. De los demás miembros de la Comuna, Clémence fue empleado en una de las principales casas de Banca; Lefrançais fue profesor, con Joukowski,en el gran pensionado Tudienne, de Gínebra; Martelet enseñó dibujo en el colegio municipal, de Chaux-des-Forids: Kuffner, obrero broncista, formó parte de la escuela profesional creada por el Estado de Ginebra. Legrandais fue secretario general de la compañía de ferrocarriles de la Suiza occidental, en la que figuraba asimismo Paul Piat; Maxime Vuillaume, de la empresa de perforación del Saint-Gothard.

Malón, sin dejar de trabajar en su oficio, escribía *La tercera derrota del proletariado* y preparaba sus estudios de economía social. Arthur Arnould, Lefrançais, Charles Beslay, Maxime Vuillaume, escribieron historias, estudios, recuerdos de la Comuna. En Clarens, Elisée Reclus, arrancado a las garras de Versalles gracias a las instancias de los principales sabios de Europa, prosiguió su magistral Geografía Universal; Courbet, en la torre de Pelz, rehízo su fortuna a fuerza de obras maestras y dotó a la ciudad que le daba asilo de un magnífico busto de la República, que el consejo municipal hizo erigir en una de sus plazas.

Los proscritos de Bélgica.

De las tres proscripciones principales, la de Bélgica no fue la menos notable, aunque muy vigilada. Los refugiados fueron acogidos por los militantes belgas, Brismée, De Paepe, Hector Denis, Janson, De Greef , etc., por los proscritos del Imperio doctor Watteau. Boichot, Berru, Laussédat, etc. Los grandes arquitectos y contratistas encontraron en la proscripción auxiliares estimables, en aquellos momentos en que Bruselas se estaba transformando. Los contramaestres Guillaume, jefe de los trabajos del nuevo Palacio de Justicia, Perret, que construyó los invernaderos reales; Michevant , que edificó una de las casas más originales; escultores en piedra y en madera como Leroux, Martel, Mairet, maestro en su arte, contribuyeron en gran medida a la originalidad de los bulevares y de las magníficas avenidas de la moderna Bruselas. Albert Ricaud, Oscar Français ejecutan aún hoy grandes trabajos. Perrachon, uno de los fundadores de la Internacional, creó una fábrica

de bronces artísticos; Personne introdujo la industria de las camas y butacas mecánicas; los hermanos Tantôt, la de los toldos móviles. Poteau importó la cromolitografía. Grabadores meritísimos, como Gossin; joyeros, como Detaille, Deliot, Taillet: dibujantes, como Aubry, Ducerf, Devienne: contables, como Faillet, Bouit, Darnal, Sorel, se vieron en seguida solicitadísimos. Había libreros e impresores, Debock, Moret, Marcilly; ingenieros, como Henry Prodhomme, Iribe; gran número de comerciantes, como Bayeux-Dumesnile, ex alcalde del distrito IX; Béon, uno de los organizadores de las almonedas de los mercados centrales de Bruselas; Bernard, contratista de obras; Thirifocq, el orador de la manifestación de los francmasones. El profesor de esgrima y boxeo Charlemont mantenía los ardores militantes. Otros aceptaban intrépidamente la lucha por la vida y tejían cestos de mimbre. Como en Londres y en Ginebra, las mujeres, costureras, modistas, llevaban consigo el gusto parisiense. El artículo de París, tan ingenioso, tan delicado, que hacía de Europa nuestra tributaria, comenzó a fabricarse en Bélgica.

Esta proscripción tuvo, como las otras, profesores y escritores. El autor de las *Hebertistas* y del *Moloquismo,* Tridon, antiguo miembro de la Comuna, murió poco después de su llegada. Aconin enseñó derecho romano antes de ser director de seguros; Leverdays, el autor de las *Asambleas parlantes,* espíritu enciclopédico, hizo para la Universidad de Lieja dibujos anatómicos y trabajos micrográficos de alta ciencia. Entre los periodistas, Ranc, Vaughan, Tabaraud, Cheradarne, Gally, Fernand Delisle, Drulhon, Jules Meeüs, Georges Cavalié; Jourde fue a Bruselas después de su expulsión de Alsacia.

Cerca de Estrasburgo, en Schiltigheim, algunos proscritos, como Avrial, Langevin,ex miembros de la Comuna, Sincholle, uno de los mejores alumnos de la Central, fundaron en el 74 un gran establecimiento de construcciones mecánicas, al que fue agregado Jourde como contable. Su industria era próspera; pero el gobierno de Mac-Mahon pidió su expulsión.[88] Bismarck hizo presente a los proscritos la orden de partir en quince días. En vano hicieron ver que una liquidación en tan breve plazo era la ruina; un gran número de industriales de Schiltigheim y de Estrasburgo apoyaron su petición, el periódico conservador de Estrasburgo rindió homenaje a su honorabilidad y reconoció que habían observado una actitud reservada y tranquila:[89] pero tuvieron que partir por culpa de Mac-Mahon, que una vez más llamaba a los alemanes contra los hombres de la Comuna.

Austria hizo más que Prusia. Convocó a un congreso de policía de los diferentes países, para hacer una limpia de comunalistas en toda Europa. Vivía en Viena un pequeño número de proscritos; algunos profesores, entre ellos Sachs Rogeard; Barré, llamado de Londres por la casa más importante de cincelados, autor del escudo que figuró en la exposición de 1878. Un decreto imperial los expulsó. Rogeard, exceptuado de la medida general, quiso seguir a sus camaradas a su nuevo destierro.

Holanda no vio más que proscritos de paso, llegados en el 72 para el congreso de la Internacional de La Haya. Después de la guerra y de la Comuna, el consejo general que residía en Londres no era más que una sombra; la sección francesa había perecido; los delegados ingleses, inquietos por su porvenir político, se habían retirado; Bakunin, en Suiza, desarrollaba su organización rival. Las sesiones del congreso fueron tempestuosas, y la mayoría excomulgó a Bakunin y a sus partidarios. El lazo internacional se había roto; el congreso lo advirtió tan bien, que designó a Nueva York para el año siguiente. La inmortal idea proclamada en 1864 iba a asumir una nueva forma.

La altivez de los proscritos.

La vida de los proscritos de la Comuna no tiene historia política. Poco supieron del ridículo de las proscripciones precedentes, que se desvanecían en manifiestos. Si se reunían, era para conferencias instructivas o para la celebración del 18 de marzo. Su único sueño, cuando amenazó la entrada de Chambord, fue ir a Francia a defender a la República que los perseguía. Sus únicos llamamientos fueron para los desgraciados de Nueva Caledonia, a los que abandonaban los comités de París.

La proscripción de tantos hombres de méritos diversos no sólo había lanzado por encima de las fronteras, como la expulsión de los protestantes en tiempos de Luis XIV, la riqueza nacional y enseñado a los rivales los secretos de nuestra industria, de nuestros talleres, hasta el punto de que la explotación de nuestros artículos más delicados sufrió una larga pausa, sino que había expulsado también el honor nacional. A pesar de la aspereza de los comienzos, de las enfermedades, del paro, imperfectamente combatidos por las sociedades de solidaridad, los comunalistas no se desviaron nunca de su camino. No hubo condenas por actos indelicados, ni caídas de mujeres, a pesar de soportar ellas lo más pesado de la carga. Entre estos millares de proscritos, no se señalaron más que cuatro o cinco confidentes; sólo Landeek y Vésinier editaron un periódico delator. Se les hizo justicia en seguida, porque ninguna proscripción se mostró más preocupada de su dignidad, hasta el punto de que un antiguo miembro de la Comuna tuvo que defenderse de haber recibido un socorro de los diputados de la izquierda. Sin duda, la proscripción del 71 tuvo sus grupos enemigos y sus amarguras -todas las proscripciones son

[88] "L'Industriel Alsacien", 5 de abril de 1876.
[89] "Le Journal de l'Alsace", 29 de marzo de 1876.

aluviones de odio-; pero todos se encontraban detrás del féretro de un camarada envuelto en la bandera roja, y todos, con la misma angustia patriótica, seguían las luchas que nos quedan por contar hasta explicar su regreso y justificar, una vez más, su combate.

Capitulo XXXIX. La Asamblea de la desgracia. El mac-mahonado. Los indultos. El gran regreso.

El cadáver está en tierra y la idea en pie.

Victor Hugo.

Aplastado París, sometido el ejército, pujante el clero, disueltas todas las guardias nacionales, ¿por qué no dar a luz su sueño esta Asamblea que cuenta con dos terceras partes de realistas? Afirmó su carácter de constituyente -un rural llegó incluso a decir a las gentes de la izquierda: "Nosotros constituiremos este país, a pesar de ustedes y a pesar del país mismo, si es preciso": ha podido ver al conde de Chambord, el 5 de julio, con un manifiesto en la mano; ¿por qué, entonces, no acaba con el rey esa potencia que ha ganado la partida?

Es que entre Burdeos y Versalles media toda una época; es que las provincias han seguido adelante, después de sus elecciones republicanas de abril del 71; es que la lucha de París les ha hecho ver el abismo; es que, en este mes de julio del 71, cuarenta y cuatro departamentos convocados para llenar los vacíos legislativos han dado a los republicanos una mayoría aplastante, y que hasta París, aterrorizado, ha elegido, de veintiún nuevos diputados, solamente a cuatro monárquicos; es que, de cien diputados nuevos, no hay más que un legitimista; es, en una palabra, que la gran barricada de París, los millares de federados que se hicieron blanco de todos los esfuerzos del enemigo, han salvado al grueso de su ejército con su resistencia heroica, muriendo por la Francia republicana.

París, desarmado el 18 de marzo, era la monarquía a breve plazo; el país republicano no podía ofrecer resistencia; tres meses después, el París aplastado hace retroceder a los realistas, la Francia republicana ha podido rehacerse contra ellos. Si los republicanos no contrapesan todavía a los rurales, después de las elecciones de julio hacen imposible el golpe de Estado. La Asamblea no puede ya violar a Francia; lo más que pueden lograr los realistas es hacerla sufrir.

A ello se dedicaron durante cuatro años. Decretaron que Versalles seria la capital definitiva; habiendo tenido los diputados de la extrema izquierda la desvergüenza de pedir una amnistía, fueron abandonados con sus treinta monedas, como Judas. Los príncipes de Orleans, habiendo recuperado los cuarenta millones que el Imperio les había confiscado justamente, vinieron a ocupar su puesto en el centro derecha; en marzo del 72, con el pretexto de la Internacional, se introdujo el espionaje en el taller, en el hogar doméstico; se votó la ley sobre deportación.

Mac-Mahon sucede a Thiers (1873).

Gambetta, enviado a la Asamblea y que ha asumido la jefatura del partido republicano, deniega a los rurales el poder constituyente, rinde a París un homenaje tardío, habla de enviar esta Asamblea al enterrador. La Asamblea obliga a Thiers a denigrarle por dos veces. La Asamblea quiere más, quiere un gobierno de combate, suprime la alcaldía central de Lyon, obliga al presidente Grévy a retirarse, pone en su lugar a Buffet, que significa la reacción belicosa. París, para vengar a Lyon, hace a su alcalde, Barodet, diputado en contra del candidato Thiers, al que sigue espantado París; los rurales castigan a Thiers por no haber vencido a París una segunda vez. El 24 de mayo del 73, dos años, día tras día, después de las matanzas en masa, rechazan a este viejo como a un limón exprimido. El que había hecho a Luis Felipe, el que había ayudado a Luis Napoleón y salvado a la Asamblea versallesa, debía ser arrollado y burlado por sus propias criaturas. Mac-Mahon le juraba el 24 que no era competidor suyo, y el 25 acudió a sentarse en su sillón.

El eterno engañado había soñado con un régimen anónimo que, prescindiendo del pueblo, neutralizando a los partidos monárquicos, estableciese una oligarquía burguesa, a la que él serviría de protector -lo que él llamaba "la República sin republicanos"-: la izquierda le siguió por este camino que llevaba a la República, no ya sin republicanos, sino en contra de ellos.

De Broglie, primer ministro de Mac-Mahon, hizo decir a éste: "No se tocará ni a las instituciones ni a las leyes". Era, en efecto, inútil; las leyes habían permitido la gran sangría, las instituciones republicanas no existían. No quedaba en pie más que la administración, constitutivamente reaccionaria, por entero de esta Asamblea a la que otro ministro mac-rnahoniano, Beulé, designó, sin percatarse de ello, con su verdadero nombre: "Asamblea del día de la desgracia". El clero fue el primero en reclamar nuevos derechos, estigmatizó los entierros civiles, hizo restablecer las capellanías castrenses, y, no pudiendo renovar las misiones de la Restauración, hizo decretar la construcción, en Montrnartre, de una basílica que dominase a París. Los príncipes de Orleans, creyendo también llegada su hora, fueron a Froshdorf a doblar las rodillas ante el conde de Chambord y le dijeron: "Sois el único rey". El general Changarnier reanudó su estribillo: "¡Hundiremos a la Golfa!" Los realistas creyeron estar ya en la regia consagración. El conde de Chambord vino a Versalles, se compró una hermosa carroza, caballos, y no faltaron quienes se hicieron bordar carteras.

Se olvidaban del bueno del mariscal-presidente.

Antes de ser legitimista, fue toda su vida mac-mahoniano. Pidió a la Asamblea que prorrogase sus poderes, y dijo fríamente al más alto de los caballeros del rey: "Que no se arriesgue; los fusiles se dispararían solos". Los realistas suplicaron al príncipe que cambiara su bandera por otra de colores. El obeso señor feudal, presintiendo las futuras batallas, aun con sus barones, rico y venerado por las viejas, prefirió su papel de retrato con un marco opulento, y se arrojó más que nunca en el blanco estandarte de aquel Enrique IV que para reinar tuvo que abandonar más de una bandera. Pero el Dios de Chambord tenía inteligencia y nervio. Le hizo una reverencia, llamando a Mac-Mahon el Bayard de los tiempos modernos. Un Bayar al que le había engañado -pocos intelectuales fueron tan hábiles como este obtuso- y que obtuvo el 19 de noviembre del 73 el poder por siete años.

Con el rnac-rnahonado redobló el terror. De Broglie realizó tremendas purgas de funcionarios; se había vuelto a imponer la fianza a los periódicos, pero las hojas republicanas abundaban. Fueron perseguidas. Se reanudaron las persecuciones contra los comunalistas de París y de provincias. Los consejos de guerra repasaron los expedientes viejos, se adjudicaron la competencia en delitos ya juzgados por tribunales ordinarios. Un antiguo miembro de la Comuna, Ranc, había sido nombrado diputado por Lyon; fue condenado a muerte. Lo mismo le ocurrió a otro diputado, Melvil-Bloncourt, agregado a la delegación de Guerra; a algunos condenados a la deportación, entre ellos Rochefort y Lullier, se les había dejado permanecer en Francia, y fueron expedidos a Nueva Caledonia.

Muy pronto se alarmaron todos los intereses. Francia, en plena reconstrucción de sus recursos, estaba necesitada de paz interior. A las representaciones de los tribunales de comercio, el mariscal respondió: "Yo haré respetar durante siete años el orden establecido". Este orden estaba representado por los funcionarios del Imperio, que seguían vengándose de los republicanos.

Su emperador había muerto el 9 de enero del 73 -último plazo fijado por "Le Reveil" de Delescluze- en Chislehurst, en una casa que ostentaba un lema heroico, *Potius morí quam faedari* ("antes morir que decaer"), realmente adecuadísimo para el que había capitulado en Sedan. Murió a consecuencia de una operación, intentada con miras a su vuelta a Francia; desde hacía dos años subvencionaba a los periódicos, a los comités dirigidos por Rouher, entonces diputado, y recibía delegaciones de falsos obreros capitaneados por Amigues, y de oficiales auténticos. Su muerte rejuveneció al partido, y la mayoría de edad de su hijo fue solemnemente festejada el 15 de marzo del 74 por todas las notabilidades del Imperio y por un gran número de oficiales venidos de Inglaterra, a pesar de la prohibición formularia del ministro de Guerra. La divisa del partido era el llamamiento al pueblo, el plebiscito salvador, y se explotaba la presencia en el poder del duque de Magenta, que había amnistiado a Bazaine, condenado a muerte el 10 de diciembre del 73, después de un proceso que Thiers no quería. La influencia de los bonapartistas había llegado a ser tal que, a mediados del 74, teniendo Mac-Mahon que reconstituir su ministerio, pudieron deslizar en él a uno de los suyos, Fourtou. En julio eran bastante fuertes para promover en la estación de Saint-Lazare motines contra los diputados republicanos y empujar a la policía, que dirigían por medio de sus antiguas criaturas, a que espiase a Mac-Mahon hasta en sus habitaciones. Tanto hicieron, que Fourtou fue despedido.

El cazurro del Elíseo no quería saber nada del emperador ni del rey. Si los bonapartistas se reponían un poco, los republicanos se apoderaban de casi todos los escaños vacantes. Instruido por De Broglie, pidió a la Asamblea que definiese el régimen constituyendo los poderes públicos. Gambetta creyó que podría sacarse partido de esta Asamblea dislocada por cuatro años de intrigas estériles, invadida por los republicanos, y dando media vuelta admitió que era capaz de constituir, y buscó aliados. El 30 de enero del 75, con mayoría de un voto, se decidió que el presidente de la República fuese elegido por el Senado y la Cámara de Diputados; todo estuvo a punto de estropearse el 12 de febrero. El 25, ayudando todos y pensando cada cual engañar a los demás, fue aceptada la República como gobierno legal de Francia.

La República se hace legal.

Esta República, aclamada el 4 de setiembre por Francia entera, cuyo nombre había levantado ejércitos, tuvo que ser pagada, gracias a la política de Thiers y de la izquierda, con el aplastamiento de París, cien mil existencias, más de mil millones, y cuatro años de persecuciones, sin contar las que iban a seguir. El pícaro de la aventura era Mac-Mahon, que sacaba las castañas del fuego en que el pequeño burgués se había quemado. Le quedaban aún cinco años de presidencia, en virtud de una Constitución, sin deberle nada al pueblo.

El primer ministro de la República, reconocida al fin, fue un ex ministro del Imperio, el presidente de combate de la Asamblea, Buflet, miope en política, que sudaba desde el 48 bilis reaccionaria, uno de esos grandes burgueses a los que se ve con gusto atrapar por los usurpadores. Dejó que sus periódicos oficiales vilipendiasen a la República, que sus prefectos olvidasen la fórmula republicana en los actos administrativos; a las demandas de persecuciones contra los comités bonapartistas respondió denunciando a los republicanos y a los refugiados de Londres y de Ginebra. Los periódicos republicanos siguieron pereciendo. En dos años de

Mac-Mahonado fueron suprimidos veintiocho, veinte suspendidos, prohibida en la vía pública la venta de ciento sesenta y tres; un poco más que la débil Comuna, con sus treinta prohibiciones de mentirijillas. Se mantuvo el estado de sitio en París, en Versalles, en Lyon, en Marsella y en sus respectivos departamentos. Los consejos de guerra continuaron ametrallando al pueblo con sus condenas.

El 31 de diciembre del 75, cuando la Asamblea de desgracia se dispersó, había rechazado todas las proposiciones de amnistía, trasladado a algunos deportados de la península Duces a la isla Pins, abreviado la duración de algunas condenas y concedido incluso seiscientos indultos de las penas más ligeras; el depósito caledoniano seguía intacto.[90]

Pero el pueblo no olvidó en las elecciones generales a sus defensores. En los centros importantes, la amnistía figuró en los programas democráticos; las reuniones públicas se la impusieron a los candidatos. Los radicales se comprometieron a pedir una amnistía completa; los liberales prometieron "borrar las huellas de nuestras discordias civiles", como dice la alta burguesía cuando quiere lavar el pavimento enrojecido por ella.

Las elecciones del 76.

Las elecciones de febrero del 76 fueron en su inmensa mayoría republicanas. A pesar del desesperado llamamiento de Mac-Mahon a los reaccionarios, hubo 350 republicanos, de 530 electos. Las famosas capas nuevas anunciadas por Gambetta en sus infatigables campañas, subían a la superficie e iban a reverdecer a Francia. Una nube de abogados, de médicos, de comerciantes, de propietarios liberales, habían levantado a las provincias con palabras de libertad, de reformas, de apaciguamiento. Buffet era derrotado en los rincones más rurales. Las hojas radicales se pusieron de acuerdo para decir que la República estaba definitivamente ganada; los fervientes de la amnistía no dudaron que la nueva Cámara haría al pueblo ese don en cuanto tuviese lugar su jubiloso advenimiento. ¿Es que París no había enviado a los antiguos diputados dimisionarios de la Asamblea rural, Floquet, Lockroy, Clemenceau y muchos otros, sin contar a Louis Blanc, que hablaba ahora del malentendido del 18 de marzo?

Un convoy de deportados iba a hacerse a la vela. Victor Hugo, a quien París había elegido senador, pidió a Mac-Mahon que aplazase la partida hasta la decisión, indudablemente favorable, de las Cámaras. Una petición apresuradamente organizada reunió en pocos días más de cien mil firmas. La cuestión de la amnistía se hizo tan aguda, que el nuevo ministro de Mac-Mahon, el Dufaure del 18 de marzo, quiso liquidarla inmediatamente.

Raspail pide la amnistía.

Se depositaron cinco proposiciones. Sólo Raspail pidió la amnistía plena y cabal. Las demás exceptuaban los crímenes calificados como de derecho común por los consejos de guerra y que comprendían los artículos de periódico; la Cámara nombró varios comisionados. Nueve, de once, se mostraron contrarios a la amnistía de Raspail. Las nuevas capas se manifestaban. Era la burguesía media del Imperio, miedosa, altanera con el pueblo, abogadesca y mañosa. No estaba enterada de la Comuna más que por las rapsodias reaccionarias, y, atacadísima en abrirse paso, respondía francamente: "¡Que nos dejen en paz esos comunalistas! ¡Más tarde ya veremos!" "La insurrección del 18 de marzo fue un gran crimen -decía el autor-; sus principales jefes volverían a Francia tal y como eran entonces. Ha habido horas en nuestra historia en que la amnistía ha podido ser una necesidad, pero la insurrección del 18 de marzo no puede ser, desde ningún punto de vista, comparada a nuestras guerras civiles. Yo veo en ella una insurrección contra la sociedad entera".

Raspail defendió noblemente su proyecto, señaló a los verdugos, pidió que se persiguiese "a los verdaderos provocadores, parte de los cuales gozaban de impunidad en las Asambleas". Clemenceau hizo una exposición del 18 de marzo, demasiado conforme con la ignorancia y los temores de su auditorio. Otros, en la extrema izquierda, hablaron por los vencidos, abrumándolos: "Se engañan absolutamente sobre el carácter de esta revolución -dijo desde muy alto, uno de ellos-; se ve en ella una revolución social, mientras que en realidad no hubo más que un ataque de nervios y un arrebato de fiebre". El diputado del distrito que había nombrado, donde había muerto Delescluze, llamó al movimiento "detestable". Marcou declaró que la Comuna era un "anacronismo". Ninguno habló de la sangre, de los pontones, de las prisiones, de los consejos de guerra, preocupados únicamente por desprenderse de su palabra ante sus electores.

A estos abogados que agachaban la cabeza, los ministros y las nuevas capas les respondieron acremente: "No, señores -dijo Dufaure-, no fue un movimiento comunal, fue, por sus ideas, por sus pensamientos y hasta por sus actos, la revolución más radical que haya emprendido nunca el mundo". Un antiguo irreconciliable negó que la República hubiese estado amenazada por la Asamblea rural: "Esta no se había señalado más que por dos actos: la elección del poder ejecutivo y la aceptación de un gabinete republicano". Dufaure ensalzó los consejos de guerra, sostuvo que "habían sido seguidas todas las reglas; que se había empleado todos los medios para asegurar la instrucción más seria, más completa, de todos los procesos; que los oficiales habían

[90] Informe de la Comisión de Indultos, presentado por Martel y Voisin.

igualado a los mejores jueces de instrucción". El almirante Fourichon, ministro de Marina, negó que los forzados de la Comuna fuesen asimilados a los otros, contó que "el deportado, más dichoso que los soldados, vivía en medio de las flores de su jardín". Como alguien dijese: "¡Se ha restablecido la tortura!, se le respondió en esta forma deliciosa: ¡Son ustedes los que nos torturan!" Langlois, tan rabioso como el 19 de marzo, gritaba en los pasillos: "¡Nada de piedad para los asesinos!"

La amnistía, rechazada.

El 18 de mayo, 372 votos contra 50 rechazaron la amnistía plena y absoluta. Gambetta se abstuvo. La comisión no admitió las demás proposiciones, dijo que había que remitirse a la clemencia del gobierno. No se le abucheó más que por fórmula, y un radical acabó por decir: "No desafiaremos nunca al gobierno por una cuestión de generosidad". Se dio carpetazo a todas las proposiciones. En el Senado, Víctor Hugo defendió la amnistía parcial: "El poste de Satory, el de Nouméa, los 18.924 condenados a la deportación simple o entre muros, los trabajos forzados, el presidio a cinco mil leguas de la patria: ahí tenéis en qué forma ha castigado la justicia el 18 de marzo -se olvidaba de los veinte mil fusilados-. Y en cuanto al crimen del 2 de diciembre, ¿qué ha hecho la justicia? La justicia le ha prestado juramento". Su proposición ni siquiera fue discutida.

Dos meses más tarde, Mac-Mahon, completando la comedia, escribía al ministro de la Guerra, Cissey, el fusilador del Luxembourg: "En lo sucesivo no debe tener lugar ninguna persecución, a menos que lo exija el sentimiento unánime de la gente honrada". Los honrados consejos de guerra comprendieron y continuaron su tarea. Algunos fugitivos que se habían aventurado en Francia, con la esperanza de los primeros días, fueron apresados. Sus penas fueron confirmadas. Los organizadores de grupos obreros fueron golpeados implacablemente cuando se les pudo complicar con la Comuna.[91] En noviembre del 76, un consejo de guerra dictó una condena a muerte por insurrección.

Esta persistente barbarie, al sobrevivir así al paso de los años, irritaba a la opinión, y Mac-Mahon fue recibido en un viaje a Lyon a los gritos de: "¡Viva la amnistía!" Los radicales tuvieron que agitarse y pedir que por lo menos acabasen las persecuciones. Gambetta, por esta vez, estuvo con ellos. Su política consistía en tranquilizar a los burgueses, tratando a la Comuna de "insurrección criminal", de "convulsión de la miseria, del hambre y la desesperación", y obtener así algún alivio a las torturas. En la Cámara llegó incluso a elogiar a los consejos de guerra por "la abnegación, la prudencia, el espíritu militar" con que habían examinado los expedientes. El 6 de noviembre se votó una ley que podía, en algunos casos, significar la prescripción. El Senado la rechazó.

En diciembre del 76, Jules Simon trepó al ministerio, pasando de la casaca de Thiers a la librea de Mac-Mahon. El untuoso fusilador traía una frase-programa: "la República amable": la amabilidad no llegaba hasta los comunalistas. Su colega de Justicia, el galante Martel, ex presidente de la comisión de los asesinos, que declaraba abominables las comisiones mixtas del Imperio, llevó adelante las persecuciones. Un federado, Marin, tres veces condenado a muerte, vio por fin resuelto su caso, y seis años después de la lucha fue enviado a presidio.

La clemencia del mariscal iba al mismo paso. Dufaure, al día siguiente de ser rechazada la amnistía, instituyó una nueva comisión de indultos, compuesta de amables liberales, en la que brillaba Dubail, el antiguo cazador de federados. Los establecimientos penitenciarios de Francia albergaban, en aquel momento, a mil seiscientos condenados de la Comuna, y el número de deportados ascendía a cuatro mil cuatrocientos, aproximadamente. La segunda comisión de indultos fue digna de la de Martel. A propuesta suya, Mac-Mahon indultó a algunos condenados a quienes les quedaban cinco o seis semanas, y concedió la libertad a dos o tres muertos. En mayo del 77, Nueva Caledonia no había devuelto más que doscientos cincuenta o trescientos deportados, cuyas penas quedaban solamente conmutadas.

El 16 de mayo.

Ya era demasiado. El 16 de mayo puso orden en esto. Su derrota del 76 no había desalentado a los reaccionarios. Si los republicanos tenían por suya la Cámara, ellos tenían el Senado y el mariscal, al que empujaban al desquite. El clero sostenía la campaña, dirigida militarmente por el fogoso cardenal del 64 y del 71, Bonnechose, que se burlaba de los progresos de Jules Simon, cardenal en expectativa. Desde hacía un mes, los obispos pedían por la Santa Sede oprimida, por el papa, multiplicaban las rogativas y cantaban tan alto, que el aprendiz de cardenal se vio obligado a censurar desde la tribuna a uno de los mitrados más ardientes. Unos días después, el 16 de mayo por la mañana, Mac-Mahon despidió con un billetito al amable Jules Simon. La Cámara respinga; Mac-Mahon le envía un ministerio de combate mandado por De Broglie, y el 18, con una misiva chocarrera, la invita a ir a refrescar sus ideas con las

[91] El 2 de diciembre de 1876, Baron, ex delegado de los contables en el congreso obrero, fue presentado al tercer consejo por haber sido secretario de la delegación de Guerra. "Los señores del consejo -dijo el presidente- observarán que el acusado mantiene los sentimientos que le animaban en 1871, ya que le hemos visto en 1876 formar parte de un congreso obrero". Para este militar, un congreso obrero equivalía a una insurrección. Baron fue condenado a la deportación.

brisas de mayo.

El gabinete del 16 de mayo estaba compuesto de orleanistas y bonapartistas, que habían vuelto en crecido número, pero el público se dio cuenta, y un solo grito corrió por toda Francia: "¡Es un golpe de los curas! ¡Es un ministerio de curas!" Preparada desde hacía tiempo con el método y la precisión jesuíticos, la conjuración entró en funciones inmediatamente. Al día siguiente del acontecimiento, sesenta y dos prefectos fueron destituidos, ciento veintisiete subprefectos y secretarios generales, jueces de paz y procuradores, reemplazados. Se dio orden de acabar con la prensa. Los periódicos fueron perseguidos, los lugares de reunión cerrados; se detuvo al presidente del Consejo Municipal de París, que acababa de asistir a un banquete ofrecido por los proscritos de Londres. El 25 de junio, Mac-Mahon despachó definitivamente a la Cámara, secundado por el Senado, el gran consejo de las comunas, como había dicho Gambetta en sus orígenes, y que resultó la fortaleza legal de la reacción.

Abusando del texto constitucional, tenía aún tres meses de reinado absoluto. Durante tres meses y medio, Francia vivió en perpetua alarma; muchos veían surgir la guerra del conflicto entablado; los negocios no marchaban; a Mac-Mahon, que había intentado una jira por provincias, se le gritó: "¡Viva la República!" El se vengaba diciendo a los alcaldes que le pedían que pusiera fin a la crisis: "Voten a mi gobierno". Sus tonterías -era rico en frases ridículas- distendían un poco las cóleras que hacían arma de todo, incluso de Thiers, muerto el 3 de septiembre con el vientre contra la mesa.

Muerte de Thiers.

París hizo al Foutriquet unos funerales dignos de Aquiles. ¡Ah, realmente es conocida la turbulenta Tebas de las cien salidas, por donde pasan las grandezas y las maldades sin dejar más huella que el viento en la cima de sus árboles o la tormenta en el arroyo! Pero este París, al que había fusilado en 1832, que había entregado en junio del 48 a los furores de los burgueses y de la calle Poitiers, al que había calumniado durante la guerra, vendido a la Asamblea rural, provocado el 18 de marzo, atacado el 2 de abril, bombardeado por espacio de seis semanas, saqueado, cubierto de veinte mil cadáveres, arrojado a millares a los consejos de guerra, el París que dispersó en tantos jirones por los dos hemisferios aún no hacía siete años, ese París, ¿tuvo ni siquiera por un momento la debilidad de tomar a este asesino del pueblo por un prototipo de libertad? ¡No!, ¡no! El heroico juego de las cosas dispuso la enorme hilera del entierro. Como Sansón se armó con los restos de la fiera para golpear al filisteo, así el París del 77 empuñaba los viejos huesos del rival para abofetear al adversario vivo.

Mac-Mahon, en una proclama a lo Carlos X, imponía sus candidatos, amenazaba con resistirse a unas elecciones adversas. Todo lo que era República se indignaba: ¡Cuando Francia haya hablado, será preciso someterse o dimitir!, respondía, con los aplausos de la Francia Republicana, Gambetta, que volvió a ser el corazón de la nación, multiplicando las reuniones, los llamamientos, desafiando las condenas, las calumnias y la prensa figarista, ¿Por qué no había mostrado contra los adversarios de la República la misma arrogancia durante la guerra y también durante la Comuna, con cuyo peso hubiera hecho inclinarse a las provincias?

Victoria republicana (octubre de 1877).

La victoria fue para el valor republicano que había sabido disciplinarse. A pesar de los prefectos y magistrados y de las condenas -hubo dos mil setecientas-, ganaron los republicanos en las elecciones del 24 de octubre del 77, por una mayoría de ciento diecisiete votos, que las invalidaciones de los candidatos debían aumentar aún. De Breglie, que escribía historia sin entender nada de ella, quería que Mac-Mahon resistiese; la nueva Cámara formó una comisión de salud pública, ordenó una encuesta electoral, obligó a De Broglie a retirarse entre bastidores. Todavía desde allí gobernaba a Mac-Mahon lo suficiente para hacerle nombrar un gabinete de cabos. La Cámara se negó a presentar el presupuesto; Mac-Mahon no tuvo el valor de dimitir; se hizo el herido, como en Sedan, y delegó en Dufaure, que firmó el revés por él.

La Cámara victoriosa empezó por amnistiar a todos sus amigos condenados desde el 16 de mayo. No pensó siquiera en los de la Comuna. Solamente el pueblo se acordó de ellos. La Exposición Universal del 78 ocupó primeramente todas las actividades; pero en septiembre, en el aniversario de la muerte de Thiers, pomposamente preparado con artículos, ilustraciones en que el enemigo de París era representado apoteósicamente, rechazando con el pie a una Comuna con cara de macaco, el Consejo Municipal de París se negó a enviar una delegación. En Marsella se combatió el envío de delegados, porque Thiers había sido el verdugo de la Comuna. Dufaure respondió con treinta y cuatro condenas, con la detención de una multitud de rebeldes que habían entrado en Francia, y la prohibición del congreso socialista internacional que debía celebrarse en París.

El socialismo siempre vivo.

Las matanzas, las deportaciones, el destierro, no habían aniquilado al partido socialista, como Thiers había anunciado en la Asamblea rural. Durante siete años de aparente letargo, Alemania había hecho su entrada en la vida. De la Comuna data su era de socialismo militante. La lucha de París contra Versalles se había hecho popular en Alemania, y esta historia servía de tesis a los numerosos oradores del

partido. Más disciplinados que en Francia, dando oídos a guías seguros, como Bebel, Liebknecht, en posesión de numerosos periódicos, los socialistas tenían en el Reichstag, en el 78, doce diputados, y Bismarck decía en la tribuna: Alemania se ha transformado en el campo cerrado de las agitaciones con que Francia ha terminado. Se engañaba como Thiers en lo referente a Francia. Al cabo de siete años, el partido socialista reaparecía joven, vigoroso, preciso, tal como se mostraba en los últimos años del Imperio, con el programa de los 63, bastante numeroso como para convocar en París un congreso internacional.

Mac-Mahon dimite.

El 30 de enero del 79, el fanfarrón Mac-Mahon se evadía de la presidencia con el pretexto de que algunos generales habían sido puestos de lado; en realidad, por no ver acusados a sus cómplices del 16 de mayo. Como Thiers, el carnicero de París, escapó al castigo; catorce años más tarde, este político militar, que para evitar la República había llevado a Francia a Sedan, que por salvar a los rurales había aplastado a montones a los parisienses, que por engrandecer a los curas había alarmado durante varios años a Francia, se encaminó dulcemente a la gloria de los Inválidos. No hay justicia para estos grandes criminales, fuera de las horas de la revolución.

Grévy ocupó su puesto aquella misma noche, a las ocho. El pueblo republicano tomó este acontecimiento como una victoria. Era el primer presidente de la República que fuese republicano y que no hubiera fusilado a nadie. La era republicana tenía el campo libre. Precisamente las elecciones senatoriales del mes de enero habían dado al Senado una mayoría republicana de cincuenta votos. Esta vez, la amnistía no sólo era posible, sino que se imponía. ¿Es que el jefe del gabinete, Waddington, no tenía de secretario a un condenado a muerte de los consejos de guerra, encontrado en Berlín y traído por él a París?

Nueva Caledonia encerraba todavía a mil cien condenados; el destierro, de quinientos a seiscientos rebeldes. Los demás habían sido amnistiados después de un promedio de siete años de deportación o de entierro. De no haber sido por el mariscal, se hubiera indultado todavía a más, dijo sin rebozo la Comisión de Indultos, cuando Mac-Mahon partió. Waddington lo amalgamó todo en el indulto-perdón. Era muy sencillo, se declararía amnistiados a todos los que fuesen perdonados. ¿Pero a quién per donaréis?, se decía. Y él: "No dejaremos fuera de la amnistía más que a aquellos contra los cuales proteste la conciencia pública". Este Waddington, un inglés, era muy frío para las bromas; ésta gustó mucho a los oportunistas, que se preocupaban muy poco por el regreso de tal o cual condenado.

El perdón-amnistía.

La extrema izquierda no podía menos de reclamar la amnistía completa. La agitación pro amnistía, no había cesado nunca en el pueblo. Un periódico de París, la "Révolution Française" publicaba, a despecho de multas y prisiones, artículos de los miembros de la Comuna que se hallaban en el destierro. Se depositó una proposición de amnistía. De once comisiones, la rechazaron nueve. Louis Blanc la defendió tan calurosamente como había defendido los derechos de los fusileros. El ponente fue Andrieux, el antiguo anarquista de tiempos del Imperio, procurador de la Guillotière en el 71, ahora diputado. "Jamás -dijo- se encontrará una Asamblea francesa que vote una amnistía completa. En cuanto a los condenados que hayan de permanecer en Nueva Caledonia, su número será restringido a mil quinientos, una parte de la espuma de las grandes ciudades que está siempre dispuesta al pillaje". El ministro de Justicia había dicho mil doscientos; Andrieux aumentaba ese número, haciendo un guiño a la prefectura de policía que recibió después de este mordisco. El Marcou del 76 excluía de la amnistía "a los salvajes que habían deshonrado, si esto fuese posible, la bandera tricolor". No nombraba a los salvajes, que, por lo demás, no habían combatido bajo la bandera tricolor, pero esto permitió a Waddington decir: "hay mil doscientos". La amnistía total fue rechazada por 350 votos contra 99, y sólo fueron amnistiados los perdonados en el plazo de tres meses. En el Senado, Bérenger declaró que Francia no quiere insurrectos de profesión; el Senado votó, a pesar de todo, el perdón-amnistía de los tres meses, contando con el ministerio para excluir a los "peligrosos o a los indignos". Seis semanas después, la Cámara se negaba, por 317 votos contra 159, a pronunciar la acusación contra los hombres del 16 de mayo que habían expulsado a la Cámara y provocado durante cuatro meses una guerra civil, Los interesados se lo agradecieron a la Cámara con un manifiesto de desafío.

Los excluidos de la amnistía-perdón protestaron contra los calumniadores: "Labios oficiales, mezclando el ultraje a la iniquidad, han declarado que no quedarían en el destierro más que ladrones y asesinos. Los que engañan así a la opinión saben que no hay un solo proscrito al que esos epítetos puedan ser aplicados. Los ladrones y los asesinos no están en nuestras filas". Se vio esto perfectamente cuando la justicia llevó a los correccionales o a los tribunales a tantos que habían injuriado a los comunalistas.

La discusión de esta ley-tamiz había hecho surgir la teoría absolutamente nueva del buen y del mal insurgente. Lo mismo que Louis Blanc distinguía entre la bandera roja de su tiempo, la buena, y la bandera roja de la Comuna, la infame, el ministro de Justicia declaraba dignos de estima a todos los

insurgentes anteriores a los del 18 de marzo, que habían sido abominables. "Sería injuriar a los demás insurgentes -decía- compararlos con los organizadores de la insurrección del 18 de marzo", suficientemente criminales "para haberse alzado cuando el enemigo ocupaba los fuertes". Continuaba así la leyenda del París agresor el 18 de marzo. Durante ocho años, los republicanos de relieve se habían guardado de contradecir las historias versallesas, e incluso, como ha dicho Camille Pelletan, "exageraban a veces por miedo a comprometer su causa". Esta noble política dio sus frutos; el partido republicano ignoraba completamente la verdadera historia de la Comuna; nadie había refutado las innumerables calumnias, y durante la última discusión los periódicos conservadores habían publicado, como documentos, extractos del libro de un polígrafo que no tenía talento de ningún género, Maxime Du Campo

Vil escarnecedor de la Comuna.

Había empezado éste haciendo fusilar a los insurgentes del 48, y se ganó una cruz en aquellas barricadas. Vuelto a condecorar por Luis Napoleón, se enfurruñó un momento con el Imperio; la princesa Matilde lo atrajo al redil. Iba a ser senador, cuando el 4 de septiembre se volcó la cacerola. Con la rabia, se refugió en Alemania y, vuelto a Francia bajo la Comuna, tropezó con una orden reservada por ésta para los bonapartistas militantes. Durante seis meses recogió cuidadosamente las invenciones, las calumnias, las salacidades que corrían a cuenta de la Comuna, añadió de su cosecha lo que pudo, y dio su gran colector a las mil letrinas reaccionarías -las *Convulsiones de París.*

Los aficionados a obras pornográficas pudieron enriquecer su colección con una *Justina* política y de estilo florido. No era, decía Maxime Du Camp, un movimiento histórico lo que iba a describir, sino un caso patológico. "*Todas las fieras de las pasiones humanas habían roto su jaula y durante largos meses se revolcaron en plena bestialidad. Como una prostituta sin vergüenza, la Comuna lo ha enseñado todo, y nos hemos visto sorprendidos ante la cantidad de úlceras que la roían".* Este es el comienzo; siguen cuatro volúmenes de esta convulsión.

Según Maxime Du Camp, el movimiento de la Comuna era[92] "*un acceso de epilepsia moral; una sangrienta bacanal; un libertinaje de petróleo y aguardiente; una orgía, una inundación de violencias, de borracheras que hacía de la capital de Francia un pantano de los más abyectos; un caso análogo al histerismo, a las epidemias del baile de San Vito, a los poseídos de la Edad Media".* El personal se componía "*arriba, de hombres llegados a los accidentes terciarios de la envidia purulenta";* abajo "*de brutos obtusos que no comprendían nada, como no fuese tener una buena paga, mucho vino y bastante aguardiente".*[93] El Comité Central era *un racimo de holgazanes;* los gobernantes: de la Comuna, "*pirománticos, lobos cervales; loritos amaestrados; papas de la demagogia; Anticristos ladrones; un puñado de estafadores que reina por la violencia, manda en borrachos, protege asesinos, disciplina a incendiarios; fantoches epilépticos; gesticuladores; políticos de lechería; cesaruelos de café".* El Hôtel-de-Ville: "*un cubil de perros furiosos, un figón doblado de lupanar";* la prefectura de policía: "*el campamento de los ebrios";* los federados "*apestaban a vino, al ajo de las comidas, su ideal era dos meses de juerga y después el presidio".* Las mujeres: *evadidas "de los dispensarios; maestras laicas que se atizaban copas de aguardiente y se casaban en el altar de la naturaleza".* Los federados, "*galopines nacidos al margen del arroyo y crecidos en el estercolero de las bajas promiscuidades".* El abate Vidieu había encontrado algo mejor: todos eran "*hijos del adulterio".* Verdad es que el buen cura no se las daba, como el convulsionario, de ser un hombre "sin pasión", un "moderado" "de firme rectitud, al que las obras del odio inspiraban un invencible horror". Como se le reprochase haber exagerado, Maxime Du Camp, respondió: "He hablado siempre de los comunalistas con extraordinaria moderación. Nosotros, la gente honrada, nos hemos apaciguado mucho. La hez de las grandes cóleras se ha aposado y se indignaba contra la gente para quienes la última palabra de la política es escupir sobre sus adversarios".

Por este vocabulario puede verse cómo será la historia. Por lo demás, ninguno de esos sabios artificios a lo Jules Simon, que entretejen la verdad y la mentira. Las invenciones y la ignorancia de este furioso erótico eran las de un primitivo. No se preocupaba del carácter de los obreros, de los hechos mejor establecidos, ni siquiera de la verosimilitud. Todo lo que fuese versallés, chisme reaccionario, era fuente segura; un trozo cualquiera de papel, procedente de cualquier parte, un documento; todo funcionario que se había quedado en París durante la Comuna, una autoridad indiscutible, cuyas más chocarreras jactancias consignaba religiosamente; las requisitorias de los consejos de guerra, los testigos de cargo, eran los únicos que merecían crédito; todos los acusados habían mentido. Acumulaba imperturbablemente patochadas sobre patochadas, hacía de Blanqui el inspirador de la Internacional, de Assi un personaje dominante, de Frankel una bestia,

[92] No damos recortes, sino citas enteras.

[93] La embriaguez ha sido siempre el argumento escogido de los narradores reaccionarios. El padre Loriquet atribuía al vino los decretos de la noche del 4 de agosto; en 1848, en el Luxernbourg se deliberaba entre botellas, etc.

de Varlin un poltrón, de Dombrowski un traidor; confundía a Cournet con Latappy, a Ranvier con su hermano. Su sistema de argumentación era harto simple. Citaba un caso de detención, de registro, de ejecución de un espía, inclusive, y terminaba: "podríamos multiplicar a millares estos ejemplos"; o bien: "otro tanto ocurría en todas partes". Otras veces negaba rotundamente. Delescluze, "ese Bridoison patibulario", no había muerto voluntariamente, él lo sabía por un testigo al que no quería nombrar; no era verdad que se hubiese fusilado a falsos Vallès, Billioray, Brunel, etc.; fueron ellos los que, para despistar las pesquisas, enviaron a los periódicos el relato de su ejecución. Falso, también, que las ejecuciones fuesen tan numerosas. El general Appert hablaba de 17.000, esto no era cierto; él, Máxime Du Camp, poseía la cifra exacta: "6.500, a lo sumo", "hechos de guerra, añadía, inherentes al derecho de legítima defensa". Él conocía esa cifra "exacta" por la administración de los cementerios, por las actas de entierros; como si los administradores hubieran contado los cuerpos enviados a carretadas, como si los comisarios hubieran tenido tiempo de levantar actas, como si los incineradores se hubiesen preocupado de contar los cadáveres apilados. Maxime Du Camp "tenía todas las actas en sus manos"; en caso necesario hubiera dado el nombre de las víctimas, porque él se jactaba de exactitud. "Yo no he afirmado nada -decía- que no estuviera demostrado con documentos auténticos. Cuando el documento positivo y preciso me ha faltado, he hablado siempre con restricciones". No presentaba ni uno siquiera. Caso de que existan, puede suponerse cómo ha tenido que amañarlos, dada su manera de disfrazar los hechos más conocidos.

Arregladas a lo Montépin, adornadas con arabescos, embellecidas con "han debido decir esto, aquello", con diálogos de este género: "Todos estos rebeldes se habían hecho ladrones; cuando el hombre regresaba a casa, la mujer le decía invariablemente: ¿qué me traes?", las sucias imaginaciones de estas porteras versallesas hacían las delicias de la "Revue des deux Mondes" y de los periódicos figaristas. La Academia Francesa quiso poseer a este raro historiador, y el año 85 hubiera hablado en nombre de ella en el entierro de Victor Hugo si los proscritos, entonces de regreso, no hubieran amenazado con una enérgica intervención. Maxime Du Camp fue a morir a Alemania, la patria de su corazón, pero siguió reinando en la Academia. En junio del 95, su sucesor, Paul Bourget, con patente en disecciones de almas, afirmó que "había trazado con terrible vigor" la requisitoria del "salvaje vandalismo", y el interlocutor de Paul Bourget, un elegante esnob, calificó a la Comuna de "acceso de fiebre obsesiva y alcohólica". Otro académico, versificador para señoritas, declaró a Maxime Du Camp "injuriado, pero irrefutable".

Los verdaderos republicanos se sublevaban contra estas *convulsiones,* olvidando que también sus jefes habían tratado a la Comuna de acceso de fiebre, de convulsión del hambre y de la desesperación. Además, ningún escritor estaba preparado para la respuesta. Las historias que los radicales se pusieron a redactar denunciaban su escasez de conocimiento de los hombres, de los medios, e incluso de los acontecimientos de la Comuna. Para ellos, el bonapartismo desempeñaba un gran papel en los orígenes y en el desenlace de aquélla. Uno tomaba el término medio entre una página de Maxime Du Camp y otra de un proscrito, y con ello creía haber encontrado la diagonal histórica. ¿No decía en "Le Rappel", el año 80, el senador Corbon, antiguo obrero como Tolain, que había sido *casi* condenado a muerte por el Comité de Salud Pública?

Blanqui, elegido en Burdeos.

Se comprende la idea que podían tener de la Comuna los señores parlamentarios. El pueblo, aunque sin historia, sentía por instinto que aquel movimiento era suyo, y no dejaba de manifestarse a favor de los vencidos. En la elección legislativa del 21 de abril del 79, Burdeos dio una mayoría de 4.000 votos a Blanqui, La Cámara anuló la elección, y Blanqui no fue indultado hasta que expiraron los tres meses en que hubiera podido ser amnistiado; es decir, elegible. Durante esos tres meses, la clemencia de Grévy había amnistiado a otros tres mil trescientos condenados. Mil doscientos, cuando menos, excluidos por el odio y el miedo, quedaban en Caledonia o en el destierro.

Los primeros convoyes de caledonianos llegaron en septiembre del 79 a Port-Vendres, donde fueron recibidos con entusiasmo por los comités republicanos de la región. Louis Blanc, que hacía una excursión por el Midi, les abrió los bracitos con que los amenazaba en otro tiempo. "¡Bienvenidos! -exclamó-. ¡Si hubiera habido sentido de la justicia, no hubierais partido!" Y habiéndole ofrecido una logia masónica una corona, dijo: "Dejadme compartir este homenaje con los que han combatido y han sufrido más que yo" -y hubiera podido añadir "gracias a mí".

Regreso de los primeros amnistiados.

En París esperaban a los amnistiados varios comités especiales: el Comité Central, el Comité Socialista. Ya desde el 71 se había formado en París un comité de socorro para las familias de los detenidos políticos, sostenido con suscripciones, donativos, indemnizaciones del Consejo Municipal. Los diputados de la extrema izquierda, para halagar a su clientela electoral, se habían lanzado a ese Comité Central que en el 77 recibió 272.163 francos y socorrió a unas tres mil familias. A más de este comité semioficial, existía un comité socialista

absolutamente independiente de los diputados de la extrema izquierda; este comité recibía también suscripciones y pudo prestar varios servicios a los caledonianos, para los que el Consejo Municipal había votado, además, 100.000 francos.

Se les veía bajar de los vagones, sacudidos todavía por los cinco meses de una travesía sometida a la disciplina penitenciaria, con la tez cetrina, cubiertos de extraños sombreros de anchas alas, vestidos de blusa, algunos envueltos en una manta, con el bidón o la cantimplora en bandolera, vacilantes y paseando en torno de sí inquietas miradas. Radiantes si un grito les llamaba, si se les abrían los brazos de una mujer, de un niño, de un amigo, y les corrían dulcemente las lágrimas; pero el pobre olvidado que busca y no ve venir a nadie, ni a la que no ha tenido el valor de esperarle, ni a los viejos que están muertos, deja el muelle de la estación con paso pesado, va a donde puede, hasta que un camarada de convoy le llama, le lleva al comité de socorros, donde toma una comida, recibe una moneda de oro y se va a enterrar en el enjambre de París, que ya no le conoce, la desesperación de los eternos vencidos.

Los favorecidos por la amnistía, aquellos a quienes la vida no había negado la gracia, supieron defender la causa de los excluidos. Sobre la tumba de uno de los amnistiados, su camarada, Alphonse Humbert, glorificó a los combatientes de la Comuna; París le hizo concejal. En Lyon fue elegido un amnistiado; en Lille, un candidato socialista que defendía la amnistía triunfó sobre un oportunista. Lejos de aplacarse con la amnistía parcial, la opinión se pronunciaba cada vez más ásperamente desde el regreso de los caledonianos. Louis Blanc, para que comenzase la justicia, fue colocado en pleno congreso de Marsella entre los fusiladores del 71. El Consejo General del Sena emitió un voto en pro de la amnistía total; la prensa, las reuniones públicas crearon tal agitación de simpatía hacia los excluidos, que el ministro de Justicia ordenó varias persecuciones. El centro izquierda le apoyó; el secretario de la Unión Republicana, el virtuoso Baihaut; se indignó, dijo que la cuestión de la amnistía plena estaba juzgada, que las Cámaras no se volverían atrás. La extrema izquierda preguntó al ministro por qué había excluido de la amnistía a tantos hombres honorables, perdonando, en cambio, a los criminales englobados por los consejos de guerra. El justiciero respondió que algunos excluidos habían rechazado el indulto o afirmado su responsabilidad. "¿Por qué quiere usted -replicó Clemenceau- que los que han sido golpeados olviden los horrores de la represión? Usted dice: Nosotros no olvidamos; si ustedes no olvidan nada, sus adversarios se acordarán también". El gabinete consiguió el 18 de diciembre un voto de confianza, pero la agitación continuó. El partido socialista, completamente reorganizado con el nombre de Partido Obrero y en el que habían entrado muchos amnistiados, multiplicaba las reuniones, las conferencias, se afirmaba cada vez más irreconciliable en la cuestión de la amnistía.

Lucha por la amnistía total.

Freycinet sustituyó a Waddington a fines de diciembre, y el nuevo ministro no habló de amnistía. El 22 de enero del 80, la extrema izquierda, a la que hostigaban los periódicos de vanguardia y las reuniones, presentó una nueva petición de amnistía total. Como el año anterior, fue rechazada por ocho comisiones, de once. Louis Blanc volvió a gemir, aunque había repetido en su comisión que el Comité Central le había condenado a muerte.[94] Casimir Périer le respondió duramente, y Freycinet declaró: "No sólo no necesita el país la amnistía, sino que le inquieta. Construyamos nuestros ferrocarriles, nuestros puertos, mejoremos nuestras tarifas, reduzcamos los impuestos, y tal vez entonces podrán realizarse las audaces medidas que ustedes nos aconsejan". La amnistía, aplazada así por varios lustros, fue enterrada por 316 votos contra 115.

Tres meses más tarde, vuelve a resucitar. El aniversario del 18 de marzo se celebró en muchos barrios de París y de provincias. El 23 de mayo del 80, aniversario de la semana sangrienta, una multitud de parisienses va a llevar coronas al Père-Lachaise. El prefecto de policía, Andrieux, hace dar varias cargas y detener a algunos manifestantes. El Consejo Municipal le flagela con un voto; él se ríe. La extrema izquierda hace una interpelación. La Cámara da la razón al Gobierno por 299 votos contra 28. Menos de un mes después, el 20 de junio. Belleville, en la circunscripción de Gambetta, a pesar de éste, elige concejal a Trinquet, tan valiente en la Comuna, en los consejos de guerra y en el presidio.

El envite era evidente. Gambetta comprendió que había que cerrar esta llaga, que encontraba en la Cámara tantos médicos entre sus adversarios, los radicales. Desde el 72 se había erigido en reivindicador de la democracia; desde el 76, en autoridad de la Cámara, en su presidente y jefe absoluto desde la caída de Mac-Mahon, y había impuesto al Senado el regreso del Parlamento a París; el 14 de julio iba a inaugurar la gran fiesta nacional, y hasta los periódicos moderados aceptaban que se asociasen a ella todos los antiguos condenados. Garnbetta, interpelado directamente, se resolvió a intentar un último esfuerzo. Reunió a los representantes de los grupos moderados, habló en favor de la amnistía total, y el 21 de junio la propuso Freycinet.

Votación de la amnistía.

[94] Jules Simon decía otro tanto en "Le Gaulois" de 1895.

Casimir Perier, que la había combatido en febrero al lado de Freycinet, protestó amargamente. Freycinet contestó que la contradicción era sólo aparente; sin duda los ferrocarriles, los puertos, etc., no estaban construidos aún, ni los impuestos aliviados, pero el orden estaba asegurado, y esto era lo esencial. La gente se hubiera reído de mala gana, de no haber bajado Gambetta de su escaño para ablandar aquellos duros cerebros. Describió a Francia cansada, exasperada por estos continuos debates sobre la amnistía, que se reproducían a cada cuestión, a cada elección, y diciendo a sus gobernantes: "¿Cuándo vais a desembarazarme de ese jirón de guerra civil?" Se hizo con ellos por el lado del interés, les mostró las elecciones para dentro de quince meses, y en seguida los tranquilizó: "Podéis conceder la amnistía, os despejará considerablemente el terreno; la elección de Trinquet es la última maniobra de un partido en cuya mano se va a quebrar la única arma con que cuenta". Si él no lo creía así, ellos lo creyeron, y votaron la amnistía por 312 votos contra 136, como la habían rechazado en proporciones inversas cuatro meses antes.

La comisión senatorial rechazó el proyecto. El torturador de los prisioneros, el lacayo de Thiers y Mac-Mahon, el calumniador de París, aún más que Maxime Du Camp, el constante reptil contrario a Gambetta, Jules Simon, armó sus viejos colmillos de un veneno siempre fresco contra la Comuna, disputó con el ministerio, suplicó a sus colegas que resistiesen. Lo hubiesen hecho si no fuera por el temor a un conflicto con la Cámara y a un motín de la opinión, completamente ganada por Gambetta. Todavía se halló un medio de soslayarla con la amnistía-perdón; pero esta vez el gobierno perdonó a todos los condenados el 10 de julio. Gallifet no quedó satisfecho y escribió a Gambetta, al que lamía las botas, que la amnistía total había producido un efecto deplorable en el ejército.

El gran regreso.

Los proscritos poco alejados aparecieron el 14 de julio, para mezclar su alegría a la de París; aún hubo que esperar otros cinco meses la vuelta de los lívidos caledonianos. En nueve años, los indultos, las leyes, la muerte habían libertado a todas las víctimas de Versalles. El Imperio no había estado hiriendo siete años; no había hecho veinte mil cadáveres. No hay como un poder anónimo para aplastar a las multitudes; cada verdugo puede volver la cabeza, frotarse la boca y decir: "¡Yo no era de esos!"

Los repatriados rehicieron su vida en el taller, en la industria, en el comercio, en las artes, en el periodismo. La administración municipal, en manos de los republicanos, ocupó a cierto número de ellos, algunos consiguieron incluso empleos oficiales. Los militantes del socialismo fueron, como los primeros amnistiados, a engrosar las filas del Partido Obrero, que recibió de ellos un impulso considerable y algunos años más tarde entró en crecido número en el Hôtel-de-Ville. El día del peligro, en el 89, cuando el general Boulanger, que había fusilado a diestro y siniestro en tiempos de Mac-Mahon, quiso, bajo capa de regenerar a Francia, edificar con los monárquicos y los clericales una dictadura cuya inevitable salida era la guerra, la inmensa mayoría de los combatientes de la Comuna no vaciló en presentar batalla, sin pedir otra cosa sino que la República resultase salvada. Desinterés dichoso para la República, pero que a ellos no les valió siquiera el honor de honrar a sus muertos.

En el Père-Lachaise, no lejos de las trincheras repletas de cadáveres de La Roquette, en un rincón, está el muro histórico donde, al final de la Semana Sangrienta, fueron fusilados los federados. El Consejo Municipal de París ha consagrado al reposo de tantos republicanos este recinto sembrado de valentías, y los supervivientes quisieron señalarlo con un recuerdo; las piedras y las rejas de su modesto monumento han sido arrebatadas. Todavía se dejaba, en los aniversarios, al pueblo de París que colgase libremente coronas en el muro; hoy no se llega a él más que de uno en uno, bajo la escolta de los policías; está prohibida toda palabra, todo grito de recuerdo se considera sedicioso. Un diputado fue expulsado de la Cámara por haber gritado: "¡Viva la Comuna!" De igual modo, se necesitaron treinta años para conseguir una primera amnistía para la *Marsellesa,* y la historia de la Revolución Francesa no se vio un poco limpia de la costra de fango reaccionario hasta veinticinco años después de ser aplastada la Revolución.

Enumeración.

Veinte mil hombres, mujeres, niños, muertos durante la batalla o después de la resistencia, en París y en provincias; *tres mil,* por lo menos, muertos en los depósitos, en los pontones, en los fuertes, en las cárceles, en Nueva Caledonia, en el destierro, o de enfermedades contraídas en el cautiverio; *trece mil setecientos* condenados a penas que para muchos duraron nueve años; *setenta mil* mujeres, niños y viejos, privados de su sostén natural o arrojados fuera de Francia; *ciento siete mil* víctimas, aproximadamente, tal es el balance de la venganza de la alta burguesía por la revolución de dos meses del 18 de marzo.

Conclusión.

¿He velado los actos, he ocultado las faltas del vencido? ¿He falseado los actos de los vencedores? Que el contradictor se levante, pero con pruebas.

Los hechos sentencian: basta resumirlos para extraer las conclusiones.

¿Quién luchó constantemente, solo a menudo, frecuentemente en la calle, contra el Imperio, contra

la guerra del 70, contra la capitulación del 71? ¿Quién sino el pueblo?

¿Quién creó la situación revolucionaria del 18 de marzo, quién pidió la ejecución de París, quién precipitó la explosión, quién sino la Asamblea rural y el señor Thiers?

¿Qué es el 18 de marzo sino la respuesta instintiva de un pueblo abofeteado? ¿Dónde hay el menor rastro de complot, de secta, de cabecillas? ¿Qué otro pensamiento que el de: ¡Viva la República!? ¿Qué otra preocupación que la de erigir una municipalidad republicana contra una asamblea realista?

¿Es cierto que el reconocimiento de la República, la promulgación de una buena ley municipal, la derogación de los ruinosos decretos, en los primeros días, lo hubiera pacificado todo, y que Versalles lo negó todo? ¿Es cierto que París nombró su Asamblea comunal con una de las votaciones más numerosas y más libres que jamás se hayan emitido?

¿Es cierto que Versalles atacó a París sin haber sido provocado, sin intimación, y que desde el primer choque Versalles fusiló a los prisioneros?

¿Es cierto que los intentos de conciliación procedieron siempre de París o de las provincias, y que Versalles los rechazó siempre?

¿Es cierto que, durante dos meses de lucha y de dominación absoluta, los federados respetaron la vida de sus prisioneros de guerra, de todos sus enemigos políticos?

¿Es cierto que, desde el 18 de marzo hasta el último día de la lucha, los federados no tocaron los inmensos tesoros que tenían en su poder, y que se contentaron con una paga irrisoria?

¿Es cierto que Versalles fusiló por lo menos a diecisiete mil personas, en su mayor parte ajenas a la lucha, entre ellas mujeres y niños, y que detuvo a cuarenta mil personas por lo menos, para vengar los muros incendiados, la muerte de sesenta y cuatro rehenes, la resistencia a una Asamblea realista?

¿Es cierto que hubo millares de condenados a muerte, a presidio, a la deportación, al destierro, sin juicio serio, condenados por los oficiales vencedores, en virtud de órdenes cuya iniquidad fue reconocida por los gobiernos más conservadores de Europa?

¡Que respondan los hombres justos! ¡Que digan de qué lado está lo criminal, lo horrible, si del lado de los asesinados o de los matadores, de los bandidos federados o de los civilizados de Versalles! ¡Que digan cuál es la moralidad, la inteligencia política de una clase gobernante que pudo reprimir de esta suerte una sublevación como la del 18 de marzo!

Y si ahora me sitúo frente a los acontecimientos que siguieron, ¿no tengo derecho a seguir preguntando?

¿Es cierto que la gran mayoría de la Asamblea de Burdeos quería restablecer una monarquía, y que no retrocedió sino después de la Comuna?

¿Es cierto que el aplastamiento de París permitió a los reaccionarios sostenerse cuatro años en el poder y pelear otros cuatro al amparo de Mac-Mahon?

¿Es cierto que, de haber dado oídos a la voz de París, se hubiera ahorrado Francia ocho años de luchas estériles, de angustias mortales, el advenimiento de esta política enervante y oblicua, que es la negación de nuestro genio nacional?

¡Oh, sí! Razón tenían en querer conservar sus cañones y fusiles estos parisienses que se acordaban de junio y de diciembre; sí, tenían razón al decir que los aparecidos de los antiguos regímenes tramaban una restauración; sí, tenían razón al combatir a muerte el advenimiento de los curas; sí, tenían razón para temer en la República conservadora, cuyo vértice mostraba Thiers, una opresión anónima tan dura como los yugos del pasado; sí, tenían razón para luchar, a pesar de todo, hasta la última piedra; razón, como la última barricada de junio, como la de Baudin; razón, como los vencidos por anticipado de Bazeilles, de Bourget, de Montretout: razón para lanzar al cielo su último cartucho, como los Gracos el polvo de donde debía nacer el vengador.

¿Dónde estaban sus grandes hombres?, se ha dicho. No los había. Y precisamente la potencia de esta revolución está en haber sido hecha por la medianía y no por unos cuantos cerebros privilegiados.

¿Qué significaba?, se ha dicho también. Un llamamiento al orden, dirigido por el pueblo republicano de Francia a los vestigios resucitadores del pasado. Dio a los trabajadores conciencia de su fuerza; trazó una línea perfectamente definida entre ellos y la clase devoradora, aclaró las relaciones de clase, con tal resplandor, que la historia de la Revolución Francesa se iluminó con él y gracias a él se ha de reconstruir.

La revolución del 18 de marzo fue asimismo un llamamiento al deber, dirigido a la pequeña burguesía. Decía a ésta: Despierta, recobra tu papel iniciador; toma el poder con el obrero, y poned entre los dos a Francia en sus carriles.

Ahí tenéis lo que significaba el 18 de marzo. Por eso, este movimiento es una revolución; por eso todos los trabajadores del mundo la reconocen y aclaman; por eso todas las aristocracias no piensan en ella más que con furor.

No fue, sin duda, más que un combate de vanguardia, en que el pueblo, comprimido en una sabia lucha militar, no pudo desplegar sus ideas ni sus legiones; por eso no comete la torpeza de encerrar la Revolución en ese episodio gigantesco. Pero ¡qué pujante vanguardia la que por espacio de más dos meses tuvo en suspenso a todas las fuerzas coaligadas de las clases gobernantes! ¡Qué inmortales soldados los que en las vanguardias mortales respondían a un versallés: “Nosotros estamos aquí por la Humanidad!”

1896.

Veinticinco años han pasado sobre la Comuna. Ahí están todavía los Galliffet. Vencido, el pueblo se encontraría con la misma metralla. La antigua tropa de la reacción no tiene ni un terrateniente, ni un cura, ni un esclavista menos que en 1871; tiene, incluso, algunos pífanos burgueses que, bajo la máscara de demócratas, facilitan sus ataques.

En el 48 le dijeron al pueblo: "El sufragio universal hace criminal toda insurrección; la papeleta de voto ha sustituido al fusil". Y cuando el pueblo vota contra los privilegios de ellos, se encabritan; todo gobierno es faccioso si toma en cuenta los deseos populares. ¿Qué le queda al pueblo, sino el argumento perentorio, la fuerza? Y por fin la tiene.

Después de haber probado a una masa de doctores, el obrero de las ciudades y de los campos ha acabado por testimoniar una idea, una voluntad propia: curarse él mismo; tras largas vacilaciones, la pequeña burguesía, empujada hacia el proletariado por las potencias financieras, ha terminado por comprender la identidad de sus intereses. Está operada casi la soldadura entre estas dos clases que constituyen -puesto que sólo ellas producen- el verdadero pueblo francés.

Después de una larga curva, ha vuelto a la conciencia de su origen. Durante cien años, Francia ha ensayado todas las formas de gobierno, ha deparado a todos los partidos políticos los instrumentos de poder, y todos los servicios del Estado, administraciones, ministerios, han seguido arrastrando en pos de sí su mundo de criaturas, sus presupuestos siempre crecientes, su vasto parasitismo en provecho de una casta, ruinoso para la nación; durante cien años, Francia ha encargado a unos hombres, más o menos ilustrados, que le fabricasen leyes, y esas leyes, siempre en provecho de un pequeño número, han conducido a la disminución del poder nacional. La experiencia ha durado demasiado; ya ha terminado. El león no remolcará por más tiempo a la borrica.

El proletario francés ha hecho tres veces la República para los demás: ya está maduro para la suya. Las luces que le faltaban antes, sólo de él mismo brotan ahora. El puñado de sus adversarios ya no agita más que cenizas, restos de un mundo antimoderno, antieconómico, fuerte solamente en leyes y administraciones envejecidas. Que desaparezcan y se centuplicará la potencia de una Francia obligada hoy a consumirse en su rincón. El gobierno del pueblo significa tanto como poner en marcha una reserva de trabajo acumulado, hoy improductivo.

Nunca tuvo la nación mejores músculos para adueñarse del poder. Algunos cuarterones de anémicos y lechuguinos fin de siglo y que se dicen ulcerados por la incertidumbre, no constituyen a Francia, como no la constituían los marqueses de antes de 1789. ¡Ah, los trabajadores de los campos y de la ciudad, no están inseguros de su capacidad! ¿Qué generación fue, desde hace cien años, más instruida, más comprensiva ante el ideal?

¿Qué hace falta para dispersar a los zánganos y atravesar victoriosos los rojos horizontes que se levantan? Atreverse. Como antaño, esta palabra encierra toda la política del momento. Atreverse y labrar hondo. La audacia es el esplendor de la fe. Por haberse atrevido, domina el pueblo de 1789 las cumbres de la historia. Por no haber temblado, la historia reservará un puesto al pueblo de 1870 y 71, que tuvo fe hasta morir por ella.